

LEE CHILD

SERIE JACK REACHER

Zona peligrosa



Lectulandia

A primera vista, Margrave parece uno de esos pueblos apacibles donde nunca pasa nada. Jack Reacher, un exmilitar convertido en trotamundos, acaba de llegar allí y tarda menos de una hora en comprobar que las apariencias engañan. Detenido mientras desayunaba en una cafetería, Reacher, el único forastero de la ciudad, es acusado de asesinato. A pesar de su inocencia, los indicios empiezan a acumularse en su contra. Si quiere escapar con vida del nido de serpientes en el que se encuentra, tendrá que aguzar sus sentidos y demostrar por qué es un superviviente nato.

Lectulandia

Lee Child

Zona peligrosa

Jack Reacher - 1

ePub r1.3

Titivillus 11.06.15

Título original: *Killing floor*
Lee Child, 1997
Traducción: Antonio Padilla Esteban
Ilustraciones: Newcomlab S.L.L.

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mi agente es Darley Anderson, en Londres; mis editores son David Highfill, en Nueva York, y Marianne Velmans, en Londres. Todos se emplearon a fondo para concederle una oportunidad a este escritor. Este libro está dedicado a los tres, en agradecimiento a todos sus esfuerzos, que han ido mucho más allá de lo que requería su deber.

Me detuvieron en la cafetería de Eno. A las doce del mediodía. Estaba comiendo unos huevos y bebiendo café. Un desayuno tardío, no un almuerzo. Estaba mojado y exhausto después de una larga caminata bajo la intensa lluvia. Desde la autopista hasta el límite municipal.

La cafetería era pequeña, pero limpia y luminosa. Nuevecita, construida a imitación de un vagón de tren. Estrecha, con una larga barra a un lado y una cocina encajonada al fondo. Una hilera de mesas con bancos de respaldo alto al otro lado. Una puerta donde tendría que estar la mesa central.

Me encontraba en una de las mesas, junto a una ventana, leyendo, en un periódico que alguien había dejado, las noticias sobre la campaña de un presidente por el que no voté la última vez y por el que no iba a votar esta. Había dejado de llover, pero el cristal seguía perlado de gotitas relucientes. Vi que los coches de la policía entraban en el aparcamiento de gravilla. Avanzaron con rapidez y se detuvieron en seco. Las luces de emergencia centelleaban. Las luces rojas y azules se reflejaban en las gotitas de mi ventana. Las portezuelas de los coches se abrieron de golpe y los policías saltaron de ellos. Dos de cada automóvil, con las armas a punto. Dos revólveres, dos escopetas. La cosa iba en serio. Un revólver y una escopeta fueron corriendo a la parte trasera. Los otros dos enfilaron la puerta de la cafetería.

Me quedé mirándolos. Yo sabía quiénes estaban en la cafetería. Un cocinero en la parte trasera. Dos camareras. Dos viejos. Y yo. Ese operativo iba por mí. Yo llevaba menos de media hora en la ciudad. Los otros cinco seguramente vivían allí desde siempre. Si alguno de ellos hubiera causado algún problema, en la cafetería estaría entrando un sargento con cara de circunstancias. El hombre casi le pediría disculpas. Le hablaría en un murmullo. Y finalmente le pediría que lo acompañase a comisaría. De forma que la artillería pesada y las carreras eran por mi causa. Me acabé los huevos y dejé un billete de cinco pavos bajo el plato. Doblé el periódico abandonado en cuatro y me lo metí en el bolsillo del abrigo. Mantuve las manos sobre la mesa y terminé de beberme el café.

El policía del revólver se quedó en la puerta. Se acuclilló, aferró el arma con ambas manos y apuntó. A mi cabeza. El de la escopeta se acercó más. Eran dos tíos fuertes y musculados. Aplicados y concienzudos. Se movían ajustándose al manual. Desde la puerta, el revólver podía cubrir la cafetería con cierta precisión. Situada más cerca, la escopeta podía hacerme trizas contra la ventana. Hubiera sido un error hacerlo al revés. Situado demasiado cerca, el revólver podía no dar en el blanco en caso de que hubiera lucha, y un disparo de escopeta desde la puerta acabaría conmigo, pero de propina mataría al agente encargado de la detención y al viejo de la mesa del fondo. Hasta el momento lo estaban haciendo todo de forma correcta. Eso

estaba claro. Y tenían la ventaja de su lado. También estaba claro. El angosto espacio entre la mesa y el banco de respaldo alto me tenía atrapado. Demasiado encajonado para hacer algo efectivo. Puse las manos sobre la mesa. El agente de la escopeta dio un paso al frente.

—¡No se mueva! ¡Policía!

Gritó con todas sus fuerzas. Liberando algo de tensión y tratando de intimidarme. Ajustándose al manual. Mucho ruido y mucha furia para ablandar al objetivo. Levanté las manos. El del revólver echó a andar desde la puerta. El de la escopeta se acercó. En exceso. Era el primer error que cometían. De haberme visto obligado, hubiera podido lanzarme contra el cañón de la escopeta y hacer que apuntara hacia arriba. Un disparo al techo, quizá, y un buen codazo en la cara del policía, y la escopeta muy bien podría ser mía. El del revólver ahora disponía de menor ángulo de tiro y no podía arriesgarse a herir a su compañero. La cosa hubiera podido salirles pero que muy mal. Sin embargo, yo seguí sentado donde estaba, con las manos en alto. El de la escopeta seguía chillando y dando saltos.

—¡Al suelo! ¡Tumbese ahora mismo!

Salí del banco con lentitud y ofrecí las muñecas al agente del revólver. No iba a tumbarme en el suelo por unos palurdos de pueblo. Ni aunque viniera el departamento de policía entero y armado con obuses.

El del revólver era un sargento. El hombre estaba bastante tranquilo. La escopeta seguía cubriéndome cuando el sargento enfundó el revólver, se sacó las esposas del cinturón y las cerró en torno a mis muñecas. La pareja de apoyo vino a través de la cocina. Rodearon la barra de la cafetería. Se situaron a mi espalda. Me cachearon. A conciencia. Vi que el sargento asentía a los gestos de negación de sus cabezas. Yo no iba armado.

Los de la pareja de apoyo me cogieron por los codos. La escopeta seguía cubriéndome. El sargento dio un paso al frente. Era de raza blanca, compacto y atlético. Musculado y bronceado. De mi edad. En la placa prendida al bolsillo de su camisa se leía su apellido: «Baker». Levantó la vista y me miró a los ojos.

—Está detenido por asesinato —dijo—. Tiene derecho a guardar silencio. Todo cuanto diga puede ser utilizado como prueba en su contra. Tiene derecho a ser representado por un abogado. Si no puede costearse un abogado, el estado de Georgia le proporcionará uno sin costes a su cargo. ¿Entiende cuáles son sus derechos?

El hombre se había lucido al recitarme la cantinela legal. La había dicho alto y claro. Sin leer de una tarjeta. Y como si supiera lo que significaba y por qué era importante. Para él y para mí. No respondí.

—¿Entiende cuáles son sus derechos? —repitió.

Seguí sin responder. La larga experiencia me había enseñado que lo mejor es el silencio absoluto. Si dices alguna cosa, siempre pueden oír otra. Siempre pueden entenderte mal. Malinterpretarte. Y puede ser que luego te encierren. O que te maten. El silencio irrita al policía que efectúa la detención. Está obligado a decirte que tienes

derecho a guardar silencio, pero le pone furioso que hagas uso de ese derecho. Estaban deteniéndome por asesinato. Pero yo no decía nada.

—¿Entiende cuáles son sus derechos? —Volvió a preguntarme el tal Baker—. ¿Habla usted inglés?

Se mostraba tranquilo. Yo no decía nada. Él siguió mostrándose tranquilo. La suya era la tranquilidad del hombre que acaba de dejar atrás el peligro. Le bastaría con conducirme a comisaría, y yo pasaría a ser el problema de otro. Echó una mirada a los otros tres policías.

—Muy bien. Tomad nota de que no ha dicho palabra —gruñó—. Vámonos.

Me llevaron a la puerta. Al llegar nos pusimos en fila india. Primero Baker; luego el tipo con la escopeta, andando de espaldas, apuntándome con el cañón, negro y enorme. STEVENSON, decía su placa. También era de raza blanca, de complexión mediana y en buena forma física. Su arma recordaba una cañería. Me apuntaba a las tripas. Detrás de mí se encontraban los dos de refuerzo. Una mano en mi espalda me empujó a través de la puerta.

Fuera, empezaba a hacer calor. Seguramente había estado lloviendo toda la noche y la mayor parte de la mañana. El sol ahora centelleaba, y del suelo emanaba vapor. Ese pueblo normalmente debía de ser polvoriento y caluroso. Ese día estaba hirviendo con ese aroma maravilloso y embriagador del pavimento empapado bajo el tórrido sol del mediodía. Me puse de cara al sol y respiré hondo mientras los policías se reagrupaban. Sendos policías me sujetaron de cada codo durante el corto trayecto hasta los coches patrulla. Stevenson seguía apuntándome con la escopeta. Al llegar al primero de los coches, dio un paso atrás mientras Baker abría la puerta trasera. Una mano en la nuca me hizo agachar la cabeza. El policía zurdo de refuerzo me dio con su cadera en la mía y me hizo entrar en el coche de golpe. Su forma de proceder era buena. En un pueblo perdido en el mapa como ese, sin duda era más el resultado del entrenamiento que de la práctica.

Estaba solo en el asiento trasero. Una gruesa mampara de vidrio dividía el espacio. Las puertas delanteras continuaban abiertas. Baker y Stevenson entraron. Baker puso el coche en marcha. Stevenson estaba vuelto hacia mí, vigilándome. Nadie decía palabra. El coche de refuerzo nos seguía. Los automóviles eran nuevos y el nuestro se desplazaba suavemente y con seguridad. El interior estaba limpio y bien refrigerado. No se veían trazas de que hubiera habido otros ocupantes desesperados y patéticos camino del lugar al que me conducían.

Miré por la ventana. Georgia. Vi unas tierras fértiles. El suelo era compacto, húmedo, rojizo. Unas hileras muy largas y rectas de matas bajas en los campos. Cacahuets, quizá. Unos frutos con poco prestigio pero valiosos para quien los cultivaba. O para el propietario. ¿La gente era dueña de sus propias tierras por esos andurriales? ¿O los propietarios eran unas enormes corporaciones? No lo sabía.

El trayecto hasta el centro urbano fue corto. El coche avanzaba siseando sobre el asfalto liso y empapado. Al cabo de poco menos de un kilómetro, vi dos edificios de

apariencia pulcra, nuevos los dos, con grandes céspedes: la comisaría y el cuartel de los bomberos. Los dos se alzaban aislados, tras un gran parterre con una estatua. Buena arquitectura oficial, que indicaba un presupuesto generoso. Las calzadas estaban bien asfaltadas, las aceras eran de losas rojizas. Trescientos metros al sur, la torre de una iglesia de un blanco cegador se elevaba tras una pequeña agrupación de edificios. Mástiles con banderas, toldos, manos de pintura recientes, verdes parterres. Todo ello refrescado por una lluvia copiosa, que desprendía vaho y una densa atmósfera bajo el calor. Una población próspera. Erigida, suponía, gracias a los buenos réditos de la agricultura y a los fuertes impuestos que pagaban los residentes que todos los días iban a trabajar a Atlanta.

Stevenson seguía vigilándome cuando el coche redujo la velocidad para torcer por el acceso a la comisaría. Un acceso que trazaba un ancho semicírculo. Un cartel bajo en un muro de piedra rezaba: COMISARÍA DE MARGRAVE. Me pregunté si tenía que preocuparme. Estaba detenido. En un pueblo en el que nunca antes había estado. Por asesinato, o eso parecía. Pero yo sabía dos cosas. Primero, no iban a poder demostrar que algo había sucedido si en realidad no había sucedido. Y segundo, yo no había matado a nadie.

Por lo menos en ese pueblo. Y, en todo caso, desde hacía mucho.

Nos detuvimos frente a las puertas de un edificio bajo y alargado. Baker salió del coche y miró la fachada de arriba abajo. Los dos de refuerzo se situaron cerca. Stevenson rodeó la parte trasera del coche y se apostó frente a Baker. Me encañonó con la escopeta. Buenos profesionales. Baker me abrió la puerta.

—Muy bien, vamos. Vamos —dijo casi en un susurro.

Se bamboleó ligeramente sobre las plantas de los pies, mientras escudriñaba la zona. Me giré lentamente y salí del coche como pude. Las esposas no me fueron de ayuda. Hacía aún más calor. Di un paso al frente y me quedé a la espera. Los de refuerzo se situaron a mis espaldas. Ante mis ojos tenía la entrada de la comisaría. Un dintel de mármol exhibía una pulida inscripción: COMISARÍA DE POLICÍA DE MARGRAVE. Bajo el dintel había unas puertas acristaladas. Baker abrió una de ellas. La puerta siseó al desplazarse sobre su junta de goma. Los de refuerzo me empujaron a través del umbral. La puerta se cerró en silencio a mis espaldas.

Allí también se estaba fresco. Todo era blanco y cromado. Las luces, fluorescentes. Parecía un banco o una agencia de seguros. Moqueta. Un sargento al cargo de los ingresos estaba de pie tras un largo mostrador. A juzgar por el aspecto del lugar, uno esperaría que el hombre dijera: «¿En qué puedo ayudarle, señor?». Pero el sargento no dijo palabra. Se contentó con mirarme. A sus espaldas había un gran espacio de trabajo. Una mujer uniformada y con el cabello oscuro estaba sentada frente a un escritorio ancho y bajo. Hasta entonces había estado tecleando en el ordenador. Ahora estaba mirándome. Yo seguía allí de pie, con un agente agarrándome de cada codo. Stevenson se acercó al mostrador andando de espaldas. Su escopeta continuaba encañonándome. El sargento del mostrador y la mujer uniformada seguían contemplándome. Les devolví la mirada.

A continuación me llevaron hacia la izquierda e hicieron que me detuviera ante una puerta. Baker la abrió de golpe, y me empujaron al interior de una habitación. Una sala para interrogatorios. Sin ventanas. Una mesa blanca y tres sillas. Moqueta. Una cámara en lo alto de un rincón. El aire acondicionado estaba puesto a una temperatura muy baja. Yo seguía mojado por la lluvia.

Mientras seguía allí plantado, Baker rebuscó en todos y cada uno de mis bolsillos. Mis pertenencias formaron un pequeño montón en la mesa. Un pequeño fajo de billetes. Algunas monedas. Recibos, billetes, papeluchos sin valor. Backer examinó el periódico y lo dejó en mi bolsillo. Echó un vistazo a mi reloj y lo dejó en mi muñeca. Esas cosas no le interesaban. Todo lo demás lo metió en una gran bolsa de plástico con cierre hermético. Una bolsa hecha para personas con más cosas en los bolsillos de las que yo llevo por la vida. La bolsa tenía una etiqueta rectangular en blanco.

Stevenson apuntó un número en la etiqueta.

Baker me dijo que me sentara y a continuación se marcharon todos. Stevenson se llevó la bolsa con mis pertenencias. Salieron, cerraron la puerta, y oí el giro de la cerradura. El sonido de un mecanismo sólido y bien engrasado. El sonido de una cerradura de acero. Una cerradura que sonaba lo bastante sólida para mantenerme encerrado.

Supuse que me mantendrían aislado un rato. Es lo que suelen hacer. El aislamiento provoca ganas de hablar. Las ganas de hablar pueden convertirse en ganas de confesar. Una detención sin miramientos seguida por una hora de aislamiento es una estrategia bastante buena.

Pero supuse mal. No tenían pensado mantenerme aislado durante una hora. Es posible que fuese su segundo ligero error táctico. Baker abrió la cerradura y volvió a entrar en la habitación. En la mano llevaba un vaso de plástico con café. A continuación, indicó a la mujer uniformada que entrara. La mujer que antes había visto sentada ante un escritorio. La sólida cerradura hizo clic a espaldas de la recién llegada. La mujer traía un grueso maletín de acero, que dejó en la mesa. Abrió el cierre y sacó una placa negra, en la que había unos números en blanco.

Me la entregó con esa brusca expresión de disculpa y conmisericordia que emplean las enfermeras de los dentistas. La cogí con las manos esposadas. Miré hacia abajo para asegurarme de que no estaba del revés y la sostuve bajo la barbilla. La mujer sacó una fea cámara fotográfica del maletín y se sentó frente a mí. Apoyó los codos en la mesa para sostener bien la cámara. Sentada hacia delante. Sus pechos descansaban sobre el borde de la mesa. Era guapa. Cabellos oscuros, bonitos ojos. Fijé la mirada en ella y sonreí. La cámara hizo clic, y el *flash* centelleó. Antes de que pudiera pedírmelo, me giré en la silla para ofrecerle mi perfil. Sostuve sobre el hombro la alargada placa con el número y miré a la pared. La cámara volvió a hacer clic; el *flash* centelleó otra vez. Volví a girarme y le ofrecí la placa con el número, con las dos manos, debido a las esposas. La cogió, con esa sonrisa con los labios fruncidos que viene a decir: «Sí, es desagradable, pero resulta necesario». Como haría la enfermera de un dentista.

Luego sacó el material para tomarme las huellas dactilares. Un tarjetón de color blanco reluciente con diez espacios para las huellas, en el que ya estaba anotado un número. Los espacios para los pulgares siempre son demasiado pequeños. En el reverso del tarjetón había dos recuadros para las huellas de las palmas. Las esposas complicaron un poco el proceso. Baker no se ofreció a quitármelas. La mujer me entintó las manos. Sus dedos eran suaves y fríos. No llevaba anillo de casada. A continuación me pasó unos pañuelitos de papel. La tinta se fue muy fácilmente. Algún material novedoso que yo no había visto hasta entonces.

La mujer sacó el carrete de película de la cámara y lo dejó en la mesa, junto al

tarjetón con las huellas. Devolvió la cámara al interior del maletín. Baker golpeó en la puerta con los nudillos. La cerradura hizo clic otra vez. La mujer recogió sus cosas. Nadie dijo palabra. Ella salió de la habitación. Baker se quedó allí dentro, conmigo. Cerró la puerta, cuya cerradura volvió a emitir aquel clic bien engrasado. Baker apoyó la espalda en la puerta y me miró.

—Mi jefe va a encargarse de este asunto —dijo—. Va a tener que hablar con él. Ha pasado algo serio. Y hay que aclarar las cosas.

No le respondí. Hablar conmigo no iba a aclararle ninguna cosa seria a nadie. Pero Baker se mostraba civilizado. Respetuoso. De forma que lo puse a prueba. Tendí las manos en su dirección, en muda petición de que me quitara las esposas. Se quedó inmóvil un momento, hasta que sacó la llave y me las quitó. Volvió a prendérselas al cinturón. Me miró. Le devolví la mirada y bajé los brazos. Sin soltar un suspiro de alivio. Sin frotarme las muñecas en gesto de complicidad. No quería establecer una relación con ese tipo. Pero sí que hablé.

—Muy bien —dije—. Vamos a ver a su jefe.

Era la primera vez que hablaba desde que había pedido el desayuno. Ahora era Baker el que parecía mostrarse agradecido. Dio dos golpes en la puerta con los nudillos. Abrieron desde el exterior. Baker me indicó que saliera. Stevenson estaba esperando con la espalda vuelta hacia el gran espacio abierto. La escopeta había desaparecido. La pareja de refuerzo se había ido. Las cosas estaban calmándose. Los dos policías me flanquearon. Baker me cogió por el codo, sin apretar demasiado. Fuimos andando por un lado del espacio abierto y llegamos ante una puerta situada al fondo. Stevenson la abrió, y entramos en un gran despacho. Decorado con mucha madera de palisandro.

Un gordo estaba sentado tras un gran escritorio de madera de palisandro. A su espalda había dos grandes banderas. La de las barras y estrellas, con un adorno de flecos dorados a la izquierda, y la que supuse que era la bandera del estado de Georgia a la derecha. Entre una y otra bandera había un reloj de pared. Un viejo reloj, grande y redondo, enmarcado en caoba. Daba la impresión de que le habían estado sacando brillo durante décadas. Supuse que era el reloj de la antigua comisaría que, en su momento, demolieron para construir esta nueva. Me dije que el arquitecto lo había conservado para aportar algún elemento histórico al nuevo edificio. El reloj marcaba casi las doce y media.

El gordo sentado tras el escritorio me miró mientras me empujaban en su dirección. Vi que su cara de pronto se volvía inexpresiva, como si estuviera tratando de acordarse de mi rostro. Volvió a mirarme de forma más intensa. A continuación me dedicó una sonrisa torcida y me habló con un resoplido jadeante que hubiera sonado como un grito de no haber sido estrangulado por unos pulmones en mal estado.

—Siéntese en la puta silla y mantenga cerrada esa bocaza asquerosa.

Ese gordo constituía una sorpresa. Daba la impresión de ser todo un capullo. A

diferencia de todo cuanto había visto hasta el momento. Baker y su grupo de detención eran gente seria. Profesionales y eficientes. La mujer que me había tomado las huellas se había mostrado más o menos considerada. Pero ese gordo jefe de policía era un cero a la izquierda. Pelo escaso y sucio. Sudoroso, a pesar del aire acondicionado. La tez grisácea y con las manchas rojizas propias de un fulano con sobrepeso y en mala forma. La tensión sanguínea por las nubes. Arterias tan duras como piedras. Ni por asomo parecía ser competente en su trabajo.

—Me llamo Morrison —jadeó. Como si yo tuviera interés en saberlo—. Soy el jefe del Departamento de Policía de nuestro pueblo, Margrave. Y usted es un forastero de mierda y un asesino. Se ha presentado en mi pueblo y ha montado un follón de mil demonios en la propiedad privada del señor Kliner. De forma que va a confesarlo todo, de pe a pa, a mi inspector en jefe.

Se detuvo y me miró. Como si todavía estuviese tratando de situar mi rostro. O como si estuviera esperando una respuesta. No la obtuvo. Así que me señaló con su rollizo dedo índice.

—Y después vamos a encarcelarle —dijo—. Y luego vamos a freírle en la silla. Y después voy a cagarme en su asquerosa tumba de tres al cuarto.

Levantó su pesada masa corporal de la silla y miró en otra dirección.

—Yo mismo me encargaría personalmente —dijo—. Pero soy un hombre ocupado.

Rodeó el escritorio andando como un pato. Yo seguía de pie entre el escritorio y la puerta. Se me acercó dificultosamente y se detuvo. Su rechoncha nariz estaba al nivel del botón de en medio de mi abrigo. Seguía mirándome desde allí abajo como si hubiera algo que lo sorprendiera.

—Yo a usted lo tengo visto —dijo—. ¿Dónde lo he visto?

Miró a Baker y a Stevenson. Como si esperase que ambos tomaran nota de lo que estaba diciendo y de cuándo lo estaba diciendo.

—Lo tengo visto —repitió.

Cerró la puerta del despacho de un portazo, y yo me quedé a la espera con los dos policías, hasta que el inspector en jefe hizo su aparición. Un hombre de raza negra, alto, no viejo, pero con el pelo algo canoso y con una calvicie incipiente. Lo suficiente para darle cierto aire de patricio. Dinámico y seguro de sí mismo. Bien vestido, con una americana de *tweed* al viejo estilo. Un chaleco aterciopelado. Zapatos bien lustrados. El hombre realmente tenía aspecto de ser un inspector en jefe. Indicó a Baker y a Stevenson que salieran del despacho. Cerró la puerta cuando lo hicieron. Se sentó al escritorio y con un gesto me instó a tomar asiento en la otra silla.

Abrió un cajón de forma enérgica y sacó una grabadora. La levantó para desenmarañar el lío de cables. La enchufó a la pared y conectó el micrófono. Insertó una cinta. Pulsó la tecla de grabación y le dio varias veces al micrófono con la uña.

Paró de grabar y rebobinó. Apretó la tecla de reproducción. Oyó los golpecitos de su uña. Asintió. Volvió a rebobinar y pulsó la tecla de grabación. Yo seguía mirándolo sentado.

Durante un momento se produjo un silencio. Tan solo se oía un ligero zumbido, del aire acondicionado, de las luces o del ordenador. O de la grabadora, que corría con lentitud. Percibí el pausado tictac del viejo reloj. Era un sonido paciente, como si el reloj quisiera decir que iba a seguir haciendo tictac para siempre, con independencia de lo que yo decidiera hacer. El inspector en jefe finalmente volvió a sentarse en la silla y se me quedó mirando. Entrecruzó los dedos, como hacen los individuos altos y elegantes.

—Muy bien —dijo—. Tenemos que hacerle unas cuantas preguntas, ¿lo entiende?

Su voz era profunda. Bien proyectada. No tenía acento sureño. Su aspecto y su voz eran los propios de un banquero bostoniano, salvo que el tipo era negro.

—Me llamo Finlay —dijo—. Tengo el rango de capitán. Soy el jefe de inspectores de este departamento. Por lo que sé, ya lo han informado de sus derechos. No ha confirmado que los haya entendido. Antes de pasar a otras cuestiones, tenemos que resolver ese preliminar.

Un banquero bostoniano, no. Más bien un antiguo alumno de Harvard.

—Entiendo mis derechos —dije.

Asintió.

—Bien —dijo—. Me alegro. ¿Dónde está su abogado?

—No necesito abogado —dije.

—Se le acusa de asesinato —dijo—. Necesita un abogado. Podemos proporcionarle uno, debe saberlo. Un abogado de oficio. ¿Quiere que le proporcionemos un abogado de oficio?

—No, no necesito abogado —dije.

El hombre llamado Finlay me miró largamente por encima de sus dedos entrecruzados.

—De acuerdo —dijo—. Pero va a tener que firmar un documento de renuncia. Que quede claro que lo hemos informado de que puede contar con un abogado y de que estamos dispuestos a proporcionarle uno de oficio, pero que usted rechaza contar con un abogado.

—Muy bien —dije.

Extrajo un documento de otro cajón y consultó su reloj para anotar el día y la hora. Deslizó el papel en mi dirección a través del escritorio. Una gran cruz impresa señalaba la línea en la que tenía que firmar. Me pasó un bolígrafo. Firmé y deslicé el papel en su dirección. Lo estudió. Lo metió en una carpeta de color marrón.

—No puedo entender su firma. Así que, para dejar las cosas claras, vamos a empezar por su nombre, su dirección y su fecha de nacimiento.

De nuevo un silencio. Lo miré. Ese hombre era del tipo obstinado. De unos cuarenta y cinco años. Uno no llega a ser inspector en jefe en una jurisdicción de

Georgia si es negro y tiene cuarenta y cinco años a no ser que sea obstinado. No valía la pena jugar al gato y al ratón con él. Suspiré.

—Me llamo Jack Reacher —dije—. Sin más. No tengo dirección fija.

Lo anotó. No era mucho lo que tenía que anotar. Le di mi fecha de nacimiento.

—Muy bien, señor Reacher —dijo Finlay—. Como le he dicho, tenemos bastantes preguntas que hacerle. He mirado sus efectos personales. No llevaba usted ningún documento de identificación. Ni carnet de conducir, ni tarjetas de crédito ni nada de nada. Dice que no tiene dirección fija. De forma que tengo que preguntarme: ¿y este hombre quién es?

No respondí. Estaba contemplando el gran reloj, a la espera de que el minuterero se moviese.

—Dígame qué pasó —instó.

Yo no tenía ni idea de qué había pasado. Ni la menor idea. Algo le había pasado a alguien, pero no a mí. Seguí allí sentado. Sin responder.

—¿Qué significa *Pluribus*? —preguntó Finlay.

Lo miré y me encogí de hombros.

—¿El lema de Estados Unidos? —apunté—. *E Pluribus Unum*... Fue adoptado en 1776 por el Segundo Congreso Continental, ¿no es eso?

Finlay me respondió con un gruñido. Seguí mirándolo fijamente. Me dije que el tipo posiblemente me respondería a una pregunta.

—¿De qué va todo esto? —pregunté.

Un nuevo silencio. Ahora era su turno de mirarme. Vi que estaba pensando si le convenía responder, y cómo.

—¿De qué va todo esto? —repetí.

Entrecruzó los dedos.

—Ya lo sabe usted —dijo—. Un homicidio. Con algunas particularidades muy inquietantes. La víctima fue encontrada esta mañana en los almacenes de Kliner. En el extremo norte de la carretera del condado, cerca del cruce de las autopistas. Un testigo dice haber visto a un hombre que se estaba alejando a pie del lugar de los hechos. Poco después de las ocho de la mañana. La descripción es la de un hombre de raza blanca, muy alto, vestido con un largo abrigo negro, con el pelo claro, sin sombrero y sin equipaje.

Un nuevo silencio. Soy un hombre de raza blanca. Soy muy alto. Tengo el pelo claro. Llevaba un largo abrigo negro. Y no tenía ni sombrero ni equipaje. Esa mañana me había pasado casi cuatro horas andando por la carretera del condado. Desde las ocho hasta las once menos cuarto, más o menos.

—¿Qué longitud tiene la carretera del condado? —pregunté—. ¿Desde el cruce de las autopistas hasta aquí?

Finlay lo pensó.

—Diría que unos veinte kilómetros —respondió.

—Muy bien —repuse—. Es verdad que fui andando por la carretera desde la

autopista hasta el pueblo. Unos veinte kilómetros, más o menos. Muchos me habrán visto, es lógico. Lo que no significa que yo le hiciera nada a nadie.

No contestó. La situación estaba empezando a interesarme.

—¿Su jurisdicción llega hasta allí? —pregunté—. ¿Hasta la misma autopista?

—Sí —dijo—. La cuestión de la jurisdicción está más que clara. Por ahí no va a salvarse, señor Reacher. El límite municipal llega hasta la misma autopista. Esos almacenes se encuentran en mi jurisdicción. De eso no hay la menor duda.

Se quedó a la espera. Asentí. Prosiguió:

—Esos almacenes los construyó Kliner, hace cinco años —dijo—. ¿Sabe de quién estoy hablando?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué tendría que saberlo? Es la primera vez que visito su pueblo.

—Kliner es un hombre muy conocido por aquí —comentó Finlay—. Sus almacenes nos reportan mucho dinero en impuestos, un dinero que nos viene muy bien. Muchos ingresos y muchos beneficios para el municipio, sin apenas causar problemas, pues los almacenes están muy lejos del pueblo. Por eso miramos de cuidar esos almacenes. Y ahora se han convertido en el escenario de un homicidio, razón por la que va a tener que explicarse.

El hombre estaba haciendo su trabajo, pero también estaba haciéndome perder el tiempo.

—Muy bien, Finlay —dije—. Voy a hacer una declaración detallando todo cuanto hice desde que entré en el término de su maldito municipio hasta que me echaron el guante en mitad de mi puñetero desayuno. Si consigue pillarme por algún lado, voy a darle una maldita medalla. Porque lo único que hice fue dar un paso tras otro bajo una lluvia incesante hasta recorrer esos maravillosos veinte kilómetros que tanto le gustan.

Hacía seis meses que no pronunciaba tantas palabras seguidas. Sentado en la silla, Finlay me contempló en silencio. Vi que estaba dándole vueltas al dilema al que suelen enfrentarse todos los inspectores de policía. El instinto le decía que probablemente yo no era el sujeto al que andaba buscando. Pero sí que estaba sentado frente a su escritorio. ¿Y qué tenía que hacer un inspector de policía? Dejé que considerara la cuestión. Pensé en efectuar un comentario para orientarlo en la dirección correcta. Iba a decir algo relativo a que el verdadero asesino seguía estando en libertad mientras perdía el tiempo conmigo. Para alimentar su inseguridad. Pero Finlay se me adelantó. En la dirección equivocada.

—No hay declaración que valga —dijo—. Yo hago las preguntas, y usted responde. Se llama Jack Reacher, sin más. No tiene dirección fija. No tiene documento de identificación. ¿Quién es usted? ¿Un vagabundo?

Suspiré. Era viernes. El gran reloj señalaba que ya había transcurrido más de la mitad del día. Ese tal Finlay iba a tomarse todo el tiempo del mundo con sus preguntas. Iba a pasarme el fin de semana en una celda. De la que probablemente

saldría el lunes.

—No soy un vagabundo, Finlay —dije—. Soy un trotamundos. Es distinto. Meneó la cabeza, con lentitud.

—No se haga el listo conmigo, Reacher. Nuestro testigo le vio abandonar el escenario del crimen. Es usted un forastero sin ningún documento de identificación ni historia personal. De forma que no se haga el listo conmigo.

Seguía limitándose a hacer su trabajo, pero también seguía haciéndome perder el tiempo.

—No estaba abandonando el escenario de un crimen —dije—. Lo que estaba haciendo era andar por una maldita carretera. Hay una diferencia, ¿no le parece? La persona que abandona el escenario de un crimen corre y se esconde. No anda tranquilamente por una carretera. ¿Qué tiene de malo andar por una carretera? Siempre hay gente que anda por una maldita carretera, ¿no le parece?

Finlay se echó hacia delante y negó con la cabeza.

—No —dijo—. No hay nadie que haya recorrido esa carretera a pie desde la invención del automóvil. ¿Y por qué no tiene una dirección fija? ¿De dónde es originario? Responda a mis preguntas. Pongamos las cosas en claro.

—Muy bien, Finlay, pongamos las cosas en claro —dije—. No tengo dirección fija porque no vivo en ningún sitio en particular. Es posible que un día viva en un sitio en particular, y entonces tendré dirección fija y le enviaré una postal, para que anote la maldita dirección en su agenda, ya que tanto le interesa el asunto.

Finlay clavó la mirada en mí y consideró sus opciones. Escogió ser paciente. Paciente pero obstinado. Como si nada ni nadie pudieran alterar su voluntad.

—¿De dónde es usted? —preguntó—. ¿Cuál fue su última dirección?

—¿Qué quiere decir exactamente cuando pregunta de dónde soy?

Tenía los labios fruncidos. Estaba contagiándole mi propio malhumor. Pero se mantuvo paciente. Matizando su paciencia con cierto sarcasmo gélido.

—Muy bien —dijo—. No entiende mi pregunta, así que voy a tratar de aclarársela. Lo que quiero decir es en qué lugar nació o dónde ha vivido durante esa parte principal de la vida que uno suele considerar más importante desde un punto de vista social o cultural.

Me lo quedé mirando sin decir palabra.

—Voy a darle un ejemplo —dijo—. Yo nací en Boston, estudié en Boston y después estuve trabajando en Boston veinte años, por lo que diría —y supongo que estará usted de acuerdo— que soy de Boston.

Era lo que yo pensaba. Un antiguo alumno de Harvard. Un hombre de Harvard al que estaba agotándosele la paciencia.

—Muy bien —dije—. Ya ha hecho sus preguntas. Voy a respondérselas. Pero antes voy a decirle una cosa. No soy el fulano que anda buscando. El lunes tendrá claro que no soy ese fulano. Así que hágase un favor. No deje de seguir buscando al fulano.

Finlay estaba resistiéndose al impulso de sonreír. Asintió con expresión grave.

—Le doy las gracias por sus consejos —dijo—. Y por su interés en mi futuro profesional.

—De nada —respondí.

—Continúe —dijo.

—De acuerdo. Si nos atenemos a esa curiosa definición que acaba de hacer, resulta que no soy de ninguna parte. Soy de un lugar llamado «el Ejército». Nací en una base militar estadounidense en Berlín Occidental. Mi padre estaba en la infantería de Marina y mi madre era una civil francesa a la que conoció en Holanda. Se casaron en Corea.

Finlay asintió. Hizo una anotación.

—Crecí en el seno del ejército —dije—. Muéstreme un listado de bases norteamericanas en el mundo, y ese es el listado de los lugares en los que he vivido. Estudié en institutos de dos docenas de países distintos, y luego cursé cuatro años en la academia militar de West Point.

—Continúe —dijo Finlay.

—Me quedé en el ejército —añadí—. En la policía militar. Volví a vivir y a servir en todas esas bases que le he dicho. Y de repente, Finlay, después de haberme pasado treinta y seis años siendo el hijo de un oficial y, después, un oficial yo mismo, resulta que ya no hace falta un ejército enorme, porque los soviéticos se han ido al carajo. Fantástico, ahora contamos con los beneficios de la paz. Lo que en su caso significa que sus impuestos se invierten en otras cosas, pero en el mío supone que de la noche a la mañana soy un antiguo policía militar de treinta y seis años sin empleo al que tachan de vagabundo unos paisanos tan cabrones como listillos que no durarían ni cinco minutos en el mundo al que yo sobreviví.

Lo pensó un momento. No estaba impresionado.

—Continúe —dijo.

Lo miré y me encogí de hombros.

—Y ahora estoy divirtiéndome un poco, y punto —dije—. Es posible que más adelante encuentre algo que hacer, o quizá no. Es posible que me ponga a vivir en algún lugar, o quizá no. Pero no es lo que estoy buscando ahora mismo.

Asintió. Hizo varias anotaciones más.

—¿Cuándo dejó el ejército?

—Hace seis meses —respondí—. En abril.

—¿Ha tenido algún otro empleo desde entonces?

—Lo dirá en broma —contesté—. ¿Cuándo fue la última vez que buscó empleo?

—En abril —contestó él—. Hace seis meses. Y encontré este trabajo.

—Bueno, pues me alegro por usted, Finlay.

No se me ocurrió otra cosa que decir. Finlay se me quedó mirando un momento.

—¿De qué ha estado viviendo? —preguntó—. ¿Qué rango tenía en el ejército?

—El de comandante —dije—. Te dan una indemnización cuando te echan a la

calle. Sigo conservando la mayor parte del dinero. Y hago lo que puedo para que me dure, ¿entiende?

Un largo silencio. Finlay tamborileó con la punta del bolígrafo.

—Bien, hablemos de las últimas veinticuatro horas —dijo.

Suspiré. Pronto iba a verme metido en problemas.

—Llegué en el autobús de la compañía Greyhound —dije—. Me bajé en la carretera del condado. A las ocho de esta mañana. Caminé hasta plantarme en el pueblo, llegué a esa cafetería, pedí un desayuno y estaba comiéndomelo cuando sus chicos se presentaron y me echaron la zarpa encima.

—¿Tiene algo en particular que hacer por aquí? —preguntó.

Meneé la cabeza.

—Estoy sin trabajo —respondí—. No tengo nada que hacer en ninguna parte.

Tomó nota.

—¿Dónde cogió el autobús? —preguntó.

—En Tampa —dije—. Salí de allí a medianoche.

—¿Tampa, en Florida?

Asentí. Abrió otro cajón. Sacó un horario de la Greyhound. Lo abrió y resiguió una de las páginas con su largo dedo oscuro. El hombre era pero que muy meticulado. Me miró.

—Estamos hablando de un autobús de línea directa —dijo—. Que pasa por el norte sin detenerse, en dirección a Atlanta. Llega a Atlanta a las nueve de la mañana. Y no tiene parada aquí a las nueve.

Meneé la cabeza.

—Pedí al conductor que se detuviera —expliqué—. Dijo que no tendría que hacerlo, pero lo hizo. Hizo una parada especial para que me bajara.

—¿Usted ha estado aquí antes? —preguntó.

Volví a menear la cabeza.

—¿Tiene familia por aquí?

—No.

—¿Tiene familia en algún lugar?

—Tengo un hermano que vive en Washington —dije—. Trabaja para el Departamento del Tesoro.

—¿Tiene amigos en Georgia?

—No.

Finlay tomó nota de todas mis respuestas. Tras de lo cual se produjo un largo silencio. Yo sabía cuál iba a ser su próxima pregunta.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué se bajó del autobús en un lugar donde no paraba y anduvo veinte kilómetros bajo la lluvia hasta llegar a un lugar que no tenía motivo alguno para visitar?

Era la pregunta del millón. Finlay había dado con ella. Lo mismo que haría un fiscal. Y yo no tenía una respuesta convincente.

—¿Qué puedo decirle? —Repuse—. Fue una decisión arbitraria. No sabía bien adónde ir. Pero en algún sitio tengo que estar, ¿no cree?

—Pero ¿por qué aquí? —insistió.

—No lo sé —dije—. El tipo que estaba sentado a mi lado tenía un mapa, y me fijé en el nombre de este pueblo. Me apetecía salir de las rutas principales. Me dije que igual podía dirigirme hacia el golfo de México, o ir más hacia el oeste todavía.

—¿Que se fijó en el nombre de este pueblo? —repitió Finlay—. No me venga con mierdas de ese tipo. ¿Por qué iba a fijarse en el nombre de este pueblo? No es más que un nombre en el mapa. Un simple punto en el mapa. Tuvo que tener una razón.

Asentí.

—Pensé en acercarme para informarme sobre Blind Blake.

—¿Quién demonios es Blind Blake? —quiso saber.

Me lo quedé mirando y vi que estaba considerando todas las posibilidades, del mismo modo que un programa informático de ajedrez analiza las posibles jugadas. ¿Blind Blake era mi amigo, mi enemigo, mi cómplice, mi mentor, un acreedor, un deudor, mi próxima víctima?

—Blind Blake fue un guitarrista —le expliqué—. Murió hace sesenta años, posiblemente asesinado. Mi hermano compró un disco suyo, y en el texto de contracubierta ponía que murió aquí, en Margrave. Mi hermano me escribió mencionando el caso. Según me dijo, había estado aquí un par de veces en primavera, por cierto trabajo. Se me ocurrió acercarme a investigar un poco la historia.

Finlay me miró con rostro inexpresivo. La cosa le sonaba muy poco plausible. En su lugar, a mí también me hubiera sonado muy poco plausible.

—¿Vino usted aquí en busca de un guitarrista? —preguntó—. ¿Un guitarrista muerto hace sesenta años? ¿Por qué? ¿Es usted guitarrista?

—No —contesté.

—¿Cómo explica eso de que su hermano le escribió? Acaba de decirme que no tiene dirección fija.

—Envió la carta a mi antigua unidad en el ejército —dije—. Los de mi unidad envían el correo al banco en el que tengo ingresada la indemnización. Y los del banco, a su vez, me lo envían cuando los llamo para que me manden dinero.

Meneó la cabeza. Hizo una anotación.

—Me ha dicho que cogió el autobús de la Greyhound que sale a medianoche de Tampa, ¿no es así? —apuntó.

Le indiqué que así era con un gesto de la cabeza.

—¿Tiene el billete del autobús? —preguntó.

—Supongo que está en la bolsa con mis efectos personales —dije, acordándome del momento en que Baker metió en la bolsa todo cuanto encontró en mis bolsillos y Stevenson anotó mi nombre en la etiqueta correspondiente.

—¿Le parece que el conductor del autobús se acordaría de su cara? —preguntó Finlay.

—Es posible —respondí—. Hizo una parada especial. Tuve que pedírselo.

Me estaba convirtiendo en una especie de espectador. La situación se me hacía un poco rara. Mi propio trabajo no había sido muy distinto del de Finlay. Sentía el extraño impulso de debatir con él un caso protagonizado por otro. Como si fuéramos colegas de profesión que estuvieran afrontando un problema complicado.

—¿Cómo se explica que no trabaje usted? —preguntó.

Me encogí de hombros. Traté de explicarme:

—Porque no quiero trabajar. Me he pasado trece años trabajando, y no me ha servido de nada. Intenté hacerlo todo tal como ellos querían, pero ahora por mí pueden irse al infierno. Ahora voy a intentar hacer las cosas a mi manera.

Sentado en la silla, Finlay me contempló con interés.

—¿Tuvo problemas en el ejército? —preguntó.

—No mayores que los que usted mismo tuvo en Boston —respondí.

Se mostró sorprendido.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Trabajé en Boston durante veinte años —contesté—. Usted mismo acaba de decírmelo, Finlay. Entonces, ¿cómo se explica que ahora esté en esta población tan apartada e insignificante? Lo que tendría que estar haciendo es ir acumulando años para la jubilación y salir de pesca de vez en cuando. A Cape Cod o algún otro lugar parecido. ¿Cuál es su historia?

—Eso es asunto mío, señor Reacher —dijo—. Responda a la pregunta que acabo de hacerle.

Me encogí de hombros.

—Pregúnteselo al ejército —dije.

—Voy a hacerlo —prometió—. Puede estar seguro. ¿Se licenció de forma honrosa?

—¿Le parece que me hubieran pagado una indemnización si no fuera el caso?

—¿Por qué tengo que creer que le dieron un centavo? —dijo—. Vive usted como un maldito vagabundo. ¿Se licenció de forma honrosa? ¿Sí o no?

—Sí —respondí—. Por supuesto.

Hizo una nueva anotación. Se quedó pensativo un momento.

—¿Qué sintió cuando lo echaron de esa forma? —preguntó.

Lo pensé. Me encogí de hombros.

—No sentí nada en especial. Sentí que antes estaba en el ejército y que ahora ya no estaba en el ejército.

—¿Siente amargura? ¿Siente que fueron injustos con usted?

—No —dije—. ¿Es que tendría que sentirme así?

—¿Ningún problema en absoluto? —preguntó. Como si tuviera que haber algo.

Sentía que tenía que darle una respuesta de alguna clase. Pero no se me ocurría nada. Había estado en el ejército desde el día en que nací. Y ahora estaba fuera del ejército. Lo que resultaba estupendo. Venía a ser la libertad. Como si durante toda la

vida hubiera estado sufriendo un ligero dolor de cabeza. Del que no me había dado cuenta hasta su desaparición. Mi único problema consistía en ganarme la vida. Ganarme la vida sin renunciar a la libertad no era nada fácil. No había ganado un centavo en seis meses. Ese era mi único problema. Pero eso no iba a decírselo a Finlay. Porque lo vería como un motivo. Se diría que había decidido financiar mi existencia de vagabundo robando a la gente. En almacenes. Y matándola después.

—Supongo que la transición no resulta fácil de sobrellevar —dije—. Especialmente porque de niño ya formaba parte del Ejército.

Finlay asintió con la cabeza. Consideró mi respuesta.

—¿Por qué lo licenciaron a usted en particular? —preguntó—. ¿Se ofreció voluntario para dejar el ejército?

—Yo nunca me presento voluntario para algo —contesté—. Es la norma número uno a la que se atiene un soldado.

Otro silencio.

—¿Hizo alguna clase de especialización? —inquirió—. En el ejército, quiero decir.

—Al principio me asignaron faenas de todo tipo —dije—. Es como funciona el sistema. Después estuve asignado a la unidad de secretos militares durante cinco años. Y durante los últimos seis años estuve haciendo otra cosa.

Que me lo preguntara.

—¿Qué otra cosa?

—Investigación de casos de homicidio —dije.

Finlay se arrellanó en el asiento. Soltó un gruñido. Volvió a hacer el numerito de entrecruzar los dedos. Me contempló fijamente y exhaló una bocanada de aire. Se echó hacia delante en el asiento y me señaló con el dedo.

—Muy bien —dijo—. Voy a comprobar toda esa información. Tenemos sus huellas dactilares. Tendrían que estar en su expediente del ejército. Y vamos a hacernos con su hoja de servicios. Al completo. Con todos los detalles. Preguntaremos a los de la compañía de autobuses. Comprobaremos su billete. Encontraremos al conductor y encontraremos a los pasajeros. Si lo que dice es verdad, lo vamos a saber muy pronto. Y si efectivamente es verdad, es posible que salga bien librado de esta. Como es natural, la cuestión la determinarán ciertos detalles referentes a la secuencia temporal y el método seguido. Unos detalles que, por el momento, siguen estando poco claros.

Calló y volvió a exhalar una bocanada de aire. Me miró directamente a los ojos.

—Por lo demás, soy un hombre cauteloso —dijo—. Y a primera vista, no lo tiene usted muy bien. Un hombre errante. Un vagabundo. Sin dirección, sin historia personal. Su versión de los hechos puede ser una pura mierda. Puede que sea un fugitivo. Es posible que haya estado cometiendo un asesinato tras otro en una docena de estados. Lo cierto es que no lo sé. No pueden pedirme que le otorgue el beneficio de la duda. De hecho, ahora mismo no creo que deba tener ninguna duda. Así que

vamos a encerrarle, hasta que pongamos las cosas en claro, ¿entendido?

Era lo que me había estado esperando. Yo habría dicho exactamente lo mismo. Pero me contenté con mirarlo y negar con la cabeza.

—Dice que es un hombre cauteloso —repuse—. Acaba de dejarlo muy claro, ya lo creo que sí.

Me devolvió la mirada.

—Si estoy equivocado, el lunes le invito a almorzar —dijo—. En la cafetería de Eno, para compensarle por las molestias.

Volví a negar con la cabeza.

—No estoy interesado en hacer amigos en este lugar —dije.

Finlay se limitó a encogerse de hombros. Paró la grabadora. Rebobinó. Sacó la cinta. Hizo una anotación en ella. Pulsó el interfono que había sobre el gran escritorio de palisandro. Pidió a Baker que viniera. Me quedé a la espera. Aún tenía frío. Pero ya no estaba empapado. La lluvia se había precipitado desde el cielo de Georgia y me había calado hasta los huesos. Y el reseco aire de la comisaría ahora me la había extraído del cuerpo. Un deshumidificador me la había extraído y desviado por unas tuberías.

Baker llamó a la puerta y entró. Finlay le pidió que me condujera a los calabozos. A continuación me miró y asintió. El gesto decía: «Si al final no es el hombre a quien ando buscando, recuerde que simplemente he estado haciendo mi trabajo». Asentí a mi vez. Mi gesto decía: «Mientras se empeña en protegerse a sí mismo, un asesino anda suelto por las calles».

Los calabozos estaban en un ancho pasillo construido junto a la amplia sala donde trabajaban los agentes. Tres celdas. La parte frontal estaba enteramente formada por barrotes. Un pequeño corredor comunicaba las celdas. El metal exhibía un magnífico brillo apagado. Quizá titanio. Las tres celdas estaban enmoquetadas. Y vacías. No había muebles, y las paredes carecían de salientes para camastros. Eran simples variaciones caras de los antiguos calabozos reservados a los detenidos temporalmente.

—¿No es posible pasar la noche aquí? —pregunté a Baker.

—Nada de eso —contestó—. Más tarde lo llevarán a la cárcel del estado. El furgón de la cárcel llegará a las seis. Y lo traerá de vuelta el lunes.

Cerró de golpe la puerta de barrotes e hizo girar la llave en la cerradura. Oí que varios cerrojos se corrían a la vez. Un sistema eléctrico. Saqué el periódico de mi bolsillo. Me quité el abrigo y lo enrollé. Me tumbé boca arriba y me puse el abrigo bajo la nuca.

Ahora sí que estaba mosqueado de verdad. Iba a pasar el fin de la semana en la cárcel. No iba a quedarme en un calabozo de la comisaría. Tampoco es que tuviera otros planes. Pero sí que conocía las prisiones civiles. Muchos desertores del ejército

terminan en prisiones civiles. Por una cosa o por otra. El sistema se lo notifica al ejército. Y este envía a la policía militar a por ellos. De forma que había visto prisiones civiles por dentro. No me volvían loco de entusiasmo. Furioso, seguí allí tumbado oyendo el runrún de la sala de los agentes. Teléfonos que sonaban. Teclados que repiqueteaban. El ritmo subía y bajaba. Los agentes iban de un lado a otro, hablando en voz baja.

Intenté terminar de leer el periódico que había cogido en la cafetería. Venía un montón de mierda sobre el presidente y su campaña para la reelección. El tipo estaba en Pensacola, en la costa del golfo. Se había propuesto equilibrar el presupuesto antes de que a sus sobrinitos les salieran canas. Estaba haciendo recorte tras recorte. Me recordaba a un fulano que estuviera abriéndose paso en la selva a machetazo limpio. En la sureña Pensacola, estaba haciendo de las suyas con los guardacostas. El cuerpo de guardacostas había puesto en práctica cierto operativo durante los últimos doce meses. Todos los días del año habían estado zarpando para formar un escudo destinado a proteger el litoral de Florida, abordando y registrando todos los barcos que les olieran a chamusquina. Lo que en su momento había sido anunciado con gran despliegue de medios. Y habían tenido un éxito que superaba todos sus sueños. Habían encontrado todo tipo de cosas. Drogas, en particular, pero también armas, inmigrantes ilegales procedentes de Haití y Cuba. El operativo de interceptación estaba reduciendo la criminalidad en todo Estados Unidos meses después y a millares de kilómetros de distancia. Un exitazo.

En consecuencia, el operativo iba a ser cancelado. Su funcionamiento salía demasiado caro. El presupuesto de los guardacostas presentaba un déficit alarmante. El presidente decía que no podía aumentarlo. De hecho, iba a tener que recortarlo. La economía estaba por los suelos. No podía hacer otra cosa. Por lo que el operativo de interceptación iba a ser cancelado dentro de siete días. El presidente estaba haciendo lo posible por aparecer como un estadista. Los altos cargos de la policía y la seguridad nacional estaban indignados, pues consideraban que mejor era prevenir que curar. Los politicastos de Washington estaban contentos, porque cincuenta centavos invertidos en una patrulla urbana eran mucho más visibles que dos dólares invertidos en el océano, a dos mil millas de los votantes. La polémica estaba servida. Y en las movidas fotografías del periódico, el presidente sonreía con sonrisa de estadista y decía que él no podía evitarlo. Dejé de leer, me estaba poniendo cada vez más rabioso.

Para calmarme, me puse a pensar en música. En el estribillo de *Smokestack Lightning*. La versión de Howlin' Wolf incluye un maravilloso grito estrangulado al final de la primera estrofa. Dicen que uno tiene que viajar de polizón en los trenes una temporada para entender bien el blues de los desarraigados. Se equivocan. Para entender el blues de los desarraigados hay que estar encerrado en algún lugar. En una celda. O en el ejército. Hay que estar enjaulado de una forma u otra. En un lugar desde donde las chispas de la chimenea de una locomotora den la impresión de ser el

símbolo de la imposible libertad. Con mi abrigo como almohada, seguí escuchando la música en mi cabeza. Me quedé dormido al final del tercer estribillo.

Me desperté cuando Baker empezó a patear los barrotes. El ruido era sordo pero resonante. Como el de la campana de un funeral. Baker estaba de pie junto a Finlay. Me miraron. Seguí tumbado en el suelo. Allí me encontraba a gusto.

—¿Dónde me dijo que estuvo ayer a medianoche? —preguntó Finlay.

—Subiéndome al autobús en Tampa —respondí.

—Tenemos un nuevo testigo —dijo Finlay—. Y dice que lo vio merodeando por los almacenes. A medianoche.

—Y una mierda, Finlay —le espeté—. Imposible. ¿Quién demonios es ese testigo?

—El testigo es el jefe de policía Morrison —dijo Finlay—. Dice que estaba seguro de haberlo visto antes. Y ahora ha recordado dónde.

Volvieron a conducirme esposado al despacho decorado con madera de palisandro. Finlay estaba sentado ante el gran escritorio, con las banderas a sus espaldas, debajo del gran reloj. Baker se acomodó en una silla a un lado del escritorio. Tomé asiento frente a Finlay. Este sacó la grabadora. Deslió los cables. Situó el micrófono entre nosotros. Lo probó con la uña. Rebobinó la cinta. Listo.

—Las últimas veinticuatro horas, Reacher —dijo—. En detalle.

Los dos policías rebosaban de entusiasmo reprimido. Un caso sin apenas fundamento de pronto se había convertido en un caso cantado. La euforia del triunfo estaba empezando a apoderarse de ellos. Veía los signos.

—Anoche estaba en Tampa —dije—. Subí al autobús a medianoche. Hay testigos que podrán confirmarlo. Bajé del autobús a las ocho de esta mañana en el desvío a la carretera del condado que sale de la autopista. El jefe Morrison se equivoca si dice que me vio a medianoche. Yo en ese momento estaba a unos seiscientos kilómetros de distancia. No puedo decirles más. Compruébenlo.

Finlay me atravesó con la mirada. Hizo una seña con la cabeza a Baker, que abrió una carpeta de color marrón.

—La víctima no ha sido identificada —dijo Baker—. No llevaba ningún documento de identificación ni billetera, ni tenía señales físicas distintivas. Un hombre de raza blanca, de unos cuarenta años, muy alto, con la cabeza afeitada. El cuerpo fue encontrado allí a las ocho de esta mañana, abandonado junto a la valla, cerca de la entrada principal. Parcialmente cubierto con cartones. Le tomamos las huellas dactilares. Con resultado negativo. No hay correspondencia en la base de datos.

—¿Quién era ese hombre, Reacher? —quiso saber Finlay.

Baker aguardó a que yo reaccionase de alguna forma. Se quedó con las ganas. Me mantuve allí sentado, escuchando el ligero tictac del viejo reloj. Las manecillas estaban acercándose con lentitud a las dos y media. No dije palabra. Baker revolvió en el interior de la carpeta y seleccionó otro papel. Levantó la mirada un momento y prosiguió:

—La víctima recibió dos disparos en la cabeza. Probablemente efectuados con una automática de pequeño calibre. El primer disparo fue hecho de muy cerca, en la sien izquierda. El segundo fue a bocajarro, detrás de la oreja izquierda. Está claro que las balas eran de punta blanda, pues las heridas de salida destrozaron la cara de la víctima. La lluvia ha borrado los rastros de pólvora, pero los patrones de las quemaduras sugieren el uso de un silenciador. El primer disparo seguramente fue mortal de necesidad. No tenía balas alojadas en el cráneo. No se han encontrado casquillos de bala.

—¿Dónde está la pistola, Reacher? —preguntó Finlay.

Lo miré e hice una mueca. No respondí.

—La víctima murió entre las once y media y la una de la noche pasada —continuó Baker—. El cadáver no estaba allí a las once y media, cuando el vigilante de turno se marchó a casa. Así nos lo ha dicho. El que lo encontró fue el vigilante del turno de mañana, cuando se presentó para abrir la puerta. Hacia las ocho. Vio que usted abandonaba la escena del crimen y nos llamó.

—¿Quién era ese hombre, Reacher? —repitió Finlay.

Hice caso omiso y miré a Baker.

—¿Por qué antes de la una? —pregunté.

—Porque la fuerte lluvia de anoche empezó a caer a la una —respondió—. El suelo bajo el cadáver estaba completamente seco. De forma que el cadáver ya estaba en el suelo antes de la una, cuando empezó a llover. El forense sospecha que le dispararon a medianoche.

Asentí. Les sonreí. El momento de la muerte iba a suponer mi puesta en libertad.

—Díganos que sucedió después —repuso Finlay con calma.

Me encogí de hombros.

—Díganmelo ustedes —contesté—. Yo no estaba allí. A medianoche estaba en Tampa.

Baker rebuscó y sacó otro papel de la carpeta.

—Lo que después sucedió fue que usted, de pronto, lo vio todo rojo. Se volvió loco.

Dije que no con la cabeza.

—Yo no estaba ahí a medianoche —repetí—. Estaba subiéndome al autobús en Tampa. No me parece que eso sea cosa de locos.

Los dos policías no reaccionaron. Sus rostros eran sombríos.

—Su primer disparo lo mató —dijo Baker—. Le disparó una segunda vez, y entonces perdió el control y se puso a patear el cadáver hasta dejarlo machacado. Hay unos traumatismos enormes, posteriores a la muerte. Primero le disparó y luego hizo lo posible por destrozarlo a patadas. Pateó el cuerpo con saña, por todas partes. Estaba frenético. Finalmente se calmó un poco y trató de esconder el cadáver bajo los cartones.

Guardé un largo silencio.

—¿Traumatismos posteriores a la muerte? —pregunté.

Baker movió afirmativamente la cabeza.

—Patearon el cuerpo de forma frenética —aclaró—. El hombre da la impresión de haber sido atropellado por un camión. Tiene rotos casi todos los huesos del cuerpo. Pero el médico dice que eso pasó después de su muerte. Es usted un hombre muy raro, Reacher, eso está claro.

—¿De qué conocía a ese hombre? —preguntó Finlay.

Seguí mirándolo en silencio. Sin responder.

—¿Qué significa eso de *Pluribus*? —preguntó.

Me encogí de hombros. Me mantuve callado.

—¿Quién era ese hombre, Reacher? —volvió a preguntar Finlay.

—Yo no estuve allí —dije—. No sé nada.

Finlay guardó silencio.

—¿Cuál es su número de teléfono? —preguntó a botepronto.

Me lo quedé mirando como si estuviera loco.

—Finlay, ¿de qué demonios me está hablando? —Solté—. Yo no tengo teléfono. ¿Es que no escucha? No tengo dirección fija.

—Me estoy refiriendo a su teléfono móvil —dijo.

—¿Qué teléfono móvil? Yo no tengo móvil.

De pronto me estremecí de miedo. Me habían tomado por un asesino a sueldo. Un extraño mercenario sin domicilio pero con teléfono móvil, que iba de un lugar a otro matando a la gente. Y que luego pateaba los cadáveres hasta dejarlos irreconocibles. Siempre en contacto con un grupo criminal para que le asignaran el próximo objetivo a batir. Siempre en movimiento.

Finlay se echó hacia delante. Me pasó un trozo de papel a través del escritorio. Un trozo de un papel de impresora de ordenador. No muy viejo. Con algunos brillos por el uso. En él estaba impreso un encabezamiento subrayado con bolígrafo. *Pluribus*. Bajo el encabezamiento había un número de teléfono. Lo miré. No quería dejar mis huellas dactilares.

—¿Es su número? —preguntó Finlay.

—Yo no tengo teléfono —repetí—. Y anoche no estaba aquí. Está perdiendo el tiempo, Finlay.

—Es un número de teléfono móvil —dijo—. Eso lo sabemos. Operado por una compañía de Atlanta. Pero no vamos a poder saber el nombre del titular hasta el lunes. Por eso se lo estamos preguntando. Haría mejor en cooperar, Reacher.

Volví a mirar el trozo de papel.

—¿Dónde lo encontraron?

Finlay consideró la pregunta. Decidió responderla.

—Estaba en el zapato de su víctima. Doblado y escondido.

Me mantuve sentado en silencio largo rato. Estaba inquieto. Me sentía como el personaje de un libro para niños que cae por un pozo sin fondo, y que de pronto se encuentra en un mundo desconocido en el que todo resulta diferente y extraño. Como Alicia en el País de las Maravillas. ¿Alicia cayó por un pozo sin fondo? ¿O se bajó de un autobús de la Greyhound en el lugar menos indicado?

Me encontraba en un despacho lujoso, opulento. Había visto peores despachos en bancos suizos. Estaba en compañía de dos policías. Inteligentes y profesionales. Entre los dos probablemente sumaban más de treinta años de experiencia. Un cuerpo de

policía maduro y competente. Dotado del personal necesario y financiado con generosidad. Su punto flaco era el hecho de que lo dirigiera el mamón de Morrison, pero se trataba del mejor departamento de policía que había visto en mucho tiempo. Y sin embargo, estaban metiéndose en un callejón sin salida. Parecían estar convencidos de que la tierra era plana. De que el vasto cielo de Georgia era un gran tazón puesto del revés sobre la superficie. Yo era el único que se daba cuenta de que la tierra era redonda.

—Dos cosas —dije—. A la víctima le dispararon muy cerca con una pistola automática con silenciador. El primer disparo lo derriba. El segundo disparo es para asegurar la cosa. No hay casquillos de bala en el suelo. Son ustedes dos profesionales. ¿Qué les sugiere esta secuencia?

Finlay no respondió. Su principal sospechoso estaba hablando de la cuestión con él como si fuera un igual. En su papel de investigador del caso, no podía permitirlo. Tendría que hacer que me callara. Pero quería escuchar lo que yo tenía que decir. Vi que estaba debatiendo consigo mismo. Aunque su inmovilidad física era absoluta, su mente se debatía con tanto ahínco como unos gatitos metidos en un saco.

—Continúe —dijo finalmente. Con voz grave, como si el asunto fuera importante.

—Estamos hablando de una ejecución, Finlay —dije—. No de un robo o de una riña, sino de una ejecución premeditada y perpetrada a sangre fría. El que la llevó a cabo no dejó una sola pista sobre el terreno. Estamos hablando de un fulano que sabía lo que se hacía, que tuvo que coger una linterna para encontrar dos casquillos de bala de pequeño calibre.

—Continúe —repitió Finlay.

—A la víctima le dispararon a corta distancia y en la sien izquierda —dije—. Es posible que estuviera sentada al volante de un coche. El asesino habla con él a través de la ventanilla y de pronto lo encañona. Bum. Se echa hacia delante y dispara por segunda vez. Luego recoge los casquillos y se marcha.

—¿Que se marcha? —Saltó Finlay—. ¿Y cómo se explica todo lo que sucedió después? ¿Está sugiriendo que había un segundo hombre?

Negué con la cabeza.

—Eran tres —lo corregí—. Está claro, ¿no?

—¿Por qué tres? —quiso saber.

—En la práctica tuvieron que ser por lo menos dos, ¿no creen? —Dije—. ¿Cómo llegó la víctima a esos almacenes? Tuvo que ir en coche, ¿verdad? Están demasiado lejos como para ir andando. Entonces, ¿dónde está su coche? El asesino tampoco llegó andando a ese lugar. Por eso digo que en la práctica tuvieron que ser por lo menos dos. Se presentaron allí en el mismo coche y luego se marcharon por separado, uno de ellos al volante del automóvil de la víctima.

—¿Pero...? —dijo Finlay.

—Pero los hechos indican que por lo menos fueron tres —respondí—. Piénselo

desde el punto de vista psicológico. Es la clave en este asunto. Un fulano que utiliza una pistola de pequeño calibre con silenciador, dispara a su víctima limpiamente en la sien y después efectúa un segundo disparo para asegurarse de que está bien muerta, no es la clase de fulano que de pronto se vuelve loco y empieza a patear un cadáver hasta hacerlo fosfatina, ¿no les parece? Y es muy poco probable que un fulano que pierde el control de esa forma recupere la calma al momento y esconda el cadáver bajo unos cartones viejos, Finlay. Por eso los implicados fueron tres.

Finlay me miró y se encogió de hombros.

—Quizá fueron dos —arguyó—. Es posible que el que efectuó los disparos luego se quedara a arreglar un poco la cosa.

—Ni hablar —contesté—. El que efectuó los disparos no se quedó esperando. No le gustó que el otro perdiera el control de esa forma. Lo encontró repugnante. Y también le preocupó, porque aumentaba el riesgo y le daba mayor visibilidad al asunto. Y un hombre así, de haberse quedado a arreglar la cosa después, lo hubiera hecho como tiene que ser. No hubiera dejado el cadáver allí donde pudiera encontrarlo el primero que pasara. Por eso le estoy diciendo que los implicados fueron tres.

Finlay lo pensó largamente.

—¿Y...? —dijo.

—¿Y entonces quién de los tres se supone que soy yo? —Dije—. ¿El que efectuó los disparos, el maníaco o el idiota que escondió mal el cuerpo?

Finlay y Baker se miraron. No me respondieron.

—¿Y bien, quién de los tres soy? ¿Qué me dicen? Mis dos compañeros y yo llegamos en coche a esos almacenes, nos cargamos a ese tipo a medianoche, y entonces mis dos compañeros se marchan en el coche pero yo prefiero quedarme por aquí. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? Es de risa, Finlay.

No respondió. Estaba pensando.

—Yo no tengo dos compañeros —dije—. Ni tengo coche. Así que lo mejor que se les ocurre es decir que la víctima fue andando a ese lugar, porque yo también fui andando. Me lo encontré y entonces lo maté de dos disparos muy precisos, como los haría un profesional. Después recuperé los casquillos de bala, cogí su billetera y le vacié los bolsillos, pero me olvidé de mirar en sus zapatos. Luego escondí en algún lugar la pistola, el silenciador, la linterna, el teléfono móvil, los casquillos, la billetera y todo lo demás. Y entonces sufrí un completo cambio de personalidad y me puse a destrozar el cadáver a patadas, como un maníaco. Después sufrí otro cambio de personalidad y me esforcé en esconder el cadáver, sin éxito. A continuación esperé ocho horas bajo la lluvia y fui andando al pueblo. Eso es lo mejor que se les ha ocurrido. Y es una mierda de versión de los hechos, Finlay. ¿Por qué demonios iba a quedarme esperando ocho horas, bajo la lluvia, antes de alejarme del lugar del homicidio?

Se me quedó mirando un largo instante.

—No lo sé —dijo.

Los tipos como Finlay no dicen una cosa así a no ser que tengan serias dudas. Daba la impresión de haberse desinflado. La suya era una teoría de risa. Y él lo sabía. Pero tenía un grave problema con el nuevo testimonio aportado por el jefe de policía. No podía encararse con su superior y decirle: «Eso que nos ha dicho es una pura mierda, Morrison». No podía ponerse a investigar una alternativa ahora que su jefe le había puesto a un sospechoso en bandeja. Pero sí que podía investigar mi coartada. Nadie iba a criticarle por ser meticuloso. Y luego podía empezar de cero el lunes. El hombre estaba disgustado porque iba a perder setenta y dos horas. Y se daba cuenta de que tenía un problema muy gordo a la vista. Tendría que decirle a su jefe que de ninguna manera yo podía haber estado en aquel lugar a medianoche. Tendría que utilizar todo su tacto para conseguir que su jefe se retractara. Lo que no resulta fácil cuando eres un subalterno que tan solo lleva seis meses en el trabajo. Y cuando la persona con la que tienes que tratar es un capullo integral. Y menos si ese capullo es tu jefe. Iba a encontrarse con un montón de dificultades, y el hombre estaba pero que muy disgustado. Sentado en la silla, respiraba entrecortadamente. Estaba en problemas. Había llegado el momento de ayudarlo.

—¿Tienen claro que ese número de teléfono es de un móvil?

—Lo sabemos por el prefijo —explicó—. En lugar de un prefijo de zona geográfica, los móviles tienen un prefijo de acceso a la red.

—Muy bien —dije—. Y supongo que no pueden identificar al propietario del móvil porque no hay listines de móviles y porque la compañía de telefonía se niega a darles el nombre, ¿es eso?

—Exigen una orden judicial.

—Pero ustedes necesitan saber a quién corresponde ese número, ¿correcto?

—¿Se le ocurre alguna forma de saberlo sin tener una orden judicial? —preguntó.

—Es posible —respondí—. ¿Por qué no prueba a llamar, y a ver quién responde?

No lo habían pensado. Se produjo un nuevo silencio. Se sentían pillados en falta. No querían mirarse. Ni mirarme. Silencio.

Baker resolvió la situación. Dejó que Finlay se ocupara. Recogió sus papeles e indicó que iba a salir a estudiarlos. Finlay hizo un gesto de conformidad con la cabeza. Baker se levantó y salió. Cerró la puerta sin apenas hacer ruido. Finlay abrió la boca. Y la cerró. Necesitaba guardar las apariencias. Como fuese.

—Es un móvil —dijo—. Si llamo, no voy a poder saber de quién es o dónde está esa persona.

—Vamos a ver, Finlay. A mí no me importa de quién es. Lo que me importa es aclarar de quién no es. ¿Lo entiende? Porque ese teléfono no es mío. Si llama, le responderá un fulano en Atlanta o una mengana en Charleston. Y entonces sabrá que no es mío.

Finlay me miró fijamente. Tamborileó con los dedos en la mesa. Sin decir palabra.

—Ya sabe cómo se hacen estas cosas —añadí—. Llame a ese número y cuénteles un cuento chino sobre un problema técnico, una factura impagada, un problema informático, hasta conseguir que la otra persona le confirme el nombre y la dirección. Hágalo, Finlay. Se supone que es usted un maldito investigador.

Acercó el rostro al papel con el número. Cogió el papel con sus largos dedos oscuros. Le dio la vuelta, para leer bien el número y descolgó el teléfono. Marcó el número. Pulso la tecla del altavoz. El tono de llamada zumbó en la habitación. El tono no era el propio de un teléfono fijo, largo y retumbante. El sonido era electrónico, agudo, urgente. Cesó. Alguien respondió:

—Paul Hubble. ¿En qué puedo ayudarle?

Acento del sur. Voz desenvuelta. Acostumbrada a hablar por teléfono.

—¿Señor Hubble? —dijo Finlay. Con la mirada puesta en el escritorio, anotó el nombre—. Buenas tardes. Lo llamo desde el departamento técnico de la compañía telefónica. Nos han indicado que hay un problema con su número.

—Pues yo le oigo perfectamente —respondió la voz.

—¿Hola? —dijo Finlay—. Le oigo un poco mal, señor Hubble. ¿Hola? Me iría bien conocer la situación geográfica exacta de su teléfono, señor, para ver si hay un problema con los repetidores.

—Estoy en mi casa —dijo la voz.

—Muy bien. —Finlay cogió el bolígrafo otra vez—. ¿Podría confirmarme su dirección?

—¿No tienen mi dirección? —dijo la voz en tono divertido, de hombre a hombre—. Pues bien que se las arreglan para enviarme una factura cada mes.

Finlay me miró. Yo estaba sonriéndole. Me respondió con una mueca.

—Lo estoy llamando desde el departamento técnico, señor —dijo Finlay, siguiéndole la broma. Como si ambos tuvieran que vérselas con los misterios de la tecnología—. Los detalles personales del cliente están en otro departamento. Siempre puedo acceder a esos datos, pero me llevaría unos minutos, ya sabe usted cómo funcionan estas cosas. Y además, señor, es preciso que siga hablando mientras tengo el medidor en marcha, para conseguir una lectura precisa, ¿me entiende? Si no quiere darme su dirección, ya puestos, puede recitar un poema o decir cualquier otra cosa.

Del metálico altavoz surgió la risa del hombre llamado Hubble.

—Muy bien, pues vamos con ello. Probando, probando —dijo su voz—. Le habla Paul Hubble, desde su casa, en el número veinticinco de Beckman Drive. Repito: dos cinco, Beckman Drive, en nuestro bonito pueblo de Margrave. Se lo deletreo. M-A-R-G-R-A-V-E, en el estado de Georgia, Estados Unidos. ¿Cómo responde esa señal de lectura?

Finlay no contestó. De pronto parecía estar muy inquieto.

—¿Hola? —dijo la voz—. ¿Sigue usted ahí?

—Sí, señor Hubble —respondió Finlay—. Aquí sigo. No veo que haya ningún problema en absoluto, señor. Supongo que habrá sido una falsa alarma. Gracias por su colaboración.

—Muy bien —dijo el tipo llamado Hubble—. No hay problema.

La conversación terminó, y la señal de la línea resonó en la habitación. Finlay colgó el teléfono. Se arrellanó en el asiento y miró al techo.

—Mierda... —dijo para sí—. Está en esta misma ciudad. ¿Y quién demonios es Paul Hubble?

—¿No conoce a ese hombre? —pregunté.

Me miró apesadumbrado. Como si se hubiera olvidado de mi presencia.

—Solo llevo aquí seis meses —respondió—. No conozco a todo el mundo.

Se echó hacia delante y pulsó la tecla del interfono emplazado sobre el escritorio de palisandro. Dijo a Baker que volviera.

—¿Conoce a un tipo llamado Hubble? —le preguntó—. Paul Hubble. Vive en la ciudad, en el veinticinco de Beckman Drive.

—¿Paul Hubble? —contestó Baker—. Sí, claro. Vive aquí, como usted dice. Siempre ha vivido aquí. Un padre de familia. Stevenson lo conoce, creo que son parientes políticos o algo por el estilo. Se llevan bien, o eso tengo entendido. Van a jugar a los bolos juntos. Hubble trabaja en un banco. Es una especie de ejecutivo o algo así, ya sabe, de alto nivel. Trabaja en Atlanta, en uno de los grandes bancos de la ciudad. De vez en cuando me tropiezo con él.

Finlay se lo quedó mirando.

—Es el propietario del teléfono móvil.

—¿Hubble? —dijo Baker—. ¿Un tipo de Margrave? Pues vaya sorpresa...

Finlay se volvió hacia mí.

—Supongo que ahora va a decirme que no lo conoce de nada, ¿no? —dijo.

—No lo conozco de nada.

Clavó sus ojos en mí un momento. A continuación, se volvió hacia Baker.

—Lo mejor es que vaya a buscar a ese Hubble —dijo—. Beckman Drive, veinticinco. A saber qué tiene que ver con todo esto, pero lo mejor es que hablemos con él. Trátelo con consideración, ya sabe. Seguramente es un hombre perfectamente respetable.

Finlay volvió a clavar sus ojos en mí y salió del despacho. Cerró la pesada puerta de un portazo. Baker se acercó al escritorio y desconectó la grabadora. Me sacó del despacho. De vuelta a la celda. Entré en ella. Me siguió y me quitó las esposas. Volvió a prendérselas al cinturón. Salió y cerró la puerta. Activó la cerradura. Se corrieron los pestillos eléctricos. Baker se alejó.

—Oiga, Baker —lo llamé.

Se volvió y regresó. Con la mirada impasible. Sin trazas de amigabilidad.

—Quiero algo de comer —dije—. Y café.

—Comerá en la prisión estatal —dijo—. El furgón de la cárcel viene a las seis.

Se marchó. Tenía que ir a buscar al tal Hubble. Se dirigiría a él en tono de disculpa. Le pediría que, por favor, lo acompañara a la comisaría, donde Finlay lo trataría de forma cortés. Mientras yo estaba en una celda, Finlay le preguntaría con toda amabilidad por qué su número de teléfono había aparecido dentro del zapato de un muerto.

Mi abrigo seguía estando doblado en el suelo de la celda. Lo sacudí y me lo puse. De nuevo tenía frío. Metí las manos en los bolsillos. Apoyé la espalda en los barrotes y traté de volver a leer el periódico, para matar el tiempo. Pero no retenía nada de lo que estaba leyendo. Estaba pensando en alguien que había visto cómo su cómplice disparaba a un tipo en la cabeza. Que luego se acercaba al cuerpo, todavía presa de las últimas sacudidas, y había empezado a darle patadas. Con la suficiente fuerza bruta para romperle todos los huesos inertes. Estaba pensando sobre unas cosas que creía haber dejado atrás. Unas cosas en las que no quería volver a pensar. De forma que tiré el periódico a la moqueta e intenté concentrarme en otras cosas.

Me di cuenta de que si me apoyaba en el rincón más alejado de la celda podía ver toda la sala donde trabajaban los agentes. Incluyendo el mostrador de recepción y el exterior de las puertas de cristal. El sol de la tarde brillaba con fuerza. El pueblo volvía a tener un aspecto reseco y polvoriento. El sargento al cargo del escritorio estaba sentado en un alto taburete, tecleando en el ordenador. Seguramente estaba introduciendo datos en el registro. Yo podía ver lo que había detrás del mostrador. Unos espacios invisibles para quien estuviera delante. En ellos había botes de gases lacrimógenos. Una escopeta. Unos botones para dar la alarma. Detrás del sargento, la mujer uniformada que me había tomado las huellas dactilares también estaba ocupada trabajando en su ordenador. Nadie hablaba en la amplia sala, pero en ella se oía el sordo runrún de una investigación en marcha.

La gente se gasta miles de dólares en equipos de sonido de alta fidelidad, decenas de miles a veces. En Estados Unidos hay una industria especializada en fabricar equipos de sonido de una calidad asombrosa. Amplificadores de válvulas que cuestan más que una vivienda. Altavoces más altos que yo. Cables más gruesos que una manguera de jardín. En el ejército había tipos que tenían cosas así. Una maravilla. Pero estaban tirando el dinero. Porque el mejor equipo de sonido que hay en el mundo te sale gratis. Es el que tienes en la cabeza. Y suena todo lo bien que tú quieras que suene. Al volumen que tú quieras.

Estaba apoyado en el rincón de la celda reproduciendo mentalmente un tema de Bobby Bland. Un viejo tema que me gustaba mucho. Lo estaba reproduciendo a todo volumen. *Further On up the Road*. Bobby Bland lo canta en sol menor. Lo que dota a la canción de cierto aire alegre y optimista. Contrapuesto al regusto amargo y vengativo de la letra. La canción a la vez se convierte en un lamento, en una predicción, en un consuelo. Y consigue el efecto que se supone que el blues tiene que conseguir. El relajado sol menor logra que la canción resulte casi dulce. No agresiva.

Pero entonces vi que el gordo jefe de policía de pronto hacía aparición. Morrison estaba pasando frente a las celdas en su camino hacia el gran despacho situado en la parte de atrás. Justo en el momento en que empezaba la tercera estrofa. De inmediato me puse a reproducir la canción en mi bemol. Una clave sombría y amenazadora. La auténtica clave del blues. Me olvidé del amigable Bobby Bland. Necesitaba una voz más contundente. Algo mucho más agresivo. Musical, pero con la aspereza que dan el *whisky* y los cigarrillos. Como la voz de Wild Child Butler, quizá. Un tipo con el que uno no querría meterse en problemas. Subí el volumen mental de la canción, a partir de la estrofa en la que explica que más adelante, en el camino, terminará por encontrarse con lo que ha estado sembrando.

Morrison mentía. Yo no había estado en aquel lugar a medianoche. Era posible que hubiese visto a alguien que se me parecía, pero eso era darle el beneficio de la duda. Lo que en aquel momento quería era soltarle un buen codazo en la jeta. Reventarle su gorda nariz y hacer que sangrara a chorro. Cerré los ojos. Wild Child Butler y yo nos prometimos que eso iba a suceder. Más adelante, en el camino.

Abrí los ojos y apagué la música de mi cabeza. La agente que me había tomado las huellas estaba al otro lado de los barrotes. De camino a su escritorio después de haber hecho una visita a la cafetera eléctrica.

—¿Le apetece un café? —preguntó.

—Claro que sí —respondí—. Estupendo. Sin leche ni azúcar.

Dejó su vaso en el escritorio más cercano y fue otra vez a la cafetera. Llenó un vaso. Era una mujer guapa. De unos treinta años, morena, no muy alta. Pero decir que era del montón no le haría justicia. Tenía cierta vitalidad especial. Ya en nuestro anterior encuentro había adoptado la forma de una brusquedad no exenta de compasión. Cierta energía profesional. Ahora mostraba una faceta menos oficial. Seguramente de forma deliberada. Porque seguramente estaba en contra de la norma impuesta por el gordo jefe de policía de no servirle café al hombre que él había condenado. Aquella mujer me estaba cayendo bien.

Me pasó el vaso de café a través de los barrotes. De cerca, tenía buen aspecto. Olía bien. No había reparado antes en su olor. Recordaba que había pensado en ella como en la enfermera de un dentista. Si todas las enfermeras de los dentistas fueran así de atractivas, hubiera ido al odontólogo con mayor frecuencia. Cogí el vaso de café. Me alegraba de que me lo hubiera traído. Tenía sed, y me encanta el café. Si me dan la oportunidad, bebo café del mismo modo que un alcohólico bebe vodka. Bebí un sorbo. Buen café. Levanté el vaso de plástico a modo de brindis.

—Gracias —dije.

—No se merecen —dijo la mujer sonriendo. También sonreía con los ojos. Le devolví la sonrisa. Sus ojos eran como un bienvenido rayo de sol en una tarde asquerosa.

—Entonces, ¿usted no cree que lo hice yo?

Cogió su vaso del escritorio.

—¿Cree que no sirvo café a los que son culpables?

—Es posible que ni siquiera hable con los que son culpables —dije.

—Tengo claro que no es usted culpable de algo grave —repuso.

—¿Cómo está tan segura? ¿Porque no tengo los ojos lo bastante juntos?

—No, tonto —dijo con una risa—. Porque todavía no nos han llegado noticias de Washington.

Su risa era maravillosa. Tuve el impulso de mirar la placa con su nombre en el bolsillo de la camisa. Pero no quería que pensara que estaba escudriñando sus pechos. Me acordé de haberlos visto descansando sobre el borde de la mesa cuando me tomó la fotografía. Entonces sí que los miré. Unos pechos bonitos. Su apellido era Roscoe. Echó una rápida mirada en derredor y se acercó un poco más a los barrotes. Bebí un sorbo de café.

—He enviado sus huellas a Washington por internet —me explicó—. Las envié a las doce y treinta y seis. En Washington hay una enorme base de datos, del FBI, por si no lo sabía. Con millones de huellas dactilares. Y comprueban todas las huellas que les llegan. Por orden de prioridad. Lo primero que hacen es cotejar las huellas con las de los diez individuos más buscados. Después las cotejan con las de los cien más buscados, después con la de los mil, etcétera. Entiende adónde voy a parar, ¿no? Si estuviera usted entre los más buscados y entre los casos no resueltos, nos lo hubieran dicho casi al momento. Es un proceso automático. No quieren que se escape ningún

fugitivo de importancia, de forma que el sistema da una respuesta casi instantánea. Pero usted lleva casi tres horas aquí, y no ha llegado nada. Por eso sé que no está usted fichado por algo grave.

El sargento de admisiones estaba mirándonos con aire de desaprobación. Roscoe iba a tener que irse. Terminé de beberme el café y le devolví el vaso a través de los barrotes.

—No estoy fichado en absoluto —dije.

—No —convino ella—. No se ajusta al perfil de un delincuente.

—¿Ah, no?

—Lo vi claro desde el primer momento. —Sonrió—. Tiene los ojos bonitos.

Me hizo un guiño y se marchó. Tiró los vasos a una papelera y fue a su escritorio. Tomó asiento. Todo cuanto podía ver era la parte posterior de su cabeza. Apoyé la espalda contra los duros barrotes. Me había pasado seis meses vagando en solitario. Y había aprendido una cosa. Al igual que el personaje de Blanche en aquella vieja película, un vagabundo depende de la amabilidad de los desconocidos. No para conseguir algo específico o material, sino para tener la moral alta. Contemplé la nuca de Roscoe y sonreí. Aquella mujer me gustaba.

Haría unos veinte minutos que Baker se había ido. Lo suficiente para regresar de la casa de Hubble, allí donde estuviera. Seguramente era posible ir andando y regresar en unos veinte minutos. Era un pueblo pequeño, ¿no? Un punto en el mapa. Probablemente allí era posible ir andando a cualquier lugar y regresar en veinte minutos. A tu aire. Aunque el término municipal era un tanto extraño. Todo dependía de si Hubble vivía en el mismo pueblo o en las afueras. La experiencia me decía que uno podía estar en el pueblo aunque se encontrara a veinte kilómetros de distancia. Si esos veinte kilómetros se extendían en todas las direcciones, entonces era tan grande como la propia Nueva York.

Baker había dicho que Hubble era un padre de familia. Un ejecutivo bancario que trabajaba en Atlanta. Lo que implicaba una vivienda familiar no lejos del mismo pueblo. No lejos de las escuelas y los amigos de los hijos. No lejos de las tiendas y el club de campo del que su mujer era socia. Con fácil acceso a la autopista por la carretera del condado. Para ir a trabajar a la gran ciudad todos los días. La dirección sonaba muy propia de un pueblo como ese. Beckman Drive, número veinticinco. No demasiado cerca de la calle principal. Lo más probable era que Beckman Drive fuera del centro hasta el campo. Hubble era un tipo que trabajaba en el mundo de las finanzas. Probablemente era rico. Probablemente tenía una casa enorme pintada de blanco en una parcela enorme. Con árboles que daban sombra. Acaso con una piscina. De una hectárea y media, por decir algo. Una parcela cuadrada de una hectárea y media tendría unos ciento veinte metros por lado. Si había viviendas a uno y otro lado de la calle, la correspondiente al número veinticinco estaría a unas doce

parcelas del centro del pueblo. A un kilómetro y medio más o menos.

Al otro lado de las grandes puertas acristaladas, el sol estaba empezando a ponerse. La luz era más rojiza. Las sombras más largas. Vi que el coche patrulla de Baker llegaba dando pequeños bandazos por el camino en la zona ajardinada. Sin las luces de emergencia. Se acercó con lentitud por el semicírculo y terminó por detenerse. El automóvil dio un respingo por efecto de la suspensión. Su longitud cubría las puertas de cristal. Baker salió por el otro lado y desapareció un momento mientras rodeaba el coche. Reapareció y se acercó a la portezuela del copiloto. La abrió como si fuese un chófer. Su lenguaje corporal hablaba de un conflicto de emociones. En parte era deferente, porque ese hombre era un ejecutivo bancario en Atlanta. En parte amigable, porque jugaba regularmente a los bolos con un colega de profesión. En parte envarado y oficial, porque su número de teléfono había aparecido oculto en el zapato de un cadáver.

Paul Hubble salió del coche. Baker cerró la puerta. Hubble se mantuvo a la espera. Baker pasó por su lado y abrió una de las puertas acristaladas de la comisaría. Hubble entró.

Era un hombre alto y de raza blanca. Daba la impresión de haber salido de la página de una revista. De un anuncio publicitario. El tipo de anuncio que utiliza una fotografía con mucho grano para subrayar el poder del dinero. El hombre tendría unos treinta y pocos. Delgado, pero no fuerte. Su pelo era de un color arenoso, alborotado y con las entradas suficientes para exhibir una frente inteligente. Lo suficiente para decir: «Sí, en su momento fui un niño pijo, pero, ojo, que ahora estoy hecho todo un hombrecito». Llevaba unas gafas redondas con montura dorada. Tenía la mandíbula cuadrada. Un bronceado que no estaba mal. Los dientes muy blancos. Muchos de ellos estaban a la vista mientras sonreía al sargento de ingresos.

Iba vestido con un polo de un color desvaído y con un logo de marca, así como con unos pantalones de loneta prelavados. La clase de ropa que parece usada cuando la compras por quinientos dólares. Llevaba un grueso suéter blanco sobre los hombros, anudado con descuido sobre el pecho. No podía verle los pies porque el mostrador de recepción me lo impedía. Estaba seguro de que calzaba unos mocasines náuticos de color marrón. Aposté una fuerte suma conmigo mismo a que iba sin calcetines. Era un hombre que disfrutaba del mundo de los yupis como un cerdo disfruta en una charca.

Se lo veía un tanto inquieto. Puso las palmas de las manos sobre el mostrador y al momento las apartó y las dejó caer a los costados. Vi unos antebrazos bronceados y el brillo de un gran reloj de oro. Vi que su forma natural de abordar la situación sería la de comportarse como un ricachón campechano. De visita en la comisaría, como nuestro presidente en campaña visitaría una fábrica. Pero se encontraba desorientado. Tenso. Yo no sabía qué le había dicho Baker. Hasta qué punto le había revelado lo

sucedido. Seguramente no le había revelado nada. Un buen sargento de policía como Baker dejaría que fuese Finlay el que utilizase la artillería pesada. A mi modo, yo también había sido policía, durante trece años, y huelo a la legua al fulano que está nervioso. Hubble estaba nervioso.

Me quedé con la espalda apoyada contra los barrotes, inmóvil. Baker hizo una seña a Hubble para que fuera con él al otro extremo de la sala de los agentes. Hacia el despacho con el gran escritorio de palisandro situado en la parte posterior. Cuando Hubble rodeó el mostrador de recepción, pude verle los zapatos. Mocasines náuticos de color crudo. Sin calcetines. Los dos entraron en el despacho y salieron de mi campo visual. La puerta se cerró. El sargento de ingresos dejó su puesto y salió al exterior para aparcar el coche de Baker.

Volvió poco después, con Finlay. Este fue directamente al despacho, donde Hubble seguía a la espera. No me hizo ni caso al pasar por la sala de trabajo. Abrió la puerta del despacho y entró. Me quedé a la espera de que Baker saliese. Baker no podía quedarse allí mientras el compañero de bolera de su colega estaba siendo investigado en relación con un homicidio. Eso no sería ético. En absoluto. Tenía la impresión de que Finlay prestaba mucha atención a la ética de las cosas. Un tipo con un traje de *tweed* como el suyo, un chaleco aterciopelado y una formación universitaria en Harvard tendería a prestar mucha atención a la ética de las cosas. Al cabo de un momento, se abrió la puerta y Baker salió. Fue andando a la sala de trabajo y se encaminó a su escritorio.

—Oiga, Baker —lo llamé.

Cambió de rumbo y vino hacia las celdas. Se detuvo frente a los barrotes. Allí donde antes había estado Roscoe.

—Necesito ir al baño —dije—. A no ser que también tenga que esperar para eso a estar en la trena.

Sonrió. A su pesar, pero sonrió. Uno de sus dientes posteriores era de oro. Lo que le daba cierto aire de jovenzuelo disoluto. Y lo hacía un poco más humano. Gritó algo al del mostrador. Un código de procedimiento, seguramente. Sacó las llaves y activó el cierre eléctrico. Los pestillos se abrieron de golpe. Durante un segundo me pregunté qué harían en caso de apagón. ¿Podrían abrir estas puertas sin electricidad? Eso esperaba. En ese pueblo tenía que haber muchas tormentas. Con daños para el tendido eléctrico.

Empujó la pesada puerta hasta abrirla. Fuimos andando a la parte posterior de la sala de trabajo. Hacia el rincón contrario al del despacho con el gran escritorio de palisandro. Allí había un vestíbulo. Junto al vestíbulo había dos cuartos de baño. Baker se situó delante de mí y abrió la puerta del de hombres.

Sabían que yo no era el fulano que andaban buscando. No estaban yendo con cuidado. Para nada. En el vestíbulo hubiera podido golpear a Baker por sorpresa y quitarle el revólver. Sin ningún problema. Hubiera podido quitarle el revólver de la funda del cinturón antes de que cayera al suelo. Hubiera podido abrirme paso a tiros

hasta salir de la comisaría y subirme a un coche patrulla. Estaban todos aparcados delante de las puertas. Con las llaves puestas, seguro. Hubiera podido salir disparado hacia Atlanta antes de que hicieran algo efectivo para impedírmelo. Y después hubiera podido desaparecer. Sin ningún problema. Pero me limité a entrar en el cuarto de baño.

—No eche el pestillo —dijo Baker.

No lo eché. Estaban subestimándome mucho. Yo les había dicho que era un antiguo policía militar. Era posible que me hubieran creído, era posible que no. Quizá el dato no les había parecido de particular interés. Pero tendría que habérselo parecido. Un policía militar se las ve con militares que infringen las leyes. Unos tipos que son soldados profesionales. Muy bien adiestrados en el uso de explosivos, en el sabotaje, en el combate cuerpo a cuerpo. Soldados de cuerpos de élite, boinas verdes, marines. No ya muy capaces de matar, sino adiestrados para matar. Perfectamente adiestrados, sin reparar en el dinero de los contribuyentes. De forma que un policía militar está todavía mejor adiestrado. Es mejor en el uso del armamento. Es mejor en el combate cuerpo a cuerpo. Estaba claro que Baker no tenía ni idea. Que no había pensado en el asunto. De lo contrario hubiera hecho que me apuntaran con un par de escopetas durante el trayecto al cuarto de baño si pensara que yo era el fulano que andaban buscando.

Me subí la cremallera y salí otra vez al vestíbulo. Baker estaba a la espera. Volvimos andando a los calabozos. Entré en mi celda. Apoyé la espalda en el rincón de siempre. Baker cerró la pesada puerta. Activó el cierre eléctrico con la llave. Los pestillos se cerraron. Se fue a la sala de trabajo.

Durante los siguientes veinte minutos reinó el silencio. Baker estaba trabajando en uno de los escritorios. Al igual que Roscoe. El sargento de ingresos estaba sentado en su taburete. Finlay se encontraba en el gran despacho con Hubble. Sobre las puertas de entrada había un gran reloj. No tan elegante como la antigüedad que había en el despacho, pero sus manecillas igualmente avanzaban con lentitud. Silencio. Las cuatro y media. Apoyado contra los barrotes de titanio, yo seguía a la espera. Silencio. Las cinco menos cuarto.

El panorama cambió justo antes de las cinco. Oí que unos ruidos llegaban del gran despacho. Voces, gritos, golpes contra cosas. Alguien estaba perdiendo los nervios. En el escritorio de Baker resonó un timbre, y el interfono crepitó. Oí la voz de Finlay. Nerviosa. Pidiendo a Baker que fuera al despacho. Baker se levantó y fue hacia allí. Llamó a la puerta con los nudillos y entró.

Una de las puertas acristaladas que daban a la calle se abrió, y el gordo entró en la comisaría. El jefe Morrison. De inmediato se dirigió al despacho con el gran escritorio de palisandro. Baker salía en el momento en que Morrison entraba. Andando a paso rápido, Baker fue al mostrador de recepción. Murmuró unas palabras

nerviosas al sargento de ingresos. Roscoe se les unió. Estaban hablando en corro. Alguna noticia importante. No podía oír de qué se trataba. Estaba demasiado lejos.

El interfono en el escritorio de Baker volvió a crepitar. Baker otra vez se encaminó al despacho. La gran puerta a la calle se abrió de nuevo. El sol de la tarde brillaba bajo en el horizonte. Stevenson entró en la comisaría. Era la primera vez que lo veía desde mi detención. Parecía que la agitación del momento no hacía más que atraer a la gente.

Stevenson habló con el sargento de ingresos. Se sobresaltó y se puso nervioso. El sargento llevó su mano al hombro de Stevenson. Él apartó la mano y fue corriendo al despacho. Driblando los escritorios como si fuera un jugador de fútbol. La puerta del despacho se abrió cuando ya estaba llegando a ella. Una pequeña multitud salió. El jefe Morrison. Finlay. Y Baker, quien llevaba sujeto a Hubble por el codo. Un tipo de sujeción ligera pero efectiva, el mismo que había empleado conmigo. Stevenson miró a Hubble sin comprender y a continuación agarró a Finlay por el brazo. Lo arrastró al interior del despacho otra vez. La puerta se cerró de golpe. Baker condujo a Hubble en mi dirección.

Hubble parecía otro. Estaba gris y sudoroso. El bronceado se le había esfumado. Daba la impresión de ser más bajito. Parecía como si el aire hubiera escapado de su interior y se hubiera desinflado. Estaba encorvado, como si algo le doliera mucho. Sus ojos, tras las gafas de montura dorada, eran inexpresivos y miraban con miedo, con pánico. Estaba temblando mientras Baker abría la celda contigua a la mía. Sin moverse, pero temblando. Baker lo agarró por el brazo y le hizo pasar al interior. Cerró la puerta y echó el cierre. Los pestillos se corrieron. Baker se marchó hacia el gran despacho.

Hubble seguía de pie donde Baker lo había dejado. Mirando al vacío, con cara inexpresiva. Finalmente anduvo hacia atrás con lentitud hasta llegar al fondo de la celda. Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó pared abajo hasta el suelo. Dejó caer la cabeza hasta las rodillas. Dejó que sus manos cayeran al suelo. Oí el repiqueteo de su tembloroso dedo pulgar contra la moqueta. Roscoe lo estaba mirando desde su escritorio. El sargento de ingresos lo estaba mirando desde el mostrador. Miraban a un hombre que estaba desmoronándose.

Oí unas voces en el despacho decorado con madera de palisandro. Una discusión. El palmetazo de una mano sobre un escritorio. La puerta se abrió, y Stevenson salió con el jefe Morrison. Stevenson tenía pinta de haberse vuelto loco. Fue por un lado de la sala de trabajo. Tenía el cuello rígido por la furia. Y los ojos fijos en las puertas de la calle. Estaba ignorando al gordo jefe de policía. Pasó de largo junto al mostrador de recepción, cruzó una de las pesadas puertas de cristal y salió al atardecer. Morrison lo siguió.

Baker salió del despacho y se dirigió a mi celda. Sin hablar. Sencillamente abrió

la puerta y me hizo el gesto de que saliera. Me encogí de hombros bajo el abrigo y dejé tirado en el suelo de la celda el periódico con las vistosas fotografías del presidente en Pensacola. Salí y seguí a Baker en dirección al despacho.

Finlay estaba sentado tras el escritorio. La grabadora estaba encima, con los cables conectados. El aire acondicionado refrescaba el ambiente. Finlay daba la impresión de estar inquieto y disgustado. Llevaba la corbata torcida. Exhaló una larga y sibilante bocanada de aire, con tristeza. Me senté en la silla, y Finlay hizo una seña a Baker indicándole que saliera. La puerta se cerró sin hacer ruido a sus espaldas.

—Tenemos un problema, señor Reacher —dijo Finlay—. Un problema muy serio.

Y se calló un momento, como si tuviera la cabeza en otro lugar. Quedaba menos de media hora para que llegara el furgón de la cárcel. Y yo quería que hubiesen llegado a unas conclusiones definitivas. Finlay levantó la mirada y volvió a concentrarse. Empezó a hablar, con rapidez, forzando la elegante sintaxis aprendida en Harvard.

—Hemos hecho venir a ese tal Hubble, ¿entendido? —explicó—. Es posible que lo haya visto. Un ejecutivo de un banco de Atlanta, ¿entendido? Vestido con ropas de Calvin Klein, por valor de mil dólares. Con un Rolex de oro. Muy envarado. Al principio pensé que sencillamente estaba irritado. Cuando le hablé, reconoció mi voz al momento. Por la llamada que había hecho a su móvil. El hombre me ha acusado de haberme comportado de forma impropia. Me ha dicho que no tengo derecho a fingir que soy de la compañía telefónica. Tiene razón, por supuesto.

Volvió a sumirse en el silencio. Estaba debatiéndose con aquel problema ético.

—Vamos, Finlay, no se quede callado —lo insté. Me quedaba menos de media hora.

—Muy bien. Como le digo, el hombre se ha mostrado envarado e irritado —continuó—. Le he preguntado si lo conoce a usted. Jack Reacher, un antiguo militar. Ha dicho que no. Que nunca había oído mencionar su nombre. Le he creído. Ha empezado a relajarse. Como si el quid de la cuestión fuese un tipo llamado Jack Reacher, de forma que le hemos hecho venir para nada. Se ha relajado, ¿comprende?

—Continúe —dije.

—A continuación le he preguntado si conoce a un hombre alto y con el cráneo rapado. Y le he preguntado por *Pluribus*. ¡Por Dios! De pronto parecía que le hubiesen metido un hierro al rojo por el culo. Se ha quedado paralizado. Anonadado, diría. Paralizado. No me respondía. Entonces le he dicho que sabemos que ese hombre alto está muerto. Que lo han matado a tiros. Y ha sido como si le hubiera metido otro hierro al rojo por el culo. Ha estado a punto de caerse de la silla.

—Continúe —lo urgí. Veinticinco minutos para que llegase el furgón.

—El hombre estaba lo que se dice temblando —dijo Finlay—. Entonces le he dicho que hemos encontrado un número de teléfono en un zapato. Su número de móvil impreso en un trozo de papel, con la palabra *Pluribus* impresa sobre el número. Otro hierro al rojo por el culo.

Se detuvo otra vez. Se palpó los bolsillos, primero el uno y luego el otro.

—El hombre seguía sin decir palabra —prosiguió—. Ni mu. Estaba paralizado por el asombro. Y tenía la cara gris. He pensado que iba a sufrir un paro cardíaco. Abría y cerraba la boca como si fuera un pez. Pero seguía sin hablar. Así que le he dicho que el cadáver fue destrozado a patadas. Le he preguntado quién más está implicado. Le he contado que escondieron el cadáver bajo unos cartones. No ha dicho ni maldita palabra. Seguía mirando a uno y otro lado. He pensado que estaba dándole vueltas a la cabeza, tratando de decidir qué iba a decirme. Seguía callado, pensando como un loco, y habrán pasado unos cuarenta minutos. La grabadora no ha parado de correr en todo el tiempo. Grabando cuarenta minutos de silencio.

Finlay calló. A modo de efecto retórico esta vez. Me miró.

—Y entonces ha confesado —dijo—. «Fui yo el que lo hizo», ha dicho. «Fui yo quien le disparó». El hombre ha confesado, ¿lo entiende? Y lo hemos grabado.

—Continúe —lo animé.

—Le he preguntado si quería un abogado —agregó—. Ha dicho que no y seguía repitiendo que fue él quien mató a ese hombre. Así que le he leído sus derechos, en voz alta y clara, para que conste en la grabación. Y entonces me he dicho que quizá aquel hombre estaba loco o algo por el estilo. Así que le he preguntado que a quién mató. Ha respondido que al tipo alto con el cráneo afeitado. «¿Cómo lo mató?». Ha respondido que disparándole en la cabeza. «¿Cuándo?». La noche pasada, hacia la medianoche. «¿Quién pateó el cadáver?». «¿Quién es ese hombre?». «¿Qué significa eso de *Pluribus*?». No ha respondido. Otra vez estaba paralizado de miedo. Se ha negado a decir una maldita palabra. Le he dicho que no estoy seguro de que haya hecho algo malo en absoluto. De pronto se ha levantado de la silla y me ha agarrado, gritando que estaba confesándose culpable. Que si él es el culpable de todo, que si fue él el que le disparó... He hecho que volviera a sentarse de un empujón. Se ha quedado inmóvil.

Finlay volvió a sentarse. Cruzó las manos tras la nuca. Me miró, preguntándome con los ojos: «¿Hubble fue el autor de los disparos?». Yo no lo creía. Por su nerviosismo. El fulano que dispara a otro con una vieja pistola durante una riña o una discusión, en un arrebato incontrolable, y se lo carga de un tiro en el pecho hecho de cualquier manera, ese es el fulano que luego se pone nervioso. El fulano que dispara dos balas a la cabeza, con un silenciador, y luego recoge los casquillos del suelo, ese fulano es diferente. Ese fulano después no se pone nervioso. Sencillamente se marcha de la escena del crimen y se olvida del asunto. Hubble no fue el autor de los disparos. Su nerviosa entrada en comisaría lo dejaba claro. Pero me contenté con encogerme de hombros y sonreír.

—Muy bien —dije—. Entonces, ahora va a dejarme en libertad, ¿no es así?

Finlay me miró y negó con la cabeza.

—No —respondió—. No me creo la versión de Hubble. En ese asesinato estuvieron implicados tres hombres. Usted mismo me lo hizo entender. ¿Y quién de

los tres se supone que es Hubble? No creo que sea el maníaco. No me parece que tenga la suficiente fuerza física para haber hecho semejantes destrozos. Tampoco creo que sea el segundo de a bordo. Y me parece muy claro que no es el autor de los disparos. Por Dios... Un tipo como él es incapaz de acertarle a una pared.

Hice un gesto de conformidad. Como si fuera un colega de profesión de Finlay dándole vueltas al problema.

—Continúe —dije con resignación.

Finlay me miró. Con el rostro serio.

—Hubble ni siquiera estuvo allí a medianoche. Estaba en la fiesta por el aniversario de bodas de cierto matrimonio mayor. Una celebración familiar. No lejos de donde vive. Llegó a la fiesta hacia las ocho. Fue andando con su mujer. Y no se marchó hasta pasadas las dos de la madrugada. Más de veinte personas le vieron llegar; más de veinte personas le vieron marcharse. Su concuñado lo llevó a casa en coche. Lo llevó en coche porque a esa hora ya estaba lloviendo mucho.

—Continúe, Finlay. Dígamelo.

—Y bien, ese concuñado —apuntó—, el que lo llevó a casa bajo la lluvia a las dos de la madrugada, es el agente Stevenson.

Finlay volvió a arrellanarse en el asiento. Con sus largos brazos doblados tras la cabeza. Un hombre alto y elegante. Educado en Boston. Civilizado. Experimentado. Y que iba a enviarme a la cárcel por algo que yo no había hecho. Se enderezó en la silla. Puso las manos sobre el escritorio, con las palmas hacia arriba.

—Lo siento, Reacher.

—¿Qué lo siente? —Dije—. Va a enviar a la cárcel a un hombre que no pudo cometer ese crimen... ¿Y me dice que lo siente?

Se encogió de hombros. No parecía estar contento con la situación.

—Es lo que el jefe Morrison quiere —explicó—. Dice que lo que hay que hacer está claro. Que nos olvidemos del asunto durante el fin de semana. Y Morrison es el jefe, ¿comprende?

—Tiene que ser una broma —dije—. Ese hombre es un cabrón. Está diciendo que Stevenson es un mentiroso. Que su propio agente es un mentiroso.

—No exactamente. —Finlay se encogió de hombros—. Lo que está diciendo es que posiblemente se haya tratado de una conspiración. Posiblemente, ya me entiende. Es posible que Hubble no estuviera físicamente allí, pero que lo hubiera contratado a usted para cargarse a ese hombre. Una conspiración, ya me entiende. Hubble ha confesado porque le tiene miedo a usted y no se atreve a acusarle directamente. Morrison cree que se dirigía usted a casa de Hubble, para cobrar su dinero, cuando le echamos el guante. Cree que por eso estuvo esperando las ocho horas. Y que por eso Hubble hoy estaba en casa. No fue a trabajar porque estaba esperando su llegada para pagarle el dinero.

Guardé silencio. Estaba preocupado. El jefe Morrison era peligroso. Esa teoría suya resultaba plausible. Hasta que Finlay comprobara los hechos. Si es que Finlay llegaba a comprobar los hechos.

—Así que, Reacher, lo siento —dijo—. Pero Hubble y usted van a estar encerrados hasta el lunes. Ese día saldrán. Van a estar encerrados en Warburton. Un mal lugar, pero la galería para los presos preventivos no está tan mal. Los que se ven obligados a cumplir una condena en firme lo tienen peor. Mucho peor. Entretanto, seguiré ocupándome del caso hasta el lunes. Pediré a la agente Roscoe que venga a trabajar el sábado y el domingo. Es esa guapa agente que está ahí fuera. Es una buena profesional, de lo mejor que hay por aquí. Si lo que dice usted es verdad, el lunes estará en libertad y sin cargos. ¿Vale?

Me lo quedé mirando fijamente. Cada vez estaba más furioso.

—No, Finlay, no vale —dije—. Usted sabe que yo no he hecho nada. Sabe que no fui yo. Lo que pasa es que el gordo inútil de Morrison lo tiene acojonado. Así que van a meterme en la cárcel por la simple razón de que usted es un maldito cobarde sin

agallas.

Lo encajó bastante bien. Su oscuro rostro se ruborizó, oscureciéndose todavía más. Se mantuvo en silencio un largo instante. Respiré con fuerza y lo miré con furia. Me fui calmando un poco, hasta mirarlo de forma más neutra. Controlándome. Me dedicó una mirada furibunda a su vez.

—Dos cosas, Reacher —dijo articulando las palabras con precisión—. Primero, si es necesario, yo mismo me ocuparé del jefe Morrison el lunes. Segundo, no soy un cobarde. Usted no me conoce en absoluto. Usted no sabe nada sobre mí.

Le devolví la mirada. Las seis. La hora de llegada del furgón.

—Le conozco mejor de lo que piensa —contesté—. Sé que estudió un posgrado en Harvard, que está divorciado y que en abril pasado dejó de fumar.

Finlay me miró con un rostro inexpresivo. Baker llamó a la puerta con los nudillos y entró para anunciar la llegada del furgón de la cárcel. Finlay se levantó y rodeó el escritorio. Le dijo a Baker que él mismo me conduciría al furgón. Baker se marchó a buscar a Hubble.

—¿Cómo sabe todo eso? —me preguntó Finlay.

Se sentía intrigado. Estaba perdiendo la partida.

—Fácil —dije—. Es un hombre inteligente, ¿no? Que estudió en Boston, según me dijo usted mismo. Pero cuando tuvo la edad de ir a la universidad, en Harvard no aceptaban a muchos alumnos negros. Es inteligente, pero tampoco es una lumbrera, por lo que supongo que se licenció por la Universidad de Boston, ¿correcto?

—Correcto —concedió.

—Y luego se doctoró en Harvard —añadí—. Sacó buenas notas en la Universidad de Boston, siguió con su vida y luego se matriculó en Harvard. Habla usted como un antiguo alumno de Harvard. Me di cuenta nada más verlo. ¿Se doctoró en criminología?

—Correcto —repitió—. En criminología.

—Y empezó a trabajar aquí en abril pasado —dije—. Usted mismo me lo dijo. Cobra una pensión del cuerpo de policía de Boston, porque trabajó en él durante veinte años o más. De forma que no ha venido porque fuera apurado de dinero. Pero ha venido sin mujer, porque si tuviera mujer, le habría obligado a comprarse ropa nueva con el dinero de la pensión. A una mujer no le gustaría nada ese grueso traje de *tweed* que lleva. Lo hubiera tirado a la basura y le habría obligado a vestir un traje de tela más ligera, más adecuado para empezar una nueva vida en un estado sureño. Pero sigue usted llevando ese traje viejo y gastado, por lo que ya no hay una mujer en su vida. O murió o se divorció de usted, lo uno o lo otro. Pero yo diría que estoy en lo cierto.

Asintió con la cabeza, inexpresivo.

—Lo del tabaco también es fácil —dije—. Antes estaba estresado, y he visto que se palpaba los bolsillos, como buscando el paquete de cigarrillos. Lo que indica que dejó de fumar hace relativamente poco tiempo. Lo más probable es que dejara el

tabaco en abril, ya me entiende: una nueva vida, un nuevo empleo, se acabaron los cigarrillos. Se dijo que más valía dejar de fumar ahora que aún estaba a tiempo de evitar un cáncer de pulmón.

Finlay me miró fijamente.

—Muy bien, Reacher —dijo un poco a regañadientes—. Unas deducciones elementales, sí.

Me encogí de hombros. No respondí.

—Entonces, hágame el favor de deducir quién se cargó al fulano en los almacenes —dijo.

—A mí me da igual quién se cargó a quién por estos andurriales —contesté—. Ese es su problema, no el mío. Y la pregunta no está bien formulada, Finlay. Lo primero que tiene que hacer es averiguar quién es el muerto, ¿no le parece?

—¿Y usted tiene algún medio de averiguarlo, ya que es tan listo? —preguntó—. El tipo no llevaba ningún documento de identificación, tenía la cara destrozada, las huellas no nos dicen nada, Hubble tampoco dice ni pío...

—Haga que comprueben las huellas otra vez —sugerí—. Lo digo en serio, Finlay. Deje que Roscoe se encargue de hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque hay algo que no encaja —respondí.

—¿El qué?

—Haga que las comprueben otra vez, ¿de acuerdo? —Dije—. ¿Lo hará?

Se contentó con soltar un gruñido. No me dijo ni que sí ni que no. Abrí la puerta del despacho y salí. Roscoe se había ido. Los únicos que seguían allí eran Baker y Hubble, junto a las celdas. Vi que el sargento de ingresos estaba al otro lado de las puertas acristaladas. Escribiendo algo en un formulario sujeto a una tablilla que sostenía el conductor del furgón de la prisión. El furgón estaba detenido en el camino de acceso. Su longitud ocupaba toda la visión de las puertas de cristal. Era un furgón de color gris claro. Con una leyenda: DEPARTAMENTO DE PRISIONES DEL ESTADO DE GEORGIA. La leyenda discurría por todo el costado del vehículo, bajo la hilera de ventanas. Bajo la leyenda había un emblema. Las ventanas estaban cubiertas por unos enrejados soldados a la carrocería.

Finlay salió del despacho conmigo. Me cogió por el codo y me condujo hasta Baker. Baker tenía en la mano tres pares de esposas. De un naranja brillante. La pintura mostraba resquebrajaduras. Por ellas se veía el acero, de una tonalidad mate. Baker me esposó. Y me puso otra manilla en la muñeca izquierda. Abrió la celda de Hubble e indicó al asustado ejecutivo que saliera. Inexpresivo, con la mirada confusa, Hubble salió. Baker agarró la manilla de las esposas que colgaba de mi muñeca izquierda y la cerró en torno a la derecha de Hubble. A continuación ajustó el tercer par de esposas a la muñecas de Hubble. Ya estábamos preparados para salir.

—Quítele el reloj, Baker —dije—. O se lo quitarán en la cárcel.

Asintió. Sabía lo que yo quería decir. Un tipo como Hubble podía perder muchas

cosas en la cárcel. Baker soltó la cadena que sujetaba el pesado Rolex a la muñeca de Hubble. La cadena del reloj no pasaba por encima de la manilla de las esposas, de forma que Baker tuvo que tomarse su tiempo, abrir la manilla y volvérsela a poner. El conductor del furgón entreabrió la puerta y nos miró fijamente. Un hombre con un horario de trabajo. Baker dejó caer el reloj de Hubble sobre el escritorio más cercano. Justamente allí donde mi amiga Roscoe había dejado su vaso de café.

—Muy bien, amigos, vamos de una vez —dijo Baker.

Nos condujo hacia las puertas. Salimos y nos cayó encima toda la solana. Esposados juntos no era fácil caminar. Antes de llegar al furgón, Hubble se detuvo. Levantó la cabeza y miró en derredor con atención. Estaba mostrándose más precavido que Baker o el conductor del furgón. Quizá tenía miedo de que lo viera algún vecino. Pero no había nadie cerca. Estábamos a trescientos metros al norte del pueblo. La aguja de la iglesia estaba lejos. Fuimos andando al furgón bajo el calor de la tarde. El sol bajo hacía que sintiera un hormigueo en la mejilla derecha.

El chófer abrió la puerta del furgón, hacia dentro. Hubble entró, andando como un pato y de medio lado. Lo seguí. Se volvió con torpeza en el pasillo. El furgón estaba vacío. El conductor hizo que Hubble tomara asiento en uno de los asientos delanteros. Corrió la persiana de la ventanilla. Me empujaron hacia delante, haciendo que me sentara. El conductor se arrodilló ante el asiento situado al frente y esposó nuestras muñecas exteriores a la barra de cromo que rodeaba el asiento. Sacudí cada una de las tres esposas, la una después de la otra. Para asegurarse de que estaban bien sujetas. Lo entendí. Yo también había hecho ese trabajo. Y no hay nada peor que conducir un furgón con unos detenidos detrás de ti que se han liberado.

El conductor volvió andando a su asiento. Encendió el motor, que se puso en marcha con un rugido de gasóleo. El furgón empezó a vibrar. El interior era caluroso. Sofocante. No había aire acondicionado. Ninguna de las ventanas se abría. Olí los efluvios del combustible. El furgón se puso en marcha. Miré a la izquierda con el rabillo del ojo. Nadie estaba despidiéndonos.

Fuimos hacia el norte, dando la espalda a la población, en dirección a la autopista. Recorrimos algo menos de un kilómetro y pasamos frente a la cafetería de Eno. No había ningún coche aparcado en el exterior. Aún era pronto para la cena. Seguimos dirigiéndonos al norte durante un rato. Después enfilamos la curva pronunciada de un desvío a la izquierda, salimos de la carretera del condado y fuimos en dirección este por una carretera secundaria entre campos de cultivos. El furgón traqueteaba ruidosamente, dejando atrás infinitas hileras de matas. Y los infinitos tramos de tierra rojiza entre las hileras. Frente a mí, el sol estaba poniéndose. Una gigantesca bola rojiza se cernía sobre los campos. El chófer había bajado la visera antirreflejos. En ella estaban impresas las instrucciones del fabricante para la conducción del furgón.

Hubble daba botes en el asiento a mi lado. No decía palabra. Estaba medio desplomado en el asiento, con el rostro mirando al suelo. Tenía el brazo izquierdo en alto, esposado a la barra de cromo emplazada al frente. Su brazo derecho descansaba

inerte entre nosotros. Seguía llevando el costoso suéter sobre los hombros. Allí donde antes estaba el Rolex ahora había una franja de piel blanca. La energía vital se había esfumado de su cuerpo. Hubble estaba paralizado por el miedo.

Fuimos durante casi una hora entre sacudidas y traqueteos a través del amplio paisaje. Un bosquecillo apareció brevemente por mi lado. Y entonces vi una estructura que se erguía a lo lejos. Aislada entre hectáreas y hectáreas de tierras de cultivo. Recortada en el bajo sol, daba la impresión de ser una excrecencia del infierno. Una cosa surgida sobre la corteza de la tierra. Un complejo de edificaciones. Similar a una fábrica de productos químicos o a una central nuclear. Gigantescas cajas de hormigón y escaleras de metal reluciente. Tuberías por todas partes, de las que salían nubecillas de vapor. Todo rodeado por una valla punteada por torres de vigilancia. Al acercarnos vi haces de luz que trazaban arcos sobre alambres de espino. Focos reflectores y fusiles en las torres. Varias vallas sucesivas separadas por una tierra rojiza removida. Hubble no levantó la vista. No le di un codazo para que mirase. Lo que estaba al frente no era precisamente el paraíso.

El furgón aminoró al acercarse. La valla exterior estaba a un centenar de metros y formaba un perímetro. La valla era imponente. De unos cuatro metros de altura, punteada por pares de focos de sodio. Un foco de cada dos estaba dirigido hacia el interior, cubriendo unos cien metros de tierra removida. El otro foco apuntaba al exterior, a los campos circundantes. Todos los focos estaban conectados. El complejo entero resplandecía amarillento por las luces de sodio. La luminosidad era brillante de cerca. Las luces amarillas aportaban un desagradable tono cremoso a la tierra rojiza.

El furgón se estremeció hasta detenerse. El motor vibró un momento y se paró. La escasa ventilación desapareció por completo. El calor era asfixiante. Hubble finalmente levantó la vista. Miró a través de sus gafas de montura dorada. En derredor y a través de la ventana. Soltó un gemido. Un gemido de desespero y abatimiento. Agachó la cabeza.

El conductor estaba esperando la señal procedente de la garita de control de la primera valla. El guardia estaba hablando por un radioteléfono. El chófer volvió a poner el motor en marcha, y el vehículo arrancó. El guardia le hizo una seña con el radioteléfono en la mano, dándonos permiso para entrar. El furgón avanzó y entró en una especie de enorme jaula metálica. Pasamos junto a un rótulo: PENITENCIARÍA DE WARBURTON, DEPARTAMENTO DE PRISIONES DEL ESTADO DE GEORGIA. Un portón se cerró a nuestras espaldas. Nos quedamos encerrados en la gran jaula alambrada. Un portón se abrió al frente. El furgón lo cruzó.

Recorrimos un centenar de metros y llegamos a la siguiente valla. Tras la que había otra jaula para vehículos. El furgón entró, se mantuvo a la espera y luego siguió adelante. Continuamos hasta llegar al mismo corazón de la prisión. Nos detuvimos frente a una especie de búnker de hormigón. El área de ingresos. El ruido del motor

retumbaba entre el hormigón que nos rodeaba. El motor se apagó, y las vibraciones y el ruido metálico cedieron paso al silencio. El conductor se levantó del asiento y anduvo por el pasillo, con la cabeza agachada, apoyándose en los respaldos. Cogió las llaves y abrió las esposas que habían estado sujetándonos al asiento delantero.

—Muy bien, amigos, vamos de una vez —dijo con un amplia sonrisa—. Empieza la fiesta.

Nos levantamos de los asientos y echamos a andar trabajosamente por el pasillo del furgón. Hubble tironeaba de mi brazo izquierdo. El conductor nos detuvo antes de llegar a la puerta. Nos quitó los tres pares de esposas y las dejó caer en un compartimento situado junto a su asiento. Tiró de una palanca y abrió la puerta. Salimos del furgón. Una puerta se abrió frente a nosotros, y un guardia salió por ella. Nos llamó. Estaba comiéndose un donut y hablaba con la boca llena. Tenía un bigote de azúcar glaseado sobre el labio superior. El hombre no era muy ceremonioso, desde luego. Entramos por la puerta y pasamos a un pequeño cuarto con paredes de hormigón. Sucio a más no poder. En torno a una mesa de madera pintada había varias sillas de saldo. Al otro lado de la mesa había otro guardia, que estaba leyendo el papel de una baqueteada tablilla que tenía en las manos.

—Siéntense, hagan el favor —dijo.

Nos sentamos. Se levantó. Su compañero del donut cerró la puerta exterior y se situó a su lado.

—Vamos a poner las cosas en claro —dijo el de la tablilla—. Ustedes dos son Reacher y Hubble. Recién llegados de Margrave. No se les acusa de ningún delito. Están retenidos mientras sigue la investigación. No se ha solicitado la libertad condicional. ¿Han oído lo que acabo de decir? No se les acusa de ningún delito. Eso es lo principal. Por consiguiente, van a librarse de mucha de la mierda que habitualmente hay en un sitio como este, ¿entendido? No van a llevar uniforme, no van a pasar por prevención, no van a sufrir muchas molestias, ¿está claro? Van a estar bien alojados, en la última planta.

—Vale —dijo el del donut—. A ver si me explico. Si fueran unos presos de verdad, ahora mismo estaríamos registrándolos a conciencia, introduciéndoles los dedos por todas partes sin miramientos, tendrían que ponerse el uniforme y luego les meteríamos en la planta de los reclusos permanentes, con todos los demás animales... Y después nos quedaríamos a mirar el espectáculo desde fuera para divertirnos un poco, ¿oído, barra?

—Vale —dijo su compañero—. Lo que les estamos diciendo es que no tenemos pensado ponérselo difícil, así que, por su parte, tampoco nos lo pongan difícil, ¿entendido? En este puto centro falta un montón de personal. Hace poco que el gobernador despidió a la mitad de los funcionarios, ¿saben? Hay que equilibrar el presupuesto, ¿saben? Por eso no tenemos los hombres necesarios para hacer nuestro trabajo como está mandado. Hacemos lo que podemos, pero en cada turno tenemos que arreglárnoslas con la mitad del personal, ¿entendido? Lo que les estamos

diciendo es que vamos a llevarles a la última planta y que no queremos volver a saber nada de ustedes hasta que los saquemos el lunes. No queremos problemas, ¿está claro? No tenemos el personal necesario para manejarnos con problemas. Ni en las galerías de los presos permanentes, ni tampoco en las de los preventivos, ¿me entienden? A ver, Hubble, ¿me he explicado bien?

Hubble levantó la vista, lo miró y asintió de forma inexpresiva. Sin decir palabra.

—¿Reacher? —dijo el de la tableta—. ¿Me he explicado bien?

—Muy claro —dije.

Lo entendía. El hombre estaba casi sin personal por causa de los recortes. Mientras sus amigos estaban cobrando el paro. Qué me iba a decir.

—Bien —dijo—. Voy a terminar de dejarles las cosas claras. Mi compañero y yo terminamos el turno a las siete. Dentro de un minuto, más o menos. Y no vamos a quedarnos más rato por ustedes, amigos. No queremos hacerlo, y el sindicato tampoco nos lo permitiría. Así que van a cenar y luego se quedarán aquí encerrados, hasta que haya el personal suficiente para conducirlos arriba. No habrá el personal suficiente hasta que se apaguen las luces, hacia las diez de la noche o así, ¿está claro? Pero luego está el problema de que los guardias no van a trasladar a unos retenidos después de que se apaguen las luces. El sindicato no lo permitiría. De forma que Spivey en persona vendrá a buscarles. El ayudante del director. Es quien va a estar al cargo esta noche. Hacia las diez, ¿oído, barra? Si hay algo que no les gusta, no me lo digan a mí, cuéntenselo al gobernador del estado, ¿oído, cocina?

El zampa dónuts salió al pasillo y volvió con una bandeja poco después. En la bandeja había sendos platos, cubiertos, unos vasos de papel y un termo. Dejó la bandeja en la mesa y se marchó en compañía del otro. Cerraron la puerta desde el exterior. En el cuarto de pronto se hizo el silencio de una tumba.

Cenamos. Pescado con arroz. La comida propia de un viernes. En el termo había café. Hubble no decía palabra. Me dejó la mayor parte del café. Un punto a favor de Hubble. Coloqué todos los restos en la bandeja y dejé la bandeja en el suelo. Otras tres horas sin nada que hacer. Eché la silla hacia atrás y puse los pies en la mesa. No era muy cómodo, pero no iba a conseguir nada mejor. El anochecer estaba siendo caluroso. Septiembre en Georgia.

Miré a Hubble sin curiosidad. Seguía en silencio. Tan solo le había oído hablar por el interfono de Finlay. Me devolvió la mirada. Su rostro estaba sumido en el abatimiento y el miedo. Me miró como si fuera un ser de otro mundo. Se me quedó mirando como si le produjera inquietud. Y luego apartó la vista.

Quizá no iba a volver al golfo de México. Pero la estación estaba demasiado avanzada para dirigirme al norte. Allí hacía demasiado frío. Igual podía bajarme a las islas del Caribe, a Jamaica quizá. Allí había buena música. Una cabaña en la playa. Podía pasar el invierno en una cabaña en una playa jamaicana. Fumando medio kilo

de hierba a la semana. Haciendo lo que sea que hacen los jamaicanos. Quizá fumando un kilo entero de hierba a la semana si compartía la cabaña con alguien. Roscoe no hacía más que aparecer una y otra vez en la imagen. Llevaba la camisa del uniforme fabulosamente planchada y almidonada. Una camisa azul bien limpia y ceñida. En la vida había visto una camisa con mejor pinta. En una cabaña bajo el sol de Jamaica seguramente no la necesitaría. No me parecía que eso fuera a ser un problema.

Aquel guiño suyo lo había conseguido. Cuando cogió mi vaso de café. Dijo que tenía los ojos bonitos y me hizo un guiño. Aquello tenía que significar algo, ¿o no? Lo de los ojos ya lo había oído antes. Una chica inglesa con la que pasé unos buenos ratos estaba loca por mis ojos. No paraba de decirlo. Tengo los ojos azules. Hay gente que los ha comparado con dos icebergs en un mar ártico. Si me concentro, consigo que no pestañeen. Lo que hace que mi mirada resulte intimidante. Es muy útil. Pero aquel guiño de Roscoe había sido lo mejor del día. Lo único positivo del día, la verdad, sin contar con los huevos revueltos en la cafetería Eno, que no estaban mal. Uno puede comerse unos huevos revueltos en cualquier sitio. Pero a Roscoe la iba a echar de menos. Dejé que pasara el atardecer.

La puerta que daba al pasillo se abrió poco después de las diez. Un hombre uniformado entró. Llevaba una tablilla con un formulario. Y una escopeta. Lo miré con atención. Un hijo del sur. Un hombre corpulento y carnoso. Con la piel enrojecida, la barriga grande y dura, y el cuello ancho. Los ojos pequeños. Un uniforme ceñido y grasiento que se las veía y se las deseaba para mantenerlo aprisionado en su interior. El hombre seguramente había nacido en la misma granja que, con el tiempo, fue expropiada para construir la cárcel. Spivey, el ayudante del director. El que estaba al cargo de ese turno. Estresado y sin el debido personal. Él mismo se encargaba de conducir de un sitio a otro a los inquilinos temporales. Con una escopeta en sus rojas manazas de campesino.

Estudió el papel de su tablilla.

—¿Quién de los dos es Hubble? —quiso saber.

Tenía la voz chillona. Lo que no casaba con su corpulencia. Hubble levantó la mano un instante, como un colegial en clase. Los ojillos de Spivey lo examinaron. De arriba abajo. Como los ojos de una serpiente. Nos pusimos el uno detrás del otro y salimos. Hubble estaba inexpresivo y sumiso. Como un soldado exhausto.

—Giren a la izquierda y sigan la línea roja —indicó Spivey.

Señaló el lado izquierdo con la escopeta. En la pared había una línea roja pintada a la altura de la cintura. Una línea que seguir en caso de incendio. Supuse que llevaba al exterior, pero nosotros íbamos en el sentido contrario. Hacia el interior de la prisión. Seguimos la línea roja por pasillos, escaleras arriba y torciendo por una esquina tras otra. Hubble por delante, y luego yo. Y después Spivey con la escopeta. Estaba todo muy oscuro. Tan solo estaban encendidas las débiles luces de

emergencia. Spivey hizo que nos detuviéramos en un rellano. Abrió un cierre electrónico con una llave. Un cierre que abriría automáticamente la puerta de incendios en caso de que sonara la alarma.

—Está prohibido hablar —dijo—. Las normas establecen que hay que mantener silencio absoluto después de que se apaguen las luces. Las celdas están al fondo a la derecha.

Entramos por la puerta. El hediondo olor de la cárcel invadió mis fosas nasales. Los alientos nocturnos de una multitud de hombres sin esperanza. La oscuridad era casi total. Una lucecilla brillaba débilmente. Sentí, antes que vi, las hileras de celdas. Oí la babel de los sonidos nocturnos. Respiraciones y ronquidos. Murmullos y gimoteos. Spivey nos acompañó hasta el final del pasillo. Señaló una celda vacía. Entramos los dos. Spivey corrió la puerta de barrotes a nuestras espaldas. Se cerraron de forma automática. Se alejó.

La celda era muy oscura. Entreví una litera pegada a la pared, un lavamanos y un retrete. No había mucho espacio. Me quité el abrigo, lo enrollé y lo dejé en la litera de arriba. Me puse de puntillas y arreglé un poco el camastro, alejando la almohada de los barrotes. Así me gustaba más. La sábana y la manta estaban raídas, pero olían a limpio.

En silencio, Hubble tomó asiento en el camastro de abajo. Fui al retrete y luego me mojé la cara en el lavamanos. Me preparé para acostarme. Me quité los zapatos. Los dejé al pie de la litera. Quería tenerlos bien a la vista. Siempre te pueden robar los zapatos, y ese era un buen par. Los compré hace muchos años en Oxford, Inglaterra. Una ciudad universitaria cercana a la base de la fuerza aérea en la que por entonces estaba destinado. Unos zapatos grandes y pesados, con las suelas duras y el cerco grueso.

La cama era demasiado corta para mí, pero la mayoría lo son. Tumbado en la oscuridad, escuché los sonidos incesantes de la cárcel. A continuación cerré los ojos y otra vez me fui flotando a Jamaica en compañía de Roscoe. Tuve que quedarme dormido a su lado en ese momento, porque lo siguiente que supe es que era sábado. Seguía en la cárcel. Y empezaba un día todavía peor.

Me despertaron las luces brillantes al encenderse. En aquella prisión no había ventanas. El día y la noche eran una creación de la electricidad. A las siete de la mañana, de pronto, el edificio se veía inundado de luz. No había amaneceres ni matizados atardeceres. Solo unas luces eléctricas que se encendían a las siete.

La luz brillante no mejoraba el aspecto de la celda. La pared frontal era de barrotes. La mitad de ellos se abrían al exterior merced a una bisagra, formando una puerta. Los dos camastros ocupaban cerca de la mitad de su anchura y casi toda su longitud. En la pared del fondo había un lavamanos con su grifo, ambos de acero. Los muros eran de obra. En parte de hormigón, en parte de ladrillos viejos. Todo ello cubierto por una gruesa capa de pintura. Los muros parecían ser gruesos a más no poder. Como los de una mazmorra. Sobre mi cabeza había un bajo techo de hormigón. La celda no hacía pensar en una habitación con paredes, suelo y techo. Más bien parecía un sólido bloque de mampostería con un diminuto espacio habitable excavado de cualquier manera.

Fuera de la celda, el incesante murmullo de la noche había dejado paso al estrépito del día. Todo era de metal, de ladrillo, de hormigón. Los ruidos se veían amplificadas y resonaban por todas partes. Aquello sonaba como tenía que sonar el infierno. Frente a nuestra celda se extendía un muro desnudo. Tumbado en la cama, no tenía el ángulo suficiente para ver el pasillo. Me quité la manta de encima y encontré los zapatos. Me los calcé y me até los cordones. Volví a tumbarme. Hubble estaba sentado en la litera inferior. Sus mocasines náuticos color crudo estaban plantados en el suelo de hormigón. Me pregunté si habría estado así sentado toda la noche o si habría dormido algo.

El siguiente al que vi fue a un encargado de la limpieza. Apareció de pronto al otro lado de los barrotes. Un hombre muy mayor, con una escoba. Un anciano negro con una pelambreira espesa y blanca como la nieve. Con la espalda doblada por los años. Tan frágil como un pajarillo viejo y encogido. Su anaranjado uniforme de la cárcel estaba casi blanco de tantos lavados. Tendría unos ochenta años. Se habría pasado unos sesenta allí dentro. Quizá se le ocurrió robar una gallina cuando la crisis de los años treinta. Y seguía pagando su deuda con la sociedad.

Iba por el pasillo, pegando escobazos al azar. Encorvado de tal forma que su rostro casi iba en paralelo al suelo. Moviendo la cabeza como un nadador, para mirar de un lado a otro. Nos vio a Hubble y a mí, y se detuvo. Se apoyó en la escoba y meneó la cabeza. Soltó una especie de risita pensativa. Volvió a menear la cabeza. Y volvió a soltar una risita. Una risita de sorpresa. Como si por fin, después de tantos años, de pronto se encontrara ante un ser legendario. Un unicornio o una sirena. Hizo amago de hablar varias veces, levantando la mano como si fuera a subrayar una

observación. Pero una y otra vez le entraba aquella risita y se veía obligado a aferrar la escoba. No le metí prisa. Podía esperar. Yo tenía todo el fin de semana por delante. Y él tenía el resto de su vida.

—Vaya, vaya, vaya —dijo, sonriendo con toda la boca. No tenía dientes—. Vaya, vaya, vaya.

Lo miré fijamente.

—¿Vaya, vaya qué, abuelo? —Le devolví la ancha sonrisa.

Se echó a reír de forma incontrolable. Esto iba a llevar su tiempo.

—Vaya, vaya —dijo. Terminó de refrenar la risa—. Llevo en este talego desde que Dios andaba en pañales, óyeme. Desde que Adán era un chavalito. Y hasta ahora no había visto nada igual. No, señor.

—¿Qué es lo que nunca habías visto, abuelo? —pregunté.

—Verás —dijo—, llevo aquí ni se sabe cuántos años y, colega, nunca en la vida he visto a unos pavos vestidos como vosotros en una celda.

—¿Es que no te gusta mi ropa? —pregunté sorprendido.

—No es eso lo que digo, colega. No digo que no me gusten vuestras ropas —respondió—. Esas ropas vuestras están la mar de bien. Unas ropas de lo más elegante, sí, señor. Elegantes a más no poder, ya lo creo.

—Bueno, ¿y entonces?

El anciano seguía riendo para sí.

—La cuestión no está en saber si las ropas son elegantes o no —dijo—. No, señor, esa no es la cuestión. Lo raro es que las llevéis puestas, colega, que no os hayan hecho llevar el uniforme naranja. Es algo que nunca había visto antes, colega, y ya te digo que llevo aquí desde la última glaciación, cuando los dinosaurios eran los que cortaban el bacalao. Ahora ya puedo decir que he visto de todo en esta vida. Ya lo creo que sí, colega.

—Pero los que están en la galería de los preventivos no llevan uniforme —aduje.

—Bueno, sí, eso es verdad —dijo el anciano—. Eso es una verdad como un templo, claro está.

—Es lo que nos han dicho los guardias —insistí.

—Es lo que tienen que decir —convino—. Porque son las normas, y, amigo, los guardias se saben las normas, porque ellos son los que las se las inventan.

—Entonces, ¿cuál es el problema, viejo?

—Bueno, como digo, no lleváis el uniforme color naranja.

El hombre no terminaba de explicarse.

—Pero yo no tengo que llevar el uniforme —respondí.

El otro se quedó atónito. Sus ojillos de pájaro me miraron con un interés repentino.

—¿Que no? —dijo—. ¿Cómo es eso, colega? Cuéntamelo, anda.

—Porque en la galería de los preventivos no tenemos que llevarlo —dije—. Justo acabas de decírmelo tú mismo, ¿o no es verdad?

Silencio. Tanto él como yo lo entendimos a la vez.

—¿Te parece que esta es la galería de los preventivos? —me preguntó.

—¿Esta no es la galería de los preventivos? —pregunté casi al mismo tiempo.

El viejo calló un momento. Cogió la escoba y empezó a andar de espaldas, hasta salir de mi campo de visión. Con tanta rapidez como pudo. Gritando con incredulidad:

—¡Esta no es la galería de los preventivos, colega! ¡Los preventivos están en la última planta! En la sexta galería. Esta es la tercera galería. Estáis en la tercera galería, colega. La galería de los condenados a la perpetua, colega. La galería donde están los más peligrosos, colega. No estamos hablando de los presos en general, sino de lo peorcito de todo. Colegas, más os valdría estar en otro lugar. Estáis metidos en un lío muy gordo, ya lo creo. Muy pronto van a venir a visitaros. A charlar un ratito con vosotros. Colegas, yo me largo de aquí, ahora que aún estoy a tiempo...

El análisis. La larga experiencia me había enseñado a evaluar y analizar las cosas. Cuando a uno se le viene encima lo inesperado, no conviene perder el tiempo. No hay que pararse a pensar cómo o por qué ha sucedido algo así. No hay que perder el tiempo en recriminaciones. Ni esforzarse en dar con el culpable. Ni pensar cómo vas a evitar caer en la misma trampa en el futuro. Todo eso viene después. Si sobrevives. Lo primero es analizar la situación. Identificar las posibilidades negativas. Evaluar los aspectos positivos. Trazar un adecuado plan de acción. Si haces todo esto, tienes más probabilidades de vivir para contarla y pasar a lo que viene después.

No estábamos en la galería de la sexta planta, la destinada a los presos preventivos. No estábamos en la galería reservada a quienes no habían sido condenados. Estábamos en la tercera, entre un montón de peligrosos presos condenados a cadena perpetua. Los aspectos positivos eran inexistentes. Las posibilidades negativas eran interminables. Éramos los recién llegados a una galería de presos de armas tomar. No íbamos a sobrevivir si no teníamos un nombre. Carecíamos de un nombre. Irían a por nosotros. Nos obligarían a aceptar que estábamos en lo más bajo del orden jerárquico de la cárcel. Nos esperaba un fin de semana desagradable. Potencialmente mortal.

Me acordé de un tipo del ejército, un desertor. Un chaval, no mal soldado, que se dio el piro porque le entró una ventolera religiosa. Se metió en líos en Washington, lo detuvieron en el curso de una manifestación. Lo metieron en la cárcel, entre unos fulanos tan peligrosos como los de esta misma galería. El chaval murió durante la primera noche. Lo violaron. Unas cincuenta veces. En la autopsia encontraron medio litro de semen en su estómago. Un recién llegado carente de un nombre. En lo más bajo del orden jerárquico en la cárcel. Disponible para todos los que estaban por encima.

El análisis. Yo contaba con un adiestramiento bastante adecuado. Y con

experiencia. Un adiestramiento y una experiencia que en principio no te preparaban para la vida en la cárcel, pero que iban a serme de utilidad. Había vivido muchas experiencias tan desagradables como educativas. No solo en el ejército. La cosa venía de antes, de mi niñez. Entre la escuela primaria y el final de la secundaria, los muchachos como yo estudiamos en veinte, quizá treinta, centros distintos. Algunos de ellos situados en las propias bases militares, pero en su mayoría emplazados en la barriada de turno. En algunos lugares difíciles. Filipinas, Corea, Islandia, Alemania, Escocia, Japón, Vietnam. Por todo el mundo. El primer día en cada nueva escuela, el recién llegado era yo. Un recién llegado sin un nombre. Y los primeros días fueron muchos. Pronto aprendí a hacerme un nombre. En patios de colegio arenosos y sofocantes por el calor, en patios de colegio gélidos y mojados por la lluvia, mi hermano y yo nos habíamos defendido a golpes, espalda contra espalda. Hasta hacernos un nombre.

Y luego, una vez en el ejército, esa brutalidad mía se refinó. Los que me adiestraron eran especialistas. Hombres adiestrados en la Segunda Guerra Mundial, en Corea, en Vietnam. Gente que había sobrevivido a unas cosas de las que yo solo sabía por los libros. Me enseñaron métodos, técnicas, detalles. Me enseñaron que las inhibiciones podían matarme. Golpea el primero y golpea con fuerza. Que el primer golpe sea mortal. Sé el primero en vengarte. Miente y engaña. Los caballeros decentes no estaban adiestrando a nadie porque llevaban tiempo muertos y enterrados.

A las siete y media, se oyó un estrépito metálico en las hileras de celdas. El temporizador había abierto los cierres de las puertas de forma automática. Los barrotes de nuestra celda se abrieron unos centímetros. Hubble estaba sentado, inmóvil. Seguía sin decir palabra. Yo no tenía ningún plan. Lo mejor sería hablar con un guardia. Explicárselo todo y conseguir que nos trasladaran. Pero no esperaba encontrar a un guardia. Los guardias no se aventurarían en solitario por una galería como esa. Patrullarían en parejas, posiblemente en grupos de tres o cuatro. La cárcel andaba mal de personal. Ya me lo habían dejado claro la víspera. Era poco probable que tuvieran bastantes funcionarios para patrullar en grupo por las distintas galerías. Lo más probable era que no fuese a ver a un solo guardia en todo el día. Los guardias seguramente se encontraban en alguna sala aislada. Solo entrarían en acción en grupo, bien equipados y en respuesta a una emergencia. Y si veía a un guardia, ¿qué le iba a decir? ¿Que yo no tenía que estar allí? La misma cantinela que oían durante todo el día. Como mucho me preguntarían: «¿Quién os ha metido en esta galería?». Yo respondería que Spivey, el que estaba al cargo por las noches. Y ellos me dirían que bueno, que entonces todo estaba en orden. De forma que mi único plan era el de no tener un plan preciso. Había que esperar a ver. Y de reaccionar según las circunstancias. El objetivo: sobrevivir hasta el lunes.

Oí el chirrido de las puertas de barrotes. Los demás presos estaban abriendo las puertas de sus celdas. Oí movimientos y conversaciones a gritos, mientras salían a vivir otro día carente de sentido. Me quedé a la espera.

No tuve que esperar mucho. Desde mi ángulo en la cama, con los pies hacia la puerta y la cabeza en la otra punta, vi que nuestros vecinos de la celda de al lado salían a estirar las piernas. Y que se encontraban con un grupito de presos. Todos iban vestidos igual. Uniformes de color naranja. Pañuelos rojos anudados en torno a sus cráneos rapados. De raza negra y muy corpulentos. Culturistas, eso estaba claro. Muchos de ellos se habían arrancado las mangas de las camisas. Como diciendo que no había prenda en el mundo que pudiera aprisionar sus formidables músculos. Era posible que tuvieran razón. Uno se quedaba impresionado al verlos.

El fulano más próximo llevaba unas gafas de sol. Con cristales de los que se oscurecen con el sol. Polarizados. El tipo seguramente no había visto la luz del sol desde los años setenta. Era posible que nunca más fuera a verla. De forma que esas gafas de sol eran una inutilidad, pero molaban mucho. Al igual que los musculitos. Y que los pañuelos rojos y las camisas sin mangas. Todo era cuestión de imagen. Me quedé a la espera.

El fulano con las gafas de sol fue el primero en vernos. La sorpresa de su mirada pronto pasó a ser excitación. Tocó el brazo de su compañero más corpulento para que se fijara. El hombretón miró. Su rostro era inexpresivo. Y entonces sonrió, con muchos dientes. Me quedé a la espera. El grupito se situó frente a nuestra celda. Nos miraron. El hombretón agarró la puerta y la abrió. Los demás terminaron de abrirla de par en par.

—Mirad —dijo el hombretón—. ¿Estáis viendo lo que nos han traído?

—¿Qué nos han traído? —preguntó el de las gafas de sol.

—Nos han traído carne fresca —respondió el hombretón.

—Eso salta a la vista, hermano —dijo el de las gafas de sol—. Carne fresca.

—¡Carne fresca para todos! —exclamó el hombrón.

Volvió a sonreír con muchos dientes. Miró a los suyos, quienes le devolvieron la sonrisa. Se entrechocaron las palmas de las manos. Me quedé a la espera. El hombretón se adentró medio paso en la celda. El tipo era una mole. Quizá tres o cuatro centímetros más bajo que yo, pero seguramente pesaba el doble. Su masa corporal cubría toda la puerta. Sus ojos apagados me miraron un momento y pasaron a centrarse en Hubble.

—Tú, blanquito, ven aquí —dijo a Hubble.

Vi que a Hubble le entraba el pánico. Ni se movió.

—Ven aquí, blanquito —repitió el hombretón. Sin levantar la voz.

Hubble se levantó. Dio un paso hacia el hombrón plantado en la puerta. Él estaba dedicándole una de esas miradas fulminantes cuya ferocidad tiene por objetivo estremecerte.

—Este es el territorio de la Mara Roja —dijo el grandullón—. ¿Qué hacen unos

blanquitos aquí?

Hubble no respondió.

—Hay que pagar el impuesto de residencia, colega —dijo el otro—. Como en los hoteles de Florida, ya sabes. Dame ese suéter que llevas, blanquito.

Hubble estaba petrificado por el miedo.

—Dame ese suéter, blanquito —repitió el otro. Sin levantar la voz.

Hubble se quitó el costoso suéter blanco y se lo tendió al hombretón. Este lo cogió y lo tiró por encima del hombro sin mirarlo siquiera.

—Dame esas gafas que llevas, blanquito —dijo a continuación.

Hubble se giró y me miró con desespero. Se quitó las gafas de montura de oro. Se las tendió. El grandullón las cogió y las dejó caer al suelo. Y las aplastó con el zapato. Las pisoteó a conciencia. Los cristales saltaron hechos añicos. El tipo arrastró la suela del zapato y empujó las destrozadas gafas hacia el pasillo. Sus compañeros se pusieron a pisotearlas.

—Buen chaval —dijo el hombretón—. Has pagado el impuesto.

Hubble estaba temblando.

—Ahora ven aquí, blanquito —dijo el matón.

Hubble dio un paso con torpeza en su dirección.

—Más cerca, blanquito —dijo el grandullón.

Hubble dio un nuevo paso, con torpeza. Hasta situarse a poco más de un palmo de distancia. Temblaba de manera incontrolable.

—De rodillas, blanquito —dijo el otro.

Hubble se arrodilló.

—Bájame la cremallera, blanquito.

Hubble no hizo nada. Estaba sumido en el pánico.

—Bájame la cremallera, blanquito —repitió el otro—. Con los dientes.

Hubble emitió un ahogado grito de miedo y de asco, al tiempo que daba un paso atrás. Dio dos rápidos pasos más, hasta llegar a la parte posterior de la celda. Trató de refugiarse tras el retrete. Prácticamente se abrazó a la taza.

Había llegado el momento de intervenir. No para defender a Hubble. A mí él me daba igual. Para defenderme a mí mismo. La humillación de Hubble iba a salpicarme para siempre. Todos darían por sentado que éramos iguales. La rendición de Hubble nos condenaría a los dos. Al escalón más bajo en el orden jerárquico.

—Vuelve aquí, blanquito... ¿Es que no te gusta? —dijo el grandullón a Hubble.

Respiré hondo, sin hacer ruido. Bajé los pies y fui a aterrizar frente al hombretón. Clavó la mirada en mí. Yo clavé la mía en él, con calma.

—Estás en mi casa, gordinflón —dije—. Pero voy a darte a escoger.

—¿A escoger el qué? —dijo el hombretón. Con la cara inexpresiva. Sorprendido.

—Una estrategia de salida, gordinflón.

—Dímelo otra vez, que no lo he entendido.

—Lo que quiero decir es esto: vas a salir de aquí. Eso está claro. Puedes escoger

cómo vas a hacerlo. Puedes salir por tu propio pie, o de lo contrario esos otros gordinflones de ahí fuera tendrán que venir a recogerte con un cubo.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Está clarísimo —dije—. Voy a contar a tres. Así que decídetes de una vez.

Me fulminó con la mirada.

—Uno —conté. Sin respuesta.

»Dos —conté. Sin respuesta.

Y entonces hice trampa. En lugar de contar hasta tres, le solté un cabezazo en toda la jeta. Apoyándome bien en los pies pero desplazando las piernas, estrellé mi cabeza en su nariz. Me salió a pedir de boca. La frente traza un arco perfecto y es muy fuerte. La parte de hueso situada en el centro es muy gruesa. Como si fuera de hormigón. La cabeza humana es muy pesada. Y está equilibrada por una serie de músculos en el cuello y la parte posterior. Es como si te dieran en la cara con la bola de una bolera. Siempre pillas al otro por sorpresa. La gente espera que les sueltes un puñetazo o una patada. Nunca se esperan un cabezazo. Porque llega de la nada.

Creo que le hundí la cara. Diría que hice trizas su nariz y le rompí los dos pómulos. Le dejé hecho cisco el pequeño cerebro que tenía dentro. Sus piernas se doblaron, y cayó al suelo como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. Como un buey en el matadero. Su cráneo se estrelló contra el suelo de hormigón.

Miré al grupito que estaba en el pasillo. A juzgar por sus expresiones, estaba empezando a hacerme un nombre.

—¿Quién es el siguiente? Ahora vamos a hacerlo al estilo de Las Vegas: doble o nada. Aquí el amigo va a pasarse seis semanas en el hospital con una mascarilla de metal. De forma que el siguiente va a pasarse doce semanas, ¿lo pilláis? Con un par de fracturas de codo, o algo parecido. Y bien, ¿quién es el siguiente?

No hubo respuesta. Señalé al fulano de las gafas de sol.

—Dame ese suéter, gordinflón —dije.

Se agachó y lo recogió. Me lo tendió, desde lejos. No quería acercarse demasiado. Cogí el suéter y lo tiré al camastro de Hubble.

—Dame las gafas —ordené.

Se agachó y recogió las gafas destrozadas. Me las pasó. Se las tiré a la cara.

—Están rotas, gordinflón —dije—. Dame las tuyas.

Se produjo una larga pausa. Me miró. Lo miré. Sin pestañear. Se quitó las gafas de sol y me las dio. Me las llevé al bolsillo.

—Y ahora llevaos esta mierda de aquí —dije.

Los hombres vestidos con los uniformes anaranjados y tocados con pañuelos rojos se pusieron en movimiento y arrastraron al hombretón fuera de la celda. Volví a subirme al camastro. Yo estaba temblando por el subidón de adrenalina. El estómago me daba vueltas, y jadeaba. Mi sangre a punto había estado de dejar de circular. Me sentía fatal. Aunque no tan mal como me hubiera sentido de no haber hecho algo. A estas alturas habrían terminado con Hubble y estarían empezando conmigo.

No probé el desayuno. No tenía hambre. Seguí tumbado en el camastro hasta que me encontré mejor. Hubble estaba sentado en el camastro de abajo. Meciéndose ligeramente. Seguía sin decir palabra. Al cabo de un rato bajé de la litera. Me lavé en el lavamanos. La gente se acercaba por el pasillo a mirarnos. Luego se alejaban. La noticia había corrido con rapidez. El recién llegado de la celda del fondo había enviado a uno de la Mara Roja al hospital. Como lo oyes. Me había hecho famoso.

Hubble dejó de mecerse y me miró. Abrió la boca y volvió a cerrarla. La abrió una segunda vez.

—Yo con esto no puedo —dijo.

Era lo primero que le oía decir desde sus bromas rebosantes de seguridad en sí mismo por el interfono de Finlay. Lo dijo en voz baja, pero con tono terminante. Él con esto no podía. Lo miré. Consideré sus palabras.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le pregunté—. ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada —contestó con el rostro inexpresivo.

—Te has confesado culpable de algo que no has hecho —dije—. Así que tú mismo te lo has buscado.

—No —dijo Hubble—. Hice todo eso que dije. Lo hice, y así se lo dije al inspector.

—Y una mierda, Hubble —solté—. Tú ni siquiera estabas en ese lugar. Estabas en una fiesta. El fulano que te llevó en coche a casa es policía, por Dios. Tú no lo hiciste, y eso lo sabe todo el mundo. No me vengas con esas mierdas.

Hubble bajó la mirada hacia el suelo. Lo pensó un momento.

—No puedo explicarlo —dijo—. No puedo decir nada. Lo único que necesito es saber qué va a pasar ahora.

Lo miré de nuevo.

—¿Qué va a pasar ahora? Que vas a seguir aquí hasta el lunes y que luego van a devolvarte a Margrave. Y supongo que a continuación te pondrán en libertad.

—¿Tú crees? —preguntó. Como si no terminara de tenerlo claro.

—Ni siquiera estabas en ese lugar —repetí—. Eso ya lo saben. Puede que les interese saber por qué hiciste una confesión siendo inocente. Y por qué ese tipo tenía tu número de teléfono.

—¿Y si no puedo decírselo?

—¿Si no puedes? ¿O si no quieres?

—No puedo decírselo —insistió—. No puedo decir nada a nadie.

Apartó la mirada y se estremeció. Estaba muy asustado.

—Pero yo aquí no puedo seguir —dijo—. Esto no lo soporto.

Hubble trabajaba como ejecutivo en un banco. Los tipos como él van repartiendo sus tarjetas de visita como si fueran confetis. Se la dan al primero con quien estén hablando sobre fondos de inversión o paraísos fiscales. A fin de que el otro les afloje los dólares. Pero ese número de teléfono estaba impreso en un papel de impresora de

ordenador. No en una tarjeta de visita. Y había aparecido en el interior de un zapato, y no en una cartera. El miedo que en ese momento emanaba de Hubble era como el fondo sonoro de una sección de ritmo.

—¿Por qué no puedes decir nada a nadie?

—Porque no puedo —respondió. Sin dar más detalles.

De repente me sentí cansado. Veinticuatro horas antes me había bajado de un autobús de la Greyhound en un desvío de la autopista y había echado a andar por una carretera desconocida. Caminando alegremente bajo la cálida lluvia de la mañana. Evitando a la gente, evitando las complicaciones. Sin equipaje, sin cosas inútiles. La libertad. Una libertad que no quería ver interrumpida por Hubble, por Finlay o por cierto individuo muy alto al que le habían pegado dos tiros en la cabeza que llevaba rapada al cero. No quería tener nada que ver con todo aquello. Lo que quería era disfrutar de un poco de paz y tranquilidad, y que me dejaran seguir buscando el rastro de Blind Blake. Hablar con algún octogenario que recordase haberle visto en algún bar. Tendría que estar hablando con el viejo asignado a barrer la cárcel y no con Hubble, un puto yupi.

Hubble estaba devanándose los sesos. Me daba cuenta de lo que Finlay había querido decir. En la vida había visto a una persona que pensara de forma tan visible. Su boca trabajaba en silencio mientras contabilizaba las posibilidades con los dedos. Como si estuviera evaluando los factores positivos y los negativos. Sopesándolo todo. Lo miré. Vi que tomaba una decisión. Se volvió y me miró.

—Necesito que me aconsejen —dijo—. Tengo un problema.

Me reí.

—¡Vaya una sorpresa! —Dije—. Nunca lo hubiera imaginado. Pensaba que estabas en este lugar porque te habías aburrido de jugar al golf los fines de semana.

—Necesito que alguien me ayude —insistió.

—Como si no te hubiera ayudado lo bastante —dije—. Si no es por mí, ahora mismo estarías tumbado de bruces en el camastro mientras todos esos grandullones cachondos hacían cola para entrar en la celda. Y hasta el momento no es que me hayas abrumado con tus muestras de gratitud.

Bajó la mirada un instante. Asintió.

—Lo siento. Te estoy muy agradecido. Lo digo muy en serio. Me has salvado la vida. Ya lo creo que sí. Por eso ahora tienes que decirme qué he de hacer. Me están amenazando.

Dejé que mi revelación quedara en suspenso un momento.

—Eso ya lo sé —dije—. La cosa está muy clara.

—Bueno, no es que tan solo estén amenazándome a mí —agregó—. También están amenazando a mi familia.

Estaba involucrándome en sus asuntos. Lo miré. Se puso a pensar otra vez. Su boca empezó a trabajar. Se puso a enumerar posibilidades con los dedos. Mirando a izquierda y derecha. Sopesando factores. ¿Qué factores serían los principales?

—¿Tú tienes familia? —preguntó.

—No —respondí.

¿Qué otra cosa podía decir? Mis padres habían muerto. Tenía un hermano al que nunca veía. Así que no tenía familia. Tampoco sabía si quería tenerla o no. Quizá sí, quizá no.

—Yo llevo casado diez años —dijo Hubble—. El mes pasado se cumplieron los diez años de nuestra boda. Lo celebramos con una fiesta por todo lo alto. Tengo dos hijos. Un niño de nueve años y una niña de siete. Tengo una mujer y unos hijos maravillosos. Los quiero más que a nadie en el mundo.

Lo decía en serio. Y luego se sumió en el silencio. Los ojos se le pusieron llorosos al pensar en la familia. Mientras se preguntaba qué demonios hacía allí, lejos de ellos. No era el primer fulano que estaba sentado en esta celda haciéndose la misma pregunta. Y no iba a ser el último.

—Tenemos una casa muy bonita —prosiguió—. En Beckman Drive. La compramos hace cinco años. Nos costó mucho dinero, pero ha valido la pena. ¿Has estado en Beckman Drive?

—No —respondí.

Hubble tenía miedo de entrar en materia. A este paso, pronto se pondría a describirme el papel pintado del cuarto de baño de la planta baja. Y cómo tenía previsto pagar la ortodoncia de su hija. Dejé que siguiera hablando. Charletas de la cárcel.

—Pues bien... —dijo finalmente—. Mi vida entera está viniéndose abajo.

Seguía allí sentado, con su polo y sus pantalones tan pulcros. Había recogido el suéter blanco y se lo había vuelto a poner sobre los hombros. Sin las gafas parecía otro, más mayor, con la mirada más perdida. Los que llevan gafas tienen un aspecto distinto sin ellas, más despistado, más vulnerable. Como si de pronto estuvieran al descubierto. Como si les hubieran quitado una capa de encima. Su aspecto era el de un viejo exhausto. Tenía una pierna extendida al frente. Podía ver el dibujo de la suela de su zapato.

¿Qué entendería él por una amenaza? ¿Una revelación embarazosa de algún tipo? ¿Algo que pudiera hacer saltar por los aires lo que había descrito como una vida de ensueño en Beckman Drive? Quizá era su mujer la que estaba implicada en alguna cosa rara. Quizá Hubble estaba protegiéndola. Quizá su mujer había tenido una aventura con aquel muerto tan alto. Podían ser muchas cosas. Podía tratarse de una sola cosa. Era posible que lo hubieran amenazado con el escarnio público, la quiebra económica, el estigma social, la cancelación de su carnet del exclusivo club de campo. No sabía de qué podía tratarse. Yo no vivía en el mismo mundo que Hubble. No tenía sus mismas referencias. Le había visto estremecerse y temblar de miedo. Pero no sabía hasta qué punto resultaba difícil asustar a un tipo como él. O hasta qué punto resultaba fácil. Ayer por la tarde, al verlo en la comisaría por primera vez, me había parecido que estaba nervioso y angustiado. Desde entonces lo había visto

tembloroso, paralizado, estremecido por el miedo. Resignado y apático a veces. Pero claramente muerto de miedo, por la razón que fuese. Apoyé la espalda en la pared de la celda y aguardé a que me dijera de qué se trataba.

—Están amenazándonos —repitió—. Me dijeron que si lo explicaba a alguien, vendrían a por nosotros. Que entrarían en casa y nos reunirían a los cuatro. En mi dormitorio. Que me clavarían a la pared con clavos y me cortarían las pelotas. Que obligarían a mi mujer a comérselas. Que luego nos degollarían. Que se asegurarían de que nuestros hijos lo presenciaran todo y que después les harían unas cosas de las que nunca nos enteraríamos.

—¿Y qué tengo que hacer...? —me preguntó Hubble—. ¿Qué tengo que hacer?

Me estaba taladrando con la mirada. A la espera de una respuesta. ¿Qué haría yo en su caso? Si alguien me amenazaba de una forma parecida, ese alguien era hombre muerto. Le arrancarían la cabeza. Mientras me estaba amenazando. O días, meses o años después. Daría con él como fuese y le arrancarían la cabeza. Pero Hubble no podía hacer una cosa así. Tenía familia. Tres rehenes a la espera de serlo. Que ya eran rehenes, de hecho. Que eran rehenes en el mismo momento en que se formuló la amenaza.

—¿Qué tengo que hacer? —repitió.

Me sentí presionado. Alguna cosa tenía que decirle. Y la cabeza me dolía en cantidad. Se me estaba hinchando después del tremendo golpe contra la jeta del grandullón de la Mara Roja. Me acerqué a los barrotes y contemplé la hilera de celdas. Apoyé la espalda contra el extremo de la litera. Lo pensé un momento. Di con la única respuesta posible. No era la respuesta que a Hubble le hubiera gustado escuchar.

—No hay nada que puedas hacer —sentencié—. Te han dicho que mantengas el pico cerrado, y mantenlo cerrado. No digas a nadie qué está pasando. Nunca.

Su mirada fue a centrarse en sus zapatos. Bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Soltó un gemido de tristeza. Como si se sintiera abrumado por la desdicha más absoluta.

—Tengo que hablar con alguien —dijo—. Tengo que salir de esta. Lo digo en serio: tengo que salir de esta como sea. Tengo que hablar con alguien.

Meneé con la cabeza.

—De eso, nada —zanjé—. Te han ordenado que no digas nada, así que no digas nada. Es la forma de que sigáis con vida. Tú y tu familia.

Levantó la vista. Se estremeció.

—Aquí está pasando algo muy gordo —dijo—. Tengo que ponerle fin, si es que puedo hacerlo.

Moví la cabeza otra vez. Si estaba pasando algo muy gordo, y la cosa tenía que ver con unos sujetos que hacían amenazas de ese tipo, no iba a poder ponerle fin de ninguna manera. Estaba metido en ese asunto e iba a seguir metido en él hasta las cejas. Sonreí sin humor y negué con la cabeza por tercera vez. Asintió como si me hubiera entendido. Como si finalmente estuviera aceptando la situación. De nuevo empezó a mecerse y a mirar fijamente a la pared. Tenía los ojos muy abiertos. Enrojecidos y desnudos sin las gafas de montura de oro. Siguió allí sentado en silencio durante largo rato.

No entendía que hubiera confesado. Hubble tendría que haber mantenido el pico cerrado. Tendría que haber negado cualquier vinculación con el muerto. Tendría que haber dicho que ni por asomo sabía por qué su número de teléfono había aparecido en el zapato del muerto. Tendría que haber dicho que no tenía idea de qué significaba eso de *Pluribus*. Y entonces se habría ido a casita tan tranquilo.

—¿Hubble? —Dije—. ¿Por qué has confesado?

Levantó la mirada. Se tomó su tiempo antes de responder:

—Eso no puedo decirlo. Porque te estaría diciendo más de la cuenta.

—Ya sé más de la cuenta —le recordé—. Te quedaste con la boca abierta cuando Finlay te preguntó por el muerto y por *Pluribus*. Así que tengo claro que de algún modo tienes que ver con el muerto y con eso de *Pluribus*.

Me miró de forma vaga.

—¿Finlay es el inspector negro? —preguntó.

—Sí —respondí—. Finlay, el inspector en jefe.

—Ese Finlay es nuevo —dijo Hubble—. No lo tenía visto de antes. Su puesto lo ocupaba Gray. Desde siempre, desde que yo era un niño. En realidad tan solo cuentan con un inspector, no sé si lo sabes, no sé por qué lo llaman inspector en jefe cuando es el único inspector y punto. En el departamento de policía no hay más que ocho personas. El jefe Morrison, que lleva años en el cargo. El del escritorio, los cuatro agentes uniformados, una mujer y el inspector, Gray. Pero ahora está Finlay. El recién llegado. Un negro, el primer policía negro que hemos visto por aquí. Gray se suicidó, para que lo sepas. Se ahorcó de una viga en el garaje de su casa. En febrero pasado, si recuerdo bien.

Dejé que siguiera dándole a la lengua. Charletas de la cárcel. Ayudan a matar el rato. Para eso están. Hubble tenía talento para el asunto. Pero yo seguía empeñado en que respondiera a mi pregunta. Me dolía la frente, y lo que quería era mojármela con agua fría. Salir a dar un paseo. Comer. Beber algo de café. Seguí a la espera, sin escuchar con mucha atención las parrafadas de Hubble sobre la historia de Margrave. De pronto se detuvo.

—¿Qué querías preguntarme...? —dijo.

—¿Por qué te confesaste culpable de haber matado a ese tipo?

Miró en derredor y fijó la mirada en mí.

—Tengo cierta conexión —explicó—. Tal como están las cosas, esto sí que puedo contártelo. El inspector me habló de ese hombre y luego pronunció la palabra *Pluribus*, lo que me hizo dar un respingo. Estaba atónito. No podía creer que alguien estuviera al corriente. Pero entonces me di cuenta de que el inspector en principio no sabía que yo estuviera conectado. Fui yo el que se lo indiqué al sobresaltarme de esa forma. ¿Te das cuenta? Fui yo el que se lo dije. Lo siguiente que pensé era que había revelado el secreto, que había destapado el pastel. Era algo que no podía hacer, ya que me habían amenazado...

Dejó la frase a medias y guardó silencio. En su voz había reaparecido algo del miedo y del pánico que el viernes había dejado traslucir en el despacho de Finlay. Volvió a levantar la mirada. Respiró hondo.

—Estaba aterrado —continuó—. Pero el inspector entonces me dijo que ese hombre estaba muerto. Que lo habían matado a tiros. Tuve miedo, pues si lo habían matado a él, bien podían matarme a mí también. Ahora mismo no puedo decirte el porqué. Pero tengo cierta conexión, como ya te he dicho. Si se cargaron a ese hombre, ¿soy el siguiente en su lista? ¿O no? Tuve que pensármelo todo muy bien. Ni siquiera estaba seguro de quién había matado a ese hombre. Pero el inspector a continuación me explicó que se habían ensañado con el cadáver. ¿A ti también te lo contó?

Asentí.

—¿Lo de los huesos rotos...? La cosa me pareció más bien desagradable.

—Justamente —dijo Hubble—. Y eso venía a demostrar que los responsables habían sido quienes yo pensaba. Por lo que me entró mucho miedo. Me preguntaba si también andarían buscándome. No lo sabía. Estaba aterrado. No paraba de pensar en la cuestión, de darle vueltas en mi cabeza. El inspector estaba cada vez más irritado. Yo no decía nada porque no paraba de pensar en lo sucedido. Parecía que hubieran pasado horas. Estaba aterrado, no sé si me explico.

Volvió a sumirse en el silencio. Otra vez estaba evaluándolo todo mentalmente. Por milésima vez, quizá. Tratando de dilucidar si había tomado la decisión adecuada.

—De pronto creí entender qué tenía que hacer —dijo—. Mis problemas eran tres. Si esa gente también andaba buscándome, tenía que evitarlos como fuera. Esconderme en algún lugar, para protegerme. Pero si no andaban buscándome, tenía que mantenerme en silencio, ¿verdad? Para proteger a mi mujer y mis hijos. Y desde el punto de vista de esa gente, a aquel hombre había que matarlo. Tres problemas. Y por eso me confesé culpable.

No terminaba de entender sus razonamientos. Tal como lo explicaba, la cosa no tenía mucho sentido. Lo miré de forma inexpresiva.

—Tres problemas distintos, ¿me entiendes? —insistió—. Decidí que lo mejor era que la policía me detuviese. Si me andaban buscando, entonces estaría a salvo. Porque aquí no van a poder acabar conmigo, ¿verdad? Ellos están fuera, y yo estoy dentro. Problema número uno resuelto. A la vez, y aquí la cosa se complica un poco, me dije que, si en realidad no andaban buscándome, lo mejor también era que me detuviesen y que yo no soltara prenda, ¿me explico? Al ver que yo no soltaba prenda, esa gente pensaría que me habían detenido por error y que yo era un tipo de fiar. Lo verían así, ¿verdad? Verían que no decía palabra a la policía, lo que vendría a demostrarles que era por completo de fiar. Habría superado una prueba, por así decirlo. Lo que resolvería el problema número dos. Y al decir que quien mató a ese hombre fui yo, me pondría de su lado de forma definitiva. Estaría diciéndoles que les era leal. Hasta era posible que me agradecieran haber despistado un poco a la policía

durante cierto tiempo. Problema número tres resuelto.

Me lo quedé mirando. No era de extrañar que se hubiera pasado cuarenta minutos sin decir esta boca es mía, pensándolo todo a conciencia, cuando estaba en el despacho con Finlay. Lo que pretendía era matar tres pájaros de un tiro, nada menos.

Su propósito de demostrar que podían confiar en que no iba a delatarles tenía sentido. Fueran quienes fuesen esos tipos, sin duda repararían en una cosa así. El hecho de pasar por la cárcel y no irse de la lengua era un rito de paso. Una muestra de honor. En la que todos se fijarían. Bien pensado, Hubble.

Por desgracia, lo demás no se sostenía. ¿Que en la cárcel no iban a poder acabar con él? Lo diría en broma. No hay mejor lugar que una cárcel para darle el pasaporte a un fulano. Porque lo tienes perfectamente localizado y dispones de todo el tiempo que necesites. Y en la cárcel siempre hay un montón de tipos dispuestos a llevar a cabo tu encargo. Y hay un montón de oportunidades. El encargo también te sale más baratito. Un asesinato por encargo en la calle te cuesta... ¿Cuánto? ¿Mil o dos mil dólares? Y siempre hay mayor riesgo. En la trena, la cosa te cuesta un cartón de cigarrillos. Y sin riesgos. Porque nadie va a prestarle atención al asunto. No, la cárcel en absoluto era un refugio seguro. Mal pensado, Hubble. Y su plan tenía otro punto débil.

—¿El lunes qué vas a hacer? —pregunté—. Otra vez vas a volver a tu vida de siempre. A circular por Margrave, por Atlanta o por donde sea que acostumbres a circular. Si de verdad andan buscándote, ¿cómo vas a impedir que te encuentren?

Volvió a sumirse en sus pensamientos. De forma febril. No había pensado lo que pudiera suceder mucho más allá del presente. Ayer por la tarde se había dejado llevar por un pánico ciego. Se había dejado abrumar por el presente. Lo que no es mala idea. Pero eso tiene el problema de que el futuro muy pronto hace aparición, y uno entonces también tiene que ocuparse del futuro.

—Sencillamente prefiero pensar que todo acabará bien —dijo Hubble—. Se me ocurrió que si andaban buscándome para acabar conmigo, era mejor que tuvieran algo de tiempo para pensarlo dos veces. Yo a ellos les resulto muy útil. Y espero que lo tengan en cuenta. La situación ahora mismo está muy tensa. Pero las cosas muy pronto van a calmarse. Es posible que termine por salir de esta. Si acaban conmigo, pues que acaben conmigo. Eso ya no me importa. Lo que me preocupa es la seguridad de mi familia.

Calló y se encogió de hombros. Suspiró. No era un mal tipo. Nunca se había propuesto seriamente convertirse en un delincuente de altos vuelos. La cosa había sucedido poco a poco y de forma solapada, sin que el hombre se diera cuenta. Hasta que de pronto quiso salirse del tinglado. Si tenía mucha suerte, no le romperían todos los huesos del cuerpo hasta que estuviera muerto.

—¿Tu mujer qué sabe de todo esto? —pregunté.

Me miró. Con expresión de horror.

—Nada —dijo—. Nada de nada. A ella no le he dicho nada. Ni palabra. Eso no

podía hacerlo. Soy el único que está en el secreto. Los demás no saben nada en absoluto.

—Vas a tener que decirle alguna cosa. A estas alturas ya se habrá fijado en que no estás en casa, limpiando la piscina o haciendo lo que sueles hacer los fines de semana.

Mi intención era la de hacer un chiste para animarlo un poco, pero no funcionó. Hubble volvió a callar. Y los ojos volvieron a humedecerse al pensar en el jardín de su casa a la luz de principios de otoño. En su mujer cuidando los rosales u ocupándose en algo por el estilo. Mientras sus chavales jugaban a los dardos y hacían de las suyas. Quizá tenían un perro. Y un garaje de tres plazas con cochazos europeos que Hubble limpiaba cada dos por tres. Un aro de baloncesto colgado sobre la puerta lateral, a la espera de que el chaval de nueve años creciera lo suficiente para dominar el pesado balón. Una bandera en el porche. Las primeras hojas muertas, que no tardarían en ser barridas. Estampas de la vida familiar en un sábado. Pero no este sábado. Ese hombre hoy estaba lejos de esas estampas.

—Es posible que piense que todo ha sido un error —dijo Hubble—. Es posible que se lo hayan contado... No lo sé. Conocemos a uno de los policías. Dwight Stevenson. Mi hermano está casado con la hermana de su mujer. No sé qué le habrá dicho Stevenson... Supongo que el lunes tendré que ocuparme del asunto. Diré que todo ha sido un error, y ya se me ocurrirá alguna explicación. Me creerá. Todo el mundo sabe que en la vida se cometen errores.

Estaba pensando en voz alta.

—¿Hubble? —Dije—. ¿Qué les hizo ese hombre tan alto? ¿Qué les llevó a matarle de dos tiros en la cabeza?

Se levantó y apoyó la espalda en la pared. Hizo que su pie descansara en el borde del retrete de acero. Me miró. No iba a responderme. Así que le hice la pregunta del millón.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué les has hecho? ¿Por qué están pensando en meterte un par de tiros en la cabeza?

No iba a responderme. El silencio en nuestra celda resultaba opresivo. Lo dejé correr. No se me ocurría ninguna otra cosa que decir. Hubble tamborileó con el pie sobre el retrete metálico. Un ritmo algo simplón que me sonó muy del estilo de Bo Diddley.

—¿Alguna vez has oído hablar de Blind Blake? —pregunté.

Dejó de hacer ruido y me miró.

—¿Quién? —dijo con el rostro inexpresivo.

—No importa. Voy a ver dónde están las duchas. Tengo que mojarme la cabeza con una toalla empapada. Me duele un montón.

Lo último que quería era quedarse a solas en la celda. Era comprensible. Iba a ser su guardaespaldas durante todo el fin de semana. Tampoco tenía otra cosa en la que ocuparme.

Fuimos andando por el pasillo de las celdas hasta llegar a una especie de gran sala situada al final. Vi la puerta para casos de incendio que Spivey había abierto la víspera. Más allá se extendía la boca de un corredor con las paredes alicatadas. A la entrada había un reloj. Casi las doce del mediodía. La presencia de un reloj en una cárcel resulta muy extraña. ¿Qué sentido tiene medir las horas y los minutos cuando la gente piensa en términos de años y décadas?

La boca del corredor estaba atestada de gente. Me abrí paso, y Hubble me siguió. La sala era grande, cuadrada, con azulejos en las paredes. Un fuerte olor a desinfectante. En una de las paredes estaba la puerta. A la izquierda, las duchas. Abiertas. En la pared del fondo había una hilera de retretes. Separados entre sí por unos pequeños tabiques que llegaban a la cintura. En la pared derecha había una hilera de lavamanos. Muy comunitario todo. Nada especial si uno se ha pasado la vida en el ejército, pero a Hubble no le hacía mucha gracia el asunto. No estaba en absoluto acostumbrado a una cosa así.

Todas las piezas eran de acero. Todo cuanto normalmente sería de porcelana allí era de acero inoxidable. Por seguridad. Basta con arrancar de la pared un lavamanos y estrellarlo contra el suelo para hacerse con unas esquirlas muy interesantes. Una esquirla afilada de buen tamaño puede ser un arma excelente. Por la misma razón, los espejos situados sobre los lavamanos también eran de acero, pulimentado. Su reflejo era un tanto apagado, pero servían. Uno podía verse en ellos, pero no podía hacerlos trizas y rajar a alguien con uno de sus fragmentos.

Me acerqué a uno de los lavamanos y abrí el grifo del agua fría. Cogí un puñado de toallas de papel del dispensador en la pared y las empapé. Me las llevé a la frente hinchada. Hubble se mantenía a mi lado, sin hacer nada. Seguí dándome friegas con las toallas mojadas en agua fría durante un rato, las tiré y cogí otras nuevas del dispensador. El agua me corría por el rostro. Era agradable. No estaba herido. En ese punto no hay carne, únicamente piel sobre el hueso. No hay mucho que pueda resultar herido, y no hay manera de romper el hueso. Un arco perfecto, la estructura más perfecta creada por la naturaleza. Por eso siempre evito asestar golpes con las manos. Las manos son muy frágiles. En ellas hay un montón de huesecillos y tendones. Si hubiera propinado al gordo de la Mara Roja un puñetazo lo bastante fuerte para derribarlo, me habría hecho daño en la mano de verdad. Tendrían que haberme llevado al hospital con él. Y eso no habría tenido mucho sentido.

Me sequé la cara y la acerqué al espejo de acero para evaluar los daños. Podía ser peor. Me peiné con los dedos. Encorvado sobre el lavamanos, noté la presencia de las gafas de sol en mi bolsillo. Las gafas de sol del fulano de la Mara Roja. El botín del vencedor. Las saqué del bolsillo y me las puse. Contemplé mi reflejo algo desvaído.

Mientras seguía frente al espejo de acero reparé en un ruido a mis espaldas. Oí que Hubble me avisaba con voz urgente y me volví. Las gafas de sol atenuaban las luces brillantes. Cinco presos de raza blanca venían andando sin prisa. Con pinta de

motoseros. Todos vestidos con uniformes anaranjados, claro está, asimismo sin mangas, pero con ornamentos de cuero negro. Gorras, cinturones, mitones. Largas barbas. Los cinco eran altos y fornidos, con los cuerpos rebosantes de esa grasa dura y lisa que es casi músculo pero no llega a serlo del todo. Los cinco tenían tatuajes rudimentarios en los brazos y las caras. Esvásticas. En las mejillas, bajo los ojos y en las frentes. Eran miembros de la Hermandad Aria. Una organización criminal de presos blancos de la peor ralea.

A medida que los cinco se desplegaban por los baños, los demás iban esfumándose. Y a los que no pillaban el mensaje los agarraban y se los llevaban a la puerta a empujones. Y los echaban al pasillo. Incluso a los tipos desnudos y enjabonados que estaban en las duchas. Al cabo de unos segundos, los baños estaban vacíos. En ellos solo quedamos los cinco motoseros, Hubble y yo. Los cinco hombres corpulentos avanzaron desplegados en un arco irregular. Estamos hablando de unos tipos muy grandes y feos. Los tatuajes con la esvástica que llevaban en sus caras eran unas burdas incisiones a las que después habían aplicado tinta de cualquier manera.

Suponía que habían venido para reclutarme. Que a su manera querían apropiarse del hecho de que había noqueado a uno de la Mara Roja. Que querían sumar mi sorprendente celebridad a su causa. Convertirla en un triunfo racial para la Hermandad. Pero me equivocaba. Supuse muy mal. De forma que no estaba preparado. El fulano situado en el centro nos estaba mirando a Hubble y a mí. Sus ojos iban del uno al otro. Hasta que se centraron en mí.

—Muy bien. Es este —dijo mirándome directamente.

Pasaron dos cosas. Los dos motoseros situados más atrás agarraron a Hubble y se lo llevaron a la puerta. Y el jefe me soltó un tremendo puñetazo dirigido hacia mi cara. Lo vi llegar con retraso. Me ladeé hacia la izquierda, y el golpe me dio en el hombro. El impacto hizo que girara sobre mí mismo. Me agarraron por detrás del cuello. Dos manazas se cerraron sobre mi garganta. Estrangulándome. El líder de los motoseros se disponía a soltarme otro puñetazo, en la barriga esta vez. Si me daba, yo era hombre muerto. Eso lo tenía claro. De forma que eché la espalda hacia atrás y solté un patadón. Le di en los cojones como si yo fuera un futbolista empeñado en chutar el balón fuera del estadio. El gran zapato hecho en Oxford le reventó las pelotas. El cerco de la suela le dio como si fuera el filo de un hacha mellada.

Tenía los hombros encogidos y estaba hinchando el cuello para resistirme a mi estrangulador. El tipo apretaba cada vez más. Yo estaba perdiendo la partida. Llevé las manos hacia atrás y le rompí los meñiques. Oí cómo los nudillos se le hacían astillas mientras un rugido resonaba en mis oídos. A continuación le rompí los anulares. Más astillas. Aquello era como desmenuzar un pollo. Me soltó.

El tercero vino a por mí. Una verdadera montaña de sebo. Las lorzas de carne lo protegían como una armadura. No había dónde pegarle. Y no paraba de soltarme golpes cortos y rápidos en el brazo y en el pecho. Me tenía encajonado entre dos de los lavamanos. La montaña de sebo estaba cada vez más próxima. No había dónde

darle. O sí. En los ojos. Le clavé un pulgar en un ojo. Afiancé las puntas de los dedos en su oreja y apreté el pulgar. La presión de la uña del pulgar hizo que el ojo empezara a salirse de órbita. Hundí la uña todavía más. Le estaba sacando el ojo de la cuenca. El tipo estaba gritando y tirando de mi muñeca. No solté el ojo.

El líder del grupo estaba apoyado en una rodilla, tratando de levantarse. Le arreeé un patadón en la cara. No llegué a darle en la jeta. Pero sí en la garganta. Le aplasté la laringe. Volvió a desplomarse. Fui a por el ojo bueno de aquel seboso. No llegué a agarrarlo. Pero seguía apretando el otro con el pulgar. Como si estuviera clavándolo en un bistec poco hecho. El seboso cayó al suelo. Al momento me aparté de la pared. El de los dedos rotos echó a correr hacia la puerta. El que tenía el ojo fuera estaba revolcándose en el suelo. Chillando. El jefe seguía ahogándose, tenía la laringe hecha trizas.

Me agarraron por detrás. Se me llevaron. Dos de la Mara Roja. Yo estaba mareado. Ahora sí que iban a poder conmigo. Pero se limitaron a hacerme salir corriendo al pasillo. Unas sirenas empezaron a sonar.

—¡Lárgate de aquí, tío! —Me gritaron los dos de la Mara Roja por encima del aullido de las sirenas—. ¡Esto lo hemos hecho nosotros! ¡Ha sido cosa nuestra! ¿Entendido? ¡Esto lo hemos hecho los de la Mara Roja! ¡Vamos a comernos el marrón, tío!

Me metieron entre el gentío que estaba fuera. Entendí. Iban a declararse autores de lo sucedido. No porque quisieran evitarme las consecuencias. Lo que querían era apuntarse el tanto. El tanto de una victoria para los de su raza.

Vi que Hubble asomaba la cabeza entre los demás. Que llegaban los guardias. Había centenares de hombres. Vi a Spivey. Agarré a Hubble y me lo llevé a la celda. Las sirenas resonaban a todo trapo. Los guardias estaban llegando en masa por una de las puertas. Vi escopetas y porras. Oí el resonar de sus botas. Gritos y chillidos. Sirenas. Llegamos corriendo a la celda. Nos metimos dentro. Estaba mareado y jadeante. Me habían sacudido de lo lindo. Las sirenas resultaban ensordecedoras. No podía hablar. Me empapé la cara con agua. Las gafas de sol habían desaparecido. Se me habrían caído.

Oí unas voces junto a la puerta. Me giré y vi a Spivey. Nos estaba gritando que saliéramos. Entró en la celda corriendo. Agarré el abrigo que tenía en el camastro. Spivey cogió a Hubble por el codo. También me cogió a mí y nos hizo salir a ambos. Nos estaba gritando que corriéramos. Las sirenas seguían aullando. Nos llevó a toda prisa a la puerta de emergencia por la que habían llegado los guardias. Nos metió por ella a empujones e hizo que subiéramos por unas escaleras. Un piso tras otro. Sentía que mis pulmones iban a estallar. En lo alto del último tramo de escalones había una puerta con un gran seis pintado. La cruzamos al galope. Nos llevó corriendo por un pasillo con celdas a ambos lados. Nos empujó al interior de una celda vacía y cerró la puerta de hierro de un portazo. El cierre saltó de forma automática. Spivey se alejó a toda prisa. Me dejé caer sobre la cama, con los ojos cerrados.

Cuando los abrí, Hubble estaba sentado en otra cama, mirándome. Esa celda era grande. Unas dos veces mayor que la otra. Dos camas separadas, a uno y otro lado. Un lavamanos, un retrete. Un lado con barrotes. Todo estaba más limpio y en mejor estado. Casi no se oía ruido alguno. El aire olía mejor. Era la galería para los presos preventivos. La sexta galería. Donde tendríamos que haber estado desde el principio.

—¿Qué demonios te ha pasado en las duchas? —preguntó Hubble.

Me limité a encogerme de hombros. Un carrito con la comida apareció frente a nuestra celda. Empujado por un hombre de raza blanca entrado en años. No era un guardia, sino una especie de celador. Su aspecto era el de un viejo camarero de transatlántico. Nos pasó una bandeja a través de la abertura que había entre los barrotes. Platos cubiertos, vasos de papel, un termo. Nos lo comimos todo sentados en las camas. Me bebí el café. Empecé a pasearme por la celda. Sacudí la puerta. Estaba bien cerrada. La sexta galería era tranquila y silenciosa. Una celda amplia y limpia. Camas separadas. Un espejo. Toallas. Allí me encontraba mucho mejor.

Hubble amontonó los restos de la comida en la bandeja, que empujó hasta el pasillo por debajo de la puerta. Se tumbó en su cama. Cruzó las manos tras la nuca. Fijó la mirada en el techo. Dejando que pasara el tiempo. Lo mismo que hacía yo. Aunque yo, a la vez, estaba pensándolo todo muy bien. Porque era evidente que se habían tomado su tiempo para decidirse. Nos habían estado observando con mucha atención y finalmente se habían decantado por mí. Me habían escogido, por así decirlo. Y entonces habían tratado de estrangularme.

Me hubieran matado. Pero se equivocaron en una cosa. El tipo que llevó sus manos a mi garganta cometió un error. Me agarró por detrás, lo que era una ventaja para él, pues era lo bastante fuerte y corpulento. Pero se olvidó de cerrar los dedos. La mejor forma de hacerlo consiste en apoyar los pulgares en la parte posterior del cuello, pero cerrando todos los demás dedos. El truco está en apretar con los nudillos, no con los dedos. El tipo tenía los dedos separados. Por eso pude agarrárselos y fracturárselos. Su error me había salvado la vida. Eso estaba claro. Tan pronto como conseguí neutralizarlo, la cosa se redujo a dos contra uno. Y nunca he tenido problemas para manejarme en una situación así.

Se habían empleado a fondo para matarme. Habían entrado, me habían señalado como el objetivo y habían tratado de acabar conmigo. Y resultaba que Spivey estaba en el exterior de las duchas. Spivey era quien lo había organizado todo. Había recurrido a la Hermandad Aria para matarme. Había ordenado el ataque y se había quedado a la espera, dispuesto a aparecer después y encontrarse con mi cadáver.

Y lo había planeado ayer, antes de las diez de la noche. Estaba claro. Por eso nos había dejado en una galería que no nos correspondía. En la tercera y no en la sexta. En una galería para presos con condena en firme, no para los preventivos. Todo el mundo tenía claro que nuestro destino era la sexta galería. Los dos guardias de servicio en el búnker de ingresos nos lo habían dejado muy claro al hablar con nosotros. Así constaba en el formulario de su baqueteada tablilla. En resumen, Spivey

nos había dejado a las diez en la tercera galería, donde sabía que podían matarme. Al día siguiente había ordenado a los de la Hermandad Aria que me atacaran a las doce. Spivey estaba a la espera junto a las duchas, presto a irrumpir en el momento adecuado. Y encontrarse con mi cadáver en el suelo de baldosas.

Pero su plan no había salido bien. No me habían matado. Había puesto fuera de combate a los de la Hermandad Aria. Los de la Mara Roja habían aparecido para aprovecharse de la situación. Se montó un follón de mil demonios. Los presos empezaron a amotinarse. A Spivey le entró el pánico. Conectó las alarmas y llamó a la unidad para casos de emergencia. Nos hizo subir a toda prisa por las escaleras y nos metió en una celda de la sexta galería. Diciéndose que el papeleo dejaba claro que en todo momento habíamos estado en la sexta galería.

Una solución ingeniosa. Y que le convertía en inocente si llegaba a emprenderse una investigación. Spivey había escogido la solución que establecía que en ningún momento habíamos estado en la sexta galería. Y eso que ahora se encontraba con un par de heridos graves en la cárcel, probablemente con un muerto también. Porque me parecía que el líder de los moteros había muerto de asfixia. Spivey tenía que saber que era yo el que había hecho todo aquello. Pero no podía decírselo a nadie. Porque, según él, yo nunca había estado allí.

Tumbado en la cama, miré el techo de hormigón. Solté un pequeño suspiro. El plan estaba claro. El plan de Spivey estaba más que claro. La solución de emergencia tenía sentido. El plan había fallado, pero había habido una solución de emergencia. ¿Por qué? No lo entendía. Si el estrangulador hubiera cerrado los dedos, habrían acabado conmigo. Me habrían matado. Me habrían dejado tirado en el suelo de las duchas, con la lengua fuera, hinchada. Spivey habría entrado a todo correr y me habría encontrado. ¿Por qué? ¿Cómo se explicaba el proceder de Spivey? ¿Qué tenía contra mí? Yo nunca antes lo había visto. Nunca había estado cerca de él o de su maldita cárcel. ¿Por qué demonios había urdido aquel plan tan meticuloso destinado a acabar conmigo? No tenía la más remota idea.

Hubble durmió un rato en su cama. Se revolvió y se despertó. Se revolvió un poco más. Estuvo desorientado un momento, hasta que recordó dónde estaba. Hizo amago de consultar su reloj, pero solo vio la franja de piel pálida donde antes tenía el aparatoso Rolex. Se llevó los dedos al puente de la nariz y recordó que se había quedado sin gafas. Suspiró y dejó caer la cabeza en la almohada a rayas. Un fulano sumido en la tristeza.

Podía entender su miedo. Pero también parecía sentirse derrotado. Como si hubiera echado los dados y perdido la partida. Como si hubiera estado esperando a que fuera a pasar algo y ese algo no hubiera sucedido, de forma que ahora estaba desesperado.

Hasta que empecé a entenderlo todo.

—Ese hombre al que mataron estaba tratando de ayudarte, ¿verdad? —apunté.

La pregunta lo sobresaltó.

—Me temo que eso no puedo decírtelo —respondió.

—Tengo que saberlo —dije—. Quizá contactaste con ese hombre para que te ayudara. Quizá hablaste con él. Quizá por eso lo mataron. Quizá ahora estén diciéndose que seguramente también vas a hablar conmigo. Lo que también podría costarme la vida.

Hubble cabeceó y se balanceó ligeramente en la cama. Respiró hondo. Me miró directamente a los ojos.

—Ese hombre era un investigador —dijo—. Hice que viniera aquí porque quiero ponerle fin a todo el tinglado. No quiero seguir con ese asunto. Yo no soy un delincuente. Estoy muerto de miedo y quiero salirme del negocio. Ese hombre iba a sacarme del negocio y a terminar con él de una vez. Pero cometió algún error y ahora está muerto, por lo que nunca voy a poder salir de ese negocio. Y si se enteran de que fui yo quien le hice venir, me matarán. Y si no me matan, me condenarán a un montón de años de cárcel, porque todo este tinglado se ha salido de madre y resulta muy peligroso.

—¿Quién era ese tipo? —pregunté.

—No me dio su nombre —explicó Hubble—. Tan solo me dio un nombre en código. Me dijo que era más seguro así. Me cuesta creer que lo mataran. Me pareció un hombre con muchos recursos. A decir verdad, me recuerdas a él. Tú también das la impresión de ser un hombre con muchos recursos.

—¿Qué estaba haciendo por los almacenes? —Quise saber.

Hubble meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—No entiendo bien qué pasó —dijo—. Hice que contactara con otro hombre, con quien iba a reunirse en ese lugar. Pero es raro que no mataran también al otro tipo. No

entendiendo que solo se cargaran a uno de los dos.

—¿Quién era ese otro fulano con el que iba a reunirse? —pregunté.

Guardó silencio y negó con la cabeza.

—Ya te he contado demasiado. Tengo que estar loco. Me matarán.

—¿Quiénes están metidos en ese asunto? —pregunté.

—¿Es que no escuchas? —Soltó—. No voy a decirte ni una sola palabra más.

—No te estoy pidiendo nombres. Ese tinglado es de los gordos, ¿verdad?

—Es un tinglado enorme —respondió—. El más enorme del que hayas oído hablar en la vida.

—¿Cuántas personas están metidas en el asunto?

Se encogió de hombros y lo pensó. Hizo un recuento mental.

—Diez personas. Sin contarme a mí.

Lo miré y me encogí de hombros.

—No me parece que diez personas sean tantas —dije.

—Bueno, también hay otros a los que recurrir en casos puntuales —explicó—. Siempre están disponibles cuando es necesario. Pero el núcleo principal lo forman diez personas. Los que están al corriente de todo son diez, sin contarme a mí. No son tantas personas, pero créeme si te digo que el asunto es muy importante.

—¿Qué hay de ese tipo al que enviaste a hablar con el investigador? ¿Es una de esas diez personas?

Hubble meneó la cabeza.

—No, tampoco lo estoy incluyendo —respondió.

—De forma que estás tú, está él y hay diez personas más, ¿es eso? —apunté—. Y me estás hablando de un tinglado muy gordo, ¿es eso?

Asintió con expresión sombría.

—El más gordo del que hayas oído hablar en la vida —repitió.

—Y me dices que el tinglado ahora resulta muy peligroso —recordé—. ¿Por qué? ¿Por culpa de ese investigador que ha estado haciendo preguntas?

Hubble volvió a negar con la cabeza. El cuerpo le temblaba, como si mis preguntas estuvieran haciéndole daño físico.

—No —dijo—. Por otra razón distinta. Digamos que en este momento el punto débil está más a la vista que nunca. La vulnerabilidad es alta. La cosa siempre ha sido muy arriesgada y cada vez lo es más. Pero la situación ahora, de pronto, puede decantarse en uno u otro sentido. Si superamos este momento, nadie va a enterarse de lo sucedido. Pero si no lo superamos, el escándalo va a ser el mayor que hayas visto en la vida, y hablo en serio. Pase lo que pase, va a ir de muy poco.

Lo miré. No me parecía un tipo capaz de provocar el mayor escándalo que hubiera visto en la vida.

—¿Y durante cuánto tiempo va a seguir dándose esta situación de peligro? —Quise saber.

—Lo peor ya casi ha pasado —dijo—. Es posible que durante una semana más.

Diría que una semana y un día más. El próximo domingo habrá pasado el peligro. Igual vivo para verlo.

—¿Así que después del próximo domingo ya no habrá peligro? ¿Cómo es eso? ¿Qué va a pasar el próximo domingo?

Meneó la cabeza y volvió el rostro. Como si no me viera, como si yo no estuviera allí haciéndole esas preguntas.

—¿Qué es eso de *Pluribus*?

No respondió. Se limitó a seguir negando con la cabeza. El terror lo había llevado a cerrar los ojos.

—¿Se trata de una palabra en código? —insistí.

No estaba escuchándome. La conversación había terminado. Dejé de insistir, y volvimos a sumirnos en el silencio. Lo que ya me iba bien. No quería saber más cosas. No quería enterarme de nada en absoluto. Eso de ser un recién llegado y estar al corriente de los chanchullos de Hubble no parecía ser muy bueno para la salud. No había sido bueno para la salud del fulano alto y con la cabeza rapada. No tenía interés en correr su misma suerte, que me encontraran muerto junto a la valla de unos almacenes, parcialmente escondido bajo unos cartones viejos, con dos agujeros de bala en la cabeza y todos los huesos fracturados. Lo que quería era dejar que corriera el tiempo, que el lunes llegara de una vez y salir por piernas de aquel lugar. Tenía la intención estar muy lejos de allí el domingo.

—Muy bien, Hubble —convine—. No hay más preguntas.

Se encogió de hombros y asintió. Permaneció sentado en silencio un largo rato. Finalmente habló, en voz baja, con un marcado tono de resignación.

—Gracias —dijo—. Es mejor así.

Estaba tumbado de lado en la estrecha cama, haciendo lo posible por huir mentalmente a algún limbo de alguna clase, pero Hubble no paraba de moverse. Se revolvía, se giraba, suspiraba una y otra vez. Estaba empezando a irritarme otra vez. Me volví hacia él.

—Lo siento —dijo—. Estoy muy nervioso. Me ha sentado bien hablar con otra persona. Si estuviera solo en este lugar, terminaría por enloquecer. ¿Podemos hablar de alguna otra cosa? De ti, por ejemplo. Háblame de ti. ¿Y tú quién eres, Reacher?

Me encogí de hombros.

—Yo no soy nadie —contesté—. Sencillamente soy un tipo que pasaba por aquí. Y que el lunes va a marcharse para no volver.

—No hay nadie que no sea alguien —contestó—. Todos tenemos una historia. Cuéntame la tuya.

Así que estuve un rato hablando, tumbado en la cama, contando lo que había hecho durante los últimos seis meses. Hubble también estaba tumbado en su cama, mirando el techo de hormigón, escuchándome, olvidándose un poco de sus

problemas. Le conté que había estado en el Pentágono. Washington, Baltimore, Philadelphia, Nueva York, Boston, Pittsburgh, Detroit, Chicago. Museos, música, hoteles baratos, bares, autobuses y trenes. La soledad. Un hombre que estaba recorriendo el país del que era ciudadano como si fuera un turista con poco dinero. Un hombre que veía la mayoría de las cosas por primera vez. Que contemplaba la Historia aprendida en aulas polvorientas situadas a medio mundo de distancia. Que contemplaba todas aquellas cosas que habían sido importantes para la conformación del país. Campos de batalla, fábricas, declaraciones, revoluciones. Que también se interesaba por conocer cosas quizá no tan importantes. Lugares de nacimiento, clubes, carreteras, leyendas. Las cosas importantes y las que no lo eran tanto, las cosas que supuestamente representaban a mi país. Había encontrado algunas.

Describí a Hubble el largo trayecto por las praderas y los deltas interminables que se extendían desde Chicago hasta Nueva Orleans. Le hablé de mi descenso por el litoral del golfo de México hasta llegar a Tampa. Donde cogí un autobús de la Greyhound con destino a Atlanta. Y luego tomé la inexplicable decisión de bajarme del autobús en las cercanías de Margrave. Le hablé de la larga caminata bajo la lluvia, después de haber tomado tan caprichosa decisión. Debido a una nota en la que mi hermano decía haber pasado por el pueblo donde Blind Blake posiblemente murió hacía más de sesenta años. Al decírselo, me sentí un tanto estúpido. Hubble tenía que vérselas con una verdadera pesadilla, mientras que yo no hacía más que dar tumbos sin sentido. Pero Hubble entendió qué me empujaba a hacerlo.

—Yo también lo hice una vez —dijo—. Durante nuestra luna de miel. Fuimos a Europa. Hicimos escala en Nueva York, y me pasé medio día buscando el edificio Dakota, donde mataron a John Lennon a tiros. En Inglaterra estuvimos recorriendo Liverpool tres días, buscando el Cavern Club. El local donde los Beatles empezaron. No lo encontramos. Supongo que lo habrían demolido.

Siguió hablando un rato. Sobre sus viajes, más que otra cosa. Había viajado a muchos sitios con su mujer. Lo habían pasado bien. Habían viajado por medio mundo: por Europa, México, el Caribe... Por todo Estados Unidos y Canadá. Los dos habían disfrutado mucho de sus viajes.

—¿A veces no te sientes muy solo? —preguntó—. ¿No te molesta eso de estar siempre viajando sin ninguna compañía?

Le dije que no, que me gustaba. Que disfrutaba de la soledad y el anonimato. Que me sentía como si fuera invisible.

—¿Qué quieres decir con eso de que te sientes invisible? —preguntó. La cosa parecía interesarle.

—Siempre viajo por carretera —expliqué—. Siempre por carretera. A veces ando un poco y luego cojo el autobús. O el tren. Siempre pago en efectivo. Así no hay forma de seguirme el rastro. No hay papeles que indiquen por dónde he pasado, ni transacciones con tarjeta de crédito ni listados de pasajeros. Nadie podría seguirme la pista. Nunca digo mi nombre a nadie. Si me quedo en un hotel, pago en efectivo y les

doy un nombre falso.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Quién demonios anda siguiéndote?

—Nadie —contesté—. Pero me resulta divertido. Me gusta el anonimato. Y me digo que es una forma de darle por saco al sistema. Y en este momento estoy pero que muy mosqueado con el sistema.

Vi que de nuevo volvía a sumirse en sus pensamientos. Estuvo dándole vueltas a la cabeza largo rato. Vi que volvía a sentirse abrumado por unos problemas que no terminaban de desaparecer. Vi que se dejaba llevar por el pánico, como si se tratase de una marea irresistible.

—Y bien, aconséjame cómo tengo que manejarme con Finlay —dijo—. Cuando me pregunte por mi confesión de culpabilidad, le responderé que en ese momento estaba muy estresado por cierto negocio que tengo entre manos. Le diré que habían surgido unos competidores y que habían amenazado con vengarse en mi familia. Que no sé nada sobre ese hombre muerto o sobre el papel con mi número de teléfono. Haré lo posible por arreglarlo. ¿Cómo lo ves?

Me dije que su plan no parecía muy consistente.

—Dime una cosa. Sin darme más detalles, ¿tú les resultas verdaderamente útil a esa gente? ¿O todo se limita a que estás enterado de algunas cosas?

Extendió los dedos y lo pensó un momento.

—Sí que les resulto útil. Tengo una función precisa, que es de gran utilidad. Fundamental, incluso.

—¿Y si no estuvieras ahí para llevar a cabo ese trabajo? —pregunté—. ¿Se verían obligados a fichar a otro para que realizara la misma función?

—Sí que se verían obligados. Y les resultaría un poco difícil dar con la persona adecuada, teniendo en cuenta mi cometido.

Hubble estaba evaluando sus probabilidades de seguir con vida como si estuviera evaluando una petición de crédito en su despacho.

—Muy bien —dije—. Ese plan que me has descrito es tu única posibilidad. Así que llévalo a la práctica.

No veía que pudiera hacer otra cosa. Hubble era una pequeña pieza en un tinglado de gran envergadura. Una pieza esencial, eso sí. Y nadie se carga un tinglado tan enorme sin una buena razón. De forma que su futuro estaba claro. Si los otros llegaban a enterarse de que él era quien había hecho venir a un investigador de fuera, ya podía darse por muerto. Pero si los otros no llegaban a enterarse, entonces no corría ningún peligro. Así de fácil. Me dije que tenía bastantes probabilidades de salvarse, por una razón muy convincente.

Hubble había confesado porque creía que la cárcel era una especie de santuario donde estaría a salvo y no podrían hacerle nada. Era una de las cosas que había pensado antes de decidirse a confesar. Y había pensado mal. Se equivocaba. En la cárcel no iba a estar a salvo de un ataque, sino todo lo contrario. Si hubieran querido, habrían podido acabar con él. Pero la otra cara de la moneda era que no lo habían

atacado. De hecho, me habían atacado a mí. No a Hubble. Por lo que me dije que Hubble no corría peligro. No iban a por él, pues, de haber ido a por él, a estas alturas habrían podido matarle. A estas alturas lo habrían matado. Pero el hecho era que no lo habían matado. Y eso que, al parecer, en este momento estaban muy nerviosos por cierto riesgo temporal. Lo ocurrido venía a demostrarlo. Empezaba a creer que Hubble iba a salirse de esta.

—Sí, Hubble —dije—. Lleva a la práctica ese plan que tienes pensado. Es lo mejor que puedes hacer.

La celda siguió cerrada todo el día. En la galería reinaba el silencio. Tumbados en las camas, dejamos que pasara el resto de la tarde. Sin hablar más. Ya habíamos hablado lo suficiente. Me aburría y me decía que ojalá hubiera conservado el periódico que había dejado en la comisaría de Margrave. El periódico donde el presidente aparecía aplicando recortes a la prevención del crimen para ser reelegido. Ahorrando un dólar en los guardacostas hoy a fin de invertir diez dólares en cárceles como esa en el futuro.

El viejo celador se presentó con la cena a eso de las siete. Cenamos. El celador volvió y se llevó la bandeja. Sin nada que hacer, dejamos que pasaran las horas. A las diez apagaron las luces, y nos vimos sumidos en la oscuridad. Había caído la noche. No me descalcé y dormí con un ojo abierto, por si Spivey tenía nuevos planes para mí.

Las luces volvieron a encenderse a las siete de la mañana del domingo. Me desperté cansado, pero hice esfuerzos para salir de la cama. Me obligué a hacer un poco de ejercicio para mitigar los dolores de mi cuerpo. Hubble estaba despierto, pero en silencio. Mirando cómo hacía ejercicio sin apenas interés. El hombre continuaba sumido en sus propios pensamientos. Nos trajeron el desayuno antes de las ocho. El mismo viejo con el carrito. Comí el desayuno y me bebí el café. Estaba terminando de bebérmelo cuando el cierre saltó y la puerta se abrió. Terminé de abrirla, salí al pasillo y me tropecé con un guardia que se dirigía a nuestra celda.

—Ya puede decir que le traigo suerte —dijo el guardia—. Está libre.

—¿Que estoy libre? —repetí.

—Usted y el otro —dijo—. Reacher y Hubble, están en libertad por indicación del cuerpo de policía de Margrave. Hagan el favor de estar listos en cinco minutos, ¿entendido?

Volví al interior de la celda. Hubble estaba apoyado con los codos en el colchón. No había probado el desayuno. Parecía estar más angustiado que nunca.

—Tengo miedo —dijo.

—No va a pasarte nada.

—¿En serio? Una vez que esté fuera de aquí, podrán acabar conmigo cuando quieran.

Negué con la cabeza.

—Les hubiera sido más fácil acabar contigo aquí —dije—. Créeme, si hubieran querido matarte, ya estarías muerto. No tienes por qué preocuparte, Hubble.

Asintió con expresión pensativa y se puso en pie. Recogí el abrigo, y salimos los dos al pasillo, donde nos quedamos a la espera. El guardia volvió antes de que transcurrieran cinco minutos. Nos condujo por un corredor y nos hizo pasar por dos puertas de seguridad. Nos metió en un ascensor. Entró con nosotros y con una de sus llaves activó el ascensor. Salió cuando las puertas empezaban a cerrarse.

—Buena suerte —dijo—. No vuelvan por aquí.

El ascensor nos llevó hasta un vestíbulo. Lo atravesamos y salimos a un patio de hormigón en el que hacía un calor sofocante. Levanté el rostro hacia el sol y respiré el aire del exterior. Mi aspecto sin duda era el del protagonista de alguna vieja película mala, puesto en libertad tras haberse pasado un año en confinamiento solitario.

En el patio estaban aparcados dos coches. Uno era un gran sedán oscuro, un Bentley inglés, que seguramente tendría unos veinte años pero daba la impresión de que acababa de salir de fábrica. En su interior estaba una mujer rubia. Me dije que tenía que ser la esposa de Hubble, pues este fue hacia ella como si fuera la cosa más preciosa del mundo. En el otro coche estaba sentada la agente Roscoe.

Salió y vino andando en mi dirección. Tenía un aspecto de fábula. No llevaba el uniforme. Pantalones vaqueros y una camisa ligera de algodón. Chaqueta de cuero. Un rostro tranquilo e inteligente. El cabello suave y oscuro. Los ojos muy grandes. El viernes me había dicho que era una mujer atractiva. No me había equivocado.

—Hola, Roscoe —la saludé.

—Hola, Reacher —respondió. Y sonrió.

Tenía una voz maravillosa. Y una sonrisa espléndida. La estuve contemplando todo el tiempo que pude. Fue muy agradable. Algo más allá, los Hubble se estaban alejando en el Bentley, despidiéndose con las manos por la ventanilla. Les devolví el gesto y me pregunté qué iba a depararles el futuro. Probablemente no llegaría a saberlo nunca, a no ser que las cosas les fueran mal y me enterara por un periódico en algún otro lugar.

Roscoe y yo subimos al coche. Que en realidad no era suyo, según me explicó. Era un vehículo del cuerpo sin distintivos que a veces usaba. Un Chevrolet nuevo, grande, limpio y silencioso. Roscoe había dejado el motor y el aire acondicionado conectados, por lo que hacía fresco dentro. Salimos del patio y pasamos por las sucesivas jaulas. Tras dejar atrás la última, Roscoe pisó el acelerador y enfilamos la carretera a toda velocidad. El morro del coche se erguía al tiempo que la parte trasera se hundía por efecto de la suave suspensión. No volví la vista atrás. Me contenté con seguir allí sentado, sintiéndome bien. Salir de la cárcel es una de las mejores experiencias que hay en la vida. Como lo es no saber qué va a pasar mañana. También lo es ir en un coche en silencio por una carretera soleada con una mujer guapa al volante.

—Y bueno, ¿qué ha pasado? —Dije al cabo de kilómetro y medio—. Cuéntemelo.

Me contó una historia más bien simple. El viernes a última hora de la tarde se pusieron a investigar mi coartada. Ella y Finlay. En la sala de trabajo de los agentes. A media luz. Un par de lámparas de escritorio iluminadas. Papeles para tomar notas. Vasos de café. Listines telefónicos. Haciendo llamadas los dos, mientras mascaban el extremo de un lápiz. Hablando en voz baja. Haciendo averiguaciones con paciencia. Una escena que yo mismo había protagonizado un millar de veces.

Tras llamar a Tampa y a Atlanta, a medianoche habían podido hablar con otro pasajero de mi autobús y con el que me vendió el billete en la estación de Tampa. Ambos se acordaban de mí. A continuación pudieron hablar con el conductor. Quien confirmó que se había detenido en el desvío a Margrave a las ocho de la mañana del viernes. Poco después de la medianoche, mi coartada no podía ser más sólida, tal como ya les había adelantado.

El sábado por la mañana recibieron un extenso fax procedente del Pentágono en el que se detallaba mi hoja de servicios. Treinta años de mi vida reducidas a unas cuantas hojas de papel. A estas alturas parecía tratarse de la historia de otra persona, pero el hecho era que respaldaba mi versión de los hechos. Finlay se había quedado impresionado al leerla. A continuación les llegó el informe sobre mis huellas dactilares procedente de la base de datos del FBI. El incansable ordenador las había cotejado a las dos y media de la madrugada. Las huellas se correspondían con las registradas cuando ingresé en el ejército de Estados Unidos, trece años atrás. Mi coartada era sólida, y mi historial había sido examinado a fondo.

—Finlay estaba satisfecho —explicó Roscoe—. Usted era la persona que decía ser, y a medianoche del jueves se encontraba a seiscientos kilómetros de distancia. Eso quedó claro. Finlay volvió a llamar al forense, por si había cambiado de opinión en lo referente al momento de la muerte. Pero no, el forense seguía pensando que había tenido lugar hacia la medianoche.

Meneé la cabeza. Finlay estaba resultando ser un tipo muy cauto.

—¿Y qué me dice del muerto? —pregunté—. ¿Hicieron que volvieran a cotejar sus huellas digitales?

Adelantó al camión de un granjero. Era el primer vehículo que habíamos visto en un cuarto de hora. Roscoe me miró un instante y asintió con la cabeza.

—Finlay me dijo que usted había insistido en que las cotejaran otra vez. Pero ¿por qué?

—Porque tardaron demasiado poco tiempo en darles un resultado negativo —dije.

—¿Que tardaron demasiado poco tiempo? —repitió.

—Usted me dijo que la base de datos del FBI se rige por un sistema piramidal, ¿no es así? —le expliqué—. Primero coteja las huellas con las de los diez delincuentes más buscados, después con las de los cien más buscados, las de los mil, etcétera. ¿No es así?

De nuevo asintió.

—Atengámonos a mi propio ejemplo —dije—. Yo también aparezco en la base de datos, pero estoy muy abajo. Por lo que me ha dicho, el ordenador necesitó catorce horas para llegar hasta mí, ¿correcto?

—Correcto —dijo ella—. Yo misma envié sus huellas al FBI a eso de las doce y media de la mañana, y el ordenador dio con usted hacia las dos y media de la madrugada.

—Muy bien —convine—. Catorce horas. De forma que si hacen falta catorce horas para llegar cerca de la base de la pirámide, van a ser necesarias más de catorce horas para llegar a la misma base. Es lo que dice la lógica, ¿no?

—Sí.

—Pero ¿que sucedió en el caso del muerto? —Dije—. Encontraron el cuerpo a las ocho de la mañana, ¿y a qué hora enviaron las huellas a la base de datos? A las ocho y media, como muy pronto. Pero Baker me dijo que no habían encontrado a nadie con esas huellas cuando estuvieron hablando conmigo a las dos y media. Me acuerdo bien de la hora porque estaba mirando el reloj de pared. Estamos hablando de seis horas nada más. Si necesitaron catorce horas para dar conmigo en la base de datos, ¿cómo se explica que tan solo necesitaran seis para determinar que las huellas del muerto no constaban en esa misma base de datos?

—Por Dios —dijo—. Tiene razón. Baker tuvo que cometer un error. Finlay tomó las huellas, y Baker fue quien las envió. Seguramente hizo mal el escaneado. Hay que hacerlo con cuidado, o las huellas no se transmiten con claridad. Si el escaneado no está claro, la base de datos trata de descifrarlo, y el resultado final es el de ilegible. Baker seguramente pensó que la respuesta era negativa. Los códigos son parecidos. Pero bueno, las he enviado otra vez, a primera hora de esta mañana. Pronto las tendremos.

Seguimos hacia el este, y Roscoe me explicó que ayer por la tarde había pedido a Finlay que me sacara de la cárcel de Warburton de inmediato. Finlay lo pensó y le dijo que sí, pero se encontró con un problema. Iban a tener que esperar hasta hoy porque Warburton, ayer por la tarde, estaba prácticamente incomunicada. Según dijeron a Finlay, se había producido un incidente en las duchas. Un preso había muerto, otro había perdido un ojo. Unos disturbios raciales con todas las de la ley, un enfrentamiento entre bandas de presos negros y blancos.

Sentado junto a Roscoe, sentí que el horizonte se me echaba encima. Había matado a un hombre y dejado medio ciego a otro. Iba a tener que hacerle frente a mi conciencia. Pero el hecho era que no tenía mala conciencia. Ni por asomo. Me sentía como si hubiera aplastado dos cucarachas en aquellas duchas. Aunque una cucaracha en realidad es un ser más o menos evolucionado y razonable. Aquellos sujetos de la Hermandad Aria eran peores que cualquier bicho infecto. Le había soltado una patada en la garganta a uno de ellos, y el tipo había terminado asfixiándose, con la laringe destrozada. Bueno, pues que se jodiera. Él fue quien empezó, ¿no? Atacarme era

como cruzar una puerta de acceso restringido. Lo que venía después era problema suyo. Era un riesgo que corría. Si no le gustaba, que no hubiera abierto la maldita puerta. Me encogí de hombros y me olvidé del asunto. Volví a mirar a Roscoe.

—Gracias —repuse—. Lo digo en serio. Ha hecho todo lo que ha podido para sacarme de ese lugar.

Ella no respondió a mi comentario; sencillamente enrojeció un poco, hizo un ligero gesto con la mano y siguió conduciendo. Esta mujer estaba empezando a gustarme mucho. Aunque seguramente no lo bastante para impedirme salir por piernas de Georgia tan pronto como pudiera. Como mucho me quedaría una o dos horas más, y luego le pediría que me llevara a la estación de autobuses más próxima.

—Me gustaría invitarle a comer —dije—. Para darle las gracias, por así decirlo.

Lo estuvo pensando durante casi medio kilómetro, giró el rostro y me sonrió.

—De acuerdo —convino.

Torció a la derecha por el desvío a la carretera del condado y aceleró en dirección a Margrave, hacia el sur. Dejó atrás la cafetería nueva y flamante de Eno, y siguió conduciendo hacia el centro del pueblo.

Hice que se detuviera ante la comisaría, de la que salió con la bolsa con mis pertenencias, en la que estaba mi dinero. A continuación me dejó en el centro de Margrave. Quedamos en encontrarnos dentro de un par de horas en la comisaría. Plantado en la acera bajo el rabioso calor de la mañana de domingo, me despedí con un gesto de la mano. Me sentía incomparablemente mejor. Volvía a ser libre de hacer lo que quisiera. Iba a investigar un poco la historia de Blind Blake, después invitaría a Roscoe a almorzar y luego me iría de Georgia lo antes posible, para no volver nunca más.

Estuve dando vueltas por el pueblo un rato, mirándolo todo, haciendo cuanto tendría que haber hecho el viernes por la tarde. El pueblo tampoco tenía mucho interés. La vieja carretera del condado discurría por el mismo centro del pueblo, de norte a sur, y recibía el nombre de Main Street a lo largo de unas cuatro manzanas. En esas cuatro manzanas había pequeñas tiendas y oficinas, unas junto a las otras, a uno y otro lado, separadas por callejones que iban a morir en la parte posterior de los edificios. Vi una pequeña tienda de alimentación, una barbería, una tienda de ropa para hombre, la consulta de un médico, el bufete de un abogado y una clínica dental. En la parte trasera de los edificios había zonas ajardinadas con vallas blancas y árboles ornamentales. En la calle, las tiendas y los despachos lucían toldos y marquesinas sobre las amplias aceras. En las aceras había bancos de madera, pero nadie estaba sentado en ellos. En aquel pueblo no se veía un alma. Domingo por la mañana en un pueblo perdido en el mapa.

Main Street seguía hacia el norte en línea recta, bordeando otras zonas ajardinadas hasta llegar a la comisaría y el cuartel de los bomberos. Algo menos de un kilómetro más allá se encontraba la cafetería de Eno. Y unos kilómetros después de la cafetería se llegaba al desvío a Warburton, donde estaba la cárcel. Al norte del desvío ya no había nada más, hasta que uno llegaba a los almacenes y el cruce de las autopistas, a veinte kilómetros de donde me encontraba en ese momento.

Desde el extremo sur del pueblo se veía una pequeña agrupación de casas en la que había una estatua de bronce y una calle residencial que discurría hacia el oeste. Fui andando y vi que un discreto rótulo verde anunciaba: BECKMAN DRIVE. La calle donde vivía Hubble. No se veía en toda su extensión, pues pronto llegaba a una ancha plaza ajardinada presidida por una gran iglesia de madera pintada de blanco. La iglesia estaba rodeada de almendros y de automóviles muy limpios y de colores discretos, aparcados en hileras bien formadas. Distinguí el bramido de un órgano y el canto de los feligreses.

La estatua en el césped había sido erigida en honor a un fulano llamado Casper

Teale, quien había hecho algo de importancia hacía unos cien años. Al otro lado de la zona ajardinada, situada más o menos frente a Beckman Drive, otra calle residencial se extendía en dirección este. En una de sus esquinas había un pequeño supermercado. Y eso era todo. El pueblo no daba más de sí. En aquel lugar no había mucho que hacer. En menos de treinta minutos había visto todo cuanto la población tenía que ofrecer.

Eso sí, en la vida había visto un pueblo tan limpio. Uno se quedaba con la boca abierta. Cada una de las edificaciones era nueva o había sido recientemente renovada. Las calzadas eran tan lisas como el cristal, y las aceras estaban inmaculadas y niveladas a la perfección. No se veía un solo bache, socavón o grieta. Se diría que los habitantes repintaban una vez por semana todas las tiendas y oficinas. Los parterres, las plantas y los árboles estaban recortados al milímetro. Parecía como si alguien, todas las mañanas, lamiera con la lengua la estatua de bronce en honor al viejo Caspar Teale, hasta dejarla reluciente. La blanca pintura de la iglesia brillaba tanto que te hacía daño en los ojos. Por todas partes había banderas, el blanco, el azul y el rojo centelleaban a la luz del sol. Aquel pueblo estaba tan limpio que uno sentía aprensión de andar por sus calles, por miedo a dejar la huella del zapato en algún lugar.

En el supermercado de la esquina sureste vendían el tipo de cosas que justificaban que abriera un domingo por la mañana. El establecimiento estaba abierto, pero en su interior tan solo se encontraba un encargado sentado tras la caja registradora. Eso sí, tenían café. Me senté frente a la pequeña barra, pedí un gran tazón y compré un periódico dominical.

El presidente volvía a aparecer en primera página. Ahora se encontraba en California. El hombre estaba explicando a los contratistas de defensa las razones por las que el chollo se les iba a acabar después de cincuenta años de gloria. Seguía viva la polémica sobre las declaraciones que había hecho en Pensacola referentes a los guardacostas. Estaba previsto que los barcos regresaran a sus puertos el sábado por la noche. Y no iban a volver a zarpar hasta que hubiera más dinero. El editorialista del periódico se mostraba escandalizado.

Dejé de leer y levanté la mirada cuando oí que la puerta se abría. Una mujer entró. La recién llegada se sentó en el taburete situado en el otro extremo de la barra. Era mayor que yo, tendría unos cuarenta años. Con el cabello oscuro, muy delgada, vestida con caras ropas negras. Tenía la piel muy blanca. Tan blanca que era casi luminosa. Sus movimientos reflejaban cierta tensión nerviosa. Vi que los tendones de sus muñecas eran tan delgados como cuerdas. Su expresión denotaba una fuerte inquietud. El de la barra se acercó a ella, y la mujer pidió café en voz tan baja que apenas pude oírla, y eso que estaba muy cerca y en la tienda imperaba un silencio absoluto.

No se quedó mucho tiempo. Se bebió la mitad del café, sin dejar de mirar por la ventana. Una furgoneta con la trasera descubierta, de color negro, de pronto aparcó frente a la tienda, y la mujer se estremeció. La furgoneta era nueva, y saltaba a la vista que nunca había sido usada para transportar carga alguna. Me fijé en el conductor cuando abrió la puerta. Un hombre de aspecto encallecido. Bastante alto. Con los hombros anchos y el cuello robusto. Con el pelo negro y los brazos recubiertos de vello. De unos treinta años. La mujer de piel tan blanca se bajó del taburete como si fuera un espectro y permaneció inmóvil un momento. Tragó saliva. Abrió la puerta de la tienda, y me llegó el sonido de un gran motor en punto muerto. La mujer subió a la furgoneta, pero el vehículo no se puso en marcha, sino que siguió estacionado junto a la acera. Hice girar el taburete y miré al que atendía la barra.

—¿Quién es esa mujer? —pregunté.

El tipo me miró como si recién hubiera llegado de otro planeta.

—La señora Kliner —respondió—. ¿Es que no ha oído hablar de la familia Kliner?

—Algo he oído —dije—. Hace poco que he llegado al pueblo. Los Kliner son los propietarios de esos almacenes que hay cerca de la autopista, ¿verdad?

—Eso mismo. Y tienen muchas otras propiedades. El señor Kliner es un hombre muy importante en la zona.

—¿En serio?

—Ya lo creo —afirmó el tipo—. ¿Ha oído hablar de la fundación?

Meneé con la cabeza. Terminé de beberme el café y le pasé la taza para que volviera a llenármela.

—Kliner creó la Fundación Kliner —me explicó—. Y esa fundación ha sido muy beneficiosa para el pueblo, de muchas maneras. Desde que Kliner se presentó aquí, hace ya cinco años, hemos estado viviendo en una especie de navidad permanente.

Asentí.

—¿La señora Kliner se encuentra bien de salud? —pregunté.

El otro dijo que no con la cabeza mientras me servía más café.

—Esa mujer está enferma —comentó—. Muy enferma. ¿Se ha fijado en lo blanca que está? ¿En que parece estar muy débil? Puede que tenga la tuberculosis. He visto a tuberculosos que tenían el mismo aspecto. Antes era una mujer de lo más atractiva, pero ahora tiene un aspecto horroroso, como el de una planta metida dentro de un armario, ¿verdad? Salta a la vista que está muy enferma.

—¿Quién era ese hombre de la furgoneta? —Quise saber.

—Su hijastro. El hijo que Kliner tuvo con su primera esposa. Kliner volvió a casarse, con la mujer que acaba de ver. Según tengo entendido, la señora no se lleva muy bien con el hijastro.

Hizo esa clase de gesto con la cabeza destinado a ponerle fin a una conversación casual y se fue a abrillantar una máquina cromada que había en el otro extremo de la barra. La furgoneta negra seguía aparcada en el exterior. Era verdad que la mujer

recordaba a una planta que hubiera estado creciendo en el interior de un armario. En una rara orquídea privada de luz y de alimento. Pero no me parecía que estuviera enferma. No me parecía que sufriera de tuberculosis. A mi entender, su problema era otro. Un problema que había visto en uno o dos casos anteriores. Me parecía que estaba sumida en el terror más absoluto. No sabía el porqué. Ni quería saberlo. No era asunto mío. Me levanté y dejé un billete de cinco dólares en la barra. El encargado me devolvió el cambio en monedas. No le quedaban billetes de un dólar. La furgoneta continuaba estacionada junto a la acera. El conductor estaba erguido en el asiento, con el pecho contra el volante, haciendo caso omiso de su madrastra y mirándome fijamente.

Había un espejo detrás de la barra. Yo tenía el aspecto exacto de quien ha estado viajando en autobús toda una noche y después ha pasado dos días en la cárcel. Me dije que necesitaba asearme un poco antes de ir a comer con Roscoe. El encargado adivinó lo que estaba pensando.

—Puede acercarse a la barbería —me comentó.

—¿En domingo?

El tipo se encogió de hombros.

—En la barbería siempre hay alguien —explicó—. Nunca termina de estar cerrada del todo. Y nunca termina de estar abierta del todo.

Hice un gesto de asentimiento y salí de la tienda. Vi que la pequeña congregación estaba saliendo de la iglesia, algunos charlaban en el césped antes de meterse en los coches. El resto del pueblo seguía siendo un desierto. Pero la furgoneta negra continuaba estacionada junto a la acera, justo delante del pequeño supermercado. El conductor seguía mirándome fijamente.

Eché a andar en dirección norte bajo el sol, y la furgoneta de pronto arrancó y avanzó lentamente en paralelo a la acera, manteniéndose a mi altura. El tipo continuaba mirándome sin parar. Di un par de largas zancadas, y la furgoneta aceleró un poco a fin de seguir a mi altura. De pronto me detuve en seco, y el vehículo me superó. Me quedé donde estaba. El conductor se dijo que no valía la pena dar marcha atrás. Pisó el acelerador, y la furgoneta salió disparada. Me encogí de hombros y eché a andar otra vez. Llegué a la barbería. Me agaché para no darme con el toldo a franjas y probé a abrir la puerta. El cierre no estaba echado. Entré.

Al igual que todo cuanto había en Margrave, la barbería tenía un aspecto de lo más pulcro. En el interior había viejos sillones y cromados pulimentados con esmero. En aquel establecimiento tenían el equipamiento de barbería que todo el mundo se quitó de encima hace treinta años. Ahora todo el mundo quiere volver a tenerlo. Y pagan fortunas para conseguirlos, porque recrean la imagen que la gente quiere tener de Estados Unidos. La imagen que consideran que tenía en el pasado. Yo también pensaba que esa era la imagen que ofrecía mi país. Sentado en el patio de una escuela

en Manila o en Múnich, soñaba con verdes céspedes y árboles, con banderas y con una barbería repleta de cromados relucientes como esa.

La barbería estaba regentada por dos ancianos de raza negra. Que simplemente estaban allí. El establecimiento no terminaba de estar abierto ni cerrado del todo. Los dos viejos sencillamente estaban allí, y lo mismo me sucedía a mí, de forma que... ¿por qué no? Y el hecho era que necesitaba de sus servicios con urgencia. Les pedí que me hicieran de todo: un afeitado, un corte de pelo, que me aplicaran una toalla caliente, que me lustraran los zapatos. En las paredes había primeras páginas de periódico enmarcadas. Grandes titulares. «Roosevelt ha muerto». «Victoria de los aliados en la guerra mundial». «Kennedy, asesinado». «Martin Luther King, asesinado». Una música agradable salía de una voluminosa radio con la caja de caoba. El periódico dominical estaba bien doblado sobre una banqueta junto a la ventana.

Los dos ancianos se repartieron el trabajo. Entre ambos hicieron espuma de jabón en un cuenco, afilaron una navaja con la ayuda de una tira de cuero, metieron una brocha bajo el agua del grifo. Me envolvieron en toallas y se pusieron manos a la obra. Uno de ellos empezó a afeitarme con la vieja navaja, mientras el otro permanecía cerca sin hacer nada en particular. Me dije que seguramente intervendría después. El que me estaba afeitando se puso a charlar, como suelen hacer los barberos. Me contó la historia de la barbería. Su colega y él eran amigos desde la niñez. Vivían en Margrave desde siempre. Montaron la barbería bastante antes de la Segunda Guerra Mundial, después de haber trabajado como aprendices en Atlanta. Con el tiempo trasladaron la barbería a este lugar, después de la demolición de su viejo barrio. El hombre me contó la historia del condado desde el punto de vista de un barbero. Me estuvo hablando de los famosos que en un momento u otro habían ocupado estos sillones. Gente de todo tipo.

—¿Y qué me dice de los Kliner? —pregunté.

El abuelo era del tipo locuaz, pero de pronto guardó silencio. Dejó de trabajar y lo pensó un momento.

—Mire, no puedo decirle nada al respecto —explicó—. Es una cuestión sobre la que preferimos no hablar en la barbería. Si no le importa, pregúnteme por cualquier otra persona.

Me encogí de hombros bajo la bata que me habían puesto.

—Muy bien —dije—. ¿Ha oído hablar de Blind Blake?

—He oído hablar de él, claro está —dijo el anciano—. Ese es otro tema del que sí que podemos hablar.

—Estupendo. ¿Qué puede contarme de él?

—Blind Blake solía venir por aquí, de vez en cuando, hace mucho tiempo. Se dice que nació en Jacksonville, Florida, al otro lado del límite del estado. El hombre solía viajar desde Jacksonville, pasando por aquí y por Atlanta, hasta llegar a Chicago, en el norte. Luego bajaba desde Chicago, pasaba por Atlanta, pasaba por

aquí, hasta llegar otra vez a Jacksonville. Eran otros tiempos, claro está. No había autopistas, y no había coches, por lo menos para un negro sin dinero y para los que eran como él. La gente hacía el camino a pie o como polizones en trenes de mercancías.

—¿Alguna vez le vio tocar? —pregunté.

Se detuvo y me miró.

—Amigo, yo tengo setenta y cuatro años —dijo—. Todo eso sucedió cuando era muy niño. Estamos hablando del gran Blind Blake. Los tipos como él tocaban en los bares. Y yo no iba a los bares cuando era pequeño, ¿me entiende? Si lo hubiera hecho, mi padre me habría pegado una tunda de aquí te espero. Mejor será que le pregunte a mi socio. Es mayor que yo. Es posible que le viera tocar, aunque igual no se acuerda, pues está fatal de la memoria. El amigo no se acuerda ni de lo que ha desayunado por la mañana. ¿O no? A ver, amigo mío, ¿qué has desayunado por la mañana?

El otro anciano se acercó dificultosamente y apoyó la espalda en el lavamanos de al lado. Era un viejo escuchimizado y del color de la radio de caoba.

—No sé qué he desayunado por la mañana. La verdad es que ni siquiera sé si he desayunado alguna cosa. Pero a ver un momento... No soy más que un viejo, pero los viejos nos acordamos muy bien de ciertas cosas. Puede que no nos acordemos de algo que pasó ayer, pero nos acordamos muy bien de todo lo que sucedió mucho tiempo atrás. La memoria es como un viejo cubo, no sé si me explico. Una vez que está lleno de viejos recuerdos, no hay manera de meter dentro los recuerdos recientes. Imposible. Por eso no me acuerdo de lo que hice esta mañana, porque tengo el cubo a rebosar de viejos recuerdos de hace mucho tiempo. ¿Me explico o no me explico?

—Claro que se explica —le dije—. Y bien, ¿le vio tocar?

—¿A quién? —preguntó.

Miré al uno y al otro. Me pregunté si estaba presenciando una especie de comedia ensayada y repetida mil veces.

—A Blind Blake —respondí—. ¿Alguna vez le vio tocar?

—No, nunca le vi tocar —contestó el viejo—. Pero mi hermana sí que lo vio. Esta hermana mía tiene más de noventa años, y que el Señor la bendiga. En su momento cantaba, y más de una vez cantó junto a Blind Blake.

—¿Que cantó junto a Blind Blake?

—Ya lo creo que sí —dijo el anciano escuchimizado—. Mi hermana acostumbraba a cantar con todo artista que pasara por estos andurriales. Tenga presente que este pueblo estaba junto a la carretera que llevaba a Atlanta. Lo que ahora es la carretera del condado antes llegaba hasta mucho más al sur, hasta el mismo estado de Florida. Era la única carretera que cruzaba Georgia de norte a sur. Las cosas han cambiado, y ahora hay una autopista y hay aviones, por lo que nadie se detiene en este pueblo. Margrave ahora es un lugar insignificante, al que nunca viene nadie.

—Pero ¿me está diciendo que Blind Blake solía pasar por aquí? —insistí—. ¿Y que su hermana más de una vez cantó con él?

—Por aquí pasaba todo el mundo —explicó—. El barrio norte de la ciudad estaba lleno de bares y de casas de huéspedes para la gente que pasaba por el pueblo. Donde ahora están todos esos jardines tan primorosos que ha visto, entre la barbería y el cuartel de los bomberos, antes había un montón de bares y casas de huéspedes. Con el tiempo fueron demoliéndolo todo, y lo que no fue demolido se cayó de puro viejo. Hace mucho que por aquí no pasa nadie. Pero el pueblo por entonces era muy distinto. Siempre había mucha gente de paso. Obreros, jornaleros, percusionistas, camorristas, trotamundos, camioneros, músicos de toda clase. Gentes de toda clase que hacían un alto en el camino para tocar su música... Mi hermana solía cantar con todos ellos.

—¿Su hermana se acuerda de Blind Blake?

—Claro que se acuerda —dijo el anciano—. Siempre decía que Blake era el no va más. Y que tocaba con desgarro. Con mucho desgarro.

—¿Qué fue de él? —pregunté—. ¿Tiene alguna idea?

El viejo lo pensó largamente. Revisó sus recuerdos cada vez más imprecisos. Un par de veces movió la cabeza cubierta de canas. Empezó a cortarme el pelo. Volvió a mover la cabeza.

—No sabría decirle —respondió—. Blake se presentó varias veces en el pueblo. De eso me acuerdo bien. Pero tres o cuatro años después desapareció repentinamente. Yo esa temporada estaba en Atlanta, por lo que no me enteré bien de qué fue lo que le pasó. Alguien me dijo que lo mataron, creo recordar que aquí mismo, en Margrave. Aunque igual fue en otro sitio. Supongo que se metió en problemas y que por eso le dieron el pasaporte.

Seguí allí sentado un rato, escuchando la radio. Finalmente saqué un billete de veinte dólares del fajo que llevaba encima, les pagué por sus servicios y salí a Main Street. Eché a andar hacia el norte. Era casi mediodía, y el sol apretaba de lo lindo. Hacía mucho calor para estar en septiembre. En las aceras no se veía un alma. El calor emanaba de la negra calzada. Blind Blake había recorrido a pie esa calle, posiblemente bajo el sol del mediodía. En la época en que los dos viejos barberos eran niños, esa travesía formaba parte de la carretera que iba al norte, hasta la propia Atlanta y hasta Chicago y más allá, donde había trabajo, esperanza y dinero. El calor del mediodía no había sido un obstáculo para quien se dirigía al destino que tenía en mente. Pero la carretera hoy sencillamente era una negra calzada con dos carriles que no iba a ninguna parte.

Anduve unos minutos bajo la solana hasta llegar a la comisaría. Crucé por el césped bien cuidado, dejé atrás otra estatua de bronce y abrí una de las puertas de cristal. Roscoe estaba esperándome, con la espalda apoyada en el mostrador de recepción.

Por detrás, en la sala de los agentes, Stevenson estaba hablando en tono urgente por teléfono. Roscoe estaba pálida y tenía una expresión de gran inquietud.

—Hemos encontrado otro cadáver —anunció.

—¿Dónde? —pregunté.

—Junto a los almacenes, otra vez. Aunque al otro lado de la carretera, bajo las rampas del trébol de la autopista.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Finlay —respondió—. Fue allí esta mañana, para echar otro vistazo, con la idea de encontrar algún nuevo indicio. Pero ya ve. Lo único que ha encontrado es otro muerto.

—¿Saben quién es? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Aún no lo hemos identificado —dijo—. Lo mismo que el anterior.

—¿Dónde está Finlay ahora?

—Ha ido a buscar a Hubble. Finlay sospecha que Hubble puede saber algo del asunto.

Asentí con un gesto.

—¿Cuánto tiempo llevaba el cadáver en ese lugar?

—Dos o tres días, posiblemente. Finlay dice que es posible que el jueves por la noche se produjera un doble homicidio.

De nuevo asentí con un gesto. Hubble sin duda sabía algo al respecto. Ese segundo fulano era el que Hubble había enviado a hablar con el investigador alto y con la cabeza rapada. Hubble no se explicaba que el tipo hubiera salido bien parado del asunto. Pero el fulano no había salido bien parado.

Oí que un coche llegaba. Una puerta acristalada se abrió, y Finlay asomó la cabeza

—Al depósito de cadáveres, Roscoe. Usted también, Reacher.

Lo seguimos al caluroso exterior y subimos al coche sin distintivos de Roscoe. El automóvil de Finlay se quedó allí donde estaba aparcado. Roscoe iba al volante, y yo estaba en el asiento trasero. Sentado junto a Roscoe, Finlay se volvió para hablarnos a los dos a la vez. Roscoe salió a la carretera y se dirigió al sur.

—No encuentro a Hubble —comentó Finlay—. En su casa no hay nadie. ¿Le dijo si tenía previsto marcharse a alguna parte?

—No —respondí—. Nada de eso. De hecho, casi no llegamos a hablar en todo el fin de semana.

Finlay soltó un gruñido.

—Tengo que descubrir qué sabe sobre todo este asunto —dijo—. Este follón es muy serio, y está más que claro que Hubble sabe algo al respecto. ¿Qué demonios le ha contado, Reacher?

No respondí. Aún no tenía del todo claro de qué lado estaba. Del de Finlay, seguramente, pero si Finlay empezaba a meterse en ese asunto en el que Hubble

andaba metido, Hubble y los suyos lo pagarían con la muerte. La cosa caía por su peso. Por lo que me dije que lo mejor sería mantenerme imparcial y largarme de allí lo antes posible. No quería verme involucrado.

—¿Ha probado a llamarle a su móvil? —pregunté.

Finlay soltó otro gruñido y meneó la cabeza.

—Lo tiene desconectado. Ha saltado un mensaje automático.

—¿Hubble ha venido a recoger su reloj? —pregunté.

—¿Su qué? —dijo Finlay.

—Su reloj. Dejó un reloj de diez mil dólares en manos de Baker el viernes. Cuando Baker nos estaba esposando para el traslado a Warburton. ¿Hubble ha venido a recogerlo?

—No —contestó Finlay—. Me lo hubieran dicho.

—Muy bien. Entonces es que tiene cosas más urgentes que hacer. Ni siquiera un capullo como Hubble se olvidaría de un reloj de diez mil dólares, ¿verdad?

—¿De qué cosas más urgentes me está hablando? —quiso saber Finlay—. ¿Qué le ha contado Hubble?

—A mí no me ha contado ni pío —respondí—. Acabo de decirle que prácticamente no hablamos durante el fin de semana.

Finlay me taladró con la mirada.

—No se pase de listo conmigo, Reacher —me espetó—. Mientras siga sin encontrar a Hubble, voy a mantenerle retenido y voy a aplicarle el tercer grado hasta que me diga qué le ha contado Hubble. Y no me venga con eso de que estuvo calladito todo el fin de semana, los tipos como Hubble no son de los que se quedan callados. Eso lo sé perfectamente, y usted también lo sabe, así que no se pase de listo conmigo. ¿Me explico?

Me contenté con encogerme de hombros. Finlay no podía volver a detenerme. Me dije que posiblemente podría coger algún autobús cerca del depósito de cadáveres. No iba a poder almorzar con Roscoe. Una lástima.

—Y bien, ¿cómo ha sucedido la cosa esta vez? —pregunté.

—De forma bastante parecida a la anterior —respondió Finlay—. Parece que este hombre murió al mismo tiempo, poco más o menos. Lo mataron a tiros, seguramente con la misma pistola. A este no lo patearon después de la muerte, pero es muy probable que lo mataran al mismo tiempo.

—¿Saben de quién se trata?

—Sabemos que se llama Sherman —dijo—. Pero no tenemos más datos.

—Cuénteme lo que sabe.

Estaba empezando a convertirse en una costumbre. Finlay lo pensó un momento. Vi que se decantaba por contármelo. Como si estuviésemos trabajando juntos.

—Un hombre de raza blanca, sin identificar —dijo—. Al igual que el anterior, sin ningún documento de identificación, sin cartera, sin rasgos distintivos en el cuerpo. Pero llevaba un reloj de oro con una inscripción en la parte posterior: «Para Sherman,

de Judy con amor». El hombre tendría unos treinta o treinta y cinco años de edad. Es difícil saberlo, porque su cuerpo llevaba allí tirado tres noches seguidas, de forma que las alimañas se habían dado un festín, ¿me explico? El cadáver estaba sin dientes y sin ojos, pero la mano derecha estaba completa, porque la tenía doblada bajo el cuerpo, por lo que he conseguido unas buenas huellas dactilares. Las enviamos a la base de datos hará una hora, y con un poco de suerte algo descubriremos.

—¿Heridas de bala? —pregunté.

Finlay lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—Al parecer hechas con la misma pistola. Balas de pequeño calibre, con punta blanda. Parece que el primer disparo solo lo hirió y que consiguió salir corriendo. Le dieron un par de veces más, pero llegó a ponerse a cubierto bajo la autopista. Donde cayó al suelo y terminó por desangrarse. No molieron el cuerpo a patadas porque no llegaron a encontrarlo. O eso me parece.

Lo pensé. El viernes a las ocho había pasado andando por aquel lugar. Entre un cadáver y otro, justamente.

—¿Y cree que ese hombre se llamaba Sherman? —pregunté.

—Es el nombre que aparece en su reloj —repuso Finlay.

—Es posible que el reloj no fuera suyo —dije yo—. El tipo pudo haberlo robado. Pudo haberlo heredado o comprado en una casa de empeños. Pudo haberlo encontrado en la calle.

Finlay profirió un nuevo gruñido. Estábamos a unos quince kilómetros al sur de Margrave. Roscoe conducía con rapidez por la vieja carretera del condado. De pronto aminoró y torció por un desvío a la izquierda que se perdía en el lejano horizonte.

—¿Adónde diablos vamos? —Quise saber.

—Al hospital del condado —dijo Finlay—. Está en Yellow Springs. No en el próximo pueblo, sino en el siguiente que hay en dirección sur. No falta mucho.

Seguimos carretera adelante. Yellow Springs se convirtió en una mancha borrosa en la calima del horizonte. El hospital del condado se encontraba justo después de entrar en el término municipal. El edificio estaba más o menos aislado y databa de cuando las enfermedades eran infecciosas y a los enfermos y a los infecciosos los mantenían aislados. Era un hospital de buen tamaño, un laberinto de edificaciones bajas que se extendían a lo largo de un par de hectáreas. Roscoe aminoró y torció por el camino de acceso. Pasamos por varios baches y viramos hasta llegar a una agrupación de edificios en la parte posterior del complejo. El depósito de cadáveres era una especie de cobertizo alargado con una puerta de persiana. Nos detuvimos y dejamos el coche en el patio, a cierta distancia de la puerta. Nos miramos los unos a los otros y entramos.

Un hombre vestido con bata de médico fue a recibirnos y nos condujo a un despacho. Tomó asiento tras un escritorio metálico e hizo un gesto para que Finlay y Roscoe se sentaran en un par de taburetes. Me quedé de pie, con la espalda apoyada contra un mueble bajo en el que había una pantalla de ordenador y un fax. El lugar

daba la impresión de haber sido amueblado y equipado de cualquier manera unos cuantos años atrás, lo que hablaba de un presupuesto limitado. Era por completo distinto a la comisaría de Margrave. El hombre sentado tras el escritorio tenía la expresión fatigada. No era ni joven ni viejo, seguramente sería de la edad de Finlay. Por mucho que llevara una bata blanca, no parecía ser un tipo cuya opinión contara demasiado. No se presentó, sino que dio por sentado que todos sabíamos quién era y a qué se dedicaba.

—¿Qué quieren saber?

Su mirada recorrió nuestros rostros. Se quedó a la espera. Le devolvimos la mirada.

—¿Estamos ante el mismo incidente? —preguntó Finlay. Su esmerada entonación de Harvard parecía estar fuera de lugar en aquel despacho destartado. El de la bata blanca se encogió de hombros.

—Solo hace una hora que me ha llegado este segundo cadáver —dijo—. Pero sí, yo diría que se trata del mismo incidente. La pistola es la misma, con casi absoluta seguridad. Parece que en ambos casos se han empleado balas de pequeño calibre y punta blanda. Su trayectoria ha sido lenta, lo que apunta a que la pistola tenía un silenciador.

—¿Un pequeño calibre? —pregunté—. ¿Cuán pequeño exactamente?

Su mirada exhausta se volvió hacia mí.

—No soy un especialista en armas de fuego —dijo—. Pero diría que estamos hablando del calibre veintidós. Así de pequeño. De punta blanda. Así lo indican las heridas en la cabeza del primero de los muertos. Dos pequeños orificios de entrada, con astillamiento, y dos grandes orificios informes de salida, propios de balas de pequeño calibre y con punta blanda.

Asentí. Es lo que hacen los proyectiles con punta blanda. La bala penetra en el cuerpo y al momento se achata. Se convierte en un pegote de plomo del tamaño de una moneda de veinticinco centavos que atraviesa todo cuanto encuentra a su paso. Y deja un gran orificio amorfo de salida. Tiene sentido usar un silenciador con proyectiles del 22 de punta blanda. Emplear un silenciador solo tiene sentido si hay una velocidad inicial subsónica. En los demás casos, la bala produce su propio estampido sónico durante la trayectoria hacia el blanco, como si fuera un diminuto avión a reacción.

—Muy bien —dije—. ¿A los dos los mataron en el lugar donde aparecieron los cadáveres?

—De eso no hay duda —respondió el forense—. La hipóstasis es evidente en ambos casos.

Me miró. Lo que quería era que le preguntase qué era eso de la hipóstasis. Yo ya lo sabía, pero decidí mostrarme cortés y lo miré con expresión confusa.

—La hipóstasis posterior a la muerte denota la lividez del cadáver —explicó—. Cuando una persona muere, la circulación se detiene. El corazón deja de latir. La

sangre entonces se ajusta a la ley de la gravedad y se asienta en la parte inferior del cuerpo, en los vasos situados más abajo de todo, por lo general en la piel próxima al suelo o al lugar donde se encuentre el cadáver. Los glóbulos rojos son los primeros en asentarse, por lo que tintan la piel de rojo. A continuación se coagulan, de forma que la mancha roja queda fijada, como si fuera una fotografía. Al cabo de una hora, las manchas se tornan permanentes. Las manchas visibles en el primero de los muertos se ajustan por completo a su postura junto a la valla de los almacenes. Le dispararon, cayó, le patearon el cuerpo en una especie de frenesí enloquecido y el cadáver siguió allí tendido durante unas ocho horas. De eso no hay duda.

—¿Qué opina del hecho de que le patearan el cuerpo con ese salvajismo? —preguntó Finlay.

El forense movió la cabeza y se encogió de hombros.

—En la vida había visto una cosa así —dijo—. Sí que había leído sobre algún caso parecido, en publicaciones médicas. Está claro que se trata de un arrebato psicótico. Sin explicación racional, desde luego. Pues la víctima ya estaba muerta, así que todo eso le daba lo mismo. A un muerto no se le puede hacer daño. Por lo que estamos hablando de un comportamiento que al agresor sencillamente le resultaba gratificante. Estamos hablando de una cólera absoluta y de una tremenda fuerza física. Los daños físicos son muy graves.

—¿Y qué nos dice del segundo muerto? —preguntó Finlay.

—Que hizo lo posible por escapar —respondió el de la bata blanca—. Le hicieron un primer disparo desde cerca y le dieron, pero sin derribarlo, por lo que salió corriendo. Durante la huida recibió dos impactos más. Uno en el cuello y otro más, fatal, en la pantorrilla. Este segundo disparo le sajó la arteria femoral. El hombre consiguió llegar corriendo al punto situado bajo la rampa de la autopista, pero finalmente se desplomó y murió desangrado. Eso está claro. Si no hubiera estado lloviendo toda la noche del jueves, habrían encontrado el rastro de sangre en la carretera. De eso estoy seguro. La pérdida de sangre fue copiosa, de unos siete u ocho litros. Lo sé porque esa sangre ya no está en el interior del cuerpo.

Guardamos silencio. Pensé en la segunda víctima y en su desesperada huida por la carretera, tratando de ponerse a cubierto mientras las balas se abrían paso en su carne. Escondiéndose de cualquier manera bajo la rampa de la autopista, hasta morir entre el sordo quehacer de las alimañas nocturnas.

—Entendido —dijo Finlay—. En tal caso, podemos suponer que las dos víctimas estaban juntas. El que disparó formaba parte de un grupo de tres individuos, pilló a ambas por sorpresa, disparó a la primera de ellas en la cabeza, dos veces, y la segunda víctima entonces salió corriendo. Y recibió tres disparos mientras se daba a la fuga. ¿Le parece plausible?

—¿Considera que los agresores fueron tres? —preguntó el de la bata blanca.

Finlay señaló en mi dirección con un gesto de la cabeza. Era mi teoría, por lo que me correspondía explicarla.

—Tres individuos muy distintos entre sí —afirmé—. Uno competente en el uso de armas de fuego, un segundo poseído por la rabia y fuera de sí, y un tercero no muy ducho a la hora de esconder un cadáver.

El forense movió la cabeza.

—Lo veo posible —convino—. Al primero de los muertos le dispararon a quemarropa. Por lo que es posible asumir que conocía a los agresores y permitió que se le acercaran, ¿no creen?

Finlay asintió.

—Las cosas tuvieron que suceder de esa forma —dijo—. Un encuentro entre cinco personas. Tres de ellas atacan a las otras dos. Lo que habla de una operación bien preparada.

—¿Sabes quiénes fueron los agresores? —preguntó el forense.

—Ni siquiera conocemos la identidad de las víctimas —explicó Roscoe.

—¿Tiene alguna teoría sobre su posible identidad? —preguntó Finlay.

El de la bata blanca se puso a consultar unos papeles con anotaciones que tenía en el escritorio, pero el teléfono sonó en ese momento. Respondió a la llamada y pasó el auricular a Finlay.

—Es para usted.

Finlay se echó hacia delante en el taburete y se llevó el auricular al oído. Escuchó un momento en silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Hazme el favor de imprimirlo y envíanoslo aquí por fax, ¿entendido?

Devolvió el auricular al forense y se enderezó en el taburete. En su rostro había una media sonrisa.

—Era Stevenson, desde comisaría —explicó—. Finalmente han encontrado una correlación con las huellas del primero de los muertos. Parece que hicimos bien al pedir que las cotejaran de nuevo. Stevenson va a enviarnos los resultados dentro de un minuto, así que díganos lo que piensa, doctor, y luego trataremos de analizarlo todo en su conjunto.

El de la bata blanca se encogió de hombros con aire cansado y cogió uno de sus papeles.

—No hay mucho que pueda decirles sobre el primero de los dos —repuso—. El cuerpo estaba en muy mal estado. Un hombre alto, en buena forma física, con el cráneo afeitado. El indicio más significativo es el trabajo dental. Parece que al hombre le arreglaron la dentadura en muchos lugares distintos. Parte del trabajo dental es estadounidense, parte parece serlo y parte es propio de otros países.

Junto a mi cadera, el fax emitió unos cuantos pitidos y se puso a chirriar. Una hoja de papel en blanco se insertó automáticamente en el interior.

—¿Y qué le dice todo eso? —quiso saber Finlay—. ¿Que el primer muerto es extranjero? ¿O un norteamericano que vivió en otros países?

La delgada hoja de papel salió impresa del interior del fax. El aparato se detuvo y

enmudeció. Cogí el papel. Y lo leí con atención, dos veces. Me quedé helado. Me sobrevino una gélida parálisis. Sencillamente no podía creer lo que decía el fax que acababa de llegar. El cielo pareció venirse abajo. Miré fijamente al forense y hablé:

—Ese hombre creció en el extranjero —dije—. De forma que se hizo arreglar los dientes en distintos países, según donde estuviera viviendo en cada momento. Se rompió el brazo derecho cuando tenía ocho años, y se lo escayolaron en Alemania. Las amígdalas se las extirparon en Seúl.

El forense me estaba mirando con sorpresa.

—¿Pueden averiguar todo eso a partir de unas huellas dactilares?

Negué con la cabeza.

—Ese hombre era mi hermano.

Cierta vez vi una película de la Marina sobre las expediciones al Ártico. Uno podía andar sobre hielo sólido. De pronto el hielo cedía y se rompía. Los hielos flotantes estaban sometidos a unas fuerzas y presiones inimaginables. Y de pronto surgía una geografía nueva por entero. Unos peñascos gigantescos donde antes había una llanura. Unos enormes barrancos ante tus ojos. Un lago colosal delante de ti. El mundo entero se transformaba en un segundo. Así era como me sentía. Estaba rígido por el asombro entre el fax y la pantalla de ordenador, y me sentía como el explorador ártico cuyo mundo ha cambiado por entero en un abrir y cerrar de ojos.

Me condujeron a la sala refrigerada en la parte posterior, para que identificara formalmente el cadáver. Su rostro había sido destrozado por los balazos, y tenía todos los huesos rotos, pero reconocí la pequeña cicatriz en forma de estrella que tenía en el cuello. Se la había hecho veintinueve años atrás, después de que hubiéramos estado jugando con una botella rota. A continuación me llevaron a la comisaría de Margrave. Finlay era quien conducía. Sentada a mi lado, en el asiento trasero, Roscoe me estuvo cogiendo de la mano durante todo el trayecto. Un trayecto que solo duró veinte minutos, pero en el que tuve tiempo de vivir dos vidas. La mía y la de mi hermano.

Mi hermano Joe. Dos años mayor que yo. Nacido en una base militar en Asia hacia el final del mandato de Eisenhower. Yo nací en una base militar en Europa al comienzo de la presidencia de Kennedy. Crecimos juntos en distintos lugares del mundo, viviendo en la transitoriedad, el aislamiento y la unidad tan propias de las familias de militares. La existencia era una sucesión de traslados azarosos que tenían lugar a intervalos impredecibles. Al final nos resultaba extraño permanecer más de nueve meses en un mismo lugar. Durante varios años seguidos no llegamos a ver un invierno. A principios del otoño nos obligaban a abandonar Europa para trasladarnos a vivir a un punto perdido en el Pacífico, que pronto también tendríamos que abandonar.

Nuestros amigos no hacían más que desaparecer. Adjudicaban un nuevo destino a una unidad, y varios de los chicos se marchaban de nuestro lado. A veces nos reencontrábamos con ellos meses después, en otro lugar. A muchos no volvíamos a verlos en la vida. Nadie decía hola o adiós. Uno simplemente estaba o no estaba en el destino de turno.

Con el tiempo, a medida que Joe y yo íbamos creciendo, los traslados fueron haciéndose más frecuentes. La guerra en Vietnam hizo que el ejército intensificara el despliegue de sus efectivos por todo el mundo. La vida se convirtió en una borrosa sucesión de bases militares. Nunca llegamos a tener algo propio. En los aviones de transporte tan solo permitían cargar con un bulto por persona.

Estuvimos habitando esa borrosa sucesión de lugares a lo largo de dieciséis años.

Joe era la única constante en mi vida. Y yo lo quería como se quiere a un hermano. Pero esta expresión tiene un significado muy preciso. Los dichos semejantes con frecuencia los tienen. Como cuando se dice que una persona ha dormido como un bebé. ¿Quieren decir que la persona ha dormido bien? ¿O que se ha estado despertando cada diez minutos, berreando? Yo quería a Joe como a un hermano, lo que en nuestra familia implicaba muchas cosas.

La verdad era que nunca llegué a saber con seguridad si lo quería o no. Y él nunca llegó a saber con seguridad si me quería o no. Solo nos llevábamos dos años, pero él había nacido en los años cincuenta y yo en los sesenta. Lo que para nosotros suponía una diferencia mayor que la que en principio supone un lapso de dos años. Y como sucede con todo par de hijos varones que se llevan dos años, siempre estábamos enzarzados en broncas. Nos peleábamos, discutíamos y nos prometíamos sombríamente que ya nos haríamos mayores y le daríamos lo suyo al otro. Durante la mayor parte de esos dieciséis años no tuvimos claro si nos queríamos o nos detestábamos.

Pero contábamos con ese rasgo que se da en las familias de militares. Tu familia era tu unidad. En las bases, a los soldados les inculcaban la lealtad absoluta a su unidad. Era el elemento más distintivo en sus vidas. Una intensa lealtad, que transferían a sus propias familias. Así que uno, de vez cuando, podía detestar a su hermano, pero nunca permitía que otros se metieran con él. Joe y yo compartíamos ese rasgo. Una lealtad incondicional. Cada vez que llegábamos a una nueva escuela, en el patio luchábamos espalda contra espalda y nos hacíamos respetar a puñetazo limpio. Yo cuidaba de él, y él cuidaba de mí, como tenían que hacer unos hermanos. A lo largo de dieciséis años. La mía no fue una niñez muy normal, pero era la única niñez que iba a tener en la vida. Y Joe estaba en el mismo epicentro de esa niñez. Y ahora alguien lo había matado. Mientras estaba sentado en el asiento trasero del Chevrolet de la comisaría, una vocecilla insistía en preguntarme qué cojones iba a hacer al respecto.

Finlay condujo a través de Margrave y aparcó frente a la comisaría. Junto a la acera, delante de las grandes puertas acristaladas. Él y Roscoe salieron del coche y se quedaron a la espera de que yo hiciera otro tanto, como Baker y Stevenson habían hecho cuarenta y ocho horas antes. Salí, y nos quedamos un momento plantados bajo el caluroso sol del mediodía. Finlay finalmente abrió una de las pesadas puertas, y entramos. Recorrimos la vacía sala de trabajo y pasamos al gran despacho.

Finlay tomó asiento tras el escritorio. Me senté en la misma silla que había ocupado el viernes. Roscoe cogió otra silla y tomó asiento a mi lado. Finlay abrió el cajón del escritorio. Sacó la grabadora. Tomó su acostumbrada precaución de comprobar el funcionamiento del micrófono con la uña. Fijó la vista en mí.

—Siento mucho lo de su hermano.

Incliné la cabeza. No dije palabra.

—Me temo que voy a tener que hacerle bastantes preguntas.

Volví a decir que sí con la cabeza. Entendía su situación. Yo mismo me había encontrado muchas veces en esa misma situación.

—¿Quién es el familiar más cercano? —preguntó.

—Yo —respondí—. A no ser que se hubiera casado sin decírmelo.

—¿Le parece que pudo hacer una cosa así?

—No estábamos en contacto —dije—. Pero lo dudo.

—¿Sus padres murieron?

Asentí. Finlay hizo otro tanto. Anotó que el familiar más cercano era yo.

—¿Cuál era su nombre completo?

—Joe Reacher, y nada más.

—¿Joe como diminutivo de Joseph?

—No —aclaré—. Simplemente Joe. Del mismo modo que yo sencillamente me llamo Jack. A nuestro padre le gustaban los nombres poco complicados.

—Entendido —dijo Finlay—. ¿Su hermano era mayor o menor que usted?

—Mayor —dije. Le di la fecha de nacimiento de Joe—. Dos años mayor que yo.

—Entonces, ¿tenía treinta y ocho años de edad?

Dije que sí con la cabeza. Baker había mencionado que la víctima tendría unos cuarenta años. Era posible que Joe no hubiera envejecido bien.

—¿Sabe cuál era su última dirección?

Negué con la cabeza.

—No —respondí—. Solo sé que vivía en Washington. Como le he dicho, no estábamos en contacto.

—Entendido —repitió—. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace unos veinte minutos. En el depósito de cadáveres.

Finlay asintió con gesto comprensivo.

—¿Y antes?

—Hace siete años. En el funeral por nuestra madre.

—¿Tiene alguna fotografía de su hermano?

—Ya vio usted todas mis pertenencias —respondí—. No tengo ninguna fotografía.

De nuevo asintió con la cabeza. Guardó silencio. La cosa estaba resultándole difícil.

—¿Puede darme una descripción física?

—¿Antes de que le reventaran la cara a tiros?

—Podría ser de ayuda, entiéndame —repuso Finlay—. Necesitamos saber quién vio a su hermano, cuándo y dónde.

Moví la cabeza.

—Supongo que se me parecía bastante. Mediría un par de centímetros menos. Y pesaría cuatro o cinco kilos menos.

—Entonces, ¿diría que su hermano medía poco menos de dos metros de estatura?

—Eso mismo —convine—. Y pesaba unos noventa kilos.

Finlay así lo anotó.

—¿Siempre llevaba la cabeza rapada?

—No la llevaba la última vez que lo vi —dije—. Por entonces llevaba el pelo normal.

—Hace siete años de eso, ¿no? —apuntó Finlay.

Me encogí de hombros.

—Es posible que estuviera empezando a perder el cabello —observé—. Quizá se rapó la cabeza por vanidad.

Finlay asintió en silencio.

—¿En qué trabajaba? —preguntó.

—Lo último que supe fue que estaba en el Departamento del Tesoro —respondí—. No sé bien a qué se dedicaba en particular.

—¿Y antes? ¿Su hermano también estuvo en el ejército?

Dije que sí con la cabeza.

—Asignado a Inteligencia militar. Lo dejó después de un tiempo y se puso a trabajar en un organismo del gobierno.

—Su hermano le escribió una carta mencionando que había estado por aquí, ¿no es cierto?

—En la que hacía esa referencia a Blind Blake —dije—. Pero sin especificar qué lo había traído por aquí. No tendría que ser difícil averiguarlo.

Finlay asintió

—Mañana a primera hora haremos todas las llamadas pertinentes —comentó—. Por el momento tengo que contentarme con sus respuestas. ¿Está seguro de que no tiene idea de por qué su hermano vino a este pueblo?

Le confirmé que no con un gesto. No tenía la menor idea. Pero sabía que Hubble sí que la tenía. Joe no era otro que el investigador muy alto de estatura y con el nombre en código. Hubble era quien le había hecho venir, y sin duda había tenido sus razones. Lo primero que iba a hacer era dar con Hubble y preguntarle al respecto.

—Antes me ha dicho que no conseguía encontrar a Hubble, ¿verdad?

—No lo encuentro en ningún sitio —respondió—. No está en su casa de Beckman Drive, y nadie del pueblo lo ha visto. Hubble está al corriente de todo esto, ¿verdad?

Me contenté con encogerme de hombros. Prefería guardarme algún que otro as en la manga. Si tenía que sacarle algunas verdades a Hubble como fuera, prefería hacerlo en privado. No me apetecía que Finlay estuviera mirando por encima de mi hombro mientras me dedicaba al asunto. Porque igual encontraba que mis métodos eran un tanto expeditivos. Y tampoco, ni por asomo, quería ser yo el que estuviera mirando por encima del hombro de Finlay. No quería que fuera él el encargado de sacarle esas verdades. Porque yo igual encontraba que sus métodos no eran lo bastante expeditivos. Hubble desembucharía más rápido si era yo quien le

preguntaba, y no un policía. Ya me había contado bastantes cosas. Así que lo que sabía Hubble yo lo iba a mantener en secreto. Por el momento.

—No tengo idea de qué sabe Hubble —dije—. Usted es el que me dijo que Hubble se vino abajo.

Finlay soltó un gruñido y me miró desde el otro lado del escritorio. Vi que estaba empezando a pensar en otras posibilidades. Yo tenía claro cuáles eran. De hecho estaba esperando que las tuviera en consideración. En la investigación de un homicidio hay una norma fundamental. Basada en multitud de estadísticas y en la propia experiencia. Esta norma reza: «Cuando hay un muerto, lo primero que hay que hacer es investigar bien a la familia». A los maridos, a las mujeres, a los hijos. Y a los hermanos. Finlay sin duda se había atendido a dicha norma un millar de veces durante sus veinte años de carrera profesional en Boston. Y yo veía que ahora estaba empezando a tenerla en consideración en ese despacho de Margrave. Eso no me convenía. Tenía que distraer su atención. No me interesaba perder más tiempo encerrado en una celda. Prefería dedicar mi tiempo a otras cosas muy distintas.

—Supongo que mi coartada ahora le resulta convincente, ¿no es así? —Dije.

Vio adónde quería ir a parar. Como si fuéramos dos colegas de profesión enfrascados en un problema complicado. Me sonrió un segundo.

—Es convincente —dijo—. Usted se encontraba en Tampa en el momento de los hechos.

—Muy bien —convine—. ¿Al jefe Morrison también le resulta convincente?

—Todavía no está al corriente —dijo Finlay—. No responde al teléfono.

—No quiero que vuelvan a producirse errores que le resulten convenientes —dije—. Ese gordo imbécil dijo que me había visto en ese lugar. Quiero que se entere de que ese testimonio suyo ya no se sostiene.

Finlay cabeceó. Cogió el teléfono y marcó un número. Oí el débil tono de llamada que salía del auricular. Siguió sonando largo rato, hasta que Finlay colgó.

—No está en casa —dijo—. Es domingo al fin y al cabo.

A continuación sacó el listín telefónico del cajón. Lo abrió por la «H». Buscó el número de Hubble en su casa de Beckman Drive. Marcó el número, con el mismo resultado. Varios tonos de llamada. Sin respuesta. Probó con el móvil. Una voz electrónica empezó a decirle que el móvil estaba apagado. Colgó antes de que la frase terminara.

—Cuando lo encuentre, voy a hacer que Hubble venga a comisaría —dijo—. Ese hombre sabe cosas que tendría que habernos dicho. Hasta entonces no puedo hacer mucho, eso está claro.

Me encogí de hombros. Finlay tenía razón. Las pistas eran muy escasas. Lo único significativo que había percibido era el pánico mostrado por Hubble al ser interrogado el viernes.

—¿Qué piensa hacer, Reacher? —preguntó.

—Todavía tengo que pensarlo —respondí.

Finlay fijó la vista en mí. No de forma poco amistosa, pero sí muy seria, como si estuviera tratando de comunicarme una orden y una petición con aquella mirada suya tan directa.

—Deje que sea yo el que se ocupe de esto, ¿entendido? Me parece evidente que no está muy contento y que va a querer que se haga justicia, pero no me interesa que otros se ocupen de mi trabajo, ¿me explico? Este trabajo corresponde a la policía. Y usted no es policía. Así que deje que me ocupe del asunto, ¿entendido?

Me encogí de hombros y asentí. Me levanté y los miré.

—Voy a dar un paseo —dije.

Dejé a los dos en el despacho y fui andando por la sala de los agentes. Abrí una de las puertas acristaladas y salí a la calurosa tarde. Anduve por el aparcamiento y crucé el amplio parterre de césped, hasta llegar a la estatua de bronce. También era en memoria de Caspar Teale, quienquiera que fuese aquel hombre. El mismo fulano homenajado en el parque situado al sur de la ciudad. Apoyé la espalda contra el caliente pedestal metálico y me puse a pensar.

Estados Unidos es un país gigantesco. Con millones de kilómetros cuadrados. Con casi trescientos millones de habitantes. Joe y yo no nos habíamos visto en siete años, pero habíamos terminado por coincidir en el mismo punto minúsculo, con ocho horas de diferencia. Había pasado andando a solo unos cincuenta metros de donde se encontraba su cadáver. Una coincidencia descomunal. Casi increíble. Finlay estaba haciéndome un gran favor al tratar el episodio como si fuera una coincidencia. Tendría que estar empeñado en desmontar mi coartada por completo. Quizá lo estaba haciendo. Quizá en ese momento estaba hablando por teléfono con Tampa para investigar otra vez el asunto.

Pero no iba a encontrar nada, porque se trataba de una coincidencia. No valía la pena efectuar más comprobaciones. Yo tan solo estaba en Margrave debido a una caprichosa decisión tomada en el último minuto. Si hubiera estado estudiando el mapa un minuto más, el autobús habría dejado atrás el trébol de la autopista y me habría olvidado de Margrave. Habría seguido camino a Atlanta y nunca habría llegado a enterarme de la suerte corrida por Joe. O quizá me enteraría siete años después. Así que no valía la pena darle más vueltas a la cuestión de la coincidencia. Lo único que tenía que hacer era decidir qué cojones iba a hacer al respecto.

Tendría unos cuatro años cuando empecé a comprender el valor de la lealtad. De pronto entendí que tenía que cuidar de Joe como él cuidaba de mí. Con el tiempo, la cosa se tornó más o menos automática. Siempre tenía presente la necesidad de asegurarme de que mi hermano estaba bien. Muchas veces salí al patio de la nueva escuela de turno y me encontré con que varios de los alumnos se estaban metiendo con aquel recién llegado tan alto y tan flaco. Al momento iba a por ellos y molía a palos a unos cuantos. Luego volvía a unirme a mis amigos, para jugar al béisbol o lo

que fuese. Sencillamente había cumplido con mi deber, de forma rutinaria. Dicha rutina se prolongó doce años, desde que tenía cuatro hasta que Joe finalmente se marchó de casa. Doce años de rutina tuvieron que dejar cierto rastro en mi mente, pues a partir de ese momento conviví con una pregunta que cierta vocecilla interior siempre me estaba haciendo: «¿Dónde está Joe?». Ahora era un adulto y ya no vivía con la familia, pero la pregunta seguía resonando de forma tenue en mi mente. En el fondo siempre tuve claro que tenía que defenderle y protegerle si la ocasión lo requería.

Pero ahora estaba muerto. Joe ya no estaba en ningún lugar. Con la espalda apoyada en la estatua enclavada frente a la comisaría, oí que una vocecilla me decía: «Tienes que hacer algo respecto a lo de tu hermano».

Una de las puertas de la comisaría se abrió. Con los ojos entrecerrados por la luz de la tarde, vi que Roscoe salía a la acera. El sol estaba a su espalda e iluminaba sus cabellos como si fueran un halo. Miró en derredor y me vio apoyado en la estatua. Echó a andar en mi dirección. Aparté la espalda del bronce caldeado por el sol.

—¿Está bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondí.

—¿Está seguro?

—No me estoy viniendo abajo —afirmé—. Quizá tendría que estar viniéndome abajo, pero no es eso lo que me pasa. Si quiere saber la verdad, tan solo me siento aturdido.

Era cierto. No parecía estar sintiendo gran cosa. Quizá se trataba de una reacción un tanto extraña por mi parte, pero era la realidad. Y no tenía sentido fingir otra cosa.

—Muy bien —dijo Roscoe—. ¿Puedo llevarle en coche a alguna parte?

Era posible que Finlay le hubiera encargado mantenerme vigilado, pero no iba a poner objeciones. De pie bajo el sol, aquella mujer tenía un aspecto magnífico. Me daba cuenta de que cada vez me gustaba más.

—¿Le importaría enseñarme dónde vive Hubble?

Vi que estaba pensándose la respuesta.

—¿No le parece mejor dejar que Finlay se ocupe de todo eso?

—Solo quiero ver si ha vuelto a su casa de una vez. No voy a hacerle ningún daño. Mire, si está en casa, llamamos a Finlay de inmediato, ¿le parece?

—Me parece —dijo encogiéndose de hombros. Y sonrió—. Vamos.

Subimos al Chevy del cuerpo de policía. Lo puso en marcha, y salimos del aparcamiento. Giró a la izquierda y se dirigió al sur de aquel perfecto pueblecito de postal. Era un maravilloso día de septiembre. El sol tan intenso aportaba cierta sensación de irrealidad. Las aceras de losas rojas resplandecían y la blanca pintura de las paredes resultaba cegadora. La población parecía estar vacía bajo aquel tórrido sol. Desierta. Roscoe giró a la derecha al llegar al pequeño parque municipal y entró

en Beckman Drive. Rodeó la plaza que tenía la iglesia en el centro. Los coches se habían ido, y la plaza estaba en silencio. El servicio religioso había terminado. Beckman Drive resultó ser una ancha calle residencial con árboles en las aceras que discurría por una ligera pendiente. Todo en ella hablaba de bienestar material. Una calle sombreada, fresca y próspera. El sueño de un agente inmobiliario. Las casas no se veían, pues estaban situadas tras unas lomas con césped, árboles enormes, altos setos. Los caminos de acceso se perdían de vista. De vez en cuando se atisbaba un pórtico blanco o un tejado rojo. Cuanto más avanzábamos, mayores eran las parcelas. Entre un buzón y el siguiente había centenares de metros de distancia. Y unos gigantescos árboles. Un lugar en el que imperaba la solidez. Pero un lugar que escondía sus propias historias tras aquella fachada de tranquilidad. En el caso de Hubble, una situación desesperada que lo había llevado a contactar con mi hermano. Una situación que había llevado a mi hermano a la muerte.

Roscoe aminoró al llegar frente a un buzón pintado de blanco y torció por el camino situado a la izquierda, el correspondiente al número veinticinco. La casa se encontraba a un kilómetro y medio aproximado del centro urbano. El sol bañaba su fachada posterior. Era la última vivienda que había en aquella calle. Más allá, campos de melocotoneros se extendían en hileras bajo la calima. Avanzamos con lentitud por el camino serpenteante entre el césped. La casa no era como la había imaginado. Lo que tenía en mente era una gran residencia de color blanco, una casa más o menos normal, pero de mayor tamaño. Esta vivienda era más espléndida. Un palacio. Enorme. Todo en ella hablaba de dinero. Un largo camino de gravilla, un inmenso césped aterciopelado, árboles grandes y elegantes, brillantes y moteados por el sol ardiente. Pero no estaba el Bentley oscuro que había visto al salir de la cárcel. No había nadie en casa, o eso parecía.

Roscoe se detuvo cerca de la puerta principal. Salimos. Todo estaba en silencio. El calor de la tarde resultaba sofocante. Llamamos al timbre y golpeamos con los nudillos en la puerta. Nadie nos respondió. Nos miramos, nos encogimos de hombros y echamos a andar por el césped en torno a la vivienda. La hierba parecía extenderse a lo largo de varias hectáreas, y había un invernadero rodeado de macizos de flores. Fuimos a dar a un ancho patio ajardinado que descendía hasta una piscina. El agua era de una tonalidad azul brillante por efecto de la luz del sol. El aire caliente traía el olor del cloro.

—Una casa de aquí te espero —comentó Roscoe.

Asentí. Me pregunté si mi hermano habría estado en ella.

—Viene un coche. ¿Lo oye? —dijo ella.

Fuimos andando hacia la fachada delantera, a la que llegamos en el momento preciso en que el gran Bentley terminaba de detenerse. La mujer rubia que había visto al salir de la cárcel salió del vehículo. Con ella iban dos niños. Un chico y una chica. La familia de Hubble, a la que el hombre tanto quería. Pero Hubble no estaba con ellos.

La mujer rubia y Roscoe parecían conocerse. Se saludaron, y Roscoe me la presentó. Estrechó mi mano y dijo llamarse Charlene, pero podía llamarla Charlie. Era una mujer de aspecto lujoso: alta, delgada, con buena estructura ósea, cuidadosamente vestida y arreglada. Pero en su cara había un aire de personalidad que no terminaba de encajar en el conjunto. La suficiente personalidad para que me cayera bien. Prolongó el apretón de manos un instante y sonrió, pero su sonrisa resultó más bien forzada.

—Me temo que este no ha sido el fin de semana más agradable de mi vida —dijo—. Pero me parece que tengo que estarle muy agradecida, señor Reacher. Mi marido asegura que le salvó la vida en la cárcel.

Lo dijo con mucho hielo en la voz. El tono gélido no estaba dedicado a mí, sino a las circunstancias que estaban obligándole a emplear las palabras «marido» y «cárcel» en la misma frase.

—No tiene importancia —dije—. Pero ¿su marido dónde está?

—Ocupado en sus negocios —dijo Charlie—. Vendrá un poco después.

Asentí. Era lo que Hubble tenía planeado. Me había dicho que trataría de contarle algún cuento a su mujer y que después intentaría arreglar las cosas. Me pregunté si Charlie quería hablar del asunto, pero los niños estaban a su lado, en silencio, y comprendí que no iba a hablar delante de ellos. Sonreí a los pequeños, enseñando todos mis dientes. Con la idea de que les entrara la timidez y se fueran corriendo, como los niños suelen hacer al verme, pero se limitaron a sonreír a su vez.

—Este es Ben —los presentó Charlie—. Y esta es Lucy.

Dos chavales muy guapos. La chica aún era un poco regordeta, como sin duda lo había sido la madre de pequeña. Le faltaban los dos dientes frontales. Tenía el cabello fino, del color de la arena y recogido en dos trenzas. El chico no era mucho más corpulento que su hermana menor. Tenía la complexión delgada y el rostro serio. Se veía que no era un gamberro. Dos niños muy agradables. Corteses y callados. Estrecharon mi mano y volvieron a situarse junto a su madre. Miré a los tres y casi pude ver la espada de Damocles que pendía sobre ellos. Si no se andaba con cuidado, Hubble podía provocar que los mataran, del mismo modo que antes habían matado a mi hermano.

—¿Les apetece un poco de té helado? —preguntó Charlie.

Nos estaba mirando con la cabeza ladeada, a la espera de una respuesta. Tendría unos treinta años, más o menos los mismos que Roscoe. Pero sus maneras eran las de una mujer rica. Ciento cincuenta años antes hubiera sido la señora de una extensa plantación.

—Claro —respondí—. Gracias.

Los niños se fueron a jugar a algún lugar, y Charlie nos hizo pasar por la puerta principal. No es que me apeteciera beber té helado en particular, pero sí quería seguir un rato por allí, por si Hubble regresaba. Quería hablar cinco minutos con él, a solas. Me proponía formularle unas cuantas preguntas muy urgentes antes de que Finlay lo

informara de cuáles eran sus derechos como detenido.

La casa era fabulosa. Enorme. Decorada con gusto. En colores claros y limpios. Frescos tonos crema y brillantes ocre. Flores. Charlie nos condujo al invernadero que habíamos visto desde fuera. Parecía sacado de las páginas de una revista ilustrada. Roscoe fue con ella a por el té. Me quedé a solas. Me sentí incómodo. No estaba acostumbrado a las casas. Tenía treinta y seis años, pero nunca había vivido en una casa de verdad. Tan solo había residido en pisos para militares y en una horrorosa residencia para estudiantes junto al río Hudson durante mi época en West Point. No había vivido en otros lugares. Sintiéndome como un feo extraterrestre, me senté sobre un cojín con estampado de flores en un sofá de mimbre y me quedé a la espera. Incómodo, algo aturdido, situado en esa tierra de nadie entre la acción y la reacción.

Volvieron las dos con el té. Charlie venía con una bandeja de plata. Era una mujer atractiva, pero no podía compararse con Roscoe. Roscoe tenía una chispa tan eléctrica en la mirada que convertía a Charlie en poco menos que invisible.

Y entonces sucedió algo inesperado. Roscoe se sentó a mi lado en el sofá de mimbre. Al hacerlo, llevó su mano a mi muslo un instante. Fue un gesto casual, pero muy íntimo y familiar. Una entumecida terminación nerviosa de pronto cobró vida y me dijo a gritos: «Tú también le gustas. Tú también le gustas». Así lo indicaba la forma en que me había tocado la pierna.

Me puse a pensar y lo rememoré todo bajo este nuevo prisma. La forma en que me había tomado las huellas y las fotografías. El hecho de que me trajera café. Su sonrisa y el guiño que me hizo. Su risa. El hecho de que se quedara a trabajar el viernes por la noche y el sábado a fin de sacarme de Warburton. Que fuera en coche a recogerme a la puerta de la cárcel. El gesto de cogerme de la mano después de que hubiera visto el destrozado cuerpo de mi hermano. El hecho de que me hubiera traído en coche a esa casa. Yo también le gustaba.

De repente me alegré de haberme bajado de aquel puñetero autobús. De haber tomado aquella demencial decisión en el último minuto. De pronto me relajé. Me sentí mejor. La vocecilla en mi mente finalmente calló. No había nada que yo pudiera hacer en aquel momento. Hablaría con Hubble cuando lo viera. Hasta entonces seguiría sentado en el sofá en compañía de una amigable mujer morena y atractiva, vestida con una ligera camisa de algodón. Por lo demás, los problemas no tardarían en llegar. Como siempre sucede.

Sentada frente a nosotros, Charlie Hubble empezó a servir el té helado de la jarra. Me llegó el olor del limón y las especias. Charlie me miró y esbozó una sonrisa tan forzada como la anterior.

—En circunstancias normales ahora le preguntaría si está disfrutando de su visita a Margrave —dijo, mirándome con la misma sonrisa poco natural de antes.

No supe qué responderle. Sencillamente me encogí de hombros. Saltaba a la vista

que Charlie no sabía nada. Sin duda pensaba que a su marido lo habían detenido por equivocación, por un error de algún tipo. No porque estuviera involucrado en un tinglado que había llevado al asesinato de dos personas. Una de las cuales era el hermano del desconocido al que con tanto esfuerzo sonreía. Roscoe llegó en mi ayuda, y las dos se pusieron a charlar de esto y aquello. Sentado en el sofá, bebí el té, a la espera de que llegara Hubble. No se presentó. La conversación finalmente murió, y llegó el momento de que nos fuéramos. Charlie se mostraba inquieta, como si tuviera cosas que hacer. Roscoe llevó la mano a mi brazo. El contacto me sobresaltó, como si fuera eléctrico.

—Vamos —dijo—. Lo llevo en coche al pueblo.

Me fastidiaba no quedarme a esperar a Hubble. Me sentía como si estuviera traicionando a Joe, pero también quería estar a solas con Roscoe. Lo deseaba. Era posible que cierta tristeza reprimida estuviera intensificando mis ansias. Quería olvidarme de Joe hasta el día siguiente. Me dije que tampoco tenía elección. Hubble no se había presentado. No había otra cosa que pudiera hacer. De forma que nos subimos otra vez al Chevy y enfilamos el serpenteante sendero de la propiedad. Recorrimos Beckman Drive. Rodeamos la plaza de la iglesia. Frente a nuestros ojos se extendía el pequeño parque con la estatua del viejo Caspar Teale.

—¿Reacher? —dijo Roscoe—. Va a quedarse un poco más en el pueblo, ¿verdad? Hasta que aclaremos lo sucedido a su hermano, ¿no es así?

—Eso supongo.

—¿Dónde va a alojarse?

—No lo sé.

Torció hacia la acera del parque. Detuvo el coche. En su rostro había una expresión de ternura.

—Quiero que venga conmigo, a mi casa —dijo.

Sentí que estaba perdiendo la cabeza, pero mis ansias eran tales que la atraje hacia mí y nos besamos. Ese primer beso que siempre es fabuloso. La boca y el pelo, el sabor y el olor, tan nuevos y desconocidos. Me besó largamente, sin despegar sus labios de los míos. Tuvimos que separarnos un par de veces para respirar un poco, hasta que Roscoe de nuevo puso el coche en marcha.

Seguimos durante casi medio kilómetro por la calle que nacía al otro lado de Beckman Drive. Vi el verde borrón de la hojas de los árboles cuando entramos en su jardín iluminado por el sol. Los neumáticos sisearon cuando el coche se detuvo. Salimos desmañadamente y fuimos corriendo hacia la puerta de la casa. Roscoe la abrió con su llave. Entramos. La puerta batió a nuestras espaldas, y Roscoe ya estaba en mis brazos antes de que se cerrara del todo. Nos besamos y fuimos a la sala de estar como pudimos. Roscoe mediría tres o cuatro centímetros menos que yo, y sus pies ya no tocaban el suelo.

Nos quitamos las ropas el uno al otro como si estuvieran ardiendo. Roscoe era una belleza. Tenía el cuerpo firme y fuerte, torneado de maravilla. Su piel era como la

seda. Me llevó al suelo, bajo los rayos de luz que se filtraban en horizontal por las persianas. Era un frenesí. Estábamos rodando por el suelo, y nada podía detenernos. Como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento. Nos estremecimos, nos detuvimos y nos quedamos inmóviles y jadeantes. Exhaustos.

Permanecimos abrazados, acariciándonos. Roscoe finalmente se separó de mi cuerpo y me ayudó a levantarme. Nos besamos otra vez y fuimos trastabillando al dormitorio. Levantó las sábanas y nos dejamos caer en la cama. Nos abrazamos y nos sumimos en un profundo aturdimiento poscoital. Yo estaba agotado. Me sentía como si todos mis huesos y nervios fueran de goma. Tumbado en aquel lecho desconocido, me dejé llevar a un lugar situado mucho más allá de la simple relajación. Estaba flotando. La forma cálida de Roscoe estaba acurrucada a mi lado. Mi aliento acariciaba sus cabellos. Nuestras manos reseguían perezosamente unos contornos con los que no estábamos familiarizados.

Me preguntó si quería que fuéramos a buscar un motel. O si prefería quedarme allí con ella. Me reí y respondí que solo iba a poder librarse de mí con una de las escopetas que tenían en la comisaría.

—Si tuviera que ir a comisaría, no cogería una de las escopetas —susurró—. Cogería unas esposas, te encadenaría a la cama y te mantendría prisionero para siempre.

Era primera hora de la tarde, dormimos. A las siete llamé a casa de Hubble. Aún no había vuelto. Di a Charlie el número de Roscoe y le pedí que dijera a Hubble que me llamase lo antes posible. El resto de la velada transcurrió en un suspiro. Nos quedamos profundamente dormidos a eso de la medianoche. Hubble no llamó.

El lunes por la mañana percibí que Roscoe se levantaba para ir al trabajo. Oí la ducha y sé que Roscoe me besó con ternura. Luego se hizo el silencio en la casa y empezó a hacer calor. Seguí dormido hasta las nueve. Nadie llamó al teléfono. Lo que ya me iba bien. Necesitaba un poco de tiempo para pensarlo todo. Tenía que tomar varias decisiones. Tumbado en la cálida cama de Roscoe, traté de responder a la pregunta que la vocecilla en mi mente de nuevo estaba preguntándome.

¿Qué iba a hacer en lo referente a Joe? Di con la respuesta fácilmente. Como sabía que iba a pasar. Una respuesta que sabía ineludible desde el momento en que vi el roto cuerpo de Joe en el depósito de cadáveres. Una respuesta muy sencilla. Iba a vengar a Joe. Iba a terminar lo que mi hermano había empezado. Fuera lo que fuese. Y al coste que fuese.

No preveía especiales dificultades. Hubble era el único recurso con el que contaba, pero con ese recurso me bastaría. Porque iba a cooperar. Antes había dependido de la ayuda de Joe. Ahora iba a depender de mi ayuda. Me daría lo que necesitaba. Sus jefes iban a estar expuestos a lo largo de una semana. ¿Cómo lo había dicho? Que en ese momento había una ventana de riesgo que estaba abierta de par en

par. Pues iba a aprovechar dicha ventana para entrar en sus vidas y destruirlos. Ya había tomado mi decisión. Era lo único que podía hacer. No podía dejar el asunto en manos de Finlay. Finlay no entendería todos aquellos años que nos unían. Finlay no estaría de acuerdo con los procedimientos expeditivos que iban a ser necesarios. Finlay no podía entender la tan sencilla verdad que yo había aprendido a los cuatro años de edad: a mi hermano ni tocarlo. Ese era un asunto mío. Mío y de Joe. Se lo debía.

Tumbado en la cálida cama de Roscoe, tracé un plan general. La cosa iba a ser fácil. Fácil a más no poder. No iba a tener problema en contactar con Hubble. Sabía dónde vivía. Tenía su teléfono. Me despecé y sonreí. Me sentía lleno de energía. Me levanté de la cama y encontré algo de café. Junto a la cafetera había una nota: «¿Te viene bien almorzar temprano en la cafetería de Eno? ¿A las once de la mañana? Y deja que sea Finlay quien se ocupe de Hubble, ¿entendido?». La nota estaba firmada con varios besos e incluía el dibujo de un par de pequeñas esposas. La leí y sonreí al ver el dibujo, pero no iba a dejar que fuese Finlay quien se ocupara de Hubble. De eso ni hablar. Hubble era cosa mía. Consulté el número y llamé a Beckman Drive otra vez. Allí no había nadie.

Me serví una taza grande de café y fui a la sala de estar. El sol en la calle resultaba cegador. Otra vez hacía mucho calor. Fui andando por la casa. Una vivienda pequeña. Una sala de estar, una cocina americana, dos dormitorios, un cuarto de baño completo y un excusado. Muy nuevo, muy limpio. Decorado de forma sencilla pero elegante. Lo que se ajustaba a la personalidad de Roscoe. Sencilla pero elegante. Paredes blancas, gruesas alfombras de vivos colores, algunas piezas de arte navajo. Seguramente había estado en Nuevo México y le había gustado.

Todo estaba tranquilo y en silencio. Roscoe tenía un equipo de sonido, unos cuantos discos y cintas, de un tipo más agradable y melódico que la música áspera y estridente que a mí me gusta. Volví a acercarme a la cocina y me serví más café. Fui a la parte posterior de la casa y vi un pequeño jardín, con un césped alto pero bien cuidado y algunos esquejes recién plantados. Salí al sol y bebí el café a sorbitos.

Regresé al interior y llamé a Hubble otra vez. Sin respuesta. Me duché y me vestí. La ducha era de cabina, con la grifería a mediana altura y distintos jabones de mujer en la pequeña repisa. Sin maquinillas de afeitar por ninguna parte. Terminé de vestirme y lavé la taza de café. Llamé a Hubble otra vez desde el teléfono de la cocina. Dejé que la llamada sonara un buen rato. En su casa no había nadie. Pensé pedirle a Roscoe que me acercara con su coche después de comer. No podía seguir esperando de forma indefinida. Cerré bien la puerta trasera y salí por la principal.

Serían las diez y media. La cafetería de Eno se encontraba a unos dos kilómetros. Un tranquilo paseo de media hora bajo el sol. El día ya estaba siendo muy caluroso. Estaríamos a casi treinta grados. Un otoño soleado en el sur del país. Recorrí los cuatrocientos metros hasta Main Street caminando por una pequeña pendiente. Todo estaba cuidado a la perfección. Altas magnolias y arbustos con flores tardías.

Llegué a la altura del supermercado y torcí por Main Street. Hacía poco que habían barrido las aceras. En los parterres, los jardineros municipales estaban instalando unos aspersores. Algunos empujaban unas carretillas con material procedente de unos flamantes camiones verdes con la leyenda FUNDACIÓN KLINER escrita en letras doradas. Dos hombres estaban pintando una valla. Saludé con la mano a los dos viejos de la barbería, que se encontraban plantados junto a la puerta como si estuvieran a la espera de clientes. Me devolvieron el saludo, y continué con mi paseo.

La cafetería de Eno apareció ante mis ojos. Sus brillantes paneles de aluminio centelleaban bajo el sol. El Chevrolet de Roscoe estaba en el aparcamiento de gravilla. A su lado se encontraba la furgoneta negra que el día antes había visto frente al supermercado. Entré en la cafetería. El viernes me habían obligado a salir por ella de mala manera, esposado y con la escopeta de Stevenson apuntándome a la barriga. Me pregunté si la gente de la cafetería se acordaría de mí. Lo más probable, pensé. Margrave era un pueblo tranquilo a más no poder. No eran muchos los forasteros que pasaban por ella.

Roscoe estaba en una mesa, la misma en la que yo estaba el viernes. Llevaba el uniforme y estaba más guapa que nunca. Me acerqué. Me sonrió con ternura, y me agaché para besarla. Al momento bajó la persiana de la ventana. En la mesa había dos tazas de café. Le acerqué una.

El conductor de la furgoneta negra estaba sentado a la barra. El joven Kliner, el hijastro de aquella mujer tan pálida. Estaba girado, de forma que tenía la espalda contra la barra. Sentado con las piernas bien abiertas, apoyándose en los codos, con la cabeza hacia arriba y mirándome fijamente otra vez. Le di la espalda y volví a besar a Roscoe.

—¿No te parece que todo esto va en detrimento de tu autoridad? —comenté—. ¿Que te vean besándote con un vagabundo al que la policía detuvo el viernes pasado?

—Es probable —convino—. Pero ¿qué más da?

De modo que la besé otra vez. El chico de los Kliner seguía mirándolo todo con atención. Notaba sus ojos clavados en mi nuca. Me volví y le devolví la mirada. La sostuvo un segundo, hasta que se levantó del taburete y se fue. Se detuvo al llegar al umbral y me fulminó con la vista una vez más. Tras lo cual fue a su furgoneta y se marchó. Oí el rugido del motor, y en la cafetería volvió a hacerse el silencio. Estaba más o menos vacía, al igual que el viernes. Un par de clientes y un par de camareras. Las mismas que el viernes. Rubias las dos, la una más alta y corpulenta que la otra. Vestidas con uniformes de camarera. La más baja de las dos llevaba gafas. El parecido físico no era extremo, pero tenían un aire. Como si fueran hermanas o primas. Como si compartieran unos mismos genes hasta cierto punto. Era un pueblo pequeño y aislado.

—He tomado una decisión —dije—. Tengo que averiguar qué le pasó a Joe. De forma que te pido disculpas por adelantado si eso interfiere en lo nuestro, ¿entendido?

Roscoe se encogió de hombros y me sonrió tiernamente. Parecía estar preocupada por mí.

—No tiene por qué interferir —dijo—. No veo por qué tendría que interferir.

Bebí un sorbo de café. El café era bueno. Ya lo había advertido el viernes.

—El segundo cadáver ha sido identificado —dijo ella—. Sus huellas coinciden con las de un hombre que fue detenido hace dos años en Florida. Su nombre era Sherman Stoller. ¿El nombre te dice algo?

Dije que no con la cabeza.

—Nunca antes lo había oído.

De pronto empezó a sonar el busca de Roscoe, el pequeño y negro dispositivo de aviso que llevaba ajustado al cinturón. No había visto aquel cacharro antes. Era posible que solo estuviera obligada a llevarlo durante las horas de trabajo. El chisme seguía sonando. Roscoe lo apagó.

—Maldita sea —dijo—. Tengo que llamar a comisaría. Discúlpame. Voy a llamar por el teléfono del coche.

Me levanté y me hice a un lado para que pudiera salir.

—Pídeme algo de comer, si no te importa —dijo—. Lo mismo que tú vayas a pedir.

—De acuerdo. ¿Cuál de las camareras es la que nos atiende?

—La de las gafas.

Salió de la cafetería. Vi que apoyaba la espalda en el coche y llamaba por el teléfono. Me hizo unas señas desde el aparcamiento. Y me hizo entender que la cosa era urgente, que tenía que volver de inmediato. Con otro gesto me indicó que me quedara donde estaba. Se metió en el coche y se marchó en dirección sur. Me despedí de ella con un vago gesto de la mano, sin mirar de verdad, pues en ese momento tenía los ojos fijos en las dos camareras. Casi había dejado de respirar. Yo necesitaba a Hubble. Y por lo que me había dicho, Roscoe, creía que Hubble estaba muerto.

Estaba mirando a las dos camareras con la expresión ausente. Una mediría unos diez centímetros más que la otra. Y pesaría seis o siete kilos más. La menos corpulenta era de complexión delicada en comparación. Más atractiva. Con el pelo más largo y más claro. Y unos ojos bonitos detrás de las gafas. Las dos guardaban cierta semejanza superficial. Pero no eran verdaderamente parecidas. Había un millar de diferencias entre la una y la otra. No era difícil distinguir a la una de la otra.

Yo le había preguntado a Roscoe cuál de ellas era nuestra camarera. ¿Y qué me había respondido? No me había dicho que la más bajita, ni la que llevaba el pelo más largo, ni la que tenía el cabello más claro, ni la que era más delgada, la más guapa o la más joven. Me había dicho que era la que llevaba gafas. Porque una llevaba gafas y la otra no. La principal diferencia estribaba en que una llevaba gafas y la otra no. Todo lo demás quedaba en segundo término. Todas las demás diferencias eran relativas. Más alta, más robusta, el pelo más corto o más largo, más bajita, más pequeña, más guapa, el pelo más oscuro o más claro, más joven. Las gafas no eran una diferencia relativa. Una llevaba gafas y la otra no. Se trataba de una diferencia absoluta. No había posibilidad de confundirse. Nuestra camarera era la que llevaba gafas.

Eso era lo que Spivey había visto el viernes por la noche. Spivey se había presentado en la sala de ingresos poco después de las diez de la noche. Con una escopeta y una tablilla con un formulario en sus rojizas manazas de campesino. Y había preguntado quién de los dos era Hubble. Me acordé de la forma en que su voz aguda resonó en el búnker. No tenía sentido una pregunta así. ¿Y a Spivey qué más le daba quién era quién? No necesitaba saberlo. Pero nos lo había preguntado. Hubble levantó la mano. Spivey se lo quedó mirando un momento con sus ojillos de serpiente. Reparó en que Hubble era físicamente más endeble, más bajito, menos corpulento, con menos pelo y más rubio, más joven que yo. Pero ¿en qué rasgo distintivo se había fijado? En que Hubble llevaba gafas. Yo no. Las pequeñas gafas de montura dorada. Una diferencia absoluta. Spivey en ese momento se dijo: «Hubble es el que lleva gafas».

Pero el que llevaba gafas a la mañana siguiente era yo y no Hubble. Porque los de la Mara Roja habían hecho trizas las gafas de Hubble en la puerta de nuestra celda. A primera hora de la mañana. Las pequeñas gafas de montura dorada habían dejado de existir. Yo, después, le había arrebatado unas gafas de sol a uno de aquellos tipos y me las había quedado, a modo de trofeo. Me las metí en el bolsillo y me olvidé de ellas. Más tarde, en los baños, mientras estaba examinándome en el espejo la frente, reparé en que llevaba las gafas en el bolsillo. Las saqué y me las puse. No eran oscuras, pues tenían los cristales polarizados. Podían pasar por unas gafas normales y

corrientes. Estaba yo con las gafas puestas cuando los de la Hermandad Aria irrumpieron en los baños. Spivey acababa de ordenarles: «Encontrad a los dos nuevos y matad al que lleva gafas». Y los tipos se habían empleado a fondo. Tenían el encargo de matar a Paul Hubble.

Me atacaron a mí porque la descripción recibida no se ajustaba a los hechos. Spivey sin duda había informado de ello después. Y los que le habían encargado acabar con Hubble no se habían dado por vencidos. Lo habían intentado una segunda vez. Y ese segundo intento había tenido éxito. La policía acababa de ordenar a todos sus efectivos que se dirigieran a Beckman Drive de inmediato. Al número veinticinco de la calle. Porque alguien se había encontrado con un espectáculo horroroso en aquella casa. Con una carnicería. Hubble estaba muerto. Los cuatro de la familia estaban muertos. Habían sido torturados y masacrados. Por mi culpa. Porque no había considerado la situación con el detenimiento necesario.

Fui a la barra. Me dirigí a nuestra camarera. La que llevaba gafas.

—¿Pueden pedirme un taxi?

El cocinero estaba contemplándome a través de la abertura del montaplatos. Era posible que se tratara del propio Eno. Bajo, fornido, moreno, un poco calvo. Mayor que yo.

—No, no podemos —contestó—. ¿En qué lugar se cree que está? ¿En un hotel de lujo? Esto no es el Waldorf-Astoria, amigo. Si quiere un taxi, búsquelo usted mismo. Tampoco es que nos haga mucha ilusión verlo otra vez por aquí. Usted es de los que traen problemas.

Lo miré con cara de pocos amigos. Estaba demasiado aturdido para decirle nada. Sin embargo, la camarera sencillamente se rio en su cara. Llevó la mano a mi brazo y dijo:

—No haga caso a Eno. Es un viejo que siempre está quejándose. Voy a pedirle un taxi. Usted quédese a la espera en el aparcamiento, ¿vale?

Esperé en la calle. Cinco minutos, y el taxi se presentó. Un automóvil nuevo e inmaculado, como todo cuanto uno veía en Margrave.

—¿Adónde lo llevo, señor? —preguntó el taxista.

Mencioné la dirección y dio un lento giro de ciento ochenta grados. Puso rumbo al centro urbano. Pasamos por delante del cuartel de los bomberos y la comisaría de policía. El aparcamiento estaba vacío. Ni un solo coche patrulla. Todos se habían ido. En dirección a la casa de Hubble. Torcimos a la derecha al llegar al pequeño parque y pasamos frente a la iglesia en silencio. Entramos en Beckman Drive. Tenía claro que un kilómetro y medio más adelante nos encontraríamos con un montón de coches frente al número veinticinco de la calle. Coches patrulla con las luces de emergencia. Los automóviles sin distintivos correspondientes a Finlay y a Roscoe. Una ambulancia o dos. El forense no tardaría en llegar de su destartado despacho en

Yellow Springs.

Pero la calle estaba vacía. Eché a andar por el sendero que llevaba a la casa de Hubble. El taxi dio media vuelta y se fue. De pronto se hizo el silencio. Ese espeso silencio imperante en una calle tranquila en un día muy caluroso. Observé a mi alrededor. Allí no había nadie. No había coches de la policía ni ambulancias. No se oían gritos. No se oía el ruido metálico de las camillas, ni voces ahogadas por el horror. No había fotógrafos de la policía, y el lugar no estaba acordonado por cintas.

El gran Bentley oscuro estaba aparcado en el camino de gravilla. Pasé junto al vehículo de camino hacia la puerta. Esta de pronto se abrió. Charlie Hubble salió corriendo. Gritando. Estaba histérica. Pero seguía viva.

—¡Hub ha desaparecido! —chilló.

Vino corriendo por la gravilla. Se plantó ante mis narices.

—¡Hub no está! —gritó—. ¡Ha desaparecido! No consigo encontrarle...

Solo se trataba de Hubble. Lo habían pillado y habían dejado su cuerpo tirado en algún lugar. Alguien había encontrado el cadáver y llamado a la policía. A gritos y con voz sollozante. Los coches y las ambulancias se encontraban en ese lugar. No en Beckman Drive. En otro lugar. Pero tan solo se trataba de Hubble.

—Algo no marcha bien —dijo Charlie—. Todo eso de la cárcel... Tiene que tratarse de algún problema en el banco. Hub últimamente está muy tenso. Y ahora ha desaparecido. Se ha esfumado. Ha pasado algo, eso lo tengo muy claro.

Cerró los ojos. Se puso a chillar. Estaba perdiendo los nervios por completo. Cada vez estaba más histérica. No sabía cómo calmarla.

—¡Anoche volvió a casa muy tarde! —gritó—. Esta mañana aún estaba en casa cuando llevé a Ben y a Lucy a la escuela. Y ahora ha desaparecido. No ha ido al trabajo. Lo llamaron de la oficina diciéndole que hoy se quedara en casa, y todas sus cosas están aquí: su cartera, su móvil, su americana, su billetera, sus tarjetas de crédito, su carnet de conducir... Sus llaves están en la cocina. La puerta principal estaba abierta de par en par. No ha ido al trabajo. Simplemente ha desaparecido.

Yo estaba paralizado. Por completo. Se habían llevado a Hubble de casa por la fuerza y lo habían matado. Delante de mí, Charlie parecía estar a punto de desplomarse. De pronto empezó a hablarme en un murmullo. Un murmullo que era peor que los gritos.

—Su coche sigue ahí —barbotó—. Hub no puede haberse ido andando. No le gusta caminar. Siempre va en el Bentley a todas partes.

Hizo un gesto en dirección a la parte posterior de la casa.

—El Bentley de Hub es verde oscuro —dijo—. Y sigue en el garaje. Acabo de verlo. Tiene que ayudarnos. Tiene que encontrarle. Se lo pido por favor, señor Reacher... Le pido que nos ayude. Hub está metido en un problema, eso lo tengo claro. Ha desaparecido. Me dijo que usted seguramente podría ayudarle. Que le salvó la vida. Que sabía cómo hacer las cosas.

La mujer estaba histérica, sollozante. Pero yo no podía ayudarle. No iba a tardar

en darse cuenta. Baker o Finlay pronto vendrían a comunicarle la horrorosa noticia. Finlay, lo más seguro. Sin duda sabía bien cómo hacerlo. Probablemente lo había hecho mil veces durante su etapa en Boston. Sabía hacer gala de la necesaria dignidad y gravedad. Le daría la noticia, sin entrar en muchos detalles, y la llevaría en coche al depósito de cadáveres para que identificara formalmente el cuerpo. Los del depósito lo habrían envuelto en gruesos vendajes para esconder las heridas más repugnantes.

—¿Va a ayudarnos? —insistió Charlie.

Decidí que iba a irme. Me acercaría a la comisaría. Me enteraría de los detalles, del dónde, el cuándo y el cómo. Pero luego volvería con Finlay. Esto había sido por culpa mía, de modo que estaba obligado a volver.

—No se mueva de aquí. Y va a tener que dejarme su coche, ¿de acuerdo?

Rebuscó en el interior de su bolso y sacó un grueso manojo de llaves. Me las pasó. La llave del coche tenía una gran «B» grabada en relieve. Charlie asintió ligeramente con la cabeza y se quedó donde estaba. Fui al Bentley y me senté al volante. Di marcha atrás y enfilé el camino en curva de la propiedad. Recorrí Beckman Drive en silencio. Torcí a la izquierda por Main Street, en dirección a la comisaría.

En el aparcamiento de la comisaría había varios coches patrulla y algunos automóviles sin distintivos. Aparqué el Bentley de Charlie junto a la acera y entré. En la sala de trabajo había un gran revuelo. Vi a Baker, a Stevenson, a Finlay. Y a Roscoe. Vi a los dos del grupo de apoyo del viernes. Morrison no estaba, ni tampoco el sargento del mostrador. Todos se mostraban anonadados. Sus miradas eran imprecisas. Estaban horrorizados. Pensando en otras cosas. Nadie me dijo nada. Se contentaron con mirarme con ojos sombríos. Sin apartarlos, como si no terminaran de verme. El silencio era absoluto. Roscoe finalmente se acercó. Había estado llorando. Llegó y puso la cabeza en mi pecho. El rostro le ardía. Me abrazó, largamente.

—Ha sido horrible —dijo. Y no añadió nada más.

La acompañé a su escritorio e hice que se sentara. Acaricié su hombro un instante y fui a ver a Finlay. Estaba sentado en un escritorio, y su mirada era inexpresiva. Con un gesto de la cabeza le sugerí que pasáramos al despacho situado al fondo. Necesitaba enterarme de lo sucedido, y Finlay me lo iba a contar. Me siguió al interior del despacho. Tomó asiento frente al escritorio. En la silla donde yo mismo estuve sentado el viernes, con las muñecas esposadas. Me senté al otro lado del escritorio. Las tornas habían cambiado.

Me lo quedé mirando un momento. Estaba estremecido de veras. Volví a quedarme helado. Tenían que haberse ensañado mucho con Hubble para que Finlay se sintiera así. Finlay había estado trabajando en una gran ciudad a lo largo de veinte años. Y sin duda había visto de todo durante esos veinte años. Sentado en el escritorio, sentí un tremendo remordimiento. Yo había dicho a Hubble que no creía

que su vida corriera peligro.

—Y bien, ¿qué ha pasado? —pregunté.

—La cosa es muy seria —respondió, sin añadir nada más.

Tenía que serla. A mi hermano le habían disparado en la cabeza, y los dos grandes orificios de salida le habían borrado la cara. Y después habían convertido su cadáver en una masa sanguinolenta. Pero Finlay no se había dejado abrumar por el espectáculo. Las ratas habían estado devorando al segundo muerto, en cuyo cadáver apenas había quedado sangre. Pero Finlay tampoco se había dejado abrumar. Hubble era un vecino del pueblo, lo que naturalmente empeoraba un poco la situación. Pero el viernes pasado Finlay de hecho ni sabía quién era Hubble. Y Finlay ahora parecía estar tan traumatizado como si hubiera visto un fantasma. Tenían que haberse ensañado mucho con Hubble.

Lo que apuntaba a que en Margrave estaba pasando algo muy gordo. Porque el ensañamiento solo tiene sentido cuando hay un propósito definido. La amenaza del ensañamiento sirve para meterle el miedo en el cuerpo al pobre desgraciado de turno. A Hubble se lo habían metido, eso estaba claro. Se había tomado la amenaza pero que muy en serio. La amenaza está para eso. Pero la puesta en práctica final del ensañamiento tiene una segunda intención. Un segundo propósito. Que no tiene que ver con el pobre desgraciado víctima del ensañamiento. El propósito es el de que la amenaza resulte creíble por parte del siguiente pobre desgraciado. El mensaje: «Ya has visto que hablamos en serio. Ya ves lo que le hemos hecho al otro fulano. Y muy bien podemos hacértelo a ti también». Al ensañarse con Hubble de esa manera, estaban revelando que en Margrave sucedía algo muy gordo, algo que movía mucho dinero, algo en lo que estaban implicados otros vecinos del pueblo.

—Dígame qué ha pasado, Finlay —insistí.

Se echó hacia delante. Se llevó las manos a la boca y la nariz, y soltó un profundo suspiro.

—Muy bien —dijo—. Ha sido lo que se dice horroroso. Uno de los peores casos que he visto. Y he visto unos cuantos, para que lo sepa. He visto muchos casos tremendos, pero esto va más allá. Estaba desnudo. Lo clavaron a la pared. Con seis o siete grandes clavos de carpintero hincados en las manos y los brazos. Por las partes carnosas. Le clavaron los pies al suelo. A continuación le cortaron las pelotas. A lo bestia. Había sangre por todas partes. Lo que se dice horroroso. Y después le cortaron el cuello. De oreja a oreja. Mala gente, Reacher. Esta es muy mala gente. Todo lo mala que se puede ser.

Me quedé aturdido. Finlay estaba esperando a que yo dijera algo. Pero no se me ocurría nada. Estaba pensando en Charlie. Iba a preguntarme si yo había averiguado algo. Finlay tendría que ir a su casa. Yo tendría que ir ahora mismo y contarle lo sucedido. Era su trabajo, no el mío. Entendía que sintiera aprensión. Era difícil dar una noticia así. Resultaba difícil exponer los detalles. Pero se trataba de su trabajo. Eso sí, iría con él. Porque la culpa había sido mía. Eso no tenía vuelta de hoja.

—Sí —convine—. Muy mala gente.

Echó la cabeza hacia atrás y miró en derredor. Volvió a suspirar, mientras fijaba la vista en el techo. El hombre estaba desolado.

—Y eso no ha sido lo peor —observó—. Tendría que haber visto lo que le hicieron a su mujer.

—¿A su mujer? —repetí—. ¿Qué coño me está diciendo?

—Lo que le hicieron a su esposa —insistió—. Una verdadera carnicería.

Me quedé sin habla un momento. El mundo entero se me vino encima.

—Pero si acabo de verla —dije—. Hace veinte minutos. Ella está bien. A ella no le han hecho nada.

—¿A quién dice que ha visto? —preguntó Finlay.

—A Charlie —respondí.

—¿Quién demonios es Charlie?

—Charlie —dije de forma automática—. Charlie Hubble. Su mujer. Charlie está bien. A ella no le han tocado un pelo.

—¿Y qué tiene que ver Hubble con todo esto?

Me lo quedé mirando.

—¿De quién estamos hablando? —pregunté—. ¿A quién han matado?

Finlay me miró como si estuviera mal de la cabeza.

—Pensaba que ya estaba enterado —dijo—. Al jefe de policía. Al jefe Morrison. Y a su mujer.

Estaba mirando a Finlay con mucha atención, tratando de determinar hasta qué punto podía confiar en él. Iba a ser una decisión de vida o muerte. Me dije que su respuesta a una pregunta muy sencilla me ayudaría a dilucidarlo.

—¿Y ahora van a nombrarle jefe a usted? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No —dijo—. No van a nombrarme jefe.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro.

—¿A quién corresponde tomar esa decisión?

—Al alcalde —contestó Finlay—. El alcalde del pueblo es quien nombra al jefe de policía. Está a punto de venir. Se llama Teale. Es de una buena familia de Georgia. Uno de sus antepasados fue un magnate del ferrocarril que era propietario de todo cuanto había en el pueblo.

—¿Se refiere al fulano ese que aparece en varias estatuas? —pregunté.

Finlay asintió con un gesto.

—Caspar Teale —dijo—. El primero de todos ellos. Desde entonces, los Teale han mandado en el pueblo. El actual alcalde es su bisnieto o algo parecido.

Me encontraba en un campo minado. Y necesitaba dar con una senda segura.

—¿Qué puede decirme de este tal Teale?

Finlay se encogió de hombros. Lo pensó un momento y dijo:

—Es uno de esos típicos capullos sureños. De una vieja familia, probablemente formada por una larga sucesión de capullos sureños. Los Teale han sido los alcaldes del pueblo desde el principio. Supongo que este de ahora no es peor que los anteriores.

—¿Se mostró agitado? —Quise saber—. Cuando lo llamé para notificarle lo sucedido a Morrison...

—Se mostró inquieto, por así decirlo. A ese hombre no le gustan los problemas.

—¿Cómo es que no va a nombrarle jefe de policía? Usted es el siguiente en el escalafón, ¿no?

—Tengo claro que no va a hacerlo —dijo Finlay—. Sus motivos tendrá. No es asunto mío.

Me lo quedé mirando otro largo instante. La cuestión era de vida o muerte.

—¿Podemos hablar en otro lugar? —pregunté.

Me miró desde el otro lado del escritorio.

—Usted pensaba que el muerto era Hubble. ¿Por qué?

—A Hubble lo han matado —afirmé—. El hecho de que también hayan matado a Morrison no cambia las cosas.

Fuimos andando al pequeño supermercado. Nos sentamos frente a la barra vacía, cerca de la ventana. Yo estaba en el mismo taburete donde la muy pálida señora Kliner se había sentado la víspera. Parecía haber pasado mucho tiempo desde entonces. El mundo había cambiado desde entonces. Pedimos sendas tazas de café y un plato grande de donuts. Sentados el uno junto al otro. No nos mirábamos directamente, sino a través del espejo situado tras la barra.

—¿Por qué no van a nombrarle jefe de policía?

Su reflejo se encogió de hombros en el espejo. Daba la impresión de estar un tanto sorprendido. No terminaba de entender la conexión. Pero muy pronto iba a entenderla.

—Tendrían que hacerlo —respondió—. Tengo mayor cualificación que todos los demás. He trabajado veinte años en una gran ciudad. En un verdadero cuerpo de policía. ¿Y qué han hecho los demás? Tomemos el caso de Baker, por ejemplo. Baker se considera listo. Pero ¿qué ha hecho en la vida? ¿Trabajar durante quince años en un pueblo de mala muerte? ¿En un lugar perdido en el mapa? ¿Y él qué demonios puede saber?

—Entonces, ¿por qué no van a nombrarle a usted? —insistí.

—Es una cuestión personal.

—¿Le parece que voy a contárselo a los del periódico de por aquí?

—Es una larga historia.

—Pues cuéntemela —le insté—. Tengo que saberla.

Miró mi imagen en el espejo. Suspiró.

—Dejé mi trabajo en Boston en marzo pasado —explicó—. Después de veinte años. Con una hoja de servicios inmaculada. Y ocho menciones honoríficas. Reacher, yo era un inspector pero que muy bueno. Me había ganado la jubilación, y con la pensión completa. Pero mi mujer estaba volviéndose loca. Se estaba comportando de una forma muy rara desde el otoño. Lo que resultaba irónico. Habíamos estado casados a lo largo de esos veinte años. Yo me había deslomado a trabajar. El cuerpo de policía de Boston es una especie de manicomio. Trabajábamos siete días por semana. Día y noche. Mis compañeros de trabajo no hacían más que separarse de sus parejas.

Se detuvo y bebió un largo sorbo de café. Mordisqueó uno de los donuts.

—Pero no era mi caso —dijo finalmente—. Mi mujer se las arreglaba para soportar todo aquello. Nunca se quejó, ni una sola vez. Era una mujer excepcional. Nunca me dio problemas.

Volvió a sumirse en el silencio. Pensé en los veinte años que había pasado en la policía de Boston. Trabajando todas las horas del mundo en aquella vieja ciudad y en la que no había un momento de respiro. Barrios mugrientos construidos en el siglo XIX. Servicios colapsados. Presiones constantes. Un interminable desfile de tipos

raros, de malos de película, de políticos, de problemas. Finlay había sabido sobrevivir.

—Todo empezó el otoño pasado —prosiguió—. Estábamos a seis meses del final. De que la cosa se acabara para siempre. Nos decíamos que quizá podríamos marcharnos a vivir a una casita en algún lugar. Tomarnos unas vacaciones. Pasar mucho tiempo juntos. Pero a mi mujer empezó a entrarle el pánico. No le hacía gracia eso de pasar mucho tiempo juntos. No quería que me jubilara. No quería que me pasara el día en casa. Me dijo que había terminado por comprender que yo en realidad no le gustaba demasiado. Que no me amaba. Que no me quería en su vida. Había disfrutado de aquellos veinte años y no quería que su vida cambiara. Yo no podía creerlo. Era mi sueño de siempre. Trabajar veinte años y jubilarme a los cuarenta y cinco. Y disfrutar de la vida juntos, los dos, antes de que fuéramos demasiado mayores, no sé si me explico. Era mi sueño, y me había pasado veinte años seguidos trabajando para convertirlo en realidad. Pero a ella no le interesaba. Terminó por decirme que la idea de pasarse veinte años a mi lado en una casita de campo le daba escalofríos. La cosa fue a peor. No nos entendíamos. Yo estaba lo que se dice hundido.

De nuevo calló. Pedimos más café. Era una historia triste. Las historias de sueños rotos siempre lo son.

—Por supuesto, al final nos divorciamos —dijo—. No había otra salida. Fue ella quien me lo exigió. Y resultó terrible. Me sentí abrumado, abrumado por completo. Y luego, durante mi último mes en el cuerpo, me puse a leer los listados de plazas vacantes que nos enviaban los del sindicato. Vi que había un trabajo en este pueblo. Llamé a un viejo amigo mío que está en el FBI de Atlanta y le pregunté por este pueblo. Me previno. Me dijo que me olvidara del asunto. Me explicó que era un cuerpo de policía ridículamente pequeño, en un pueblo que no aparecía en todos los mapas. El puesto vacante era el de inspector en jefe, pero el cuerpo tan solo contaba con un inspector. Y el cuerpo lo dirigía un gordinflón medio imbécil. La localidad estaba bajo el control de cierto individuo de una buena familia de Georgia que no se había dado cuenta de que la esclavitud fue abolida hacía mucho. Mi amigo en Atlanta me recomendó que me olvidara del asunto. Pero yo estaba tan jodido que quería trabajar en un sitio así. Pensaba que me estaría bien empleado enterrarme en vida. A modo de penitencia, no sé si me entiende. Y el dinero me iba a hacer falta. Este empleo estaba muy bien pagado, e iba a necesitar la pasta para pagar la pensión y los gastos de los abogados. De forma que solicité la plaza y vine de visita. Los que me entrevistaron fueron Morrison y el alcalde Teale. Yo estaba verdaderamente hundido, Reacher. Estaba hecho un manojo de nervios. Era incapaz de articular dos palabras seguidas. La mía tuvo que ser la entrevista de trabajo más grotesca de la historia. Tuvieron que tomarme por idiota. Pero el hecho es que me concedieron la plaza. Supongo que ya les iba bien concedérsela a un negro, para dárselas de modernos. Soy el primer policía negro en toda la historia de Margrave.

Me giré en el taburete y lo miré a los ojos.

—¿Me está diciendo que lo contrataron para cubrir el expediente? ¿Y que por eso Teale no va a nombrarle jefe de policía?

—Me parece evidente —dijo—. Teale me considera un imbécil, un negrito medio tonto que le viene bien para sacar pecho. Pero a quien no hay que ascender en ningún caso. Lo que tiene cierto sentido. Es difícil de creer que me dieran el empleo, aunque fuera para cubrir el expediente de la raza.

Hice una seña al encargado pidiéndole la cuenta. Lo que me acababa de contar Finlay me era de ayuda. A Finlay no iban a nombrarle jefe de policía. De forma que ahora confiaba en él. También confiaba en Roscoe. Íbamos a luchar los tres juntos contra quienesquiera que fuesen aquellos tipos. Miré a Finlay por el espejo y meneé la cabeza.

—Se equivoca en una cosa —dije—. La verdadera razón no es la que usted supone. No van a nombrarlo jefe de policía porque usted no es un criminal.

Pagué la cuenta con un billete de diez, y me dieron el cambio en monedas de veinticinco centavos. El encargado seguía sin tener billetes de dólar. A continuación expliqué a Finlay que necesitaba ver la casa de los Morrison. Que necesitaba conocer todos los detalles. Se encogió de hombros y me llevó al exterior. Giramos y echamos a andar en dirección sur. Pasamos por el pequeño parque y dejamos el centro urbano a nuestra espalda.

—El primero en llegar fui yo —explicó—. Hacia las diez de esta mañana. No había visto a Morrison desde el viernes y necesitaba ponerle al día, pero no me respondían al teléfono. Estábamos a media mañana del lunes y no habíamos hecho nada que pudiera llevarnos a resolver un asesinato cometido el jueves por la noche. Había llegado el momento de mover el culo de verdad. Así que me acerqué a su casa con la idea de hablar con él.

Guardó silencio y siguió andando unos pasos. Mientras rememoraba mentalmente la escena con la que se encontró.

—La puerta de la calle estaba abierta —dijo—. Un par de centímetros, quizá. Tuve un mal presentimiento. Entré y los encontré en el dormitorio principal del primer piso. Me sentí como si hubiera entrado en una carnicería. Había sangre por todas partes. Morrison estaba clavado en la pared, medio colgando de los clavos. Les habían cortado el cuello a los dos, a él y a su mujer. Horroroso. La descomposición de los cuerpos indicaba que habrían pasado unas veinticuatro horas. En un clima cálido. Todo muy desagradable. Llamé a todos nuestros efectivos y lo examinamos todo centímetro a centímetro, sin dejar un cabo suelto. Tengo miedo, y lo digo muy en serio.

Volvió a callar. Por completo.

—Entonces, ¿la cosa sucedió el domingo por la mañana? —pregunté.

Asintió.

—Los periódicos dominicales estaban en la mesa de la cocina. Abiertos, pero sin que apenas los hubieran tocado. El forense considera que los mataron hacia las diez de la mañana del domingo.

—¿Hay algunas pistas concretas?

Sombrío, Finlay de nuevo asintió con un gesto.

—Hay huellas de pisadas en la sangre. La habitación estaba hecha un mar de sangre. Litros y más litros. A estas alturas está reseca en parte, como es natural. Dejaron huellas de pisadas por todas partes. Pero se habían puesto botas de goma, ¿sabe? Ese tipo de botas de caucho que la gente del norte se pone en invierno. No hay manera de localizar el origen de ese calzado. Todos los años deben de venderse millones de pares idénticos.

Habían venido preparados. Tenían claro que iba a haber mucha sangre. Y habían venido con botas de goma. Y seguramente con monos de trabajo también. Como esos monos que se usan en los mataderos. En el área de despiece. Grandes monos de nailon blanco con capuchas, manchados por completo de sangre roja y brillante.

—También llevaban guantes de goma —agregó—. Así lo indican unas manchas en las paredes.

—¿Cuántos eran? —pregunté. Estaba tratando de hacerme una imagen completa de la escena.

—Cuatro —dijo—. Las huellas de pisadas se confunden entre sí, pero yo diría que fueron cuatro.

Asentí en silencio. Tenía sentido que hubiesen sido cuatro. Era el mínimo imprescindible, o eso me parecía. Morrison y su mujer tuvieron que luchar por sus vidas. Por lo menos fueron necesarias cuatro personas para reducirlos. Cuatro de las diez mencionadas por Hubble.

—¿Cómo se desplazaron?

—No sabría decirlo —respondió Finlay—. En la gravilla del sendero hay muchas marcas de neumáticos. Vi algunas que parecían ser más recientes, quizá. De unos neumáticos un poco más anchos, como los de un todoterreno o una furgoneta.

Nos encontrábamos a unos doscientos metros al sur del final de Main Street. Torcimos por un camino de gravilla que parecía discurrir en paralelo a Beckman Drive. La casa de los Morrison estaba al final del camino. Una vivienda grande y de aspecto señorial, con un porche con columnas y árboles perennes plantados de forma simétrica en derredor. Junto a la puerta estaba aparcado un Lincoln nuevo de fábrica. Los espacios entre las columnas estaban precintados con cinta de la policía tendida a la altura de la cintura.

—¿Entramos? —preguntó Finlay.

—Ya que estamos aquí...

Nos agachamos para sortear la cinta y entramos por la puerta principal. La casa estaba patas arriba. Por todas partes se veía el polvillo gris que se emplea para encontrar huellas dactilares. Habían revuelto, registrado y fotografiado absolutamente todo.

—No va a encontrar nada nuevo —me avisó Finlay—. Hemos registrado la casa a fondo.

Asentí y fui a la escalera. Subí. Me detuve al llegar a la puerta entreabierta del dormitorio principal y eché una mirada al interior. No había mucho que ver, con la salvedad de los agujeros de los clavos en la pared y las enormes manchas de sangre. Que ya estaban volviéndose negruzcas. Parecía como si alguien hubiera estado vaciando cubos de brea por todas partes. La alfombra estaba pegajosa. En el parqué había huellas de las botas de caucho. Era posible discernir el intrincado patrón de las pisadas. Bajé por la escalera. Finlay estaba apoyado en una de las columnas del porche delantero.

—¿Contento? —preguntó.

—Impresionante —afirmé—. ¿Han registrado el coche?

Me dijo que no con la cabeza.

—Ese es el coche de Morrison. Sobre todo hemos estado buscando algo que los asesinos hubieran podido dejar.

Fui hacia el Lincoln e intenté abrir la puerta. El cierre no estaba echado. El interior olía a coche nuevo de fábrica y poco más. Era el cochazo de un jefe de policía. No iba a estar lleno de envoltorios de hamburguesas con queso y de vacías latas de refrescos, como sucedería en el caso de un coche patrulla. Pero miré de todas formas. Rebusqué en los compartimentos de las puertas y bajo los asientos. Sin encontrar nada. Abrí la guantera y encontré algo. Una navaja automática. Muy bonita. Tenía la empuñadura de ébano, con el apellido Morrison grabado en letras doradas. Le di al resorte y la abrí. La hoja era de dos filos, de unos dieciocho centímetros de longitud. Acero japonés del tipo quirúrgico. Nuevecita, nunca la habían usado. Cerré la navaja y me la metí en el bolsillo. Estaba desarmado, y la situación era muy seria. La navaja automática de Morrison podría venirme bien. Salí del Lincoln, fui andando por la gravilla y volví a reunirme con Finlay.

—¿Ha encontrado algo?

—No —respondí—. Vamos.

Echamos a andar por el camino, y torcimos en dirección norte al llegar a la carretera del condado. Emprendimos el regreso al pueblo. A lo lejos, la aguja de la iglesia y la estatua de bronce estaban esperándonos.

—Hay algo que tengo que preguntarle —dije.

A Finlay estaba empezando a agotársele la paciencia. Consultó su reloj y dijo:

—Espero que no vaya a hacerme perder el tiempo, Reacher.

Seguíamos caminando hacia el norte. El sol comenzaba a descender, pero el calor seguía siendo intenso. No entendía cómo Finlay podía llevar puesta una americana de *tweed*. Y un chaleco aterciopelado. Yo andaba por delante, hice que fuéramos por el pequeño parque de la localidad. Cruzamos por el césped, hasta llegar a la estatua en honor a Caspar Teale, en la que nos apoyamos a descansar un momento.

—Me ha dicho que a Morrison le cortaron los huevos, ¿no es así?

Asintió. Me miró, expectante.

—Bueno —dije—. Mi pregunta es la siguiente: ¿han encontrado los huevos?

Me indicó que no con un gesto.

—No —respondió—. Y eso que miramos por todas partes. Tanto nosotros como el forense. No los vimos por ninguna parte. Los testículos no han aparecido.

Sonrió sin alegría al decirlo. Su sarcástico humor de policía volvía a salir a la superficie.

—Entendido —dije—. Era lo que necesitaba saber.

Su sonrisa torcida se ensanchó. Y llegó hasta sus ojos.

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Es que sabe dónde están?

—¿Cuándo va a tener lugar la autopsia? —pregunté a mi vez.

Finlay seguía sonriendo, sombríamente.

—La autopsia no va decirnos nada sobre todo eso —dijo—. Le cortaron los huevos. Ya no tienen nada que ver con él. No estaban por allí. Se han esfumado. Así que no van a encontrarlos en la autopsia.

—No la encontrarán en la suya —contesté—. Pero sí en la autopsia de su mujer. Cuando miren lo que comió antes de morir.

La sonrisa se borró del rostro de Finlay. Guardó silencio y me miró.

—Explíquese, Reacher.

—De acuerdo. Hemos salido a hablar un rato, ¿no? Pero antes tengo que hacerle otra pregunta. ¿Cuántos homicidios han tenido lugar en Margrave?

Lo pensó. Se encogió de hombros.

—Ninguno —contestó—. Por lo menos, en los últimos treinta años o así. No desde que empezaron a establecer el censo electoral definitivo, o eso me parece.

—Y ahora se han encontrado con cuatro asesinatos en cuatro días —dije—. Y pronto van a encontrarse con un quinto muerto.

—¿Un quinto muerto? ¿Quién va a ser el quinto?

—Hubble —respondí—. Mi hermano, ese tal Sherman Stoller, el matrimonio

Morrison y Hubble. Cinco muertos. Después de treinta años sin homicidios, de pronto se encuentran con cinco. No puede ser una casualidad, ¿cierto?

—No, claro. Es evidente que no. Que existen unos vínculos.

—En un momento voy a hablarle de nuevos vínculos. Pero primero ha de saber algunas cosas, ¿entendido? Yo sencillamente estaba de paso por aquí. El viernes, el sábado y el domingo, hasta el momento en que encontraron que las huellas dactilares se correspondían con las de mi hermano, yo no tenía el menor interés en todo esto. Tan solo estaba a la espera, con la idea de largarme de aquí lo antes posible.

—¿Y? —dijo él.

—Y resultó que me contaron algunas cosas —expliqué—. Hubble me contó unas cuantas en Warburton, pero no presté mucha atención. Porque Hubble no me interesaba, ¿está claro? Me contó varias cosas, sin que yo le preguntara en detalle al respecto, por lo que es posible que no me acuerde de todas.

—¿De qué cosas me está hablando? —preguntó Finlay.

Empecé a hablarle de las que recordaba. Intenté explicárselo con las mismas palabras de Hubble. Le conté a Finlay que este se encontraba metido en un tinglado de algún tipo y que habían amenazado con matarlos a él y a su mujer. La amenaza incluía unos detalles precisos que se correspondían punto por punto con lo que Finlay había visto con sus propios ojos.

—¿Está seguro de todo eso? —dijo Finlay—. ¿Exactamente lo mismo?

—Palabra por palabra —corroboré—. Idéntico. Que le clavarían a la pared y le cortarían los huevos, que obligarían a su mujer a comérselos y que luego les rajarían el cuello. Palabra por palabra, Finlay. A no ser que tengamos dos individuos en el mismo lugar que formulan la misma amenaza, está claro que aquí hay otro vínculo.

—Entonces, ¿Morrison estaba metido en el mismo negocio sucio que Hubble? —preguntó.

—Los dos estaban al servicio de la gente que lleva ese negocio.

Le expliqué que Hubble había estado hablando con un investigador. Y que el investigador a su vez había contactado con Sherman Stoller, quienquiera que fuera este.

—¿A qué investigador se refiere? —preguntó—. ¿Y qué pintaba en todo esto Joe?

—Ese investigador era Joe —respondí—. Hubble me contó que el hombre alto y con la cabeza rapada era un investigador que estaba tratando de ayudarle a salirse de ese tinglado.

—¿Qué clase de investigador era su hermano? ¿Para quién demonios trabajaba?

—No lo sé. Lo último que oí fue que estaba trabajando para el Departamento del Tesoro.

Finlay se apartó de la estatua y echó a andar en dirección norte.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas. Hay que investigar todo eso.

—No vaya tan rápido —dije—. Todavía no he terminado.

Finlay iba andando por la acera. Yo caminaba por la calzada, para no darme con los toldos y las marquesinas de las tiendas. Por la calle no circulaba ningún coche por el que preocuparse. Eran las dos de la tarde de un lunes, y el pueblo estaba desierto.

—¿Cómo sabe que Hubble está muerto? —preguntó Finlay.

Se lo dije. Lo pensó. Se mostró de acuerdo con mi razonamiento.

—¿Lo han matado porque habló con un investigador? —preguntó.

Moví la cabeza. Me detuve frente a la barbería.

—No —respondí—. Eso no lo sabían. Si lo hubieran sabido, habrían acabado con él mucho antes. El jueves como muy tarde. Creo que tomaron la decisión de darle el pasaporte el viernes pasado, hacia las cinco de la tarde. Después de que usted lo llamara por el número de teléfono que encontraron en el zapato de Joe. Se dijeron que no podían correr el riesgo de que hablara con la policía o los funcionarios de la cárcel. De forma que le hicieron el encargo a Spivey. Pero los chicos de Spivey fracasaron. No estuvieron a la altura, por lo que decidieron intentarlo otra vez. Su mujer dice que alguien lo llamó para indicarle que hoy se quedara en casa porque pensaban intentarlo de nuevo. Y parece que han tenido éxito.

Finlay asintió lentamente con la cabeza.

—Mierda —exclamó—. Él era nuestra única manera de saber qué cojones es lo que está sucediendo aquí. Debería haberle dado una tunda mientras tuvo oportunidad, Reacher.

—Gracias, Finlay —dije—. Si hubiera sabido que el muerto era mi hermano, le habría pegado a Hubble tal paliza que usted le hubiera oído gritar desde la otra punta del pueblo.

Soltó un gruñido. Nos sentamos en un banco situado frente al escaparate de la barbería.

—Le pregunté que era eso de *Pluribus* —dije—. No me respondió. Me contó que había diez personas de por aquí metidas en esa trama, así como otros de fuera que estaban dispuestos a intervenir cuando fuera necesario, por dinero. Según explicó, la operación resulta vulnerable hasta el domingo próximo, en el que algo importante va a pasar. La cosa pende de un hilo, por así decirlo.

—¿Qué va a pasar el domingo? —preguntó Finlay.

—No me lo dijo.

—¿Y no insistió en preguntarle?

—El asunto no me interesaba mucho. Ya se lo he dicho.

—¿Y él no le dio alguna idea sobre la naturaleza de esa operación? —quiso saber.

—Ni la menor idea.

—¿Le dijo quiénes eran esas diez personas?

—No —contesté.

—Por Dios, Reacher, no está siendo de mucha ayuda, ¿se da cuenta?

—Lo siento, Finlay. En ese momento sencillamente pensaba que Hubble no era más que un capullo. Si pudiera volver atrás en el tiempo, haría las cosas de otra

manera, créame.

—¿Diez personas? —repitió.

—Sin contar con el propio Hubble —precisé—. Sin contar con Sherman Stoller, tampoco. Pero supongo que entre ellas estaba el jefe Morrison.

—Pues qué bien —dijo Finlay—. Tan solo tengo que encontrar a nueve individuos.

—A uno de ellos lo va a encontrar hoy mismo.

La furgoneta negra que había visto en el aparcamiento de la cafetería de Eno se detuvo en la acera opuesta. Allí se quedó, con el motor en punto muerto. El joven Kliner apoyó la cabeza en el antebrazo y fijó la mirada en mí desde la ventanilla. Finlay no lo vio, pues en ese momento tenía los ojos puestos en la otra acera.

—Tendría que estar pensando en Morrison —dije.

—¿Qué pasa con Morrison? —repuso—. Está muerto, ¿no?

—Sí, pero ¿qué piensa sobre la forma en que lo mataron? ¿Qué le dice eso?

Se encogió de hombros.

—Que han tratado de hacer un escarmiento —dijo finalmente—. Que han enviado un mensaje a otros, ¿no?

—Correcto, Finlay. Pero ¿qué fue lo que hizo mal?

—La cagó de una forma u otra, supongo.

—Correcto, Finlay —repetí—. A Morrison le ordenaron encubrir lo que pasó junto a los almacenes el jueves por la noche. Era su cometido. Por eso estaba en ese lugar a medianoche.

—¿Eso cree? —dijo Finlay—. Antes me dijo que eso era mentira.

—No. Morrison no me vio pasar por allí. Eso formaba parte del cuento chino. Pero sí que estaba allí. Y vio a Joe.

—¿En serio? —dijo Finlay—. ¿Cómo lo sabe?

—Morrison me vio por primera vez el viernes, ¿de acuerdo? En el despacho. Se puso a mirarme como si me hubiera visto antes pero no recordara dónde. Era porque antes había visto a Joe. Hubble vino a decirme lo mismo. Me dijo que yo le recordaba a ese investigador con quien había hablado.

—Entonces, ¿Morrison estaba allí? ¿Él fue el autor de los disparos?

—Me cuesta creerlo —respondí—. Joe era razonablemente listo. Y no hubiera dejado que un gordo subnormal como Morrison lo matara a tiros. El que hizo los disparos tuvo que ser otro. Tampoco me parece que Morrison fuera el maníaco. Un despliegue físico semejante lo hubiera matado de un infarto. Yo creo que fue el tercer hombre. El encargado de borrar los rastros. Pero se olvidó de mirar en los zapatos de Joe. Razón por la cual ustedes hicieron venir a Hubble a comisaría. Y alguien se puso furioso al saberlo. Pues entonces estaban obligados a matar a Hubble. A Morrison también le dieron lo suyo, pero como castigo

—Y menudo castigo —observó Finlay.

—Lo de Morrison también fue un mensaje —dije—. Piénselo bien.

—¿En qué tengo que pensar? Ese mensaje no estaba destinado a mí.

—¿A quién lo estaba entonces?

—Pues lo normal en estos casos. Al siguiente en la línea de mando, ¿no es así? —dijo Finlay.

Asentí con un gesto.

—¿Entiende por qué me interesaba saber quién iba a ser el nuevo jefe de policía?

Finlay otra vez bajó la mirada y contempló la acera.

—Por Dios... —dijo—. ¿Me está diciendo que el próximo jefe de policía está metido en ese negocio?

—Tiene que ser así. ¿Cómo se explica que hubieran fichado a Morrison? Desde luego, no lo hicieron por su simpatía, ¿cierto? Lo ficharon porque necesitaban contar con la ayuda del jefe de policía. Porque les resulta útil de una forma u otra. Por eso no iban a cargarse a Morrison sin contar con un sustituto. Y sea quien sea ese sustituto, estamos hablando de un tipo muy peligroso. Un tipo que en todo momento va a tener presente lo que le sucedió a Morrison. A quien sin duda le han murmurado al oído: «Ya has visto lo que le hemos hecho al anterior. Ten por seguro que te haremos lo mismo si no cumples con lo pactado».

—¿Y quién es esa persona? —preguntó Finlay—. ¿Quién va a ser el nuevo jefe?

—Es lo que le estaba preguntando.

Sentados en el banco situado delante de la barbería, guardamos silencio un momento. El sol empezaba a brillar bajo el borde del toldo a franjas.

—Nosotros solo somos tres: usted, yo y Roscoe —dije—. Tal como están las cosas, lo más seguro es dar por supuesto que todos los demás están implicados en el asunto.

—¿Roscoe? ¿Por qué?

—Por muchas razones —respondí—. Pero la principal, porque hizo todo lo posible por sacarme de Warburton. Morrison quería verme entre rejas, como cabeza de turco de lo sucedido el jueves por la noche. Por consiguiente, si Roscoe hubiera formado parte de la trama, no habría movido un dedo para sacarme de la cárcel. Pero el hecho es que me sacó. Contraviniendo el propósito de Morrison. Él era corrupto, Roscoe no.

Me miró. Soltó un gruñido.

—¿De verdad cree que estamos los tres solos? Es usted muy desconfiado, Reacher.

—Tengo mis putas razones para ser desconfiado, Finlay —contesté—. Aquí están matando a gente. Y uno de los muertos era mi propio hermano.

Nos levantamos del banco. Al otro lado de la calle, el joven Kliner apagó el motor

y salió de su furgoneta. Echó a andar lentamente en nuestra dirección. Finlay se frotó la cara con las manos, como si estuviera lavándosela sin agua.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo.

—Usted tiene cosas en las que ocuparse. Tiene que hablar con Roscoe a solas y contarle todos los detalles, ¿entendido? Dígale que se ande con mucho cuidado. Luego tiene que hacer algunas llamadas, hablar con Washington y averiguar qué estaba haciendo Joe aquí.

—De acuerdo —repuso Finlay—. ¿Y usted qué va a hacer?

Señalé con la cabeza al joven Kliner.

—Voy a hablar un momento con este tipo —respondí—. No hace más que mirarme.

Dos cosas sucedieron mientras el joven Kliner llegaba andando por la calzada. En primer lugar, Finlay se marchó a toda prisa. Sin decir esta boca es mía, se encaminó hacia el norte de la población. En segundo lugar, oí que las persianas se cerraban de golpe en la ventana de la barbería situada a mi espalda. Miré en derredor. Se diría que en el mundo entero tan solo quedábamos yo y el joven Kliner.

De cerca, su aspecto resultaba interesante. No era ningún alfeñique. Mediría uno ochenta, no pesaría menos de ochenta kilos, y todo en él hablaba de cierta energía fuera de control. En sus ojos había mucha inteligencia, pero también era perceptible cierto brillo extraño e inquietante. Aquellos ojos suyos me dijeron que seguramente no se trataba de la persona más equilibrada que fuera a conocer en la vida. Llegó y se plantó delante de mis narices. Clavó la mirada en mí.

—Está metiéndose donde no lo llaman —me espetó.

—¿Es que la acera es suya?

—Ya lo creo que sí —fue su respuesta—. La fundación de mi padre pagó su construcción, hasta la última losa. Pero no me estaba refiriendo a la acera. Estoy hablando de la señorita Roscoe. Esa mujer es mía. Es mía, desde el primer día que la vi. Está esperándome. Lleva cinco años esperándome, hasta que llegue el momento propicio.

Le devolví la mirada.

—¿Entiende usted el inglés? —pregunté.

El joven Kliner se puso en tensión.

—Soy un hombre razonable —dije—. Si la señorita Roscoe un día me dice que lo prefiere a usted, al momento me voy de aquí para siempre. Pero hasta que llegue ese día, manténgase alejado de ella. ¿Me explico?

El tipo estaba hirviendo de rabia. Pero de repente cambió. Se diría que funcionaba por medio de un mando a distancia y que alguien había pulsado la tecla de cambio de canal. Se relajó visiblemente, se encogió de hombros y me dedicó una amplia sonrisa juvenil.

—Muy bien —dijo—. Sin rencores, ¿de acuerdo?

Tendió la mano para que se la estrechara, y a punto estuvo de hacerme picar el

anzuelo. En el último segundo retiré mi mano un par de centímetros y la cerré sobre sus nudillos, no en su palma. Un viejo truco del ejército. Fingen que van a estrechar tu mano de forma amigable, pero lo que se proponen es apretarla con todas sus fuerzas y machacártela. Para dejar claro quién es el más machote, o algo por el estilo. Pero tienes que estar preparado. Y retirar la mano un par de centímetros y apretar con fuerza. Apretar los nudillos, no la palma. De forma que neutralizas su propia presión. Si pillas bien los nudillos, no fallas ni aunque quieras.

Empezó a apretar, pero no tenía la menor oportunidad de salirse con la suya. Su propósito era el de aplicar toda su fuerza y mirarme fijamente mientras yo las pasaba canutas. Pero esta vez lo tenía mal. Apreté sus nudillos con fuerza una vez, una segunda vez, con un poco más de fuerza, y finalmente le solté la mano, le di la espalda y eché a andar en dirección norte. Me encontraría a más de cincuenta metros de distancia cuando oí que el motor de la furgoneta se ponía en marcha. El ruido sordo fue desplazándose hacia el sur hasta perderse en el calor de la tarde.

Cuando llegué a la comisaría, un gran Cadillac de color blanco estaba aparcado junto a la entrada. Recién salido de fábrica y con todos los accesorios a la última. Asientos de mullido cuero negro y madera falsa por todas partes. Hacía pensar en una casa de putas de Las Vegas en comparación con la sobria madera de nogal y la vieja tapicería en piel del Bentley de Hubble. Necesité cinco largos pasos para rodear el capó y llegar a las puertas del edificio.

En el refrigerado interior, todo el mundo estaba reunido en torno a un viejo muy alto y con el pelo plateado. Vestido con un traje de corte anticuado. Con una corbata de lacito con broche de plata. Tenía toda la pinta de ser un capullo de campeonato. Un político. El conductor del Cadillac. Tendría unos setenta y cinco años y cojeaba al andar con la ayuda de un grueso bastón con un vistoso mango de plata. Adiviné que se trataba del alcalde Teale.

Roscoe salió del gran despacho situado en la parte posterior. Parecía bastante conmocionada tras haber estado en la casa de los Morrison. No tenía una expresión muy alegre, pero me saludó con un gesto e intentó sonreír. Me indicó que entrara en el despacho con ella. Volví a mirar al alcalde Teale un momento y fui en su dirección.

—¿Estás bien? —pregunté.

—He estado mejor otras veces —respondió Roscoe.

—¿Te has enterado de la película? ¿Finlay te ha puesto al corriente?

Asintió con la cabeza.

—Finlay me lo ha explicado todo.

Entramos en el gran despacho. Finlay estaba sentado tras el escritorio, con el viejo reloj de pared a sus espaldas. Marcaba las cuatro menos cuarto. Roscoe cerró la puerta. Miré al uno y a la otra.

—Y bien, ¿a quién le ha tocado el premio? —pregunté—. ¿Quién es el nuevo jefe?

Finlay me miró desde el asiento y meneó la cabeza.

—Nadie —dijo—. El alcalde Teale va a ponerse personalmente al frente del cuerpo de policía.

Me acerqué a la puerta y la abrí un par de centímetros. Miré y vi que Teale estaba al otro lado de la sala de los agentes y que tenía arrinconado a Baker contra la pared. Parecía estar pegándole una buena bronca, por las razones que fuesen. Me lo quedé mirando un momento.

—¿Y qué piensan de la noticia? —pregunté a Roscoe y a Finlay.

—Todos los demás miembros del cuerpo son honestos —afirmó Roscoe.

—Eso parece, sí —convine—. Pero el hecho de que sea el sucesor de Morrison demuestra que está al servicio de esa gente. Teale forma parte de la trama.

—¿Cómo podemos saber que está a su servicio? —repuso ella—. Es posible que sea el jefe. No hay que descartar que esté al frente de todo el tinglado.

—No —contesté—. El jefe de esa gente hizo que se ensañaran con Morrison, para transmitir un mensaje. Si Teale fuera el jefe, ¿qué sentido tendría enviarse un mensaje a sí mismo? Ese tipo está al servicio de otros. Y ahora están utilizándole para obstaculizar la investigación.

—Eso está claro —dijo Finlay—. Ya ha empezado a hacerlo. Nos ha ordenado que dejemos en suspenso la investigación de lo sucedido a Joe y a Stoller. Que nos concentremos en el caso Morrison. Y que lo hagamos por nuestra cuenta, sin ayuda del exterior, sin hablar con el FBI ni con otros. Según dice, lo que está en juego es el orgullo de nuestro cuerpo de policía. Y ya nos está metiendo en un callejón sin salida. Dice que está claro que a Morrison lo asesinó alguien recién salido de la cárcel. Alguien a quien Morrison contribuyó a encarcelar hace tiempo y que ahora se ha cobrado su venganza.

—Un callejón sin salida de mil demonios —secundó Roscoe—. Vamos a tener que examinar todos los casos de los últimos veinte años y cotejar cada nombre en cada expediente con los de los presos puestos en libertad en todo el país. Estamos hablando de meses de trabajo. Teale ha ordenado a Stevenson que deje de patrullar las calles y se concentre en esta labor. Stevenson va a estar pegado a un escritorio. Y lo mismo va a pasarme a mí.

—Es peor que un callejón sin salida —intervino Finlay—. Es una especie de aviso en clave. En nuestros archivos no hay individuos propensos a la venganza violenta. En Margrave nunca se han dado crímenes de ese tipo. Eso lo sabemos todos. Y Teale sabe que lo sabemos. Pero no estamos en situación de plantarle cara, ¿verdad?

—¿Y si se limitan a ignorar esa orden suya? —sugerí—. ¿Y si se contentan con hacer lo que hay que hacer?

Finlay se arrellanó en el asiento. Miró al techo, suspiró y meneó la cabeza.

—No —dijo—. Estamos trabajando en las mismas narices del enemigo. Teale en este momento no tiene motivo para pensar que sabemos algo sobre el asunto. Y tenemos que conseguir que siga creyéndolo. Tenemos que hacernos los tontos y comportarnos como si no supiéramos nada, ¿entiende? Lo que va a limitar nuestra efectividad. Pero lo peor es la cuestión de las autorizaciones. Si tengo que elevar una petición al juez, voy a necesitar que Teale firme el documento. Y está claro que Teale no va a firmarlo.

Me encogí de hombros.

—No estaba pensando en recurrir a los conductos oficiales —expliqué—. ¿Han llamado a Washington?

—Estoy a la espera de que me devuelvan la llamada —dijo él—. Y espero que Teale no se me adelante a la hora de coger el teléfono.

Moví la cabeza.

—Lo que necesitan es otro lugar en el que trabajar —afirmé—. ¿Qué me dice de ese amigo suyo que está en el FBI de Atlanta? Ese agente del que me habló. Quizá podría pedirle que le dejara usar su despacho de modo informal.

Finlay lo pensó un instante. Movi6 la cabeza.

—No es mala idea —dijo—. Desde luego, tendríamos que hacerlo sin que nadie se enterase. Ha quedado claro que no puedo pedirle a Teale que haga una petici6n oficial. Esta noche llamar6 a mi amigo desde mi casa. Se llama Picard. Es un buen hombre. Se llevar6 bien con 6l cuando lo conozca. Es de Nueva Orleans, del mismo barrio franc6s. En su momento estuvo asignado a la oficina del FBI en Boston, hace un mont6n de a6os. Un hombre corpulento, muy listo, de los que nunca se arrugan.

—Dígale que es necesario que sea discreto a m6s no poder —indic6—. No nos interesa que sus agentes se presenten en Margrave hasta que nos resulte conveniente.

—¿Qu6 piensas hacer con Teale? —me pregunt6 Roscoe—. Ese hombre est6 a sueldo de los tipos que mataron a tu hermano.

Me encog6 de hombros otra vez.

—Eso va a depender de su grado de implicaci6n —respond6—. Es evidente que Teale no fue el que hizo los disparos.

—¿Ah, no? —dijo ella—. ¿C6mo lo sabes?

—Porque no es lo bastante r6pido de movimientos. Teale cojea y se ayuda con un bast6n. Es demasiado lento para empu6ar una pistola. O para pillar a Joe por sorpresa. Tampoco fue el que pate6 el cad6ver. Es demasiado viejo. No tiene la suficiente fuerza. Tampoco fue el encargado de borrar las huellas. Ese fue Morrison. Pero si Teale me busca un problema, se va a encontrar metido en la mierda hasta el cuello. Si no lo hace, me olvidar6 de ese cabr6n.

—¿Y ahora qu6 hacemos? —plante6 Roscoe.

Me encog6 de hombros. No respond6.

—Yo dir6a que el domingo es la clave —observ6 Finlay—. Esos tipos se encuentran con un problema cuya resoluci6n est6 prevista para el pr6ximo domingo. Y me parece claro que el nombramiento de Teale es una soluci6n provisional. El hombre tiene setenta y cinco a6os, y nunca en la vida ha trabajado como polic6a. Es un recurso temporal, para darles tiempo hasta el domingo.

Son6 el timbre del interfono situado en el escritorio. La voz de Stevenson pregunt6 por Roscoe. Ten6an que revisar un mont6n de expedientes. Abr6 la puerta, pero Roscoe de pronto se detuvo. Acababa de ocurr6rsele algo.

—¿Y qu6 hay de Spivey? —pregunt6—. El hombre de Warburton. El que recib6 el encargo de arreglar la muerte de Hubble, ¿no es as6? Spivey tiene qu6 saber de qui6n parti6 esa orden. Ser6 cuesti6n de ir a pregunt6rsele. Igual resulta 6til.

—Es posible —dije.

Cerr6 la puerta a su espalda.

—Eso ser6a perder el tiempo —me dijo Finlay—. ¿Usted cree que Spivey iba a contarle algo as6 por las buenas?

Sonreí.

—Si lo sabe, me lo dirá —contesté—. Con esta clase de preguntas, todo depende de cómo las formule uno, ¿no le parece?

—Ándese con ojo, Reacher —dijo—. Si se dan cuenta de que está cerca de saber lo que sabía Hubble, lo matarán lo mismo que a él.

En mi mente apareció la imagen de Charlie con sus hijos. Me estremecí. Aquella gente terminaría por comprender que Charlie estaba cerca de saber lo que Hubble sabía. Era inevitable. Y que incluso los niños podían saber algo. Una persona cauta se diría que los niños posiblemente habían oído algo. Eran las cuatro de la tarde. Los niños estarían saliendo de la escuela. Y por la zona había unos individuos que trabajaban equipados con botas de caucho, con monos de nailon y con guantes de goma. Y con una bolsa de clavos de carpintero. Y un martillo.

—¡Finlay, llame a su amigo Picard ahora mismo! —Dije—. Necesitamos su ayuda. Tenemos que llevar a Charlie Hubble y a sus hijos a un lugar seguro. Ya mismo.

Finlay asintió con expresión grave. Se daba cuenta de la situación. Lo entendió.

—Claro que sí —dijo—. Hágame un favor y vaya a la casa de Beckman Drive pero ya. Quédese en la casa. Yo me encargo de hablar con Picard. No se mueva de allí hasta que se presente Picard, ¿entendido?

Agarró el teléfono. Y marcó un número de Atlanta que se sabía de memoria.

Roscoe otra vez estaba sentada a su escritorio. El alcalde Teale acababa de entregarle un montón de carpetas. Me acerqué al escritorio, cogí una silla vacía y me senté junto a ella.

—¿A qué hora terminas?

—A las seis, más o menos.

—Tráete un par de esposas a casa, ¿te parece?

—Jack Reacher, eres lo que no hay... —musitó ella.

Teale no nos quitaba ojo, de forma que me levanté y besé a Roscoe en el cabello. Salí y fui andando hacia el Bentley. El sol de la tarde estaba empezando a ponerse, y ya no hacía calor. Las sombras comenzaban a ser alargadas. Se diría que el otoño estaba al caer. Oí un grito a mi espalda. El alcalde Teale me había seguido. Volvió a llamarme. Me quedé donde estaba. Obligándolo a venir a mi encuentro. Llegó renqueante, ayudándose con el bastón. Me tendió la mano y se presentó. Dijo llamarse Grover Teale. Tenía ese don de los políticos para clavar en ti una mirada y una sonrisa tan fijas como la luz de una linterna. Como si hablar conmigo fuera el mayor placer posible en la vida.

—Me alegro de verlo —dijo—. El sargento Baker me ha puesto al día en lo referente a los asesinatos junto a los almacenes. Me parece que todo está más que claro. Cometimos un tremendo error al detenerlo, y todos sentimos mucho lo de su

hermano. Como es natural, cuando lleguemos a unas conclusiones definitivas, se lo haremos saber sin dilación. Por lo demás, antes de que se marche usted, le pido que acepte mis disculpas en nombre del cuerpo de policía. No quisiera que se fuera de aquí con una mala impresión de nosotros. ¿Lo dejamos en un simple error humano?

—Muy bien, Teale —dije—. Pero ¿por qué da por supuesto que voy a marcharme?

Titubeó un brevísimo instante, pero se recuperó de la sorpresa al momento.

—Tenía entendido que estaba de paso —comentó—. En Margrave no tenemos hotel, y no pensaba que hubiera encontrado alojamiento.

—Me quedo —respondí—. Me han invitado de forma muy hospitalaria y generosa. Por lo que sé, el Sur es famoso por la hospitalidad de sus gentes, ¿no es así?

Sonrió abiertamente y llevó la mano a la bordada solapa de su americana.

—Desde luego que sí, señor. Claro está —convino—. El Sur en general y el estado de Georgia en particular es conocido por su hospitalidad. Sin embargo, y como sabe, en este momento nos encontramos en una situación complicada. En vista de las circunstancias, me atrevo a decir que se encontraría más cómodo en un motel en Atlanta o Macon. Como es natural, seguiríamos manteniendo estrecho contacto con usted y lo ayudaríamos en lo concerniente a la organización del funeral por su hermano. Me temo que aquí, en Margrave, vamos a estar todos muy ocupados. Y que usted va a aburrirse. La agente Roscoe tiene mucho trabajo que hacer. Y es poco conveniente que se vea distraída en su trabajo, ¿no le parece?

—No voy a distraerla —dije con tranquilidad—. Tengo claro que su labor es fundamental.

Teale me miró con el rostro inexpresivo. Directamente a los ojos, aunque tenía la desventaja de no ser tan alto como yo. Terminaría por hacerse daño en su cuello viejo y flaco. Y si insistía en seguir mirándome de esa forma, incluso era posible que yo mismo le rompiera ese cuello viejo y flaco. Le sonreí con frialdad y fui andando hacia el Bentley. Lo abrí y entré. Conecté el potente motor y bajé la ventanilla.

—Hasta la vista, Teale —me despedí.

Era el final de la jornada escolar, y nunca había visto tanta actividad en el pueblo. Me crucé con dos personas en Main Street y vi a cuatro más en un corrillo junto a la iglesia. Posiblemente formaran parte de alguna asociación que se reunía por las tardes, para la lectura de la Biblia, o envasar melocotones para el invierno. Los dejé atrás y conduje el gran automóvil por el suntuoso kilómetro y medio de Beckman Drive. Torcí al llegar junto al blanco buzón de los Hubble e hice girar el viejo volante de baquelita por las curvas del camino de grava.

El problema que tenía yo para avisar a Charlie era que no tenía claro cuánto podía decirle. Evidentemente, no iba a explicarle los detalles. Bastante poca gracia me hacía

tener que decirle que Hubble estaba muerto. Estábamos aprisionados en una especie de limbo. Pero no podía mantener a Charlie en la ignorancia de forma indefinida. Tenía que enterarse del contexto, hasta cierto punto. O no haría caso a mis advertencias.

Aparqué frente a la puerta y llamé al timbre. Los niños llegaron corriendo cuando Charlie abrió y me dejó pasar. Tenía aspecto de estar muy fatigada y tensa. A los niños se los veía contentos. No se habían contagiado de las inquietudes de su madre. Charlie les dijo que se fueran y me condujo a la cocina, grande y moderna. Le pedí que me hiciera un poco de café. Comprendí que se moría de ganas de hablar, pero que no terminaba de decidirse a hacerlo. La miré mientras encajaba el filtro en la cafetera.

—¿No tienen criada?

Negó con la cabeza.

—No me hace falta —respondió—. Prefiero hacerlo todo yo.

—La casa es muy grande.

—Supongo que me gusta sentirme ocupada.

Callamos. Charlie conectó la cafetera eléctrica, que empezó a emitir un ligero silbido. Me senté a una mesa situada junto a la ventana. Con vistas a una gran extensión de césped aterciopelado. Charlie vino y se sentó al otro lado de la mesa. Cruzó las manos frente al rostro y dijo:

—Me he enterado de lo de los Morrison. ¿Mi marido tiene algo que ver con eso?

Traté de determinar qué era lo que tenía que responderle. Ella se mantuvo a la espera. El café empezó a borbotear en la cocina.

—Sí, Charlie —respondí—. Me temo que sí. Aunque él no quería verse involucrado en ese tipo de cosas, ¿me explico? Estamos hablando de algún tipo de chantaje.

Lo asumió con entereza. Seguramente ya sospechaba algo por el estilo. Sin duda había estado dando vueltas a todas las posibles explicaciones. Y esa era la más plausible. Por eso ahora no se mostraba asombrada ni escandalizada. Se limitó a asentir. De pronto parecía más relajada. Le había hecho bien oír de otros labios lo que ella misma pensaba. El problema había salido a relucir. Su existencia ahora era un hecho. De forma que podíamos abordarlo.

—Me temo que eso que dice tiene sentido —convino Charlie.

Se levantó para servir el café y agregó:

—Es la única forma que tengo de explicar su comportamiento. ¿Hub está en peligro?

—Charlie, siento decir que no tengo idea de dónde se encuentra en este momento.

Me pasó una taza de café. Se sentó en la pequeña barra de la cocina.

—¿Hub está en peligro? —repitió.

Fui incapaz de responder. Las palabras no me salían. Se apartó de la barra y volvió a sentarse delante de mí, a la mesa. Acunó su taza en la mano. Era una mujer atractiva. Rubia y guapa. Con los dientes perfectos, buena constitución ósea, delgada,

atlética. Con mucha personalidad. Antes la había tomado por una de las típicas bellezas del Sur. El tipo de mujer que ciento cincuenta años atrás hubiera estado al frente de una plantación con esclavos. Ahora estaba empezando a verla de otra forma. Me daba cuenta de que era mujer con nervio. Le gustaba ser rica y no tener que trabajar, claro estaba. Salones de belleza y almuerzos con las amigas en Atlanta. El Bentley y las tarjetas oro de crédito. La gran cocina que había costado más dinero del que yo ganaba en un año. Pero, en última instancia, aquella era una mujer muy capaz de arremangarse y ponerse a pelear. Era posible que ciento cincuenta años atrás se hubiera sumado a una caravana de pioneros con destino al lejano Oeste. Tenía el nervio suficiente. Me miró directamente a los ojos.

—Esta mañana me dejé llevar por el pánico. Lo que es muy poco frecuente en mí. Me temo que se llevó una muy mala impresión de mí. Después de que se fuera me tranquilicé y me puse a pensar. Y llegué a la misma conclusión que acaba de exponerme. Hub se ha metido en algo raro, en algo que le viene muy grande y que ha terminado por arrastrarlo. Y bien, ¿qué voy a hacer al respecto? Lo primero que voy a hacer es no dejarme llevar más por el pánico y pensármelo todo bien. Me he sentido abrumada desde el viernes pasado, y ahora me avergüenzo. No es propio de mí, en absoluto. Por eso hice algo que espero que sepa perdonarme...

—Continúe —dije.

—Llamé a Dwight Stevenson. En su momento me dijo que había visto un fax del Pentágono con su hoja de servicios como policía militar. Le pedí que lo cogiera y me lo leyera. Me pareció que esa hoja de servicios suya era excelente.

Me sonrió. Acercó un poco la silla a la mesa.

—Así que he pensado en contratarlo. Quiero contratarlo de forma particular para que resuelva el problema de mi marido. ¿Estaría dispuesto a hacerme ese favor?

—No —respondí—. No puedo hacerlo, Charlie.

—¿No puede...? ¿O no quiere?

—Digamos que se daría un conflicto de intereses —expliqué—. No podría trabajar para usted de la forma adecuada.

—¿Un conflicto de intereses? ¿Por qué razón?

Hice una larga pausa. Y traté de explicarme lo mejor posible.

—Su marido tenía mala conciencia, ¿no es así? —Dije—. Se puso en contacto con un investigador, un agente del gobierno, con la idea de reconducir la situación. Pero entonces mataron a ese investigador del gobierno. Y me temo que el investigador me interesa mucho más que su esposo.

Charlie asentía con la cabeza, siguiendo mis explicaciones.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. Usted no trabaja para el gobierno.

—El investigador del que estamos hablando era mi hermano —respondí—. Una coincidencia que es de locos, lo sé, pero no consigo quitármela de la cabeza.

—Lo siento mucho —dijo—. ¿No estará pensando que Hub traicionó a su hermano?

—No. Eso es lo último que hubiera hecho. Hub dependía de él por completo para salir del embrollo. Sencillamente, hubo algo que salió mal.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo—. ¿Por qué habla de mi marido en el pasado?

La miré directamente a los ojos.

—Porque está muerto —respondí—. Y lo siento mucho.

Charlie se quedó boquiabierto. Palideció y apretó los puños hasta que sus nudillos cobraron una tonalidad cerúlea. Pero no se desmoronó.

—Yo no creo que esté muerto —musitó—. Porque lo sabría. Porque algo me lo estaría diciendo. Yo creo que simplemente está escondido en algún lugar. Y quiero que lo encuentre. Le pagaré lo que me pida.

Le dije que no con un lento gesto de la cabeza.

—Por favor —me pidió.

—No voy a hacerlo, Charlie —dije—. No voy a aceptar su dinero para hacer algo así. Porque eso sería aprovecharme de su situación. No puedo aceptar su dinero porque sé que está muerto. Lo siento mucho, pero es lo que hay.

Se produjo un largo silencio. Sentado a la mesa, llevé las manos al café que me había preparado.

—Y si no le pagara, ¿lo haría? —preguntó Charlie—. Sencillamente podría tratar de encontrarlo mientras investiga lo que le ocurrió a su hermano, ¿no le parece?

Lo pensé. No veía cómo podía decirle que no.

—Muy bien —convine—. Voy a hacer lo que me propone, Charlie. Pero, insisto, no espere que haga milagros. Creo que nos encontramos ante una situación muy fea.

—Yo creo que está vivo —insistió—. Si no lo estuviera, a estas alturas ya lo sabría.

Empecé a preocuparme por lo que pasaría cuando encontrarán el cadáver de Hubble. Charlie tendría que hacerle frente a la realidad lo mismo que un camión sin frenos que fuera a estamparse contra la fachada de un edificio.

—Va a necesitar dinero para gastos —dijo Charlie.

No estaba seguro de aceptarlo, pero al momento me pasó un sobre abultado.

—¿Con esto le bastará?

Miré dentro del sobre. Había un grueso fajo de billetes de cien dólares. Hice un gesto de conformidad. Me bastaría.

—Y por favor quédese el coche —dijo—. Utilícelo durante tanto tiempo como le haga falta.

Volví a asentir con la cabeza. Pensé en todo lo demás que necesitaba saber y me obligué a utilizar el presente.

—¿Dónde trabaja Hub? —pregunté.

—En Sunrise International. Es un banco.

Me dio una dirección de Atlanta.

—Muy bien, Charlie —dije—. Voy a preguntarle una cosa más. Es muy

importante. ¿Su marido alguna vez mencionó la palabra *Pluribus*?

Lo pensó y se encogió de hombros.

—¿*Pluribus*? —repitió—. ¿Eso no tiene que ver con la política? ¿No es una de esas palabras que aparecen en un podio cuando el presidente está pronunciando un discurso? Nunca oí a mi marido hablar de eso. Hub estudió dirección de empresas.

—¿Nunca le oyó usar esa palabra? —insistí—. ¿Ni siquiera por teléfono? ¿O en sueños?

—Nunca —contestó.

—¿Y qué me dice del próximo domingo? —pregunté—. ¿Su marido, en algún momento, mencionó el domingo próximo? ¿Le habló de algo que está previsto que suceda este domingo?

—¿El domingo próximo? —repitió—. No creo haberle oído decir nada. ¿Por qué? ¿Qué va a suceder el domingo?

—No lo sé —respondí—. Es lo que estoy tratando de descubrir.

Lo pensó otra vez, un largo instante, pero finalmente meneó la cabeza y se encogió de hombros. Levantó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Lo siento —dijo.

—No se preocupe. Pero hay una cosa que tiene que hacer.

—¿El qué?

—Tiene que irse de aquí.

Seguía teniendo los nudillos blancos, pero no se había venido abajo.

—¿Me está diciendo que tengo que irme? ¿Y esconderme en otro lugar? Pero ¿adónde voy a ir?

—Esta tarde un agente del FBI vendrá a recogerla —repliqué.

Me miró con expresión de pánico.

—¿El FBI? —dijo. Palideció más todavía—. Esto es muy serio, ¿verdad?

—Pero que muy serio. Tiene que estar preparada para irse cuanto antes.

—De acuerdo —convino lentamente—. No puedo creer que todo esto sea real.

Salí de la cocina y me metí en la sala donde el día anterior habíamos estado bebiendo té helado. Crucé las dobles puertas y rodeé la casa sin apresurarme. Fui andando por el camino de gravilla, entre los macizos de plantas y salí a Beckman Drive. Llegué junto al buzón de la casa, me detuve y apoyé la espalda en él. Todo estaba en silencio. Lo único que se oía era el seco crujido del césped bajo mis pies.

De pronto oí que un coche se acercaba desde el oeste. El automóvil redujo la velocidad poco antes de llegar a lo alto de la pequeña loma. Un momento después apareció en mi campo visual. Era un Buick color marrón, de tipo muy corriente, en el que iban dos tipos bajitos y morenos, hispanos, vestidos con sendas camisas chillonas. Avanzaban a poca velocidad acercándose al lado izquierdo de la calle, mientras trataban de dar con el buzón de los Hubble. Con la espalda apoyada en el

buzón, los miré. Sus ojos se encontraron con los míos. El coche volvió a acelerar y torció hacia la derecha, hacia el vacío paisaje de melocotoneros. Di un paso al frente y les vi alejarse. Se levantó una nube de humo cuando el Buick dejó atrás el immaculado asfalto de Margrave y enfiló el polvoriento camino rural. Volví corriendo a la casa. Era necesario que Charlie se diera prisa.

Estaba en el interior, aturullada, hablando sola y atropelladamente como una niña que se fuera de vacaciones. Haciendo listas en voz alta. Un mecanismo destinado a ahuyentar el pánico que en ese momento sentía. El viernes era una mujer rica y ociosa casada con un ejecutivo de banca. Hoy, lunes, un desconocido le había dicho que su marido estaba muerto y que se fuera cuanto antes de su casa para salvar la vida.

—¡Y coja el móvil! —le ordené.

No respondió. Tan solo oí un silencio angustiado. Pisadas y puertas de armarios que se cerraban de golpe. Durante casi una hora estuve sentado en la cocina con los restos del café. Hasta que oí el claxon de un automóvil y unas ruidosas pisadas en la gravilla. Un puño aporreó la puerta. Llevé la mano al bolsillo y la cerré en torno al mango de ébano de la navaja automática de Morrison. Fui al recibidor y abrí.

Junto al Bentley estaba aparcado un bonito sedán azul, y un gigantesco hombre de raza negra se encontraba al pie del escalón de la puerta. El desconocido era tan alto como yo, quizá más incluso, pero debería pesar por lo menos cuarenta kilos más: ciento treinta o ciento cuarenta en total. Yo a su lado era un peso pluma. Se plantó en el umbral con la elegante facilidad de un atleta.

—¿Reacher? —dijo el gigante—. Es un placer conocerlo. Soy Picard, del FBI.

Me estrechó la mano. El hombre era realmente enorme. Tenía cierto despreocupado aire de competencia que me llevó a alegrarme de que estuviera de mi lado. Picard parecía uno de los míos. Un tipo que podía resultar muy útil si las cosas se ponían feas. De pronto sentí mayor confianza. Me hice a un lado para que entrase en la casa de Charlie.

—Muy bien —dijo Picard—. Finlay me ha explicado todos los detalles. Siento mucho lo de su hermano. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar con calma?

Fui con él hacia la cocina. Se puso a mi lado, y le bastó con un par de zancadas para plantarse en la cocina. Miró en derredor y se sirvió el poco café que quedaba. A continuación vino hacia mí y puso la mano en mi hombro. Sentí como si me lo hubieran golpeado con un saco de cemento.

—Vamos a dejar unas cuantas cosas claras —dijo—. Todo esto va a quedar entre usted y yo, ¿entendido?

Asentí. Su voz se ajustaba a su masa corporal. Una especie de sordo rumor. La voz que tendría un oso pardo que hubiera aprendido a hablar. Era difícil echarle una edad. Era uno de esos hombres corpulentos y en buena forma física que se conservan bien durante décadas. Asintió con un gesto a su vez y se apartó de mi lado. Apoyó su corpachón en la barra de la cocina.

—Todo esto me supone un problema de los gordos —explicó—. El FBI no puede intervenir sin una petición efectuada por el funcionario responsable de la jurisdicción local. Que aquí es ese tal Teale, ¿no es así? Por lo que me dice Finlay, supongo que Teale no va a hacer esa llamada. De forma que mi presencia en este lugar puede costarme muy cara. Como para caerme de culo, amigo. Pero estoy dispuesto a olvidarme de las normas en atención a Finlay. Nos conocemos de hace tiempo, y hemos pasado muchas juntos. Pero tiene que recordar que todo esto no es oficial, ¿está claro?

Volví a asentir con la cabeza. Me parecía bien. Muy bien, mejor dicho. Una ayuda de tipo no oficial me vendría de primera. Serviría para resolver el problema sin perder el tiempo en trámites innecesarios. Me quedaban cinco días antes del domingo. Esta mañana me había dicho que cinco días iban a ser más que suficientes. Pero ahora, después de la desaparición de Hubble, tenía la sensación de que en realidad era muy poco tiempo. Demasiado poco para malgastarlo en trámites innecesarios.

—¿Adónde va a llevar a la familia? —pregunté.

—A una casa segura en Atlanta —respondió Picard—. Una vivienda que el FBI tiene desde hace años. Allí estarán a salvo, pero no voy a darle la dirección exacta... Y he de pedirle que luego no haga preguntas a la señora Hubble al respecto, ¿entendido? Tengo que andarme con pies de plomo en este asunto. Y si la dirección de una casa segura llega a ser conocida por mi culpa, voy a verme con la mierda hasta el cuello.

—Muy bien, Picard —dije—. Conmigo no va a tener problemas en ese sentido. Y le doy las gracias.

Asintió, con la expresión grave de quien está atado de pies y manos. Charlie y los niños en ese momento salieron por la puerta, cargando con bolsas y maletas hechas de cualquier manera. Picard se presentó. Vi que la hija de Hubble se sentía aterrada por la envergadura de aquel tipo. Su hermano abrió mucho los ojos al ver la placa de agente especial del FBI que Picard estaba mostrando a Charlie. Entre los cinco llevamos el equipaje al sedán azul y lo metimos en el maletero. Estreché las manos a Picard y a Charlie. Se metieron en el coche, que Picard puso en marcha al momento. Me despedí de ellos con un gesto de la mano.

Conduje en dirección a Warburton bastante más rápido que el maldito chófer del furgón de la cárcel y me planté en la prisión en menos de cincuenta minutos. El panorama era impresionante. Una tormenta estaba llegando desde el oeste con rapidez, y los rayos del bajo sol de la tarde se filtraban entre las nubes y apuntaban directamente a la prisión.

Las torres y las torretas metálicas brillaban cegadoras por efecto de los anaranjados chorros de luz. Reduje un poco la velocidad y me detuve al llegar al acceso general a la cárcel. Ya había tenido bastante la otra vez. Spivey ahora iba a tener que salir a buscarme. Me bajé del Bentley y fui hacia el guardia. Su expresión era relativamente amistosa.

—¿Spivey está de guardia? —pregunté.

—¿Quiere hablar con él? —preguntó el guardia a su vez.

—Dígale que el señor Reacher está en la entrada.

El hombre se acercó a la cubierta de metacrilato, agachó la cabeza e hizo una llamada.

—Spivey dice que no conoce a ningún señor Reacher —informó.

—Dígale que me envía el jefe Morrison —insistí—. Del cuerpo de policía de Margrave.

El tipo volvió a agachar la cabeza bajo la cubierta de metacrilato, hizo una nueva llamada y se puso a hablar. Al cabo de un minuto salió y dijo:

—Muy bien, puede usted pasar. Spivey lo recogerá en el área de recepción.

—Dígale que va a tener que salir a verme —zanjé—. Que vamos a encontrarnos en la carretera.

Me fui andando y me planté en la polvorienta cuneta de la carretera. Iba a ser una batalla de nervios. Pero algo me decía que Spivey iba a terminar por salir. Lo sabría dentro de cinco minutos. Me mantuve a la espera. Podía oler la lluvia que se acercaba desde el oeste. No tardaría ni una hora en llegar. De pie en la cuneta, seguí a la espera.

Spivey salió. Oí que se abrían las rejas de la jaula para vehículos. Me giré y vi que un Ford bastante sucio cruzaba la salida. Terminó de salir y se detuvo junto al Bentley. Spivey bajó trabajosamente del coche. Vino andando. Un hombre corpulento, sudoroso, con la cara y las manos enrojecidas. Con el uniforme también sucio.

—¿Se acuerda de mí? —pregunté.

Sus ojillos de serpiente pestañearon. Se sentía confuso e inquieto.

—Usted es Reacher, sí —dijo—. ¿Y qué?

—Eso mismo. Soy Reacher. El del viernes pasado. ¿Cómo se explica esa jugada

que me hicieron?

Trasladó de un pie al otro el peso de su cuerpo. Spivey iba a hacerse el interesante. Pero ya me había mostrado sus cartas al salir a hablar conmigo. Ya había perdido la partida. Eso sí, seguía sin responder.

—¿Cómo se explica esa jugada? —repetí.

—Morrison está muerto —dijo.

Al momento se encogió de hombros y apretó sus delgados labios. Sin decir una sola palabra más.

De forma aparentemente casual, di un paso hacia la izquierda. Con la idea de que el corpachón de Spivey se situara entre mí y el guardia de la entrada. Para que el guardia no pudiera verme bien. La navaja automática de Morrison apareció en mi mano. La levanté un segundo, a fin de que Spivey la viera bien. Para que reparase en el nombre inscrito con letras doradas en la madera de ébano. La hoja, a continuación, se abrió con un clic resonante. Los ojillos de Spivey estaban fijos en ella.

—¿Sabe? Usé este juguetito con Morrison —le dije.

Spivey seguía mirando fijamente la hoja de acero, que relucía azulada bajo el sol de la inminente tormenta.

—Usted no fue —dijo—. Aunque es posible que tuviera buenas razones para haberlo sido.

Sonreí. Spivey tenía claro que yo no era quien había matado a Morrison. En consecuencia, sabía quién había sido el asesino. Y en consecuencia sabía quiénes eran los jefes de Morrison. Así de fácil. Con tres simples palabras, me había dicho mucho. Acerqué la hoja un par de centímetros a su encarnada cara de pan.

—¿Quiere que use este juguetito con usted? —pregunté.

Miró en derredor con desespero. Vio que el guardia de la puerta estaba a una treintena de metros de distancia.

—Ese hombre no va a ayudarlo. Porque lo odia por ser un mierda y un gordo asqueroso. El hombre sigue siendo un simple guardia y tiene claro que usted ha trepado porque ha estado lamiéndole el culo a quien hiciera falta. Ese guardia no le echaría un cable ni aunque estuviera metido en un estercolero hasta las orejas. ¿Por qué coño iba a hacerlo?

—Ya. ¿Y qué es lo que quiere? —preguntó Spivey.

—¿Qué fue eso del viernes? ¿Cómo se explica esa jugada que me hicieron?

—¿Y si se lo digo?

Me encogí de hombros.

—Depende de lo que me diga. Si me dice la verdad, dejo que vuelva ahí dentro. ¿Va a decirme la verdad?

No contestó. Seguíamos de pie junto a la carretera. Una batalla de nervios. Y Spivey tenía los nervios desquiciados. Por lo que estaba perdiendo la batalla. Sus ojillos fueron de un lado a otro, para al final posarse otra vez en la hoja afilada.

—Muy bien, voy a decírselo —convino finalmente—. Yo de vez en cuando hacía

algún que otro favor a Morrison. El viernes me llamó. Dijo que iba a enviarme a dos tipos. Los nombres no me dijeron nada. Nunca había oído hablar de usted o del otro fulano. Mi encargo era el de hacer que matasen al tal Hubble. Eso es todo. A usted no teníamos que hacerle nada en absoluto. Se lo juro.

—¿Y qué pasó?

—Que mi gente la cagó —dijo—. Eso es todo. Se lo juro. Al que teníamos que cargarnos era al otro. A usted no iba a pasarle nada. Y bueno, al final salió a la calle, ¿no? No le pasó nada, ¿verdad? Entonces, ¿por qué está haciéndome pasar este mal rato?

Le hice un leve tajo en la garganta con la navaja. Spivey se quedó paralizado de horror. Al cabo de un momento, un grueso gusano de sangre oscura emergió del pequeño corte.

—¿El motivo?

—A mí nunca me cuentan el motivo —dijo—. Yo simplemente hago lo que me ordenan.

—Así que hace lo que le ordenan, ¿eh?

—Eso mismo. Prefiero no enterarme de los motivos.

—Y bien, ¿quién le dio la orden en este caso?

—Morrison —dijo—. Morrison fue el que me dio la orden.

—¿Y quién dio la orden a Morrison?

Mantuve el filo a un par de centímetros de su mejilla. Estaba a punto de ponerse a gimotear de miedo. Fijé la mirada en sus ojillos de reptil. Spivey conocía la respuesta. Lo podía leer en el fondo de aquellos ojillos. Spivey sabía quién había hecho el encargo a Morrison.

—¿Quién dio la orden a Morrison? —insistí.

—No lo sé —respondió—. Se lo juro, por la memoria de mi madre.

Me lo quedé mirando un largo instante. Meneé la cabeza.

—Es mentira, Spivey —dije—. Lo sabe perfectamente. Y me lo va a decir.

Spivey negó con la cabeza a su vez. Su rojiza cara de pan se movió violentamente de lado a lado. La sangre corría por su mentón y ya descendía por su fofa papada.

—Si se lo digo, me matarán.

Llevé la navaja a su barrigón. Le rajé la camisa con manchas de grasa.

—Si no me lo dice, yo mismo voy a matarlo.

Los individuos como Spivey solo piensan a corto plazo. Si me lo decía, lo matarían mañana. Si no me lo decía, moriría hoy mismo. Era lo que estaba pensando en ese momento. A corto plazo. Por lo que se dispuso a decírmelo. Empezó a aclararse la garganta, como si la tuviera reseca. No le salían las palabras. Como un hombre perdido en el desierto que se arrastrara por las dunas y tratara de pedir agua a gritos. Pero iba a decírmelo.

O no. Por encima de su hombro, se levantó una nubecilla de polvo. Oí el rugido distante de un motor de gasóleo. Y vi que la grisácea forma del furgón de la cárcel

llegaba por la carretera. Spivey volvió el rostro para atisbar su salvación. El guardia de la entrada salió de su garita para recibir el furgón. Spivey volvió el rostro hacia mí. En sus ojos había un malévolos brillo de triunfo. El furgón estaba cada vez más cerca.

—¿Quién dio la orden, Spivey? —insistí—. Dígamelo ahora mismo, o volveré a por usted.

Pero Spivey dio un paso atrás, se volvió y huyó bamboleándose hacia su Ford mugriento. El furgón pasó de largo rugiendo y me cubrió de polvo. Cerré la navaja automática y me la metí en el bolsillo. Fui al Bentley a paso rápido y me marché de allí.

La tormenta me estuvo siguiendo durante todo el regreso. No era lo único que me agobiaba. Me sentía muy frustrado. Esa mañana había estado a una frase de saberlo todo. Y ahora seguía sin saber nada. La situación se había complicado.

No tenía quién me apoyara, no tenía medios, no tenía ayuda. No podía depender de Roscoe o de Finlay. No podía esperar que estuvieran de acuerdo con mis intenciones. Y ya tenían sus propios problemas en la comisaría. ¿Qué era lo que Finlay me había dicho? Que estaban trabajando bajo las mismas narices del enemigo. Tampoco podía esperar mucho de Picard. El agente del FBI también estaba operando en solitario, por su cuenta. No podía confiar más que en mí mismo.

Por otra parte, yo no estaba atado de manos por leyes, restricciones o burocracias. No tenía que pensar en los derechos legales de un criminal ni en las limitaciones impuestas por la Constitución. Ni en los protocolos o normas de actuación policial. Tampoco tenía que elevar peticiones a las altas instancias para ocuparme de esos sujetos. ¿Que si era justo? Ya lo creo que sí. Estábamos hablando de unos sujetos muy peligrosos. Que habían traspasado todo límite tiempo atrás. Gente peligrosa de verdad. ¿Qué era lo que Finlay me había dicho? Que era muy mala gente. Una gente que había asesinado a Joe Reacher.

Al volante del Bentley, enfilé la pequeña pendiente que llevaba a la casa de Roscoe. Aparqué en la calle, frente a la vivienda. Roscoe no estaba en casa. El Chevrolet no estaba aparcado en su lugar de siempre. El gran reloj cromado en el salpicadero del Bentley marcaba las seis menos diez. Diez minutos de espera. Me bajé del asiento delantero, abrí la portezuela de atrás y me tumbé en el largo asiento tapizado en cuero de aquel automóvil viejo y enorme.

Quería irme de Margrave esa misma tarde. De hecho, lo que quería era irme de Georgia para siempre. Encontré un mapa en el compartimento de la parte posterior del asiento del conductor. Lo miré y me dije que si conducíamos hacia el oeste, después de llegar a Warburton de nuevo y dejar atrás la cárcel, al cabo de una hora u hora y media atravesaríamos el límite con Alabama. Era lo que quería hacer. Dirigirme al oeste a toda velocidad en compañía de Roscoe, entrar en Alabama y detenernos frente al primer bar en el que se anunciara música en directo. Olvidarme

de mis problemas hasta mañana. Comer cualquier plato barato, beberme unas cervezas frías, escuchar algo de música salvaje. Junto con Roscoe. Mi idea de una velada a lo grande. Me mantuve a la espera de que ella llegara de una vez. Empezaban a caer las sombras. El aire de la tarde de pronto era un poco más frío. Hacia las seis, unos gruesos goterones empezaron a martillar el techo del Bentley. Todo apuntaba al estallido de una gran tormenta eléctrica, pero esta nunca llegó a producirse. No llegó a desencadenarse. Tan solo siguieron cayendo esos goterones iniciales, como si el cielo estuviera muriéndose de ganas de liberarse pero no terminara de decidirse a hacerlo. Se hizo muy oscuro, y el pesado automóvil empezó a balancearse ligeramente por efecto del húmedo viento.

Roscoe llegó con retraso. La tormenta llevaría unos veinte minutos amenazando con estallar cuando vi que su Chevy bajaba con lentitud por la pendiente. Los faros barrían la lluvia de izquierda a derecha. Me iluminaron en el momento en que el Chevy entró en el camino de la casa. Fueron a dar contra la puerta del garaje y se apagaron tan pronto como Roscoe apagó el motor. Me bajé del Bentley y fui hacia ella. Nos abrazamos. Nos besamos. Fuimos al interior.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Espero que sí —respondió—. Ha sido un día de perros.

Hice un gesto de asentimiento. Era un hecho.

—¿Estás horrorizada? —pregunté.

Después de dar las luces y correr las cortinas, respondió:

—Lo de esta mañana ha sido lo más horroroso que he visto en la vida. De lejos. Pero voy a decirte una cosa que no pienso repetir a nadie más. No me he sentido horrorizada por lo que le sucedió a Morrison. Es imposible apiadarse de un individuo como él. Pero sí que me horroriza la suerte que corrió su mujer. Ya tenía que ser bastante duro convivir con un tipejo como Morrison... Como para, además, morir por su culpa, ¿no te parece?

—¿Qué me dices de los demás? —apunté—. De Teale, por ejemplo.

—La cosa no me sorprende. Esa familia siempre ha estado formada por gentuza de la peor especie, desde hace doscientos años. Lo sé todo sobre esa familia. Mi propia familia ha tenido que lidiar con ella desde hace muchísimo. ¿Por qué este Teale iba a ser distinto? Pero por Dios que me alegro de que todos los demás miembros del cuerpo hayan resultado estar limpios. Tenía miedo de descubrir que alguno más estaba involucrado en la trama. No sé si hubiera podido soportarlo.

Entró en la cocina. La seguí. Guardó silencio. No estaba viniéndose abajo, pero no se encontraba bien. Abrió la puerta del frigorífico. El gesto venía a decir: «Ya ves, no hay nada para cenar». Me sonrió con fatiga.

—¿Por qué no me invitas a cenar?

—Claro que sí —dije—. Pero no aquí. En Alabama.

Le expliqué lo que quería hacer. El plan le gustó. Algo más animada, fue a ducharse. Me dije que a mí tampoco me vendría mal una ducha, de forma que la acompañé. Pero la cosa llevó su tiempo porque tan pronto como empezó a desabotonarse la planchada camisa del uniforme, mis prioridades cambiaron. El atractivo de un bar en Alabama se tornó secundario. Y la ducha también podía esperar. Roscoe llevaba lencería negra bajo el uniforme. Unas piezas muy finas. Acabamos por hacer el amor con frenesí en el suelo del dormitorio. La tormenta eléctrica terminó por estallar en el exterior. La lluvia empezó a azotar la pequeña vivienda. Los relámpagos centelleaban y los truenos resonaban.

Finalmente conseguimos llegar a la ducha. Que a esas alturas nos resultaba realmente necesaria. Algo después estaba tumbado en la cama, mirando a Roscoe vestirse. Se puso unos vaqueros descoloridos y una camisa de seda. Apagamos las luces, cerramos la puerta y nos marchamos en el Bentley. Eran las siete y media, y la tormenta estaba yéndose al este, hacia Charleston, antes de perderse en el Atlántico. Era posible que mañana llegase a las Bermudas. Pusimos rumbo al oeste, donde el cielo era de una tonalidad más rojiza. Torcí por la carretera que llevaba a Warburton. Pasé junto a los caminos rurales que puntuaban los interminables campos oscuros y dejé atrás la cárcel a toda velocidad. El edificio era una gran masa cuadrada iluminada por aquella asquerosa luz amarillenta.

Media hora después de haber pasado por Warburton, nos detuvimos para llenar de gasolina el depósito del viejo automóvil. Cruzamos por unas plantaciones de tabaco y luego el Chattahoochee por un viejo puente en Franklin. Y seguimos en línea recta con rumbo al límite del estado. Llegamos a Alabama antes de que fueran las nueve de la noche. Convenimos en no dar más vueltas y detenernos en el primer bar que viéramos abierto.

Cosa de kilómetro y medio más adelante vimos un garito de carretera. Nos detuvimos en el aparcamiento y salimos del coche. El local tenía bastante buena pinta. Era un edificio grande, ancho y bajo, construido con tablones embreados. Muchos neones, muchos automóviles en el aparcamiento, y se oía música. El rótulo en la puerta rezaba: THE POND. Música en directo siete noches por semana, a las nueve y media cada noche. Roscoe y yo nos cogimos de la mano y entramos.

Nos encontramos con el ruido típico de un bar, con música de la gramola y con una atmósfera calurosa que olía a cerveza. Nos abrimos paso hacia el fondo y encontramos un amplio círculo de mesas dispuestas en torno a una pista de baile, presidida por un escenario. El escenario en realidad era poco más que una baja plataforma de hormigón. Era posible que en otros tiempos hubiera sido utilizado como muelle de carga y descarga para camiones. El techo era bajo y la luz tenue. Encontramos una mesa vacía y tomamos asiento. A la espera de que nos atendieran, nos entretuvimos mirando cómo el grupo musical iba preparándolo todo para su actuación. Las camareras iban de un lado para otro, como si fueran jugadores de baloncesto. Una de ellas vino a nuestra mesa, y pedimos sendas cervezas y

hamburguesas con queso y guarnición de patatas fritas y aros de cebolla. La chica no tardó ni dos minutos en volver portando una bandeja de latón con nuestras consumiciones. Comimos y bebimos, y pedimos más de lo mismo.

—Y bien, ¿qué vas a hacer en lo referente a Joe? —preguntó Roscoe.

Iba a terminar el trabajo que Joe había empezado. Fuera cual fuese dicho trabajo. Me llevara el tiempo que me llevase. Era la decisión que había tomado aquella mañana, mientras descansaba en la caliente cama de su casa. Pero Roscoe era agente de policía. Y en consecuencia se había comprometido a hacer que la legalidad fuera respetada en todo momento. Una legalidad que para mí no era más que un simple engorro. No sabía qué responder. Pero Roscoe no esperó a oír mi respuesta.

—Creo que tienes que averiguar quiénes lo mataron —dijo.

—¿Y entonces?

No fuimos más allá. El grupo en ese momento empezó a tocar. La conversación se tornó imposible. Roscoe me sonrió a modo de disculpa y meneó la cabeza. Aquel grupo estaba tocando a todo volumen. Con una seña vino a decirme que ya hablaríamos después. Volvimos los rostros hacia el escenario. Me quedé con las ganas de oírle responder a mi pregunta.

El local se llamaba The Pond, y el grupo llevaba el nombre de Pond Life. Pintaba bien. Un trío al viejo estilo. Guitarra, bajo y batería. Muy influidos por el estilo de la banda de Stevie Ray Vaughan. Desde la muerte de Stevie Ray a bordo de su helicóptero en un accidente no lejos de Chicago, se diría que la tercera parte de los varones blancos menores de cuarenta años de los estados del Sur habían formado sus bandas en homenaje al fallecido maestro. Casi todo dios hacía eso. Y tampoco era muy complicado. No importaba el aspecto físico que tuvieras o las ropas que vistieras. Lo único que hacía falta era agarrar el instrumento y tocar. Los mejores de estos tipos eran tan buenos como Stevie Ray a la hora de mezclar el clásico *rock and roll* de bareto y el blues de Texas al viejo estilo.

Esta banda era bastante buena, sí que lo era. Pond Life. Eran unos tipos más bien desastrados. El bajo y el batería eran altos, greñudos, gordos y cubiertos de mugre. El guitarrista era bajito y moreno, y de hecho tenía cierto parecido con el viejo Stevie Ray. La misma sonrisa con huecos en la dentadura. Tocaba una negra guitarra imitación del modelo Gibson Les Paul, conectada a un gran amplificador Marshall con cabezal en lo alto. Un buen sonido como los de antes. En combinación con las cuerdas gruesas y no demasiado tensas, las grandes pastillas de guitarra que sobrecargaban las válvulas del viejo Marshall producían aquel maravilloso sonido robusto, a mitad de camino entre el grito y el zumbido, imposible de conseguir por otros medios.

Lo estábamos pasando en grande. Bebimos una cerveza tras otra, apretujados los dos en la mesa. Salimos a bailar un rato. No pudimos resistirnos. La banda seguía

tocando un tema tras otro. El local estaba cada vez más lleno y caluroso. La música era cada vez más rápida y estridente. Las camareras iban y venían al trote, con botellas de cerveza en las bandejas.

Roscoe tenía una pinta espléndida. Su camisa de seda estaba empapada. Y no llevaba nada debajo. Así me lo indicaba el modo en que la seda húmeda se pegaba a su piel. Me sentía en el séptimo cielo. Me encontraba en un anónimo local al viejo estilo con una mujer guapa de verdad y un grupo de música bastante bueno. Joe podía esperar hasta mañana. Margrave estaba a un millón de kilómetros. Mis problemas se habían esfumado. No quería que la velada terminara.

La banda siguió tocando hasta bien entrada la noche. Hasta bastante después de la medianoche. Roscoe y yo estábamos medio borrachos y aturdidos. No era cuestión de volver en coche a Margrave. Estaba lloviendo otra vez, un poco. No me apetecía conducir hora y media bajo la lluvia. No después de haberme metido todas aquellas cervezas en el cuerpo. No quería acabar estrellado contra una cuneta. O metido en un calabozo. Un rótulo indicaba la existencia de un motel a kilómetro y medio. Roscoe sugirió ir allí. Lo dijo entre risitas, como si fuéramos una pareja de adolescentes fugados de casa, o algo por el estilo. Como si la hubiera llevado al otro lado del límite del estado con aquel propósito en mente. No era el caso. Pero tampoco iba a poner objeciones.

Salimos del bar con los oídos zumbándonos y subimos al Bentley. Conduje el gran automóvil con precaución y lentitud durante kilómetro y medio. Vi el motel al frente. Un edificio viejo, bajo y alargado, que se diría salido de una película. Estacioné en el aparcamiento y fui a la recepción. Desperté al encargado nocturno. Pagué lo que me pidió y dije que nos llamara a primera hora de la mañana. Cogí la llave y volví al coche. Lo conduje hasta la entrada de nuestra habitación, aparqué y entramos. El interior era limpio y tan anónimo que bien hubiera podido estar en cualquier otro punto de Estados Unidos. Pero la habitación estaba caldeada y resultaba cómoda, mientras la lluvia tamborileaba sobre el tejado. Y tenía una cama de gran tamaño.

No quería que Roscoe pillara un resfriado. Era mejor que se quitara cuanto antes aquella camisa empapada, y así se lo dije. Me respondió con una risita. Y dijo que no sabía que en el ejército me hubieran enseñado medicina. Respondí que me habían enseñado lo suficiente sobre primeros auxilios.

—¿Te parece que necesito primeros auxilios? —dijo con una nueva risita.

—Vas a necesitarlos muy pronto —respondí siguiéndole la broma— como no te quites esa camisa de una puñetera vez.

Se la quitó. Un momento después estaba encima de ella. Así de guapa y provocativa era aquella mujer. Siempre estaba dispuesta a todo.

Algo después los dos descansamos entrelazados. Y hablamos. Sobre quiénes éramos, sobre lo que habíamos hecho hasta entonces. Sobre quiénes queríamos ser, sobre lo que queríamos hacer en el futuro. Me habló de su familia. La suya era una

historia de mala suerte que se remontaba a generaciones atrás. Parecían haber sido gente decente, campesinos, gente que había estado a punto de salir adelante pero que nunca lo había conseguido. Gente que había tenido que luchar en los tiempos difíciles, antes de la llegada de los productos químicos, de la maquinaria, rehenes de las fuerzas de la naturaleza. Cierta vieja antepasado a punto estuvo de hacerse rico, pero terminó por perder todas sus tierras cuando el bisabuelo del alcalde Teale construyó el ferrocarril. Se produjeron algunos desahucios, y la mala sangre se perpetuó en el tiempo, de tal forma que Roscoe hoy amaba Margrave pero detestaba ver a Teale paseándose como si fuera el dueño del pueblo, justo lo que era en realidad, lo que los Teale siempre habían sido.

Le hablé de Joe. Le hablé de cosas que nunca había contado a nadie. Todas las cosas que siempre me había callado. Todo cuanto sentía por él y por qué me sentía obligado a hacer algo por su muerte. Le dije que iba a sentirme feliz al hacerlo. Seguimos hablando largo rato y nos quedamos dormidos el uno en los brazos del otro.

Pareció como si un momento después el encargado estuviera aporreando la puerta para despertarnos. Martes. Nos levantamos un poco aturullados. El sol tenía que vérselas con un amanecer húmedo. Al cabo de cinco minutos estábamos dirigiéndonos al este en el Bentley. El sol continuaba su ascenso y empezaba a resultar cegador al brillar en el parabrisas, que estaba cubierto de rocío.

Terminamos por despertarnos del todo. Cruzamos la frontera del estado y entramos otra vez en Georgia. Cruzamos el río en Franklin. Seguimos avanzando a buena velocidad por el vacío condado rural. Los campos estaban ocultos bajo un etéreo manto de neblina matinal. La neblina pendía sobre la tierra como si fuera vapor. El sol se acabó de levantar y empezó a brillar con mucha fuerza.

Ninguno de los dos hablamos. Queríamos mantenernos en aquella tranquila intimidad durante tanto tiempo como fuera posible. El cercano regreso a Margrave iba a suponer el pinchazo de aquella maravillosa burbuja de paz. Mientras conducía aquel coche imponente por aquellas carreteras rurales deseé que hubiera muchas otras noches como la de ayer. Y muchas otras tranquilas mañanas como esa. Roscoe estaba arrebujada en el gran asiento de cuero a mi lado. Sumida en sus pensamientos. Parecía sentirse muy feliz. Era lo que yo quería.

Volvimos a pasar junto a Warburton a toda velocidad. Sobre la alfombra de la niebla baja, la cárcel parecía flotar como una ciudad de alienígenas. Pasamos junto a la pequeña arboleda que había visto desde el furgón de la prisión. Pasamos junto a las hileras de matas de los campos. Llegamos al cruce y torcimos por la carretera del condado en dirección sur. Dejamos atrás la cafetería de Eno, la comisaría y el cuartel de los bomberos. Enfilamos Main Street. Giramos a la izquierda al llegar a la estatua dedicada al hombre que había rapiñado unas buenas tierras para el ferrocarril.

Seguimos por la corta pendiente abajo hasta llegar a la casa de Roscoe. Aparqué junto a la acera y salimos del coche, bostezando y desperezándonos. Intercambiamos sendas sonrisas. Lo habíamos pasado bien. Cogidos de la mano, fuimos andando por el camino del jardín.

La puerta de la casa estaba entreabierta. No demasiado. Unos tres o cuatro centímetros. Estaba entreabierta porque habían roto la cerradura. Alguien se había dedicado a machacarla con una barra de hierro. El destrozo impedía que la puerta se pudiera cerrar del todo. Roscoe se llevó la mano a la boca y ahogó un grito. Tenía los ojos muy abiertos. Su mirada se desplazó de la puerta a mi rostro.

La agarré por el hombro y la aparté a un lado. Nos pegamos a la puerta del garaje. Nos agazapamos. Pegados a las paredes, rodeamos la casa. Escuchando con atención al llegar a cada ventana y arriesgándonos a asomar la cabeza para mirar un momento con rapidez. Volvimos a encontrarnos ante la destrozada puerta principal. Estábamos mojados de resultas de habernos arrodillado en el suelo empapado y de rozarnos con los goteantes arbustos. Nos levantamos. Nos miramos y nos encogimos de hombros. Abrimos la puerta por completo y entramos.

Miramos por todas partes. En la casa no había nadie. No había daños. No se oía ruido alguno. El equipo de música seguía en su lugar, lo mismo que la televisión. Roscoe miró en su armario. El revólver de la policía seguía estando ajustado al cinturón. Miró en los cajones y en su pequeño escritorio. No habían tocado nada. No habían estado buscando nada. No faltaba nada. Nos miramos. Y entonces me fijé en algo que se habían dejado al marchar.

El bajo sol de la mañana entraba por la puerta abierta y trazaba un pequeño rayo de luz en el suelo. Vi que en el parqué había varias pisadas. Muchas pisadas. Varias personas habían entrado por la puerta en dirección a la sala de estar. La línea de las pisadas desaparecía en la gruesa alfombra de la sala de estar. Y reaparecía en el suelo de parqué que conducía al dormitorio. Para después volver por el mismo camino, a través de la sala de estar hasta salir por la puerta de la casa. Las pisadas eran las de unos individuos que habían estado expuestos a la lluvia de la noche. Una ligera película de lluvia embarrada se había secado sobre la madera y había dejado aquellas tenues pisadas. Eran tenues, pero perfectas. Podía ver que habían entrado por lo menos cuatro personas. Cuatro personas que luego se habían marchado. Las pisadas que habían dejado atrás eran inconfundibles. Todas ellas se habían hecho con botas de goma. Como las que usan en invierno en el norte del país.

Habían entrado a por nosotros en mitad de la noche. Decididos a que la sangre corriera en abundancia. Habían venido con todo el equipo. Con las botas de goma y los monos de nailon. Con los cuchillos, el martillo, la bolsa con clavos. Habían venido con la idea de hacernos picadillo, como a Morrison y a su mujer.

Habían abierto una puerta que les estaba prohibida. Era el segundo error fatal que cometían. Ahora eran hombres muertos. Iba a darles caza y a sonreír mientras los veía morir. Porque atacarme a mí venía a ser como atacar a Joe por segunda vez. Él ya no estaba en este mundo para defenderme. Un segundo insulto. Una segunda humillación. No era una cuestión de defensa propia. Se trataba de honrar la memoria de Joe.

Roscoe estaba siguiendo el rastro de las pisadas. Su reacción era típica, la de no darse por enterada. Cuatro hombres se habían presentado para masacrarla en mitad de la noche. Ella lo sabía, pero prefería hacer caso omiso. No pensar en ello. Hacerle frente a la situación no haciéndole frente en absoluto. No era una mala estrategia, pero Roscoe no tardaría en despertar a la cruda realidad. Hasta que llegara ese momento, hacía lo posible por mantenerse ocupada siguiendo las ligeras pisadas impresas en el suelo.

Nos habían estado buscando por toda la casa. Se habían dividido en dos parejas al llegar al dormitorio y habían mirado por todas partes. Tras reagruparse en la sala de estar, se habían marchado. Buscamos más huellas en el camino, pero no había nada. El liso asfalto estaba mojado y desprendía vapor. Volvimos al interior. Los únicos indicios con que contábamos eran la cerradura destrozada y las tenues pisadas por toda la casa.

Ninguno de los dos dijimos palabra. Yo estaba temblando de ira. Sin dejar de mirar a Roscoe. A la espera de que finalmente se viniera abajo. Ella había visto los cadáveres de los Morrison. Yo no. Finlay me había dado los detalles. Era suficiente. Finlay había estado en el lugar de los hechos. Y se había estremecido al ver el panorama. Roscoe también había estado allí. Y había visto con sus propios ojos lo que nos querían hacer a los dos.

—Y bien, ¿a quién andaban buscando? —preguntó finalmente—. ¿A ti, a mí, a los dos...?

—A los dos —respondí—. Se han dicho que Hubble seguramente habló conmigo en la cárcel. Y que yo después te lo conté todo. Piensan que sabemos todo cuanto Hubble sabía.

Asintió con un gesto vago. Se apoyó en el marco de la puerta trasera y contempló el pulcro jardín. Vi que palidecía. Se estremeció. Sus defensas se vinieron abajo. Apoyó la espalda junto a la puerta. Trató de aplastarse contra la pared. Fijó la mirada

en el vacío como si estuviera contemplando todos aquellos horrores sin nombre. Rompió a llorar como si tuviera el corazón destrozado. Fui a su lado y la abracé con fuerza. Apreté su pecho contra el mío y seguí abrazado a ella mientras lloraba para liberarse del miedo y la tensión. Siguió llorando largo rato. Su cuerpo estaba ardiendo; daba la impresión de estar muy débil. Sus lágrimas terminaron por empaparme la camisa.

—Gracias a Dios que anoche no estuvimos aquí... —musitó.

Estaba obligado a mostrar seguridad en mí mismo. El miedo no iba a conducirme a ninguna parte. El miedo solo serviría para reconcomerle las energías. Era preciso que plantase cara al miedo. Esta noche iba a tener que plantarle cara otra vez, esta noche y el resto de las noches de su vida.

—Ojalá hubiéramos estado aquí —dije—. Les hubiéramos sacado unas cuantas respuestas.

Me miró como si estuviera loco de atar. Meneó la cabeza.

—¿Y qué hubieras hecho? —preguntó—. ¿Matar a cuatro hombres?

—A tres nada más —respondí—. El cuarto nos hubiera dado esas respuestas.

Lo dije con aplomo absoluto. Con total convicción. Como si la cosa cayera por su propio peso. Me miró. Era lo que yo quería; que se fijara bien en aquel hombre que había sido soldado a lo largo de trece años. Un hombre capaz de matar con las manos desnudas. Con los ojos azules y gélidos. Hice todo cuanto pude por proyectar dicha imagen de invencibilidad, de implacabilidad, de protección. Clavé los ojos en ella sin pestañear en lo más mínimo. Ese truco me había servido para achantar a marines borrachos, aunque fueran de dos en dos. Lo que quería era que Roscoe se sintiera segura. Quería corresponder a todo cuanto me estaba dando. No quería verla asustada.

—Cuatro palurdos tontitos no me dan miedo —dije—. Conmigo lo tienen claro. Me he cargado a gente mucha más peligrosa. Si vuelven por aquí, van a tener que recogerlos con un cubo. Y voy a decirte una cosa, Roscoe, si a alguien se le ocurre pensar en hacerte daño, ese hombre está muerto antes de que termine de pensarlo.

Funcionaba. Estaba convenciéndola. Necesitaba que se sintiera despierta, dura de pelar, con plena seguridad en sí misma. Lo que quería era que se viniera arriba de una vez. Y la cosa estaba funcionando. Sus ojos tan hermosos estaban recobrando el empuje.

—Hablo en serio, Roscoe —dije—. Mientras estés a mi lado no va pasarte nada.

Volvió a mirarme. Se echó el cabello hacia atrás.

—¿Me lo prometes?

—Ya lo creo que sí, monada —respondí. Contuve el aliento.

Suspiró desmañadamente. Se apartó de la pared y dio un paso al frente. Esbozó una sonrisa valerosa. La crisis había quedado atrás. Otra vez estaba en plena forma.

—Eso sí, ahora mismo nos vamos de aquí —dije—. No vamos a quedarnos en la casa para que jueguen al tiro al blanco con nosotros. Así que mete en una bolsa todo

cuanto vayas a necesitar.

—Muy bien —convino—. ¿Te parece que antes reparemos la puerta de la casa? Lo pensé un momento. La pregunta tenía su importancia táctica.

—No —respondí—. Si la arreglamos, daremos a entender que hemos visto el destrozo. Si lo hemos visto, sabemos que estamos en peligro. Es mejor que piensen que no lo sabemos. Porque entonces pensarán que la próxima vez no van a necesitar andarse con cuidado. Así que mejor fingir que no hemos visto lo de la puerta. Que no hemos vuelto a casa. Es mejor hacerse los tontos. Si nos toman por tontos, es muy posible que se pasen de listos. Y la próxima vez nos será más fácil verles venir.

—Muy bien —dijo ella.

No parecía estar convencida del todo, pero tampoco me había dicho que no.

—Así que mete en una bolsa lo que vayas a necesitar —repetí.

No le gustaba la idea, pero fue a recoger sus cosas. Empezaba el juego. Yo no sabía con seguridad quiénes eran exactamente nuestros oponentes. Pero sí sabía jugar a ese juego. La jugada inicial consistía en hacerles pensar que siempre andábamos un paso por detrás de ellos.

—¿Hoy voy a trabajar? —preguntó Roscoe.

—Tienes que hacerlo. Tienes que seguir llevando tu vida normal. Y hemos de hablar con Finlay. Tenemos que conseguir toda la información posible sobre Sherman Stoller. Y no te preocupes, que esa gente no va a dispararnos en plena comisaría. Lo intentarán en un lugar tranquilo y apartado, por la noche seguramente. Teale es el único de los malos que está en la comisaría, así que no te quedes a solas con él. No te separes de Finlay, de Baker o de Stevenson, ¿entendido?

Asintió con un movimiento de la cabeza. Fue a ducharse y a vestirse para el trabajo. Al cabo de veinte minutos salió del dormitorio vestida con el uniforme. Se palpó los bolsillos. Ya estaba lista. Me miró.

—¿Me lo prometes? —preguntó.

Lo dijo en tono de interrogación, pero, a la vez, también de disculpa y de confianza renovada. Le devolví la mirada.

—Ya lo creo que sí —respondí, haciéndole un guiño.

Asintió y me devolvió el guiño. Todo iba a salir bien. Salimos de la casa y dejamos la puerta entreabierta, como la habíamos encontrado.

Escondí el Bentley en el garaje de Roscoe para reforzar la impresión de que no habíamos pasado por la casa. Subimos a su Chevy y decidimos desayunar en la cafetería de Eno. Roscoe arrancó y emprendió el ascenso por la pendiente. El coche daba la impresión de ser muy bajo y liviano en comparación con el viejo Bentley. Una furgoneta estaba viniendo ladera abajo en nuestra dirección. De un bonito color verde oscuro, muy limpia, flamante. En el costado tenía pintada una leyenda en vistosas letras doradas: FUNDACIÓN KLINER. Era una furgoneta como las que había

visto que usaban los jardineros.

—¿Qué clase de furgoneta es esa? —pregunté a Roscoe.

Enfiló Main Street en dirección a la cafetería.

—La fundación tiene un montón de furgonetas de ese tipo —me explicó.

—¿A qué se dedica esa fundación?

—A muchas cosas —dijo—. Quien está al frente es el viejo Kliner. El ayuntamiento le vendió las tierras donde están sus almacenes, y como parte del acuerdo se comprometió a establecer unos programas en beneficio del pueblo. El que los dirige es Teale, desde el ayuntamiento.

—¿Teale? —repetí—. Teale es el enemigo.

—Los dirige porque es el alcalde —dijo ella—. No porque sea Teale. Esos programas de ayuda aportan mucho dinero a la comunidad; un dinero que se invierte en el mantenimiento de las calles y zonas ajardinadas, en la biblioteca, en la ayuda a los pequeños negocios, en becas de estudio... El cuerpo de policía también recibe su parte. De hecho, la fundación me ayuda con la hipoteca de mi casa porque estoy en el cuerpo de policía.

—No es de extrañar que Teale sea tan poderoso —observé—. ¿Y qué me dices de ese joven Kliner? El tipo me dijo que me olvidara de ti. Llegó a decirme que tú le pertenecías.

Roscoe se estremeció.

—Es un capullo —dijo—. Yo lo evito como la peste. Y tú tendrías que hacer lo mismo.

Siguió conduciendo, un tanto nerviosa. Miró en derredor una y otra vez, inquieta. Como si se sintiera amenazada. Como si alguien en cualquier momento fuera a plantarse pistola en mano frente al coche. La vida tranquila en aquel pueblo de Georgia había terminado para siempre. La irrupción en su casa de cuatro desconocidos en mitad de la noche había puesto punto final definitivo a aquella plácida existencia.

Entramos en el aparcamiento de la cafetería, y el gran Chevy se balanceó levemente por efecto de la suave suspensión. Salimos y fuimos andando por la gravilla hacia la cafetería. El día era magnífico. La lluvia de la noche había enfriado el ambiente y dejado jirones de nubes en el cielo. Los paneles metalizados del exterior del local reflejaban el mate del cielo. Se diría que la nueva estación había llegado por fin.

Entramos. La cafetería estaba desierta. Nos acomodamos en un mesa, y la camarera con gafas nos trajo café. Pedimos huevos con beicon y distintas guarniciones. Una furgoneta negra llegó por la calle y entró en el aparcamiento. La misma furgoneta que había visto tres días antes. Pero el conductor esta vez era otro. No el joven Kliner. Este hombre era de mayor edad. De poco menos de sesenta años, pero delgado y musculoso. Con el pelo del color del acero y cortado al rape. Vestido con ropas vaqueras, como si fuera un ranchero. Daba la impresión de vivir al aire

libre bajo el sol. Su aire imponente y el brillo implacable de su mirada eran perceptibles incluso desde la ventana de la cafetería.

—Ese es Kliner —informó Roscoe—. El viejo Kliner.

Entró por la puerta y se detuvo un instante. Miró a izquierda y derecha, y tomó asiento frente a la barra. Eno salió de la cocina para saludarlo. Los dos estuvieron hablando un momento en voz baja, con las cabezas muy próximas entre sí. Kliner finalmente volvió a erguirse. Su mirada se posó en Roscoe un segundo. Tenía un rostro delgado, liso y duro. Su boca parecía una línea trazada a cuchillo. Sus ojos finalmente me buscaron. Sentí como si un foco estuviera iluminándome. Sus labios esbozaron una sonrisa de curiosidad. Tenía una dentadura impresionante, con largos caninos que se proyectaban hacia el interior y unos incisivos cuadrados y lisos. Amarillentos, como los de un lobo viejo. Sus labios volvieron a cerrarse, y desvió la mirada. Abrió la puerta y fue andando por la gravilla en dirección a la furgoneta. El gran motor rugió, y el vehículo se marchó haciendo saltar la gravilla por los aires.

Miré cómo desaparecía y me giré hacia Roscoe.

—Cuéntame algo más sobre esos Kliner.

De nuevo parecía estar nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó—. Nuestras vidas corren peligro... ¿Y lo único que se te ocurre es hablar de los Kliner?

—Estoy buscando información —dije—. Y el apellido Kliner no hace más que aparecer por todas partes. Ese viejo Kliner parece ser un individuo interesante. Y el hijo es un pieza de cuidado. También he visto a la mujer. Parece ser infeliz. Me pregunto si todo esto tiene que ver con alguna cosa.

Se encogió y movió la cabeza.

—No veo por qué —dijo—. En realidad son unos recién llegados, solo llevan cinco años en el pueblo. La familia se hizo rica con el procesado del algodón, hace ya unas cuantas generaciones, allá en Mississippi. Creo que inventaron cierto producto químico que por entonces era novedoso, una fórmula especial. Con cloro o sodio, o algo por el estilo. No estoy segura. Se hicieron de oro, pero con el tiempo tuvieron problemas con el organismo local de protección del medio ambiente, hace unos cinco años o así, por cuestiones de contaminación o algo parecido. Los peces morían por todo el río hasta llegar a Nueva Orleans por culpa de los vertidos.

—¿Y qué pasó?

—Que Kliner trasladó la fábrica —respondió Roscoe—. Cerró la planta en Mississippi y abrió otra igual en Venezuela o un país parecido. Luego trató de diversificar sus negocios. Se presentó aquí, en Georgia, hace cinco años y montó esos almacenes de productos de consumo, de electrónica o algo por el estilo.

—Entonces, ¿la familia no es de aquí?

—Nunca los había visto hasta hace cinco años. No sé mucho de ellos. Pero tampoco he oído nada malo. Parece que Kliner es un tipo de armas tomar, incluso puede que no tenga muchos escrúpulos pero, bueno, digamos que tampoco es un

tontito, y a mí con eso ya me vale.

—¿Y cómo es que su mujer parece estar tan asustada? —pregunté.

Roscoe torció el gesto.

—No es que esté asustada —dijo—. Lo que está es enferma. Es posible que tenga miedo porque está enferma. Es posible que le tenga miedo a la muerte, ¿no te parece? Kliner no tiene la culpa.

La camarera llegó con la comida. Comimos en silencio. Las raciones eran enormes. Los fritos estaban bien hechos y los huevos deliciosos. Ese Eno sabía cómo preparar unos buenos huevos. Me hinché a tomar café. La camarera no hacía más que ir y venir con la jarra en la mano.

—¿Eso de *Pluribus* no te dice nada? —inquirió Roscoe—. ¿No te suena de algo? ¿Del colegio, quizá?

Lo pensé bien.

—¿Es una palabra en latín? —preguntó.

—Forma parte del lema de Estados Unidos, ¿no? —apunté—. *E Pluribus Unum*. Significa: «A partir de muchos, uno». Una nación formada por muchas antiguas colonias.

—Entonces, ¿eso de *Pluribus* significa «muchos»? ¿Es que Joe sabía latín?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea —reconocí—. Pero es probable. Joe siempre fue muy listo. Es posible que supiera algunas frases en latín. No estoy seguro.

—Ya —convino Roscoe—. ¿Se te ocurre alguna otra razón para que Joe viniera aquí?

—El dinero, de una forma u otra —respondí—. Es lo único que se me ocurre. Joe trabajaba para el Departamento del Tesoro, o eso tengo entendido. Hubble trabajaba en un banco. El único punto en común es el dinero. Es posible que los de Washington puedan aclarárnoslo. Si no pueden, vamos a tener que empezar de cero.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Necesitas alguna cosa en particular?

—Voy a necesitar el atestado de esa detención en Florida —contesté.

—¿La detención de Sherman Stoller? De eso hace dos años...

—Por algo hay que empezar.

—De acuerdo. Voy a pedirlo. —Se encogió de hombros—. Llamaré a Florida. ¿Alguna cosa más?

—Necesito un arma.

No respondió. Dejé un billete de veinte en la mesa de formica. Fuimos andando hacia el Chevrolet sin distintivos.

—Necesito un arma —repetí—. Estamos hablando de un asunto muy serio, ¿no crees? Y por eso voy a necesitar una pistola. No puedo ir a una tienda a comprarla. No llevo encima documentos de identificación de ningún tipo.

—Muy bien —convino—. Voy a conseguírtela.

—No tengo permiso de armas —dije—. Tendrás que hacerlo sin que se enteren

los demás.

Asintió con la cabeza.

—No hay problema —dijo—. Nadie va a enterarse.

Nos dimos un largo beso apasionado en el aparcamiento de la comisaría. Salimos del coche y cruzamos una de las puertas de cristal. Y nos tropezamos con Finlay, que venía en dirección a la salida.

—He de volver al depósito de cadáveres —explicó—. Ustedes dos vénganse conmigo. Tenemos que hablar. De bastantes cosas.

Salimos otra vez al nublado exterior. Volvimos a subirnos al Chevy de Roscoe, quien de nuevo se situó frente al volante. Me senté en el asiento trasero, mientras Finlay se acomodaba junto a Roscoe. El coche se puso en marcha, y Finlay se volvió hacia nosotros dos.

—Han llamado del Departamento del Tesoro y me han tenido un largo rato al teléfono —nos contó—. Veinte minutos o media hora. Tenía miedo de que Teale apareciese en cualquier momento.

—¿Qué han dicho? —pregunté.

—Nada —respondió él—. Media hora hablando, y no me han dicho nada.

—¿Nada? ¿Qué quiere decir con eso?

—Que no han querido decirme nada —aclaró—. Que exigen un puto montón de peticiones formales por parte de Teale antes de decirme una sola palabra.

—Pero le han confirmado que Joe trabajaba para ellos, ¿no?

—Sí, eso sí que me lo han dicho —respondió Finlay—. Entró a trabajar en el departamento hace diez años, procedente de Inteligencia militar. Ellos mismos fueron quienes lo buscaron. Tenían sus propias razones para hacerlo.

—¿Qué razones eran esas? —pregunté.

—No han querido decírmelo —repuso—. Hace un año justo que su hermano se puso a trabajar en un nuevo caso muy especial, pero el asunto es secreto. Está claro que Joe era una figura importante en el departamento, Reacher. Tendría que haber oído cómo hablaban de él. Como si fuera el mismísimo Dios.

Guardé silencio un momento. Yo lo había estado ignorando todo sobre la vida de Joe. Lo que se dice todo.

—¿Eso es todo...? —pregunté—. ¿Eso es todo cuanto ha conseguido averiguar?

—No —respondió—. Continué insistiendo, y al final me pusieron con una mujer llamada Molly Beth Gordon. ¿Ha oído ese nombre antes?

—No. ¿Tendría que haberlo oído?

—Parece ser que Gordon estaba muy unida a Joe —dijo Finlay—. Es posible que hubiera algo entre ellos. La mujer estaba muy alterada. No paraba de llorar.

—¿Y qué le dijo?

—Nada —respondió él—. No estaba autorizada. Pero se comprometió a contarle

a usted todo cuanto pudiera. Dijo que era una irregularidad, pero que lo haría en atención a que es el hermano menor de Joe.

Asentí con la cabeza.

—Entendido —dije—. Eso está mejor. ¿Cuándo tengo que hablar con ella?

—Llámela hacia la una y media. A la hora del almuerzo. Parece que en ese momento no hay nadie en su oficina. Está corriendo muchos riesgos, pero está dispuesta a hablar con usted. Eso me dijo al menos.

—Entendido —repetí—. ¿Le dijo alguna cosa más?

—Se le escapó una cosa. Al parecer estaba previsto que Joe contara todo cuanto sabía en una reunión el próximo lunes por la mañana.

—¿El lunes? —Dije—. ¿Justo después del próximo domingo?

—Correcto —repuso Finlay—. Parece que Hubble tenía razón. Hay algo que va a suceder este domingo o poco antes. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, Joe tenía claro que para entonces sabría si estaba ganando o perdiendo la partida. Pero Gordon no me dijo más. No estaba en absoluto autorizada a hablar conmigo, y daba la impresión de que había gente cerca que podía estar escuchando. Así que llámela, Reacher, pero no se haga demasiadas ilusiones. Es posible que no sepa nada. La mano izquierda no sabe lo que hace la derecha... Ya sabe usted lo secretista que es esa gente.

—La burocracia... —observé—. ¿Para qué carajo sirve? Muy bien, más vale seguir dando por sentado que estamos solos en este asunto. De momento, por lo menos. Aunque vamos a tener que recurrir a Picard otra vez.

Finlay asintió con un gesto.

—Picard hará lo que esté en su mano. Anoche me llamó. La familia Hubble está en lugar seguro. Por el momento él se ha apartado, pero si lo necesitamos, podemos contar con él.

—Sería conveniente que investigara los últimos movimientos de Joe —le aconsejé—. Joe tuvo que haber usado un coche. Seguramente llegó a Atlanta en avión desde Washington, se alojó en un hotel y alquiló un coche, ¿no le parece? Lo más seguro es que viniera en coche a Margrave el jueves por la noche. Y que lo dejara aparcado en algún lugar. Lo que puede ayudarnos a dar con el hotel. Y es posible que Joe dejara algunas cosas en su habitación en ese hotel. Documentos, quizá.

—Picard no puede hacer eso —objetó Finlay—. El FBI no cuenta con medios para ir buscando coches abandonados. Y nosotros tampoco podemos hacerlo, al menos mientras Teale siga rondando por la comisaría.

Me encogí de hombros.

—Pues vamos a tener que hacerlo —dije—. No nos queda otro remedio. Hable con Teale y cuéntele un cuento chino. Dígale que es de suponer que el recluso evadido que según él acabó con los Morrison seguramente utilizó un coche de alquiler. Dígale que necesita comprobarlo. Teale no puede decirle que no, pues eso vendría a cuestionar la veracidad de su propia historia, ¿no le parece?

—De acuerdo —dijo Finlay—. Voy a intentarlo. Igual funciona y todo.

—Joe sin duda tenía varios números de teléfono —afirmé—. El número que encontraron metido en su zapato estaba en un trozo de papel de impresora, ¿no? Pues bueno, ¿dónde está el resto de ese papel? Apuesto a que en la habitación de su hotel, olvidado sobre la mesa, cubierto de números de teléfono. Excepto el de Hubble, que fue arrancado de la parte superior del papel. Si encuentra el coche, presione a Picard para que encuentre ese hotel por medio de la agencia de alquiler, ¿entendido?

—Entendido —repuso Finlay—. Haré lo que pueda.

Al llegar a Yellow Springs, torcimos por el camino de acceso al hospital. Aminoramos para superar los badenes, entramos en el aparcamiento de la parte posterior y aparcamos junto a la puerta del depósito de cadáveres. No quería entrar. Joe seguía allí. Mi mente rememoró los preparativos de anteriores funerales. Hasta la fecha nunca había tenido que encargarme personalmente. El Cuerpo de Infantería de Marina se había ocupado del de mi padre, y Joe del de mi madre.

Pero salí del coche con los dos, y fuimos andando hacia la puerta. El aire era frío. Entramos. Encontramos el camino que llevaba al despacho destartado. El mismo médico forense de la vez anterior estaba sentado tras el escritorio. Llevaba la misma bata blanca y lucía la misma expresión cansada en el rostro. Nos invitó a entrar con un gesto. Entramos y nos sentamos. Yo lo hice en un taburete. No quería volver a tomar asiento junto al fax. El forense nos miró por turnos. Lo miramos.

—¿Qué tiene para nosotros? —preguntó Finlay.

El fatigado hombre, sentado tras el escritorio, se dispuso a responder. Como quien se dispone a pronunciar una conferencia. Cogió tres carpetas que tenía a la izquierda y las dejó sobre el tapete protector del escritorio. Abrió la que estaba encima. Cogió la segunda y también la abrió.

—El matrimonio Morrison. El hombre y la mujer.

Volvió a mirarnos por turnos. Finlay asintió.

—Torturados y asesinados —indicó—. La secuencia de los hechos está muy clara. A la mujer la sujetaron. Dos hombres, diría, uno por cada brazo. Se los agarraron y retorcieron. Hay fuertes contusiones en los brazos y antebrazos, así como ciertas lesiones en los ligamentos de resultas de haberle retorcido los brazos. Está claro que las contusiones fueron teniendo lugar desde que la agarraron por primera vez hasta que la mujer murió. Los moretones cesan cuando la sangre termina de circular, ¿me explico?

Asentimos sin decir palabra. Se explicaba.

—Diría que transcurrieron unos diez minutos —continuó—. Desde el principio hasta el final. A la mujer la sujetaron con violencia. Al hombre lo clavaron a la pared. Creo que ambos estaban desnudos. Cuando los sorprendieron llevaban unos batines, ¿no es así?

—Unos albornoces —dijo Finlay—. Estaban desayunando.

—Bueno, pues los albornoces se los quitaron al momento —dijo el forense—. Al hombre lo clavaron a la pared, aunque sus pies rozaban el suelo. A continuación fueron a por sus genitales. Le sajaron el escroto. La autopsia indica que a la mujer la obligaron a tragarse los testículos amputados.

En el despacho se hizo el silencio. Un silencio sepulcral. Roscoe me miró. Un largo instante. Hasta que sus ojos volvieron a posarse en el forense.

—Los he encontrado en el estómago —aclaró el médico.

Roscoe estaba tan blanca como la bata del forense. Durante un momento pensé que iba a caerse del taburete. Cerró los ojos sin decir palabra. Estaba visualizando lo que tenían previsto hacernos la noche pasada.

—¿Y? —dijo Finlay.

—A la mujer la mutilaron —prosiguió el forense—. Le cortaron los pechos, le infligieron daños en la región genital, le rebanaron el cuello. A continuación le cortaron el cuello al hombre. Esa fue la última herida causada por los asesinos. Así lo indicaba el chorro arterial del cuello, situado por encima de todas las demás manchas de sangre que había en la habitación.

En el despacho se produjo un silencio mortal. Un silencio prolongado.

—¿Qué armas emplearon? —pregunté.

El hombre sentado tras el escritorio fijó en mí su mirada exhausta.

—Un objeto afilado, naturalmente —dijo con una pequeña sonrisa sin alegría—. Recto, de unos diez o doce centímetros de largo.

—¿Una navaja barbera? —pregunté.

—No —contestó—. Desde luego que fue algo tan afilado como una navaja barbera, pero era rígido, y con doble filo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hay indicios de que fue utilizado por uno y otro lado —dijo el forense, haciendo un gesto con la mano—. Así. Al cortar los pechos de la mujer. Cortaron por uno y otro lado. Como quien corta filetes de una pieza de salmón.

Asentí. Roscoe y Finlay guardaron silencio.

—¿Qué sabe sobre el otro hombre? —pregunté—. ¿Stoller?

El forense apartó a un lado las dos carpetas correspondientes a los Morrison y abrió la tercera. Echó un vistazo y me miró. Esta tercera carpeta era más gruesa que las dos anteriores.

—¿Se llamaba Stoller? —dijo—. Aquí consta como «sin identificar».

Roscoe alzó la mirada.

—Le enviamos un fax —contestó—. Ayer por la mañana. Encontramos la correspondencia con sus huellas.

El forense rebuscó por el escritorio desordenado. Encontró un fax. Lo leyó y asintió. Tachó el «sin identificar» que constaba en la carpeta y escribió: «Sherman Stoller» en la parte de arriba. Otra vez esbozó una pequeña sonrisa sin alegría.

—Este hombre está aquí desde el domingo —explicó—. He podido examinarle más a fondo, ya me entienden. Está un poco mordisqueado por las ratas, pero en un estado bastante menos malo que el de los Morrison.

—¿Y qué nos puede decir de él? —pregunté.

—Ya hemos hablado de las balas, ¿no? No hay más que añadir sobre la causa de la muerte.

—Pero ¿qué más sabe?

La carpeta era demasiado gruesa para limitarse a contener la información sobre los disparos, la fuga desesperada y la muerte por desangramiento. Estaba claro que el forense tenía más cosas que contarnos. Vi que llevaba los dedos a los papeles y presionaba ligeramente con las yemas. Como si estuviera tratando de dar con unas vibraciones o leer un texto escrito en braille.

—Este hombre era camionero de profesión.

—¿Camionero?

—Eso creo —dijo el forense en tono convencido.

Finlay levantó la mirada. La cosa le interesaba. Era evidente que los procesos deductivos lo fascinaban. Lo había visto cuando lo sorprendí con mis deducciones sobre su paso por Harvard, su reciente divorcio y su decisión de dejar de fumar.

—Continúe —le instó Finlay.

—En pocas palabras —dijo el forense—. He dado con algunos indicios que así lo señalan. Tenía un trabajo sedentario, pues tenía la musculatura y las nalgas flojas. Las manos un tanto redondeadas, con bastantes restos antiguos de gasóleo incrustados en la piel. También había muchos rastros de gasóleo en las suelas de sus zapatos. Los órganos internos indicaban que se alimentaba mal y seguía una dieta rica en grasas. Asimismo he encontrado un nivel más bien alto de sulfuro de hidrógeno en la sangre y en los tejidos. Este hombre se pasaba la vida en la carretera, expuesto a los humos de un montón de tubos de escape. He adivinado que era camionero por la abundante presencia de gasóleo.

Finaly indicó su conformidad con un gesto. Hice otro tanto. Stoller había llegado al depósito de cadáveres sin nada que hablara de su persona, sin documento de identidad, sin historial de ningún tipo, tan solo con un reloj en la muñeca. Ese forense era muy bueno. Nos contempló mientras asentíamos aprobando sus conclusiones. Parecía sentirse complacido. Y daba la impresión de que tenía más cosas que decir.

—Sin embargo, este camionero llevaba algún tiempo sin trabajar —agregó.

—¿Por qué? —preguntó Finlay.

—Porque todos esos indicios y trazas son un tanto antiguos —aclaró el forense—. Diría que durante mucho tiempo estuvo conduciendo camiones, pero que luego dejó de hacerlo. Que apenas estuvo al volante durante los últimos nueve o doce meses. Así que diría que era camionero... Pero un camionero desempleado.

—Muy bien, doctor, buen trabajo —lo felicitó Finlay—. ¿Tiene copias para nosotros de cuanto acaba de explicar?

El forense le pasó un sobre de buen tamaño a través del escritorio. Finlay se acercó y lo cogió. Nos levantamos. Quería irme de allí cuanto antes. No quería ver más cuerpos destrozados. Roscoe y Finaly se dieron cuenta y asintieron en silencio. Nos fuimos a toda prisa, como si tuviéramos una cita y llegáramos con retraso. Sentado tras el escritorio, el forense ni se inmutó. El hombre había visto marcharse de su despacho a un montón de personas que parecían llegar con retraso a una cita.

Subimos al coche de Roscoe. Finlay abrió el gran sobre y sacó la información sobre Sherman Stoller. La dobló y se la metió en el bolsillo.

—Algo tenemos, de momento —observó—. Es posible que esto nos lleve a alguna parte.

—Voy a hacer que los de Florida me envíen ese atestado de detención —dijo Roscoe—. Y seguramente encontraremos su dirección. Un camionero ha de constar en muchos sitios, ¿no? En el listado de afiliados al sindicato, en el seguro médico de turno, en el registro de permisos de conducir... Creo que será fácil encontrar más información.

Hicimos el trayecto de regreso a Margrave en silencio. En la comisaría tan solo estaba el sargento del mostrador de recepción. Era la hora del almuerzo en Margrave, lo mismo que en Washington. Ambas poblaciones se encontraban en el mismo huso horario. Finlay me pasó un papelito que llevaba en un bolsillo y se fue a montar guardia en la puerta del despacho decorado en madera de palisandro. Entré y me dispuse a llamar a la mujer que posiblemente fuera la amante de mi hermano.

El número facilitado por Finlay era el de la extensión directa de Molly Beth Gordon. Respondió al primer timbrado. Le di mi nombre. Se puso a llorar.

—Habla usted igual que Joe... —dijo.

No respondí. No tenía ganas de hundirme en el baúl de los recuerdos. Y ella tampoco tendría que tenerlas, teniendo en cuenta que estaba extralimitándose en sus funciones y corría peligro de que la oyeran. Mejor haría en decirme lo que tuviera que decirme y colgar cuanto antes.

—Y bien, ¿qué estaba haciendo Joe en un pueblo como este? —pregunté.

Reprimió un gemido, y su voz de pronto me llegó con claridad.

—Estaba llevando a cabo una investigación —dijo—. Aunque no sé que era exactamente lo que andaba investigando.

—Pero ¿qué clase de asunto estaba investigando? O, dicho de otra forma, ¿a qué se dedicaba Joe?

—¿Es que no lo sabe?

—No —reconocí—. No nos resultaba fácil seguir en contacto, me temo. Así que va a tener que explicármelo todo desde el principio.

Una larga pausa al otro lado de la línea.

—Muy bien —repuso Molly—. No tendría que decírselo. No tengo autorización.

Pero voy a hacerlo. Dinero falsificado. Joe dirigía la sección del Tesoro encargada de combatir la falsificación de billetes.

—¿Dinero falsificado?

—Sí. Joe era el jefe de la sección. Estaba al frente de todos los operativos. Joe era un hombre excepcional, Jack.

—Pero ¿por qué estaba aquí, en Georgia? —Quise saber.

—No lo sé —respondió ella—. No tengo ni idea. Pero voy a tratar de averiguarlo para usted. Puedo copiar sus archivos. Sé cual es la contraseña de su ordenador.

Se produjo una nueva pausa. Ahora sabía algo con certeza sobre Molly Beth Gordon. Yo había dedicado mi tiempo a las contraseñas de ordenador. Todo policía militar tiene que hacerlo. Había estudiado la psicología. La mayor parte de los usuarios eligen mal. Muchos de ellos escriben la puñetera palabreja en un papelito amarillo adhesivo que luego pegan junto a la pantalla del ordenador. Los que son más listos escriben el nombre de su cónyuge, el de su perro, el de su coche preferido o el nombre de la isla en la que estuvieron en luna de miel o en la que se follaron a su secretaria. Los que se creen aún más listos escriben números, y no letras, pero escogen la fecha de su cumpleaños, su aniversario de boda o algo igualmente facilón. Si consigues averiguar algo sobre el usuario, lo normal es que tengas bastantes probabilidades de dar con su contraseña.

Pero eso no hubiera funcionado con Joe. Mi hermano era un profesional que había trabajado en Inteligencia militar durante buena parte de su vida. Su contraseña sería una mezcla aleatoria de números, letras, signos de puntuación, mayúsculas y minúsculas. Imposible de adivinar. Si Molly Beth Gordon sabía cuál era su contraseña, era porque Joe se la había dicho. No había otra explicación. Joe confiaba en ella. Estaba unida a ella de verdad. Puse algo de ternura al decir:

—Molly, eso sería estupendo. Necesito conseguir esa información como sea.

—Lo suponía —repuso—. Espero disponer de ella mañana. Volveré a llamarles, tan pronto como pueda. Tan pronto como sepa alguna cosa.

—¿Es que en Margrave pueden estar falsificando billetes de banco? —pregunté—. ¿Puede tratarse de eso?

—No —dijo—. Las cosas no funcionan así. Al menos dentro de Estados Unidos. Resulta ridícula esa imagen que tiene la gente de unos tipos malencarados que se dedican a imprimir billetes falsos en un sótano. No es así como funcionan las cosas. Porque Joe se encargó de que dejaran de funcionar de esa forma. Su hermano era un genio, Jack. Hace unos años estableció ciertos protocolos en lo referente al papel y las tintas especiales, de tal forma que si a alguien se le ocurre la idea, se le cae el pelo en cuestión de días. El sistema es seguro al cien por cien. En Estados Unidos ya nadie imprime dinero falso. Joe se ocupó de ello. Las falsificaciones se efectúan en el extranjero. Todos los billetes falsos que detectamos vienen de fuera. Eso era lo que Joe estuvo persiguiendo durante años. El dinero falso procedente del extranjero. No sé por qué razón concreta estaba en Georgia. Pero mañana voy a averiguarlo. Se lo

prometo.

Le di el número de la comisaría y le pedí que no hablara con nadie que no fuera yo, Roscoe o Finlay. Molly colgó al momento, como si alguien hubiera aparecido de pronto. Seguí sentado un rato, tratando de imaginar qué aspecto tendría aquella mujer.

Teale había vuelto a la comisaría, en compañía del viejo Kliner. Estaban hablando junto al mostrador de la entrada, con aire confidencial. Kliner estaba dirigiéndose a Teale del mismo modo en que se había dirigido a Eno en la cafetería. Quizá se tratara de algún asunto relativo a la fundación. Roscoe y Finlay se encontraban junto a las celdas. Me acerqué. Me situé entre ambos y les expliqué en voz baja:

—Dinero falso. Todo esto tiene que ver con la falsificación de billetes de banco. Joe estaba al cargo de la sección del Departamento del Tesoro encargada de perseguir las falsificaciones. ¿Alguna vez han oído hablar de un asunto parecido en este pueblo?

Se miraron y respondieron que no en silencio. Oí que una de las puertas de cristal se abría. Kliner estaba saliendo de la comisaría. Teale echó a andar en nuestra dirección.

—Me largo —les indiqué.

Pasé junto a Teale y me dirigí a la puerta. Kliner estaba en el aparcamiento, de pie junto a la furgoneta negra. Esperándome. Sonrió. Mostrando sus dientes de lobo.

—Siento lo de su hermano.

Su voz era tranquila y bien modulada. La propia de un hombre con estudios. Algo sibilante. Una voz que no encajaba del todo con su imagen de hombre de campo.

—Mi hijo está disgustado con usted.

Me miró. En sus ojos había una especie de fuego. Me encogí de hombros.

—El chaval fue el primero en disgustarme a mí —le contesté.

—¿Cómo es eso? —preguntó Kliner en tono imperioso.

—Puede ser que por el simple hecho de existir.

Me fui andando por el aparcamiento. Kliner subió a la furgoneta. La puso en marcha y salió disparado. Se dirigió al norte. Yo me dirigí al sur. Eché a andar hacia la casa de Roscoe. Llegué en unos diez minutos. Saqué el Bentley del garaje. Conduje el coche cuesta arriba y llegué a Main Street. Iba mirando a uno y otro lado, tratando de dar con la tienda de ropa. Estaba tres puertas más allá de la barbería. Aparqué el Bentley y entré. Utilicé el dinero para gastos que me había dado Charlie Hubble y compré al encargado —un hombre de aspecto triston— un par de pantalones, una camisa y una americana beige de algodón, la prenda más formal que estaba dispuesto a vestir. Sin corbata. Me puse las nuevas ropas en el probador. Metí las viejas en una bolsa, que dejé en el interior del Bentley.

Fui tres puertas más abajo y me planté ante la barbería. El más joven de los dos viejos iba a salir por la puerta. Se detuvo y puso su mano en mi brazo.

—¿Cómo se llama usted, hijo?

No había motivo para que no se lo dijera, o eso pensé.

—Jack Reacher.

—¿Tiene unos amigos hispanos en este pueblo?

—No —respondí.

—Bueno, pues ahora sí que los tiene. Dos tipos que andan preguntando por usted. Lo miré. Sus ojos escudriñaron la calle.

—¿Quiénes son esos dos tipos?

—Nunca los había visto hasta ahora —dijo—. Dos tipos bajitos, vestidos con camisas chillonas, que van en un coche marrón. Han estado preguntando por Jack Reacher por todas partes. Les hemos dicho que nosotros no conocemos a ningún Jack Reacher.

—¿Cuándo han venido?

—Esta mañana. Después del desayuno.

—Entendido —dije, moviendo la cabeza—. Gracias.

El viejo me abrió la puerta.

—Pase, por favor —me invitó—. Mi compañero se ocupará de usted. Aunque se ha puesto un poco nervioso. Será que se hace mayor.

—Gracias —repetí—. Hasta la vista.

—Eso espero, amigo.

Se marchó por Main Street. Entré en la barbería. El más viejo de los dos barberos se encontraba en el interior. El hombrecillo contrahecho cuya hermana había cantado con Blind Blake. No había ningún otro cliente. Saludé al barbero con un gesto de la cabeza y me senté en el sillón.

—Buenos días, amigo mío —dijo.

—¿Es que se acuerda de mí? —pregunté.

—Claro que sí —respondió—. Fue nuestro último cliente. Nadie más ha pasado por aquí.

Le pedí que me afeitara, y empezó a preparar la espuma.

—¿Dice que fui su último cliente? Pero si estuve aquí el domingo... Y hoy es martes. ¿El negocio siempre va así de mal?

El viejo se detuvo e hizo un gesto con la navaja de afeitar.

—Va así de mal desde hace años —comentó—. El viejo alcalde no viene por aquí, y todos los blancos del pueblo hacen lo que hace el alcalde. Con la salvedad del señor Gray, el de la comisaría, que siempre venía tan puntual como un reloj, tres o cuatro veces por semana, hasta que se ahorcó. Que Dios se apiade de él. Es usted el primer hombre blanco que ha entrado aquí desde febrero pasado, fíjese.

—¿Cómo es que Teale no viene a su barbería?

—Diría que ese hombre tiene un problema —explicó el viejo—. Creo que no le hace gracia eso de estar sentado en el sillón y cubierto de espuma junto a un hombre de raza negra con una navaja en la mano. Quizá tiene miedo de que pueda pasarle

algo malo.

—¿Es que podría pasarle algo malo?

El viejo soltó una risita seca.

—Es posible que el riesgo sea muy serio —dijo—. El muy cabrón...

—¿Y tienen bastantes clientes negros para ganarse la vida?

Me puso la toalla sobre los hombros y empezó a cubrirme de espuma con la brocha.

—Amigo, no nos hacen falta clientes para ganarnos la vida.

—¿No? ¿Y cómo es eso?

—Porque tenemos una subvención de la comunidad.

—¿En serio? ¿Y a cuánto sube?

—A mil dólares —contestó.

—¿Quién le paga ese dinero?

Empezó a afeitarme la barbilla. La mano le temblaba.

—La fundación Kliner —murmuró—. Por medio de su programa de ayuda a la comunidad. Es una subvención al negocio. Todos los que tienen tiendas y demás reciben una subvención. Llevan cinco años pagándonosla.

—Eso es bueno —convine—. Pero con mil dólares al año no les llegará para ganarse la vida. Es mejor que nada, pero todavía necesitan que vengan clientes, ¿no?

Solo estaba charlando por charlar, como suele hacerse en las barberías. Pero el viejo de pronto empezó a inquietarse, y mucho. La mano le temblaba, y tuvo problemas para terminar de afeitarme. Yo tenía la mirada fija en el espejo. Después de lo sucedido la víspera, sería tremendo que me cortaran el cuello por accidente.

—La verdad es que no tendría que explicarle todo esto —murmuró—. Pero como veo que es amigo de mi hermana, voy a contarle un secreto de los gordos.

El hombre se confundía. Yo no era amigo de su hermana. No la había visto en la vida. Sencillamente él me había hablado de ella, y eso era todo. El hombre seguía allí plantado con la navaja de afeitar. Nos estábamos mirando a través del espejo. Como cuando estuve con Finlay tomando un café en el pequeño supermercado.

—No nos pagan mil dólares al año —musitó. Acercó los labios a mi oreja y agregó—: Nos pagan mil dólares por semana.

Empezó a reírse solo, de forma incontenible. Me limpió la poca espuma que quedaba en mi rostro. Me pasó un paño húmedo y caliente por la cara. Y me quitó la toalla de los hombros como si fuera un mago de circo en plena actuación.

—Por eso no nos hacen falta clientes —rio.

Le pagué y fui hacia la puerta. Aquel tipo estaba loco.

—Dele saludos a mi hermana —dijo a mi espalda.

Atlanta estaba a unos setenta kilómetros, por lo que el viaje me llevó casi una hora. Salí de la autopista en el mismo centro de la ciudad y me dirigí hacia los edificios de mayor altura. Empecé a ver vestíbulos decorados en mármol, aparqué y pregunté a un policía por el barrio comercial.

Fui andando medio kilómetro en la dirección indicada y empecé a ver un banco tras otro. Sunrise International tenía su propio edificio. Una gran torre de cristal situada tras una pequeña plaza con una fuente. La plaza parecía haber sido sacada de Milán, pero la base del edificio estaba construida en sólida piedra, más propia de Londres o de Frankfurt, como correspondía a un banco de los importantes. Un vestíbulo alfombrado en tonos oscuros y decorado en cuero. Podría haber sido el vestíbulo de un tranquilo hotel.

Pregunté por el despacho de Paul Hubble, y la recepcionista consultó un directorio. Me dijo que lo sentía, pero era nueva en el trabajo y no me reconocía, por lo que iba a tener que pedir permiso para que me dejaran entrar. Marcó un número y habló en voz baja. Tapó el auricular con la mano y preguntó:

—¿El motivo de su visita, por favor?

—Soy un amigo.

Volvió a hablar por el aparato y me invitó a entrar en el ascensor. Tenía que ir a la recepción del piso diecisiete. Entré en el ascensor y pulsé el botón. El piso diecisiete aún daba más la impresión que el vestíbulo de que uno estaba en un exclusivo club para caballeros. Alfombras, paneles de madera, luz tenue. Antigüedades impolutas y viejos cuadros. Mientras cruzaba por la gran alfombra central, una puerta se abrió y un tipo vestido con traje y corbata salió a mi encuentro. Me estrechó la mano y me hizo pasar a una pequeña antesala. Dijo ser un gerente de algún tipo. Nos sentamos.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Estoy buscando a Paul Hubble.

—¿Puedo saber por qué?

—Es un viejo amigo —dije—. Me he acordado de que trabajaba aquí y se me ha ocurrido subir a saludarle un momento.

El del traje asintió con la cabeza. Y bajó la mirada.

—Verá... —dijo—. El señor Hubble ya no trabaja aquí. Siento decirle que nos vimos obligados a prescindir de sus servicios hará unos dieciocho meses.

Asentí con la cabeza a mi vez. Sentado en aquella antesala pequeña y lujosa, miré al tipo y me mantuve a la espera. Era posible que un poco de silencio le empujara a seguir hablando. Si empezaba a hacerle preguntas directas igual no soltaba prenda. Apelando a la confidencialidad y todo eso, como suelen hacer los abogados. Pero me di cuenta de que el hombre era de natural parlanchín. Muchos de esos directivos lo

son. Les encanta dejarte impresionado si tienen ocasión. De forma que seguí sentado y a la espera. El tipo empezó a disculparse, dado que yo era amigo personal de Hubble.

—No fue por culpa del propio señor Hubble, claro está —explicó—. Era muy bueno en su trabajo, pero se ocupaba de un sector que dejamos de atender. Fue una decisión estratégica de negocio, que resultó muy negativa para algunas personas, pero son cosas que pasan.

Asentí con un gesto, viniendo a darle la razón.

—Hace mucho que no lo he visto —dije—. No tenía idea. Ni siquiera sabía muy bien qué hacía aquí.

Le sonreí. Tratando de mostrarme tan amigable como ignorante. Lo que no resulta particularmente difícil en un banco. Le brindé mi mirada más expectante. Destinada a que un parlanchín empezara a darle a la lengua. Una mirada que ya me había funcionado en otras ocasiones.

—El señor Hubble se ocupaba de nuestro sector minorista —dijo—. Un sector en el que ya no operamos.

Lo miré con expresión de curiosidad.

—¿Sector minorista? —repetí.

—Banca personal —aclaró—. Efectivo, talones, créditos, clientes individuales... Ya me entiende.

—¿Y cerraron ese departamento? ¿Cómo es eso?

—Salía muy caro. Los costes generales eran muy altos, y los márgenes escasos. Lo mejor era olvidarse del asunto.

—¿Y Hubble formaba parte del departamento? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—El señor Hubble era nuestro responsable de efectivo —explicó—. El suyo era un cargo de importancia. Y era muy bueno en su trabajo.

—¿Qué hacía exactamente? —pregunté.

El hombre no sabía cómo explicármelo. No sabía por dónde empezar. Lo intentó un par de veces.

—¿Usted entiende de dinero? —Acabó por decirme.

—Bueno, algo de dinero sí que tengo —respondí—. Pero no sé si entiendo mucho del asunto.

Se levantó y con un gesto me invitó a acercarme a la ventana. Miramos a la gente que andaba por la calle, diecisiete pisos por debajo. Señaló a un sujeto trajeado que iba a paso rápido por la acera.

—Ese caballero, por ejemplo —dijo—. Vamos a hacer unas cuantas suposiciones, ¿le parece? Probablemente vive en un barrio de las afueras, es posible que tenga una segunda residencia en el campo, dos hipotecas abultadas, dos coches, dinero metido en media docena de fondos de inversión, un plan de pensiones, algunas acciones de bolsa, planes de estudio, cinco o seis tarjetas de crédito, de débito... Digamos que ese

hombre tiene un patrimonio neto de medio millón de dólares, ¿le parece?

—Me parece.

—Pero ¿cuánto dinero lleva encima? —me preguntó.

—Ni idea —respondí.

—Lo más probable es que unos cincuenta dólares —afirmó—. Unos cincuenta dólares en una billetera de cuero que le costó ciento cincuenta dólares.

Lo miré. No terminaba de pillarle la idea. El hombre cambió de argumentación. Estaba mostrándose muy paciente conmigo.

—La economía estadounidense es enorme —dijo—. Los activos y los pasivos son incalculablemente grandes. Estamos hablando de billones de dólares. Pero casi nada de todo eso está en efectivo. El caballero de antes tiene un patrimonio neto de medio millón de dólares, pero solo llevaba cincuenta en el bolsillo. Todo lo demás está en papeles u ordenadores. El hecho es que no hay mucho dinero en circulación. En todo Estados Unidos solo hay en circulación unos ciento treinta mil millones de dólares en efectivo.

Me encogí de hombros otra vez.

—A mí me parece suficiente dinero —objeté.

El otro me miró con severidad.

—Pero ¿de cuántas personas estamos hablando? —preguntó—. De casi trescientos millones. Lo que tan solo supone cuatrocientos cincuenta dólares por ciudadano. Ese es el problema al que la banca personal tiene que hacer frente todos los días. Una retirada de cuatrocientos cincuenta dólares en principio resulta muy modesta, pero si todo el mundo decidiera retirar esos cuatrocientos cincuenta de golpe, los bancos del país se quedarían sin efectivo en un abrir y cerrar de ojos.

Guardó silencio y me miró. Asentí con un gesto.

—Entendido —dijo—. Ya lo he captado.

—Y la mayor parte del dinero en efectivo no está en los bancos —continuó—. Está en Las Vegas o en los hipódromos. Está concentrado en las que denominamos «áreas económicas de movimiento intensivo de capital». Por consiguiente, un buen gerente de efectivo, y el señor Hubble era uno de los mejores que hemos tenido, constantemente está batallando para que tengamos los suficientes dólares contantes y sonantes. Y está obligado a ir a buscarlos donde sea. Tiene que saber dónde encontrarlos. Tiene que rastrear los billetes de banco. Lo que no resulta fácil. Al final ese fue uno de los factores que hacían que la banca minorista fuera tan costosa para nosotros. Una de las razones por la que nos olvidamos del negocio. Seguimos con él tanto tiempo como pudimos, pero al final tuvimos que abandonar la banca personal. Y tuvimos que despedir al señor Hubble. Lo que nos supo muy mal.

—¿Tiene idea de dónde puede estar trabajando ahora? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—Me temo que no.

—Pero tiene que estar trabajando en algún lugar, ¿no?

Volvió a menear la cabeza.

—Profesionalmente, le hemos perdido la pista. Ya no trabaja en el sector bancario; de eso estoy seguro. Lo sé porque no nos ha pedido una carta de recomendación y, hasta ahora, nadie nos ha preguntado por sus antecedentes profesionales. Lo siento, pero no puedo ayudarle. Si estuviera trabajando en algún otro banco, yo lo sabría. Eso lo tengo claro. El señor Hubble hoy debe de estar trabajando en otro sector.

Me encogí de hombros. La pista de Hubble se perdía. Y la conversación con ese tipo se había acabado. Así lo denotaba su lenguaje corporal. Hizo ademán de levantarse. Lo hicimos los dos a la vez. Le di las gracias por su amabilidad. Le estreché la mano. Crucé entre las antigüedades de la sala tenuemente iluminada en dirección al ascensor. Pulsé el botón de la planta baja y salí al grisáceo exterior otoñal.

Me había equivocado en todas mis suposiciones. Hasta ahora pensaba que Hubble trabajaba en el sector bancario, que tenía un empleo legítimo. Que quizá miraba para otro lado y prefería no ver determinadas operaciones más bien pequeñas, que quizá estaba parcialmente metido en algún chanchullo que otro. Que quizá se encargaba de dar el visto bueno a algunos números dudosos. Un poco por obligación. Que había sido un cómplice de alguien, un profesional útil, corrupto, pero no decisivo en definitiva. Pero Hubble llevaba un año y medio sin trabajar en el sector bancario. Eso lo convertía en un delincuente. En un delincuente integral. En un sujeto que estaba en el mismo centro de la trama. Una trama que en absoluto era pequeña.

Fui en coche a la comisaría de Margrave. Aparqué y entré en busca de Roscoe. Teale andaba por allí, pero el sargento del mostrador me hizo un guiño y señaló la habitación del archivo con la cabeza. Roscoe estaba dentro. Parecía cansada. Llevaba un montón de viejas carpetas bajo el brazo. Me sonrió.

—Hola, Reacher. ¿Has venido a librarme de todo esto?

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté.

Dejó el montón de carpetas encima de un mueble. Se quitó el polvo de encima y se atusó el cabello. Miró a la puerta de reojo.

—Un par de cosas. Teale tiene una reunión con el consejo de la fundación dentro de diez minutos. Voy a solicitar el fax a Florida en cuanto se largue de aquí. También vamos a llamar a la policía del estado preguntando por coches abandonados.

—¿Dónde está esa pistola que ibas a conseguirme?

Guardó silencio un momento. Se mordió el labio. Estaba acordándose de las razones por las que necesitaba un arma.

—Está en una caja —respondió—. En mi escritorio. Vamos a tener que esperar a que Teale se marche. Y no se te ocurra abrir la caja aquí, ¿entendido? Nadie más está al corriente.

Salimos del archivo y fuimos hacia el despacho decorado con madera de palisandro. La sala de trabajo estaba en silencio. Los dos miembros del grupo de apoyo del viernes estaban enfrascados ante sus ordenadores. Por todas partes había montones de carpetas. Había empezado la cacería de pega del asesino del jefe de policía. En la pared estaba pegado un gran papel destinado a ir escribiendo anotaciones sobre la investigación en curso. En lo alto estaba escrito: MORRISON. No había nada más. La investigación no había progresado mucho.

Nos mantuvimos a la espera en el despacho, en compañía de Finlay. Cinco minutos. Diez. Un puño llamó a la puerta, y Baker asomó la cabeza luciendo una amplia sonrisa. Volví a verle el diente de oro.

—Teale se ha ido —dijo.

Salimos a la sala de trabajo. Roscoe conectó el fax y cogió el teléfono para llamar a Florida. Finlay marcó el número de la policía del estado para preguntar por coches de alquiler que hubieran aparecido abandonados. Me senté frente a otro de los escritorios y telefoneé a Charlie Hubble. Marqué el número de teléfono móvil que Joe llevaba impreso en un papelito metido en el zapato. No me respondieron. Un ruidito electrónico y una voz grabada me dijo que el número al que estaba llamando estaba sin conexión.

Miré a Roscoe.

—Charlie Hubble ha desconectado ese maldito teléfono móvil —dije.

Roscoe se encogió de hombros y fue hacia el fax. Finlay seguía hablando con los de la policía del estado. Vi que Baker se mantenía cerca del triángulo formado por nosotros tres. Me levanté y fui a hablar con Roscoe.

—¿Baker quiere meterse en todo esto? —pregunté.

—Es lo que parece —respondió ella—. Finlay está empleándolo como una especie de centinela. ¿Te parece bien que lo metamos en el asunto?

Lo pensé un momento y negué con un gesto.

—No. En un caso como este, lo mejor es ser pocos y bien avenidos, ¿no te parece?

Volví a sentarme frente al escritorio, que ya había hecho mío. De nuevo marqué el número del móvil. Con el mismo resultado. La misma voz electrónica me volvió a decir pacientemente que la línea estaba desconectada.

—Maldita sea —dije para mí—. ¿Cómo es posible...?

Tenía que averiguar en qué había estado ocupado Hubble durante el último año y medio. Era posible que Charlie pudiera darme alguna idea. A qué hora se iba por las mañanas, a qué hora volvía por las noches, recibos de peaje de autopista, notas de restaurante, cosas por el estilo. También era posible que se hubiera acordado de algo relativo al próximo domingo o a *Pluribus*. Era posible que me dijera algo de utilidad. Y yo necesitaba algo de utilidad. Y cuanto antes. Pero Charlie había desconectado el maldito móvil.

—¿Reacher? —dijo Roscoe—. Tengo la información sobre Sherman Stoller.

Me mostró un par de hojas de fax. Llenas de letra impresa.

—Estupendo. Vamos a echarle una mirada.

Finlay colgó el teléfono y vino en nuestra dirección

—Los de la policía del estado van a volver a llamarnos —explicó—. Es posible que tengan algo para nosotros.

—Estupendo —repetí—. Es posible que estemos yendo a alguna parte.

Fuimos otra vez al gran despacho. Pusimos sobre el escritorio el fax referente a Sherman Stoller y lo estudiamos en silencio. Se trataba del atestado de una detención efectuada por el cuerpo de policía de Jacksonville, en Florida.

—Blind Blake nació en Jacksonville —indiqué—. ¿Lo sabían?

—¿Quién es ese Blind Blake? —preguntó Roscoe.

—Un cantante —dijo Finlay.

—Un guitarrista, Finlay —corregí.

Un coche patrulla había dado el alto a Sherman Stoller por sobrepasar el límite de velocidad en el puente situado entre Jacksonville y Jacksonville Beach a las doce menos cuarto de una noche de septiembre, hacía ya dos años. Iba al volante de una camioneta y había sobrepasado el límite de velocidad en quince kilómetros. Stoller se puso muy nervioso y empezó a increpar a los policías del coche patrulla. Lo que llevó a su detención por sospechoso de conducir en estado de embriaguez. Le tomaron las huellas y la fotografía en la comisaría central de Jacksonville, y los agentes registraron sus ropas y su vehículo. Stoller se había declarado residente en Atlanta y camionero de profesión.

El registro de sus ropas dio resultado negativo. Lo mismo sucedió con el registro de la camioneta, efectuado con la ayuda de perros. En el interior solo había un cargamento de veinte aparatos nuevos de aire acondicionado, embalados para su exportación desde Jacksonville Beach. Las cajas estaban selladas, llevaban el logotipo del fabricante y un número de serie cada una.

Después de que le fueran leídos sus derechos, Stoller hizo una llamada telefónica. Veinte minutos después, un abogado llamado Pérez, integrante del bufete Zacarías Pérez, muy respetado en Jacksonville, se presentó en la comisaría. Y diez minutos más tarde, Stoller fue puesto en libertad. Apenas estuvo en comisaría cincuenta y cinco minutos.

—Interesante —observó Finlay—. El tipo está a casi quinientos kilómetros de su casa, lo detienen a medianoche... ¿Y al cabo de veinte minutos recibe la visita de un abogado? ¿De uno de los abogados principales de un bufete prestigioso? Stoller parece haber sido un camionero muy especial, eso salta a la vista.

—¿Reconoces esa dirección de Atlanta que dio a la policía? —pregunté a Roscoe. Negó con la cabeza.

—No, la verdad. Pero puedo comprobarla.

La puerta se entreabrió, y Baker volvió a asomar la cabeza.

—La policía del estado al teléfono —anunció—. Parece que han encontrado el

coche.

Finlay consultó su reloj. Y se dijo que Teale aún iba a tardar en volver.

—Muy bien —dijo—. Páseme la llamada aquí, Baker.

Finlay descolgó el teléfono emplazado en el gran escritorio y se llevó el auricular al oído. Tomó unas cuantas notas y dio las gracias a su interlocutor. Colgó y se levantó de la silla.

—Muy bien —dijo—. Vamos a echar un vistazo.

Salimos del despacho con rapidez. Teníamos que ocuparnos del asunto antes de que Teale se presentara y empezara a hacer preguntas. Baker nos miró.

—¿Qué le digo a Teale? —preguntó.

—Dígale que hemos dado con el coche —dijo Finlay—. El coche con el que ese antiguo recluso enloquecido fue a casa de Morrison. Dígale que estamos haciendo muchos progresos, ¿comprendido?

Esta vez era Finlay el que conducía. Fuimos en un Chevrolet sin distintivos, idéntico al de Roscoe. Salió del aparcamiento, puso rumbo al sur y pronto dejó atrás el pueblo. Los primeros kilómetros siguió la carretera que llevaba a Yellow Springs, pero al cabo de un rato torció hacia el este por un camino sin asfaltar. El camino conducía hacia la autopista y terminaba en una especie de área de mantenimiento, situada justo debajo de la calzada. Montones de asfalto y barriles con alquitrán. Y un coche. Un coche que había sido empujado desde lo alto de la autopista. Y que luego había ardido por entero.

—Lo vieron el viernes por la mañana —explicó Finlay—. Dicen que están seguros de que el jueves no estaba en ese lugar. Puede haber sido el coche de Joe.

Lo examinamos. Tampoco había mucho que ver. El automóvil había ardido por completo. Todo cuanto no era de acero se había volatilizado. Ni siquiera estábamos seguros de qué modelo se trataba. A juzgar por la forma, Finlay consideraba que era un coche fabricado por General Motors, aunque era imposible adivinar por qué subsidiaria. Se trataba de un sedán de tamaño medio, pero una vez desaparecidas las piezas de plástico y similares, no hay forma de distinguir un Buick de un Chevy o un Pontiac.

Pedí a Finlay que sostuviera en alto el capó y me metí debajo. Buscaba el número inscrito bajo el parabrisas. Tuve que raspar unos cuantos restos ennegrecidos, pero encontré la pequeña placa alargada de aluminio y pude leer el número en su casi totalidad. Salí de debajo del capó y se lo recité a Roscoe, que tomó nota.

—Y bien, ¿qué piensa? —preguntó Finlay.

—Que podría ser el coche. Supongamos que lo alquiló el jueves por la tarde en el aeropuerto de Atlanta, con el depósito lleno. Y que lo condujo hasta los almacenes. Después alguien se encargó de traerlo hasta aquí. No debió de haber consumido más allá de ocho o nueve litros de gasolina, por lo que quedaba de sobras para que el

coche ardiera por completo.

Finlay asintió con un gesto.

—Tiene sentido —convino—. Pero los que dejaron el coche en este lugar fueron tipos de por aquí. Es un sitio estupendo para deshacerse de un automóvil, ¿no cree? Basta con dejarlo en la cuneta que hay sobre nuestras cabezas, empujarlo por el borde, bajar y prenderle fuego. Y después no hay más que marcharse con un cómplice que tenga su coche en los alrededores, a la espera. Cuestión de unos minutos. Pero eso solo pueden hacerlo los que conocen este camino para los operarios del mantenimiento de la autopista. Y solo la gente de por aquí conoce su existencia, ¿no le parece?

Dejamos atrás el coche incinerado y volvimos a la comisaría de policía en el Chevrolet. El sargento del mostrador estaba esperando a Finlay.

—Teale dice que vaya a verle a su despacho —anunció.

Finlay soltó un gruñido e hizo amago de ir para allí. Pero lo agarré por el brazo y dije:

—Dele algo de conversación a Teale. Para que Roscoe tenga un poco de tiempo para comunicar el número de ese coche.

Hizo un gesto de asentimiento y se encaminó al despacho. Fui con Roscoe hasta su escritorio. Iba a coger el teléfono, pero la detuve.

—Primero dame la pistola —musité—. Antes de que Teale termine de hablar con Finlay.

Asintió con la cabeza y miró en derredor. Tomó asiento y cogió las llaves que llevaba prendidas al cinturón. Abrió un cajón grande del escritorio y con la cabeza señaló una caja de cartón achatada. Una caja de las empleadas en las oficinas para guardar papeles, de unos cinco o seis centímetros de altura. El cartón era de los gruesos. Alguien había escrito un nombre en lo alto: GRAY. Me la puse bajo el brazo e hice un gesto a Roscoe. Cerró el cajón y echó el cierre.

—Gracias —dije—. Y ahora haz esas llamadas, ¿de acuerdo?

Me encaminé hacia la salida y abrí una de las pesadas puertas de cristal con el hombro. Fui hasta el Bentley. Dejé la caja en el techo del coche y abrí la puerta. Luego la puse en el asiento del acompañante y subí al automóvil. La cogí y la coloqué sobre mi regazo. Vi que un sedán marrón, un Buick, aminoraba en la carretera, a unos cien metros al norte.

Dos hombres de origen hispano. El mismo coche que había visto delante de la casa de Charlie Hubble el día anterior. Los mismos tipos. De eso no había duda. El coche se detuvo a unos setenta y cinco metros de la comisaría. Ninguno de los dos se bajó. Siguieron allí sentados, a unos setenta y cinco metros de distancia, contemplando el aparcamiento de la comisaría. Tuve la impresión de que estaban mirando directamente al Bentley. Se diría que mis nuevos amigos me habían encontrado. Habían estado buscándome toda la mañana. Ya no tenían que seguir buscando. Eso estaba claro. Allí estaban plantados. De forma que volví a

concentrarme en la caja.

En el interior no había más que una cajita con balas y una pistola. Un arma de mil demonios. Una Desert Eagle automática. La había usado con anterioridad. Esas pistolas proceden de Israel. En su momento las recibimos a cambio de todo cuanto enviamos a dicho país. La empuñé. Muy pesada, con el cañón de treinta y cinco centímetros de longitud y casi medio metro de extensión total. Comprobé el cargador. Era la versión de ocho tiros del calibre 44. La que admite ocho proyectiles Magnum del 44. No estamos hablando de una pistola cualquiera. La bala de por sí pesa casi el doble que la del calibre 38 que llevan los revólveres de la policía. Cuando sale del cañón avanza con mucha mayor rapidez que la velocidad de la luz. Y se estrella contra el blanco con casi tanta fuerza como lo haría un tren de mercancías. No es una pistolita. El problema es la munición. Tienes que escoger. Si la cargas con balas de punta dura, corres el riesgo de atravesar al fulano que tengas delante, pero también a otro fulano que esté cien metros por detrás. De manera que utilizas balas de punta blanda, capaces de abrirle al fulano un agujero tan grande como la tapa de un cubo de basura. Tú escoges.

Las balas en la cajita eran todas de punta blanda. Ya me iba bien. Volví a mirar el arma. Un arma brutal, en perfecto estado. Todo funcionaba. La culata tenía grabado un nombre: GRAY. El mismo que aparecía en la caja de cartón. El inspector muerto, el antecesor de Finlay. El que se había ahorcado en febrero pasado. El tipo tenía que haber sido un coleccionista de armas. Esa no era su pistola reglamentaria. Ningún cuerpo de policía del mundo autorizaría el empleo de un cañón como ese. Era una pistola demasiado pesada y aparatosa.

Cargué la pistola del inspector muerto con seis balas. Devolví las demás a la caja y la dejé en el suelo del coche. Monté la pistola y quité el seguro. Lista y preparada, como solíamos decir. Así ganas una fracción de segundo en el momento de disparar. Lo que puede salvarte la vida. Quizá. Metí la pistola en la guantera de nogal del Bentley. Cabía por los pelos.

A continuación estuve mirando un momento a los dos hispanos del coche marrón. Seguían observándome. Nos estábamos mirando a setenta y cinco metros de distancia. Se mostraban tranquilos y relajados. Pero estaban observándome. Salí del Bentley y eché el cierre. Fui a la entrada de la comisaría. Volví el rostro y miré el sedán color marrón. Allí continuaban. Observándome.

Roscoe estaba sentada a su escritorio, hablando por teléfono. Me saludó con un gesto. Parecía tener noticias. Levantó la mano para indicarme que esperase un momento. Miré la puerta del despacho decorado con madera de palisandro. No me interesaba que Teale saliera antes de que Roscoe terminase de hablar por teléfono.

Salió en el momento preciso en que ella colgó. Tenía la cara enrojecida a más no poder. Y parecía furioso. Empezó a patear el suelo de la sala de trabajo y a golpearlo

con el pesado bastón. Con la mirada en el papel en blanco con el encabezamiento de «Morrison» en la pared. Finlay acababa de asomar la cabeza por la puerta del despacho. Me invitó a entrar con un gesto. Miré a Roscoe, me encogí de hombros y fui a ver qué tenía Finlay que decirme.

—¿A qué viene todo ese follón? —pregunté.

Finlay se echó a reír.

—He acabado por ponerle de los nervios —respondió—. Me ha preguntado qué demonios estábamos haciendo, que qué era eso de andar buscando un coche. Le dije que estaba confundido. Que lo yo le había dicho a Baker era que andábamos perdidos, como si fuera de noche, pero que Baker había entendido mal y oído que andábamos buscando un coche.

—Váyase con cuidado, Finlay —le recomendé—. Están matando a gente. Este asunto es muy serio.

Se encogió de hombros.

—Estoy empezando a volverme loco —dijo—. Así que tengo derecho a divertirme un poco, ¿no?

Finlay había pasado veinte años en Boston y había salido con vida de la experiencia. Era posible que también saliera vivo de esta.

—¿Qué se sabe de Picard? —pregunté—. ¿Se ha puesto en contacto con usted?

—No —respondió—. El hombre sigue con lo suyo.

—¿Es posible que haya asignado a dos de sus hombres a tareas de vigilancia?

Finlay rechazó la idea categóricamente con un gesto. Parecía estar muy seguro.

—De eso nada. Me lo hubiera dicho. ¿Por qué?

—Hay un par de tipos que están vigilado la comisaría —le expliqué—. Hará unos diez minutos que rondan por aquí. Van en un sedán color marrón sin distintivos de ninguna clase. Ayer los vi cerca de la casa de Hubble, y esta mañana han estado dando vueltas por el pueblo y preguntando por mí.

Volvió a hacer un gesto de negación.

—Esa gente no está con Picard —aseguró—. Me lo hubiera dicho.

Roscoe entró y cerró la puerta. La mantuvo bien cerrada con la mano, como si temiera que Teale fuera a irrumpir en cualquier momento.

—He llamado a Detroit. El coche era un Pontiac. Lo entregaron hace cuatro meses. Como parte de una gran flota para una compañía de coches de alquiler. Los de tráfico están comprobando la matrícula. Les he dicho que llamen a Picard tan pronto como sepan algo. Los de la compañía de alquiler seguramente podrán decirle dónde lo recogieron. Parece que empezamos a hacer progresos.

De pronto, sentí que estaba más cerca de Joe. Como si hubiera oído un eco distante.

—Estupendo —dije—. Buen trabajo, Roscoe. Y bueno, me voy de aquí. Volveré a las seis. No se separen el uno del otro, ¿entendido? Vayan con ojo.

—¿Adónde va? —preguntó Finlay.

—A dar una vuelta por el campo.

Los dejé en el despacho. Salí de la comisaría. Miré al norte. El sedán color marrón seguía aparcado a setenta y cinco metros de distancia. Los dos hispanos continuaban sentados en el interior. Observándolo todo. Fui al Bentley. Abrí el cierre y entré. Salí del aparcamiento y enfilé la carretera del condado. Sin apresurarme, tomándome mi tiempo. Pasé lentamente junto a aquellos dos tipos y continué hacia el norte. Vi por el retrovisor que el sedán se ponía en marcha. Y que enfilaba la carretera del condado. Aceleró un poco y se situó a mis espaldas. Como si estuviera remolcándolo con un cable invisible. Si yo reducía, el sedán reducía. Si aceleraba, el sedán aceleraba. Como si fuera un juego.

Dejé atrás la cafetería de Eno y me alejé del pueblo en dirección al norte. El sedán continuaba siguiéndome. A unos cuarenta metros. Sin tratar de esconderse. Torcí hacia el este por la carretera de Warburton. Reduje la velocidad. El sedán hizo otro tanto, manteniéndose a unos cuarenta metros de distancia. Fuimos hacia el oeste. Éramos lo único que se movía en aquel vasto paisaje. Podía ver a los dos fulanos por el retrovisor. No dejaban de mirarme. El bajo sol de la tarde lo iluminaba de lleno. La luz baja e hiriente recortaba sus figuras. Jóvenes, hispanos, vestidos con camisas chillonas, con el pelo negro, muy pulcros, muy parecidos. Su coche continuaba siguiéndome.

Seguí conduciendo diez o doce kilómetros más. Estaba buscando un lugar preciso. A cada kilómetro o medio kilómetro había alguna pista de tierra a izquierda o derecha, pistas que se internaban en los campos, pistas por donde los granjeros seguramente iban con su maquinaria, para hacer lo que fuese que hiciesen con ella. Estaba tratando de dar con un camino en particular, uno en el que me había fijado. El camino rodeaba una pequeña arboleda situada a la derecha de la carretera. La única posición a cubierto en muchos kilómetros a la redonda. Me había fijado en la arboleda cuando iba en el furgón de la cárcel el viernes. Y había vuelto a reparar en ella durante el regreso desde Alabama. Una arboleda pequeña pero compacta. Esa mañana había aparecido flotando en la niebla. Un pequeño bosquecillo, próximo a la carretera, a la derecha, con un camino de tierra que lo circundaba hasta enlazar con la propia carretera.

Lo vi a un par de kilómetros de distancia. Los árboles eran un borrón en el horizonte. Seguí conduciendo hacia ellos. Abrí la guantera y saqué la automática. La encajé entre los cojines del asiento de al lado. Los otros dos seguían manteniéndose a cuarenta metros. Cuando estuve a unos trescientos metros del bosquecillo, aceleré de sopetón. El viejo coche salió proyectado hacia delante. Enfilé el camino, giré dando tumbos e hice que el Bentley saliera por la cuneta. Lo situé tras la arboleda y frené de golpe. Empuñé el pistolón y salté al exterior. Dejé abierta la portezuela, como si hubiera salido de cualquier modo y me hubiera escondido a toda prisa entre los árboles.

Pero fui por el otro lado. Por la derecha. Rodeé el capó a todo correr, me adentré un par de metros en un campo de cacahuetses y me pegué al suelo. Serpenteé entre las matas y me situé frente al punto en que su coche tendría que detenerse al toparse con el Bentley. Me apreté contra la tierra rojiza, escondido entre los tallos y las hojas de las plantas. Y me quedé a la espera. Me dije que seguramente habían quedado rezagados unos sesenta o setenta metros, que no habían reparado en mi acelerón. Y entonces oí que llegaba el Buick marrón. Oí el ruido del motor y el gemido de la

suspensión. Entró dando bandazos en mi campo visual y se detuvo al encontrarse con el Bentley, quedando recortado contra los árboles. A unos cinco o seis metros de mi posición.

Aquellos tipos eran bastante astutos. Los he visto bastante más tontos, la verdad. El del asiento de al lado del conductor se había bajado del coche antes de efectuar el giro. Por si me había escondido en la arboleda. El conductor había salido por la portezuela correspondiente a su compañero, la que estaba más alejada de los árboles. Hasta situarse delante de mí. Tenía una pistola en la mano y una rodilla en tierra, protegido por el Buick del lugar en que suponía que yo estaba, observando el bosquecillo a través de las ventanillas del automóvil. Iba a tener que obligarle a moverse. No me interesaba que siguiera junto al coche. Yo no quería que el coche sufriera daños.

Estaban observando el bosquecillo con desconfianza. Ese había sido mi propósito. ¿Por qué iba a dirigirme al único bosque existente en kilómetros a la redonda para después ocultarme en un campo de cacahuetes? Era una clásica maniobra de diversión. Y habían caído en la trampa. El fulano apostado junto al coche no perdía la arboleda de vista. Y yo no perdía de vista su espalda. Yo hacía lo posible por respirar de forma pausada, sin dejar de apuntarle con la Desert Eagle. Su compañero estaba adentrándose lentamente entre los árboles, tratando de descubrirme. No iba a tardar en reaparecer.

Lo hizo al cabo de unos cinco minutos. Pistola en mano y apuntando al frente. Rodeó la parte posterior del Buick. Manteniéndose a distancia del Bentley. Se acuclilló junto a su compañero. Los dos se encogieron de hombros. Se acercaron a echarle un vistazo al Bentley. Inquietos por la posibilidad de que estuviera tumbado boca arriba en el suelo del gran coche o agazapado tras el imponente radiador cromado. El tipo que acababa de salir del bosquecillo empezó a reptar, procurando que el Buick estuviera entre su cuerpo y la arboleda, justo delante de donde yo me encontraba. Miró bajo el Bentley, tratando de ver mis pies.

Siguió reptando hasta cubrir toda la longitud del Bentley. Le oí gruñir y jadear, hasta que se alzó un poco por los codos. A continuación volvió a reptar en dirección opuesta y se acuclilló junto a su colega. Con precaución, se levantaron los dos junto al capó del Buick. Fueron andando y miraron en el interior del Bentley. Fueron juntos al borde del bosquecillo y escudriñaron la oscuridad. No me encontraban. Finalmente retrocedieron y se quedaron plantados en el camino, lejos de los coches, recortados en el cielo anaranjado, mirando los árboles, dando la espalda a los campos, dándome la espalda.

No sabían qué hacer. Eran dos tipos de ciudad. De Miami, posiblemente. Vestidos con ropas propias de Florida. Acostumbrados a las luces de neón y los solares en construcción. Acostumbrados a actuar bajo autopistas elevadas, en solares llenos de basura que los turistas nunca veían. No sabían qué hacer al encontrarse frente a un bosquecillo perdido entre cultivos de cacahuetes.

Seguían allí plantados cuando les disparé por la espalda. Dos rápidos disparos. Apuntando hacia arriba, entre los omóplatos. El ruido de la enorme automática resonó como el producido por unas granadas de mano. Los pájaros cambiaron de rumbo en el cielo. Un estruendo por duplicado que retumbó en los campos como los truenos de una tormenta. Dos retrocesos que me hicieron daño en la mano. Los dos fulanos salieron despedidos por los aires. Cayeron de morros, descoyuntados frente a los árboles, al otro lado del camino de tierra. Levanté la cabeza y miré con atención. Tenían esas expresiones inertes y vacías que son lo único que queda cuando la vida se ha esfumado.

Pistola en mano, me acerqué a mirar. Estaban muertos. Yo había visto muchos muertos, y estos dos estaban tan muertos como todos los anteriores. Los grandes proyectiles de la Magnum les habían dado entre los hombros. Allí donde se encuentran las grandes arterias y venas que llevan a la cabeza. Las balas habían causado unos destrozos de aquí te espero. Miré en silencio a los dos muertos y pensé en Joe.

Y luego tuve que ocuparme de otras cosas. Volví al Bentley. Abrí la portezuela y tiré la Desert Eagle al asiento trasero. Fui al Buick y saqué las llaves del contacto. Abrí el maletero. Supongo que esperaba encontrar alguna cosa en el interior. No sentía remordimiento alguno por haberme cargado a aquellos dos. Pero me sentiría mucho mejor si encontraba alguna cosa allí dentro. Como una automática del 22 con silenciador. O cuatro pares de botas de caucho y cuatro monos de nailon. Alguna que otra hoja afilada y de doce centímetros de largo. Cosas así. Pero no encontré cosas así. A quien encontré fue a Spivey.

Llevaría unas cuantas horas muerto. Le habían disparado en la frente con una 38. Casi a quemarropa. El cañón del revólver estaría a unos quince centímetros de su cabeza. Pasé la yema del pulgar en torno a la herida de bala. No había rastros de hollín, pero sí diminutas partículas de pólvora incrustadas en la piel. Que no se borran. Ese tipo de tatuaje es señal de que han disparado a muy corta distancia. A quince centímetros, a dieciocho como mucho. Alguien lo había encañonado por sorpresa, y el lento y barrigudo funcionario de la cárcel no había sido lo bastante rápido para agacharse.

Tenía una marca en la barbilla, allí donde yo le había cortado con la navaja de Morrison. Sus ojillos de serpiente estaban abiertos. Seguía vistiendo su mugriento uniforme. La panza blanca y peluda asomaba por el siete que yo le había hecho en la camisa. Spivey era un tipo corpulento. Para que cupiera en el maletero, le habían roto las piernas. Valiéndose de una pala o así. Después las habían doblado por los lados a partir de las rodillas para que el cadáver encajara. Lo miré y me puse furioso. Spivey estaba al corriente de todo aquel asunto, pero no me había dicho nada. Y sin embargo lo habían matado. No habían tenido en cuenta que no me hubiera dicho nada. Porque el pánico se había apoderado de ellos. Y estaban haciendo callar a todo el mundo, mientras el reloj seguía corriendo lentamente hacia el domingo. Contemplé los

muertos ojos de Spivey, como si en ellos pudiera haber información.

Fui junto a los cadáveres caídos junto al borde del bosquecillo y los registré. Dos billeteras y el contrato de alquiler de un coche. Un teléfono móvil. Eso era todo. El contrato de alquiler era el del Buick. Alquilado en el aeropuerto de Atlanta. El lunes por la mañana a las ocho. Un vuelo de primera hora. Miré en las billeteras. No encontré billetes de avión. Sendos carnets de conducir expedidos en Florida, con direcciones de Jacksonville los dos. Unas fotografías anodinas, unos nombres que no me decían nada. Unas tarjetas de crédito correspondientes a esos mismos nombres. Mucho dinero en efectivo en las billeteras. Lo robé. Ellos no iban a necesitarlo.

Saqué la batería del teléfono móvil y metí el móvil en el bolsillo de uno de ellos y la batería en el del otro. Llevé los cadáveres hasta el Buick y me las arreglé para meterlos en el maletero con Spivey. No fue fácil. No eran muy altos, pero sus cuerpos habían adoptado unas formas más bien raras. Me hicieron sudar a pesar del fresco que hacía. Tuve que emplearme a fondo para que encajaran en el poco espacio que dejaba Spivey. Miré en derredor y encontré sus dos revólveres. Del calibre 38 los dos. Uno estaba cargado por completo. El otro había sido disparado una vez. Olía a reciente. Tiré las dos armas al interior del maletero. Encontré los zapatos de uno de los dos tipos. La Desert Eagle había hecho que salieran volando por los aires. También los arrojé al interior del maletero. Lo cerré. Me adentré en el campo de cultivo y encontré mi escondrijo entre los arbustos. El lugar desde donde les había disparado. Rebusqué, y encontré los dos casquillos de bala. Me los metí en el bolsillo.

Cerré el Buick y lo dejé donde estaba. Abrí el maletero del Bentley. Saqué la bolsa con mis viejas ropas. Las nuevas estaban cubiertas de barro y de la sangre de los dos muertos. Me puse mis prendas de siempre. Hice una pelota con las ropas manchadas de sangre y las metí en la bolsa. Arrojé la bolsa al interior del maletero del Bentley y lo cerré. Lo último que hice fue coger una rama de árbol y borrar todas las pisadas.

Conduje de regreso a Margrave sin apresurarme. Aproveché para calmarme un poco. Una emboscada de manual, sin dificultad técnica ni verdadero peligro. Tenía trece años de experiencia en este tipo de cosas. Podía cargarme con los ojos cerrados a dos pavos como aquellos. Pero el corazón me latía con mayor fuerza de la prevista, y el cuerpo se me estremecía por el subidón de adrenalina. La imagen de Spivey con las piernas dobladas a los lados era lo que me provocaba todo aquello. Respiré hondo y me tranquilicé un poco. Me dolía el brazo derecho. Como si me hubieran pegado un martillazo en la palma de la mano. El dolor se extendía hasta el mismo hombro. Aquella Desert Eagle tenía un retroceso del demonio. Y hacía un ruido infernal. Los oídos seguían zumbándome por la doble explosión. Pero me sentía contento. Había hecho bien el trabajo. Dos tipos duros me habían estado siguiendo al salir de la ciudad. Ahora volvía, y los tipos ya no me seguían.

Dejé el Bentley en el aparcamiento de la comisaría, lo más lejos posible de las puertas de entrada. Devolví la pistola a la guantera y me bajé del coche. Era tarde ya. Las sombras del atardecer empezaban a hacerse notar. El vasto cielo de Georgia estaba oscureciéndose. Adquiriendo la tonalidad de la tinta. La luna estaba en ascenso.

Roscoe estaba sentada al escritorio. Se levantó y fue hacia mí. Salimos de la comisaría. Dimos unos pasos. Nos besamos.

—¿Hay noticias de los de la agencia de alquiler de coches? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—Mañana —dijo—. Picard está ocupándose del asunto. El hombre hace lo que puede.

—Muy bien —dije—. ¿Qué hoteles hay en el aeropuerto?

Empezó a desgranar un listado de hoteles. Los que suele haber en casi todos los aeropuertos del país. Presté atención al primero que mencionó. Luego le conté lo sucedido con los dos fulanos de Florida. Una semana atrás me hubiera detenido por haberlos matado. Con la idea de enviarme a la silla eléctrica. Su reacción ahora fue muy distinta. La irrupción en su casa de cuatro tipos calzados con botas de goma había cambiado mucho su forma de ver las cosas. Por lo que se limitó a esbozar una sombría sonrisa de satisfacción.

—Dos menos —comentó—. Buen trabajo, Reacher. ¿Eran los que estoy pensando?

—¿Los de anoche? No. Esos dos no eran de por aquí. No podemos incluirlos entre los diez mencionados por Hubble. Eran de fuera, y los contrataron para que echaran una mano.

—¿Dos tipos duros?

Me encogí de hombros. Hice oscilar la mano en señal de que tenía mis dudas.

—No demasiado —respondí—. No lo suficiente, por lo menos.

Expliqué lo que había encontrado en el maletero del Buick. Se estremeció de nuevo.

—¿Te parece que él era uno de esos diez? —preguntó—. ¿Spivey?

—No —dije—. No lo creo. A Spivey también lo contrataron para que echara una mano. A nadie se le ocurriría meter a un baboso como él en una trama de este tipo.

Roscoe asintió. Abrí el Bentley y saqué la pistola de la guantera. No me cabía en el bolsillo, por lo que volví a meterla en la caja de cartón con las balas. Roscoe metió la caja en el maletero del Chevy. Saqué la bolsa con las ropas sucias. Cerré bien el Bentley y lo dejé en el aparcamiento de la policía.

—Voy a llamar a Molly otra vez —dije—. El asunto es cada vez más complicado, y necesito más información. Hay algunas cosas que se me escapan.

La comisaría estaba casi vacía, por lo que me dirigí al despacho decorado con

madera de palisandro. Llamé al número en Washington, y Molly respondió al segundo timbrado.

—¿Puede hablar? —pregunté.

Me dijo que esperase un momento; oí que se levantaba y cerraba la puerta de su despacho.

—Es demasiado pronto, Jack. No voy a tener lo que necesita hasta mañana.

—Necesito algo de información de tipo general —expliqué—. Necesito saber cómo funcionan esos operativos internacionales que Joe estaba investigando. Necesito saber por qué aquí están pasando cosas cuando se supone que todo eso sucede fuera de nuestro país.

Lo pensó un momento y dijo:

—De acuerdo, voy a proporcionarle algo de información general. Creo que Joe sospechaba que esos operativos estaban siendo controlados desde nuestro país. El problema es difícil de explicar, pero voy a intentarlo. Al parecer, las falsificaciones se efectúan en el extranjero y —lo más importante— la mayor parte del dinero se queda en el extranjero. Tan solo unos cuantos de esos billetes falsos terminan por aparecer en Estados Unidos, lo que no supone un problema grave en el plano doméstico, aunque está claro que queremos ponerle fin al asunto. Pero en el extranjero nos encontramos con un problema diferente. ¿Usted sabe cuánto dinero en efectivo circula en Estados Unidos, Jack?

Me acordé de lo que me había dicho el tipo aquel del banco.

—Ciento treinta mil millones de dólares —respondí.

—Exacto —dijo ella—. Pero en el extranjero hay dos veces esa suma en dólares. Es un hecho. Doscientos sesenta mil millones de dinero estadounidense están en manos de personas repartidas por todo el mundo. En cajas de seguridad en Londres, Roma, Berlín, Moscú, metido dentro de colchones por toda Sudamérica y Europa del Este, escondido bajo suelos, en paredes falsas, en bancos, en agencias de viaje, por todas partes. ¿Cómo se explica?

—No lo sé —reconocí.

—Porque el dólar es la divisa que inspira mayor confianza. La gente cree en el dólar. Y todo el mundo quiere tener dólares. Como es natural, el gobierno de nuestro país está encantado con la situación.

—Porque es bueno para el orgullo nacional, ¿no? —aventuré.

Oí que cambiaba el auricular de mano.

—No es una cuestión de emociones —dijo Molly—. Es una cuestión de negocio. Piénselo, Jack. Si una persona de Bucarest tiene un billete de cien dólares en un cajón de su escritorio, eso significa que alguien, en algún momento, lo intercambió por unos activos en el extranjero por valor de cien dólares exactos. O lo que es lo mismo, nuestro gobierno les vendió un trozo de papel impreso con tinta verde y negra a cambio de cien dólares en bienes o servicios. Un negocio redondo. Y como se trata de una divisa que inspira confianza, lo más probable es que vaya a seguir en ese cajón de

escritorio en Bucarest durante muchos años. Estados Unidos nunca va a tener que devolver esos bienes o servicios adquiridos. Mientras la gente siga confiando en el dólar, lo tenemos pero que muy bien.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté.

—Resulta un poco difícil de describir —repuso—. Todo tiene que ver con la confianza y con la fe. Es casi metafísico. Si los mercados extranjeros se ven inundados de dólares falsos, la cosa en sí no tiene mucha importancia. Pero si las personas que operan en esos mercados extranjeros se enteran, entonces sí que tiene importancia. Porque les entra el pánico. Pierden la fe. Pierden la confianza. Ya no quieren más dólares. Y con el tiempo preferirán rellenar el colchón de su cuarto con yenes japoneses o marcos alemanes. Por supuesto, antes se quitarán los dólares de encima. Y el gobierno de nuestro país, de la noche a la mañana, se encontraría con una deuda exterior de doscientos sesenta mil millones de dólares. De la noche a la mañana. Y con eso no podríamos, Jack.

—Un problema de los gordos —convine.

—Es así —dijo Molly—. Y el problema tiene lugar lejos de aquí. Las falsificaciones las hacen en el extranjero en su totalidad, y casi todo ese dinero falso se distribuye en el extranjero. La cosa tiene sentido. Las fábricas de billetes falsos están escondidas en parajes remotos, a los que no tenemos acceso, y los falsos dólares luego van a parar a extranjeros que no plantean problemas mientras el billete de turno más o menos tenga el aspecto que se supone que tiene un dólar. Por eso, muy poco de ese dinero termina por ser importado. Tan solo las mejores falsificaciones acaban llegando a Estados Unidos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿A cuánto asciende lo que llega a nuestro país?

Intuí que fruncía los labios en gesto pensativo.

—No es tanto dinero —respondió—. Supongo que unos miles de millones con el paso del tiempo.

—¿Unos miles de millones? ¿Y eso no es mucho?

—Es una gota en el océano —contestó—. Desde el punto de vista macroeconómico. En comparación con el tamaño de la economía, quiero decir.

—¿Y qué estamos haciendo exactamente al respecto? —pregunté.

—Dos cosas —dijo—. En primer lugar, Joe estaba empeñado en ponerle fin a todo ese negocio. Por razones evidentes. En segundo lugar, hacemos lo posible por fingir que nada de esto está ocurriendo. Para que la moral no decaiga.

Asentí. Empecé a decirme que el gobierno de Washington en el fondo tenía sus razones para tanto secretismo.

—Entendido —dije—. Pero ¿qué pasaría si un día llamara al Tesoro y me interesase por el asunto?

—Lo negaríamos todo —respondió ella—. Le diríamos que no sabemos de qué nos está hablando.

Crucé la sala de trabajo en silencio y me reuní con Roscoe en su coche. Le dije que condujera en dirección a Warburton. Era de noche cuando llegamos a la pequeña arboleda. La luz de la luna hizo que diéramos con ella. Roscoe se detuvo en el lugar que le indiqué. La besé y me bajé del coche. Le dije que me encontraría con ella en el hotel. Di una palmada contra el techo del Chevy y me despedí con un gesto. Roscoe dio un giro de ciento ochenta grados y se marchó lentamente.

Me adentré en el bosquecillo. No quería dejar pisadas en el camino. La gruesa bolsa de viaje complicaba mi avance, pues no dejaba de engancharse en la maleza. Salí del bosquecillo y me planté frente al Buick, que seguía en el mismo sitio. Todo estaba en orden. Abrí la puerta del conductor con la llave y entré. Puse el motor en marcha y fui por el camino hacia la carretera. La suspensión posterior provocaba que el maletero del coche fuera resiguiendo las marcas que dejaban los neumáticos. No era de extrañar. El peso del maletero estaría en torno a los doscientos cincuenta kilos.

Salí a la carretera y me dirigí al este, en dirección a Margrave. Pero al llegar a la carretera del condado, giré hacia el norte. Recorrí a velocidad moderada los veinte kilómetros que me separaban de la autopista. Pasé junto a los almacenes y me uní al tráfico que discurría en dirección a Atlanta. No conducía ni demasiado rápido ni demasiado lento. No quería llamar la atención. El Buick color marrón era un coche del montón, de esos en los que nadie se fija. Ya me iba bien.

Al cabo de una hora empecé a seguir las indicaciones para llegar al aeropuerto. Encontré el acceso al aparcamiento de larga estancia. Cogí un billete en la barrera automatizada y entré. El estacionamiento era enorme. Mejor. Encontré una plaza libre en el centro, a unos cien metros de la valla más cercana. Borré con un pañuelo las huellas en el volante y el cambio de marchas. Salí con la bolsa de viaje. Cerré el Buick y me marché.

Al cabo de un minuto volví la vista atrás. Me resultaba imposible dar con el coche que acababa de abandonar. ¿Cuál es el mejor sitio para esconder un automóvil? El aparcamiento de larga estancia de un aeropuerto. Del mismo modo que una playa es el mejor lugar donde esconder un grano de arena. El Buick podía seguir allí durante un mes seguido sin que nadie reparara en él.

Fui andando hacia la barrera automatizada. Metí la bolsa de viaje en el primer contenedor de basuras que encontré. Y tiré el billete del estacionamiento en el segundo. Tras llegar a la barrera cogí el pequeño autobús interior del aeropuerto y me bajé en la terminal de salidas. Entré y fui a los servicios. Envolví las llaves del Buick en una toalla de papel y las dejé caer en la papelería. Regresé al vestíbulo y salí a la húmeda noche. Cogí otro de los autobuses interiores del aeropuerto y fui a reunirme con Roscoe.

La encontré bajo los neones del gran vestíbulo del hotel. Pagué la habitación con

dinero en efectivo, con uno de los billetes de los dos hispanos de Florida. Entramos en el ascensor y subimos. La habitación era oscura y deprimente. Eso sí, era grande. Con vistas al aeropuerto. La ventana contaba con un triple cristal destinado a insonorizar el cuarto del estruendo de los aviones. Olía a cerrado.

—Primero vamos a comer —dije.

—Primero vamos a ducharnos —repuso Roscoe.

Nos duchamos. Eso mejoró nuestro humor. Nos enjabonamos y empezamos a hacer el tonto. Terminamos por hacer el amor en la ducha mientras el agua caía sobre nuestros cuerpos. Después me entraron ganas de descansar un poco. Pero los dos teníamos hambre. Y debíamos hacer más cosas. Roscoe se puso las ropas que había recogido en su casa por la mañana. Los vaqueros, la camisa, la chaqueta. Tenía un aspecto de fábula. Muy femenino, pero con personalidad. Era una mujer con mucho nervio.

Subimos al restaurante del último piso. No estaba mal. Una gran vista panorámica del aeropuerto. Nos sentamos a una mesa con velas emplazada junto a una ventana. Un jovial camarero de origen extranjero nos sirvió cuanto pedimos. Empecé a devorarlo todo. Estaba muerto de hambre. Me bebí una cerveza y una gran taza de café. Empecé a sentirme medio humano otra vez. Pagué la cuenta con otro billete de los dos fulanos muertos. Bajamos al vestíbulo y nos hicimos con un plano de Atlanta en el mostrador de recepción. Fuimos a recoger el coche de Roscoe.

El aire de la noche era frío, húmedo y olía a gasóleo. El olor típico de los aeropuertos. Nos subimos al Chevy y estudiamos el plano de la ciudad. Nos dirigimos al noroeste. Roscoe estaba al volante, y yo trataba de darle las indicaciones precisas. Nos las vimos con el intenso tráfico, pero terminamos por llegar a donde íbamos, más o menos. Un barrio de casitas bajas. La clase de barrio en el que uno se fija cuando está a bordo de un avión a punto de aterrizar. Casitas unifamiliares en pequeñas parcelas valladas. Charcos de lluvia en las calles. Algunos jardines bien cuidados. Otros ni por asomo. Viejos automóviles sobre ladrillos, sin neumáticos. Todo ello bañado por la luz amarillenta de las farolas de sodio.

Dimos con la calle que andábamos buscando. Encontramos la casa. Bien cuidada. Pulcra y limpia. Una casita de una sola planta. Un pequeño césped, un pequeño garaje para un solo coche. Una estrecha puerta en la valla de alambre. Entramos. Llamamos al timbre. Una mujer mayor entreabrió la puerta sin quitar la cadena y nos miró.

—Buenas noches —dijo Roscoe—. Estamos buscando a Sherman Stoller.

Roscoe me miró un instante. Tendría que haber dicho que estábamos buscando la casa de Stoller. Porque ya sabíamos dónde se encontraba Stoller. En el depósito de cadáveres de Yellow Springs, a cien kilómetros de distancia.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó la anciana en tono cortés.

—Somos agentes de policía, señora —dijo Roscoe. Una media verdad.

La anciana corrió la cadena y abrió la puerta.

—Pasen, pasen —nos invitó—. Está en la cocina. Comiendo, como siempre.

—¿Quién? —repuso Roscoe.

La anciana se detuvo y la miró con sorpresa.

—Sherman —respondió—. Lo están buscando, ¿no?

Fuimos con ella a la cocina. Un anciano estaba cenando sentado a la mesa. Nos vio, dejó de comer y se pasó la servilleta por los labios.

—Son dos agentes de policía, Sherman —le explicó la mujer.

El anciano nos miró con ojos inexpresivos.

—¿Hay otro Sherman Stoller? —pregunté.

El anciano asintió con la cabeza. Angustiado.

—Nuestro hijo —respondió.

—¿Un hombre de unos treinta años? —pregunté—. ¿De treinta y cinco?

El anciano volvió a asentir. La mujer fue a su lado y llevó la mano a su brazo. Eran sus padres.

—Sherman no vive aquí —dijo él.

—¿Es que se ha metido en problemas? —inquirió ella.

—¿Podrían facilitarnos su dirección? —preguntó Roscoe.

Se tomaron su tiempo, como suelen hacer las personas mayores. Muy deferentes con la autoridad. Muy respetuosos. Estaban ansiosos por hacernos preguntas, pero se contentaron con darnos la dirección.

—Hace dos años que no vive aquí —explicó él.

Tenía miedo. Y hacía lo posible por distanciarse del problema en el que su hijo andaba metido. Les dimos las gracias y nos fuimos. Cuando estábamos cerrando la puerta de la casa, el anciano nos llamó y dijo:

—Hace dos años que se mudó a esa otra dirección.

Salimos a la calle y volvimos al coche. Miramos el plano otra vez. La nueva dirección no aparecía por ninguna parte.

—¿Qué te han parecido esos dos? —preguntó Roscoe.

—¿Los padres? Tienen claro que su hijo últimamente estaba metido en líos. Que se dedicaba a negocios un poco raros. Lo más probable es que no sepan exactamente qué clase de negocios.

—Es lo que me ha parecido. Vamos a encontrar esa nueva dirección...

Roscoe entró en la primera gasolinera que vio, hizo que le llenaran el depósito y pidió indicaciones al encargado.

—Está a una media docena de kilómetros en la otra dirección —me informó Roscoe. Dio un giro de ciento ochenta grados y empezó a alejarse del centro urbano—. La dirección corresponde a unas viviendas nuevas construidas junto a un campo de golf.

Fue escudriñando en la oscuridad, tratando de encontrar las referencias que le había indicado el tipo de la gasolinera. Al cabo de unos seis kilómetros abandonó la avenida, enfiló una carretera recién construida y se detuvo frente al cartel de una inmobiliaria. El cartel publicitaba unas casas de primera calidad, erigidas justo

encima del campo de golf. Casi todas estaban vendidas. Más allá del letrero se extendían unas hileras de nuevas edificaciones. Bonitas, no de gran tamaño, pero sí bien construidas. Balcones, garajes, buenos acabados. Unos buenos jardines en la oscuridad. Unos caminos iluminados llevaban a un gimnasio. Al otro lado no había nada. Sin duda se trataba del campo de golf.

Roscoe apagó el motor. Pasé el brazo por el respaldo de su asiento. Llevé la mano a su hombro. Estaba fatigado. No había parado en todo el día. No me hubiera importado seguir allí sentado un buen rato. La noche era tranquila y oscura. En el coche se estaba a gusto. Un poco de música no hubiera venido mal. Música con algo de desgarró. Pero teníamos cosas que hacer. Teníamos que encontrar a Judy. La mujer que había comprado el reloj a Sherman Stoller y había hecho que inscribieran una dedicatoria en la tapa de la caja.«Para Sherman, de Judy con amor».Teníamos que dar con Judy y explicarle que el hombre al que quería había muerto desangrado bajo una autopista.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Roscoe. Estaba muy despierta.

—No sé... —Dije—. Estas casas son de compra, no de alquiler. Y no parecen baratas. ¿Te parece que un camionero puede permitirse vivir en un lugar así?

—No lo veo claro —respondió—. Estas casas seguramente cuestan tanto como la mía, y yo no podría pagar la hipoteca sin el subsidio de la fundación. Y está claro que gano más dinero al mes que un camionero.

—Está claro —convine—. Por consiguiente, hay que suponer que el amigo Sherman también estaba recibiendo un subsidio de alguna clase, ¿no te parece? De lo contrario no hubiera podido vivir en un sitio como este.

—Eso mismo. Pero ¿de qué tipo de subsidio estamos hablando?

—Del tipo de subsidio que va dejando muertos por el camino.

La casa de Stoller estaba al final de todo. Seguramente pertenecía a la primera promoción de viviendas construidas en aquel paraje. Su padre nos había dicho que se había mudado dos años atrás. Lo que muy bien podía ser verdad. La primera promoción parecía tener un par de años de antigüedad. Fuimos andando por caminos que discurrían entre grandes macizos de flores. Ascendimos por un sendero hacia la casa de Sherman Stoller. El sendero estaba formado por losas irregulares. Uno se veía obligado a caminar de forma algo antinatural. Mientras yo tenía que andar a pasos cortos, Roscoe se veía obligada a forzar la zancada para ir de una losa a la siguiente. Llegamos a la puerta. Estaba pintada de azul, de un azul apagado y discreto, al viejo estilo.

—¿Vamos a contarle a Judy lo sucedido? —pregunté.

—No nos queda más remedio, ¿verdad? —dijo Roscoe—. Tiene derecho a saberlo.

Llamé a la puerta con los nudillos. Me quedé a la espera. Volví a llamar. Oí que el

suelo crujía en el interior. Alguien venía. La puerta se abrió. Una mujer nos estaba mirando. De unos treinta años de edad, aunque parecía mayor. Bajita, nerviosa, cansada. Rubia de bote.

—Somos agentes de policía, señora —la informó Roscoe—. Y estamos buscando el domicilio del señor Sherman Stoller.

La mujer guardó silencio un momento.

—Bueno, pues diría que ya lo han encontrado —repuso finalmente.

—¿Podemos pasar? —preguntó Roscoe en tono cortés.

Un nuevo silencio. La rubia finalmente se volvió y echó a andar por el recibidor. Roscoe y yo nos miramos, y la seguimos. Cerré la puerta a mi espalda.

La mujer nos condujo a la sala de estar. Una estancia de buen tamaño. Decorada con costosos muebles y alfombras. Un gran televisor. Sin equipo de música, sin libros. El conjunto no terminaba de impresionar. Se diría que alguien lo había comprado todo invirtiendo diez mil dólares tras haber hojeado un catálogo durante diez minutos. Un sillón de este tipo, otro de aquel otro, un par más como estos. A la mañana siguiente les entregaron los muebles, que distribuyeron al buen tuntún.

—¿Usted es la señora Stoller? —preguntó Roscoe en el mismo tono cortés.

—Más o menos —contestó la rubia—. No es que estuviéramos casados, pero supongo que ahora da lo mismo.

—¿Se llama Judy? —Intervine.

Asintió con la cabeza. De forma repetida. Aprovechando para pensar.

—Sherman está muerto, ¿no es así? —apuntó.

—En efecto —respondió Roscoe—. Lo siento mucho.

Judy asintió para sí. Su mirada vagó por el feo salón. Guardamos silencio. Judy finalmente se sentó. Nos indicó con un gesto que hiciéramos otro tanto. Tomamos asiento en sendas sillas, formando un triángulo perfecto.

—Tenemos que hacerle unas cuantas preguntas —explicó Roscoe, acercando el rostro al de la rubia—. ¿Le parece bien?

Judy asintió. Su rostro era inexpresivo.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía a Sherman? —preguntó Roscoe.

—Unos cuatro años, más o menos. Lo conocí en Florida, donde yo vivía por entonces. Vine con él aquí hace cuatro años justos. Y he seguido viviendo aquí desde entonces.

—¿Cuál era la profesión de Sherman?

Con expresión abatida, Judy respondió:

—Era camionero. Consiguió un buen contrato de trabajo en esta ciudad, aunque no sé muchos detalles. Un contrato a largo plazo, no sé si me explico. Por lo que compramos una casita. Sus padres vinieron a vivir con nosotros. Pero al final les dejamos la casita y nos vinimos a vivir aquí. Sherman estuvo ganando bastante dinero durante tres años. Siempre tenía mucho trabajo. Hasta hace un año, cuando, de pronto, dejó de tenerlo. Desde entonces casi no tuvo empleos. De vez en cuando le

salía algún pequeño transporte.

—¿Usted es la propietaria de las dos casas? —se interesó Roscoe.

—Yo no soy propietaria de nada, maldita sea —dijo Judy—. El propietario era Sherman. De las dos casas.

—Me dice que las cosas le fueron bien durante los primeros tres años... —apuntó Roscoe.

Judy se la quedó mirando un momento.

—¿Que si le fueron bien...? —repitió—. Dejémonos de tonterías, por favor. Sherman era un ladrón. Y estaba aprovechándose de algún fulano.

—¿Está segura? —Intervine.

Judy me taladró con la mirada.

—No hace falta ser muy lista para adivinarlo —contestó—. En esos tres años compró dos casas con dinero en efectivo, así como los muebles, los coches, lo que hiciera falta. Y esta casa no le salió precisamente barata. Aquí viven abogados, médicos y gente por el estilo. Y Sherman tenía el suficiente dinero ahorrado como para no tener que trabajar hasta septiembre pasado. Si todo eso lo consiguió trabajando honradamente, entonces yo soy la Primera Dama, ¿me explico?

Nos miró desafiante. Judy lo había tenido claro desde el principio. Y sabía lo que iba a pasarle a Sherman cuando descubrieran el pastel. Nos estaba desafiando a cuestionar su derecho a echarle la culpa de lo sucedido.

—¿Quién le proporcionó ese estupendo contrato de trabajo? —quiso saber Roscoe.

—Una compañía llamada Island Air-Conditioning. Durante tres años se dedicó a transportar aparatos de aire acondicionado. Los llevaba a Florida. Es posible que con destino a las islas del Caribe. No estoy segura. Sherman acostumbraba a distraer algunos de esos aparatos. En el garaje aún quedan dos cajas de hace tiempo. ¿Quieren verlas?

No esperó a oír nuestra respuesta. Se levantó y salió del salón. La seguimos. Bajamos por una escalera y atravesamos una puerta. Llegamos a un garaje. No había nada en el interior, salvo dos viejas cajas de cartón pegadas a una pared. Un par de cajas, se diría que llevaban allí un año o dos. Con el logotipo del fabricante: ISLAND AIR-CONDITIONING. Por arriba, la cinta adhesiva estaba arrancada y colgaba a los lados. Cada una de las cajas llevaba un número de referencia escrito a mano en el cartón. Cada una se correspondía con un aparato de aire acondicionado, del tipo que se ajusta a la ventana y hace un ruido de mil demonios. Judy clavó la vista en las cajas y nos miró con rabia. Su mirada decía: «Yo le regalé un reloj de oro y él, a cambio, me jodió la vida para siempre».

Me acerqué y eché un vistazo a las cajas. Estaban vacías. Detecté cierto olor amargo. Volvimos al salón. Judy sacó un álbum de fotos de una vitrina. Tomó asiento y contempló una fotografía de Sherman.

—¿Qué le pasó? —preguntó.

La pregunta era sencilla. Y merecía una respuesta sencilla.

—Le dispararon en la cabeza —mentí—. Murió al momento.

Judy asintió. Como si la cosa no la sorprendiera.

—¿Cuándo?

—El jueves por la noche —explicó Roscoe—. A medianoche. ¿Sherman le dijo adónde iba el jueves por la noche?

Judy meneó la cabeza.

—Nunca me contaba demasiado.

—¿En algún momento le dijo que había contactado con un investigador? —preguntó Roscoe.

Judy volvió a negar con un gesto.

—¿Ha oído mencionar la palabra *Pluribus*? —pregunté—. ¿Le suena de algo?

Me miró sin entender.

—¿Se trata de una enfermedad? ¿De los pulmones o algo así?

—¿Y qué puede decirnos sobre el próximo domingo? ¿En algún momento le habló del domingo que viene?

—No —contestó Judy—. Nunca me contaba demasiado.

Se quedó mirando las fotos del álbum. La sala se quedó en silencio.

—¿Sherman conocía a unos abogados en Florida? —preguntó Roscoe por fin.

—¿A unos abogados? —repitió Judy—. ¿Por qué iba a conocerles?

—A Sherman lo detuvieron hace dos años en Jacksonville —explicó Roscoe—. Por una infracción de tráfico mientras conducía la camioneta. Un abogado se presentó para sacarlo del apuro.

Judy se encogió de hombros, como si lo sucedido dos años atrás viniera a ser historia antigua.

—Hay abogados que siempre andan buscando clientes, ¿no? —observó—. No me parece que sea tan importante.

—Este abogado no era un buscavidas —aclaró Roscoe—. Era uno de los socios principales de uno de los bufetes más prestigiosos de allí. ¿Cómo es que Sherman lo conocía? ¿Tiene alguna idea?

Judy de nuevo se encogió de hombros.

—Es posible que quienes lo conocieran fuesen los jefes de Sherman —aventuró—. Los de Island Air-Conditioning. Nos proporcionaron una muy buena cobertura sanitaria. Sherman me dejaba ir al médico siempre que me hacía falta.

Volvimos a sumirnos en el silencio. No había más que decir. Judy volvió a mirar las fotos del álbum.

—¿Quieren ver una fotografía de Sherman?

Me acerqué por detrás de su silla para ver bien la imagen. Un hombre con el pelo color arena y cara de rata. Bajito, delgado, sonriente. De pie ante una furgoneta de transporte. Sonriente mientras miraba la cámara. La sonrisa daba cierto patetismo a la instantánea.

—Esta era la furgoneta que solía conducir —dijo Judy.

Pero yo no estaba mirando la furgoneta ni la sonrisa de Sherman Stoller. Estaba fijándome en una figura situada al fondo de la imagen. Aparecía desenfocada y con el rostro medio vuelto, pero lo reconocí. Paul Hubble.

Hice un gesto a Roscoe para que se acercara y viera bien la foto. Una expresión de sorpresa asomó a su rostro al reconocer a Hubble. Se acercó un poco más. Una nueva expresión de sorpresa. Había reconocido algo más.

—¿Cuándo tomaron esta foto? —preguntó.

Judy se encogió de hombros.

—El verano pasado, me parece.

Roscoe señaló con la uña la borrosa cara de Hubble.

—¿Sherman alguna vez le dijo quién era este hombre?

—Su nuevo jefe —respondió Judy—. Llevaría seis meses en el cargo cuando puso a Sherman de patitas en la puta calle.

—¿Su nuevo jefe en Island Air-Conditioning? —apuntó Roscoe—. ¿Y despidió a Sherman por alguna razón precisa?

—Sherman me dijo que porque ya no lo necesitaban. Nunca me contaba demasiado.

—¿Estas son las instalaciones de Island Air-Conditioning? —preguntó Roscoe—. ¿Este lugar en el que tomaron la foto?

Judy asintió ligeramente con la cabeza.

—Eso creo —dijo—. Sherman nunca hablaba mucho del trabajo.

—Necesitamos quedarnos con esta fotografía —repuso Roscoe—. Se la devolveremos.

Judy la sacó de debajo del celofán. Y se la entregó.

—Quédensela. No la quiero.

Roscoe se llevó la foto al bolsillo interior de la chaqueta. Empezamos a irnos de la sala de estar.

—Muerto de un tiro en la cabeza... —musitó Judy—. Es lo que pasa cuando te lo montas de esa forma en la vida. Le dije que más tarde o más temprano iba a encontrarse con un problema.

Roscoe asintió en gesto de comprensión.

—Seguiremos en contacto —le dijo—. Para la celebración del entierro, ya sabe, y es posible que tengamos que tomarle una declaración formal.

Judy nos taladró con la mirada.

—No se molesten —contestó—. No pienso ir a su funeral. No era su esposa, así que tampoco soy su viuda. Voy a hacer lo posible por olvidarme de él para siempre. Ese hombre no hacía más que meterse en problemas.

Siguió mirándonos fijamente. Fuimos por el pasillo hacia la puerta de la casa. Salimos por el camino enlosado. Nos cogimos de la mano al andar hacia el coche.

—¿Qué has visto en la fotografía? —Pregunté.

Roscoe estaba andando con rapidez.

—Espera un momento. Te lo cuento en el coche.

Subimos al Chevrolet, y Roscoe dio la luz del habitáculo. Sacó la fotografía del bolsillo. Acercó la foto a la luz, hasta que esta iluminó bien la brillante superficie. La estudió. Me la pasó.

—Fíjate en el borde izquierdo de la foto.

En la imagen, Sherman Stoller estaba de pie ante una camioneta de color amarillo. Paul Hubble estaba en segundo término, con el rostro medio girado. Las dos figuras y el vehículo ocupaban la imagen entera, con la salvedad de una cuña de asfalto en la parte inferior. El fondo de la izquierda estaba aún más borroso que Hubble, pero conseguí distinguir el extremo de un edificio moderno, de paneles de metal. Un alto árbol más allá. El marco de una puerta. Una portón industrial, con la persiana metálica subida. El marco era rojo oscuro, asimismo industrial. En parte decorativo, en parte protección contra los elementos. La persiana del portón estaba abierta, y el interior en penumbra.

—Es uno de los almacenes de Kliner —dijo Roscoe, en el extremo de la carretera del condado.

—¿Estás segura?

—He reconocido el árbol.

Volví a mirar. Se trataba de un árbol muy peculiar. Muerto en uno de sus lados. Quizá por efecto de un rayo.

—Es uno de los almacenes de Kliner —repitió—. No tengo duda.

Cogió el teléfono del coche y volvió a contemplar la fotografía. Marcó el número de la policía de tráfico en Atlanta y pidió información sobre la matrícula de la furgoneta de Stoller. Esperó unos momentos, tamborileando con el índice sobre el volante. Oí el crepitar de la respuesta en el auricular. Colgó y se volvió hacia mí.

—La furgoneta está registrada a nombre de Industrias Kliner —dijo—. La dirección que consta es la del bufete de abogados Zacarías Pérez, en Jacksonville, Florida.

Asentí. Roscoe hizo otro tanto. Los amigos de Sherman Stoller. Los que dos años antes lo habían sacado en libertad de la comisaría central de Jacksonville cincuenta y cinco minutos después de haber sido detenido.

—Muy bien —dijo ella—. Veámoslo todo en su conjunto. Hubble, Stoller, la investigación emprendida por Joe... Están imprimiendo billetes falsos en los almacenes de Kliner, ¿es eso?

—No —respondí—. No se imprimen billetes falsos en Estados Unidos. La impresión siempre se hace en el extranjero. Así me lo ha explicado Molly Beth Gordon, y se supone que esa mujer sabe de lo que habla. Según me dijo, Joe había hecho que fuera imposible. Y fuera lo que fuese lo que Stoller hacía exactamente,

Judy nos ha dicho que dejó de hacerlo hace un año. Por su parte, Finlay dice que Joe emprendió esta investigación hace un año. Por la misma época en que Hubble despidió a Stoller.

Roscoe asintió con la cabeza.

—Vamos a necesitar que Molly nos ayude —dijo—. Nos hace falta una copia del expediente reunido por Joe.

—Picard también podría ayudarnos. Si encontramos el hotel de Joe y entramos en su habitación, es posible que demos con el original. Los dos pueden sernos de utilidad, tanto Molly como Picard.

Roscoe apagó la luz. Puso el coche en marcha y emprendió el camino de regreso al hotel en el aeropuerto. Me arrellané en mi asiento. Bostecé. Me daba cuenta de que Roscoe estaba poniéndose nerviosa. Ya no tenía más cosas que hacer. No le quedaban más distracciones. Y ahora iba a tener que hacer frente a las horas de la noche, en las que uno es más vulnerable. Con el precedente de lo ocurrido en su casa la noche previa. Por eso estaba poniéndose nerviosa.

—¿Tienes la pistola, Reacher?

Me volví hacia ella.

—Está en el maletero —respondí—. En la caja. Tú misma la metiste ahí, ¿te acuerdas?

—Súbela al hotel, ¿entendido? Así me sentiré más segura.

Sonreí en la oscuridad. Tenía sueño. Bostecé.

—Yo también me sentiré más seguro —dije—. Esa pistola es lo que no hay.

Nos sumimos en el silencio. Roscoe llegó al aparcamiento del hotel. Salimos del coche y nos despezamos en la oscuridad. Abrí el maletero. Saqué la caja y cerré bien la tapa. Entramos por el vestíbulo y subimos en el ascensor.

Nos metimos en la cama nada más entrar en la habitación. Roscoe dejó su brillante revólver del 38 en la alfombra situada a su lado de la cama. Volví a cargar el gran pistolón del 44 y lo dejé a mi lado. Montado y con el seguro quitado. Colocamos una silla bajo el picaporte de la puerta. Roscoe iba a sentirse más segura.

Me desperté temprano y me quedé tumbado en la cama, pensando en Joe. Era miércoles por la mañana. Mi hermano llevaba cinco días muerto. Roscoe acababa de levantarse. Estaba de pie en el centro de la habitación, haciendo unos ejercicios. Una especie de yoga. Acababa de ducharse y no había terminado de vestirse. No llevaba pantalones. Tan solo una camisa. Me estaba dando la espalda. Mientras hacía sus estiramientos, la camisa se le subía. Dejé de pensar en Joe.

—¿Roscoe?

—¿Sí?

—Tienes el culo más bonito del mundo.

Soltó una risita. Me abalancé sobre ella. No pude evitarlo. Era lo único que podía

hacer. Aquella mujer me volvía loco. Su risita me había enloquecido. Arrastré su cuerpo hacia la gran cama de hotel. El edificio hubiera podido venirse abajo en aquel momento, y no nos hubiéramos dado cuenta. Algo después yacimos exhaustos y entrelazados. Así seguimos un rato. Roscoe finalmente se levantó y se duchó por segunda vez en la mañana. Volvió a vestirse. Poniéndose los pantalones y todo. Me sonrió, como viniendo a decirme que ya estaba bien de someterme a una tentación constante.

—¿Lo decías en serio? —preguntó.

—¿El qué? —Dije, sonriendo.

—Ya sabes. —Me devolvió la sonrisa—. Eso de que tengo el culo bonito.

—No he dicho que tuvieras el culo bonito —la corregí—. Culos bonitos los hay a patadas. Lo que he dicho es que tienes el culo más bonito del mundo entero.

—Pero ¿lo has dicho en serio?

—Ya lo creo que lo he dicho en serio. Ni se te ocurra subestimar ese culo que tienes, Roscoe, te lo digo yo.

Llamamos al servicio de habitaciones y pedimos el desayuno. Quité la silla del picaporte para que pudieran entrar con el carrito. Abrí las recias cortinas. La mañana era fantástica. El cielo azul brillaba, no se veía una sola nube, el sol otoñal resplandecía. La habitación de pronto se inundó de luz. Abrimos un poco la ventana, para que entraran el aire, los olores y los sonidos de la mañana. La vista era espectacular. Cubría el aeropuerto entero y parte de la ciudad situada más atrás. Iluminados por el sol, los coches del aparcamiento semejaban joyas dispuestas sobre terciopelo. Los aviones despegaban y viraban en el aire con lentitud, como pájaros orondos e importantes. Los edificios del centro resultaban imponentes bajo el sol. Una mañana estupenda. Pero se trataba de la sexta mañana seguida que mi hermano no había llegado a ver.

Roscoe cogió el teléfono y llamó a Finlay en Margrave. Le habló de la fotografía tomada a Hubble y a Stoller delante de uno de los almacenes de Kliner. A continuación le dio el número de nuestra habitación y le pidió que nos avisara si Molly trataba de contactar con nosotros desde Washington. O si Picard llamaba con información de la agencia de alquiler de coches sobre el Pontiac incinerado. Me dije que sería mejor quedarnos en Atlanta por si Picard se adelantaba a Molly y conseguíamos dar con el hotel de Joe. Lo más seguro era que se hubiera quedado en la ciudad, posiblemente cerca del aeropuerto. No tenía sentido volver en coche a Margrave para tener que regresar a Atlanta poco después. De forma que nos quedamos a la espera. Manoseé el dial de la radio empotrada junto a la cama. Encontré una emisora que ponía música que no estaba mal del todo. Unos temas que parecían sacados de los primeros álbumes de Canned Heat. Animados, luminosos y perfectos para una mañana soleada en la que no había mucho que hacer.

Llegó el desayuno, y nos lo comimos todo. Las tortitas, el sirope de arce, el tocino. Dimos buena cuenta del café que nos trajeron en una gran jarra de porcelana. Después me tumbé un rato en la cama. No tardé en sentirme un poco inquieto. En decirme que habíamos hecho mal en quedarnos. Parecía como si no estuviéramos haciendo nada en absoluto. Advertí que Roscoe estaba pensando lo mismo. Colocó la foto de Hubble y Stoller en una mesita y se puso a observarla con atención. Yo no dejaba de mirar el teléfono. Nadie nos llamaba. Empezamos a pasearnos arriba y abajo, a la espera de que pasara algo. Finalmente me agaché para recoger la Desert Eagle del suelo, junto a la cama. La sostuve en la mano. Reseguí con el dedo el nombre grabado en la culata. Miré a Roscoe. Tenía curiosidad por saber más sobre el tipo que se había comprado esa gigantesca automática.

—¿Qué tal era ese Gray?

—¿Gray? —repitió—. Un profesional de lo más meticuloso. Si te interesa echarle un vistazo a los papeles de Joe, tendrías que haber visto los de Gray. En la comisaría están todos los expedientes y atestados que escribió a lo largo de veinticinco años. Pormenorizados a más no poder. Gray era un buen inspector.

—¿Cómo es que se ahorcó?

—No lo sé. Nunca llegué a comprenderlo.

—Estaba deprimido...

—No seriamente. A ver si me explico... Sí que era un poco depresivo. Era un hombre más bien sombrío. Y se aburría con su trabajo. Era un buen policía, y en Margrave había estado perdiendo el tiempo. Pero su situación en febrero no era peor que en los meses anteriores. Me quedé asombrada al saberlo. Y me llevé un disgusto enorme.

—¿Os llevabais bien?

Se encogió de hombros.

—Sí —respondió—. En cierta forma, estábamos bastante unidos. Gray era un hombre algo hosco, que no tenía verdaderos amigos. Nunca se había casado, vivía solo, no tenía familia. Era abstemio, por lo que nunca salía a tomar una cerveza. Era callado, de aspecto un poco desastrado, con sobrepeso. No tenía pelo, pero sí una barba larga y descuidada. Un hombre que estaba a gusto consigo mismo. Un solitario. Pero que estaba todo lo unido a mí que podía estarlo con otra persona. Nos entendíamos bien, a nuestro modo.

—¿Y nunca te dijo nada? —pregunté—. ¿Un mal día sencillamente se ahorcó?

—Eso fue lo que pasó —dijo ella—. Me quedé horrorizada. Nunca lo entenderé.

—¿Cómo es que tenías su pistola en el escritorio?

—Me preguntó si podía guardarla allí. No tenía espacio en su escritorio. Siempre lo tenía atestado de papeles. Me preguntó si podía guardarle una caja con la pistola. Era su arma personal. Dijo que los del cuerpo nunca iban a autorizar que la usara porque era de un calibre demasiado grande. Me lo contó todo como si fuera un secreto.

Volví a mirar la pistola del muerto sobre la alfombra. El silencio se vio roto por el timbrado del teléfono. Fui corriendo y descolgué. Oí la voz de Finlay. Agarré el auricular y contuve el aliento.

—¿Reacher? —dijo Finlay—. Picard tiene lo que necesitamos. Ha conseguido dar con el origen del coche.

Suspiré e hice un gesto con la cabeza a Roscoe.

—Muy bien, Finlay —dije—. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Vaya a su oficina. Él mismo se lo contará todo en detalle. He preferido no hablar mucho por teléfono desde aquí.

—Gracias, Finlay. Hablamos luego.

—Entendido. Y cuídense, ¿de acuerdo?

Colgó. Sonreí y me quedé mirando el teléfono.

—Pensaba que nunca iba a llamar —dijo Roscoe—. Pero, bueno, dieciocho horas tampoco están tan mal, incluso para los del FBI, ¿no te parece?

La delegación del FBI en Atlanta estaba en un nuevo edificio de oficinas del gobierno federal enclavado en el centro. Roscoe aparcó frente a la puerta. En el mostrador de recepción hicieron una llamada y nos dijeron que el agente especial Picard en un momento bajaría a encontrarse con nosotros. Esperamos de pie en el vestíbulo. Una gran sala, decorada con cierta buena voluntad, pero que seguía haciendo gala de esa atmósfera deprimente que suelen tener los edificios gubernamentales. Picard apareció por la puerta de uno de los ascensores al cabo de tres minutos. Vino hacia nosotros. Su corpachón parecía ocupar el vestíbulo entero. Me saludó con una inclinación de la cabeza y estrechó la mano de Roscoe.

—Finlay me ha hablado mucho de usted —dijo.

Su voz de oso era tan profunda como siempre. Roscoe asintió con un gesto y sonrió.

—Y, bien, hablemos del coche que encontró Finlay —dijo Picard—. Estamos hablando de un Pontiac de alquiler. Alquilado a Joe Reacher en el aeropuerto de Atlanta, el jueves a las ocho de la noche.

—Buen trabajo, Picard —elogié—. ¿Tiene alguna idea de dónde pudo haberse alojado Joe?

—Tengo algo mejor que una idea, amigo. El coche lo alquiló por teléfono, los de la agencia fueron a entregarlo a su hotel.

Me dio el nombre de un hotel situado a kilómetro y medio del que estábamos alojados nosotros.

—Gracias, Picard —dije—. Le debo un favor.

—No hay problema, amigo —respondió—. Y cuídense, ¿de acuerdo?

Dio media vuelta y se dirigió al ascensor. Fuimos a toda prisa al aeropuerto. Roscoe torció por la carretera de acceso y aceleró hasta sumarse al flujo de vehículos.

Vi que una furgoneta de color negro venía en sentido contrario por la autopista. Una furgoneta con la trasera descubierta, nueva. Me volví y vi que desaparecía entre los coches. Una furgoneta negra. Con la trasera descubierta. Nueva. Probablemente no era nada. En los estados del Sur se venden furgonetas con la trasera descubierta a mansalva.

Roscoe mostró su placa al recepcionista del hotel en el que, según Picard, Joe se había registrado el jueves. El recepcionista consultó el ordenador y nos dijo que había estado en la habitación 621, en el sexto piso, al final del pasillo. Agregó que uno de los encargados se encontraría con nosotros frente a la puerta. Subimos en el ascensor y recorrimos el pasillo en penumbra. Nos quedamos esperando ante la puerta del cuarto de Joe.

El encargado llegó un momento después y abrió la puerta con una llave maestra. Entramos. La habitación estaba vacía. La habían limpiado y arreglado a la perfección. Estaba lista para alojar a otros ocupantes.

—¿Y su equipaje? —pregunté—. ¿Dónde lo han dejado?

—Lo sacamos todo el sábado —explicó el hombre—. Este caballero se registró el jueves por la noche, y se suponía que iba a dejar la habitación antes de las once de la mañana del viernes. En estos casos concedemos un día más a nuestros huéspedes, y si no aparecen, sacamos todas sus cosas y las enviamos a mantenimiento.

—Entonces, ¿tienen guardadas sus cosas? —insistí.

—Sí, abajo —respondió el gerente—. Tendrían que ver lo que guardamos. La gente se deja las cosas más impensables.

—¿Podemos echar una mirada? —pregunté.

—Está todo en el sótano —nos indicó—. Bajen por la escalera que hay en el vestíbulo. No tendrán problema en encontrarla.

El encargado se marchó. Roscoe y yo bajamos en el ascensor, encontramos la escalera y descendimos al sótano. La sala de mantenimiento era enorme, y en ella había montones de sábanas y toallas limpias. Así como canastos de lavandería y cestitas con jabones y sobrecitos con champú. Las empleadas iban y venían con carritos. En un rincón había un cubículo acristalado ocupado por una mujer sentada a un pequeño escritorio. La mujer levantó la mirada, y Roscoe le enseñó la placa.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo la mujer.

—Habitación seis dos uno —repuso Roscoe—. El sábado por la mañana sacaron ustedes unos efectos personales... ¿Los tienen aquí?

Volví a contener el aliento.

—¿La seis dos uno? —dijo la mujer—. Ya no están aquí. Vino a llevárselos.

Respiré hondo. Habíamos llegado demasiado tarde. Me sentí abrumado por la frustración.

—¿Quién vino? —pregunté—. ¿Y cuándo?

—El huésped. Esta mañana, a las nueve o nueve y media.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

Sacó un pequeño libro de un estante y lo abrió. Humedeció con la lengua uno de sus dedos y resiguió una anotación.

—El señor Joe Reacher —respondió—. Firmó en el libro y se llevó sus cosas.

Dio la vuelta al libro y nos mostró la página. En ella estaba garabateada una firma ilegible.

—¿Qué aspecto tenía ese tal Reacher? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Parecía extranjero —contestó—. Latino. Cubano, quizá. Un hombre bajito y moreno, delgado, con una sonrisa agradable. Muy amable y cortés, si recuerdo bien.

—¿Tienen una lista de esos efectos personales?

Su dedo regordete resiguió unas líneas más abajo. En ellas aparecían anotadas una bolsa de viaje, ocho prendas de vestir, un neceser de aseo, dos pares de zapatos. Y un maletín.

Nos marchamos y subimos al vestíbulo por la escalera. Salimos a la soleada mañana. El día ya no me parecía tan bonito como antes.

Llegamos al coche. Nos detuvimos y nos miramos. Estaba tratando de dilucidar si Joe podría haber sido lo bastante listo y precavido como para hacer lo que yo hubiese hecho en su lugar. Joe había pasado mucho tiempo rodeado de individuos listos y precavidos.

—Roscoe... Si fueras ese tipo que se ha marchado de aquí con las cosas de Joe, ¿qué harías en su lugar?

Dejó la portezuela del coche entreabierta y lo pensó.

—Me quedaría con el maletín. Y lo llevaría a donde tuviera que llevarlo. Todo lo demás lo tiraría.

—Yo haría igual. ¿Dónde lo tirarías?

—En el primer sitio que encontrara, imagino.

Entre ese hotel y el siguiente discurría una pequeña calle que trazaba un arco por la parte posterior de ambos edificios y enlazaba con la carretera del aeropuerto. A lo largo de una veintena de metros, la calzada estaba flanqueada por una hilera de contenedores de basura. Señalé los contenedores.

—Supongamos que se fue en coche por allí. Y que tiró la bolsa de viaje a uno de esos contenedores.

—Pero lo lógico es suponer que se quedó con el maletín, ¿no? —dijo Roscoe.

—Es posible que lo que estamos buscando no sea el maletín. Ayer recorrí varios kilómetros hasta llegar a ese bosquecillo, pero al final me escondí en el campo descubierto. Una maniobra de diversión. Es una costumbre que tengo. Y es posible que Joe también la tuviera. Quizá cargaba con un maletín pero llevaba los papeles de importancia en la bolsa de viaje.

Roscoe se encogió de hombros. La idea no la convencía. Echamos a andar por la

calle. Vistos de cerca, los contenedores eran enormes. Tuve que izarme a pulso para asomar la cabeza y mirar dentro de ellos. El primero estaba vacío. En él no había más que mugre de años incrustada. El segundo estaba lleno. Encontré un palo alargado y revolví el interior. No vi nada. Me bajé del contenedor y fui a ver en el siguiente.

Vi que había una bolsa de viaje en lo alto, ladeada sobre unos viejos cartones. La enganché con el palo y la saqué. La tiré al suelo, a los pies de Roscoe. Bajé del contenedor y me acuclillé. Una bolsa baqueteada por el uso. Con marcas y ralladuras. Con un montón de adhesivos de líneas aéreas pegadas en los costados. Y una pequeña placa dorada sujeta a un asa. La placa rezaba: REACHER.

«Muy bien, Joe —me dije—. Vamos a ver si eras de los listos».

Me puse a buscar los zapatos. Los encontré en un compartimento lateral. Dos pares, como estaba anotado en el listado del hotel. Procedí a sacar la suela interior de cada zapato. Bajo la suela del tercero encontré una minúscula bolsita de plástico herméticamente cerrada. Con una hoja de papel de impresora doblada en el interior.

«Joe, eras más listo que el hambre», me dije. Y me reí.

Roscoe y yo nos pusimos a dar saltos por la acera, con tanto entusiasmo como los suplentes de un equipo de fútbol que estuvieran celebrando el tanto de un compañero en el campo. Finalmente nos subimos al Chevy y regresamos a toda prisa a nuestro hotel. Entramos corriendo en el vestíbulo, subimos en el ascensor. Abrimos la puerta de la habitación y entramos. El teléfono estaba sonando. Era Finlay otra vez, llamando desde Margrave. Daba la impresión de estar tan entusiasmado como nosotros.

—Ha llamado Molly Beth Gordon —anunció—. Y lo ha conseguido. Ha encontrado los documentos que nos hacen falta. Ahora mismo está viniendo en avión. Me ha dicho que el asunto es increíble. Parecía estar lo que se dice asombrada. Llegará a las dos a Atlanta, en el vuelo de la compañía Delta procedente de Washington. Me encontraré con ustedes a esa hora en la terminal de llegadas. ¿Picard les ha conseguido algo?

—Ya lo creo —dije—. Ese Picard es un hombre muy listo. Y creo que tengo el otro trozo del papel de impresora.

—¿Lo cree? —se extrañó Finlay—. ¿No lo sabe?

—Justo acabo de volver al hotel —le expliqué—. Aún no lo he mirado.

—Pues mírelo de una vez, por Dios. Es importante, ¿no?

—Hablamos luego, amigo mío —me despedí.

Nos sentamos a la mesa situada junto a la ventana. Abrimos la bolsita de plástico y sacamos el papel. Lo desdoblamos con cuidado. Un papel de impresora. La parte superior derecha había sido arrancada, pero era posible leer el encabezamiento: «Operación *E Unum*».

—«Operación *E Unum Pluribus*» —completó Roscoe.

Seguía un listado a triple espacio de iniciales con números de teléfono. Las primeras iniciales eran «P. H». El número de teléfono había sido arrancado.

—«Paul Hubble» —dijo Roscoe—. El papelito que encontró Finlay incluía su número y el final del encabezamiento.

Asentí. Seguían cuatro iniciales. Las primeras eran «W. B.» y «K. K.». Al otro lado había sendos números telefónicos. Vi que el de «K. K.» llevaba un prefijo de Nueva York. Me dije que iba a tener que buscar el prefijo correspondiente al número de «W. B.». Las siguientes iniciales eran «J. S.» Cuyo prefijo era 504. Nueva Orleans. Hacía menos de un mes que había estado en esa ciudad. Las últimas iniciales era «M. B. G.». El número de teléfono llevaba el prefijo 202. Lo señalé, para que Roscoe se fijara en él.

—Molly Beth Gordon —dijo—. En Washington.

Asentí otra vez. No era el número al que yo había llamado desde la comisaría. Era

posible que se tratase de su teléfono particular. Al final del listado había unas palabras —no unas iniciales— sin correspondencia con números de teléfono algunos. La penúltima entrada rezaba: «Garaje de Stollers». La última estaba formada por cuatro palabras: «Informe de Gray sobre Kliner». Miré las mayúsculas cuidadosamente trazadas y sentí que la personalidad perfeccionista y un tanto pedante de mi hermano emanaba del papel.

A Paul Hubble ya lo habíamos conocido. Ahora estaba muerto. A Molly Beth Gordon la conocíamos. Iba a llegar a Atlanta a las dos del mediodía. Habíamos estado en el garaje de la casa de Sherman Stoller. Quedaba por averiguar qué significaban el encabezamiento subrayado, las iniciales con sus números de teléfono y, por último, ese informe de Gray sobre Kline. Consulté mi reloj. Era poco más del mediodía. Demasiado temprano para limitarnos a esperar la llegada de Molly Beth. Me dije que por algo íbamos a tener que empezar.

—Primero pensemos en el encabezamiento —dije—. *E Unum Pluribus*.

Roscoe se encogió de hombros.

—Es el lema nacional de Estados Unidos, ¿no? Esa frase está en latín, ¿verdad?

—No —dije—. Es el lema nacional, pero al revés. Esto viene a significar: «De uno salen muchos».

—¿Es posible que Joe se equivocara al escribirlo?

Rechacé la idea con un gesto.

—Lo dudo. No creo que Joe pudiera cometer un error así. Esta frasecita tiene su significado.

Roscoe hizo otro gesto de impotencia.

—A mí no me suena de nada —dijo—. ¿Qué más tenemos?

—«Informe de Gray sobre Kline» —leí—. ¿Es que Gray redactó un informe sobre Kline?

—Lo más probable —dijo ella—. Gray escribía informes sobre casi cualquier cosa. Si alguien escupía en la acera, Gray al momento redactaba un informe.

Moví la cabeza. Fui hacia la cama y descolgué el teléfono. Llamé a Finlay. Baker me dijo que había salido. Así que probé a llamar a los demás números del listado de Joe. El número correspondiente a las iniciales «W. B.» resultó ser el de la facultad de Historia Moderna de la Universidad de Princeton, en Nueva Jersey. Colgué sin más. No veía la relación por ninguna parte. El número de «K. K.» era el de un teléfono de Nueva York. Universidad de Columbia, facultad de Historia Moderna. Volví a colgar. A continuación marqué el teléfono de «J. S.» en Nueva Orleans. Sonó un timbrazo, y una voz que no estaba para bromas respondió al instante:

—Grupo quince de inspectores.

—¿Inspectores? —repetí—. ¿Estoy hablando con el cuerpo de policía de Nueva Orleans?

—Aquí el Grupo quince —dijo la voz—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿En su grupo hay alguna persona que responda a las iniciales «J. S.»? —

pregunté.

—¿«J. S.»? —repitió la voz—. Hay tres personas con esas iniciales. ¿Con cuál de ellas quiere hablar?

—No lo sé —reconocí—. ¿El nombre Joe Reacher le dice algo?

—Pero ¿esto qué coño es? —exclamó el otro—. ¿Es uno de esos programas de la tele o qué?

—Pregunte a sus compañeros, hágame el favor —dije—. Pregunte a cada uno de esos «J. S.» si conocen a Joe Reacher. ¿Me hará ese favor? Lo llamaré más tarde, ¿entendido?

El tipo de Nueva Orleans soltó un gruñido y colgó. Miré a Roscoe, me encogí de hombros y colgué.

—Bueno, vamos a tener que esperar a que llegue Molly —dijo ella.

Asentí con un gesto. Sentía cierta aprensión ante la perspectiva de encontrarme con Molly. Iba a ser como encontrarme con un fantasma asociado a otro fantasma.

Sentados a la mesa junto a la ventana, vimos que el sol empezaba a descender. Matamos el rato pasándonos el uno el otro el arrugado papel impreso por Joe. Contemplé el encabezamiento. «De uno salen muchos». Ese era Joe Reacher, en cuatro palabras. Algo de importancia, pero escondido tras un sarcástico juego de palabras.

—Vamos —dijo Roscoe.

Nos sobraba tiempo, pero estábamos inquietos. Así que cogimos nuestras cosas. Fuimos en el ascensor hasta el vestíbulo y pagué las llamadas telefónicas recién hechas con el dinero de los dos fulanos muertos. Nos subimos al Chevy de Roscoe y nos dirigimos a la terminal de llegadas. No nos resultó fácil encontrarla. Los hoteles de aeropuerto están diseñados para personas que vienen de la terminal de llegadas o se dirigen a la de salidas. Nadie parecía haber previsto nuestro caso.

—No sabemos qué aspecto tiene Molly —recordó Roscoe.

—Pero ella sí que sabe qué aspecto tengo yo —dije—. Porque me parezco mucho a Joe.

El aeropuerto era inmenso, mayor que algunos de los pueblos en los que yo había estado. Seguimos conduciendo durante varios kilómetros. Encontramos la terminal de salidas. Nos pasamos de largo el acceso al aparcamiento. Volvimos por donde habíamos venido y nos detuvimos ante la barrera. Roscoe cogió el billete y entramos en el estacionamiento.

—A la izquierda —le indiqué.

El estacionamiento estaba a rebosar. Mientras miraba en busca de algún espacio libre, por el rabillo del ojo me fijé en una vaga forma negra que llegaba por el otro lado.

—¡Gira a la derecha! —grité.

Me parecía haber visto la trasera descubierta de una furgoneta de color negro recién salida de fábrica acercándose por la derecha. Roscoe dio un volantazo y enfiló el siguiente pasillo. Vi el destello de unas luces rojas encajadas en metal de color negro. Una furgoneta de color negro terminó de salir y perderse de vista. Roscoe entró en el siguiente pasillo.

Ningún otro vehículo circulaba por él. Solo se veían hileras y más hileras de automóviles aparcados bajo el sol. Lo mismo que en el pasillo siguiente. No vimos ninguna furgoneta de color negro. Recorrimos todo el estacionamiento. Lo que nos llevó su tiempo. Había un montón de coches que entraban y salían. No vimos ninguna furgoneta negra.

Pero sí que vimos a Finlay. Tras aparcar en una plaza libre, emprendimos el largo trayecto a pie hasta la terminal. Y Finlay de pronto apareció ante nuestros ojos. Resultó que había aparcado su coche en una hilera adyacente, por lo que hicimos el resto del camino juntos.

La terminal estaba llena de gente. Y era descomunal. De construcción baja pero descomunal. Las pantallas avisaban de las llegadas. El vuelo Delta procedente de Washington y con llegada a las dos acababa de aterrizar. Fuimos por un largo pasillo de suelo de goma que conducía a las puertas de la salida de pasajeros. Por el centro del pasillo discurrían dos cintas transportadoras. A la derecha una serie interminable de chillones anuncios multicolores publicitaban las maravillas del soleado Sur, al que uno siempre podía viajar por placer o por negocios. A la izquierda había un tabique acristalado que iba del suelo al techo y tenía una franja blanca pintada al nivel del ojo para que los despistados no se la pegaran contra el cristal.

Las puertas de salida de pasajeros estaba detrás de ese tabique de cristal. Los pasajeros recién llegados iban desfilando por esas puertas y seguían andando por el otro lado del cristal. La mitad de ellos desaparecían camino de las zonas de recogida de equipajes. Luego reaparecían y encontraban distintas puertas de salida en el tabique acristalado, por las que accedían al pasillo principal. La pasajeros que solo iban con equipaje de mano al momento se dirigían a las puertas de salida. Ante cada una de las puertas se apiñaban amigos y familiares que acudían a recibir a los recién llegados.

Los pasajeros iban saliendo por las puertas, situadas a unos treinta metros de distancia las unas de las otras. Los amigos y familiares iban hacia ellos, de tal modo que había mucha confusión. Tuvimos que abrirnos paso a través de ocho grupos distintos para llegar a nuestra puerta. Yo iba apartando a la gente sin contemplaciones. Estaba un poco nervioso. La fugaz aparición de la furgoneta negra en el aparcamiento me había puesto nervioso.

Llegamos a nuestra puerta. Nos situamos a un lado, justo delante del cristal. Lo que nos permitía ver el final del pasillo de desembarque. Los pasajeros ya estaban saliendo del avión. Los observé mientras salían por el pasillo de desembarque y giraban para dirigirse a la zona de recogida de equipaje y su puerta de salida. En

nuestro lado del cristal, la gente empujaba hacia las puertas situadas más allá. De forma que nos estaban arrastrando. Aquello era como nadar en un mar tempestuoso. No hacíamos más que dar un paso atrás tras otro y apenas si conseguíamos mantenernos donde estábamos.

Por el otro lado del cristal estaba llegando mucha gente. Me fijé en una recién llegada que bien podría ser Molly. De unos treinta y cinco años, traje chaqueta oscuro, con un maletín y una bolsa de viaje. Hice lo posible para que se fijara en mí, pero de pronto vio a otra persona, levantó la mano, soltó un grito al otro lado del cristal y envió un beso a un tipo situado a unos diez metros de donde yo estaba. El desconocido se abrió paso para llegar a la puerta por donde iba salir.

De pronto tuve la impresión de que casi cualquiera de aquellas mujeres podía ser Molly. Por lo menos había veinte candidatas. Rubias y morenas, altas y bajas, guapas y menos guapas. Todas ataviadas con ropa formal, con el equipaje propio de quien viaja por negocios, caminando con el aire fatigado pero decidido de los ejecutivos que tienen un día muy ajetreado. Las miré con atención. Integradas en la corriente humana que avanzaba por el otro lado del cristal, algunas de ellas miraban en busca de sus maridos, amantes, chóferes, contactos de negocio. Otras avanzaban con la mirada al frente. Todas se movían como empujadas por aquella masa compacta.

Una de ellas cargaba con dos piezas de equipaje de cuero, de color granate, a juego: un grueso maletín en una mano y una pequeña maleta con ruedas de cuya larga asa tiraba con la otra mano. Una mujer pequeña, rubia, con cara de sentirse muy animada. Se detuvo al salir del pasillo de desembarque y miró a la gente situada tras el cristal. Sus ojos pasaron por mi rostro sin detenerse. Pero al momento volvieron a escudriñarme. Me miró de forma directa. La gente estaba empezando a apiñarse a su espalda, empujándola. Se las arregló para acercarse al cristal. Me acerqué a mi vez. Me miró. Sonrió. Y saludó con los ojos al hermano de su amante muerto.

—¿Molly? —Dije a través del cristal.

Levantó el grueso maletín, como si fuera un trofeo. Lo señaló con la cabeza. Sonrió ampliamente, en señal de triunfo. Volvió a verse empujada por detrás, presionada por el gentío que enfilaba la salida. Miró en nuestra dirección, para asegurarse de que seguíamos al otro lado. Roscoe, Finlay y yo hicimos lo posible por no perderla.

Al otro lado del cristal, la multitud estaba empujando a Molly en dirección a la salida. En nuestro lado, la gente empujaba en el sentido opuesto. De forma que cada vez estábamos separándonos más de Molly. Un nutrido grupo de estudiantes universitarios se cernió sobre nosotros, con la idea de llegar a una de las puertas situadas más allá. Unos grandullones bien alimentados que montaban un follón de mil demonios. Mis dos compañeros y yo de pronto nos vimos cinco metros atrás. Al otro lado del cristal, Molly se encontraba mucho más allá. Su rubia cabeza desaparecía entre el gentío. Me abrí paso hacia un lado y subí a la cinta transportadora... Que resultó ir en el sentido contrario. Me vi desplazado otros cinco metros atrás antes de

saltar por encima del pasamanos y situarme en la otra cinta transportadora.

Ahora estaba yendo en la dirección deseada, pero la cinta estaba llena de gente que no se movía, al parecer satisfecha con la velocidad de tortuga con que se desplazaba aquella cinta mecánica. En grupos de tres, ocupando todo el espacio por completo. Era imposible pasar a través de ellos. Me subí al estrecho pasamanos e intenté avanzar por él como si fuera una cuerda floja. Pero tuve que acuclillarme, pues no conseguía mantener el equilibrio. Lo perdí y caí a mi derecha, pegándome un buen trastazo. Me vi transportado cinco metros en la dirección opuesta, hasta que me las arreglé para ponerme en pie. Presa del pánico, miré al otro lado del cristal y vi que Molly estaba siendo empujada por la multitud hacia la zona de recogida de equipajes. Roscoe y Finlay se encontraban muy por detrás de mí. Pero de nuevo me empujaban en sentido contrario.

No me interesaba que Molly perdiera el tiempo en el área de recogida de equipajes. Había cogido un avión para llegar aquí cuanto antes. Tenía una información urgente que darnos. Estaba claro que no había venido con una maleta de las grandes. Agaché la cabeza y eché a correr. Apartando a golpes a los que se cruzaban en mi camino. Seguí corriendo en sentido contrario al desplazamiento de la cinta transportadora. El suelo de goma insistía en adherirse a las suelas de mis zapatos. Cada zancada me llevaba su tiempo. La gente me chillaba escandalizada. A mí me daba igual. Seguí corriendo, tirando por los suelos a un montón de personas. Salí de la cinta transportadora y me abrí paso a codazos entre la multitud apiñada frente a las puertas de salida.

La zona de recogida de equipajes resultó ser una gran sala de techo bajo, iluminada por unas lámparas amarillentas. Me abrí paso como pude. Mirando a uno y otro lado, tratando de dar con Molly. No la encontraba. La sala estaba atiborrada de gente. Habría unas cien personas pegadas a la cinta transportadora del equipaje, haciendo cola en grupos de tres, más o menos. La cinta estaba en movimiento, sacando las bolsas y maletas de los pasajeros. Junto a la pared había una hilera de carritos, y la gente hacía cola para insertar una moneda de veinticinco centavos y hacerse con uno. Luego se dirigían con el carrito a recoger sus maletas, chocando con los demás. Aquello era un batiburrillo de empujones y encontronazos.

Me abrí paso entre el gentío, a codazos y golpes de hombro, buscando a Molly con la mirada. La había visto entrar. Y no la había visto salir. Pero no estaba en la sala. Examiné un rostro tras otro. Me dejé llevar por la incesante marea de gente y de pronto me vi en la puerta de salida. Roscoe estaba agarrando el marco con la mano, para no verse arrollada también.

—¿Ha salido? —pregunté.

—No —respondió—. Finlay está vigilando en la otra punta del pasillo. Y yo no me he movido de aquí.

La multitud seguía pasando por nuestro lado. Pero el gentío que iba saliendo por la puerta se fue reduciendo. Según parecía, el pasaje del avión estaba terminando de

salir. Llegaron los rezagados. Entre ellos, una anciana en una silla de ruedas, empujada por un empleado del aeropuerto. El tipo tuvo que detenerse y maniobrar en torno a algo que yacía en la entrada de la zona de recogida de equipaje. Una maletita con ruedas, de cuero color granate. Tirada en el suelo y con el asa telescópica abierta al máximo. A cuatro metros de distancia, reparé en la bonita placa dorada que tenía en su parte frontal: «M. B. G.».

Roscoe y yo entramos en la sala de recogida de equipajes. Apenas habían pasado unos minutos, pero estaba casi desierta. Como mucho habría una decena de personas. La mayoría de las cuales estaban terminando de recoger sus maletas y dirigiéndose a la salida. Un minuto después, en la sala no quedaba nadie. La cinta transportadora seguía desplazándose, pero sin transportar nada en absoluto. Hasta que se detuvo. En la sala se hizo el silencio. Roscoe y yo nos miramos.

La sala tenía cuatro paredes, un suelo y un techo. Una puerta de entrada y otra de salida. La cinta del equipaje serpenteaba partiendo de una abertura de un metro de anchura en la pared y terminaba en otra abertura de la misma longitud. Las dos estaban cubiertas por unos gruesos flecos de goma negra. Junto a la cinta había una puerta de servicio. Cerrada y sin pomo.

Roscoe fue corriendo a recoger la pequeña maleta de Molly Beth. La abrió. En el interior había una muda y un neceser de aseo. Y una fotografía. De tamaño mediano, en un marco metálico. Joe. Se parecía a mí, pero era un poco más delgado. Con el cráneo afeitado y bronceado. Con una sonrisa sarcástica en el rostro.

En la sala de pronto resonó el aullido de una sirena. La cinta transportadora entró en movimiento otra vez. Nos la quedamos mirando. La cinta, y la abertura con los negros flecos de caucho. Salió un maletín. De cuero color granate. Alguien había cortado las correas de sujeción. El maletín estaba abierto. Y vacío.

Avanzó mecánicamente en nuestra dirección. Miramos las correas cortadas. Alguien las había cortado con una hoja afilada. Alguien que tenía demasiada prisa para abrir los cierres del maletín.

Me subí a la cinta en marcha. Corrí en dirección opuesta a su movimiento y me lancé en plancha a través de los flecos de goma que cubrían la abertura de la pared. Caí de bruces, y la cinta empezó a llevarme hacia el otro lado. Me resistí, braceando y andando a gatas, como si fuera un niño. Rodé a un lado y me puse en pie de un salto. Me encontraba en un muelle de carga. En el que no había nadie. El sol de la tarde relucía en el exterior. El aire olía al gasóleo de los vehículos de carga que se movían por las pistas de aterrizaje.

Por todas partes había montones de maletas y bultos. Apilados en muelles de carga. El suelo de goma estaba sembrado de viejas etiquetas y códigos de barras. Me encontraba en una especie de sucio laberinto. Fui corriendo entre los altos montones de bultos, de un muelle de carga al siguiente. Agarrándome a las barras metálicas para no perder el equilibrio a cada giro. Mirando en derredor con desespero. Allí no había nadie. Ni un alma. Seguí corriendo, resbalando y tropezando con los bultos.

Encontré el zapato izquierdo de Molly. Tirado junto al acceso a un muelle de carga en penumbra. Entré. Nada. Entré en el muelle siguiente. Nada. Jadeante, me detuve un segundo. Debía tener la cabeza clara. Fui corriendo hasta el final de pasillo y empecé a mirar cada uno de los muelles de carga a ambos lados. A izquierda y derecha, a izquierda y derecha, corriendo por donde había venido en un zigzag desesperado y sin aliento.

Encontré el otro zapato en el antepenúltimo muelle de carga. Y entonces vi la sangre. Un creciente charco pegajoso, junto a la entrada al siguiente muelle. Molly estaba tumbada de espaldas en la penumbra, entre dos altos montones de cajones de madera. Despatarrada en el suelo de goma. La sangre manaba de su cuerpo. Le habían abierto el vientre. Alguien le había clavado un cuchillo en la barriga y destripado por debajo de las costillas.

Pero aún seguía con vida. Vi que su pálida mano se movía. Tenía los labios salpicados de brillantes burbujas de sangre. La cabeza estaba inmóvil, pero sus ojos se movían a uno y otro lado. Fui corriendo a su lado. Acuné su cabeza. Me miró. Se obligó a musitar:

—Tiene que ser antes del domingo...

Y murió en mis brazos.

Estudié química en algo así como siete colegios diferentes. No aprendí mucho. Solo me quedé con algunas impresiones generales. Una cosa de la que me acuerdo es que resulta posible meter una pequeña sustancia adicional en un tubo de cristal y hacer que todo estalle y salte por los aires. Un poquito de polvo origina un resultado mucho mayor de lo previsto.

Así me sentía con lo de Molly. Nunca me había encontrado con ella antes. Ni siquiera había oído hablar de ella. Pero ahora me sentía furioso, de una forma desproporcionada. Lo sentía más por ella que por Joe. Lo que le había sucedido a Joe formaba parte de los riesgos inherentes a su deber. Joe lo sabía. Lo hubiera aceptado. Joe y yo sabíamos lo que eran los riesgos y el deber desde que tuvimos uso de razón. Pero Molly era distinta.

Otra cosa que recordaba de las clases de química tenía que ver con la presión. La presión transforma el carbón en diamante. La presión ejerce unos efectos precisos. Y ahora estaba ejerciendo su efecto sobre mí. Mentalmente veía a Molly aparecer por el pasillo de desembarque. Andando con orgullo, decidida a encontrarse con el hermano de Joe y echarle una mano. Con una ancha sonrisa de triunfo en el rostro. Portando un maletín con unos documentos que no tendría que haber copiado. Arriesgándose mucho. Por mí. Por Joe. Esa imagen mental estaba convirtiéndose en una presión formidable sobre cierta vieja falla geológica. Tenía que decidir qué haría con esa presión. Tenía que decidir si iba a aplastarme y hundirme o si iba a convertirme en un diamante.

Nos encontrábamos los tres junto al coche de Roscoe en el aparcamiento del aeropuerto. Anonadados, en silencio. Eran casi las tres de la tarde del miércoles. Llevé la mano al brazo de Finlay. En primera instancia Finlay pensó en permanecer en el aeropuerto e implicarse en la investigación. Dijo que era su deber. Tuve que gritarle y espetarle que no teníamos tiempo. Y sacarlo de la terminal casi a rastras. Hice que fuera con nosotros al coche porque sabía que lo que hiciéramos en los próximos minutos iba a suponer la diferencia entre ganar o perder.

—Tenemos que hacernos con el informe de Gray —dije—. Es la segunda opción que nos queda.

Finlay se encogió de hombros. Se había rendido.

—Es lo único que tenemos —convino.

Roscoe asintió.

—Vamos —instó.

Me subí con ella a su coche. Finlay iba por delante. Roscoe y yo no intercambiamos una sola palabra. Pero Finlay no paró de hablar consigo mismo durante todo el recorrido. No paraba de gritar y de maldecir. Veía que agitaba la

cabeza con rabia en el interior de su automóvil. No paraba de gritar, de maldecir y de espetar imprecaciones al parabrisas.

Teale estaba esperándonos al otro lado de las acristaladas puertas de la comisaría. Con la espalda apoyada en el mostrador de la entrada. Aferrando el mango del bastón con su vieja mano sembrada de manchas. Nos vio llegar a los tres y se marchó cojeando a la sala de trabajo. Se sentó ante un escritorio. El más próximo al archivo.

Pasamos por su lado en dirección al gran despacho. Nos sentamos. Saqué del bolsillo la hoja impresa por Joe y se la pasé a Finlay. La miró con detenimiento.

—No es mucho, ¿verdad? —observó—. ¿Y qué significa el encabezamiento? *E Unum Pluribus*... Está al revés, ¿no?

Asentí.

—«De uno salen muchos» —dije—. No entiendo el significado.

Se encogió de hombros. Volvió a leer el encabezamiento. Lo estudió. Un puño llamó a la puerta, y Baker entró.

—Teale acaba de salir del edificio —nos informó—. Está hablando con Stevenson en el aparcamiento. ¿Necesitan alguna cosa de mí?

Finlay le pasó la hoja impresa.

—Hágame una fotocopia de esto, si no le importa —dijo.

Baker salió a hacer el encargo. Finlay tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Qué significan todas esas iniciales? —preguntó.

—Solo hay dos que estén claras —le expliqué—. Las que corresponden a Hubble y a Molly Beth. Otras dos se corresponden con los números de teléfono de dos universidades. La última es la de un policía de Nueva Orleans.

—¿Y qué hay del garaje de Stoller? —preguntó—. ¿Miraron en él?

—Nada —dije—. Solo encontramos un par de cajas de cartón vacías, para los aparatos de aire acondicionado que estuvo transportando el año pasado... Y que de vez en cuando robaba.

Finlay soltó un gruñido. Baker regresó, me devolvió el papel impreso por Joe y me pasó la fotocopia recién hecha. Entregué la copia a Finlay.

—Teale acaba de irse —informó Baker.

Salimos del despacho y vimos que el Cadillac blanco terminaba de salir del aparcamiento. Abrimos la puerta del archivo.

Margrave era un pequeño pueblo perdido en el mapa, pero Gray se había pasado veinticinco años llenando el archivo de documentación. Las cuatro paredes estaban cubiertas por unas vitrinas con las puertas esmaltadas en blanco que iban del suelo al techo. Abrimos todas aquellas puertas. Cada una de las vitrinas estaba llena de carpetas dispuestas en hileras. Habría un millar. Unas carpetas de cartón con etiquetas en el lomo y unas pequeñas anillas de plástico para poder sacarlas de las vitrinas con

facilidad. A la izquierda de la primera puerta, en el estante superior de la primera vitrina, estaba la sección correspondiente a la «A». A la derecha de la última puerta inferior estaba la sección «B». La sección correspondiente a la «K» se encontraba en la pared situada frente a la puerta, un poco a la izquierda y al nivel de los ojos.

Encontramos una carpeta con la etiqueta «Kliner». Estaba entre «Klan» y «Klipspringer contra el estado de Georgia». Llevé el dedo a la pequeña anilla. Saqué la carpeta. Pesaba mucho. Se la pasé a Finlay. Fuimos al despacho otra vez. Dejamos la carpeta en el escritorio de palisandro. La abrimos. Estaba llena de papeles viejos y amarillentos.

Pero aquellos papeles no eran los que esperábamos. No tenían nada que ver con Kliner. Nada en absoluto. El montón de casi diez centímetros estaba formado por viejos memorandos del cuerpo de policía. Sobre cuestiones operativas. Era un material que tendrían que haber tirado a la basura hacía décadas. Pura historia. Procedimientos que seguir en el caso de que la Unión Soviética disparase un misil dirigido a Atlanta. Procedimientos que seguir en el caso de que un hombre negro se empeñara en viajar en un autobús ocupando uno de los asientos reservados a los blancos. Un montón de cosas así. Pero nada tenía que ver con la letra «K». En ningún sitio se hacía referencia a Kliner. Miré el montón de papeles y sentí que la presión era cada vez más intensa.

—Alguien se nos ha adelantado —observó Roscoe—. Alguien que se ha llevado el informe sobre Kliner y en su lugar ha dejado todo este material inservible.

Finlay asintió con la cabeza.

—No —dije yo—. Porque no tiene sentido. Les hubiera bastado con coger la carpeta y tirarla a la basura. El que hizo esto fue el propio Gray. Necesitaba esconder el informe, pero no quería alterar el orden de las carpetas en el archivo. De forma que sacó el contenido de la carpeta, que luego llenó con todo este viejo papelamen. Para que todo pareciera estar tan ordenado como siempre. Era un hombre concienzudo, ¿no?

Roscoe se encogió de hombros.

—¿Que Gray lo escondió? —dijo—. Es posible... En su momento escondió la pistola en mi escritorio. No tenía reparo en esconder cosas.

La miré. Algo en sus palabras hizo que me alarmara.

—¿Cuándo te dio la pistola? —pregunté.

—Después de Navidad. No mucho antes de morir.

—Hay algo muy raro en eso —afirmé—. El tipo era un inspector con veinticinco años de experiencia, ¿no es verdad? Un buen policía, un profesional veterano y respetado. ¿Cómo se explica que un hombre así pensara que su arma personal tenía que ser mantenida en secreto? Esa no era la cuestión. Gray te dio la caja porque dentro había algo que tenía que estar escondido.

—Me dio la caja para ocultar la pistola —contestó Roscoe—. Ya te lo dije.

—No —respondí—. No me lo creo. La pistola era un señuelo, para asegurarse de

que mantendrías la caja escondida en un cajón cerrado con llave. Gray no tenía por qué ocultar esa pistola suya. Siempre que fuera para su uso particular, tenía todo el derecho del mundo a tener el arma que quisiera, aunque fuera una bomba atómica. Lo que quería mantener en secreto no era la pistola, sino otra cosa que había dentro de la caja.

—Pero en la caja no hay ninguna otra cosa —dijo ella—. Ningún expediente ni nada por el estilo, ¿no?

Nos quedamos inmóviles un segundo. Y de pronto echamos a correr. Salimos por la puerta y fuimos al Chevy de Roscoe aparcado. Sacamos la caja de Gray del maletero. La abrimos. Entregué la Desert Eagle a Finlay. Examiné la cajita con las balas. Nada. En la caja de cartón no había nada más. La meneé un poco. Estudié la tapa. Nada. Rompí la caja. Desgarré los bordes encolados y aplasté el cartón. Nada. Y entonces rompí la tapa. Había una llave escondida bajo una esquina. Pegada con cinta adhesiva a la cara interior. Allí donde nadie podía verla. Allí donde un hombre muerto la había escondido cuidadosamente.

No sabíamos a qué cerradura correspondía aquella llave. Y esa cerradura no iba a estar en la comisaría. Ni en la casa de Gray. Eran unos lugares demasiado evidentes para un hombre tan precavido. Miré la llave y sentí que la presión era cada vez más fuerte. Cerré los ojos y visualicé a Gray pegando la llave bajo la tapa de la caja. La caja que luego entregó a su amiga Roscoe. Después contempló cómo Roscoe la metía en el cajón de su escritorio y cerraba bien este. Se sintió algo más tranquilo. Visualicé dicha imagen y la proyecté dos veces en mi mente hasta dar con la respuesta al problema de la llave.

—La barbería... Algún sitio en la barbería —dije.

Arrebaté a Finlay la Eagle Desert e hice que entraran en el coche a toda prisa. Roscoe se puso al volante. Arrancó, salió del aparcamiento y se dirigió hacia el centro urbano.

—¿Por qué? —preguntó.

—Gray acostumbraba a ir a la barbería —expliqué—. Tres o cuatro veces por semana. Me lo dijo uno de los viejos que trabaja allí. Era el único blanco que se acercaba. Porque en ella se sentía seguro, a salvo. Lejos de Teale, de Kliner y de todos los demás. Y el hecho es que no tenía por qué ir a la barbería, ¿no es así? Tú misma me has dicho que era calvo y llevaba una barba medio desastrada. Gray no iba para que le cortasen el pelo o lo afeitasen. Iba porque se llevaba bien con los dos viejos. En ellos podía confiar. Y por eso les pidió que escondieran lo que andamos buscando.

Roscoe se detuvo en la calle de la barbería. Salimos y fuimos corriendo. En el interior no había un solo cliente. Solo estaban los dos viejos, sentados en sus sillas sin hacer nada. Les mostré la llave.

—Venimos a recoger las cosas de Gray —dije.

El de menor edad meneó la cabeza.

—No podemos dárselas, amigo.

Vino hacia mí y me quitó la llave de la mano. Fue a un lado y la puso en la palma de Roscoe.

—Ahora sí que podemos —explicó—. El viejo señor Gray nos dijo que solo podíamos dárselas a su amiga, la señorita Roscoe.

Volvió a coger la llave. Fue hacia el lavamanos y se agachó para abrir un estrecho cajón de caoba empotrado por debajo. Sacó tres carpetas. Unas viejas carpetas gruesas, con las cubiertas color beige. Entregó una de ellas a Roscoe, otra a Finlay y otra a mí. Hizo un gesto a su compañero, y se fueron los dos a la trastienda. Nos dejaron a solas. Roscoe tomó asiento en una banqueta tapizada que había junto a la ventana. Finlay y yo nos acomodamos en los gruesos sillones de barbero. Nos pusimos a leer.

En mi carpeta había un grueso montón de atestados policiales. Fotocopiados y después enviados por fax. Por lo que resultaban un tanto borrosos. Se trataba de un expediente reunido por el inspector James Spireza, del Grupo quince del departamento de homicidios del cuerpo de policía de Nueva Orleans. Ocho años atrás, a Spireza le habían asignado la investigación de un asesinato. Luego le asignaron siete más. Todos vinculados al mismo caso, un caso en el que había habido ocho homicidios. Spireza no había resuelto ni uno solo de ellos. Su investigación había sido un fracaso absoluto.

Pero el hombre hizo todo lo que pudo. Su investigación fue meticulosa. Concienzuda. La primera víctima había sido el propietario de una fábrica textil que estaba interesado en un nuevo proceso químico para el tratamiento del algodón. La segunda había sido el capataz de la fábrica, quien había dejado la empresa y estaba tratando de conseguir financiación para montar su propia compañía.

Las siguientes seis víctimas habían sido funcionarios de la EPA, el organismo federal de protección del medio ambiente. Estos funcionarios habían investigando un caso desde su oficina en Nueva Orleans. El caso tenía que ver con la contaminación en el delta del Mississippi. Los peces estaban muriendo. La causa tenía su origen unos trescientos cincuenta kilómetros más arriba. Una fábrica de procesamiento textil, situada en el estado de Mississippi, estaba vertiendo compuestos químicos en el río —hidróxido de sodio, hipoclorito de sodio y cloro—, compuestos que, al mezclarse con las aguas fluviales, habían formado un mortífero cóctel.

Las ocho víctimas habían muerto del mismo modo. De dos disparos en la cabeza efectuados con una pistola automática provista de silenciador. Del calibre 22. De forma limpia y precisa. Spireza había dado por sentado que eran obra de un asesino a sueldo. El policía trató de dar con el ejecutor por dos medios. El primero fue el de

hablar con todos sus contactos y no dejar árbol sin agitar. Los asesinos a sueldo no son tan abundantes. Spireza y sus compañeros hablaron con todo el mundo. Pero nadie sabía nada.

El segundo método de Spireza fue más clásico todavía. Deducir quién se estaba beneficiando de aquellos asesinatos. El empresario textil de Mississippi era un claro candidato. Este hombre se había visto acosado por las ocho personas muertas. Dos de ellos lo habían acosado en el plano comercial. Y los ocho restantes amenazaban con ponerle fin a su negocio. Spireza investigó al empresario a fondo. De forma pormenorizada, a lo largo de un año. Los papeles que tenía entre manos así lo dejaban claro. Spireza había recurrido al FBI y al fisco. Quienes habían mirado hasta el último centavo de sus cuentas bancarias en busca de pagos no justificados hechos en efectivo al escurridizo ejecutor.

Estuvieron investigando a lo largo de un año entero, pero no encontraron nada. Eso sí, descubrieron unas cuantas cosas muy desagradables. Spireza estaba convencido de que el empresario había matado a su mujer. De resultas de una paliza, o eso sospechaba. El fulano había vuelto a casarse, por lo que Spireza envió un fax al cuerpo local de policía advirtiéndolos de sus sospechas. El hijo de ese hombre era un psicópata. Un sujeto todavía peor que su padre, en opinión de Spireza. Un psicópata con todas las de la ley. El empresario textil había estado protegiendo a su hijo cada vez que este se pasaba de la raya. Encubriéndolo. Comprando el silencio de otros para que no lo metieran en problemas. El muchacho había pasado por una docena de centros para casos como el suyo.

Pero no habían podido acusar al empresario de nada. El FBI de Nueva Orleans perdió el interés. Spireza cerró el caso. Se olvidó del asunto, hasta que un viejo inspector de un pueblo perdido en Georgia le envió un fax, pidiendo información sobre la familia Kliner.

Finlay cerró la carpeta. Hizo girar el sillón de barbero y se encaró conmigo.

—La fundación Kliner es un montaje absoluto —dijo—. Lo que se dice un montaje absoluto. Es una tapadera para esconder algo. Aquí lo pone bien claro. Gray descubrió el pastel. Porque examinó sus cuentas de arriba abajo. Todos los años la fundación invierte millones de dólares, pero sus ingresos son de cero dólares. De cero dólares.

Cogió uno de sus papeles. Lo miró un momento. Me lo pasó. Era una hoja de cálculo que mostraba los gastos efectuados por la fundación.

—¿Lo ve? —dijo—. Es increíble. Eso es lo que están gastando.

Lo miré. En la hoja de cálculo figuraba una suma enorme. Asentí.

—Es posible que sea mucho más —observé—. Yo solo llevo aquí cinco días. Antes estuve recorriendo Estados Unidos de punta a punta. Y antes estuve viajando por el mundo. Margrave es, de lejos, la población más limpia, cuidada e impoluta que

he visto en la vida. Está mejor conservada que el Pentágono o la Casa Blanca. Y lo digo en serio. Todo cuanto hay en Margrave es nuevo o ha sido renovado. Todo es perfecto, tanto que resulta inquietante. Y los costes tienen que ascender a una verdadera fortuna.

Finlay movió afirmativamente la cabeza.

—Y Margrave también es un lugar muy extraño —agregué—. Casi siempre está desierto. Apenas hay vida. Casi no hay ninguna actividad comercial en todo el pueblo. Aquí nada se mueve. Nadie está ganando dinero.

Me miró con rostro inexpresivo, sin terminar de comprender.

—Piénselo —dije—. Pongamos el caso de la cafetería de Eno. Un establecimiento nuevecito. Un pequeño restaurante a la última, decorado con cromados brillantes. Pero Eno casi no tiene clientes. He estado un par de veces. Y las dos veces no había más que un par de clientes. Hay más camareras que gente comiendo. ¿Cómo se las arregla Eno para pagar las facturas? ¿Los gastos generales? ¿La hipoteca? Lo mismo vale para todos los demás negocios que hay en el pueblo. ¿Alguna vez ha visto que en ellos haya muchos clientes?

Finlay lo pensó. Dijo que no con la cabeza.

—Lo mismo vale para esta barbería —dije—. Estuve aquí el domingo por la mañana y el martes por la mañana. El viejo me dijo que no habían tenido un solo cliente entre una mañana y la otra. Ni un solo cliente en cuarenta y ocho horas.

Callé. Me acordé de otra cosa que me había dicho el viejo. Aquel viejo barbero medio contrahecho. De pronto lo vi todo bajo una nueva luz.

—El barbero más viejo de los dos... —recordé—. Me contó una cosa. Una cosa bastante rara. En ese momento pensé que estaba loco. Le pregunté cómo se ganaban la vida si no tenían clientes. Me respondió que no necesitaban clientes para ganarse la vida porque la Fundación Kliner les pagaba un dinero. «¿Cuánto?», pregunté. Me dijo que mil pavos. Según añadió, es lo que pagan a todo quien tiene un negocio en este lugar. De forma que supuse que se trataría de una especie de subvención al comercio, de mil dólares al año, ¿no?

Finlay asintió con un gesto. Parecía encontrarle sentido al asunto.

—Yo sencillamente estaba charlando para matar el rato —añadí—. Como se hace cuando uno está sentado en una barbería. Le dije que no estaba mal eso de recibir mil dólares al año, pero que no era suficiente para pagar las facturas. ¿Sabe qué me respondió?

Finlay meneó la cabeza en silencio. Traté de acordarme de las palabras exactas que me había dicho el viejo. Pues quería ver si Finlay, al oírlo, reaccionaba también sin darle importancia.

—El hombre me lo contó como si fuera un secreto de los gordos. Como si estuviera jugándose mucho al decírmelo. Me lo contó en un susurro. Explicó que no tendría que contármelo, pero que iba a hacerlo porque conocía a su hermana.

—¿La conoce? —preguntó Finlay, sorprendido.

—No, nada de eso. El hombre estaba más bien confuso. El sábado le había estado preguntando por Blind Blake, ya sabe, aquel viejo guitarrista, y entonces me dijo que su hermana lo había tratado un poco hace sesenta años. Supongo que no se acordaba bien de nuestra conversación anterior y que pensaba que le había dicho que conocía a su hermana.

—Y bien, ¿cuál era ese gran secreto? —preguntó Finlay.

—Me dijo que no eran mil dólares al año. Sino que eran mil dólares a la semana.

—¿Mil dólares a la semana? —repitió Finlay—. ¿Mil dólares? ¿Eso es posible?

—No lo sé. En ese momento di por sentado que el viejo estaba mal de la cabeza. Pero ahora pienso que estaba diciéndome la verdad.

—¿Mil dólares a la semana? —volvió a repetir—. ¡Una subvención al comercio de aquí te espero! Estamos hablando de cincuenta y dos mil dólares al año. De un montón de dinero, Reacher.

Lo pensé. Señalé la suma que aparecía en la hoja de cálculo de Gray.

—Porque les hacen falta unas cifras así. Si están gastando todo ese dinero, necesitan unas cifras así, para quitarse todo ese dinero de encima.

Finlay estaba pensativo. Dándole vueltas a la cuestión.

—Tienen comprado al pueblo entero —dijo—. Lo han hecho con mucho cuidado, muy poco a poco. Has comprado al pueblo entero pagando mil dólares a la semana aquí y allí.

—Eso mismo —convine—. La Fundación Kliner se ha convertido en la gallina de los huevos de oro. Nadie quiere arriesgarse a ponerla en peligro. Y por eso todos se mantienen calladitos y miran para otro lado cuando conviene.

—Claro —convino—. Los Kliner podrían dedicarse a asesinar a la gente, y nadie diría ni pío.

Lo miré.

—Los Kliner ya han asesinado a varios, y nadie ha dicho ni pío.

—Y bien, ¿ahora qué vamos a hacer? —preguntó Finlay.

—Lo primero es averiguar qué demonios se traen los Kliner entre manos.

Me miró como si yo estuviera loco.

—Ya sabemos lo que se traen entre manos, ¿no? Imprimir un montón de putos billetes falsos en esos almacenes que tienen.

Meneé la cabeza.

—No, nada de eso —dije—. En Estados Unidos casi no se imprimen billetes falsos. Joe se encargó de acabar con todo eso. Los dólares falsos se imprimen en el extranjero.

—Pero entonces, ¿qué está pasando? —preguntó él—. Pensaba que todo esto tenía que ver con dinero falso. Si no, ¿cómo se explica que Joe estuviera investigando por la zona?

Roscoe nos miró desde la banqueta situada bajo la ventana.

—Todo tiene que ver con el dinero falso —afirmó—. Lo sé perfectamente. Y

conozco hasta el último detalle.

Levantó la carpeta de Gray.

—La respuesta en parte está aquí —dijo.

Con la mano libre, cogió el periódico del día que había en el establecimiento.

—Y en parte también está aquí —agregó.

Finlay y yo fuimos a su lado. Miramos la carpeta que había estado estudiando. Un informe de vigilancia. Gray había estado escondiéndose bajo el trébol de la autopista para observar el tráfico de camiones que entraba y salía de los almacenes. Durante treinta y dos días espaciados en el tiempo. Los resultados aparecían enumerados con claridad, en tres apartados. Los primeros once días había visto que cada día un camión llegaba del sur a primera hora de la mañana. También había visto camiones que salían de los almacenes a todas horas, dirigiéndose al norte y al oeste. A continuación enumeraba los destinos de esos camiones, atendiendo a sus matrículas. Gray sin duda había estado equipado con prismáticos. El listado de destinos cubría casi todo el país. Desde California hasta Massachusetts. Esos once primeros días había registrado once camiones que llegaban y sesenta y siete que partían. El promedio diario era de un camión que llegaba y de unos seis que partían, camiones más pequeños, o sea, una tonelada aproximada de cargamento a lo largo de una semana.

El primer apartado cubría el primer año. El segundo capítulo cubría el segundo año. Había estado observándolo todo en nueve ocasiones. Había visto que salían cincuenta y tres camiones. El mismo promedio de seis que el año previo, con destinos similares. Durante la primera mitad del año, a los almacenes llegaba un camión al día, lo mismo que antes. Pero durante la segunda mitad, las entregas se habían hecho más frecuentes y ascendían a dos camiones al día.

Los últimos doce días se ajustaban a otro patrón. Las anotaciones habían sido hechas durante los cinco últimos meses de su vida. Entre el otoño pasado y febrero, las salidas siguieron siendo de unos seis camiones por jornada, asimismo con destinos muy diversos. Pero en el listado no constaba ni una sola llegada de un camión. Ni una. A partir del otoño pasado, de los almacenes seguían saliendo cargamentos, pero ninguno llegaba.

—¿Entonces? —apuntó Finlay.

Roscoe se arrellanó en el asiento y sonrió. Lo tenía claro.

—Es evidente, ¿no? —dijo—. Están introduciendo billetes falsos en el país. Billetes impresos en Venezuela, el país en el que Kliner estableció su nueva fábrica de productos químicos. El dinero llega en barco, y lo trasladan de Florida a los almacenes de Margrave. A continuación lo llevan en camión a las grandes ciudades del norte y el oeste. Los Ángeles, Chicago, Detroit, Nueva York, Boston, grandes ciudades en las que se mueve mucho dinero y es fácil colar esos billetes falsificados. Estamos ante una red de distribución de dinero falso procedente del extranjero. La cosa cae por su peso, Finlay.

—¿Eso cree? —preguntó él.

—Pues claro. Acuérdesse de Sherman Stoller. Ese hombre constantemente iba y venía de Florida, de Jacksonville Beach, donde estaba el barco con el cargamento del extranjero. Acuérdesse de que lo detuvieron allí por exceso de velocidad. Sin duda iba a cargar el dinero transportado por mar. Por eso Stoller estaba tan nervioso. Por eso hizo que el abogado ese de campanillas fuera corriendo a sacarle de apuros.

Finlay asintió.

—Todo encaja —afirmó ella—. Piense en un mapa de Estados Unidos. El dinero se imprime en Sudamérica y llega por mar. Lo desembarcan en Florida. Lo transportan algo más arriba y, desde el sureste, lo llevan a Los Ángeles, en el oeste; a Chicago, en el centro del país. A Nueva York y a Boston, en el norte. La cosa se ramifica. Como un candelabro o una menorá. ¿Sabe lo que es una menorá?

—Claro —dijo él—. Ese candelabro que usan los judíos.

—Justamente. Es la forma que tiene en el mapa. El trayecto de Florida a Margrave es el tallo. Y los distintos brazos después se extienden hacia las grandes ciudades, de Los Ángeles a Boston, pasando por Chicago. Es una red de importación, Finlay.

Con la mano iba trazando una menorá en el aire. Tenía sentido. Una red de distribución mediante camiones cargados de dinero falso desembarcado en Florida, que utilizaba el gran nudo de autopistas cercano a Atlanta para dirigirse a las grandes urbes del norte y el oeste. La imagen de la menorá era buena. El brazo izquierdo se desplegaba en horizontal, con destino a Los Ángeles. La idea tenía sentido. Y resultaba casi seguro que Margrave constituía el eje. Y que aquellos almacenes eran el centro físico de distribución. La geografía era la adecuada. Resultaba inteligente utilizar un pueblo remoto y tranquilo como Margrave como centro de distribución. A todo esto, los responsables tenían un montón de dinero en efectivo para utilizarlo a conveniencia. Dinero falso, pero que la gente iba a gastar igual. Y estábamos hablando de muchísima pasta. Esa gente transportaba una tonelada a la semana. Una operación a escala industrial. Gigantesca. Que explicaba los desembolsos ingentes hechos por la Fundación Kliner. Pero Finlay seguía sin estar convencido.

—Pero ¿qué me dicen de los últimos doce meses? —objetó—. No ha habido llegadas de camiones. Miremos el listado de Gray. No ha estado llegando más dinero. Desde hace un año exacto. A Sherman Stoller lo despidieron, ¿no es así? A lo largo del último año no ha llegado nada, y sin embargo siguen distribuyendo algo. Cada día salían seis camiones, lo mismo que antes. ¿Qué significa eso? ¿De qué mercancía estamos hablando?

Roscoe sonrió con malevolencia y le mostró el periódico.

—La respuesta está aquí. Los periódicos no hacen más que hablar de lo mismo desde el viernes. Los guardacostas. En septiembre pasado emprendieron ese gran operativo contra el contrabando, ¿verdad? Un operativo que fue anunciado a bombo y platillo. Kliner lo vio venir y sin duda empezó a acumular excedentes, en previsión de

lo que iba a pasar. Fíjense en las notas de Gray. Durante los seis meses anteriores a septiembre se estuvieron duplicando las llegadas de camiones. Porque Kliner estaba acumulando excedentes de dinero falso en los almacenes. Un dinero que luego siguió distribuyendo al ritmo de siempre. Por eso tienen pánico de ser descubiertos. Porque llevan un año sentados encima de una montaña de billetes falsos. Y ahora los guardacostas van a cancelar ese operativo... Con lo que Kliner y los demás van a poder seguir importando como en los viejos tiempos. Eso es lo que va a suceder el domingo próximo. Es lo que la pobre Molly quiso decir cuando nos instó a hacer algo antes del domingo. Tenemos que entrar en los almacenes antes de que se deshagan del resto del dinero acumulado.

Finlay asintió con la cabeza. Estaba convencido. Sonrió. Se levantó y estrechó la mano de Roscoe.

—Buen trabajo —elogió—. Un análisis perfecto. Siempre dije que era usted lista, Roscoe. ¿No es verdad, Reacher? ¿No le dije que era lo mejor que teníamos?

Lo confirmé con un gesto y sonreí. Roscoe se ruborizó. Finlay seguía estrechándole la mano, sonriente a su vez. Pero me di cuenta de que estaba repensando lo expuesto hace un momento, tratando de dar con puntos débiles en la argumentación. Solo encontró dos.

—Pero ¿qué me dice de Hubble? —preguntó—. ¿Dónde encajaba Hubble? Porque no iban a fichar a un directivo bancario para cargar camiones, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Hubble trabajó como responsable de dinero en efectivo de un banco —expliqué—. Su labor en la trama era la de distribuir los billetes falsos. Se encargaba de introducirlos en el sistema. Y sabía dónde hacerlo. Sabía dónde necesitaban esos billetes. Estaba haciendo su trabajo de antes, pero al revés.

—¿Y qué me dice de esos aparatos de aire acondicionado? —repuso él—. Sherman Stoller los transportaba a Florida. Es lo que les dijo su mujer. Sabemos que es verdad porque vieron las dos viejas cajas de cartón en el garaje. Y llevaba el camión lleno de esos aparatos cuando la policía de Jacksonville lo registró. ¿Cómo se explica eso?

—Supongo que se trataba de un negocio legítimo —respondí—. Un señuelo para despistar y encubrir el negocio ilegal. Una especie de camuflaje. Para explicar el constante ir y venir por Florida. De lo contrario habría tenido que hacer los viajes a Jacksonville de vacío.

Finlay asintió.

—Una jugada muy astuta —convino—. Así no tenía que ir de vacío. Tiene sentido. Aprovechaba para vender esos aparatos y sacarse un dinero extra.

Soltó la mano de Roscoe y dijo:

—Vamos a necesitar muestras de los billetes falsificados.

Sonreí. Me acababa de acordar de una cosa.

—Tengo unas cuantas —dije. Llevé la mano al bolsillo y saqué el grueso fajo de billetes de cien. Cogí el que estaba al principio del fajo y el que estaba al final, y entregué ambos billetes a Finlay.

—¿Son falsos? —preguntó.

—Tienen que serlo. Charlie Hubble me dio este fajo de billetes de cien para gastos. Lo más probable es que fueran de su marido. También me quedé con el dinero que encontré en los bolsillos de esos dos tipos que el martes andaban buscándome.

—¿También cree que son falsos? ¿Por qué?

—Piénselo —dije—. Kliner necesita efectivo para sus operaciones. ¿Por qué iba a usar dinero de verdad? Estoy seguro de que pagaba a Hubble con billetes falsos. Y de que pagó con billetes falsos a esos dos tipos de Jacksonville.

Finlay acercó los dos billetes de cien a la luz de la ventana. Roscoe y yo nos acercamos a mirar.

—¿Está seguro de lo que dice? A mí me parecen de los buenos.

—Son falsos —afirmé—. Tienen que serlo. Es lo lógico, ¿no cree? Los falsificadores suelen decantarse por los billetes de cien. Los de más valor resultan difíciles de pasar, y no vale la pena falsificar los de menos valor. ¿Y para qué iban a gastar dinero de verdad si tienen toneladas de billetes de pega a su disposición?

Miramos bien los billetes. Los escudriñamos, los palpamos, los oímos, los frotamos con los dedos. Finlay abrió su cartera y sacó uno de sus propios billetes de cien. Comparamos los tres. Nos los fuimos pasando. No veíamos ninguna diferencia.

—Si se trata de unas falsificaciones, son unas falsificaciones de puta madre —dijo Finlay—. Pero lo que dice tiene lógica. Lo más probable es que la Fundación Kliner esté operando con billetes falsos.

Devolvió el billete bueno a su cartera y se metió los dos falsos en un bolsillo.

—Voy a volver a la comisaría. Ustedes dos preséntense mañana al mediodía. Teale siempre sale a almorzar fuera. Entonces hablaremos.

Roscoe y yo fuimos en coche a Macon, a setenta kilómetros de distancia. Quería seguir en movimiento. Una norma fundamental de seguridad. No hay que quedarse quieto. Escogimos un anodino motel al sureste de la ciudad. Todo lo lejos de Margrave que se puede estar en Macon, cuyo centro urbano ahora se encontraba entre nosotros y nuestros enemigos. El viejo alcalde Teale me había aconsejado buscar un motel en Macon. Y yo le había hecho caso por esa noche.

Nos duchamos con agua fría y nos metimos en la cama. Nos sumimos en un sueño inquieto. En la habitación hacía calor. Nos estuvimos removiendo en la cama durante casi toda la noche. Al final caímos rendidos y nos levantamos con el amanecer. Nos quedamos de pie, bostezando a la media luz. Jueves por la mañana. Nos sentíamos como si no hubiéramos pegado ojo. Recogimos nuestras ropas y nos vestimos en la penumbra. Me dije que sería mejor que pronto me comprara otras nuevas. Pensaba pagarlas con los billetes falsos de Kliner.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Roscoe.

No respondí. Estaba pensando en otra cosa.

—¿Reacher? —dijo—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué le pasó a Gray?

—Se ahorcó.

Lo pensé un poco más.

—¿Eso crees? —Dije.

Se quedó en silencio.

—Por Dios... —dijo—. ¿Es que tienes dudas de que fuera eso lo que pasó?

—Es posible. Piénsalo. Supongamos que se encaró con uno de ellos. Supongamos que lo encontraron husmeando donde no tendría que estar husmeando.

—¿Crees que lo mataron? —preguntó. Había pánico en su voz.

—Es posible —repetí—. Yo creo que esa gente mató a Joe, a Stoller, a los Morrison, a Hubble y a Molly Beth Gordon. Creo que intentaron matarnos a los dos. Si alguien es una amenaza, lo matan. Es la forma que tiene Kliner de hacer las cosas.

Roscoe guardó silencio un instante. Estaba pensando en su viejo compañero, Gray, el inspector tan arisco como paciente. Veinticinco años de trabajo meticulado. Un tipo así era una amenaza. Un tipo que se pasaba treinta y dos días tomando notas pacientemente era una amenaza. Roscoe levantó la mirada y asintió con la cabeza.

—Seguramente dio algún paso en falso.

Asentí con un movimiento de la cabeza.

—Lo ahorcaron. Y lo arreglaron todo para que pareciese un suicidio.

—No puedo creerlo...

—¿Le hicieron una autopsia?

—Eso supongo.

—Pues vamos a tener que comprobarlo. Tendremos que volver a hablar con el forense de Yellow Springs.

—Pero lo lógico es suponer que el forense ya lo hubiese dicho, ¿no? —objetó ella—. Si hubiera tenido dudas, lo habría dicho en su momento...

—Se lo habría dicho a Morrison —repuse—. Y Morrison no le habría hecho el menor caso. Porque los que estaban compinchados con él fueron los responsables. Vamos a tener que averiguarlo por nuestra cuenta.

Roscoe se estremeció.

—Estuve en su funeral —recordó—. Fuimos todos. El jefe Morrison pronunció unas palabras a la salida de la iglesia. Y después habló el alcalde Teale. Dijeron que Gray era un magnífico policía. El mejor que había en Margrave. Pero fueron ellos quienes lo mataron.

Lo dijo con mucho sentimiento. Porque ella siempre se había sentido a gusto en Margrave. Su familia había estado trabajando allí a lo largo de varias generaciones. Roscoe tenía sus raíces allí. Y le gustaba formar parte de la comunidad. Pero aquella comunidad estaba podrida por dentro. Podrida por completo, corrompida por entero. No era una comunidad. Era un lodazal pestilente, un lodazal de sangre y de dinero sucio. El mundo de Roscoe estaba viniéndose abajo en aquel momento.

Salimos de Macon y nos dirigimos al norte en dirección a Margrave. A mitad de camino, Roscoe torció a la derecha y fuimos hacia Yellow Springs por una carretera

secundaria. Hacia el hospital. Yo estaba muerto de hambre. No habíamos desayunado. Lo que no resultaba muy aconsejable si uno va a visitar un depósito de cadáveres. Llegamos al hospital, rodeamos el edificio y aparcamos cerca de la gran puerta metálica giratoria.

Salimos del coche. Fuimos andando por el camino que llevaba a las dependencias administrativas. El sol empezaba a hacerse notar. Hubiera sido un placer quedarse al aire libre. Pero entramos y fuimos en busca del forense. Lo encontramos en su destartalado despacho. Con la misma expresión cansada de siempre. Vestido con su bata blanca de siempre. Alzó la vista y nos invitó a entrar con un gesto.

—Buenos días, amigos —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

Tomamos asiento en los mismos taburetes del martes. Procuré mantenerme alejado del fax. Dejé que Roscoe llevara la voz cantante. Era lo mejor, pues yo no tenía cargo oficial alguno.

—En febrero pasado —dijo—, el inspector en jefe de la policía de Margrave se suicidó. ¿Lo recuerda?

—¿Un hombre llamado Gray...? —apuntó el forense.

Roscoe asintió. El forense se levantó y fue a un archivador. Abrió uno de los cajones, de forma un tanto trabajosa. El cajón terminó de abrirse con un chirrido metálico. El forense recorrió los archivos con los dedos.

—Febrero —dijo—. Gray.

Sacó una carpeta y la llevó al escritorio. La dejó caer sobre el tapete del escritorio. Tomó asiento con cierta brusquedad y abrió la carpeta. Una carpeta delgada, en la que no había mucho.

—Gray —repitió—. Sí, me acuerdo de él. Se ahorcó, ¿no era eso? El primer caso que nos llegó de Margrave en treinta años. Se colgó de una viga del garaje de su casa, ¿no?

—Eso mismo —dijo ella. Y a continuación guardó silencio.

—Bueno, ¿y en qué puedo ayudarles? —preguntó el forense.

—¿Encontró algo raro?

El forense consultó los papeles de la carpeta.

—Cuando un hombre termina por ahorcarse, es que en su vida pasaba algo raro —dijo.

—Pero ¿encontró algo que le pareciese muy raro?

Los ojos fatigados del forense nos miraron por turno.

—¿Algo sospechoso? —aclaró Roscoe.

En el rostro del forense se dibujó la misma media sonrisa que habíamos visto el martes.

—¿Encontró que en su muerte había algo sospechoso? —insistí.

Meneó la cabeza.

—No —dijo—. Un suicidio por ahorcamiento. Caso cerrado. Gray se subió a un taburete de cocina que había llevado al garaje. Hizo un nudo, se lo pasó por el cuello

y le dio una patada al taburete. Todo encajaba. Varios de los vecinos del pueblo nos dieron más datos. No encontré ningún indicio sospechoso.

—¿Qué datos le dieron esos vecinos? —preguntó Roscoe.

El forense la miró un segundo. Volvió a posar la vista en sus papeles.

—Ese hombre sufría de depresión —explicó—. Desde hacía tiempo. La noche en que sucedió lo que sucedió había estado bebiendo en bares con su jefe, ese tal Morrison al que luego también vimos por aquí, y con el alcalde del pueblo, un tal Teale. Los tres estuvieron bebiendo a conciencia para olvidarse de cierto caso en el que Gray había metido la pata hasta el fondo. Gray pilló una borrachera de campeonato, por lo que tuvieron que acompañarlo a casa. Lo llevaron hasta allí y lo dejaron. Gray seguramente se sentía hundido. Fue al garaje y se ahorcó.

—¿Es lo que le dijeron? —preguntó Roscoe.

—Morrison firmó una declaración —respondió el forense—. Estaba muy afectado. Se decía que esa noche tendría que haber hecho más, ya me entienden, quedarse en casa con Gray o algo parecido.

—¿La declaración le pareció convincente? —pregunté.

—Yo no conocía a Gray —dijo el forense—. Este centro trabaja con una docena de cuerpos de policía distintos. Yo hasta entonces nunca había tratado con alguien de Margrave. Es un pueblo de lo más tranquilo, ¿no? O lo ha sido durante mucho tiempo, mejor dicho. Pero lo que hizo Gray encaja con el patrón habitual en estos casos. La bebida provoca que las emociones se disparen.

—¿Encontró indicios físicos de algún tipo? —pregunté.

Volvió a consultar los papeles. Me miró.

—El cadáver apestaba a *whisky*. Y había unos moratones recientes en los brazos y antebrazos. Lo que encaja con el hecho de que dos hombres tuvieran que llevarle a casa porque estaba muy ebrio. No vi nada sospechoso en todo ello.

—¿Efectuaron una autopsia oficial? —preguntó Roscoe.

—No hizo falta. Lo sucedido estaba muy claro, y estábamos desbordados de trabajo. Como digo, tenemos muchos otros casos de los que ocuparnos. Ese mes de febrero nos encontramos con un verdadero aluvión de casos. Y su jefe, Morrison, nos pidió que fuéramos un poco discretos. Creo recordar que, de hecho, nos escribió una nota. Diciendo que la cuestión era delicada y que no quería que la familia de Gray se enterara de que este había estado completamente borracho la noche de su muerte. Su deseo era el de preservar un poco la dignidad del muerto. Por mí no había problema. No veía nada raro en ello, y estábamos desbordados de trabajo, por lo que autoricé que el cuerpo fuera incinerado cuanto antes.

Roscoe y yo nos miramos. El forense se levantó, fue al archivador y devolvió la carpeta al interior. El cajón se cerró con un chirrido metálico.

—¿Esto es todo, amigos? —apuntó—. Si me disculpan, tengo otras cosas que hacer.

Le dimos las gracias por su amabilidad. Salimos un poco confusos del

destartalado despacho. Volvimos a encontrarnos bajo el cálido sol otoñal. Nos miramos pestañeando, sin hablar. Roscoe estaba demasiado indignada para articular palabra. Acababa de oír que a su viejo amigo lo habían asesinado.

—Lo siento —dije.

—Toda esa historia es un cuento de mierda, de pies a cabeza —soltó—. Gray no había metido la pata en un caso, porque nunca metía la pata. No estaba particularmente deprimido. Y era abstemio. No bebía ni gota. De forma que esa noche en absoluto estaba borracho. Tampoco hubiera salido a tomar algo con Morrison. O con el puñetero alcalde. De eso nada. Porque ninguno de los dos le caía bien. Ni loco hubiera salido a tomar algo con ellos. Tampoco tenía familia conocida. Por lo que todo eso de la familia, lo delicado del asunto y la preservación de su dignidad es un puro cuento chino. Lo mataron y luego contaron ese cuento chino al forense para que no metiera mucho las narices en el asunto.

Sentado en el coche, esperé a que terminara de liberar su rabia y su frustración. Finalmente calló y se mantuvo inmóvil. Estaba deduciendo el modo en que lo habían hecho todo.

—¿Tú crees que Morrison y Teale lo hicieron personalmente? —preguntó.

—Con la ayuda de otro más —respondí—. Fueron tres. Diría que se presentaron en su casa y llamaron a la puerta. Gray abrió, y Teale lo encañonó con una pistola. Morrison y el tercer hombre se abalanzaron sobre él y lo sujetaron por los brazos. Lo que explica esos moratones. Teale le obligó a beberse una botella de *whisky* o por lo menos vertió el licor sobre sus ropas. Lo llevaron al garaje por la fuerza y lo ahorcaron.

Roscoe arrancó y salió del aparcamiento del hospital. Rodeó el edificio y enfiló la carretera rural que llevaba a Margrave.

—Lo mataron —sentenció—. Como mataron a Joe. Creo que ahora entiendo lo que tienes que estar sintiendo.

—Van a pagarlo —aseguré—. Van a pagárnoslo a los dos.

—Esos hijos de puta van a enterarse —dijo ella.

Nos sumimos en el silencio. Seguimos hacia el norte y torcimos por la carretera del condado. Diecisiete kilómetros en línea recta hasta Margrave.

—Pobre Gray... —musitó—. No puedo creerlo. Un hombre tan inteligente y tan precavido...

—No lo bastante inteligente —dije—. O lo bastante precavido. Hemos de tenerlo bien presente. Ya sabes lo que hay que hacer, ¿no? Nunca estés a solas. Si ves que alguien viene a por ti, sal corriendo. O pégame un tiro al muy cabrón. Siempre que puedas, permanece junto a Finlay. ¿Entendido?

Su mirada no se apartaba de la carretera. Conducía a una velocidad endemoniada por la recta carretera. Estaba pensando en Finlay.

—Finlay... —repitió—. Hay algo que no entiendo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Son dos, ¿no? Teale y Morrison. Son los que manejan la ciudad según el antojo de Kliner. Están al frente del cuerpo de policía y entre los dos hacen y deshacen a su gusto. El inspector en jefe es Gray. Un hombre mayor, con la cabeza bien amueblada, perspicaz, testarudo. Lleva veinticinco años en el cuerpo, desde mucho antes que empezara toda esta mierda. Se lo encontraron al llegar y no podían deshacerse de él. Y como era de esperar, ese inspector en jefe tan despierto y tenaz un día empieza a sospechar de los dos. Se ha dado cuenta de que en el pueblo está pasando algo raro. Los dos a su vez se dan cuenta de lo que Gray ha comprendido. Así que deciden liquidarle. Lo matan para no correr riesgos. ¿Y qué hacen después?

—Dímelo.

—Contratan a un sustituto —dijo—. Finlay, un hombre procedente de Boston. Un profesional todavía más despierto y tenaz que el propio Gray. ¿Por qué cojones iban a hacer una cosa así? Si Gray representaba un peligro, Finlay podía ser doblemente peligroso. ¿Cómo se explica? ¿Por qué se les ocurrió contratar a un policía aún más listo que el anterior?

—Es fácil de responder. Porque tenían la impresión de que Finlay era tonto de remate.

—¿Que Finlay era tonto? ¿Cómo demonios pudieron pensar una cosa así?

Explicué cuanto Finlay me había contado el viernes mientras comíamos unos donuts en la pequeña barra del bar que había en el supermercado. Lo sucedido con su divorcio. Su estado mental por entonces. ¿Qué me había dicho? Que se había convertido en poco menos que en un imbécil. Que apenas era capaz de articular dos palabras seguidas.

—Lo entrevistaron el jefe Morrison y el alcalde Teale —recordé—. Finlay me dijo que lo hizo tan mal en esa entrevista de trabajo que sin duda tuvieron que tomarle por estúpido. Eso explica que lo contrataran. Porque andaban buscando a un estúpido para el cargo.

Roscoe se echó a reír. Su risa me alegró.

—¡Por Dios! —exclamó—. La cosa no puede ser más irónica. Seguro que estuvieron planeándolo todo a conciencia. Se dijeron que tenían un problema con Gray. Y que les convenía que su sucesor fuera una especie de débil mental. Por lo que decidieron escoger al candidato al puesto que peor lo hiciera en las entrevistas de trabajo.

—Justamente —convine—. Fue lo que hicieron. Y escogieron a un tipo de Boston que en ese momento estaba traumatizado y andaba perdido por el mundo. Pero cuando se puso a trabajar, el hombre se había recuperado lo suficiente para dejar claro que era un profesional muy eficiente y perspicaz.

La idea le hizo sonreír durante el siguiente par de kilómetros. Subimos una pequeña pendiente y emprendimos el largo descenso hasta Margrave. Otra vez estábamos en tensión. Aquello era como adentrarse en una zona de guerra. De la que habíamos salido unas horas. La idea de volver a entrar en ella no resultaba muy

tranquilizadora. Hasta ese momento había creído que lo vería todo con más calma cuando identificara con claridad a los tipos a los que estaba enfrentándome. Pero no era eso lo que sucedía. Porque este enfrentamiento no tenía lugar en un terreno neutral. El terreno estaba completamente dominado por mis rivales. El pueblo entero estaba metido en el asunto. Habían comprado al pueblo entero. No podía esperar que alguien fuera neutral. Estábamos llegando a cien kilómetros por hora a un lugar pero que muy peligroso. Mucho más de lo que había supuesto en un principio.

Roscoe aminoró al llegar a los primeros edificios. El gran Chevrolet enfiló el reluciente asfalto de Margrave. A izquierda y derecha, las magnolias y los cornejos dieron paso a céspedes aterciopelados y cerezos ornamentales. Unos árboles cuyos troncos relucían de pulcritud. Como si hubieran pulimentado la corteza a mano. Lo que en Margrave probablemente era una realidad. Lo más seguro era que la Fundación Kliner estuviera pagando muy bien a alguien para que se ocupara del asunto.

Pasamos por las calles de las tiendas, despreocupadamente vacías, todas ellas sostenidas por mil dólares a la semana ganados sin esfuerzo alguno. Rodeamos el pequeño parque con la estatua en honor a Caspar Teale. Dejamos atrás la calle que llevaba a la casa de Roscoe, la casa con la puerta rota y entreabierta. Dejamos atrás la cafetería. Los bancos emplazados bajo los elegantes toldos y marquesinas. Las zonas ajardinadas frente a las cuales antaño había bares y hoteles, cuando Margrave era una ciudad honrada. Y llegamos a la comisaría. Entramos en el estacionamiento y aparcamos. El Bentley de Charlie Hubble seguía allí donde lo había dejado.

Roscoe apagó el motor. Seguimos sentados en el coche un minuto. No queríamos salir. Nos estrechamos las manos con fuerza. Un breve gesto de buena suerte. Salimos del coche. A dar la batalla.

La comisaría estaba bien refrigerada y casi desierta. Solo estaban Baker, sentado ante su escritorio, y Finlay, quien justo acababa de salir del despacho situado en la parte posterior. Nos vio y se acercó de inmediato.

—Teale va a volver en diez minutos —anunció—. Y tenemos un pequeño problema.

Nos hizo pasar al despacho. Entramos, y cerró la puerta.

—Ha llamado Picard —dijo.

—¿Y qué problema hay? —pregunté.

—La cosa tiene que ver con esa casa segura en la que están escondidos Charlie Hubble y sus hijos —indicó—. Recordemos que toda esta situación tiene que seguir siendo extraoficial, ¿entendido?

—Es lo que él me dijo. Según explicó, está operando por su cuenta y riesgo.

—Justamente. Y ese es el problema. Picard no puede contar con agentes que se encarguen de vigilar en la casa. Pero necesita que alguien esté con Charlie. Hasta el

momento, él mismo se ha encargado de hacerlo. Pero ya no puede seguir haciéndolo. No puedo tomarme más horas libres. A la vez, la situación tampoco le parece del todo correcta, ya me entienden. Hasta ahora ha estado a solas en la casa con Charlie, una mujer, con su hija y demás. Y se ve que la niña le tiene un miedo tremendo.

Miró a Roscoe. Se hizo cargo de lo que le iba a venir.

—Solo sería durante veinticuatro horas —dijo Finlay—. Es lo único que Picard nos pide. ¿Puede ocupar su lugar?

Roscoe se encogió de hombros. Sonrió.

—Claro que sí —dijo—. No hay problema. Puedo quedarme un día. Pero tiene que prometerme que me hará regresar en cuanto empiece la verdadera diversión.

—Por descontado —dijo Finlay—. Pero la verdadera diversión no va a empezar hasta que tengamos más información sobre este caso. Cuando llegue ese momento, Picard puede operar de forma oficial y situar a sus propios agentes en la casa segura. Y usted se vuelve a Margrave.

—Muy bien —convino ella—. ¿Cuándo tengo que ir?

—Ahora mismo —respondió él—. Picard va a presentarse en cualquier momento. Roscoe sonrió.

—Tenía claro que iba a decirle que sí, ¿no?

Finlay sonrió a su vez.

—Como dije a Reacher, es usted lo mejor que tenemos.

Fuimos los dos por la sala de trabajo y salimos por una de las puertas acristaladas. Roscoe sacó la maleta del interior del Chevrolet y la dejó en la acera.

—Nos vemos mañana, supongo —dijo.

—¿No te importa? —pregunté.

—No, claro que no. Todo va a ir bien. No hay lugar más seguro que una casa segura del FBI, ¿verdad? Pero voy a echarle de menos, Reacher. No esperaba que fuéramos a tener que separarnos tan pronto.

Apreté su mano. Me besó en la mejilla. Sus labios buscaron los míos. Finlay en ese momento asomó la cabeza por una de las puertas de la comisaría. Y dijo a Roscoe:

—No se olvide de poner a Picard al día, ¿entendido?

Roscoe volvió el rostro y asintió. Nos quedamos a solas bajo el sol. No tuvimos que esperar mucho. El sedán azul de Picard se presentó en el aparcamiento al cabo de un par de minutos. Y se detuvo junto a nosotros. Al hombretón le costó salir del coche. Su corpachón casi parecía bloquear la luz del sol.

—Tengo que darle las gracias, Roscoe —dijo—. Me está ayudando mucho.

—No hay problema —dijo ella—. Usted también está ayudándonos, ¿no? ¿Dónde está ese lugar al que tenemos que ir?

Picard esbozó una sonrisa torcida. Me saludó con un gesto de la cabeza.

—Eso no puedo decírselo —explicó—. No delante de terceras personas. Ya estoy corriendo demasiados riesgos. Y tengo que pedirle que después no revele nada a

nadie, ¿entendido? Y, Reacher, le pido que más tarde no haga preguntas a Roscoe o a Charlie, ¿entendido?

—Claro —dije. No tenía previsto hacerle preguntas a Roscoe. Ella misma se encargaría de contármelo todo por su propia voluntad.

—Muy bien —dijo Picard.

Se despidió con un gesto y cogió la maleta de Roscoe. La tiró al asiento trasero. Subieron los dos al sedán azul y se marcharon. En dirección al norte. Me despedí de ellos con la mano. El coche terminó por perderse de vista.

Detalles. Pruebas. Vigilancia. Es la base de todo. Uno tiene que emplearse a fondo y observarlo todo bien y durante el tiempo necesario, hasta conseguir lo que necesita. Mientras Roscoe se dedicaba a prepararle tazas de café a Charlie Hubble y Finlay estaba sentado en el despacho de madera de palisandro, yo iba a tener que concentrarme en vigilar lo que ocurría en los almacenes. De forma pormenorizada, hasta que entendiera de manera exacta cómo lo hacían todo. Era posible que tardara veinticuatro horas seguidas. Y que Roscoe volviera antes de que hubiese terminado.

Me subí al Bentley y recorrí los veinte minutos que me separaban del trébol de la autopista. Reduje la velocidad al pasar junto a los almacenes. Tenía que dar con un buen lugar desde el que vigilarlo todo. La rampa de subida en dirección norte pasaba por debajo de la de bajada, en dirección sur. Bajo esa segunda rampa había una especie de pasadizo entre los cortos y anchos pilones de hormigón. Me dije que sería buena idea esconderme detrás de uno. El lugar era un poco oscuro y estaba ligeramente elevado, por lo que tendría una buena vista de los almacenes. Había encontrado lo que necesitaba.

Aceleré, y el Bentley subió por la rampa. Enfilé los carriles que llevaban a Atlanta. Llegué a la ciudad al cabo de una hora. Estaba empezando a hacerme una idea de conjunto sobre la geografía local. Andaba buscando un barrio comercial del tipo modesto y popular. No tardé en encontrarlo. Pronto estuve en la clase de avenida que me interesaba. Talleres de reparación de automóviles, negocios de venta de mesas de billar, tiendas de muebles de oficina de segunda mano. Aparqué delante de una pequeña iglesia baja. Al otro lado de la avenida había dos tiendas de artículos para excursionistas, cazadores y demás. Fui hacia la que estaba a la izquierda y entré.

La puerta agitó una campanilla. El encargado sentado tras el mostrador levantó la vista. Su aspecto era el habitual en ese tipo de comercios. Un hombre de raza blanca, con barba negra, pantalones de camuflaje y botas de tipo militar. Con un gran pendiente de oro en una oreja, parecía un pirata. Era posible que fuera un antiguo militar. O que le hubiera gustado serlo. Me saludó con un gesto de la cabeza.

Tenía todo cuanto yo necesitaba. Escogí unos pantalones y una camisa de color caqui. Encontré una chaqueta de camuflaje de mi talla. Me fijé bien en los bolsillos. Tenían que ser lo bastante amplios para que la Desert Eagle cupiera. Luego cogí una cantimplora y unos prismáticos de buena calidad. Lo llevé todo al mostrador. Saqué el fajo de billetes de cien. El encargado de la barba me miró con interés.

—Tampoco me vendría mal una cachiporra —dije.

Me miró un momento más. Sus ojos fueron al fajo de los billetes. Se agachó y sacó una caja con aspecto de ser bastante pesada. Escogí una gruesa porra de unos veinte centímetros de largo. Un tubo de cuero, forrado con cinta adhesiva en un lado,

a modo de empuñadura. Hecho a partir de un manguito flexible de fontanería. En el interior del tubo de cuero había perdigones de plomo. Un arma efectiva. Asentí con la cabeza. Pagué y me fui de allí. La campanilla volvió a resonar cuando salí por la puerta.

Conduje el Bentley un centenar de metros y me detuve ante un taller de reparaciones de coches en el que se anunciaba que ahumaban los cristales de las ventanillas. Hice sonar el claxon, y un fulano salió por la puerta en mi dirección.

—¿Puede oscurecerme los cristales de este coche?

—¿De este coche? Claro que sí. Yo oscurezco las ventanillas de cualquier modelo.

—¿Cuanto tardaría?

El tipo se situó junto al coche y resiguió con el dedo la lisa carrocería.

—Con una preciosidad así, hay que hacer un trabajo de primera. Un par de días, quizá tres.

—¿Por cuánto?

Sin apartar el dedo de la carrocería, aspiró entre los dientes, como siempre hacen los de los talleres cuando les pides un precio por su trabajo.

—Doscientos —respondió—. Pero estamos hablando de un trabajo de primera clase, el adecuado para una virguería como esta.

—Le pagaré doscientos cincuenta —dije—. Pero a cambio me hará un trabajo todavía mejor y me prestará un coche durante los dos o tres días que va a necesitar, ¿entendido?

El otro volvió a aspirar entre los dientes y llevó la palma de la mano al capó del Bentley.

—Trato hecho, amigo.

Saqué la llave del Bentley del llavero, y al poco rato me vi al volante de un Cadillac de ocho años de antigüedad, color aguacate. El coche parecía funcionar bastante bien y resultaba mucho más anónimo. El Bentley era un automóvil formidable, pero no me servía para hacer labores de vigilancia. Resultaba difícil pensar en un coche más llamativo.

Salí de la ciudad por el sur y me detuve en una estación de servicio. Hice que llenaran el gran depósito del Cadillac y aproveché para comprar chokolatinas, frutos secos y agua mineral. Luego entré en el cuarto de baño y me cambié de ropa. Me vestí con las prendas militares y tiré las viejas a la papelera. Me subí al coche otra vez. Metí la Desert Eagle en el largo bolsillo interior de mi nueva chaqueta. Montada y con el seguro quitado. Metí las balas sobrantes en el bolsillo exterior de arriba. En el bolsillo lateral derecho llevaba la navaja automática de Morrison, y en el izquierdo la cachiporra recién comprada.

Repartí las chokolatinas y los frutos secos por todos mis bolsillos. Vertí el agua de

una botella en la cantimplora, y llegó el momento de ponerse a trabajar. Tardé una hora en llegar al término municipal de Margrave. Conduje el viejo Cadillac en torno al trébol de la autopista. Enfilé otra vez la rampa de ascenso en dirección al norte. Me desvié por el arcén y me detuve justamente en la tierra de nadie existente entre la rampa de subida y la de bajada. Allí donde no podían verme los que salieran o entraran en la autopista. Los únicos que podían hacerlo eran los que pasaran de largo en dirección a Margrave, y a esos les daría igual.

Subí el capó y lo abrí del todo. Cerré el coche y lo dejé donde estaba. Nadie iba a fijarse en un viejo sedán estacionado junto a un arcén. Una imagen tan familiar que uno ni repara en ella. A continuación subí por el murete de hormigón del borde del arcén. Bajé a toda prisa por el terraplén. Eché a correr hacia el sur y atravesé la rampa de ascenso. Seguí corriendo hasta situarme bajo el pasadizo. Llegué al otro lado, bajo la autopista, y me agazapé tras un pilón de hormigón. Sobre mi cabeza, los camiones salían por el desvío en dirección a Margrave. Y seguramente los había que reducían la marcha y giraban hacia los almacenes cercanos.

Terminé de ponerme cómodo al amparo del pilón. Gozaba de un buen punto de observación: a unos doscientos metros de distancia, y unos ocho o diez metros por encima. Podía contemplar el conjunto de los almacenes como quien contempla un diagrama. Los prismáticos que acababa de comprar eran de bastante buena calidad. Los almacenes eran cuatro. Todos idénticos, construidos el uno junto al otro, emplazados en una línea oblicua desde donde me encontraba. El conjunto estaba circundado por una valla imponente, con muchos alambres de espino en lo alto. Cada uno de los cuatro almacenes tenía su propia valla interior. Cada valla interior tenía su propia puerta de acceso. La valla exterior contaba con una puerta de acceso general que daba a la carretera. El lugar rebosaba de actividad.

En el primer almacén no estaba pasando nada de interés. La gran persiana metálica estaba abierta. Vi que entraban y salían unos cuantos camiones procedentes de las granjas de los alrededores. La gente estaba cargando y descargando a plena luz del día. Resistentes sacos de arpillera, repletos. De productos del campo, quizá, o de semillas o fertilizantes. De lo que usaran los granjeros de la zona. No tenía ni idea. Pero allí no había secreto alguno. Todo estaba a la vista. Todos los camiones eran de aquellos andurriales. Con matrículas de Georgia. No se veía un solo vehículo procedente de otro estado. Ni lo bastante grande para trasladar un cargamento a los lejanos estados del Norte. En el primer almacén no había nada raro, eso saltaba a la vista.

Lo mismo valía para el segundo y el tercero. Las puertas estaban abiertas, con las persianas metálicas en lo alto. La actividad también tenía lugar a plena luz del día. Allí no había secreto alguno. Los camiones eran de otro tipo, pero también del estado. No veía bien qué estaban cargando en ellos. Puede que fueran artículos al por mayor, para su distribución en las pequeñas tiendas del condado. Artículos manufacturados, quizá. En este tercer almacén parecía haber bidones. Nada que en principio resultara

interesante.

El almacén que andaba buscando era el cuarto. El situado al final de la hilera. Era evidente. Su situación era la idónea. Quedaba disimulado por la actividad incesante que tenía lugar en los otros tres almacenes y, al ser el último de todos, nadie tenía por qué acercarse a él. Estaba claro que ese almacén era el que andaba buscando. Más allá, a unos setenta metros, se erguía el árbol partido por un rayo. El que Roscoe había visto en la fotografía donde Stoller y Hubble aparecían frente a una camioneta amarilla. Una instantánea tomada en el solar situado frente al cuarto almacén recogería el árbol tras la esquina posterior de la nave. Estaba claro. Ese era el lugar, estaba clarísimo.

La gran persiana de la puerta estaba bajada. Frente a ella había dos vigilantes. Aunque me hallaba a doscientos metros, pude ver que sus rostros estaban alerta y en tensión. Los estuve observando un minuto. Estaban paseándose ante la puerta, pero eso era todo. De forma que me puse a observar la carretera. A la espera de que un camión llegase y se dirigiese al cuarto almacén.

Tuve que esperar largo rato. Tanta espera me ponía un poco nervioso, por lo que empecé a cantar para mí. Desgrané todas las versiones de *Rambling on My Mind* que conocía. Una canción versionada hasta la saciedad. Suele considerarse que es una canción tradicional, porque nadie sabe quién la compuso. Ni de dónde procede. De la zona del delta del Mississippi, lo más probable. Es una canción sobre culos de mal asiento, sobre personas incapaces de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Sobre gente como yo. Llevaba casi una semana en Margrave. Más tiempo del que me había quedado en cualquier otro lugar de modo voluntario. Tendría que quedarme para siempre. Con Roscoe. Me gustaba estar con ella. Estaba empezando a pensar en un futuro a su lado. Era una perspectiva agradable.

Pero habría problemas. Cuando el sucio dinero de Kliner dejara de fluir, el pueblo entero se iría a la mierda. No habría razón alguna para seguir en él. Y yo había nacido para vagar sin rumbo. Como decía la canción que estaba tarareando en silencio, yo tenía que estar siempre en movimiento. Una canción tradicional, pero que bien hubieran podido escribir para mí. Tenía la sospecha de que quien la compuso posiblemente fue el propio Blind Blake. Un hombre que siempre estaba en movimiento. Que había pasado por este lugar preciso cuando en lugar de pilones de hormigón había árboles viejos e imponentes. Sesenta años atrás, Blind Blake había pasado por esta carretera que yo ahora vigilaba, puede que cantando la misma canción que yo ahora estaba entonando.

Joe y yo acostumbábamos a cantar esa vieja canción. A modo de irónico comentario sobre la vida de una familia con un padre militar. Nos hacían subir a un avión en uno y otro lugar y, después, nos desembarcaban en una base medio desierta en otro punto del globo. No llevaríamos veinte minutos en el nuevo destino y ya nos

poníamos a cantar la vieja canción. Como si a esas alturas llevásemos demasiado tiempo allí y tuviéramos ganas de marcharnos cuanto antes. Apoyado en el pilón de hormigón, estaba cantando la canción otra vez, para mí, pero también para él.

Me llevó algo más de media hora cantar las distintas versiones del tema, una vez para mí y otra vez para Joe. Durante este rato vi que una media docena de camiones llegaban a los almacenes. Todos conducidos por gente de la zona. Camionetas polvorientas con matrículas de Georgia. Ningún gran vehículo para largas distancias con un remolque manchado de hollín. Ningún camión que se dirigiera al almacén del fondo. Estuve cantando más de media hora, sin obtener ninguna información.

Pero sí conseguí unos aplausos. Al terminar de entonar la última canción, unos aplausos lentos e irónicos llegaron de la oscuridad situada a mi espalda. Me volví junto al ancho pilón de hormigón y escudriñé la penumbra. Entreví que un hombre llegaba medio arrastrándose. La silueta se hizo más clara. Un vagabundo de algún tipo. Con el pelo largo y grasiento, y vestido con ropas gruesas en capas superpuestas. Unos ojos brillantes en un rostro arrugado y sucio. El tipo se detuvo a distancia prudencial.

—¿Quién demonios eres? —pregunté.

Se apartó la cortina de pelo de los ojos y esbozó una sonrisa divertida.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó a su vez—. ¿Cómo es que vienes al lugar donde vivo y te pones a berrear de ese modo?

—¿Es que vives debajo de la autopista?

Terminó de enderezarse y se encogió de hombros.

—De forma temporal —dijo—. Llevo un mes aquí. ¿Es que te molesta?

Le dije que no con la cabeza. No me molestaba. Aquel tipo tenía que vivir en alguna parte.

—Siento haberte molestado —dijo—. Voy a irme de aquí esta misma noche.

Me llegó su olor. No era agradable. Este fulano olía como si se hubiera pasado la vida entera en la carretera.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —añadió—. Hemos decidido irnos a otro lugar. Así que nos vamos.

—¿Nos vamos? —repetí—. ¿Es que hay más gente?

El fulano me miró con cara rara. Se volvió y señaló hacia atrás. Pero allí no había nadie. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la semioscuridad. Lo único que se veía era el voladizo de hormigón situado bajo los carriles elevados. Un espacio vacío.

—Mi familia —dijo—. Ha sido un placer conocerte. Pero tenemos que irnos. Ha llegado el momento de marcharse.

Llevó la mano atrás y cogió un petate de lona. Un petate militar. Con una desvaída anotación en la lona. El nombre de un soldado, un número y una unidad. El tipo echó a andar hacia la carretera.

—Un momento —dije—. ¿Dónde estabas la semana pasada? ¿El jueves pasado?

El tipo se detuvo y se volvió a medias.

—Llevo un mes aquí. Y el jueves no vi nada en particular.

Lo miré y miré su petate. Un antiguo soldado. Los soldados nunca se ofrecen voluntarios ni hablan de los demás. Es la norma fundamental a la que se atienen. Me aparté del pilón de hormigón y saqué una chocolatina del bolsillo. La envolví en un billete de cien dólares. Y la tiré en su dirección. La cogió y se la metió en el bolsillo.

—¿Y bien? ¿Qué fue lo que no viste el jueves pasado? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No vi nada —respondió—. Es la pura verdad. Pero mi mujer sí que vio muchas cosas.

—Muy bien —repuse—. ¿Por qué no le preguntas a tu mujer qué vio?

Asintió con un gesto. Se volvió y habló en un susurro con el aire a su espalda. Volvió a mirarme.

—Vio a unos extraterrestres —dijo—. Una nave espacial enemiga, camuflada en forma de una camioneta negra, brillante. Con dos extraterrestres disfrazados de seres humanos en el interior. Vio unas luces en el cielo. Humo. La nave espacial llegó, se convirtió en un gran coche, y el comandante de los extraterrestres salió disfrazado de policía. Un tipo gordo y bajo. Un coche blanco llegó algo después por la autopista. Claro está, era otra nave espacial que aterrizaba, de la que se bajaron dos tipos, el piloto y el copiloto. Se pusieron todos a bailar, allí, junto a la puerta de la valla, porque todos habían llegado de otra galaxia. Mi mujer dice que fue muy interesante. A ella le encantan esas cosas. Dice que siempre está viendo cosas así.

Subrayó sus palabras con un gesto de la cabeza. Hablaba en serio.

—Yo me lo perdí —explicó. Señaló el aire a su espalda—. Tenía que bañar a nuestra hijita. Pero eso es lo que vio mi mujer. A ella le encantan las cosas así.

—¿Oyó algo tu mujer? —pregunté.

Se lo preguntó. Obtuvo la respuesta y empezó a menear la cabeza como si yo estuviera loco.

—Los extraterrestres no hacen el menor ruido —aseguró—. Pero al copiloto extraterrestre le dieron con sus espadas láser, y el tipo después se arrastró hasta aquí. Murió desangrado en el sitio preciso en el que estás. Tratamos de ayudarlo, pero no se puede hacer casi nada cuando a alguien le han dado con unas espadas láser, ¿verdad? Los médicos se lo llevaron el domingo.

Asentí. El fulano se marchó con su petate. Le vi alejarse y volví a esconderme tras el pilón. Contemplé la carretera. Y revisé mentalmente cuanto ese vagabundo acababa de contarme, ateniéndose a la versión de su mujer. Un testigo presencial. El tipo seguramente no hubiera convencido al Tribunal Supremo, pero a mí me había convencido de todas todas. No era el hermano del Tribunal Supremo el que había llegado en una nave espacial y se había puesto a bailar en la puerta de acceso a los almacenes.

Transcurrió una hora sin que pasara nada. Me comí una chocolatina y me bebí casi medio litro de agua. Seguí sentado y a la espera. Un camión de buen tamaño llegó del sur y aminoró la marcha al acercarse a la entrada de los almacenes. Miré por los prismáticos y vi que la matrícula era de Nueva York. Un rectángulo blanco y polvoriento. El camión avanzó por el asfalto y se detuvo ante la cuarta puerta. Los dos vigilantes se la abrieron e indicaron al conductor que entrara. El camión se detuvo por segunda vez, y los dos tipos cerraron bien la puerta. El conductor, a continuación, dio marcha atrás en dirección a la persiana de la puerta del almacén. Se detuvo y bajó del camión. Uno de los vigilantes subió a la cabina, mientras el otro se metía en una puertecita lateral y activaba el mecanismo de apertura de la persiana. El camión tiró marcha atrás, y la persiana volvió a cerrarse. El conductor se quedó en el exterior, aprovechando para estirar un poco las piernas. La cosa había durado menos de medio minuto, y allí nadie había visto nada.

Me mantuve a la espera. El camión estuvo dieciocho minutos en el interior. Hasta que la persiana se abrió de nuevo, y el vigilante condujo el vehículo al exterior. La persiana volvió a cerrarse, y el vigilante se bajó de la cabina. El conductor llegado de Nueva York se sentó otra vez al volante, mientras el vigilante corría a abrirle la puerta de la valla. El camión la cruzó y enfiló la carretera del condado. Giró hacia el norte y pasó a veinte metros de donde me encontraba. Subió por la rampa y, con el motor rugiendo, se sumó al tráfico que discurría en dirección norte.

Casi de inmediato, un segundo camión bajó por la rampa, dejando atrás el tráfico que discurría hacia el sur. Un camión parecido, del mismo tamaño, cubierto por la misma mugre de autopista. Fue por la carretera y se detuvo ante el acceso a los almacenes. Yo no dejaba de mirar con los prismáticos. Matrícula de Illinois. El mismo ritual otra vez. El camión se detuvo ante la segunda puerta. Fue marcha atrás hasta la persiana. El conductor se bajó, y el vigilante ocupó su lugar. La persiana se abrió lo justo para que la oscuridad del interior engullera el vehículo. Todo muy rápido y eficiente. Unos treinta segundos otra vez, de principio a fin. Y con todo el secreto del mundo. A los conductores no les permitían pasar al interior del almacén. Tenían que esperar fuera.

El camión de Illinois tardó menos en salir. Dieciséis minutos. El conductor volvió a sentarse al volante y se fue por donde había venido, en dirección a la autopista. Lo miré cuando pasó por mi lado, a una veintena de metros.

De acuerdo con nuestra teoría, habían cargado parte del remanente en ambos camiones, que ahora se dirigían de regreso al norte. Al máximo de velocidad permitido, con destino a las grandes ciudades. Hasta el momento, los hechos parecían ajustarse a nuestra teoría. Todo encajaba, o eso me decía yo.

Nada sucedió durante la hora siguiente. El cuarto almacén estuvo cerrado a cal y canto. Empecé a aburrirme. Me dije que ojalá el vagabundo no se hubiera marchado.

Podríamos haber charlado un rato. Y entonces vi que llegaba el tercer camión del día. Miré por los prismáticos y reparé en que la matrícula era de California. El mismo tipo de camión, de un color rojo sucio. Bajó por la rampa de la autopista y se dirigió al último de los almacenes. Sin embargo, las cosas sucedieron de forma distinta esta vez. El camión llegó junto al almacén, pero no se produjo el esperado cambio de conductor. El vehículo sencillamente entró de culo bajo la persiana abierta, sin detenerse. Ese conductor tenía permiso para entrar en el almacén. Una nueva espera. De veintidós minutos esta vez. La persiana finalmente se abrió, y el camión salió. Cruzó por las puertas y se dirigió a la autopista.

Tomé una decisión con rapidez. Había llegado el momento de marcharse. Quería ver el interior de uno de esos camiones. Agarré los prismáticos y la cantimplora, y fui corriendo hacia el terraplén. Subí a toda prisa por la empinada pendiente y me metí en el viejo Cadillac. Arranqué, fui por el arcén y entré en la rampa de acceso. Di gas al motor y aceleré en dirección al norte.

Me dije que el camión rojo me llevaría tres o cuatro minutos de ventaja. No mucho más. Adelanté a varios vehículos, aceleré y seguí a buena velocidad. Creía estar ganándole terreno al camión. Divisé el camión al cabo de unos pocos kilómetros. Reduje un poco y me mantuve a distancia, a unos trescientos metros por detrás. Con la idea de que hubiera una media docena de vehículos entre el camión y yo. Me arrellané en el asiento y me armé de paciencia. Según la teoría de la menorá esbozada por Roscoe, nos estábamos dirigiendo a California.

Seguimos hacia el norte sin apresurarnos. A no mucho más de setenta kilómetros por hora. El gran depósito del Cadillac estaba casi lleno de gasolina. Con lo que tenía suficiente para cubrir casi quinientos kilómetros. Si seguíamos a esa velocidad, incluso un poco más. Los problemas llegarían si me veía obligado a acelerar. La aceleración del viejo motor de ocho cilindros agotaría la gasolina del depósito con rapidez, con tanta rapidez como el café de una cafetera recién hecha termina por agotarse. Pero si seguíamos a esa velocidad intermedia iba a tener una autonomía considerable. De seiscientos kilómetros, quizá. Lo suficiente para llegar incluso a Memphis.

Continuamos avanzando. El camión rojo sucio era muy visible trescientos metros más allá. Torció a la izquierda antes de llegar al extremo meridional de Atlanta. Dirigiéndose al oeste, a través de una zona rural. La teoría de la distribución por el momento se sostenía. Aminoré y me quedé rezagado antes de girar a mi vez. No quería que el conductor sospechara que estaban siguiéndolo. Pero por la forma en que efectuaba los cambios de carril, el fulano no parecía prestar mucha atención a los retrovisores. Así que me acerqué un poco más.

El camión rojo seguía en ruta. Yo me mantenía unos ocho coches por detrás. El tiempo fue pasando. Media tarde. Empezó a anochecer. Con una mano al volante, comí unas chokolatinas y bebí un poco de agua. No había manera de conseguir que la radio funcionara. Un aparato más bien raro, de fabricación japonesa. El tipo del taller

seguramente lo había instalado por su cuenta. Igual estaba averiado. Me pregunté qué tal le iría con el ahumado de los cristales del Bentley. Y lo que Charlie me diría cuando viese que le devolvía el coche con los cristales oscurecidos. Me dije que ese seguramente iba a ser el menor de sus problemas.

Seguimos conduciendo durante casi seiscientos kilómetros. Ocho horas. Salimos de Georgia y atravesamos todo Alabama hasta llegar a la esquina noreste de Mississippi. Era noche cerrada. El sol del otoño se había esfumado por completo. Los vehículos circulaban con las luces encendidas. Seguimos conduciendo en la oscuridad. Empecé a tener la sensación de que llevaba toda la vida siguiendo a aquel fulano. Y entonces, cerca ya de la medianoche, el camión rojo redujo la velocidad. Estaría unos seiscientos metros por delante cuando vi que giraba para entrar en un área de servicio situada en medio de la nada. Cerca de una población llamada Myrtle. A unos ochenta o noventa kilómetros del límite con Tennessee. A unos cien kilómetros de Memphis. Entré en el área de servicio. Y aparqué lejos del camión.

Vi que el conductor se bajaba de la cabina. Un tipo alto y corpulento. Con el cuello grueso y los hombros anchos y poderosos. Moreno, de unos treinta o treinta y pocos años. Con los brazos tan largos como los de un primate. Yo conocía a ese tipo. Era el hijo de Kliner. Un psicópata con todas las de la ley. Lo miré. Hizo algunos estiramientos y bostezó en la oscuridad junto al camión inmóvil. Lo miré con atención y me lo imaginé el jueves por la noche, junto a la puerta de los almacenes, bailando.

El joven Kliner cerró bien el camión y echó a andar hacia el edificio del área de servicio. Esperé unos segundos y comencé a seguirle. Me dije que lo primero que haría sería ir al cuarto de baño, por lo que me quedé plantado frente al quiosco de prensa, no lejos de la puerta. Vi que salía y se dirigía al restaurante. Se sentó a una mesa y se desprendió en la silla. Cogió el menú con el aire despreocupado de quien va a tomarse su tiempo. Se disponía a cenar con tranquilidad. Me dije que iba a estar sentado en el restaurante veinticinco minutos o media hora.

Volví al estacionamiento. Lo que quería era acceder al interior del camión y echar un vistazo. Pero me di cuenta de que allí no iba a poder hacerlo. No tenía la menor oportunidad. Había gente andando por todas partes, y un par de coches patrulla estaban detenidos en las inmediaciones. El lugar estaba iluminado como una feria. Tendría que esperar a otro momento.

Volví andando al edificio. Entré en una cabina telefónica y marqué el número de la comisaría de Margrave. Finlay me respondió al instante con su sobria entonación de Harvard. Llevaba largo rato sentado junto al teléfono, a la espera de que lo llamara para informar.

—¿Dónde está? —quiso saber.

—No lejos de Memphis —indiqué—. Estuvieron cargando un camión en el

almacén, y lo he seguido hasta aquí con la idea de mirar dentro cuando pueda. El conductor es el hijo de Kliner.

—Entendido —dijo—. Picard me ha llamado. Roscoe está en la casa y se encuentra bien. Supongo que a estas horas estará durmiendo, si es que tiene un poco de cabeza. Dice que le manda un beso.

—Mándeles otro de mi parte, si tiene oportunidad. Y cuídese, amigo mío.

—Lo mismo digo.

Colgó.

Fui andando al Cadillac. Me senté al volante y esperé. Pasó media hora hasta que el hijo de Kliner reapareció. Fue andando hacia el camión rojo. Terminó de limpiarse los labios con el dorso de la mano; al parecer había cenado la mar de bien. Desde luego, se había tomado su tiempo. Lo perdí de vista. Al cabo de un minuto, el camión se estremeció ruidosamente y enfiló el camino de salida. Pero el hombre no se dirigió a la autopista, sino que torció a la izquierda por una pequeña carretera lateral. Iba al motel cercano, con intención de hacer noche allí.

Aparcó el camión frente a la segunda de las habitaciones en hilera del motel. Una gran farola iluminaba el vehículo de lleno. Salió y cerró bien la portezuela. Sacó una llave del bolsillo y fue a la habitación. Abrió la puerta, entró y la cerró. Vi que la luz se encendía en el interior y que la cortina se corría. El hombre se había presentado con la llave en el bolsillo. Sin necesidad de pasar por la recepción del motel. Seguramente se había registrado en el mismo restaurante. Había pagado la habitación y le habían dado la llave. Por eso había tardado lo suyo en salir del maldito restaurante.

Me encontraba con un problema. Necesitaba mirar en el interior del camión. Precisaba hacerme con pruebas. Tenía que asegurarme de que estaba en lo cierto. Y debía hacerlo cuanto antes. Quedaban cuarenta y ocho horas para el domingo. Tenía cosas que hacer antes del domingo. Muchas cosas. Iba a tener que entrar en el camión como fuera, allí mismo, bajo la intensa luz de la farola. Mientras aquel psicópata, el hijo de Kliner, descansaba a tres metros de distancia en la habitación del motel. No era lo más tranquilizador, desde luego. Iba a tener que esperar un rato. Hasta que el joven estuviera profundamente dormido y no pudiera oírme.

Esperé media hora. Me fue imposible aguardar más. Puse el viejo Cadillac en marcha y avancé en la semioscuridad. El motor estaba haciendo un ruido de mil demonios en mitad de aquel silencio. Aparqué el coche junto al camión rojo, pegadito. Con el morro hacia la habitación del motel donde dormía el hijo de Kliner. Me bajé del Cadillac por el lado opuesto al asiento del conductor. Me quedé inmóvil y a la escucha. Nada.

Cogí la navaja automática de Morrison que llevaba en el bolsillo y me subí al parachoques delantero del Cadillac. Subí al capó, y de ahí al techo de la cabina. Una vez en lo alto, me quedé quieto. Escuché con atención. Nada. Me puse boca abajo en el techo de la cabina.

Un camión de ese tipo siempre tiene el techo del remolque translúcido, con una lámina de fibra de vidrio. Si la lámina no ocupa el techo entero, por lo menos forma un tragaluz que ilumina un poco el interior de la caja. Lo que facilita la carga y descarga. Quizá sencillamente lo hacen porque así el camión pesa un poco menos. O para abaratar costes. Los fabricantes hacen lo que sea para ahorrarse un dólar. Y la mejor forma de entrar en la caja de un camión de ese tipo es a través del techo.

Me subí a pulso hasta el techo del remolque y me tumbé boca abajo sobre la lámina de fibra de vidrio. Abrí la navaja automática. La clavé en la lámina, en el centro mismo del techo. Hice un agujero de unos tres centímetros por cinco. Para echar una mirada dentro. Como quien mira por una aspillera.

La luz en la habitación del motel se encendió de repente. La cortina de la ventana se abrió ligeramente, y un triángulo de luz fue a parar al Cadillac aparcado junto al camión. Por encima de donde me encontraba. Mis pies asomaban por el borde del remolque. Solté un gruñido, me pegué al techo y contuve el aliento.

Se abrió la puerta de la habitación del motel. El joven Kliner salió. Se quedó mirando el Cadillac. Se agachó y escudriñó en el interior. Fue andando por el lado y miró el camión. Se cercioró de que las portezuelas estaban bien cerradas. Tiró de las manillas con fuerza. El vehículo tremoló ligeramente bajo mi cuerpo. Fue andando hacia la parte posterior y comprobó las puertas traseras. Tiró con fuerza del cierre. Oí que las puertas chirriaban.

Volvió a rodear el camión. Tumbado en lo alto del techo, oí el crujir de sus pisadas. Volvió a mirar bien el Cadillac. Y finalmente regresó a la habitación. Cerró la puerta de un portazo. Apagó la lámpara. El triángulo de luz desapareció.

Esperé cinco minutos. Me mantuve inmóvil en lo alto del camión. Finalmente me moví un poco, lo justo para acercarme al agujero que había hecho en la lámina de fibra de vidrio. Empujé hacia abajo un trozo de fibra y me agarré al borde del agujero. Me arrastré hacia delante y miré dentro.

El camión estaba vacío. Por completo. Allí dentro no había nada.

Tuve que hacer más de seiscientos kilómetros para volver a la comisaría de Margrave. Los recorrí a la máxima velocidad a la que me atreví. Tenía que hablar con Finlay. Tenía que exponerle la nueva teoría que se me había ocurrido. Aparqué el viejo Cadillac junto al coche nuevo de Teale. Entré y saludé con la cabeza al sargento de la entrada, que me devolvió el saludo.

—¿Está Finlay? —pregunté.

—En el despacho del fondo —respondió—. En compañía del alcalde.

Fui corriendo por la sala de trabajo en dirección al gran despacho. Finlay y Teale estaban en el interior. Finlay tenía que darme una mala noticia. Lo deduje al ver sus hombros encorvados. Teale me miró con sorpresa.

—¿Está otra vez en el ejército, señor Reacher? —preguntó.

Tardé un segundo en entender a qué se refería. A la ropa militar que llevaba puesta. Lo miré de arriba abajo. Iba vestido con un traje de tela gris brillante con costuras por todas partes. Y lucía una corbatita de lazo con el broche de plata.

—Usted tampoco es quién para presumir de ropas, fante —le espeté.

Se miró su ropa tan atildada con sorpresa. Sacudió con la mano una mota de polvo y me miró con ojos furiosos.

—Puedo hacer que lo detengan por dirigirse a mí en ese tono —me amenazó.

—Y yo puedo arrancarle la cabeza —le solté—. Y después metérsela por ese culo tan estirado que tiene.

Se levantó. Nos estuvimos fulminando con las miradas un largo instante. Teale aferraba el mango de su pesado bastón como si estuviera pensando en darme con él. Así lo indicaban sus ojos, que iban del bastón a mi cabeza. Finalmente se fue cojeando y cerró la puerta de un portazo. La entreabrí unos centímetros y espí. Estaba acercando su mano al teléfono de uno de los escritorios situados en el otro extremo. Iba a llamar a Kliner. Para preguntarle cuándo demonios iba a hacer algo conmigo. Cerré la puerta otra vez y me giré hacia Finlay.

—¿Qué problema hay? —pregunté.

—Estamos metidos realmente en una situación de mierda —reconoció—. Pero ¿ha conseguido mirar dentro del camión?

—Se lo cuento en un minuto —dije—. Pero ¿cuál es el problema?

—¿Empiezo por el problema pequeño? ¿O por el problema más gordo?

—Empiece por el pequeño.

—Picard dice que Roscoe va a tener que quedarse un día más en la casa segura. Que no hay otro remedio.

—Mierda. Tenía ganas de verla. ¿Ella no ha puesto objeción?

—Según Picard, no —dijo él.

—Mierda —repetí—. ¿Y cuál es el segundo problema?

—Alguien se nos ha adelantado —murmuró.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—La cosa tiene que ver con el listado de su hermano —explicó—. El listado de esas iniciales, en el que se hacía mención al garaje de Sherman Stoller. Bueno, pues esta mañana hemos recibido un télex de la policía de Atlanta. La casa de Stoller se ha incendiado esta noche pasada. La casa junto al campo de golf, la que visitó en compañía de Roscoe. Ha ardido por completo, con el garaje incluido. Un incendio provocado. Alguien se ocupó de rociarlo todo con gasolina.

—Por Dios... —musité—. ¿Y qué ha sido de Judy?

—Un vecino nos ha dicho que se marchó el martes por la noche. Justo después de que ustedes hablaran con ella. Desde entonces no ha vuelto. En la casa no había nadie.

Asentí con la cabeza.

—Judy es una chica lista —dije—. Pero eso no significa que se nos hayan adelantado. Ya miramos en el interior del garaje. Si lo que se proponían era esconder algo, han llegado con retraso. Porque allí no quedaba nada que esconder, ¿no le parece?

—Y en lo referente a esas iniciales... —prosiguió—. A las relacionadas con esas dos universidades. Esta mañana conseguí identificar a «W. B.», el hombre de Princeton. El profesor Walter Bartholomew. Anoche fue asesinado en la puerta de su casa.

—Joder. ¿Cómo lo mataron?

—A cuchilladas. La policía de Nueva Jersey considera que fue un atraco que salió mal. Pero eso a nosotros no nos vale, ¿verdad?

—¿Hay más buenas noticias?

Meneó la cabeza.

—La cosa es todavía peor. Bartholomew sabía algo. Pero lo mataron antes de que pudiera hablar con nosotros. Por eso digo que se nos han adelantado, Reacher.

—¿Qué sabía Bartholomew?

—No tengo ni idea —dijo Finlay—. Cuando llamé a ese número, el que me respondió fue un profesor adjunto, un colaborador de Bartholomew. Según parece, el viejo profesor estaba muy interesado en cierto descubrimiento que había hecho y anoche se quedó trabajando hasta muy tarde en su despacho. El profesor adjunto le llevaba vieja documentación. Bartholomew lo estuvo mirando todo a conciencia. Luego recogió sus cosas, envió un correo electrónico al ordenador de Joe y se marchó. Se tropezó con esos supuestos atracadores, y se acabó lo que se daba.

—¿Qué decía en ese correo electrónico?

—Que por la mañana iba a telefonarle —dijo Finlay—. El profesor adjunto dice tener la seguridad de que Bartholomew había encontrado algo importante.

—Mierda —solté—. ¿Y qué me dice de esas iniciales en Nueva York? ¿«K. K.»?

—Todavía no lo sé. Pero supongo que se trata de otro profesor. Espero que todavía no hayan conseguido dar con él.

—Entendido —dije—. Me voy a Nueva York a encontrarme con él.

—¿A qué vienen tantas prisas? ¿Es que ha pasado algo raro con el camión?

—Algo muy raro. Resulta que el camión estaba vacío.

En el despacho se hizo el silencio.

—¿Me está diciendo que el viaje de regreso lo hizo vacío?

—Miré en el interior justo después de hablar con usted. Y estaba vacío. Allí dentro no había más que aire.

—Por Dios.

Su expresión era de disgusto e incredulidad. La explicación de Roscoe en lo tocante a la distribución lo había convencido por completo. Hasta el punto de que la había felicitado y estrechado la mano. La teoría de la menorá. Una buena teoría. Tan buena que ahora le resultaba difícil creer que no fuese cierta.

—Tenemos que pensarlo todo muy bien. Porque la teoría de Roscoe tiene mucho sentido. Piense en el mapa del país. En los números anotados por Gray. Todo encaja. Es evidente, y estoy convencido. Estamos hablando de una red de distribución. No puede tratarse de otra cosa. Lo he estado pensando muy detenidamente.

—Roscoe tenía razón —convine—. Y usted también tiene razón en lo que dice. La red en forma de menorá existe. Y tiene su centro en Margrave. Es una red de distribución. Pero nos equivocamos en un pequeño detalle.

—¿En cuál?

—En la dirección que sigue esa red de distribución. La entendimos al revés. El flujo se da exactamente en la dirección contraria. Estamos hablando de la misma menorá, pero el flujo se dirige a este lugar, no parte de este lugar.

—De forma que no están cargando los camiones en Margrave... —observó—. En Margrave es donde los descargan. No están deshaciéndose de unas reservas. Están acumulándolas. Aquí, en Margrave. Pero ¿unas reservas de qué? ¿Está seguro de que no imprimen esos billetes falsos en otros lugares y luego los transportan hasta aquí?

Negué con la cabeza.

—No tiene el menor sentido. Molly me dijo que en Estados Unidos no se imprimen billetes falsos. Que Joe terminó con ese negocio.

—Entonces, ¿qué están transportando hasta aquí?

—Es lo que tenemos que averiguar —dije—. Por lo que sabemos, transportan en torno a una tonelada a la semana. Y también sabemos que es algo que puede ir escondido dentro de cajas de aparatos de aire acondicionado.

—¿Eso piensa? —dijo Finlay.

—Eso fue lo que cambió el año pasado. Hasta septiembre pasado estaban llevando ese algo al exterior. Lo hacía Sherman Stoller. Esos transportes de aparatos de aire acondicionado no eran un señuelo, eran el verdadero negocio. Estaban exportando algo escondido en las cajas de cartón de los aparatos. Sherman Stoller

todos los días las llevaba a Florida para que las cargaran en un barco. Por eso perdió los nervios cuando le dieron el alto por conducir con exceso de velocidad. Por eso ese abogado tan prestigioso se presentó al instante. No porque se encontrara en Florida para cargar el género. Sino porque justo había terminado de cargarlo en el camión. Y la policía de Jacksonville durante cincuenta y cinco minutos estuvo a unos metros de descubrir el cargamento.

—Pero ¿un cargamento de qué?

—No lo sé —reconocí—. A los policías no se les ocurrió registrar en profundidad. Vieron un cargamento de aparatos de aire acondicionado en cajas de cartón selladas, con sus números de serie y todo lo demás, y se dijeron que allí no había nada ilegal. Esas cajas de cartón eran un escondite muy bueno. Y el transporte de aparatos de aire acondicionado hacia el sur resulta perfectamente plausible. ¿Quién va a sospechar de algo así?

—Sin embargo, me está diciendo que hace un año lo dejaron.

—Eso mismo —dije—. Porque sabían que el cuerpo de guardacostas iba a emprender aquella gran operación, de forma que se quitaron de encima toda la mercancía que pudieron. Si recuerda, las notas tomadas por Gray recogen que por entonces redoblaron los transportes. Hasta que hace un año los suspendieron por completo. Pensábamos que era porque tenían miedo de que los guardacostas detectaran la entrada de la mercancía, pero lo que en realidad se temían era que detectaran la *salida* de esa mercancía.

Finlay asintió con un gesto. Parecía contrariado.

—Estábamos equivocados —observó.

—Estábamos equivocados en muchas cosas. Despidieron a Stoller porque ya no lo necesitaban. Decidieron mantener almacenado el material, sin tocarlo en absoluto hasta que los guardacostas terminaran con su operativo. En consecuencia, lo que tienen guardado en el almacén hasta el domingo no son unas simples reservas. Se trata de todo el puto mogollón.

Mientras Finlay montaba guardia en la puerta, me senté al escritorio de madera de palisandro y llamé a la Universidad de Columbia en Nueva York. El número era el de la facultad de Historia Moderna. Me respondió una administrativa muy amable. Pregunté si en la facultad trabajaba un profesor cuyas iniciales fueran «K. K.». Al momento lo identificó como Kelvin Kelstein. Llevaba muchos años en la facultad, una especie de eminencia, o eso parecía. Pero las cosas entonces se complicaron. Pregunté a la mujer si Kelstein podía ponerse al teléfono. Me respondió que no, que estaba muy ocupado y que no quería ser molestado otra vez.

—¿Otra vez? ¿Quién lo ha estado molestando antes?

—Dos inspectores de policía llegados de Atlanta.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana. Se han presentado preguntando por él y no ha habido forma de decirles que no.

—¿Puede describirme a esos dos hombres?

Hizo una pausa, tratando de acordarse bien.

—Eran de origen hispano. Pero no me acuerdo de mucho más. El que estuvo hablando conmigo era muy cortés. Pero sin un aspecto físico distintivo.

—¿Ya se han encontrado con el profesor?

—Han quedado en verse con él a la una —dijo—. Me parece que van a invitarle a almorzar, no sé bien donde.

Mi mano se cerró más aún en torno al auricular.

—Escúcheme —dije—. Escúcheme con mucha atención. Quiero que vaya a ver al profesor Kelstein. Ahora mismo. Hable con él, y me da igual lo que pueda estar haciendo en este momento. Dígale que es una cuestión de vida o muerte. Dígale que esos dos tipos de Atlanta en realidad no son policías. Que anoche estuvieron en Princeton y asesinaron al profesor Walter Bartholomew.

—¿Es que está de broma? —dijo ella poco menos que chillando.

—Hablo muy en serio. Me llamo Jack Reacher. Y tengo la impresión de que Kelstein ha estado en contacto con mi hermano, Joe Reacher, del Departamento del Tesoro. Dígale que esa gente también ha asesinado a mi hermano.

La mujer guardó silencio un momento. Tragó saliva. Volvió a hablar, algo más calmada.

—¿Qué tengo que decirle al profesor Kelstein?

—Dos cosas —respondí—. Primero. Que no se encuentre con esos dos hispanos de Atlanta. Bajo ningún concepto. Repito. Bajo ningún concepto. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Segundo. Que ahora mismo vaya a ver a los responsables de seguridad de la universidad. Ahora mismo, ¿está claro? Que se quede con ellos y que me espere allí. Estaré con él en unas tres horas. Lo que Kelstein tiene que hacer es permanecer con los responsables de seguridad y no moverse de su lado hasta que me presente a verlo. ¿Puede prometerme que va a convencerlo?

—Sí —repitió.

—Dígame que llame a Princeton desde la oficina de los de seguridad —agregué—. Y que pregunte por Bartholomew. Con eso se convencerá.

—Muy bien —dijo la mujer—. Voy a asegurarme de que haga todo cuanto acaba de indicarme.

—Y deles mi nombre a los de seguridad —añadí—. No quiero encontrarme con problemas para entrar. El profesor Kelstein podrá identificarme. Dígame que me parezco físicamente a mi hermano.

Colgué. Y dije a Finlay:

—Esa gente tiene el listado de Joe. Y han enviado a dos tipos a Nueva York. Uno de ellos es el mismo que se hizo con el maletín de Joe. Un fulano pulcro y cortés.

Tienen el listado de Joe.

—Pero ¿cómo se explica? El listado de su hermano no estaba en el maletín...

Me estremecí de miedo. Y lo entendí todo. Estaba clarísimo.

—Baker —dije—. Baker forma parte de la trama. Hizo una fotocopia adicional. Cuando usted le pidió que copiara el listado de Joe. Hizo una segunda fotocopia, que después entregó a Teale.

—Por Dios... —musitó él—. ¿Está seguro?

Asentí con la cabeza.

—Hay más —dije—. Teale ha estado liándonos desde el primer momento. Hemos dado por sentado que todos los demás miembros del cuerpo de policía eran honestos. Pero Teale tiene escondidos a sus propios peones. Y ahora no sabemos quién coño está metido en todo esto y quién no. Tenemos que irnos de aquí ahora mismo. Vámonos.

Salimos del despacho. Cruzamos por la sala de trabajo. Dejamos atrás las puertas acristaladas y nos subimos al coche de Finlay.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Atlanta —respondí—. Al aeropuerto. Tengo que volar a Nueva York.

Arrancó y se dirigió al norte por la carretera del condado.

—Baker ha estado metido en todo esto desde el principio —dije—. Lo he tenido delante de los ojos, pero no me he dado cuenta hasta ahora.

Lo pensé todo bien mientras Finlay seguía conduciendo. Paso a paso. El viernes pasado me encontré a solas con Baker en la pequeña sala de interrogatorios. Cuando tendí las muñecas en su dirección, no tuvo reparo en liberarme de las esposas. A un fulano que supuestamente era un asesino, que además se había ensañado con el cadáver de su víctima. Baker no tuvo problema en encontrarse a solas con un individuo así. Más tarde le pedí que me llevara al cuarto de baño. Lo hizo con descuido, sin prestar mucha atención. Hubiera podido desarmarle y escapar. En ese momento pensé que Baker sencillamente había oído mis respuestas a las preguntas de Finlay y se había convencido de mi inocencia.

Pero Baker desde el principio sabía que yo era inocente. Lo sabía a la perfección. Por eso se había mostrado tan descuidado. Porque sabía muy bien que yo no era más que una cabeza de turco, un inocente que pasaba por allí. ¿Y quién va a tenerle miedo a un inocente que pasaba por allí? ¿Para qué molestarse en tomar muchas precauciones cuando uno acompaña al baño a un tipo así?

También fue quien trajo a Hubble para que lo interrogara Finlay. Yo me había estado fijando en su lenguaje corporal, que en ese momento denotaba un conflicto interior. Lo atribuí al hecho de que Hubble era amigo personal de Stevenson y pariente político suyo. Pero no era ese el problema. El problema era que Baker había caído en una trampa. Tenía claro que llevar a Hubble a la comisaría suponía el

desastre. Pero no podía desobedecer a Finlay sin despertar sospechas. Estaba atado de pies y manos, y ninguna solución era buena.

También había hecho lo posible por encubrir la identidad de Joe. Había manipulado las huellas dactilares para que Joe siguiera sin ser identificado. Porque sabía que esas huellas estaban en el ordenador central de Washington. Por eso había hecho lo posible para dificultar que fueran reconocidas. Pero había cometido el error de anunciar demasiado pronto el resultado nulo. Por inexperiencia. Porque siempre había dejado en manos de Roscoe el trabajo de tipo técnico. No sabía bien cómo funcionaba el sistema. Pero yo, en su momento, no había sabido sumar dos y dos. Porque me sentía abrumado por el descubrimiento, al segundo intento, de que las huellas del muerto coincidían con las de mi hermano Joe.

Desde entonces, Baker siempre se había mantenido cerca de nuestra investigación encubierta. Había hecho lo posible por que confiásemos en él y se había mostrado servicial y eficiente. Finlay había estado utilizándolo como una especie de vigilante. Y Baker desde el primer momento había estado yendo a ver a Teale para informarlo de todos los retazos de información que nos había ido sacando de una forma u otra.

Finlay estaba dirigiéndose al norte a una velocidad endiablada. Enfiló la rampa de la autopista con el Chevy y pisó el acelerador al dejarla atrás.

—¿Y si habláramos con el cuerpo de guardacostas? —sugirió—. ¿Y si les pidiéramos que prolongaran el operativo hasta el domingo, el día en que esa gente tiene previsto reiniciar los transportes al exterior?

—Lo diré en broma. El presidente se ha llevado un montón de críticas por esa decisión, y no va a echarse atrás el primer día de la entrada en vigor simplemente porque usted se lo pida.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Llamar a Princeton otra vez. Hablar otra vez con ese profesor adjunto. Quizá sea capaz de averiguar lo que Barthomolew descubrió anoche. Se le puede llevar a un lugar seguro y hacer que se ponga a trabajar.

Finlay soltó una risa.

—¿Es que a estas alturas queda algún lugar seguro? —apuntó.

Le recomendé que utilizara el motel de Alabama en el que Roscoe y yo habíamos estado el lunes por la noche. Un motel perdido en el mapa y lejos de todas partes. No había lugar más seguro. Le pedí que llevara el Bentley al aeropuerto y que dejara la llave y el tique del aparcamiento en el mostrador de información de la terminal de llegadas. Hice que me lo repitiera todo bien, para asegurarme de que no se había perdido detalle. Estaba conduciendo a ciento treinta kilómetros por hora, pero no dejaba de volver el rostro hacia mí mientras hablaba.

—Vigile la autopista, Finlay —le dije—. No es cuestión de que tengamos un maldito accidente de tráfico.

Sonrió y miró al frente. Volvió a pisar con fuerza el acelerador. El gran Chevy de la policía ahora avanzaba a ciento cuarenta. Finlay, de pronto, volvió el rostro otra

vez y estuvo mirándome a los ojos durante unos trescientos metros seguidos.
—No me sea cobarde —dijo.

No resulta fácil pasar por los arcos de seguridad de un aeropuerto equipado con una cachiporra, una navaja automática y un pistolón automático, por lo que dejé la chaqueta de camuflaje en el coche de Finlay y le pedí que lo escondiera todo en el Bentley. Entró conmigo en la terminal de salidas y pagó con la tarjeta de crédito un billete de ida y vuelta de Atlanta a Nueva York, que le salió por casi setecientos dólares. A continuación se fue al motel en Alabama. Yo fui a embarcarme en el vuelo con destino al aeropuerto La Guardia.

El vuelo duró algo más de un par de horas, a las que hubo que sumar un trayecto de treinta y cinco minutos en taxi. Llegué a Manhattan a las cuatro y media en punto. Había estado allí en mayo, y tenía el mismo aspecto en septiembre. Los calores del verano habían quedado atrás, y la ciudad había vuelto a sumirse en el trabajo. El taxi me llevó por el puente de Triborough y se dirigió al este por la calle 116. Rodeó Morningside Park y me dejó ante la puerta principal de la Universidad de Columbia. Entré y encontré el departamento de seguridad del campus. Llamé con los nudillos a la puerta de cristal.

Un guardia de seguridad consultó un papel en su tablilla y me dejó pasar. Me condujo hasta una habitación situada al fondo y señaló con el dedo al profesor Kelvin Kelstein. Un hombre muy viejo, bajito y pequeño, arrugado por el paso de los años, con una gran mata de pelo blanco. El hombrecillo resultaba idéntico al encargado de limpiar el pasillo que había conocido en la tercera galería de la cárcel de Warburton, con la salvedad de que era de raza blanca.

—¿Esos dos hispanos han vuelto a aparecer? —pregunté al guardia de seguridad. Negó con la cabeza.

—No los he visto. La secretaria del viejo profesor les dijo que no podía quedar para almorzar. Es posible que se hayan largado.

—Eso espero —dije—. Entretanto, van a tener que mantener bajo vigilancia al profesor durante unos días. Digamos que hasta el domingo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—No estoy seguro del todo —reconocí—. Pero confío en que el viejo profesor pueda decírmelo.

El guardia nos acompañó hasta el despacho de Kelstein y nos dejó a solas. Un despacho pequeño y desordenado, atestado de libros y gruesas revistas que llegaban hasta el techo. Kelstein se sentó en un viejo sillón y me invitó a hacer otro tanto en el que estaba enfrente.

—¿Qué le ha pasado exactamente a Bartholomew? —preguntó.

—No lo sé con seguridad —respondí—. La policía de Nueva Jersey dice que lo atracaron y acuchillaron en la puerta de su casa.

—Pero usted no está muy convencido... —Adivinó Kelstein.

—Mi hermano en su momento hizo un listado de contactos —le expliqué—. Y usted es el único de todos ellos que sigue con vida.

—¿Su hermano era el señor Joe Reacher?

Asentí con la cabeza.

—Lo asesinaron el jueves pasado —dije—. Estoy tratando de averiguar el porqué. Kelstein inclinó la cabeza y echó una mirada por el sucio cristal de la ventana.

—Creo que ya sabe el porqué —repuso—. Porque su hermano era un investigador. Y es evidente que lo mataron en el curso de una investigación. Lo que necesita saber es qué estaba investigando exactamente.

—¿Usted puede decirme qué investigaba?

El anciano profesor movió la cabeza.

—Solo en términos generales —respondió—. No puedo darle detalles específicos.

—¿Es que Joe no habló con usted en detalle?

—Yo solo estuve asesorándolo un poco. Hicimos unas cuantas especulaciones los dos. Lo que me gustaba mucho. Su hermano Joe era un compañero intelectual muy estimulante. Tenía una mente despierta y se expresaba con mucha precisión. Resultaba un placer trabajar con él.

—Pero ¿no llegaron a hablar en detalle?

Kelstein abrió las manos en gesto de impotencia.

—Hablamos de muchas cosas. Pero sin llegar a conclusión alguna.

—Ya —dije—. ¿Le parece que empecemos por el principio? Joe y usted hablaban sobre la falsificación de billetes de banco, ¿no es así?

Kelstein ladeó ligeramente la cabeza. Estaba empezando a divertirse.

—Evidentemente —convino—. ¿De qué otra cosa íbamos a hablar yo y el señor Joe Reacher?

—¿Por qué usted? —pregunté.

El viejo profesor sonrió con modestia, pero al momento frunció el ceño. Finalmente me miró con cierta expresión de ironía y dijo:

—Porque soy el mayor falsificador de moneda de la Historia —declaró—. Iba a decir que soy uno de los dos mayores de la Historia, pero, por desgracia, después de lo sucedido anoche, el único que queda soy yo.

—¿Usted y Bartholomew...? ¿Eran falsificadores?

El anciano sonrió.

—No por iniciativa propia —precisó—. En el curso de la Segunda Guerra Mundial, a los jóvenes como Walter y yo nos asignaron unas labores muy extrañas. Nuestros mandos consideraron que íbamos a ser más útiles en misiones de inteligencia que en el campo de batalla. Nos adscribieron al SIS, que como sabe fue el origen de la CIA. Mientras otros se encargaban de hacerle frente al enemigo con armas y bombas, a nosotros nos encargaron plantarle cara en el terreno de la economía. Ideamos un plan destinado a poner patas arribas la economía de la

Alemania nazi hundiendo el valor de su divisa nacional. Nuestra gente fabricó centenares de millones de *reichmarks* falsificados, que los bombarderos luego arrojaban sobre Alemania. Los billetes falsos caían del cielo como si fueran confetis.

—¿Consiguieron lo que pretendían?

—Sí y no —fue su respuesta—. Desde luego, su economía se vio afectada. Su divisa perdió valor con rapidez. Pero, como es sabido, gran parte de la producción alemana tenía origen en el trabajo esclavo. Y a los esclavos les da lo mismo si el dinero con que pagan a otros es falso o no. Por lo demás, la gente se las ingenió para encontrar otras monedas. Chokolatinas, cigarrillos, lo que fuese. Por lo que tuvimos éxito tan solo en parte. Eso sí, Walter y yo nos habíamos convertido en los dos mayores falsificadores de la Historia. Esto es, si hablamos de números puros y duros. Yo nunca he entendido mucho de tintas, marcas de agua y esas cosas.

—Y me dice que Joe estaba consultándolo a usted...

—Walter y yo terminamos por obsesionarnos —prosiguió—. Nos pusimos a estudiar la historia de la falsificación del dinero. Este tipo de falsificación se inició con la misma introducción del papel moneda. Siempre ha existido. Nos convertimos en unas autoridades en la materia y continuamos estudiándola después de que acabara la contienda. Seguimos en contacto más o menos informal con los gobiernos. Finalmente, hace unos cuantos años, una subcomisión del Senado nos encargó un informe. Sin falsa modestia, puedo afirmar que ese informe se ha convertido en la biblia de los especialistas del Tesoro asignados a combatir la falsificación del dinero. Su hermano se lo sabía de memoria, como es natural. Razón por cual nos pidió consejo a Walter y a mí.

—¿Qué quería saber?

—A Joe le hicieron venir para que hiciese una limpieza. Su hermano era un hombre brillante, Jack. La misión que le encargaron fue la de erradicar la falsificación de moneda. Una misión que es sencillamente imposible, y así se lo dijimos tanto Walter como yo. Pero a punto estuvo de conseguirlo. Pensó bien lo que era necesario hacer y aplicó unas cuantas medidas tan simples como imaginativas. Casi acabó con la falsificación de billetes en Estados Unidos.

Sentado en el atiborrado despacho, seguí escuchando al anciano. Kelstein había conocido a Joe mejor que yo. Había compartido sus esperanzas y sus planes. Había celebrado sus éxitos y le había brindado su comprensión en los momentos difíciles. Habían hablado largamente, inspirándose mutuamente. La última vez que yo hablé con Joe cara a cara fue de forma muy breve, tras el funeral por nuestra madre. No le pregunté qué estaba haciendo. Yo solo lo veía como mi hermano mayor. Joe. Y punto. Nunca supe que era un investigador con centenares de personas a sus órdenes, nombrado por la Casa Blanca para resolver unos problemas muy difíciles, capaz de impresionar a un viejo tan listo como Kelstein. Sentado en la silla, de pronto me sentía abrumado. Había perdido algo que no sabía que tenía.

—Sus métodos eran brillantes —afirmó Kelstein—. Su análisis fue certero.

Decidió centrarse en la tinta y en el papel. Porque en último término, la tinta y el papel son lo que cuentan, ¿verdad? Si alguien compraba la clase de tinta o de papel que podía usarse para falsificar un billete, los hombres de Joe lo sabían en cuestión de horas. Dentro de Estados Unidos, Joe redujo las falsificaciones en un noventa por ciento. Y puso tal empeño en perseguir el diez por ciento restante que consiguió detener a casi todos los responsables antes de que pudieran distribuir los billetes falsos. A mí me dejó muy impresionado.

—Entonces, ¿cuál era el problema?

Kelstein movió sus pequeñas manos, como si estuviera apartando una cosa y centrándose en otra.

—El problema estaba en el extranjero —dijo—. Fuera de Estados Unidos. La situación en el extranjero es muy distinta. ¿Sabía que fuera de nuestro país hay dos veces más dólares que en territorio estadounidense?

Asentí con un gesto. Resumí cuanto Molly me había dicho al respecto. Sobre la necesidad de tener confianza y fe en nuestra divisa. Sobre el miedo a un repentino hundimiento del atractivo del dólar. Kelstein cabeceaba como si yo fuera un alumno aventajado.

—Exacto —concluyó—. La cuestión tiene más que ver con la política que con la delincuencia. En último término, el deber primordial del gobierno estriba en defender el valor de su divisa. Tenemos doscientos sesenta millones de dólares en el exterior. El dólar es la moneda nacional de decenas de otros países, aunque sea de forma no oficial. En la nueva Rusia, por ejemplo, hay más dólares que rublos. De hecho, podría decirse que lo que Washington ha hecho es obtener un gigantesco crédito del exterior. Si ese crédito lo hubiéramos obtenido de cualquier otro modo, ahora estaríamos pagando veintiséis mil millones de dólares al año nada más que en intereses. Pero, tal como están las cosas, únicamente nos cuesta lo que gastamos en imprimir unos papeles con los retratos de varios presidentes muertos. Este es el quid de la cuestión, señor Reacher. No hay mejor negocio para un gobierno que la impresión de unos billetes que van a ser comprados en el extranjero. Por eso, el trabajo de su hermano Joe tenía un valor astronómico para este país: veintiséis mil millones de dólares, nada menos. Y su hermano hizo su trabajo con una energía concordante con esa cifra astronómica.

—Entonces, ¿el problema es de tipo geográfico?

—Estamos hablando de dos lugares precisos —dijo Kelstein—. Oriente próximo, en primer lugar. Joe sospechaba que había una fábrica en el valle de la Bekaa en la que manufacturaban unos billetes de cien dólares prácticamente perfectos. Pero su hermano no podía hacer mucho al respecto. ¿Usted ha estado allí?

Meneé la cabeza. Había estado destinado en Beirut un tiempo y conocí a unos cuantos que fueron enviados al valle de la Bekaa por una u otra razón. No volvieron muchos.

—Ese valle está en la parte del Líbano controlada por los sirios —explicó

Kelstein—. Joe se refería a esa zona como a «las malas tierras». Allí hacen de todo. Hay campos de adiestramiento para terroristas de todo el mundo, laboratorios para el procesamiento de drogas, lo que haga falta. Incluso cuentan con una réplica bastante buena de nuestra Casa de la Moneda.

Lo pensé. Me acordé de la temporada que pasé en Beirut.

—¿Quién los protege?

El anciano sonrió.

—Una pregunta inteligente —aprobó—. Comprenderá que una operación de este tipo, tan visible y tan compleja, tiene que contar con un patrocinador de algún tipo. Joe sospechaba que el patrocinador —por no decir el propietario de la fábrica— era el gobierno sirio. Razón por la cual no se implicó en el asunto más que de forma tangencial. Su hermano consideraba que la solución tenía que ser de tipo diplomático. Y que si la diplomacia no obtenía resultados, sería necesario recurrir a los bombardeos aéreos. Es posible que el tiempo termine por darle la razón.

—¿Y el segundo lugar? —pregunté.

Kelstein señaló con el dedo el mugriento cristal de la ventana, hacia el sur de Amsterdam Avenue.

—Sudamérica —dijo—. Venezuela era el otro lugar de procedencia de los billetes falsos. Joe lo había descubierto. Era en lo que estaba trabajando últimamente. De Venezuela están saliendo unos billetes falsos de cien dólares cuya perfección es increíble. Pero en este caso se trata de una operación de tipo privado. No hay el menor indicio de que el gobierno de ese país esté metido en el asunto.

Asentí con la cabeza.

—Por lo que sabemos, la cosa tiene que ver con un individuo llamado Kliner —dije—. Ese Kliner vive en Georgia, el estado donde Joe fue asesinado.

—Justamente —convino Kelstein—. El hábil señor Kliner es quien dirige esta operación. Eso lo sabíamos con certeza. ¿Qué está haciendo ahora Kliner?

—Está dejándose llevar por el pánico —afirmé—. Y está matando a gente.

Kelstein me miró con tristeza.

—Era de esperar que a Kliner le entrara el pánico. Tiene que proteger una operación verdaderamente extraordinaria. La mejor que he visto en mi vida.

—¿La mejor?

—La más increíble —dijo Kelstein, con algo parecido al entusiasmo—. ¿Cuánto sabe sobre la falsificación de divisas?

Me encogí de hombros.

—Sé un poco más que hace una semana. Pero supongo que no lo suficiente.

—Hay dos tipos de falsificadores. Los malos y los buenos. Los buenos hacen su trabajo como tiene que ser. ¿Conoce usted la diferencia entre la entalladura y la litografía?

Dije que no con un gesto. Kelstein cogió una de las revistas que tenía al lado y me la pasó. Se trataba del boletín quincenal de una sociedad de historiadores.

—Ábrala. Por la página que sea. Pase los dedos por el papel. Muy liso y suave, ¿verdad? Se trata de una impresión litográfica. El tipo de impresión que hoy se emplea de forma casi universal. Para imprimir libros, revistas, periódicos, de todo. Un rodillo entintado pasa por el papel en blanco. Pero la entalladura es distinta.

Dio una fuerte palmada. Yo di un respingo. La palmada resonó mucho en el despacho en silencio.

—Esto es la entalladura —explicó—. Una plancha de metal que se estampa contra el papel. De forma que el producto final muestra una imagen repujada o en relieve. La imagen impresa tiene aspecto tridimensional. De una forma muy característica.

Se levantó del asiento, sacó su billetera y extrajo un billete de diez dólares. Me lo pasó.

—¿Se da cuenta? Las planchas de metal son de níquel recubierto de cromo. En el cromo se graban unas líneas muy finas, en las que después se inserta tinta. La plancha cae sobre el papel, y la tinta queda fijada en la superficie. ¿Entiende? La tinta se encuentra en los surcos de la plancha, de forma que al ser transferida al papel forma unas pequeñas elevaciones. La impresión por entalladura es la única que consigue esas pequeñas elevaciones en el papel. Es la única manera de lograr que la falsificación parezca auténtica. El método que utilizan los buenos falsificadores.

—¿Qué me dice de la tinta? —pregunté.

—Hay tres colores. Negro, y dos tipos de verde. Lo primero en ser impreso es el reverso del billete, con el verde más oscuro. El papel entonces es puesto a secar, y el anverso se imprime con la tinta negra. Una vez secado a su vez, se aplica el verde claro al anverso. Esta tinta verde se utiliza para imprimir cosas como el número de serie del billete. Sin embargo, la impresión del verde se efectúa por medio de un proceso diferente, llamado tipografía. Se trata de una forma de timbrado, al igual que la entalladura, con la salvedad de que la tinta imprime los surcos del papel.

Moví la cabeza y estudié el billete de diez dólares, por uno y otro lado. Lo acaricié con los dedos. Nunca había examinado uno con tanto detenimiento.

—De manera que los problemas son cuatro —prosiguió Kelstein—. La imprenta, las planchas, las tintas y el papel. Es posible comprar una imprenta, nueva o usada, en cualquier lugar del mundo. Hay centenares de medios de hacerse con ellas. La mayoría de los países imprimen el dinero, los bonos y los títulos financieros en imprentas de ese tipo. De forma que es posible adquirir una imprenta en el extranjero. También es factible fabricar una imprenta. Joe descubrió que unos falsificadores tailandeses habían reconvertido una máquina para envasar calamares en una imprenta de billetes. Y esos falsos billetes de cien hechos en Tailandia eran perfectos.

—¿Qué me dice de las planchas?

—Las planchas son el problema número dos. Pero todo es cuestión de talento. En el mundo hay personas capaces de falsificar pinturas de los viejos maestros o de interpretar un concierto de Mozart para piano tras haberlo escuchado una sola vez. Y

está claro que hay grabadores muy capaces de reproducir billetes de banco. Lo que resulta perfectamente lógico, ¿no? Si en Washington hay alguien capaz de grabar el original, está claro que en otro lugar del mundo tiene que haber otro individuo capaz de copiarlo. Pero es un fenómeno raro. Los grabadores verdaderamente buenos son pero que muy raros. Hay unos cuantos en Armenia. El grabador que trabajaba con los tailandeses de la máquina para el envasado de calamares era de origen malayo.

—Muy bien —dije—. Kline ha comprado una imprenta y ha encontrado a un buen grabador. ¿Y qué pasa con las tintas?

—Las tintas son el tercer problema. En Estados Unidos es materialmente imposible comprar las tintas que se necesitan. Joe se encargó de ello. Pero en el extranjero sí que se pueden comprar. Como he dicho, casi todos los países cuentan con una casa de la moneda. Y es evidente que Joe no podía operar en todos y cada uno de los países del planeta. De modo que las tintas son fáciles de encontrar. Para el verde, es cuestión de ir mezclando y experimentando hasta dar con el tono preciso. Pero la tinta negra es magnética, ¿lo sabía?

Negué con la cabeza. Volví a mirar el billete de diez con atención. Kelstein sonrió.

—No lo va a ver —dijo—. A la tinta negra se le agrega un compuesto químico férrico en forma de líquido. Las máquinas electrónicas para contar billetes funcionan gracias a dicho compuesto. Lo que hacen es escanear el grabado situado en el centro del retrato; las máquinas leen la señal proyectada por el grabado, del mismo modo que un reproductor de casetes lee los sonidos registrados en una cinta.

—¿Y es posible conseguir esa tinta?

—En cualquier lugar del mundo. Porque se utiliza en todos los países. Nosotros vamos un poco por detrás, porque no nos gusta reconocer que nos inquietan las posibles falsificaciones.

Recordé cuanto me había dicho Molly. Confianza y fe en la divisa nacional. Asentí.

—Una divisa tiene que proyectar una imagen de estabilidad —explicó—. Por eso no nos interesa mucho cambiar su aspecto. Es preciso que tenga un aspecto fiable, sólido, siempre el mismo. Vuélvase y mire por la ventana, haga el favor.

Me volví. El edificio del Departamento del Tesoro se erguía en una calle desierta. Solo se veía un coche que pasaba cerca. Un viejo Ford modelo T, o eso parecía.

—Casi no se han efectuado cambios desde 1929 —dijo Kelstein—. Lo que es importante en el plano psicológico. Hemos escogido anteponer la imagen de fiabilidad en detrimento de la seguridad. Lo que dificultó mucho el trabajo de Joe.

De nuevo asentí con un gesto.

—Entendido. Hemos hablado de la imprenta, de las planchas y de las tintas. ¿Qué me dice del papel?

A Kelstein se le iluminó el rostro. Juntó sus pequeñas manos como si por fin hubiéramos llegado al capítulo realmente interesante.

—El papel es el cuarto problema. Aunque mejor haríamos en decir que es el problema número uno. Es el problema principal, con mucho. Y es lo que Joe y yo no terminábamos de entender sobre la operación que dirige Kliner.

—¿Cómo es eso?

—Porque el papel que emplean es perfecto —dijo—. Perfecto al cien por cien. El papel que utilizan, de hecho, es mejor que la impresión. Lo que resulta verdaderamente inaudito.

Empezó a menear la poblada cabeza. Como si no pudiera más que sentir admiración por la proeza de Kliner. Sentados el uno junto al otro en los dos sillones guardamos silencio un momento.

—¿Perfecto al cien por cien?

Asintió con la cabeza y continuó con su exposición:

—Nunca en la vida se ha visto una cosa así. El papel constituye la principal dificultad en todo el proceso. Le recuerdo que no estamos hablando de un pequeño taller llevado por aficionados, sino de una operación gigantesca, de escala industrial. Esa gente está imprimiendo cuatro mil millones de dólares al año, en billetes de cien falsos.

—¿Tantos?

—Cuatro mil millones —repitió—. Más o menos lo mismo que produce la fábrica situada en Líbano. Los números son de Joe, y él tenía que saberlo. Y de ahí que resulte inexplicable. Cuatro mil millones en billetes de cien suponen cuarenta millones de billetes de banco. Lo que es muchísimo papel. Una cantidad de papel absolutamente inexplicable, señor Reacher. Y resulta que ese papel es perfecto.

—¿Qué tipo de papel es el que necesitan?

Cogió el billete de diez dólares de mi mano. Lo arrugó y lo extendió.

—Es una mezcla de fibras —dijo—. Una solución muy ingeniosa, lo que se dice única. Un ochenta por ciento de algodón y un veinte por ciento de lino, más o menos. Sin rastro de pulpa de madera. Este material tiene más en común con la camisa que lleva puesta que con un periódico, por poner un ejemplo. Contiene un colorante muy especial, para obtener una tonalidad blanca única. Y en su composición entran unos polímeros rojos y azules, dispuestos de forma aleatoria y tan finos como la seda. El papel moneda es un papel maravilloso. Duradero a lo largo de los años, no se deshace en el agua fría o caliente. Tiene una gran absorbencia, idónea para aceptar el dibujo en plancha más fino ideado por los grabadores.

—Entonces, ¿ese papel es difícil de copiar?

—Virtualmente imposible —respondió—. En cierta forma, resulta tan difícil de copiar que ni siquiera el proveedor oficial del gobierno puede copiarlo. Tienen enormes dificultades para mantener su consistencia remesa tras remesa, y eso que estamos hablando del mejor fabricante de papel del mundo, con diferencia.

Imprenta, planchas, tintas y papel. Pensé en todo ello otra vez.

—En tal caso, ¿diría que la clave de todo este asunto radica en el suministro de

papel?

—Fue la conclusión a la que llegamos. Teníamos claro que el suministro del papel era fundamental, pero no teníamos ni idea de cómo lo estaban obteniendo. Por eso no puedo ayudarle mucho. No pude ayudar a Joe, y ahora tampoco puedo ayudarle a usted. Lo siento.

Lo miré.

—La gente de la que estamos hablando tiene unos almacenes... Un almacén en cuyo interior hay algo. ¿Podría ser papel de este tipo?

Soltó un bufido desdeñoso. Giró su cabeza leonina en mi dirección.

—¿Es que no escucha? —me espetó—. Resulta imposible conseguir papel moneda. Imposible por completo. No podría usted comprar ni cuarenta hojas de papel moneda, así que de cuarenta millones ni le hablo. Todo esto es un misterio absoluto. Joe, Walter y yo estuvimos devanándonos los sesos durante un año entero y no encontramos la solución.

—Creo que Bartholomew sí que encontró la solución.

Kelstein asintió con tristeza. Se levantó con lentitud del sillón y fue a su escritorio. Pulsó la tecla de repetición del último mensaje en el contestador automático de su teléfono. En el despacho resonó un pitido electrónico, seguido por la voz de un muerto.

«¿Kelstein? —dijo el muerto—. Soy yo, Bartholomew. Es jueves por la noche, bastante tarde. Mañana te llamo y te cuento cómo lo hacen. Ya te dije que lo descubriría antes que tú. Buenas noches, viejo amigo».

Había animación en la voz de Bartholomew. De pie junto al escritorio, Kelstein tenía la mirada perdida, como si el espíritu de Bartholomew estuviera flotando en el aire. Parecía sentirse disgustado, y no supe decir si por la muerte de su viejo colega o si porque este había descubierto la solución antes que él.

—El pobre Walter... —se lamentó—. Fuimos amigos durante cincuenta y seis años.

Guardé silencio un momento. Finalmente me levanté.

—Voy a averiguar qué está pasando —le prometí.

—¿Eso cree? ¿Por mucho que ni el propio Joe fuera capaz?

Miré al anciano y me encogí de hombros.

—Es posible que Joe lo averiguase. No sabemos qué sabía en el momento en que lo mataron. Pero bueno, me vuelvo a Georgia. A seguir investigando el caso.

Kelstein suspiró, con cierta expresión de angustia en el rostro.

—Buena suerte, señor Reacher. Espero que consiga terminar el trabajo que empezó su hermano. Es posible que lo logre. Joe hablaba mucho de usted. Le tenía aprecio, ¿sabe?

—¿Qué hablaba de mí?

—Con frecuencia —dijo el anciano—. Le tenía un gran aprecio. Y decía que era una lástima que ese trabajo suyo de usted le obligara a estar tan lejos de él.

Durante un momento fui incapaz de articular palabra. Sentí unos remordimientos atroces. Me había pasado años seguidos sin pensar en él en absoluto, pero él sí que había estado pensando en mí.

—Aunque el más mayor de los dos era él, usted siempre cuidó de su hermano —agregó el anciano—. Es lo que me dijo Joe. Me dijo que era usted un hombre muy duro de pelar. Creo que Joe se sentiría orgulloso de que fuera usted el que se ocupase de esos Kliner.

Asentí con un gesto.

—Tengo que irme —dije.

Estreché su débil mano y lo dejé con los guardias de seguridad.

Estaba tratando de determinar de dónde estaba sacando Kliner aquel papel perfecto y, también, si iba a llegar a tiempo al aeropuerto para coger el vuelo de las seis con destino a Atlanta. A la vez, hacía lo posible por borrar de mi mente cuanto Kelstein me había dicho sobre el afecto que Joe me profesaba. Las calles estaban llenas de gente y yo estaba demasiado ocupado pensando en todo aquello y tratando de encontrar un taxi libre, por lo que no reparé en los dos hispanos que venían en mi dirección. Pero sí que reparé en la pistola que uno de los dos me enseñó. Una pequeña automática empuñada por una mano igualmente pequeña, escondida bajo una de esas gabardinas color caqui que los de las grandes ciudades llevan dobladas en el brazo en septiembre.

Me mostró la pistolita, y su compañero señaló un coche aparcado en la calle veinte metros más allá. El automóvil vino hacia nosotros. El otro se aprestó a abrir la portezuela como hacen los conserjes uniformados de esos edificios tan postineros que tienen en Nueva York. Miré la pistola y miré el coche, tratando de tomar una decisión.

—Entra en el coche —dijo el de la pistolita—. O disparo.

Allí plantado en la acera, me dije que iba a perder el avión. Si no recordaba mal, el próximo vuelo sin escalas despegaba a las siete.

—Entra en el coche —repitió.

Me dije que no iba a abrir fuego en plena calle. La pistola era pequeña, pero no tenía silenciador. Haría un ruido de mil demonios, y en esa calle había mucha gente. El segundo fulano no tenía ningún arma en las manos. Era posible que llevara otra pistola en el bolsillo. También estaba el conductor del coche, quien probablemente contaba con su propia arma en el asiento de al lado. Yo estaba desarmado. La chaqueta militar con la cachiporra, la navaja y la Desert Eagle estaba en Atlanta, a casi mil kilómetros de distancia. Iba a tener que tomar una decisión.

Decidí no entrar en el coche. Seguí allí plantado en la acera, confiando en que el de la pistolita no se atrevería a disparar en público. Allí seguía él también, con la gabardina doblada sobre el arma, apuntándome. El coche se detuvo a nuestro lado. El

segundo fulano estaba a mi otro lado. Eran unos tirillas. Entre los dos no sumaban lo que yo solo. El coche estaba a la espera. Todos estábamos inmóviles. Petrificados como maniqués en un escaparate. La nueva moda del otoño: pantalones militares de camuflaje y gabardinas Burberry.

Los dos fulanos se encontraban ante un problema muy gordo. En una situación así, tienes una fracción de segundo para llevar a cabo tu amenaza. Si dices que vas a disparar, tienes que disparar. Si no lo haces, la fuerza se te ha ido por la boca. Te han pillado el truco. Si no disparas, no eres nadie. Y el otro seguía sin disparar. Continuaba allí petrificado, hecho un mar de dudas. La gente daba un rodeo para esquivarnos en aquella acera tan concurrida. Los coches estaban empezando a hacer sonar los cláxones, impacientes ante aquel coche parado.

Esos tipos eran listos. Lo bastante listos para no dispararme en una calle de Nueva York atestada de gente. Lo bastante listos para comprender que les había pillado el truco. Lo bastante listos para no volver a formular una amenaza que luego no podrían llevar a la práctica. Pero no lo bastante listos para largarse. Seguían allí plantados.

Hice amago de dar un paso atrás. La pistola escondida bajo la gabardina fue hacia mí. Seguí el movimiento y agarré al tipo por la muñeca con mi mano izquierda. Tiré de ella, situando la pistola a mi espalda y abracé a aquel alfeñique con fuerza, pasándole el brazo derecho por los hombros. Parecía como si estuviéramos bailando un vals en la acera o fuéramos dos amantes en una estación de tren. Me eché hacia delante con violencia y lo aplasté contra el coche. Sin dejar de agarrarle la muñeca con todas mis fuerzas, clavándole las uñas en la piel. Aunque fuera con la mano izquierda, estaba haciéndole daño. El peso de mi cuerpo le hacía difícil respirar.

Su compañero seguía con la mano en la portezuela del coche, mirando a un lado y otro. Su otra mano de pronto fue a un bolsillo. Por lo que me eché hacia atrás, me giré de golpe y lo empujé contra el automóvil. Y salí por piernas. Cinco zancadas, y me perdí entre el gentío. Me abrí paso entre la multitud. Me escondí en un portal, salí otra vez, crucé una y dos calles entre los cláxones de los coches. Los dos tipejos estuvieron siguiéndome, pero el tráfico acabó por disuadirlos. No estaban dispuestos a correr tantos riesgos como yo.

Cogí un taxi ocho manzanas más allá y llegué a La Guardia a tiempo para embarcarme en el vuelo directo a Atlanta de las seis. Por la razón que fuese, el vuelo de regreso duró más tiempo. Sentado en mi asiento durante dos horas y media, no hice más que pensar en Joe mientras sobrevolábamos Nueva Jersey, Maryland y Virginia. Cuando estábamos sobre las dos Carolinas y Georgia estuve pensando en Roscoe. Quería estar con ella otra vez. La echaba en falta como nunca.

Descendimos entre unas gruesas nubes tormentosas. El atardecer en Atlanta estaba oscureciéndose por las negras nubes. Al parecer, una gran tormenta se cernía sobre Georgia. Cuando salimos del avión, el aire en el pequeño túnel estaba

enrarecido y olía tanto a gasóleo como a la inminente tormenta.

Recogí la llave del Bentley en el mostrador de información de la terminal de salidas. Estaba dentro de un sobre, junto con un tique del aparcamiento. Salí a recoger el coche. Noté que el viento era cálido. La tormenta iba a ser de las gordas. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Encontré el Bentley en el aparcamiento de corta estancia. Las ventanillas traseras estaban oscurecidas. El tipo aquel no había tenido tiempo de ahumar las delanteras ni el parabrisas. Con lo que el coche parecía uno de los empleados por una familia real o algo por el estilo, por alguien con mucha pasta y que disponía de chófer propio. La chaqueta militar estaba en el maletero. Me la puse y volví a notar el peso tranquilizador de mi pequeño arsenal en los bolsillos. Me puse al volante, salí del aparcamiento y fui hacia el sur por la autopista en sombras. Eran las nueve de la noche del viernes. Quedaban algo así como treinta y seis horas para que el domingo empezaran a llevarse del almacén la mercancía acumulada durante tanto tiempo.

Eran las diez cuando llegué a Margrave. Solo treinta y cinco horas por delante. Durante la hora pasada al volante estuve pensando en algunas cosas que nos habían enseñado en la academia militar. Habíamos estudiado las distintas filosofías militares, por lo general ideadas por aquellos viejos alemanes que tanto disfrutaban con el asunto. Yo nunca prestaba mucha atención, pero ahora me acordaba de uno de los puntos fundamentales, el que decía que uno, más tarde o más temprano, está obligado a enfrentarse a la fuerza principal del enemigo. Porque, de lo contrario, uno no gana la guerra. Más tarde o más temprano tienes que buscar al grueso del enemigo, combatirlo y destruirlo.

Tenía claro que la fuerza principal de esa gente en principio estaba formada por diez personas. Así me lo había dicho Hubble. Luego fueron nueve, después de que se cargaran a Morrison. Sabía que los Kliner padre e hijo, Teale y Baker formaban parte de ella. Tenía que averiguar quiénes eran los otros cinco. Sonreí para mí. Salí de la carretera del condado y entré en el aparcamiento de la cafetería de Eno. Aparqué a cierta distancia del establecimiento y salí del coche. Me desperecé y bostecé en la noche. La tormenta no terminaba de estallar, pero sin duda iba a hacerlo. La atmósfera seguía siendo sofocante. El aire continuaba cargado de electricidad. Seguía notando el viento cálido a mi espalda. Entré en la parte posterior del coche, me tumbé en el largo asiento de cuero, con la idea de dormir un rato. Una hora, una hora y media quizá.

Empecé a soñar con John Lee Hooker. En su vieja época, antes de que volviera a hacerse famoso. Tenía una vieja guitarra con cuerdas de acero, que tocaba sentado en un taburete. El taburete estaba situado sobre una tabla. El hombre acostumbraba a incrustar chapas de botellas de cerveza en las suelas de sus zapatos, para hacer más ruido. Como si fuera una especie de bailarín de claqué. Sentado en el taburete, tocaba

la guitarra con su estilo áspero y deslavazado. Sin dejar de darle a la tabla con los zapatos con chapas en las suelas. En mi sueño, John Lee no cesaba de sacarle ritmo a la tabla con sus viejos zapatos.

Pero no era John Lee el que estaba haciendo ese ruido. Era un puño que estaba golpeando el parabrisas del Bentley. El sargento Baker estaba mirándome desde fuera. El reloj cromado del salpicadero marcaba las diez y media. Había dormido media hora. No iba a dormir más.

Lo primero que hice fue cambiar de plan. Uno mucho mejor acababa de caerme llovido del cielo. Todos aquellos viejos alemanes se hubieran sentido encantados. La flexibilidad táctica era una cualidad que apreciaban. Lo segundo que hice fue llevar mi mano al bolsillo y quitar el seguro de la Desert Eagle. A continuación salí por la portezuela opuesta y miré a Baker por encima del techo del coche. El hombre me brindó su sonrisa más amigable, con su diente de oro y todo.

—¿Cómo está, Reacher? En Margrave le pueden detener por dormir en un espacio público.

Le sonreí, de forma amigable también.

—Ya sabe lo que dicen los expertos en tráfico. Que si uno está cansado al volante, lo mejor es que pare y eche una cabezadita, ¿no es así?

—Venga conmigo, le invito a una taza de café —dijo—. Si lo que quiere es quitarse el sueño, nada mejor que el buen café que prepara Eno.

Cerré bien el coche. Mantuve la mano en el bolsillo. Fuimos andando por la gravilla en dirección a la cafetería. Entramos y nos sentamos en la mesa del final. La camarera de las gafas nos trajo café. No se lo habíamos pedido, pero lo había adivinado.

—Y bueno, ¿cómo se encuentra? —preguntó Baker—. ¿Sigue sintiéndose mal por lo de su hermano?

Me encogí de hombros. Cogí la taza de café con la mano izquierda. La derecha seguía cerrada en torno a la culata de la Desert Eagle que tenía en mi bolsillo.

—Tampoco estábamos tan unidos —aclaré.

Baker movió la cabeza.

—¿Roscoe sigue echándole una mano a esa gente del FBI? —preguntó.

—Supongo.

—¿Y el viejo Finlay, por dónde anda esta noche?

—Está en Jacksonville —respondí—. Ha tenido que ir a Florida a comprobar no sé qué.

—¿En Jacksonville? ¿Y qué es lo que tiene que comprobar en Jacksonville?

Volví a encogerme de hombros. Bebí un sorbo de café.

—Ni idea, oiga —dije—. Finlay a mí no me cuenta nada. No me considera un igual. Para él no soy más que el chico de los recados. Lo último que me ha dicho es que vaya a casa de Hubble a buscarle algo.

—¿A casa de Hubble? ¿Y qué es eso que tiene que buscarle?

—Unos papeles viejos —respondí—. Los que encuentre por ahí, supongo.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Baker—. ¿También se marcha a Florida?

Negué con la cabeza. Bebí otro sorbo de café.

—Finlay me ha dicho que los mande por correo a una dirección en Washington —dije—. Lo que voy a hacer es dormir en casa de Hubble y enviarlo todo por la mañana.

Baker asintió con un lento gesto de la cabeza. Y al momento volvió a esgrimir su sonrisa tan amigable. Pero la sonrisa no podía ser más forzada. Terminamos de bebernos el café. Baker dejó un par de dólares en la mesa y nos fuimos. Se subió al coche patrulla y se despidió con la mano. Dejé que se fuera y fui andando al Bentley. Me dirigí al sur de aquel pueblo pequeño y sombrío, y giré para entrar en Beckman Drive.

Me interesaba que pareciese que había dejado el Bentley tirado de cualquier manera. Pero a la vez quería que nadie pudiera pasar por delante. Maniobré adelante y atrás un rato. Lo dejé en lo más alto del camino de acceso a la casa de Hubble, con las ruedas giradas. Daba la impresión de que había llegado con prisa y sencillamente me había detenido ante la misma puerta, sin terminar de aparcarlo bien.

Me interesaba que pareciese que yo estaba en la vivienda. Nada resulta más evidente que una casa vacía. Esa imagen de silencio y abandono es muy reveladora. Esa ausencia de vibración humana. De forma que abrí la puerta principal con la llave del gran llavero que Charlie me había dado. Entré y encendí varias de las luces. Conecté la televisión y la dejé con el volumen bajo. Hice otro tanto con la radio de la cocina. Abrí unas cuantas cortinas. Salí al exterior otra vez. La cosa resultaba bastante convincente. Parecía que allí dentro había alguien.

Luego fui al gran armario situado junto al pasillo. Estaba buscando unos guantes. Es algo que no resulta fácil de encontrar en los soleados estados del Sur. Pero Hubble tenía guantes. Dos pares, sobre un estante. Uno de los pares era de esquí. Color lila y verde fosforescente. No me servían. El otro par era oscuro y sí que me servía. De fino cuero negro, guantes de vestir. Del tipo que llevaría un banquero. El cuero era muy suave. Como una segunda piel.

Tras encontrar los guantes de esquí, busqué un gorro. Si los Hubble habían viajado a Colorado a esquiar, seguramente tendrían todo lo necesario. Encontré una caja con gorros y sombreros. En el interior había una de esas gorras con orejeras, confeccionada en fibra sintética. Y de color verde oscuro. Me servía.

Luego fui al dormitorio principal. El tocador de Charlie Hubble era de mayor tamaño que algunas de las habitaciones en las que yo había vivido. Y en él había cosméticos de todo tipo. Cogí un aplicador de rímel resistente al agua y fui al cuarto de baño. Me embadurné la cara con él. A continuación me abroché bien la chaqueta, me puse la gorra y los guantes. Entré en el dormitorio y me miré en los espejos de las puertas del gran armario. No estaba nada mal. Justo lo que necesitaba para trabajar de noche.

Volví a salir de la casa. Cerré la puerta principal. Grandes nubes tormentosas estaban agrupándose en el cielo. La oscuridad era casi total. Metí la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta. Cerré la cremallera, volví a abrirla y saqué el arma con rapidez. Con la suficiente rapidez. Montada y con el seguro quitado. Con balas adicionales en el bolsillo superior derecho. Llevaba la navaja automática en el bolsillo inferior izquierdo. Y la cachiporra en el derecho. Los zapatos bien acordonados.

Me alejé de la casa, dejé atrás el Bentley, unos doce o quince metros. Me abrí

paso entre la vegetación y me situé en un punto desde el que podía ver casi todo el camino de acceso. Me senté en la tierra fría y me dispuse a esperar. En una emboscada, la paciencia es lo que decide. Si el enemigo desconfía, se presentará muy pronto o muy tarde. En el momento en que crea que no estarás esperando su llegada. Por eso uno tiene que estar preparado desde el primer instante. Uno espera sumido en una especie de trance. Y necesita hacer acopio de una paciencia infinita. De nada sirve ponerse nervioso o inquietarse. Uno sencillamente tiene que esperar. Sin hacer nada, sin pensar en nada, sin quemar energías. Y cuando llega el momento tiene que entrar en acción de inmediato. Haya pasado una hora, cinco horas, un día o una semana. La espera es una técnica como cualquier otra.

Serían las doce menos cuarto cuando me senté a esperar. Notaba que la tormenta estaba agrupándose en lo alto. La oscuridad era total, y el aire tenía la consistencia de una sopa espesa. La tormenta estalló hacia medianoche. De pronto cayeron unos goterones del tamaño de monedas de veinticinco centavos. En cuestión de segundos dieron paso a un diluvio. Aquello era como estar sentado bajo una ducha. Resonaron unos truenos formidables. Los relámpagos surcaban el cielo. Una y otra vez, el jardín aparecía tan iluminado como una feria. Sentado bajo el chaparrón, yo seguía esperando. Diez minutos. Quince.

Se presentaron a por mí a las doce y veinte de la noche. Seguía lloviendo con fuerza, con muchos rayos y truenos. No oí la llegada de la furgoneta hasta que estuvo muy cerca, a unos diez o doce metros de mi escondite. Una furgoneta de reparto color verde oscuro. Con una leyenda en letras doradas: FUNDACIÓN KLINER. Como la que había visto junto a la casa de Roscoe el martes por la mañana. La furgoneta se correspondía con lo que Finlay había visto en la casa de los Morrison. Marcas de gruesos neumáticos en la gravilla.

La furgoneta se detuvo unos cuantos metros por delante de donde me encontraba, justamente por detrás del Bentley. No podía pasar. Estaba exactamente donde yo quería que estuviese. El primero en salir fue el conductor. Iba vestido con un mono blanco de nailon sin distintivos, con una capucha bien cerrada en torno al rostro. Y llevaba media cara tapada con una mascarilla de cirujano. Guantes de goma en las manos. Y calzado con botas de goma. Se bajó de un salto y fue a la parte posterior del vehículo. Su forma de caminar me sonaba. Yo había visto antes a este sujeto alto y corpulento, con los brazos largos y poderosos. Era Kliner hijo. Había venido en persona a matarme.

Dio un palmetazo contra la carrocería. Resonó a hueco. Abrió la portezuela trasera. Cuatro hombres se bajaron del vehículo. Todos vestidos igual. Monos blancos de nailon, con las capuchas ajustadas, mascarillas, guantes, botas de goma. Dos de ellos cargaban con bolsas. Otros dos empuñaban sendas escopetas tan largas como gruesas. Eran cinco en total. Yo había esperado que se presentaran cuatro. Iba a ser

más difícil manejarme con cinco. Pero también más productivo.

La lluvia los azotaba, repiqueteando contra los monos de nailon. Un relámpago los iluminó. Su aspecto era aterrador, como una visión infernal. Daban mucho miedo. Por primera vez, dudé de que hubiese podido con ellos el lunes por la noche. Pero esta noche sí que iba a poder con ellos. Porque contaba con la ventaja de la sorpresa. Iba a convertirme en una invisible figura de pesadilla.

Kliner hijo lo dirigía todo. Rebuscó en el interior de la furgoneta y sacó una barra de hierro. Señaló a tres de sus hombres y, bajo el chaparrón, fue con ellos a la casa. El quinto se quedó vigilando la furgoneta. Con aquella lluvia, no tardaría en meterse otra vez en el interior. Vi que su mirada escudriñaba el cielo un momento y se posaba en el vehículo. Empuñé la cachiporra. Me abrí paso entre los arbustos. El tipo no podía oírme. El aguacero era ensordecedor de veras.

Se volvió y dio un paso hacia la portezuela del conductor. Cerré los ojos un momento y vi a Joe tumbado en la losa del depósito de cadáveres, sin rostro. Vi a Roscoe temblando de horror al descubrir las pisadas en el pasillo de su casa. Y salí corriendo de entre la maleza. Me situé tras él. Y estampé la cachiporra contra su nuca. La cachiporra era grande, y le di con todas mis fuerzas. Sentí que el hueso crujía. Se desplomó de bruces. La lluvia martilleaba su blanco mono de nailon. Le rompí el cuello de un patadón. Uno menos.

Arrastré el cadáver por la gravilla y lo dejé detrás de la furgoneta. Fui a la cabina y cogí las llaves del contacto. Me dirigí hacia la casa con sigilo. Me metí la cachiporra en el bolsillo. Saqué la navaja automática, la abrí y la empuñé con la mano derecha. No me interesaba utilizar la pistola en el interior. Demasiado ruidosa, incluso con aquellos truenos resonando. Me detuve al llegar al umbral de la puerta. Habían forzado la cerradura, la madera estaba astillada. Vi la barra de hierro tirada en el suelo del pasillo.

La casa era muy grande. Iban a necesitar tiempo para registrarla. Me dije que primero irían los cuatro juntos. Y que luego se dividirían. Oí que andaban por el piso de arriba. Di un paso atrás y me dispuse a esperar que uno de ellos bajara al pasillo. Me mantuve a la espera, con la espalda pegada a la pared, junto a la puerta rota. El saliente del tejado me protegía de la lluvia. El aguacero continuaba siendo torrencial. Como una tormenta en el trópico.

Tuve que esperar casi cinco minutos hasta que el primero de ellos bajó por la escalera. Oí el crujido de sus pisadas en el pasillo. Oí que abría la puerta del gran vestidor. Entré en la casa. El tipo estaba dándome la espalda. Era uno de los dos de las escopetas, alto, pero más delgado que yo. Lo pillé por detrás. Alcé mi manaza por encima de su cráneo y clavé los dedos en sus ojos. Dejó caer la escopeta, que hizo un ruido sordo contra la moqueta del vestidor. Le di la vuelta y lo arrastré por la puerta. Hasta que salimos bajo el chaparrón. Hundí los dedos aún más en sus ojos. Eché su cabeza hacia atrás. Le corté el cuello. Eso no se hace con un tajo elegante, como sucede en las películas. En la garganta humana hay mucho cartílago duro y resistente.

Por lo que tienes que serrar, y con mucha fuerza. Lleva su tiempo. Pero funciona. La mar de bien. Cuando por fin llegas al hueso, el otro está muerto. Este fulano no fue una excepción. Su sangre salió a chorro y se mezcló con la lluvia. Quedó inerte en mis brazos. Dos menos.

Arrastré el cuerpo por el césped agarrándolo por la capucha. No me interesaba llevarlo en brazos, igual la cabeza se separaba del cuerpo. Lo dejé sobre la hierba. Fui corriendo al interior. Recogí la escopeta, e hice una mueca. Un arma de las de verdad. Una Ithaca Mag-10. Había visto unas cuantas en el ejército. Disparaba un cartucho enorme. No es de extrañar que la llamen «Páralo todo». Tiene el poder de matar a los ocupantes de un vehículo no blindado. En la distancia corta resulta devastadora. Solo cuenta con tres cartuchos, pero, como solíamos decir, una vez que los has disparado, el combate se ha acabado.

La navaja automática seguía siendo mi arma de preferencia. Por lo silenciosa. Pero la escopeta me iría mejor que la Desert Eagle como arma de apoyo. Una escopeta te viene bien porque no has de apuntar mucho. Al disparar, proyectas un amplio cono de plomo. Y en el caso de la Mag-10, basta con apuntar en la dirección general oportuna. No puedes fallar, ni aunque quieras.

Salí de espaldas por la puerta astillada y me apreté contra la pared para resguardarme del diluvio. Me puse a esperar. Me decía que pronto empezarían a salir de la casa. No me encontrarían en el interior y repararían en que faltaba uno de ellos, el que acababa de cargarme. De forma que empezarían a salir. Era inevitable. No iban a quedarse ahí dentro para siempre. Seguí a la espera. Diez minutos. Oí pasos en el interior. No hice mucho caso. Más tarde o más temprano terminarían por salir.

Terminaron por salir. Dos de ellos a la vez. Lo que me hizo dudar una fracción de segundo. Salieron al aguacero, la lluvia martilleaba sus monos de nailon. Cogí la cachiporra otra vez. La llevé a mi mano izquierda. Al primero me lo cargué con facilidad. Le di de lleno en la nuca con la pesada porra, y el golpe por poco le arrancó la cabeza. Pero el segundo fulano al momento se apartó, por lo que solo le di de refilón con la cachiporra. Eso sí, le hice trizas la clavícula, y cayó de rodillas. Con la izquierda, le clavé la navaja en el rostro. Le sacudí otra vez con la cachiporra. Necesité dos fuertes golpes para romperle el cuello. El tipo era robusto. Pero no lo bastante. Cuatro menos.

Arrastré los dos cadáveres bajo la lluvia incesante y los dejé en el césped junto al camino de gravilla, en compañía del otro tipejo. Me había cargado a cuatro, había capturado una escopeta y tenía las llaves de la furgoneta en el bolsillo. Quedaba Kliner hijo, que iba armado con la otra escopeta.

No lo encontraba. No sabía dónde estaba. Entré en la casa, para guarecerme de la lluvia, y escuché con atención. No oí nada en absoluto. El rugido del aguacero contra el tejado y la gravilla del exterior era excesivo. Era un ruido que lo ensordecía todo. Si el chaval de Kliner era listo y trataba de sorprenderme, yo iba a tener una problema.

Entré en el pequeño invernadero. La lluvia martilleaba el tejado. Me detuve y escuché bien. Oí que Kliner hijo iba por el pasillo. En dirección al exterior. Iba a salir por la puerta principal. Si giraba a la derecha, no tardaría en encontrarse con sus tres hombres muertos y tendidos en el césped. Pero giró a la izquierda. Pasó junto a las ventanas del invernadero. Andaba por el césped empapado en dirección al gran patio. Lo contemplé pasar bajo el diluvio, a un par de metros de distancia. Una figura espectral. Un espectro armado con una larga escopeta negra con la que estaba apuntando al frente.

La llave del invernadero estaba en mi bolsillo, en el llavero del Bentley. Abrí la puerta y salí. La lluvia me golpeó como lo haría el agua de una gran manga de riego. Fui hacia el patio con sigilo. Kliner hijo estaba allí, mirando la enorme piscina. Me agazapé bajo la lluvia y lo observé. Me encontraba a media docena de metros, pero podía oír el martilleo de la cortina de agua contra su mono de nailon. Los relámpagos flagelaban el cielo, y la tormenta seguía cayendo con estruendo.

No quería dispararle con la Mag-10. Quería los cadáveres de una pieza. Lo que me interesaba era poner de los nervios al viejo Kliner. Que no supiera bien qué había pasado. Ni en qué lugar se encontraba su hijo desaparecido. Serviría para desequilibrarlo. Y eso era fundamental para mi supervivencia. No podía dejar la menor huella a mi espalda. Si me cargaba al chaval con la Ithaca, el estropicio sería de campeonato. Y me encontraría con un serio problema a la hora de esconder el cadáver. Porque seguramente no conseguiría dar con todos los restos de la hamburguesa.

El joven Kliner echó a andar por la larga pendiente cubierta de césped que conducía a la piscina. Lo seguí trazando un círculo, manteniéndome en la hierba mojada. El hombre andaba con precaución, inquieto. De pronto estaba solo. Su campo visual no era el mejor. La capucha estrechamente anudada bajo la cara limitaba su visión. No hacía más que mover la cabeza a uno y otro lado, con el cuello tieso, como un muñeco mecánico. Se detuvo junto al borde de la piscina. Me situé un metro por detrás. Moviéndome ligeramente de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, manteniéndome fuera de su campo visual cada vez que su mirada iba a uno y otro lado. Su escopeta estaba trazando un lento semicírculo sobre la piscina.

En los libros que antes leía, en las películas que la gente ve, lo indicado hubiera sido combatirlo con nobleza. Me encontraba allí para vengar a mi hermano. Y delante de mí se hallaba el sujeto que había pateado su cuerpo con saña hasta dejarlo como un saco lleno de trapos. Tendríamos que haber luchado cara a cara. Tendría que haberle avisado de mi presencia. Tendría que haberle hecho entender por qué iba a morir. Todo muy noble y caballeresco. Pero las cosas no funcionan así en la vida real. Joe se hubiera partido de risa al pensar en todo eso.

Le solté un golpe tremendo con la cachiporra, dirigido a la cabeza, con todas mis fuerzas. Pero justo en ese momento se giró con intención de volver a la casa. Por lo que la porra no le dio de lleno, sino que se deslizó sobre la mojada superficie de

nailon, de tal forma que el empuje del tubo lleno de plomo me hizo perder el equilibrio. Estaba cayéndome sin remedio, como quien ha resbalado en el hielo. El tipo se volvió y levantó la escopeta. Metió un cartucho en la recámara. Alcé el brazo con fuerza y empujé el cañón, de forma que quedé bajo su ángulo de tiro. Apretó el gatillo, y se produjo una tremenda explosión, más ensordecedora que el peor de los truenos. Oí que ramas y hojas salían volando en todas direcciones por efecto del disparo.

El feroz retroceso le hizo recular, pero se las arregló para meter el segundo cartucho en la recámara. Oí el amenazador doble crujido del mecanismo de la escopeta. Estaba de espaldas sobre las baldosas de la piscina, pero me puse en pie de un salto y agarré la escopeta con ambas manos. Llevé el cañón hacia arriba y la culata hacia abajo, y de nuevo disparó contra el aire. Otra explosión aterradora. Esta vez me eché hacia atrás con el retroceso y le arranqué la escopeta de las manos. Al momento le solté un culatazo en el rostro. Pero sin darle bien del todo. La Ithaca cuenta con un grueso reborde de caucho en el filo exterior de la culata. Para proteger del bestial retroceso el hombro del que dispara. Pero el reborde protegió al joven Kliner de mi culatazo. Simplemente dio un paso atrás. Me tiré en plancha contra sus piernas, haciéndole dar otro paso atrás. Le solté un buen golpe en las piernas, y el hombre cayó de espaldas a la piscina. Me abalancé sobre su cuerpo.

Estábamos los dos en el lado más profundo de la piscina, debatiéndonos furiosamente para cobrar la ventaja definitiva. La lluvia seguía martilleando. El cloro me quemaba los ojos y la nariz. Conseguí agarrarle por la garganta. Abrí la capucha de nailon con violencia y cerré las manos en torno a su cuello. Encajoné su cabeza entre mis brazos y la hundí todavía más en el agua. Estaba aplastándole la garganta con todas mis fuerzas. Aquel motero de Warburton había creído estar liquidándome de todas todas, pero lo suyo había sido como la caricia de una amante en comparación con lo que yo estaba haciéndole al joven Kliner. Estaba arrancándole la cabeza. Seguí apretándole el cuello y retorciéndole la cabeza, manteniéndola un metro bajo el agua, hasta que murió. No tardó mucho en hacerlo. Como siempre sucede en esas situaciones. El primero que va bajo el agua se queda bajo el agua. Bien hubiera podido ser yo.

Yo estaba tragando agua y jadeando entre el tufo a cloro. La lluvia seguía batiendo la superficie de la piscina. Era imposible decir dónde terminaba el agua y empezaba el aire. Dejé el cuerpo a flote y nadé hacia el borde de la piscina. Me icé y recuperé el aliento. Aquella tormenta era de pesadilla. El rugir de los truenos era constante, y los relámpagos se sucedían uno tras otro. El agua seguía inundándolo todo. Hubiera estado menos empapado de haberme quedado en la piscina. Pero tenía cosas que hacer.

Volví nadando para recoger el cuerpo de Kliner hijo que flotaba en la piscina. Lo remolqué hasta el borde. Me icé. Lo agarré por el mono y arrastré el cadáver hacia mí. Pesaba una tonelada. Tumbado junto a la piscina, el agua chorreaba por las

mangas y perneras de su mono de trabajo.

No me resultaba fácil andar. Tenía las ropas empapadas y gélidas. Me sentía como si estuviera envuelto en una cota de malla. Pero llegué al garaje y encontré la llave. Abrí la puerta y encendí la luz. El garaje tenía tres plazas, pero en él solo había un coche. El otro Bentley, el de Hubble, idéntico al de Charlie. Pintado en un maravilloso tono oscuro, encerado y pulido hasta relucir. La pintura reflejaba mi imagen en movimiento. Estaba buscando una carretilla o un carrito motorizado de jardinería. El garaje estaba lleno de utensilios para jardineros. Un gran cortacéspedes, mangueras, herramientas. En un rincón, una carretilla con grandes ruedas como de bicicleta.

La empujé bajo la lluvia y llegué junto a la piscina. Rebusqué y di con las dos escopetas y la cachiporra mojada. Metí las escopetas en la carretilla y me guardé la porra en un bolsillo. Me cercioré de que el cadáver de Kliner hijo seguía conservando los zapatos y lo metí en la carretilla. Fui con ella hacia arriba y enfilé el camino de gravilla. Pasé junto al Bentley y llegué a la parte posterior de la furgoneta. Abrí las portezuelas y metí el cuerpo en el interior; me subí y lo arrastré hacia el fondo. La lluvia golpeteaba con estrépito contra el techo. A continuación metí el cadáver del primero de los tipejos y lo puse junto al de Kliner hijo. Tiré las dos escopetas sobre sus cuerpos. Dos dentro.

Fui con la carretilla a por los otros tres. Estaban despatarrados en el césped empapado, con la lluvia golpeteando sobre sus asquerosos monos blancos. Los llevé al interior de la furgoneta en la que habían venido. Cinco dentro.

Bajo el diluvio, devolví la carretilla al interior del garaje y la dejé en su sitio. Cogí una linterna que vi por allí. Quería echarles un vistazo detenido a los cuatro que se había traído el joven Kliner. Fui corriendo a la furgoneta y salté al interior. Encendí la linterna y me acuclillé junto a la desoladora hilera de cadáveres.

Al hijo de Kliner ya lo conocía. Quedaban los otros cuatro. Abrí las capuchas y retiré las mascarillas. Enfoqué sus rostros con la linterna. Dos de ellos resultaron ser los vigilantes de los almacenes, los que había estado observando con los prismáticos el jueves. Estaba bastante seguro. Quizá no lo bastante como para así declararlo bajo juramento en un juicio, pero esa noche no estaba muy interesado en esas zarandajas.

A los otros dos los reconocí. Sin asomo de duda. Dos policías. Los dos que formaban el grupo de apoyo el viernes. Los que habían acompañado a Baker y Stevenson durante mi detención en la cafetería de Eno. Los había visto por la comisaría unas cuantas veces más. Estaban metidos en la trama. Otros dos de los infiltrados por el alcalde Teale.

Me bajé de la furgoneta y dejé la linterna en el garaje. Cerré las puertas y corrí bajo la lluvia hacia la fachada delantera de la casa. Cogí los dos sacos con los que aquellos tipejos se habían presentado. Los dejé caer en el pasillo y encendí la luz. Miré dentro. Guantes y mascarillas de repuesto. Una caja con cartuchos de escopeta del calibre 10. Un martillo. Una bolsa con clavos de quince centímetros de largo. Y

cuatro cuchillos. Cuatro bisturíes médicos, mejor dicho. Cuyo filo cortaba con solo mirarlo.

Recogí la barra de hierro tirada en el pasillo. La metí en uno de los sacos. Llevé ambos a la furgoneta y los dejé sobre los cinco muertos. Cerré con llave las portezuelas traseras y otra vez fui corriendo bajo la lluvia hacia el interior de la casa.

Llegué al invernadero y lo cerré con llave. Me dirigí a la cocina. Abrí la puerta del horno y vacié mis bolsillos. Lo dejé todo en el suelo. Encontré un par de bandejas de hornear en un armario. Desmonté la Desert Eagle y dejé todas las piezas con cuidado en una de ellas. Amontoné las balas sobrantes junto a las piezas. En la otra bandeja puse la navaja automática, la porra, las llaves del Bentley, mi dinero y mis papeles. Metí las bandejas en el horno, que encendí a fuego muy lento.

Fui a la entrada y cerré la puerta astillada todo lo que pude. Pasé corriendo junto al Bentley y me subí a la furgoneta de la Fundación Kliner. Di con la llave adecuada y conecté el motor. Di marcha atrás con cuidado por el camino y salí a Beckman Drive. Enfilé la pendiente en dirección al centro. Los limpiaparabrisas pugnaban contra la lluvia incesante. Rodeé la gran zona ajardinada con la iglesia en su centro. Torcí a la derecha y puse rumbo al sur. No se veía un alma. No había ningún otro vehículo en las calles.

Trescientos metros al sur del pequeño parque, enfilé el camino que llevaba a la casa de los Morrison. Aparqué la furgoneta frente a la casa, junto al Lincoln abandonado. Cerré la puerta con llave. Corrí hacia un lado de la valla y tiré las llaves a la maleza del campo adyacente. Me abroché bien la chaqueta y emprendí el camino de regreso a pie bajo la lluvia. Empecé a pensarlo todo muy bien.

Era sábado desde hacía más de una hora. Eso quería decir que quedaba menos de un día para que fuera domingo. Había tres cosas que por el momento estaban meridianamente claras. La primera de todas: Kliner necesitaba tener papel de un tipo especial. La segunda: era imposible conseguir dicho papel en ningún sitio de Estados Unidos. La tercera: dentro del almacén había alguna cosa.

También estaba la cuestión de las cajas de los aparatos de aire acondicionado, de lo que aparecía escrito en ellas. No el logotipo de Island Air-Conditioning, sino los números de serie. Las cajas que había visto llevaban unos números de serie anotados a mano en el interior de unos rectángulos impresos. Me había fijado en ellos. Los policías de Jacksonville habían hecho referencia a esos mismos números anotados en las cajas cargadas en la camioneta de Stoller. Unos largos números de serie escritos a mano. Pero ¿por qué? Las cajas de por sí eran un buen camuflaje, más que suficiente. Era buena idea transportar de matute a Florida una mercancía escondida dentro de cajas de aparatos de aire acondicionado. Un producto más que indicado para ese estado tan cálido. Las cajas habían conseguido engañar a la policía de Jacksonville. Se habían dado por satisfechos nada más verlas. A pesar de eso, la cuestión de los

números de serie seguía interesándome. Si en las cajas no había aparatos eléctricos, ¿a qué venían aquellos números de serie? Eso implicaba llevar el camuflaje hasta extremos absurdos. ¿Qué significaban aquellos malditos números? ¿Qué demonios había exactamente dentro de aquellas cajas?

Era la pregunta que estaba haciéndome. Al final, fue Joe quien me la respondió. Iba andando bajo la lluvia cuando recordé algo que me había dicho Kelstein. Me había explicado que Joe acostumbraba a expresarse de forma muy precisa. Eso es algo que yo ya sabía. Pensé en el pulcro listado que redactó y luego imprimió. En las mayúsculas. En las iniciales en una columna, en los números de teléfono en la otra. En las dos anotaciones que se habían hecho en la parte inferior del papel. «Garaje de Stollers». «Informe de Gray sobre Kline». Me interesaba volver a examinar aquel listado. Pero, al mismo tiempo, de pronto, tuve la seguridad de que Joe estaba diciéndome que si quería averiguar qué clase de mercancía había estado ocultando Kliner en aquellas cajas de cartón, seguramente también valía la pena que me acercase al garaje de Stoller a echar un vistazo.

Lo primero que hice tras volver a la casa fue buscar dónde estaba el café en la ultramoderna cocina de Charlie Hubble. La cafetera eléctrica no tardó en estar en marcha. A continuación miré en el horno. Saqué todas mis cosas. Habían estado calentándose durante casi una hora y estaban secas por completo. El cuero de la cachiporra y el llavero estaba un tanto acartonado. Pero no había más daños. Volví a ensamblar la pistola y la cargué. La dejé en la mesa de la cocina. Montada y sin el seguro.

Luego miré el papel impreso por Joe para confirmar lo que estaba pensando. Pero había un problema. Un problema grave. El papel estaba seco, crujiente, pero la tinta se había borrado. La hoja estaba en blanco. El agua de la piscina había borrado toda la tinta. Había unos borrosos manchones casi imperceptibles, pero leerlos era casi imposible. Me encogí de hombros. Lo había leído cien veces. Me acordaría de lo que había en el papel.

Después bajé al sótano. Estuve trajinando los mandos de la caldera, hasta que entró en funcionamiento. Me quité toda la ropa y la metí en la secadora eléctrica de Charlie. Puse un programa de baja temperatura y de una hora de duración. No sabía bien lo que estaba haciendo. Durante mi etapa en el ejército, un cabo se encargaba de hacerme la colada. El hombre se llevaba la ropa sucia y me la devolvía limpia, planchada y bien doblada. Tras dejar el ejército, lo que hacía era comprar ropas de baratillo que luego dejaba tiradas por ahí.

Subí desnudo por la escalera y entré en el cuarto de baño. Me pegué una larga ducha caliente y me quité los manchones del rímel de la cara. Me quedé largo rato bajo el agua caliente. Me enrollé una toalla a la cintura y bajé a por el café.

No podía ir a Atlanta esa noche. Si lo intentaba, no llegaría antes de las tres y media de la madrugada. Una mala hora para buscarse la vida en una gran ciudad. No tenía ningún documento de identidad ni podía justificar mi situación. Una visita nocturna podía buscarme un problema. Tendría que dejarlo para mañana a primera hora. No me quedaba otra.

Me dije que lo mejor sería dormir. Apagué la radio de la cocina. Fui a la habitación donde Hubble tenía sus cosas. Apagué la televisión. Miré en derredor. Una habitación cómoda y a media luz. Con grandes sillones de cuero y paneles de madera en la pared. Junto a la televisión había un equipo de sonido. Japonés. Con hileras de discos compactos y cintas de casete. Muchas cosas de los Beatles. Hubble me había hablado de su admiración por John Lennon. Que le había llevado a visitar el edificio Dakota en Nueva York y a viajar a Liverpool, en Inglaterra. Tenía prácticamente todos sus discos. Todos los álbumes, unos cuantos discos piratas, una colección de discos en una vistosa caja de madera.

Había una librería sobre el escritorio. Montones de publicaciones profesionales y una hilera de gruesos volúmenes. Las publicaciones ocupaban más de medio metro en un estante. En principio parecían ser unas lecturas aburridísimas. Varios ejemplares de algo que se llamaba *Revista de Banca*. Un par de números de una gruesa revista titulada *Gestión Bancaria*. Ejemplares de *Banca*, *La Banca Hoy*, *La Banca Mensual*, *Revista de Negocios*, *Semanario de Negocios*, *Boletín de Gestión Bancaria*. Algunos números de *The Economist* y del *Financial Post*. Todos dispuestos en orden alfabético y atendiendo a la fecha de publicación. Ejemplares sueltos, correspondientes a distintas épocas de los últimos años. No había colecciones enteras. Al final de las publicaciones había unos cuantos boletines del Departamento del Tesoro y un par de ejemplares de algo llamado el *Mundo de la Banca*. La colección resultaba curiosa. Parecía haber sido seleccionada. Quizá Hubble leía esas cosas cuando no podía dormir.

Yo no iba a tener problemas para dormir. Pensaba acostarme en la cama más próxima, pero tuve una idea. Volví a situarme frente a la librería y reseguí con el dedo la hilera de revistas y publicaciones especializadas. Me fijé en las fechas impresas en los lomos, bajo aquellos títulos tan pomposos. Algunas eran recientes. La secuencia seguía hasta la última edición de un par de aquellas revistas. Más de doce habían sido publicadas ese mismo año. Y más de la tercera parte habían aparecido después de que Hubble hubiera dejado de trabajar en el banco. Después de haber sido despedido. Eran revistas para profesionales del sector bancario, pero Hubble por entonces ya no lo era. Sin embargo había seguido comprando esas gruesas publicaciones especializadas. Y leyendo todos aquellos artículos tan farragosos. ¿Por qué?

Cogí un par de las revistas. Miré las portadas, impresas en papel satinado. Las cogí por la parte superior e inferior del lomo, y se abrieron por las páginas que Hubble había consultado. Miré aquellas páginas. Saqué varias publicaciones más. Hice que se abrieran por las páginas consultadas. Me senté en el sillón de Hubble. Envuelto en una de sus toallas, me puse a leer. Leí todo cuanto había en el estante. De izquierda a derecha, de principio a fin. Miré todas las revistas. Tardé como una hora.

A continuación me puse con los libros. Reseguí con el dedo la hilera polvorienta. Di un respingo al ver dos nombres que conocía. Kelstein y Bartholomew. Un viejo volumen, de gran tamaño y encuadernado en cuero rojo. El informe presentado a la subcomisión del Senado. Lo saqué y empecé a hojearlo. Una obra sensacional. Kelstein lo había descrito como la biblia para los encargados de combatir la falsificación de billetes. Y lo era. Se trataba de una obra exhaustiva a más no poder. En la que se hablaba de forma pormenorizada de todas las técnicas conocidas de falsificación. Abundaban los ejemplos y las muestras procedentes de todos los casos descubiertos. Llevé el pesado volumen a mi regazo. Y estuve leyéndolo durante una hora larga.

Inicialmente me concentré en la cuestión de papel. Kelstein me había dicho que el papel era la clave. En el volumen, él y Bartholomew habían incluido un extenso

apéndice sobre el asunto. En el que se ampliaba lo que me había dicho personalmente. Lo de las fibras de algodón y lino, el colorante químico, la introducción de los polímeros rojos y azules. La producción del papel se efectuaba en Dalton, Massachusetts, por parte de una empresa llamada Crane and Company. El nombre me sonaba. Si no recordaba mal, alguna vez había comprado unas tarjetas de Navidad de esa firma. Me acordaba de los tarjetones grandes y pesados, y de los sobres blancos en papel fibroso. Me habían gustado. La compañía había estado fabricando papel moneda para el Tesoro desde 1879. Durante más de un siglo habían estado efectuando el transporte hasta Washington en coches blindados y fuertemente vigilados. Nunca les habían robado una hoja de papel. Ni una sola.

Dejé de leer el apéndice y volví a concentrarme en el texto principal. Consulté varias de las revistas que Hubble tenía sobre el escritorio. Volví a sumirme en aquellos prolijos artículos e informes. Cotejando aquí y allá. Comprobando esto y aquello. Una y otra vez volvía al grueso informe para el Senado encuadrado en rojo. Leí tres párrafos varias veces. El primero de ellos hacía referencia a una antigua operación de falsificación de billetes en Bogotá. El segundo hablaba de un operativo muy anterior en Líbano. Los falangistas cristianos se habían aliado con ciertos grabadores armenios durante una guerra civil. El tercero enumeraba algunos factores químicos fundamentales. Había muchas fórmulas complicadas, pero también incluía unas cuantas palabras que me sonaban. Leí los tres párrafos una vez tras otra. Fui a la cocina. Cogí el listado de Joe en blanco. Lo estuve mirando largo rato. Volví a la habitación a media luz y estuve leyendo y pensando hasta bien entrada la noche.

No me sirvió para dormir. Más bien tuvo el efecto contrario. Me mantuvo despierto. Alerta a más no poder. Una vez que hube terminado, sabía perfectamente cómo estaban consiguiendo el papel que necesitaban. Y de dónde lo sacaban. Sabía lo que había en aquellas cajas de aparatos de aire acondicionado. No me hacía falta ir a Atlanta a comprobarlo. Lo sabía. Sabía lo que Kliner estaba guardando en los almacenes. Sabía lo que aquellos camiones traían todos los días. Sabía el significado del encabezamiento escrito por Joe. «De uno salen muchos». Sabía por qué había cambiado el orden de las palabras. Lo sabía todo, cuando aún quedaban veinticuatro horas. Lo sabía todo, de pe a pa. De arriba abajo. Aquella operación era realmente endiablada. El viejo profesor Kelstein me había dicho que era imposible conseguir el papel. Pero Kliner había demostrado lo contrario. Kliner había encontrado un método para conseguirlo. De forma muy sencilla.

Me levanté de un salto, dejé el escritorio y bajé corriendo al sótano. Abrí la puerta de la secadora y saqué mi ropa. Me vestí a toda prisa, me puse los pantalones saltando sobre una pierna en el suelo de hormigón. Dejé la toalla allí donde cayó. Volví corriendo a la cocina. Metí todas mis cosas en la chaqueta. Iba a necesitarlas. Salí corriendo de la casa, dejando entreabierta la puerta astillada. Fui por la gravilla

hasta el Bentley. Arranqué y salí por el camino. Recorrí Beckman Drive a toda velocidad y torcí por Main Street. Aceleré a través de la ciudad dormida y dejé atrás la cafetería de Eno. Torcí otra vez a la izquierda y enfilé la carretera a Warburton, yendo a toda la velocidad que me permitía aquel coche viejo e imponente.

Las luces delanteras del Bentley no eran muy potentes. Un diseño de hacía veinte años. Faltaban algunas horas para el amanecer, y las últimas nubes tormentosas estaban pasando por delante de la luna. La carretera no era muy recta. El peralte estaba desgastado, y la superficie tenía sus baches. El asfalto se encontraba cubierto de la resbaladiza agua de la tormenta. El viejo automóvil iba de un lado a otro. Aminoré. Mejor era llegar diez minutos más tarde que ir a parar a uno de los campos vecinos. No era mi intención unirme a Joe. No quería convertirme en otro Reacher al corriente de todo el percal pero muerto sin remedio.

Pasé junto a la pequeña arboleda. Parecía más oscura esta vez recortada contra el negro cielo. A varios kilómetros de distancia brillaban las luces del perímetro exterior de la cárcel. Las dejé atrás. Su resplandor me estuvo acompañando por el retrovisor durante varios kilómetros más. Y de pronto crucé por el puente en Franklin y me encontré fuera de Georgia, en Alabama. Pasé como una exhalación junto al bar de carretera en que Roscoe y yo estuvimos unas noches atrás. The Pond. Estaba cerrado y a oscuras. Un kilómetro y medio más y llegué al motel. Me bajé del coche sin apagar el motor, entré en la recepción y desperecé al encargado.

—¿Tienen un huésped llamado Finlay?

El encargado se frotó los ojos y consultó el libro de registro.

—Número once.

El motel estaba en silencio y a oscuras. Encontré la habitación de Finlay. La número once. Su Chevy del cuerpo de policía estaba aparcado fuera. Aporreé la puerta. Tenía que despertarlo como fuese. Oí un gruñido de irritación. No alcancé a entender sus palabras. Me puse a aporrear la puerta otra vez.

—¡Ábrame de una vez, Finlay!

—¿Quién es...?

—Yo, Reacher. Abra la maldita puerta de una vez.

Se produjo una pausa. La puerta se abrió. Finlay estaba en el umbral. Llevaba una sudadera y unos calzoncillos color gris. Me quedé un tanto sorprendido. Me lo había imaginado durmiendo con el traje de *tweed*. Y hasta con el chaleco de algodón aterciopelado.

—¿Qué demonios quiere?

—Tengo que enseñarle algo.

Bostezó. Pestañeó.

—¿Qué cojones de hora es?

—No sé —dije—. Las cinco o las seis de la mañana. Vístase. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A Atlanta. Hay algo que tengo que enseñarle.

—¿El qué? Dígamelo de una vez, hombre.

—Vístase pero ya, Finlay —lo apremié—. Tenemos que irnos.

Soltó un gruñido, pero terminó por vestirse. Le llevó lo suyo. Un cuarto de hora o así. Desapareció por la puerta del cuarto de baño. Entró con el aspecto de un fulano normal al que acaban de despertar, pero salió hecho todo un Finlay. Con su traje de *tweed* y todo.

—Muy bien —dijo—. Espero que todo esto vaya en serio, Reacher.

Cerró la puerta de la habitación, y fuimos hacia el coche.

—¿Conduce usted? —preguntó.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Es que le molesta?

Parecía estar de un humor muy irritable. Fijó la mirada en el Bentley reluciente.

—No me gusta que me lleven en coche —dijo—. ¿Me deja ponerme al volante?

—Como quiera, hombre. A mí me importa un pimiento. Pero entre en el coche de una vez, ¿de acuerdo?

Se sentó en el asiento del conductor. Le pasé las llaves. A mí ya me iba bien. Estaba muy cansado. Puso el Bentley en marcha y salió de allí. Se dirigió al este. Conducía rápido. A mayor velocidad que yo mismo. Finlay era un conductor de primera.

—Y bien, ¿qué pasa? —inquirió finalmente.

Lo miré. Las luces del salpicadero iluminaban sus ojos.

—He terminado por entenderlo —dije—. Ya sé de que va todo esto.

Me miró un instante.

—Y bien, ¿va a contármelo? —preguntó.

—¿Ha llamado a Princeton? —pregunté a mi vez.

Gruñó y soltó un palmetazo al volante.

—Estuve hablando con ellos una hora entera —me explicó—. El tipo con el que hablé sabía muchas cosas, pero al final no sabía nada en concreto.

—¿Qué le dijo?

—Me lo contó todo. Un tipo inteligente. Está haciendo el doctorado y trabajaba para Bartholomew. Parece ser que Bartholomew y ese otro hombre, Kelstein, eran los dos principales especialistas en la falsificación de billetes. Joe llevaba tiempo consultándolos.

Asentí.

—Kelstein me contó todo eso.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta?

—Porque quiero saber a qué conclusiones ha llegado usted por su cuenta —dije—. Quiero saber hasta dónde ha llegado.

—A ninguna parte —respondió—. Estuvieron elucubrando un año entero y al final decidieron que Kliner no tenía forma de obtener esas cantidades ingentes de

papel.

—Kelstein me dijo exactamente lo mismo. Pero al final he conseguido entender cómo lo hacen.

Me miró un instante otra vez. Con sorpresa. El destello de las luces de la prisión de Warburton apareció en el horizonte.

—Pues cuéntemelo de una vez —me espetó Finlay.

—Termine de despertar y dedúzcalo por su cuenta, para eso estudió en Harvard, amigo.

Volvió a soltar un gruñido. Seguía irritable. Nos adentramos en el charco de luz que salía del perímetro de la cárcel. Pasamos junto al acceso a la prisión. Y dejamos atrás la intensa luz amarillenta.

—Deme una pista, por lo menos —pidió Finlay.

—Voy a darle dos. La primera es el encabezamiento en el listado de Joe. *E Unum Pluribus*. La segunda: piense en la característica única que tiene el dinero estadounidense.

Movió la cabeza. Lo pensó. Tamborileó con sus largos dedos sobre el volante.

—*E Unum Pluribus* —repitió—. Es el lema de Estados Unidos, pero al revés. Lo que viene a significar: «De uno salen muchos», ¿no?

—Eso mismo. ¿Y cuál es el rasgo distintivo del dinero estadounidense en comparación con el de cualquier otro país del mundo?

Lo pensó. Era un rasgo tan familiar que uno ni se fijaba en él. Seguimos avanzando a toda velocidad. El bosquecillo pasó por nuestra izquierda como una exhalación. En lo alto, la primera claridad del día despuntaba en el este.

—¿De qué se trata? —preguntó finalmente.

—Yo he vivido por todo el mundo. En seis continentes, si contamos una breve estancia en una estación meteorológica de la fuerza aérea en la Antártida. En decenas de países distintos. Y he llevado en el bolsillo billetes de banco de muchos tipos. Yenes, marcos, libras, liras, pesos, wons, francos, shekels, rupias. Ahora llevo dólares. ¿Y cuál es la diferencia?

Finlay se encogió de hombros.

—¿Cuál?

—Los dólares son todos del mismo tamaño. Da igual que los billetes sean de cincuenta, de cien, de diez, de veinte, de cinco o de uno. Todos tienen el mismo formato. Que yo sepa, eso no pasa en ningún otro país. En cualquier otro lugar, los billetes de mayor denominación son de tamaño superior. Se da una progresión, por así decirlo. En cualquier otro país, el billete de uno es más pequeño que el de cinco, y este que el de diez, etcétera. Los billetes de mayor denominación en ocasiones son unos papelotes enormes, poco menos que sábanas. Pero los dólares estadounidenses son todos del mismo tamaño. El billete de cien dólares mide lo mismo que el de un dólar.

—¿Y?

—¿Y de dónde cree que están obteniendo el papel? —pregunté a mi vez.

Me quedé a la espera de oír su respuesta. Miró por la ventanilla. Apartando la mirada de mí. No terminaba de entenderlo, y eso lo mosqueaba.

—Lo están comprando —afirmé—. A un dólar por billete.

Suspiré y me miró como si yo fuera tonto.

—No están comprando el papel de ninguna forma —dijo—. El colaborador de Bartholomew me lo dijo claramente. Ese papel lo fabrican en Dalton, y la vigilancia es tan estrecha como el culo de un ratón. No han perdido una sola hoja de papel en ciento veinte años. Nadie está vendiendo ese papel de extranjs, Reacher.

—Se equivoca, Finlay —dije—. El papel está a la venta en el mercado libre.

Soltó un nuevo gruñido. Seguimos avanzando. Llegamos al cruce con la carretera del condado. Finlay aminoró y giró a la izquierda. Se dirigió al norte, en dirección a la autopista. La pálida luz del amanecer ahora estaba a nuestra derecha. Cada vez era más intensa.

—Están peinando el país entero para hacerse con billetes de un dólar —le aclaré—. Fue la misión que asignaron a Hubble hace un año y medio. En el banco había estado trabajando como responsable del departamento de dinero en efectivo. Por lo que sabía dónde encontrar dinero en efectivo. Y se las arregló para conseguir billetes de un dólar en bancos, centros comerciales, cadenas de comercios, supermercados, hipódromos, casinos, por todas partes. El trabajo era de aúpa. Porque necesitaban muchísimos billetes. Están empleando talones bancarios, giros telegráficos y billetes falsos de cien para comprar billetes buenos de un dólar por todo Estados Unidos. Algo así como una tonelada a la semana.

Finlay clavó la mirada en mí. Asintió con la cabeza. Estaba empezando a comprender.

—¿Una tonelada a la semana? —repitió—. ¿A cuánto asciende eso?

—Una tonelada en billetes de un dólar supone un millón de dólares —respondí—. Necesitan cuarenta toneladas al año. Cuarenta millones de dólares en billetes de un dólar.

—Continúe.

—Los camiones los transportaban hasta Margrave. Desde los lugares indicados por Hubble.

Finlay volvió a asentir. Estaba terminando de captar la idea.

—Y el dinero luego salía en las cajas de cartón de los aparatos de aire acondicionado —adivinó.

—Correcto —dije—. Hasta hace un año. Hasta que el cuerpo de guardacostas se metió por medio. Metían los billetes en cajas nuevas de cartón, probablemente encargadas a una fábrica situada a dos mil kilómetros de aquí. Metían el dinero en las cajas, las sellaban con cinta, se las llevaban del almacén. Pero antes de llevárselos contaban bien los billetes.

Asintió con la cabeza otra vez.

—Para llevar bien las cuentas —convino—. Pero ¿cómo cojones se puede contar una tonelada de billetes de dólar a la semana?

—Pesaban el dinero. Cada vez que llenaban una caja, la ponían en una balanza y la pesaban. En el caso de los billetes de un dólar, la onza sale por treinta dólares. Una libra supone cuatrocientos ochenta billetes. He estado leyendo sobre todo esto por la noche. Lo pesaban todo bien, calculaban el valor preciso y a continuación anotaban la cantidad en un lado de la caja de cartón.

—¿Cómo lo sabe?

—Los supuestos números de serie —le aclaré—. Los números en realidad indicaban el dinero que había en cada caja.

Finlay esbozó una sonrisa.

—Entendido. A continuación transportaban las cajas hasta Jacksonville Beach, ¿no es así?

—Justamente. Para embarcarlas con destino a Venezuela.

Callamos. Estábamos llegando a los almacenes situados junto a la vieja carretera del condado. Parecían haberse convertido en el centro de nuestro universo. Las planchas metálicas reflejaban la débil luz del amanecer. Finlay redujo la velocidad. Miramos los almacenes con detenimiento. Volvimos la cabeza al pasar por su lado. Subimos por la rampa hasta la autopista. En dirección a Atlanta. Finlay dio gas a fondo, y el viejo e imponente automóvil fue cogiendo velocidad.

—¿Y qué hay en Venezuela? —apunté.

Se encogió de hombros.

—Supongo que un montón de cosas.

—La fábrica de productos químicos de Kliner —respondí—. Hizo que la trasladaran a ese país después de los problemas con la EPA.

—¿Y?

—¿Y qué es lo que produce esa fábrica? —pregunté—. ¿Para que sirve esa fábrica?

—Algo relacionado con el algodón —contestó.

—Justamente —dije—. Fabrican un producto que lleva hidróxido de sodio, hipoclorito de sodio, cloro y agua. ¿Cuál es el resultado de la mezcla de todos esos elementos?

Volvió a encogerse de hombros. Él era policía, no químico.

—Lejía —dije—. Una lejía de tipo muy fuerte, especialmente si se aplica a la fibra de algodón.

—¿Y? —repitió.

—¿Qué le dijo ese colaborador de Bartholomew en lo referente al papel moneda?

Finlay abrió mucho la boca.

—Por Dios... —dijo finalmente—. El papel moneda está compuesto de algodón en su mayor parte. Con un añadido de lino. Están blanqueando los billetes de un dólar, literalmente. Por Dios, Reacher, ¡están blanqueándolos para borrar la tinta! Con

lo que tienen cuarenta millones de hojas de papel moneda legítimo con las que hacer su santa voluntad.

Sonreí. Me tendió la palma de la mano. Le di una buen palmetazo, y nos pusimos a aullar en el interior del coche lanzado por la autopista.

—Lo ha descubierto, mi querido amigo de Harvard —dije—. Así es como lo hacen. La cosa está clara. Han dado con una solución química perfecta y están reimprimiendo los billetes en blanco como billetes de cien dólares. Es lo que Joe quería decir con eso de *E Unum Pluribus*. De uno salen muchos. De un dólar salen cien dólares.

—Por Dios —repitió Finlay—. Están blanqueando los billetes. Esto es otra cosa, Reacher. ¿Y sabe lo que significa? Que ese almacén ahora está lleno a rebosar de billetes, que en él guardan cuarenta toneladas de billetes de un dólar auténticos. Estamos hablando de cuarenta millones de dólares. De cuarenta toneladas apiladas en montones, a la espera de que los guardacostas pongan fin a su operativo de vigilancia e interceptación. Los hemos pillado con los pantalones bajados, ¿no le parece?

Me reí, feliz.

—Eso mismo —afirmé—. Están con los pantalones por los tobillos y con el culo al aire. Por eso estaban tan nerviosos. Por eso les entró el pánico.

Finlay meneó la cabeza. Sonrió al parabrisas.

—¿Cómo demonios ha llegado a deducir todo eso? —preguntó.

No le respondí al momento. Seguimos avanzando. La autopista estaba llevándonos a las afueras del sur de Atlanta. Muchas obras en construcción. Edificios y centros comerciales que hablaban de la nueva pujanza del Sur del país. Las grúas montaban guardia por todas partes, dispuestas a extender aquellos distritos urbanos por los campos de más allá.

—Lo mejor es que vayamos paso a paso —expliqué—. En primer lugar voy a dejárselo todo muy claro. Voy a enseñarle una caja para un aparato de aire acondicionado llena de billetes de un dólar auténticos.

—¿Dónde?

Lo miré.

—En el garaje de Stollers.

—¿Y ahora qué me dice, Reacher? Ese garaje ha ardido. Y dentro no había nada, ¿verdad? Incluso si hubiera algo dentro, por ese garaje han estado pasando un montón de bomberos y agentes de la policía de Atlanta.

—Que yo sepa, ese garaje no ha ardido.

—¿Cómo que no? El télex que nos enviaron lo dejaba clarísimo.

—Usted ha visto el listado que hizo mi hermano, ¿no es así? ¿El listado impreso?

—Sí, claro.

—En el listado hay una referencia al garaje de Stollers. Pero Stoller era propietario de dos viviendas. La casa en la que vivía con Judy, y la pequeña casita que con el tiempo cedió a sus padres. En esa segunda casa también hay un garaje.

Finlay guardó silencio un momento.

—¿Le parece que Stoller tenía guardada una caja en la casa de sus padres?

—Es lo lógico —dije—. Las cajas que vimos en su propio garaje estaban vacías. Pero Sherman no sabía que iba a morir el jueves pasado. Por lo que es razonable asumir que tenía más ahorros guardados en otro lugar. Él pensaba que iba a poder vivir muchos años sin trabajar.

Seguíamos bordeando Atlanta. Estábamos a punto de llegar al gran cruce de autopistas.

—Siga hacia el aeropuerto y no se detenga —le indiqué.

Continuamos bordeando la ciudad sobre una alta autopista de hormigón. Dejamos atrás el aeropuerto. Encontré el camino a aquel barrio modesto. Eran casi las siete y media de la mañana. El barrio tenía un aspecto agradable a la suave luz de la mañana. El sol bajo le aportaba cierto brillo que le era ajeno. Di con la calle y con la casa que andábamos buscando, modesta tras la valla de alambre.

Nos bajamos del coche y conduje a Finlay a través de la entrada en la valla. Fuimos andando por el camino y llegamos a la puerta de la casa. Le hice una seña a Finlay con la cabeza. Sacó la placa y llamó con los nudillos. Oímos unos crujidos en el suelo del recibidor, y unos pestillos y cadenas descorriéndose. La puerta se abrió. La madre de Sherman Stoller nos miró. Daba la impresión de encontrarse bien despierta. No parecía levantada. Nos miró sin decir palabra.

—Buenos días, señora Stoller —la saludé—. ¿Se acuerda de mí?

—¿Es que es usted agente de policía?

Finlay le mostró la placa. La mujer asintió con la cabeza.

—Será mejor que entren —dijo.

La seguimos por el pasillo hasta llegar a la pequeña cocina.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Quisiéramos echar una mirada en el garaje, señora —respondió Finlay—. Tenemos razones para pensar que su hijo pudo haber guardado unos artículos robados ahí.

De pie en la cocina, la mujer guardó silencio un momento. Se volvió y cogió una llave que colgaba de un clavo en la pared. Nos la entregó sin decir palabra. Enfiló el angosto pasillo y se marchó a otra habitación. Finlay me miró, se encogió de hombros. Salimos por la puerta y rodeamos la casa hasta llegar al garaje.

Se trataba de una edificación muy pequeña y precaria, apenas lo bastante grande para albergar un solo automóvil. Finlay metió la llave en la cerradura y abrió la puerta sin dificultad. En el garaje no había nada más que dos altas cajas de cartón. Pegadas las dos a la pared del fondo. Idénticas a las cajas vacías que había visto en la nueva casa de Sherman Stoller. Island Air-Conditioning. Pero esas cajas seguían estando selladas con cinta adhesiva. En sus lomos estaban escritos largos números. Los miré con atención. Según aquellos números, en el interior de cada caja había cien mil dólares.

Finlay y yo miramos las cajas con detenimiento. Me acerqué y aparté una de ellas de la pared. Saqué la navaja automática de Morrison y la abrí. Inserté la punta bajo la gruesa cinta adhesiva y la rajé. Abrí las solapas y empujé la caja.

Se volcó sobre el suelo de hormigón. Una avalancha de billetes de banco salió volando por la abertura. Un montón de billetes. Miles y miles de billetes de un dólar. Un verdadero torrente de billetes, algunos nuevos, otros arrugados, algunos en gruesos fajos, algunos sueltos y meciéndose en el aire. La caja de cartón terminó de verter su contenido, y la marea de dinero llegó a los lustrados zapatos de Finlay. Se acuclilló y hundió las manos en aquel mar de billetes. Agarró dos puñados al azar y los llevó ante sus ojos. El minúsculo garaje estaba en penumbra. Solo tenía un sucio ventanuco por el que apenas se colaba la pálida luz de la mañana. En cuclillas, Finlay contempló los dos puñados de billetes. Miramos el dinero, y nos miramos el uno al otro.

—¿Cuánto había ahí dentro? —pregunté.

Di una patada a la caja para ver el número escrito a mano. Unos últimos billetes surgieron por la abertura y fueron volando hasta el suelo.

—Casi cien mil —contesté.

—¿Y en la otra caja?

Examiné el largo número anotado a mano.

—Algo más de cien mil —dije—. Supongo que los fajos estarán más apretados.

Meneó la cabeza. Dejó caer los dos puñados de billetes y volvió a hundir las manos en el montón. Se levantó y empezó a patearlo. Como un niño que estuviera pateando las hojas muertas del otoño. Hice otro tanto. Entre risas, estuvimos pateando todo aquel dinero por todo el garaje. Los billetes volaban por todas partes. Aullando de alegría, nos dimos palmadas en la espalda. Entrechocamos las manos y bailamos sobre aquellos cien mil dólares diseminados por el suelo del garaje.

Finlay dio marcha atrás con el Bentley hasta emplazarlo delante de la puerta del garaje. A patadas, hice un montón con los billetes y empecé a meterlos en la caja de cartón. No cabían todos. Muchos de los fajos se habían soltado de sus gomas. Con lo que ahora había muchísimos más billetes sueltos. Enderecé la caja y traté de aplastar el dinero en el interior. Pero no había manera. Debí de dejar unos treinta mil pavos en el suelo del garaje.

—Mejor nos llevamos la caja que todavía está sellada —sugirió Finlay—. Ya volveremos a por los demás.

—Ese dinero es como una gota en el océano. Podríamos dejárselo a los dos ancianos. Como si fuera un fondo de pensiones. O la herencia que les dejó su hijo.

Lo pensó. Se encogió de hombros. El suelo del garaje estaba sembrado de billetes. Había tanto dinero que no parecía tener importancia.

—De acuerdo —convino.

Arrastramos la caja sellada al luminoso exterior. La metimos en el maletero del Bentley. Nos costó lo suyo. Era muy pesada. Cien mil dólares pesan casi cien kilos. Jadeantes, descansamos un momento. Luego cerramos la puerta del garaje, dejando los otros cien mil en el interior.

—Voy a llamar a Picard —dijo Finlay.

Volvió al interior de la casa del anciano matrimonio para que le dejaran usar el teléfono. Me senté en el caliente capó del Bentley, disfrutando del sol de la mañana. Finlay volvió al cabo de un par de minutos.

—Tenemos que ir a verle a su oficina —me informó—. Para decidir la estrategia que vamos a seguir.

Condujo el coche por aquel laberinto de pequeñas calles deterioradas en dirección al centro urbano. Hacía girar el gran volante de baquelita orientándose por la situación de los altos rascacielos.

—Muy bien —dijo de repente—. Me ha demostrado que estaba en lo cierto. Pero cuénteme cómo lo dedujo.

Me giré en el gran asiento de cuero y lo miré.

—Quería echarle otra mirada al listado de Joe. Por si veía algo más respecto del garaje de Stollers. Pero el papel con el listado se había empapado de agua con cloro. De manera que todo lo impreso por Joe se había borrado.

Me miró un instante.

—¿Y eso le dio la idea?

Negué con un gesto.

—En realidad se me ocurrió tras leer el informe para el Senado. Dos párrafos en particular. El primero hablaba de unos antiguos falsificadores de Bogotá. El segundo mencionaba a otros del Líbano, de hacía tiempo también. Tanto los colombianos como los libaneses habían hecho lo mismo: blanquear por completo billetes auténticos de un dólar para reimprimirlos como billetes de cien.

Finlay se pasó un semáforo en rojo. Me miró de nuevo.

—Entonces, ¿Kliner no ha sido el primero en tener la idea?

—No, la idea no es suya. La diferencia está en que esos otros trabajaban a muy pequeña escala, de forma casi artesanal. Kliner se apropió de su técnica y la aplicó de forma industrial. Por así decirlo, es el Henry Ford de los billetes falsos. Henry Ford no fue quien inventó el automóvil, ¿verdad? Pero sí que inventó la producción en serie.

Se detuvo ante el siguiente semáforo. Por el cruce venían varios coches.

—Entonces, ¿el informe para el Senado mencionaba eso del blanqueo de billetes? Si es el caso, ¿cómo se explica que ni Bartholomew ni Kelstein cayeran en la cuenta? Ellos fueron los que escribieron ese maldito informe, ¿no?

—Creo que Bartholomew terminó por caer en la cuenta —dije—. Creo que al final comprendió lo que estaba pasando. Es lo que vino a decir en ese último correo electrónico suyo. Acababa de acordarse. Por lo demás, el informe es muy extenso.

Estamos hablando de miles de páginas, escritas hace mucho tiempo. Lo del blanqueo físico de billetes no era más que una minúscula nota a pie de página en una obra descomunal. Y se refería a unas operaciones a muy pequeña escala. Incomparable con lo que Kliner está haciendo. Hay que disculpar a Bartholomew y a Kelstein. No son más que dos viejos. Sin mucha imaginación.

Finlay se encogió de hombros. Aparcó junto a una boca de riego en una zona reservada.

Picard nos recibió en el deprimente vestíbulo del edificio de las oficinas del FBI y nos llevó a una pequeña sala de reuniones situada a un lado. Le explicamos cuanto sabíamos. Los ojos le relucían. Estaba ante un caso de los grandes.

—Muy buen trabajo, amigos míos —dijo—. Pero ¿con quiénes tenemos que vérnoslas ahora? Me parece claro que esos dos pequeños hispanos sencillamente fueron contratados para la ocasión. Son mano de obra contratada para la ocasión. Está claro. Pero aquí nos encontramos con que aún no hemos identificado a cinco de los diez miembros de la red. No sabemos quiénes son. Lo que puede complicarnos mucho las cosas. Sabemos que están metidos Morrison, Teale, Baker y los dos Kliner. Pero ¿quiénes son los otros cinco? Podrían ser cualesquiera, ¿no?

—Solo queda uno por identificar —afirmé—. Anoche me cargué a cuatro de los cinco que quedaban. Tan solo tenemos que identificar al último de esos tipos.

Picard y Finlay me miraron con sorpresa.

—¿Quiénes son esos cuatro a los que se refiere? —preguntó Picard.

—Los dos vigilantes del almacén —respondí—. Y otros dos policías de Margrave. Los que formaban parte del grupo de apoyo que me detuvo el viernes pasado.

—¿Otros dos policías? —dijo Finlay—. Mierda.

Picard cabeceó y llevó sus manazas a la superficie del escritorio.

—Muy bien —dijo—. Ustedes dos vuélvanse a Margrave ahora mismo. Hagan lo posible por no meterse en problemas, pero si no hay más remedio efectúen las detenciones necesarias. Pero ándense con cuidado con ese décimo sujeto. Puede ser cualquiera. Yo iré a verles a Margrave dentro de un rato. Primero voy a recoger a Roscoe. Nos vemos allí en veinte minutos.

Nos levantamos. Nos estrechamos las manos. Picard se marchó a su despacho en alguno de los pisos superiores, y Finlay y yo salimos y fuimos andando hacia el Bentley.

—¿Qué pasó? —preguntó Finlay.

—Baker —dije—. Se tropezó conmigo anoche. Le conté un cuento chino y le dije que me dirigía a casa de Hubble a recoger unos papeles. Fui allí y me escondí, para ver qué pasaba. Al poco rato se presentó Kliner hijo, con cuatro más. Con el propósito de clavarme a una pared.

—Por Dios. ¿Y qué pasó entonces?

—Que los maté a todos.

Volvió a mirarme de reojo, por mucho que estuviéramos yendo a ciento treinta por hora.

—¿Que los mató? —repitió—. ¿Me está diciendo que mató a Kliner hijo?

Se lo confirmé con un gesto. Guardó silencio un momento. Redujo a ciento veinte.

—¿Cómo se las arregló?

—Emboscándolos. A tres me los cargué de un golpe en la cabeza. Al cuarto le corté el cuello. Al hijo de Kliner lo ahogué en la piscina. Por eso se me mojó el listado de Joe. Y se borró toda la tinta.

—Por Dios —repitió—. Ha matado a cinco hombres, Reacher. ¿Se da cuenta? ¿Cómo se siente?

Me encogí de hombros. Pensé en mi hermano Joe. Me acordé de cuando tenía dieciocho años, era tan alto como desgarrado y estaba a punto de ingresar en West Point. Me acordé de Molly Beth Gordon, con la gruesa maleta de cuero color granate en la mano, sonriéndome al otro lado del cristal. Miré a Finlay y le contesté con una pregunta:

—¿Cómo se siente cuando pone veneno contra las cucarachas en los rincones de su casa?

Sacudió la cabeza como lo haría un perro empapado en agua fría.

—Así que solo quedan cuatro.

Finlay apretó varias veces el volante. Miró por el parabrisas y soltó un largo suspiro.

—¿Tiene idea de quién puede ser el décimo hombre? —preguntó.

—Tampoco importa demasiado —respondí—. Ahora mismo debe de estar en el almacén, con los otros tres que siguen vivos. Porque ahora les falta personal, ¿no cree? Van a tener que montar guardia toda la noche. Para cargar la mercancía mañana. Los cuatro.

Conecté la radio del Bentley. Un gran aparato cromado, fabricado en Inglaterra unos veinte años atrás, pero que funcionaba. Di con una emisora que parecía estar bien. Me puse a escuchar la música, haciendo lo posible por no quedarme dormido.

—Todo esto es increíble —dijo Finlay—. ¿Cómo demonios se explica que en un lugar como Margrave haya empezado a producirse una cosa así?

—¿Que cómo se explica? Voy a decírselo. Todo esto empezó con Eisenhower. La culpa la tiene Eisenhower.

—¿Eisenhower? ¿Y él que tiene que ver con este asunto?

—Fue durante su mandato cuando se construyeron las grandes autopistas interestatales —expliqué—. Él fue quien acabó con las poblaciones como Margrave. Antes, la única carretera que había era la vieja carretera del condado. Todo el mundo tenía que cruzar por Margrave. Y el pueblo esos días estaba lleno de hoteles y bares, donde la gente se dejaba el dinero. Pero después construyeron las autopistas, los viajes en avión bajaron de precio, y el pueblo murió. Y se convirtió en un simple punto en el mapa, porque la autopista pasaba a veinte kilómetros.

—Entonces, ¿cree que la culpa la tuvo la autopista?

—La culpa la tuvo el alcalde Teale —lo corregí—. El municipio vendió los

terrenos donde iban a construir esos almacenes con la idea de ganar un poco de dinero. El viejo Teale fue quien negoció el acuerdo. Pero no tuvo el valor de decir que no cuando el nuevo dinero resultó tener un origen delictivo. Kliner tenía previsto usar los almacenes para el negocio sucio que estaba proyectando, y el viejo Teale no tuvo reparo en meterse en la cama con él.

—Teale es un político —recordó Finlay—. Los políticos nunca dicen que no al dinero. Y aquí estamos hablando de muchísimo dinero. Teale renovó el pueblo entero con ese dinero.

—Lo que hizo fue ahogarlo en dinero. Y Margrave hoy es una charca infecta. Un lodazal en el que están todos metidos hasta el cuello, desde el alcalde hasta el último mono que cuida de los cerezos en el parque.

Volvimos a quedarnos en silencio. Rebusqué en el dial y di con Albert King, quien me dijo que, de no ser por la mala suerte, él no sabría lo que es la suerte.

—Pero ¿por qué Margrave? —insistió Finlay.

El viejo Albert continuaba explicando que sus únicos amigos habían sido la mala suerte y los problemas.

—Por una cuestión geográfica y de oportunidad —respondí—. Porque está en el lugar preciso. Porque aquí se cruzan varias autopistas y porque el trayecto hasta los puertos de Florida discurre en línea recta. Es un lugar tranquilo, y los tipos que controlan el pueblo son unos mierdas codiciosos que están más que dispuestos a hacer lo que les ordenen.

Finlay guardó silencio. Pensando en todos aquellos montones de billetes que eran transportados al sur y al este. Como si una tormenta los hubiera sacado de las cloacas. Una inundación de billetes. Unos billetes cuyo flujo trataba de controlar desesperadamente un pequeño grupito en Margrave. El menor percance, y decenas de miles de dólares de pronto quedarían retenidos. Como pasaba en las cloacas. El suficiente dinero para inundar una pequeña localidad. Finlay tamborileó con los dedos sobre el volante. El resto del trayecto lo hizo callado.

Aparcamos frente a las puertas de la comisaría. El Bentley se reflejaba en los cristales de las puertas. Un antiguo Bentley negro, que de por sí ya valía cien mil dólares. Con otros cien mil machacantes metidos en el maletero. El coche más valioso de todo el estado de Georgia. Abrí el maletero. Dejé la chaqueta sobre la caja de cartón. Fuimos hacia la puerta.

En la comisaría solo se encontraba el sargento del mostrador, que nos saludó con una inclinación de la cabeza. Cruzamos la gran sala de trabajo, que estaba tranquila, en dirección al gran despacho. Entramos y cerramos la puerta. Finlay parecía sentirse intranquilo.

—Quiero saber quién es ese décimo hombre —dijo—. Puede ser cualquiera. Puede ser el sargento de la entrada. Como hemos visto, en esta red ya estaban

metidos cuatro policías.

—No es él —respondí—. Ese hombre no hace nada en absoluto, como no sea aparcar su gordo culo en el taburete. Sí que podría tratarse de Stevenson. Stevenson estaba relacionado con Hubble.

—No —dijo Finlay—. Tras asumir el cargo, Teale insistió en que dejara las labores de patrulla y viniera a trabajar aquí. Porque quería tenerlo bajo control. De forma que no es Stevenson. Podría ser cualquier otro. Podría ser Eno, el de la cafetería. Ese Eno tiene muy malas pulgas.

Lo miré.

—Usted también puede tener malas pulgas, Finlay —recordé—. Pero las malas pulgas no convierten a una persona en un criminal.

Se encogió de hombros. Prefirió ignorar mis palabras.

—Y bien, ¿ahora qué hacemos? —preguntó.

—Esperar a que lleguen Roscoe y Picard —dije—. Y luego ya veremos.

Me senté en el borde del gran escritorio y crucé las piernas. Finlay empezó a pasearse por la enorme y cara alfombra. Tras unos veinte minutos de espera, la puerta se abrió. Era Picard. Su corpachón parecía ocupar todo el umbral. Vi que Finlay se lo quedaba mirando con asombro. Seguí la mirada de Finlay.

Había dos cosas inesperadas. La primera, Picard se había presentado sin Roscoe. Segundo, su manaza empuñaba un revólver reglamentario del 38. Y apuntaba a la cabeza de Finlay.

—¿Tú...? —dijo Finlay con incredulidad.

Picard le sonrió con frialdad.

—El mismo —dijo—. Y ha sido todo un placer, créeme. Me habéis sido de mucha ayuda los dos. Muy amables. Me habéis estado informando en todo momento del curso de la investigación. Pusisteis a la familia Hubble en mis manos, al igual que a la agente Roscoe. No podría haberos pedido más.

Finlay parecía estar clavado en el suelo. Y temblando.

—¿Tú...? —repitió.

—Tendrías que haberte dado cuenta el viernes, capullo —le espetó Picard—. Envié a ese hispano canijo al hotel de Joe dos horas antes de avisarte a ti. Me decepcionaste. No creía que fuese a tener que esperar tanto para contarte todo esto.

Nos miró y sonrió. Finlay desvió la vista. Me miró. No supe qué decirle. Era incapaz de pensar. Fijé los ojos en la mole de Picard en la puerta y me dije que ese iba a ser el último día de mi vida.

—Usted póngase ahí —me ordenó Picard—. Al lado de Finlay.

Dio dos enormes zancadas y me apuntó directamente. De forma mecánica reparé en que el suyo era un nuevo modelo de revólver del 38 con el cañón corto. Me dije que sería preciso en una distancia tan corta. Pero que no se podía esperar que un arma del calibre 38 fuera a derribar a un hombre. Y éramos dos contra uno. Y Finlay llevaba su propia pistola en la sobaquera, escondida bajo la americana de *tweed*. Pero al momento dejé de hacer cálculos, pues el alcalde Teale entró por la puerta. Llevaba el pesado bastón en la mano izquierda. Pero en la derecha tenía una escopeta de las empleadas por la policía. Una Ithaca Mag-10. No importaba demasiado adónde estuviera apuntando.

—Póngase ahí —repitió Picard.

—¿Dónde está Roscoe? —pregunté.

Se echó a reír. Sin decir palabra, siguió riendo e hizo un gesto con el cañón del revólver instándome a situarme junto a Finlay. Me levanté y fui hacia donde me indicaba. Me sentía como si estuviera lleno de plomo. Apreté los labios y me moví con la sombría determinación de un impedido que tratase de caminar.

Me puse junto a Finlay. Teale nos estaba cubriendo con la enorme escopeta. Picard llevó la mano con rapidez al interior de la americana de Finlay. Le quitó el revólver de la sobaquera. Y se lo metió en el bolsillo de su propia americana. La prenda se le abrió por el peso del arma. Parecía una tienda de campaña. Se movió a un lado y me cacheó. Yo estaba desarmado. Había dejado mi chaqueta en el maletero del Bentley. Picard dio un paso atrás y se situó junto a Teale. Finlay estaba mirándolo como si el corazón fuese a estallarle en cualquier momento.

—¿Cómo puedes hacerme algo así? —preguntó—. Tú y yo somos amigos de siempre.

Picard se limitó a encogerse de hombros.

—Te dije que no te metieras en todo esto —respondió—. Te lo dije en marzo pasado. Hice lo posible para que no vinieras a este pueblo. Te avisé. ¿O no? Pero no me escuchaste, capullo, y es que mira que llegas a ser cabezón. Así que esto es lo que hay, amigo mío.

Mientras escuchaba los rugidos de Picard, lo sentía más por Finlay que por mí mismo. Pero en ese momento Kliner entró por la puerta. En su rostro duro como el pedernal se dibujaba una ancha sonrisa. Sus afilados dientes de lobo brillaban. Fijó los ojos en mí. Llevaba otra escopeta Ithaca Mag-10 en la izquierda. Y en la derecha empuñaba la pistola con la que había matado a Joe. Y con la que ahora me estaba apuntando a mí.

Una pistola Ruger Mark II. Una automática del calibre 22, pequeña pero igualmente mortífera. Provista de un grueso silenciador. El arma idónea para el ejecutor que gusta de acercarse mucho a su víctima. Nueve días antes, el extremo de aquel silenciador había descansado sobre la sien de mi hermano. De eso no tenía dudas. Podía sentirlo.

Picard y Teale fueron al otro lado del escritorio. Teale tomó asiento en el sillón. Picard estaba de pie como un gigante a su lado. Kliner hizo un gesto indicándonos a Finlay y a mí que nos sentáramos. Nos sentamos frente al gran escritorio de madera de palisandro. Miramos a Teale a la cara. Kliner cerró la puerta del despacho y apoyó la espalda contra la madera. En la mano tenía la escopeta, a la altura de la cadera, apuntándome a la cabeza. La pistola del 22 con silenciador apuntaba al suelo.

Miré a los tres, uno tras otro. El viejo Teale estaba contemplándome con un odio furibundo pintado en su rostro rugoso. Se lo veía trastornado, presa de la tensión. Desesperado, incluso. Como si estuviera a punto de derrumbarse. Parecía ser veinte años más viejo que el hombre mayor pero bien conservado a quien había visto el lunes. Picard tenía mucho mejor aspecto. Hacía gala de la seguridad en sí mismo propia de un deportista de éxito. Como una estrella del fútbol o un campeón olímpico que estuviera visitando su antiguo colegio. Pero en sus ojos había cierta ansiedad. Y estaba haciendo repiquetear un pulgar contra el muslo. Él también estaba en tensión.

Ladeé la mirada y fijé los ojos en Kliner. Lo miré fijamente. Pero en su rostro no había nada. Un rostro delgado, duro y curtido. Que no se movía un ápice. Estaba petrificado. Su rostro y su cuerpo no delataban nada en absoluto. Parecía una estatua tallada en madera de teca. Pero en sus ojos había una especie de brillo cruel. Me miraron con desprecio desde su rostro vacío y duro.

Teale abrió un cajón del escritorio. Sacó la grabadora que Finlay había utilizado conmigo el viernes. Se la entregó a Picard. Este dejó el revólver en el escritorio y desenredó los tiesos cables. Enchufó el aparato. No se molestó en comprobar el micrófono. Porque no iban a grabar nada. Iban a hacernos escuchar una grabación.

Teale pulsó la tecla del interfono del escritorio. Oí que el timbre sonaba al otro lado de la puerta.

—¿Baker? —dijo Teale—. Venga aquí, por favor.

Kliner se apartó de la puerta, y Baker entró. Vestido de uniforme. Con el revólver del 38 en la funda. Me miró. No sonrió en absoluto. Llevaba dos casetes en la mano. Teale los cogió.

—Escuchen con atención esta cinta. Van a encontrarla muy interesante.

Insertó el casete y pulsó la tecla de reproducción. El motor empezó a zumbiar, y del altavoz salió un pequeño silbido. De pronto me llegó la voz de Roscoe, con un fuerte eco al fondo. Presa del pánico. Su sonido llenó el despacho.

—¿Reacher? —dijo Roscoe—. Este es un mensaje que tengo que enviarte, ¿entendido? El mensaje es que va a ser mejor que hagas lo que te dicen, o voy a tener un problema. El mensaje es que, si tienes duda sobre qué tipo de problema, lo mejor va a ser que vuelvas al depósito de cadáveres y eches otra mirada al informe de la autopsia de la señora Morrison. Este tipo de problema. Así que ayúdame, ¿de acuerdo? Fin del mensaje, Reacher.

Su voz dejó de sonar; volvió a escucharse el eco y el sibilante ruido de fondo. Oí un ligero gemido, como si la hubieran apartado del micrófono por la fuerza. Teale apagó el aparato. Lo miré fijamente. Me sentía frío como el hielo. Ya no era un ser humano.

Picard y Baker estaban contemplándome con visible satisfacción. Con la satisfacción de quienes tienen la baza ganadora. Teale sacó la cinta del aparato y la dejó a un lado en el escritorio. Levantó la otra cinta para que la viéramos bien y la insertó en la máquina. Volvió a pulsar la tecla de reproducción.

—Otra más. Escuche con atención.

Volvió a oírse el mismo ruido de fondo sibilante. Seguida por la voz de Charlie Hubble, también con un eco de fondo. Hablando en tono histérico. Como el lunes por la mañana en el camino de gravilla de su casa.

—¿Hub? —dijo la voz de Charlie—. Soy Charlie. Estoy con los niños. No estoy en casa, ¿entiendes? Y tengo que darte un mensaje. Si no vuelves, van a hacerles algo a los niños. Me dicen que ya sabes lo que es ese algo. Es lo mismo que nos iban a hacer a ti y a mí, pero dicen que esta vez se lo harán a los niños. Así que tienes que volver cuanto antes, ¿entendido?

La voz pronunció esta última palabra con una creciente nota de pánico y terminó enmudecida por aquel ruido sibilante. Teale apagó el aparato. Sacó el casete y lo dejó con cuidado en el borde del escritorio. Justamente delante de mí. Kliner se situó en mi campo visual y dijo:

—Va a llevarse esto con usted. Va a llevárselo, va a ir a ver a Hubble dondequiera que sea que lo tiene escondido y va a hacer que escuche esta cinta.

Finlay y yo nos miramos. Con el mismo asombro. Miré a Kliner fijamente y dije:

—Hubble a estas alturas está muerto. Y ustedes son quienes lo han matado.

Kliner titubeó.

—No me venga con esas mierdas —dijo—. Está claro que íbamos a matarle, pero usted lo quitó de en medio. E hizo que se escondiera en algún lugar. Charlie nos lo ha dicho.

—¿Que Charlie se lo ha dicho? —repetí.

—Le preguntamos dónde estaba Hubble. Y nos dijo que usted sabría dónde encontrarle. Insistió en ello. En ese momento habíamos puesto una navaja entre las piernas de su hijita. Nos dijo que usted había estado ayudando y aconsejando a su marido. Que sin duda sabría encontrarlo. Espero que esa mujer no estuviera mintiéndonos. Lo espero por el bien de todos.

—A Hubble lo han matado ustedes —les espeté—. Y no sé nada más sobre este asunto.

Kliner suspiró.

—No me venga con esa mierda. Usted ha escondido a Hubble en algún lugar, y necesitamos que vuelva con nosotros. Lo necesitamos con urgencia. Es una simple cuestión de negocios. Y tenemos varias opciones. La primera, sacarle la verdad a golpes. Ya lo hemos hablado entre nosotros. Pero podemos encontrarnos con un problema táctico. Es posible que quiera jugar al despiste y nos mande a la dirección equivocada. Lo que nos vendría muy mal, pues el tiempo apremia. Seguramente ha estado sopesando esa idea, ¿verdad?

Esperó a oír que decía. No dije nada.

—Así que vamos a hacer otra cosa. Picard va a ir con usted a recoger a Hubble. Cuando lleguen al lugar donde se encuentra, Picard me llamará. A mi teléfono móvil, tiene el número. Y entonces los tres volverán aquí, ¿comprendido?

No respondí.

—¿Dónde está Hubble? —preguntó Kliner de pronto.

Iba a responder algo, pero levantó la mano para hacerme callar.

—Como he dicho, no me venga con estupideces. A ver, salta a la vista que está devanándose los sesos para encontrar una solución. Sin duda está pensando en alguna forma de reducir a Picard. Pero no va a conseguirlo.

Me encogí de hombros. No dije palabra.

—Va a encontrarse con dos problemas —agregó Kliner—. El primero es que dudo mucho de que pueda reducir a Picard. Hasta la fecha nadie lo ha conseguido. El segundo es que Picard no tiene anotado mi teléfono móvil. Se lo sabe de memoria.

Me encogí de hombros otra vez. Kliner era un fulano de los listos. De la peor calaña.

—Un par de cosas más —añadió—. No sabemos exactamente a qué distancia se encuentra Hubble. Y usted no piensa decirnos la verdad. Así que esto es lo que vamos a hacer: vamos a darle un límite de tiempo.

Dejó de hablar y se acercó a Finlay. Levantó la pistola del 22 y llevó el extremo del silenciador al oído de Finlay. Lo insertó y empujó con fuerza, de tal forma que

Finlay a punto estuvo de caerse de la silla.

—Al inspector lo vamos a encerrar en una de las celdas —explicó—. Esposado a los barrotes. Si Picard no me ha llamado antes del amanecer, voy a apuntar con la escopeta a la celda del inspector y voy a hacerle pedazos. Y luego voy a hacer que la guapa agente Roscoe se encargue de limpiar con una esponja las vísceras pegadas a las paredes. Entonces voy a darle otra hora. Si Picard no me ha llamado antes del amanecer, voy a empezar con la simpática agente Roscoe. Que morirá presa de unos dolores atroces, Reacher. Pero antes vamos a tratarla como la zorra que es. Vamos a divertirnos con ella, y mucho. Es posible que ella no lo pase tan bien. Porque vamos a hacerle toda clase de guarradas. De las peores. El alcade Teale y yo hemos estado hablándolo durante una hora seguida y tenemos muy claro qué le vamos a hacer.

Kliner casi tiró a Finlay de la silla al presionar la pistola automática contra su oído. Finlay no dijo palabra. Kliner me sonrió, mostrando muchos dientes. Le devolví la sonrisa, con tranquilidad. Kliner era hombre muerto. Estaba tan muerto como si se hubiera tirado de un rascacielos. Todavía no se había estrellado contra la acera. Pero ya había dado el salto al vacío.

—¿Ha quedado claro? —dijo—. Digamos que tiene que llamarme antes de las seis de mañana si quiere salvarle la vida al señor Finlay. Y antes de las siete para salvar a la señorita Roscoe. Y no intente pasarse de listo con Picard. Nadie más tiene mi número de teléfono.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Ha quedado claro? —repitió.

—Ha quedado clarísimo —dije—. Hubble se ha dado el piro, y usted no sabe cómo encontrarlo. Es lo que me está diciendo, ¿no?

En el despacho se hizo el silencio.

—No tiene ni idea de cómo encontrarlo, ¿verdad? —Le solté—. Es usted un inútil, Kliner. Un mierda y un inútil. Se cree muy listo, pero no es capaz de encontrar a Hubble. No sería capaz de encontrar su propio culo ni aunque le dieran un espejo pegado a un palo de fregona.

Oí que Finlay contenía el aliento. Pensaba que yo estaba jugando con su vida. Pero el viejo Kliner lo dejó en paz. Volvió a situarse en mi campo visual. Había palidecido. El hombre olía a estrés. Estaba empezando a hacerme a la idea de que Hubble seguía con vida. Llevaba una semana muerto, y ahora de pronto estaba otra vez con vida. Estaba vivo, escondido en alguna parte. Había pasado la semana escondido, mientras trataban de dar con él. No lo habían pillado en casa el lunes por la mañana. Se había ido por su propio pie. Lo habían llamado conminándole a quedarse en casa, pero había olido algo raro y había salido por piernas para salvar la vida. Y no conseguían encontrarle. Paul Hubble me había concedido el pequeñísimo margen de ventaja que yo necesitaba.

—¿Qué tiene Hubble para que necesiten encontrarle como sea? —pregunté.

Kliner se encogió de hombros.

—Hubble es el único cabo suelto —dijo—. He arreglado todo lo demás personalmente. Y no voy a quedarme sin negocio porque un capullo y un imbécil como Hubble sea amigo de darle a la lengua. Así que lo necesito en casa. Donde tiene que estar. Y usted va a traérmelo.

Eché la cabeza hacia delante y lo miré a los ojos.

—¿Es que su hijo no puede ir a por él? —pregunté sin levantar la voz.

Nadie dijo palabra. Acerqué mi rostro al suyo un poco más.

—Dígale a su hijo que vaya a buscarlo él mismo.

Kliner guardaba silencio.

—¿Dónde está su hijo, Kliner? —pregunté.

No respondió.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté—. ¿Tiene alguna idea?

Kliner lo sabía, pero no quería saberlo. Me daba cuenta. No terminaba de aceptarlo. Había enviado a su hijo a por mí, y él no había vuelto. De forma que lo sabía, pero no quería reconocerlo. Su rostro pétreo se tornó flácido. Quería saberlo. Pero no podía preguntármelo. Quería odiarme por haber matado a su hijo. Pero tampoco podía hacerlo. Porque sería tanto como reconocer que era verdad.

Seguí mirándole fijamente. Lo que Kliner en ese momento quería era encañonarme con la gran escopeta y convertirme en una rojiza masa informe, pero no podía. Porque me necesitaba para traerle a Hubble. Estaba reconcomiéndose por dentro. Se moría de ganas de dispararme. Pero, para él, cuarenta toneladas de dinero eran más importantes que la vida de su hijo.

Seguí mirando sus ojos muertos. Sin pestañear. Pregunté con voz suave:

—¿Dónde está su hijo, Kliner?

En el despacho se produjo un largo silencio.

—Váyanse de aquí ahora mismo —dijo Kliner—. Reacher, si dentro de un minuto no se ha marchado, me cargo al inspector pero ya.

Me levanté. Miré a los cinco. Hice un gesto a Finlay con la cabeza. Me fui. Picard me siguió y cerró la puerta sin hacer ruido.

Picard y yo salimos por la sala de trabajo. No había un alma. El sargento del mostrador se había ido. Teale seguramente le había dicho que se marchara a casa. La cafetera estaba conectada. Olía a café. Vi el escritorio de Roscoe. Y el papel pegado en la pared. Para anotar los progresos efectuados en la investigación del caso Morrison. Estaba en blanco. No se habían hecho progresos. Abrí una de las pesadas puertas de cristal y salí a la soleada tarde.

Con el corto cañón de su revólver, Picard me indicó que subiera al Bentley y condujera. No discutí. Fui andando hacia el coche. Nunca en la vida me había sentido tan cerca del pánico. El corazón me latía desbocado, y respiraba con dificultad. Me costaba trabajo seguir andando con normalidad. Me dije que más valía que fuera pensando qué cojones iba a hacer.

Entré en el Bentley y conduje hasta la cafetería de Eno. Rebusqué en el bolsillo del asiento y encontré el mapa. Fui andando bajo el sol de la tarde y entré en el establecimiento. Me senté a una mesa. Pedí café y unos huevos.

Estaba gritándome a mí mismo que tenía que atenerme a lo aprendido a lo largo de trece años de experiencia. Cuanto menos tiempo tienes, más fría has de mantener la cabeza. Si solo te queda un disparo, asegúrate de hacer destrozos con él. No puedes permitirte fallar porque lo planeaste mal. O porque sufriste un bajón de glucosa y esa madrugada te sentiste mareado y sin fuerzas. De forma que me obligué a comer los huevos y beber el café. Hice a un lado la taza y el plato vacíos y abrí el mapa. Empecé a buscar a Hubble. Podía encontrarse en cualquier lugar. Pero tenía que encontrarle. Solo disponía de una oportunidad. No podía ir de un sitio a otro en su busca. Tenía que dar con él en el interior de mi cabeza. El proceso tenía que ser deductivo. Tenía que encontrarle mentalmente e ir a por él después. Con la cabeza agachada, miré bien el mapa extendido sobre la mesa. Estuve mirándolo largo rato.

Estuve casi una hora entera mirando el mapa. Finalmente lo doblé con cuidado. Cogí el cuchillo y el tenedor del plato de los huevos y me llevé los cubiertos al bolsillo con disimulo. Miré en derredor. La camarera de las gafas se acercó.

—¿Se va de viaje, amigo? —preguntó.

Levanté la mirada en su dirección. Vi mi rostro reflejado en sus gafas, así como la gran mole de Picard sentado a la mesa a mi espalda. Me dije que su mano en ese momento seguramente estaba empuñando la culata del revólver. Le respondí que sí con la cabeza a la camarera.

—Es la idea, sí. Un viaje de mil demonios. Un viaje para recordar durante toda la vida.

No supo qué responder a mis palabras.

—Bueno, pues cuídese, ¿vale? —dijo finalmente.

Me levanté y dejé en la mesa uno de los billetes de cien que me había entregado Charlie. Quizá era bueno, quizá no. Pero serviría igual. Y me apetecía dejar una buena propina. Eno estaba sacándose mil pavos a la semana por no hacer nada, pero no sabía si pagaba bien a sus camareras. A juzgar por el rostro del fulano, era poco probable.

—Hasta la vista, señor —dijo la camarera.

—Todo es posible.

Picard me empujó a través de la puerta de salida. Eran las cuatro. Fui por la gravilla hacia el Bentley. Picard me siguió con la mano en el bolsillo. Me subí al coche y arranqué. Salí del aparcamiento y enfilé la vieja carretera del condado en dirección al norte. Recorrí los veinte kilómetros en apenas doce minutos.

Picard me había hecho conducir el Bentley. No su propio coche. Tenía que haber una razón. El motivo no era porque el Bentley fuera más espacioso, sino porque el Bentley era un coche muy fácil de reconocer. Lo que significaba que Picard iba a contar con apoyo adicional. Miré por el espejo y vi que un sedán nos seguía unos cien metros. Con dos fulanos en el interior. Me encogí de hombros. Aminoré y eché una mirada a los almacenes situados a la izquierda, en lo alto de la carretera del condado. Subí por la rampa y entré en el trébol. Enfilé la autopista a toda la velocidad posible. El tiempo era fundamental.

La autopista me condujo al suroeste de Atlanta. Me desvié al este por la I-20. Seguí adelante, con los dos fulanos del sedán cien metros por detrás, un kilómetro tras otro.

—Y bien, ¿dónde está Hubble? —preguntó Picard.

Era la primera vez que me dirigía la palabra desde que salimos de la comisaría. Lo miré por el rabillo del ojo y me encogí de hombros.

—Ni idea —dije—. Lo mejor que se me ocurre es ir a hablar con un amigo que tiene en Augusta.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Lennon.

—¿Y vive en Augusta?

—Vive en Augusta —respondí—. Es a donde vamos.

Picard soltó un gruñido. Seguimos avanzando. Los otros dos continuaban detrás.

—¿Y quién es ese tipo de Augusta? —preguntó Picard—. ¿Ese tal Lennon?

—Un amigo de Hubble. Ya se lo he dicho.

—Hubble no tiene ningún amigo en Augusta —sentenció—. ¿Cree que no nos hemos molestado en investigar este tipo de cosas?

Me encogí de hombros. No respondí.

—Mejor será que no me venga con cosas raras, amigo —dijo Picard—. A Kliner no le gustaría. Y la mujer lo pasaría aún peor. Kliner puede ser pero que muy cruel, se

lo digo yo. Lo he visto en acción.

—¿Cuándo?

—Muchas veces. Como el miércoles pasado, en el aeropuerto. Cuando lo de esa mujer, Molly Beth. La mujer se puso a chillar, y eso a Kliner le encanta. O como el domingo pasado, en la casa de Morrison.

—¿Kliner estuvo allí el sábado?

—Lo pasó en grande —dijo Picard—. Él y su maldito hijo. Ha hecho un favor al mundo al cargarse a ese niño asqueroso. Tendría que haberle visto el domingo. A los dos polis les dimos el día libre. No nos parecía muy correcto que tuvieran que hacerle algo así a su propio jefe. Los Kliner y yo nos encargamos de todo. El viejo lo pasó en grande. Kliner puede ser pero que muy cruel, ya se lo he dicho. Más vale que me ayude a hacer esa llamada a tiempo, o su amiguita lo va a pasar muy mal.

Guardé silencio. Yo había visto a Kliner hijo el domingo. Cuando se acercó al supermercado a recoger a su madrastra. Hacia las diez y media de la mañana. No paró de mirarme. Acababa de descuartizar a los Morrison.

—¿El viejo Kliner fue el que disparó a mi hermano? —pregunté a Picard.

—¿El jueves por la noche? Sí, claro. Con esa pistolita suya del 22, con el silenciador.

—¿Y Kliner hijo fue el que luego pateó el cuerpo?

El gigante se encogió de hombros.

—El muchacho estaba como loco —dijo—. A ese niño le faltaba un tornillo.

—Se suponía que Morrison luego tenía que limpiarlo todo, ¿no?

—Se suponía —gruñó Picard—. Se suponía que el muy mamón tenía que meter los cadáveres en el coche antes de prenderle fuego. Pero no encontró el cuerpo de Stoller. Y al final lo dejó correr.

—Kliner se cargó a ocho tipos en Luisiana, ¿no?

Picard se echó a reír.

—Y a algún otro del que no se sabe nada —agregó—. Ese capullo de Spireza se pasó un año buscando indicios de pagos a un asesino a sueldo. Pero ese asesino a sueldo nunca existió. Porque Kliner se encargaba personalmente del asunto. Para él era como un pasatiempo.

—¿Usted por entonces ya conocía a Kliner?

—Conozco a Kliner desde hace mucho. En su momento hice que me asignaran funciones de enlace con Spireza y sus investigadores.

Continuamos avanzando en silencio dos o tres kilómetros. Los dos del sedán seguían a unos cien metros detrás del Bentley. Picard me miró y dijo:

—¿Ese tal Lennon no será otro maldito agente del Tesoro, de los que trabajaba para su hermano?

—Es un amigo de Hubble —me limité a responder.

—Y una mierda. Lo investigamos todo a conciencia, y Hubble no tiene amigos en Augusta. Qué cojones, ese tipo no tiene amigos en ninguna parte. ¡Si hasta pensaba

que Kliner era su amigo, porque le había dado un trabajito!

Rompió a reír de buena gana.

—Como Finlay, quien también se creía amigo de usted, ¿no? —observé.

Se encogió de hombros.

—Traté de disuadirle. Hice lo posible por advertirle. ¿Y ahora qué otra salida tengo? ¿Hacer que me maten para quedar bien con él?

No contesté. Seguimos avanzando en silencio. El discreto sedán continuaba cien metros por detrás.

—Tenemos que repostar —indiqué.

Picard echó el rostro hacia delante y escudriñó el indicador del depósito. La aguja estaba acercándose al rojo.

—Entre en la primera gasolinera que vea.

Vi el letrero de una gasolinera cerca de una población llamada Madison. Entré en ella y fui hacia los surtidores. Escogí el más alejado y me detuve.

—¿Se encarga usted? —pregunté a Picard.

Me miró con sorpresa.

—No —respondió—. ¿Por quién coño me ha tomado? ¿Por un maldito empleado de gasolinera? Ocúpese usted mismo.

Era la respuesta que quería oír. Me bajé del coche. Picard se bajó por el otro lado. El sedán llegó, y los dos fulanos se bajaron a su vez. Los miré. Eran los mismos tipejos con quienes había tenido un encontronazo en Nueva York, cerca de la universidad donde Kelstein trabajaba. El más escuchimizado de los dos llevaba la gabardina color caqui. Los saludé con un amigable gesto de la cabeza. Les quedaba menos de una hora de vida. Fueron hacia Picard y se quedaron a su lado. Descolgué la boquilla del surtidor y la inserté en el depósito del Bentley.

El tanque era de los gordos. De más de setenta litros. Puse un dedo bajo el gatillo de la boquilla, para que la gasolina bombeara con lentitud. Me puse de medio lado y me apoyé en la carrocería mientras el combustible seguía fluyendo poco a poco. Me pregunté si haría bien en empezar a silbar. Picard y los dos hispanos habían perdido todo interés.

Saqué del bolsillo los dos cubiertos que había cogido en la cafetería de Eno y hundí la punta del cuchillo en el neumático situado junto a mi rodilla derecha. Desde donde se encontraba, Picard seguramente pensaría que me estaba frotando la pierna o algo parecido. A continuación saqué el tenedor y doblé uno de sus dientes hacia el exterior. Lo hundí en el neumático y dejé allí el tenedor. Los dientes del tenedor se habían hincado cerca de un centímetro en el neumático. Terminé de llenar el depósito y colgué la boquilla en su gancho.

—¿Esto lo paga usted? —pregunté a Picard.

Me miró y se encogió de hombros. Sacó un fajo de billetes, extrajo uno de ellos y se lo dio al de la gabardina para que fuese a pagar. Volvimos al interior del coche.

—Un momento —ordenó Picard.

Me quedé a la espera hasta que el sedán arrancó a mi espalda e hizo brillar dos veces los faros delanteros. Sin forzar la velocidad, salí a la autopista. Empezamos a dejar atrás un cartel indicador tras otro. Augusta, cien kilómetros. Augusta, ochenta kilómetros. Augusta, sesenta kilómetros. El viejo Bentley continuaba avanzando a velocidad constante. Los otros nos seguían. El sol que se ponía a mi espalda relucía en tonos rojizos en el retrovisor. El horizonte se veía negro. Ya era noche cerrada en el océano Atlántico. Continuamos avanzando.

El neumático trasero reventó unos treinta kilómetros antes de llegar a Augusta. Eran las siete y media, y estaba oscureciendo. Los dos notamos cuando reventó la rueda; el coche dejó de avanzar en línea recta.

—Un pinchazo —dije—. Mierda...

—Métase en el arcén.

Lo hice, no sin dificultad. El sedán llegó un momento después y se detuvo detrás de nosotros. Salimos los cuatro. La suave brisa había dejado paso a un viento frío que llegaba del este. Me estremecí y abrí el maletero. Cogí la chaqueta y me la puse como si necesitara entrar en calor.

—La rueda de recambio está bajo el maletero —dije a Picard—. ¿Me ayuda a sacar esta caja?

Se acercó y contempló la caja de cartón llena de billetes de un dólar.

—Me temo que le pegamos fuego a la casa que no era —rio.

Sacamos la pesada caja y la dejamos en el arcén. Picard a continuación sacó el revólver y me lo mostró. Su enorme americana ondeaba al viento.

—Que los dos enanitos se ocupen de cambiar la rueda —dijo—. Usted quédese donde está, junto a la caja.

Hizo una seña a los hispanos y les dijo que se ocuparan de la rueda. Encontraron el gato y todo lo demás. Levantaron la carrocería con el gato, sacaron la rueda pinchada. Pusieron la de recambio y ajustaron bien los pernos. De pie junto a la caja con el dinero, yo estaba temblando bajo el viento, apretando la chaqueta en torno a mi cuerpo. Con las manos metidas en los bolsillos y apoyando el peso de mi cuerpo sobre un pie y luego sobre el otro. Haciéndome pasar por un tipo sin nada que hacer y que estaba muriéndose de frío.

Esperé a que Picard se acercara a comprobar que los pernos estaban bien sujetos. Se agachó. Había llegado mi momento. Saqué la mano del bolsillo, aferrando la navaja automática de Morrison, abierta, y rajé uno de los lados de la caja de cartón. Rajé la parte superior y un lado. Antes de que Picard pudiera apuntarme bien con el revólver, la caja se abrió de golpe y el viento empujó cien mil billetes de un dólar por toda la autopista, hasta nublarlo todo como una ventisca.

Me tiré por encima del murete de hormigón que señalaba el límite del arcén y rodé por el pequeño terraplén. Saqué la Desert Eagle. Disparé al tipejo de la gabardina cuando se acercó al murete, pero no apunté bien y solo le reventé la pierna. A su espalda, un camión con el parabrisas cubierto de billetes verdes se salió de la

autopista y fue a estrellarse contra el sedán aparcado tras el Bentley. Luchando por esquivar aquella ventisca de dinero, Picard echó a correr hacia el murete como pudo. Me llegó el chirriar de muchos neumáticos. Los coches en la autopista no hacían más que frenar y virar para eludir el camión accidentado. Rodé sobre mí mismo otra vez, apunté terraplén arriba y disparé al segundo de los hispanos. Le di en el pecho, y se desplomó ladera abajo, en mi dirección. El fulano de la gabardina no paraba de chillar. Con una mano en la pierna destrozada, hacía lo posible por empuñar con la otra la pistolita automática que me había mostrado en Nueva York. Hice un tercer disparo y le volé la cabeza. Vi que Picard me estaba apuntando con el revólver. El viento seguía aullando, y los coches estaban empezando a detenerse en la autopista. Vi que los conductores salían y saltaban para coger los billetes verdes que volaban por el aire. Aquello era el caos.

—¡No se atreva a disparar, Picard! —grité—. ¡Si lo hace, ya puede olvidarse de encontrar a Hubble!

Era algo que él ya sabía. También sabía que era hombre muerto si no volvía con Hubble. Kliner no toleraba el fracaso. Allí seguía, apuntándome a la cabeza con el revólver. Pero no se decidía a disparar. Subí por el terraplén y rodeé el coche. Encañonándolo con la Desert Eagle, le obligué a recular en dirección al tráfico.

—¡Tampoco se atreva usted a disparar! —gritó—. Su amiguita solo va a salvarse si hago esa llamada. Hablo muy en serio. Más vale que me crea.

—¡De acuerdo, Picard! —grité—. Le creo. No voy a dispararle. ¿Usted va a dispararme?

Meneó la cabeza por encima del cañón del revólver.

—No voy a dispararle, Reacher.

Estábamos en una situación para la que no parecía haber salida. Con el dedo en el gatillo, seguíamos dando vueltas en torno al Bentley, diciéndonos el uno al otro que no íbamos a disparar.

Picard estaba diciendo la verdad. Pero yo no. Esperé a que se situara delante del camión accidentado, mientras yo estaba junto al Bentley. Y apreté el gatillo. La bala del calibre 44 le dio de lleno y estrelló su corpachón descomunal contra la maltrecha carrocería a su espalda. No me quedé para hacer un segundo disparo. Cerré el maletero de golpe y me subí al coche. Arranqué. Salí del arcén y esquivé a los que seguían corriendo tras los verdes billetes que volaban por los aires. Pisé a fondo el acelerador y puse rumbo al este.

Treinta kilómetros. Los hice en veinte minutos. El subidón de adrenalina me hacía jadear. Me obligué a calmar los latidos de mi corazón y empecé a respirar con normalidad. Y lancé un grito de triunfo. Un verdadero aullido. Me había quitado a Picard de encima.

Era de noche cuando llegué a las inmediaciones de Atlanta. Salí de la autopista tan pronto como los altos edificios empezaron a agruparse. Fui por las calles de la ciudad y me detuve ante el primer motel que vi. Cerré bien el Bentley y fui a la recepción. El encargado me miró desde el otro lado del mostrador.

—¿Tienen una habitación libre?

—Por treinta y seis dólares

—¿Hay teléfono en la habitación?

—Claro. Y aire acondicionado y televisión por cable.

—¿También tiene el listín de las páginas amarillas?

Asintió con la cabeza.

—¿Tienen un plano de Augusta?

Señaló con el pulgar un expositor junto a la máquina de los cigarrillos. Estaba lleno de planos, mapas y folletos. Cogí treinta y seis dólares del fajo que llevaba en el bolsillo del pantalón. Dejé el dinero en el mostrador. Anoté mis datos personales en el registro. Dije llamarme Roscoe Finlay.

—Habitación doce —dijo el tipo, pasándome la llave.

Me detuve a coger un plano y fui corriendo hasta la habitación doce. Entré y cerré la puerta con llave. No miré la habitación en absoluto. Sencillamente busqué el teléfono y las páginas amarillas. Me tumbé en la cama y desplegué el plano. Abrí las páginas amarillas por la sección de los hoteles.

El listado era enorme. En Augusta había centenares de lugares en los que alojarse. Literalmente centenares. Páginas enteras de ellos. Así que miré bien el plano. Me concentré en un cuadrángulo de casi un kilómetro de largo y cuatro manzanas de ancho, a uno y otro lado de la principal avenida a la que se accedía llegando desde el oeste. Era el sector que me interesaba. Puse el mapa junto al listín y fui marcando hoteles.

Dieciocho hoteles. Uno de ellos era el establecimiento en el que me encontraba. De modo que descolgué el teléfono y llamé a recepción. El encargado me respondió.

—¿En este motel está registrado un hombre llamado Paul Lennon? —pregunté.

Una pausa. El hombre estaba comprobándolo.

—¿Lennon? —repitió—. No, señor.

—De acuerdo —dije. Y colgué.

Respiré con fuerza y llamé al primer hotel de mi lista.

—¿En este hotel se aloja un hombre llamado Paul Lennon?

Una pausa.

—No, señor —respondió el recepcionista.

Fui llamando a los demás hoteles. A un hotel tras otro.

—¿En este hotel se aloja un hombre llamado Paul Lennon? —pregunté una y otra vez.

Siempre se producía una pausa mientras el recepcionista lo miraba. A veces oía el ruido de las páginas del libro de registro. Otras veces lo miraban en un ordenador, y entonces les oía teclear.

—No, señor —me fueron diciendo. Uno tras otro.

Seguía tumbado en la cama, con el teléfono sobre el pecho. Estaba llegando al hotel número trece.

—¿En este hotel se aloja un hombre llamado Paul Lennon?

Una pausa. Oí el sonido de unas páginas.

—No, señor —respondió el decimotercer recepcionista.

—Entendido —dije. Colgué.

Descolgué de nuevo y marqué el decimocuarto número. La línea resultó estar ocupada. Colgué y marqué el decimoquinto.

—¿En este hotel se aloja un hombre llamado Paul Lennon?

Una pausa.

—Habitación ciento veinte —informó el decimoquinto recepcionista.

—Gracias —dije. Y colgué.

Tumbado en la cama, cerré los ojos y suspiré. Dejé el teléfono en la mesita de noche y consulté el plano. El decimoquinto hotel estaba a tres manzanas de distancia. Al norte de la avenida. Dejé la llave de la habitación sobre la cama y volví al coche. El motor aún estaba caliente. Hacía menos de media hora de mi llegada.

Tuve que conducir tres manzanas al este antes de poder girar a la izquierda. Y luego tres manzanas al norte antes de poder girar otra vez. En una especie de espiral interminable. Encontré el hotel y aparqué frente a la puerta. Entré en el vestíbulo. Era un hotelucho de mala muerte. Ni limpio ni bien iluminado, parecía una caverna.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo el recepcionista.

—No —contesté.

Seguí la flecha que señalaba la dirección de los pasillos. Di con la habitación ciento veinte. Llamé a la puerta con los nudillos. Oí el sonido de la cadencia. La puerta se abrió de par en par.

—Hola, Reacher.

—Hola, Hubble.

Empezó a formular una pregunta tras otra, pero le hice salir sin contemplaciones y lo metí en el coche. Nos quedaban cuatro horas de autopista, y tiempo habría para responderle. No podía detenerme. Iba con dos horas de ventaja sobre el horario previsto y quería seguir así. Nunca se sabía cuándo iba a necesitar esas dos horas de ventaja.

Hubble tenía bastante buen aspecto. No estaba hundido. Llevaba seis días

escondido, y le había ido bien. Su aire de suficiencia se había esfumado por entero. Se le veía más despierto. Un poco más duro de pelar. Un tipo más a mi estilo. Iba vestido con ropas baratas de gran almacén, con sus calcetines y todo. Llevaba unas viejas gafas con montura de acero. Y la franja de piel blanca que había dejado el Rolex ahora estaba cubierta por un reloj digital de los que cuestan siete dólares. Su aspecto era el de un fontanero o un vendedor de recambios para automóvil.

No tenía maletas. Había estado viajando sin equipaje. Miró un momento la habitación y salió conmigo al pasillo. Como si le costara creer que su vida en la carretera había terminado. Como si estuviera diciéndose que iba a echarla un poco en falta. Cruzamos el lóbrego vestíbulo y salimos a la noche. Se detuvo al ver el coche aparcado frente a la puerta.

—¿Ha venido en el coche de Charlie?

—Su mujer estaba preocupada. Y me pidió que lo buscara.

Asintió con la cabeza. Me miró con cara inexpresiva.

—¿Y esos cristales ahumados?

Sonreí y me encogí de hombros.

—Se lo cuento en otro momento. Es una larga historia.

Arranqué y me fui de allí. Hubble tendría que haberme preguntado cómo estaba su mujer, pero había algo que no terminaba de gustarle. Cuando me abrió la puerta del cuarto de par en par, su alivio me resultó patente, pero no dejé de observar que también albergaba cierta reserva. Se trataba de una cuestión de orgullo. Había huido y se había escondido, y creía haberlo hecho todo bien. Pero no era el caso, pues yo lo había encontrado. Era lo que estaba diciéndose en aquel momento. Se sentía aliviado y, al tiempo, molesto.

—¿Cómo demonios me ha encontrado?

Otra vez me encogí de hombros.

—Fácil. Porque tengo mucha práctica en localizar a fulanos huidos. Me pasé años dando caza a los desertores del ejército.

—Pero ¿cómo se las ha arreglado? —insistió—. Yo podría haber estado en cualquier otro lugar.

—No —zanjé—. Por una razón muy sencilla. Y por eso me ha sido fácil. Porque no llevaba encima tarjetas de crédito, ni el carnet de conducir ni documento de identificación alguno. Lo único que llevaba encima era dinero en efectivo. Por lo que no iba a coger un avión o un coche de alquiler. No le quedaba más remedio que recurrir a un autobús.

Llevaba un rato conduciendo por aquel laberinto de calles, por aquella espiral interminable. Finalmente encontré el acceso a la autopista. Cambié de carril, subí por la rampa y me sumé al tráfico que discurría en dirección a Atlanta.

—Era un comienzo —expliqué—. Luego traté de ponerme en su lugar. Usted estaba aterrado por lo que pudiera pasarle a su familia. Así que me dije que no iba a alejarse mucho de Margrave, aunque fuera para tener la conciencia un poco más

tranquila. Lo que en realidad ha estado haciendo es dar vueltas en torno a Margrave. Fue en taxi a la estación de autobuses de Atlanta, ¿no?

—Sí —reconoció—. El primer autobús en salir era el de Memphis, pero me quedé a esperar el siguiente. Memphis está demasiado lejos. No quería ir tan lejos.

—Por eso me resultó fácil —dije—. Estaba usted dando vueltas en torno a Margrave, por así decirlo. Manteniendo la distancia, pero sin acercarse demasiado. Y en el sentido contrario a las agujas del reloj. Es el sentido que la gente suele escoger, si tiene la oportunidad. Se trata de una verdad universal, Hubble. Todo cuanto tuve que hacer fue contar los días, estudiar el mapa y predecir adónde iba a dirigirse cada día. Me dije que el lunes estuvo en Birmingham, Alabama. Que el martes estuvo en Montgomery. El miércoles en Columbus. El jueves no lo tuve claro. Pensé que quizá estuvo en Macon, pero está demasiado cerca de Margrave.

Asintió con la cabeza.

—El jueves fue una pesadilla —dijo—. Estuve en Macon, en un lugar infecto donde no pegué ojo en toda la noche.

—Y el viernes por la mañana se presentó aquí, en Augusta —dije—. También aposté a que se quedaría en Augusta un par de días. Me dije que, después de Macon, seguramente estaría cansado. Eso sí, esta noche a punto he estado de ir a Greenville, en Carolina del Norte. Pero al final acerté.

Hubble guardó silencio. Había creído ser invisible, pero había estado dando vueltas en torno a Margrave como la luz de un faro en el cielo nocturno.

—Pero he estado usando un nombre falso.

—Ha estado usando cinco nombres falsos —dije—. Cinco noches, cinco hoteles, cinco nombres. El quinto nombre es el mismo que el de la primera noche, ¿verdad?

Atónito, asintió con la cabeza.

—¿Cómo demonios lo sabe?

—Porque he dado caza a unos cuantos tipos en el pasado —respondí—. Y porque sabía unas cuantas cosas sobre usted.

—¿Como qué?

—Que es un admirador de los Beatles. Me comentó que había visitado el edificio Dakota en Nueva York y que había estado en Liverpool, en Inglaterra. En su casa tiene la discografía casi completa de los Beatles. Y la primera noche que se encontró ante el mostrador de recepción de un hotel, se registró con el nombre de Paul Lennon, ¿cierto?

—Cierto.

—No John Lennon —precisé—. La gente normalmente prefiere conservar el nombre de pila. No sé bien por qué, pero es lo que suele pasar. Así que era usted Paul Lennon. El martes fue Paul McCartney. El miércoles fue Paul Harrison. Y el jueves fue Paul Starr. El viernes llegó a Augusta y se convirtió en Paul Lennon otra vez, ¿no es así?

—Sí —dijo—. Pero en Augusta hay un millón de hoteles. En la ciudad se

celebran convenciones, hay torneos de golf... ¿Cómo demonios supo dónde buscarme?

—Lo estuve pensando un poco. El viernes llegó a media mañana, procedente del oeste. Los tipos como usted acostumbran a hacer el mismo camino. Así se sienten más seguros. Había estado metido en un autobús durante horas seguidas, quería estirar las piernas y respirar a gusto, por lo que se puso a andar. Recorrió unos centenares de metros, pero entonces le entró el pánico y se metió en el primer hotel que encontró. De forma que el área que me interesaba era más bien pequeña. En ella había dieciocho hoteles. El suyo fue el decimoquinto.

Meneó la cabeza. Presa de sentimientos encontrados. Avanzábamos a toda pastilla por la autopista. El Bentley viejo y grande rozaba el límite de velocidad.

—¿Cómo están las cosas en Margrave? —preguntó.

Era la pregunta del millón. La formuló de forma vacilante, como si esa pregunta le pusiera nervioso. A mí me ponía nervioso responderle. Reduje un poco la velocidad. Porque a saber cómo iba a reaccionar Hubble. No era cuestión de que nos estrellásemos. No teníamos tiempo para accidentes de tráfico.

—Estamos metidos en la mierda hasta el cuello —dije—. Y apenas tenemos siete horas para arreglarlo.

Dejé lo peor para el final. Le dije que Charlie y los niños se habían ido el lunes en compañía de un agente del FBI. Porque corrían peligro. Y luego le dije que dicho agente no era otro que Picard.

En el coche se hizo el silencio. Seguí conduciendo cinco o seis kilómetros sin que ninguno de los dos dijera palabra. Aquello era más que un silencio. Era un vacío absoluto y enervante. Como si la atmósfera del planeta entero se hubiera visto succionada. Era un silencio que zumbaba en el oído.

Hubble empezó a removerse en el gran asiento de cuero a mi lado. Así continuó un rato, hasta que de pronto volvió a quedarse inmóvil. Su mente no terminaba de asumir la enormidad y el horror de lo sucedido. Era un mecanismo de protección como cualquier otro. Me miró y dijo:

—Muy bien. Entonces va a tener que rescatarlos a los tres, ¿no es así?

Volví a pisar el acelerador. En dirección a Atlanta.

—Voy a rescatarlos yo. Pero necesito su ayuda. Por eso lo primero que he hecho es ir en su busca.

Asintió. La angustia había quedado atrás. Hubble había llegado a esa situación en la que uno sencillamente hace lo que tiene que hacer. Yo conocía bien esa situación. Porque vivía en ella de forma permanente.

Treinta kilómetros después de haber salido de Augusta vimos unas luces al frente y unos operarios con chalecos fluorescentes. Se había producido un accidente al otro lado. Un camión se había estrellado contra un sedán estacionado en el arcén. Otros

vehículos estaban aparcados de cualquier manera en el arcén. El asfalto estaba sembrado de papeles viejos. Varias personas se afanaban en recogerlos. Hubble lo contempló todo por la ventanilla.

—Siento mucho lo de su hermano. No tenía idea. Murió por mi culpa, ¿no?

Se encogió en el asiento. Pero me interesaba que siguiera hablando. Era preciso que estuviera bien despierto. Por lo que le hice la pregunta que me reconcomía desde hacía una semana.

—¿Cómo demonios fue a meterse en un negocio como este?

Se encogió de hombros. Exhaló un profundo suspiro. Como si la idea de meterse en algo así resultara imposible. Como si la idea de salirse de algo así resultara imposible.

—Perdí mi trabajo —dijo con sencillez—. Me sentí hundido. Y muy disgustado. Y también asustado, Reacher. Habíamos estado viviendo un sueño, ¿sabe? Un sueño dorado. La nuestra era una vida perfecta, idílica. Estaba ganando una fortuna y gastando una fortuna. Pero entonces empezaron a llegarme rumores. La banca minorista pendía de un hilo. Mi departamento estaba en cuestión. De pronto comprendí que el desastre podía ser inminente. Lo siguiente que pasó fue que cerraron el departamento. Me despidieron. Y dejé de cobrar mi salario.

—¿Y?

—Perdí la cabeza —respondió—. Estaba loco de ira. Me había dejado la piel trabajando para aquellos hijos de puta. Yo era muy bueno en mi trabajo. Les había hecho ganar una fortuna. Y de pronto me habían puesto en la calle. Para ellos no era más que un pegote de mierda en el zapato. Me entró el miedo. Iba a perderlo todo. También estaba cansado. No podía empezar desde cero otra vez. Era demasiado mayor para empezar de cero. No tenía las energías necesarias. Sencillamente, no sabía qué hacer.

—Y entonces apareció Kliner.

Asintió. Había palidecido.

—Se había enterado. Supongo que porque Teale se lo dijo. Teale lo sabe todo sobre todo el mundo. Kliner me llamó un par de días después. Yo ni siquiera se lo había contado a Charlie. Me llamó y me pidió que me reuniera con él en el aeropuerto. Me hizo subir a su avión privado, acababa de volver de Venezuela. Me llevó a almorzar a las Bahamas. Si quiere saber la verdad, me sentí halagado.

—¿Y?

—Empezó a dorarme la píldora —continuó Hubble—. Me dijo que tenía que verlo como una oportunidad de hacer algo de verdad, para dejar de ser el esclavo de un banco del montón. Me propuso trabajar con él; me dijo que podría ganar mucho dinero. Yo no sabía mucho sobre Kliner. Sabía lo de la fortuna familiar y lo de la fundación, claro. Pero hasta entonces nunca había hablado con él. Estaba claro que era muy rico, que era un hombre que había triunfado en la vida. Y que era pero que muy listo. Sentado en el interior de su avión privado, me pidió que trabajara con él.

No para él, sino con él. Me sentí halagado. A la vez estaba angustiado, desesperado. Le dije que sí.

—¿Y entonces?

—Al día siguiente me llamó —siguió Hubble—. Tenía que volar en su avión a Venezuela y reunirme con él en la fábrica Kliner. Fue lo que hice. Solo estuve un día en Venezuela. No llegué a ver nada. Luego me llevó a Jacksonville. Durante una semana entera no hice más que ir al bufete de su abogado. Y después ya era demasiado tarde. No podía salirme del asunto.

—¿Por qué no? —Quise saber.

—Esa semana fue tremenda —dijo—. Una semana parece poco tiempo, ¿verdad? Nada más que una semana. Pero Kliner me apretó las tuercas a conciencia. El primer día no hizo más que halagarme. Y tentarme por todos los medios posibles. Me contrató, con un gran salario, con bonificaciones por resultados, lo que hiciera falta. Fuimos a clubes y a hoteles. Gastaba el dinero como si tuviera un grifo por el que salieran los billetes verdes. El martes empecé a trabajar. Mi labor resultó ser más complicada que la que hacía en el banco. Era una labor muy concreta. Kliner quería conseguir dinero en efectivo, claro, pero solo quería billetes de un dólar. Yo no terminaba de entenderlo. También quería que llevara bien las cuentas. Hasta el último detalle. Eso no me suponía ningún problema. Y Kliner era un jefe que te dejaba hacer y sabía delegar. Que no te sometía a presiones. Los problemas empezaron el miércoles.

—¿Cómo es eso?

—El miércoles le pregunté qué era exactamente lo que estaba haciendo. Y Kliner me lo dijo. Me lo dijo exactamente. Y me dijo que ahora yo también estaba haciendo lo mismo. Que yo también estaba implicado. Que más me valía mantener la boca cerrada. El jueves empecé a sentirme mal. No podía creerlo. Le dije que quería dejar el trabajo. Y entonces me llevó en coche a un lugar desolado y asqueroso. Su hijo estaba esperándonos. En compañía de dos hispanos. En una habitación del fondo había un tipo encadenado a la pared. Kliner me explicó que aquel tipo se había pasado de listo. Y me dijo que prestara mucha atención. Su hijo empezó a soltar unas patadas tremendas al hombre encadenado, hasta convertirlo en un amasijo sanguinolento. Delante de mis propios ojos. Los dos hispanos a continuación sacaron unos cuchillos y poco menos que descuartizaron al pobre tipo. Había sangre por todas partes. Fue horrible. No podía creer lo que estaba viendo. Vomité una y otra vez.

—Continúe.

—Aquello fue de pesadilla. Esa noche no pegué ojo. Pensé que nunca más iba a poder dormir por las noches. El viernes por la mañana volvimos en el avión. Sentados en el avión, me dijo lo que tenía pensado. No se limitarían a hacerme pedazos a mí solo. Le harían lo mismo a Charlie. Me lo contó todo en detalle. ¿Cuál de los dos pezones le cortaría primero? ¿El derecho o el izquierdo? Y después de que estuviéramos los dos muertos, ¿por cuál de los niños empezarían? ¿Por Lucy o por

Ben? De pesadilla. Dijo que me clavarían a una pared. Yo estaba cagándome encima. Aterrizamos, y entonces llamó a Charlie e insistió en que cenáramos juntos los tres. Dijo que para celebrar que estábamos haciendo negocios juntos. Charlie estaba contenta, porque Kliner es un hombre muy poderoso en la zona. Tuve que fingir que todo iba como la seda. Ni siquiera había explicado a Charlie que los del banco me habían despedido. Tuve que fingir que aún seguía trabajando en el banco. Durante toda la noche, el muy hijo de puta estuvo interesándose cortésmente por Charlie y los niños. Sonriéndome todo el tiempo.

Callamos. Rodeamos Atlanta otra vez, para enlazar con la autopista que llevaba al sur. Las luces de la gran ciudad relucían a nuestra derecha. A la izquierda se extendían los campos de cultivo, vacíos y oscuros. Entramos en la autopista, y pisé el acelerador en dirección sur. Con rumbo a un pequeño punto perdido entre aquellos interminables campos de cultivo.

—¿Qué pasó después? —pregunté.

—Empecé a trabajar en el almacén. Donde Kliner quería que trabajara.

—¿Qué hacía?

—Gestionar el suministro. Tenía un pequeño despacho y mi trabajo era el de conseguir los billetes de un dólar. Así como supervisar las operaciones de carga y transporte.

—¿El conductor era Sherman Stoller?

—Sí. A Stoller le habían asignado la ruta de Florida. Cada semana transportaba un millón de dólares en billetes. Sherman a veces tenía un día libre, y entonces uno de los vigilantes lo sustituía. Pero lo normal era que fuese él el transportista. Me ayudaba con las cajas, ayudaba a la hora de cargar. Teníamos que trabajar como locos. No tiene usted ni idea. Aquello era como tratar de vaciar una piscina con una pala.

—Pero Stoller estaba robando, ¿verdad?

Asintió con la cabeza. La luz del salpicadero arrancó un destello a la montura de acero de sus gafas.

—En Venezuela contaban el dinero, como es lógico —explicó—. Al cabo de un mes o así me informaban de los totales recibidos. Que luego yo cotejaba con las cantidades pesadas y anotadas. Más de una vez nos encontramos con que faltaban unos cien mil dólares. Y bajo ningún concepto yo podía cometer un error así. Se trataba de una suma sin importancia, estamos hablando de miles de millones en billetes falsos, así que, ¿qué más daba? Pero se trataba de una caja cada vez. Lo que suponía un importante margen de error. Comprendí que Sherman de vez en cuando se quedaba con una de las cajas.

—¿Y?

—Lo avisé —respondió Hubble—. No pensaba irme de la lengua, pero le dije que se andara con cuidado. Si Kliner se enteraba, lo mataría. Y yo también me vería metido en problemas. Ya estaba bastante de los nervios con aquel trabajo que me

había caído en suerte. La cosa era de locos. Kliner estaba importando muchos de los billetes falsos. Aquello podía con él. Yo me decía que estaba poniendo en peligro el negocio. Teale gastaba los billetes falsos como si fueran confetis, para tener controlado el pueblo.

—¿Qué pasó durante los últimos doce meses? —Quise saber.

Se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Tuvimos que suspender los transportes —dijo—. Los guardacostas nos iban a impedir que siguiéramos llevando los billetes por mar a Venezuela. Kliner decidió ir acumulando excedentes. Se decía que el operativo de los guardacostas no iba a durar mucho tiempo. Tenía claro que no contaban con el presupuesto necesario. Pero la cosa se prolongó más de lo previsto. Este último año fue horroroso. La tensión era tremenda. Y de pronto se anuncia que se va a suspender el operativo de interceptación. Nos pilló desprevenidos. Kliner había pensado que el operativo continuaría en vigor hasta las próximas elecciones en noviembre. Por eso no estamos preparados para reemprender los transportes. Ni por asomo. El dinero está acumulado en montones dentro del almacén. Ni siquiera lo han metido en cajas.

—¿Cuándo contactó con Joe? —pregunté.

—¿Joe? —dijo—. ¿Su hermano se llamaba Joe? A mí me dijo que se llamaba Polo.

Negué con la cabeza.

—Palo —le corregí—. Es el lugar donde nació. Una población en Leyte, en las Filipinas. El hospital ocupaba el edificio de una antigua catedral. Recuerdo que a los siete años me vacunaron contra la malaria en ese hospital.

Hubble guardó silencio un largo instante, como si estuviera rindiendo tributo a Joe.

—Llamé a los del Tesoro hace un año —dijo finalmente—. No sabía a quiénes más llamar. No podía hablar con la policía, porque Morrison era el jefe; no podía hablar con el FBI, pues Picard era uno de nuestros cómplices. De forma que llamé a Washington y conté lo que estaba pasando a ese hombre que se presentó como Polo. Un hombre muy capaz. Me dije que Polo seguramente conseguiría ponerle fin al asunto. Le conté que lo mejor que podía hacer era pillarlos con todo aquel dinero en el almacén. Porque entonces tendría pruebas.

Vi el rótulo de una gasolinera y tomé la repentina decisión de entrar en ella. Hubble se encargó de llenar el depósito. Encontré una botella de plástico en una papelería e hice que también la llenara.

—¿Para qué? —preguntó con extrañeza.

Me encogí de hombros.

—Para casos de emergencia.

No dijo más. Pagamos al encargado, y un minuto después estuvimos otra vez en la autopista. Dirigiéndonos al sur. Estaríamos a cosa de media hora de Margrave. Era casi medianoche.

—¿Qué le llevó a huir de su casa el lunes?

—Kliner me llamó. Me dijo que me quedara en casa, que dos de sus hombres vendrían a buscarme. Pregunté por qué. Me explicó que había un problema en Florida y que tendría que ir a resolverlo.

—¿Pero...?

—Pero no le creí. Cuando oí mencionar lo de los dos hombres, al momento me acordé de lo sucedido en Jacksonville. Me entró el pánico. Llamé a un taxi y me fui volando.

—Hizo bien, Hubble. Salvó la vida.

—¿Sabe una cosa?

Lo miré de reojo.

—Si me hubiera dicho que uno de sus hombres venía a buscarme, no me habría dado cuenta. Si me hubiera dicho: «Quédese en casa, que uno de mis hombres pasará a recogerle», ni me habría fijado. Pero me dijo que vendrían dos.

—Cometió un error —convine.

—Sí —dijo Hubble—. Casi no puedo creerlo. Kliner nunca comete errores.

Moví la cabeza y sonreí en la oscuridad.

—El jueves pasado cometió uno.

El gran reloj cromado en el salpicadero del Bentley marcaba las doce de la noche. Tenía que terminar con todo este asunto de una vez antes de las cinco de la mañana. De forma que me quedaban cinco horas. Si todo iba bien, sería más tiempo del que necesitaba. Si la jodía, daría igual que tuviera cinco horas, cinco días o cinco años. Tan solo iba a tener una oportunidad. Y había que aprovecharla. En el ejército solíamos decir: «Basta con una sola vez, pero hay que hacerlo bien». «Y con rapidez», pensé en referencia a la noche que tenía por delante.

—Hubble, voy a necesitar que me ayude.

Me miró con curiosidad.

—¿Cómo? —preguntó.

Se lo expliqué en detalle durante los siguientes diez minutos. De forma pormenorizada, una y otra vez, hasta que lo aprendió de memoria. Salí de la autopista y fui por la carretera del condado. Dejé atrás los almacenes a toda velocidad y enfilé los veinte kilómetros que faltaban para llegar al pueblo. Aminoré al pasar frente a la comisaría. Estaba en silencio y con las luces apagadas. En el aparcamiento no había un solo coche. El cercano cuartel de bomberos estaba como siempre. El pueblo estaba desierto y en silencio. La única luz que se veía era la de la barbería.

Torcí por Beckman Drive y subí por la pendiente en dirección a la casa de Hubble. Giré al llegar al buzón pintado de blanco y fui por el serpenteante camino de gravilla. Me detuve frente a la puerta.

—Las llaves de mi coche están dentro —dijo Hubble.

—La puerta está abierta —le indiqué.

Fue a mirar. Empujó la puerta astillada con aprensión, como si pudiera haber una trampa. Vi que entraba. Salió un minuto después. Llevaba las llaves en la mano, pero no fue al garaje, sino que vino hacia el coche y preguntó:

—La casa está hecha un desastre. ¿Qué ha pasado?

—Que monté una emboscada en su casa —le expliqué—. Para cuatro tipos que vinieron a por mí en plena noche. Llovía a mares.

Acercó su rostro al mío.

—¿Eran esos tipos...? —preguntó—. Ya sabe. ¿Los que Kliner pensaba enviarme si hablaba?

Asentí.

—Vinieron con todo el equipo.

Las luces del salpicadero iluminaban ligeramente sus facciones. Abrió mucho los ojos, pero no me veía. Estaba viendo lo que había visto en sus peores pesadillas. Asintió lentamente con la cabeza. Llevó la mano a mi brazo y apretó. Sin decir palabra. Dio un paso atrás y se marchó en silencio. Sentado en el coche, me pregunté cómo podía haber detestado a Hubble una semana atrás.

Aproveché el momento para volver a cargar la Desert Eagle. Reemplacé las cuatro balas disparadas en la autopista cerca de Augusta. Y vi que Hubble salía del garaje al volante de su viejo Bentley color verde. El motor estaba frío, de forma que el coche exhalaba una nube de vapor blanco. Levantó el pulgar al pasar por mi lado, y seguí la blanca nubecilla por el camino y por Beckman Drive. Pasamos junto a la iglesia y torcimos por Main Street a velocidad moderada. Formábamos una especie de pequeña procesión imponente. Dos magníficos automóviles antiguos que avanzaban por el pueblo dormido, prestos a entrar en batalla.

Hubble se detuvo cuarenta metros antes de llegar a la comisaría. Aparcó en el lugar preciso que yo le había indicado. Apagó los faros y se quedó a la espera, con el motor en funcionamiento. Pasé a su lado y entré en el aparcamiento de la comisaría. Aparqué en la plaza más alejada del edificio y salí. Dejé las cuatro puertas sin echar el cierre. Saqué del bolsillo la gran pistola automática. La noche era fresca, y el silencio resultaba enervante. Oí el motor del coche en marcha de Hubble a cuarenta metros de distancia. Monté la Desert Eagle, y el ligero ruido metálico resonó en la noche.

Fui corriendo hacia la comisaría y me dejé caer al suelo antes de llegar a la pared. Repté un par de metros, hasta que pude escudriñar a través de una de las puertas de cristal. Miré bien. Escuché con atención. Contuve el aliento. Seguí mirando y escuchando hasta que lo tuve claro.

Me levanté y corrí el seguro del pistolón. Me lo guardé en el bolsillo. Hice mis cálculos. El cuartel de bomberos y la comisaría estaban a unos trescientos metros desde el extremo norte de Main Street. Al otro lado, la cafetería de Eno se encontraba a unos ochocientos metros. Me dije que como muy pronto podrían llegar en unos tres

minutos. Dos minutos para reaccionar y un minuto para venir corriendo desde Main Street. Si reducíamos ese tiempo a la mitad para tener un margen de seguridad, contaba con unos noventa segundos.

Fui a la carretera del condado, me situé en la calzada e hice una señal a Hubble. Vi que su coche arrancaba y se dirigía al acceso al cuartel de bomberos. Se detuvo un momento a un lado de las grandes puertas rojas.

Hubble fue hacia delante e hizo girar el Bentley. Se situó en el ángulo adecuado, hasta alinearse con la entrada al cuartel de bomberos, con el morro apuntando a la carretera. El coche dio una sacudida cuando Hubble puso la marcha atrás. Aceleró de sopetón, y el gran automóvil de pronto vino hacia donde me encontraba.

El coche se estrelló de culo contra la puerta del cuartel de bomberos. El viejo Bentley pesaría unas dos toneladas y arrancó la puerta de su marco sin ningún problema. Se produjo un tremendo estrépito y chirriar de metal, y oí que los faros traseros se hacían trizas y que el parachoques se caía y rebotaba contra el hormigón. Me colé por el hueco entre la puerta y el marco justo cuando Hubble fue hacia delante. El cuartel estaba a oscuras, pero encontré lo que andaba buscando. Estaba ajustado a un lado del camión de los bomberos, de forma horizontal, a la altura de la cabeza. Una cizalla, enorme, de más de un metro de largo. La desenganché de sus sujeciones y fui corriendo a la puerta.

Nada más verme salir, Hubble dio media vuelta. La parte posterior de su Bentley estaba hecha unos zorros. La puerta del maletero se bamboleaba, y las abolladas planchas de metal chirriaban al rozarse entre sí. Pero Hubble hizo lo que tenía que hacer. Terminó de dar media vuelta y se alineó con la entrada a la comisaría. Se detuvo un segundo y pisó gas a fondo. Aceleró contra las grandes puertas acristaladas. De frente.

El viejo Bentley hizo trizas el cristal, que salió despedido por todas partes, y se empotró contra el mostrador de recepción, hasta detenerse en el centro de la sala de trabajo. Entré corriendo en ella. Finlay estaba de pie en la celda situada en el centro. Paralizado por el asombro. Tenía la muñeca derecha esposada a los barrotes que daban a la última celda. Él se encontraba en la parte posterior, casi pegado a la pared. Justo lo que me convenía.

Hice a un lado como pude los restos del mostrador de recepción y dejé campo libre a Hubble. Le indiqué con un gesto que había llegado su turno. Giró y dio marcha atrás en el espacio que le había dejado libre. Aparté a toda prisa los escritorios y sillas de la sala, para que nada le obstaculizara el camino. Me volví y le di la señal.

El morro de su coche estaba tan destrozado como la parte trasera. El capó se bamboleaba en lo alto, y el radiador estaba hecho cisco. Un agua verdosa caía por debajo de la carrocería, y el vapor salía silbando por la parte superior. Los faros estaban hechos puré, y el parachoques golpeaba contra los neumáticos. Pero Hubble estaba cumpliendo. Con el freno puesto, estaba acelerando el motor. Justo lo que le

había dicho que hiciera.

Vi que el coche se estremecía. De repente salió proyectado al frente y se lanzó contra la celda que ocupaba Finlay. Chocó de medio lado contra los barrotes de titanio y, como si fuera un hacha contra una valla de madera, los destrozó. El capó del Bentley salió volando, y el parabrisas estalló. El metal retorcido hacía un ruido de mil demonios. El coche destrozado se detuvo con un sonoro silbido de vapor. El aire se llenó de polvo.

Me metí por el hueco en la celda y ajusté la mordaza de la cizalla a la cadena que unía la muñeca de Finlay al barrote. Hice presión hasta que la cizalla rompió la cadena. Entregué la cizalla a Finlay y le hice salir de la celda por el hueco. Hubble intentaba salir por la ventanilla del Bentley. El impacto había deformado tanto la puerta que ya no se abría. Tiré de él hasta sacarlo del vehículo, cuyas llaves cogí. Salimos corriendo los tres por la sala de trabajo, hasta pisar las esquirlas de cristal de las puertas de la entrada. Llegamos al coche y nos subimos a todo correr. Arranqué, di marcha atrás y salí del aparcamiento. Enfilé la carretera en dirección al pueblo.

Finlay estaba libre. En total, había tardado noventa segundos.

Aminoré al llegar al extremo norte de Main Street y fui a velocidad moderada por la ciudad dormida. Nadie decía palabra. Hubble estaba tumbado en el asiento trasero, ido. Finlay estaba sentado a mi lado. Los tres respirábamos dificultosamente. Nos encontrábamos en ese momento de calma que precede al peligro inminente.

El reloj del salpicadero marcaba la una de la madrugada. Me proponía esperar escondido hasta las cuatro. Era un poco supersticioso con eso de las cuatro de la mañana. La hora que en el ejército solíamos llamar «el momento de la KGB». Se decía que era la hora preferida por los soviéticos para llamar a las puertas de los que iban a ser detenidos. A esa hora sus víctimas se encontraban desprevenidas. Resultaba fácil efectuar las detenciones. Nosotros también las hacíamos a esa hora de vez en cuando. A mí siempre me había funcionado. Por eso ahora quería esperar hasta las cuatro, por última vez.

Fui a izquierda y derecha por los callejones situados tras la última manzana del barrio comercial. Apagué los faros y me detuve en la oscuridad, frente a la parte posterior del edificio de la barbería. Desconecté el motor. Finlay miró en derredor y se encogió de hombros. Una visita a la barbería a la una de la mañana no le resultaba más demencial que el hecho de estrellar un Bentley de cien mil dólares contra un edificio. No más que haberse pasado diez horas encerrado por un lunático en una celda. Después de haber trabajado veinte años en Boston y seis meses en Margrave, Finlay no se sorprendía con mucha facilidad.

Hubble se enderezó en el asiento trasero. El hombre estaba bastante hecho polvo. Acababa de estrellarse con el coche tres veces, de forma deliberada. Cada una de las colisiones lo había dejado conmocionado. Y agotado. No es fácil pisar el acelerador al máximo y estrellarse con un automóvil una, dos y tres veces. Pero lo había hecho. No todo el mundo hubiera podido. Sin embargo, ahora estaba pagándolo. Me bajé del coche y me planté en la acera del callejón. Hice un gesto a Hubble, indicándole que saliera del coche. Vino hacia mí en la oscuridad. Se detuvo, un tanto tembloroso.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Supongo que sí —dijo, encogiéndose de hombros—. Me he hecho daño en la rodilla, y el cuello me duele en cantidad.

—Ande un poco por la acera —le recomendé—. No se quede entumecido.

Hice que caminara un poco por el callejón a oscuras. Diez pasos arriba, diez pasos abajo, un par de veces. Cojeaba un poco de la pierna izquierda. Era posible que la portezuela le hubiera dado en la rodilla derecha al hundirse. Hubble movía la cabeza en círculo, para destensar los músculos agarrotados en el cuello.

—¿Mejor? —pregunté.

Sonrió. Pero la sonrisa se le transformó en mueca por un repentino dolor del

tendón.

—Sobreviviré —dijo.

Finlay salió del coche y se unió a nosotros. Estaba volviendo a ser el de siempre. Se despezó un poco, como si acabara de levantarse de la cama. Me sonrió en la oscuridad.

—Buen trabajo, Reacher. Estaba preguntándome cuándo demonios iba a sacarme de allí. Y bien, ¿qué ha sido de Picard?

Fingí que mi mano era una pistola e hice amago de disparar. Asintió con la cabeza. Era un hombre demasiado reservado para decir más. Tuve un impulso y le estreché la mano. A continuación me volví y golpeé con los nudillos la puerta de atrás de la barbería. Que se abrió al momento. El más viejo de los dos ancianos apareció en el umbral como si hubiera estado esperándonos. Nos abrió la puerta del todo, como hubiera hecho un mayordomo. Invitándonos a entrar. Entramos, y fuimos en fila india por un pasillo que llevaba a un pequeño almacén. Nos detuvimos junto a unos estantes llenos de utensilios y productos de barbería. El hombrecillo contrahecho llegó tras nosotros.

—Necesitamos que nos ayuden —dije.

El viejo se encogió de hombros. Levantó su palma de caoba para indicarnos que esperásemos un momento. Fue a la parte delantera y volvió con su socio. El menos viejo de los dos. Hablaron entre sí un momento, en un murmullo áspero y urgente.

—Arriba —dijo el menos viejo.

Subimos por una angosta escalera. Fuimos a parar a un piso situado sobre el establecimiento. Los dos ancianos nos condujeron a la sala de estar. Corrieron las cortinas y encendieron un par de lámparas de luz tenue. Nos indicaron que tomásemos asiento. La habitación era pequeña y apenas tenía muebles, pero estaba limpia. Se estaba a gusto. Si un día tenía una habitación, me gustaría que fuera como esa. Nos sentamos. El menos viejo se acomodó a nuestro lado; el otro salió y cerró la puerta a su espalda. Allí sentados los cuatro, nos miramos los unos a los otros. El barbero echó el rostro hacia delante y dijo:

—Muchachos, no son los primeros en esconderse en nuestra casa.

Finlay miró en derredor y optó por llevar la voz cantante.

—¿Ah, no? —apuntó.

—No, señor, no son los primeros —respondió el barbero—. Aquí hemos escondido a muchos otros muchachos. Y también muchachas.

—¿Quiénes eran? —preguntó Finlay.

—Muchos otros. De todo tipo —dijo el anciano—. Gente del sindicato que defendía a los jornaleros de las granjas de cacahuets, o a los de los melocotoneros. Chicas del movimiento por los derechos civiles que ayudaban a los negros a inscribirse en el censo electoral. Chicos que no tenían ningunas ganas de que los enviaran a Vietnam. De todo, ya se lo digo.

Finlay asintió con la cabeza.

—Y ahora somos nosotros los que nos hemos escondido con ustedes —observó.

—¿Va a haber problemas en el pueblo? —preguntó el barbero.

—Muchos problemas —corroboró el policía—. Y va a haber muchos cambios.

—Era lo que esperaba. Hace años que lo espero.

—¿En serio?

El barbero asintió con un gesto y se levantó. Se dirigió a un gran armario, abrió la puerta y nos indicó que fuéramos a ver. El armario era enorme, con estantes. Llenos de dinero. Fajos y más fajos sujetos con gomas elásticas. Por todo el armario. Posiblemente habría doscientos mil dólares.

—El dinero de la Fundación Kliner —explicó el viejo—. No hacen más que regalarnos dinero. Lo que me escama, y mucho. Yo tengo setenta y cuatro años. Durante setenta años, la gente no hizo más que meárseme encima. Y ahora no hacen más que regalarnos dinero. Lo que huele a chamusquina, ¿verdad?

Cerró la puerta del armario lleno de billetes.

—Ese dinero ni lo tocamos. No tocamos ni un solo centavo del dinero que no nos hemos ganado. Sencillamente lo guardamos en el armario. ¿Ustedes andan investigando la Fundación Kliner?

—La Fundación Kliner mañana habrá dejado de existir —dije.

El viejo movió la cabeza. Miró la puerta del armario e hizo un gesto de reprobación. Se marchó, cerró la puerta y nos dejó a solas en aquella habitación pequeña pero cómoda.

—No va a ser fácil —dijo Finlay—. Somos tres, y ellos también son tres. Pero tienen cuatro rehenes. Y dos de ellos son niños. Ni siquiera sabemos dónde los tienen secuestrados.

—En el almacén —afirmé—. Seguro. ¿En qué otro sitio iban a tenerlos? No disponen de los hombres suficientes para mantenerlos vigilados en otro lugar. Y ya oyó la cinta. Ese eco que sonaba indica que fue grabada en el almacén.

—¿Qué cinta? —preguntó Hubble.

Finlay lo miró.

—Obligaron a Roscoe a grabar una cinta para Reacher. Con un mensaje. Para demostrar que la tenían en su poder.

—¿Roscoe? —dijo Hubble—. ¿Y Charlie?

Finlay negó con la cabeza.

—En la cinta solo habla Roscoe —respondió—. No aparece Charlie.

Hubble asintió. Mi amigo de Harvard acababa de dejar claro que era muy listo. La imagen de Charlie con un cuchillo en la garganta y obligada a hablar por un micrófono hubiera sumido a Hubble en el pánico más absoluto, hasta convertirlo en completamente inútil para nuestros propósitos.

—Están en el almacén —repetí—. De eso no hay duda.

Hubble conocía bien el almacén, había estado trabajando en su interior durante un año y medio. Hicimos que nos lo describiera en detalle. Encontramos papel y lápiz e hicimos que nos dibujara un plano. Pormenorizado, con todas las puertas, las escaleras, las distancias, los detalles. Terminamos teniendo un plano del que un arquitecto se hubiera sentido bastante orgulloso.

El almacén era el último de los cuatro edificios. Estaba muy próximo al tercero, que cubría las necesidades de los granjeros de la zona. Los separaba de los otros dos una valla que estaba a menos de un metro de sus paredes metálicas. Los otros tres lados estaban rodeados por la valla principal que circundaba el complejo. Esa valla principal estaba muy cercana a la parte posterior del almacén pero bastante alejada de la fachada delantera, a fin de que los camiones tuvieran espacio para maniobrar.

El portón con la persiana metálica ocupaba casi toda la fachada. Junto a la esquina más alejada había una pequeña puerta de servicio que daba a la planta baja. Nada más entrar por esa pequeña puerta, uno se encontraba con el mecanismo de apertura de la persiana del portón. A la izquierda había una escalera de hierro que llevaba a un despacho. Ese despacho estaba en un saliente en lo alto del gran almacén, a unos diez o doce metros del suelo. El despacho contaba con grandes ventanales y una especie de balcón con barandilla que permitía supervisar todo cuanto ocurría en el interior. En la parte posterior del despacho, una puerta daba a una escalera de incendios que discurría por la pared exterior del edificio.

—Entendido —dije—. Está todo muy claro, ¿no?

Finlay se encogió de hombros.

—Me preocupa la posibilidad de que cuenten con refuerzos —dijo—. Que hayan puesto vigilancia en el exterior.

—No cuentan con refuerzos —aseguré—. Me preocupa mucho más la cuestión de las escopetas. Es un espacio muy grande. Y hay dos niños.

Asintió con expresión sombría. Entendía lo que estaba diciendo. Las escopetas disparan un cono de plomo en un ángulo muy abierto. Las escopetas y los niños forman una mala combinación. Callamos. Eran casi las dos de la madrugada. Nos quedaba una hora y media de espera. Íbamos a salir a las tres y media. Para llegar a las cuatro. Mi hora preferida para lanzarme a un asalto.

La espera. Como si fuéramos soldados en una trinchera. O pilotos antes de emprender una incursión. Yo no decía palabra. Finlay dormitaba. Ya había hecho ese tipo de cosas antes. Muchas veces, probablemente. Despatarrado en la silla, su brazo derecho pendía inerte a un lado. La esposa seccionada seguía en su muñeca como un brazalete de plata.

Hubble estaba sentado muy tieso en la silla. Era la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Cada dos por tres estaba moviéndose, quemando energía de forma inútil. Lo entendía. Sus ojos me miraban una y otra vez. Preguntándome.

Respondí encogiéndome de hombros.

Las dos y media, y un puño llamó a la puerta con suavidad. La puerta se entreabrió un par de palmos. El mayor de los dos viejos estaba en el umbral. Me señaló con su índice retorcido y tembloroso.

—Hay alguien que quiere verle, hijo.

Finlay se enderezó en la silla. Hubble pareció asustarse. Hice una seña a ambos para que no se movieran. Me levanté y saqué del bolsillo la gran pistola automática. Liberé el seguro. El anciano agitó las manos.

—No va a necesitar ese cacharro, hijo —dijo—. No va a necesitarlo en absoluto.

Con un gesto impaciente, me instó a salir de una vez. Volví a guardar la pistola en el bolsillo. Miré a mis dos compañeros y salí tras el viejo. Me llevó hasta una cocina diminuta. Una mujer muy mayor estaba sentada en un taburete. Con la piel del mismo color caoba que la del anciano, flaca a más no poder. Su estampa llevaba a pensar en la de un viejo árbol en pleno invierno.

—Mi hermana —nos dijo el barbero—. La han despertado con su charla.

Se acercó a la mujer, se agachó y le dijo al oído:

—Este es el muchacho blanco del que estuve hablándote.

La mujer levantó la mirada y me sonrió. Se diría que el sol acababa de salir. Entreví un retazo de la belleza física que en su momento tuvo que tener, hace muchos años. Me tendió la mano, y se la estreché. El viejo barbero nos dejó a solas en la cocina.

—Pregúntele por aquel hombre —me dijo un momento antes de salir.

El viejo se marchó con paso dificultoso. Yo seguía estrechando la mano de su hermana. Me acuclillé a su lado. No hizo intento alguno de retirar la mano, la dejó en mi manaza.

—No oigo muy bien. Va a tener que hablarme al oído.

Me acerqué a ella. La mujer olía como una vieja flor marchita.

—¿Ahora me oye mejor?

—Sí, hijo —respondió—. Ahora sí que lo oigo bien.

—Estuve preguntándole a su hermano por Blind Blake —expliqué.

—Lo sé, hijo. Me lo contó todo.

—Su hermano me dijo que usted lo conoció personalmente.

—Ya lo creo que sí. Llegué a conocerle muy bien.

—¿Podría hablarme un poco de él?

—¿Qué quiere que le cuente? Hace mucho tiempo que Blake nos dejó.

—¿Cómo era en persona?

Guardó silencio un momento. Sus labios tremolaron sin hacer ruido, y noté unas fuertes pulsaciones en su muñeca huesuda. Movié la cabeza como si tratara de escuchar un sonido muy lejano.

—Era ciego —respondió finalmente—. Y también era muy dulce.

La mujer tenía noventa años. Era casi tan vieja como el siglo. Y ahora estaba

acordándose de cuando tenía veinte o treinta años. No de la niñez o la adolescencia. Se estaba acordando de cuando era una mujer hecha y derecha. Y me estaba diciendo que Blind Blake era un tipo muy dulce.

—Yo era cantante —explicó—. Y él tocaba la guitarra. ¿Ha oído esa vieja expresión: «Toca como los ángeles»? Pues bien, era lo que decían de Blake. Cuando echaba mano a su viejo instrumento, las notas salían tan rápido que a una no le daba tiempo a cantarlas. Pero cada nota era una campanilla de plata, una campanilla perfecta que flotaba en el aire. Nos pasábamos la noche entera cantando y tocando, y luego, por la mañana me iba con él a un prado. Nos sentábamos a la sombra de un árbol viejo y grande, y seguíamos cantando y tocando. Por puro placer. Sencillamente porque nos gustaba.

Tararé un par de compases. Su voz estaría una quinta por debajo de lo que sonara en su juventud. Era tan delgada y frágil que uno esperaba encontrarse con una aguda voz de soprano, pero la anciana tenía una voz de contralto, baja y susurrante. Contagiado por sus recuerdos, me imaginé a los dos en un viejo prado de Georgia. El intenso olor de las flores silvestres, el zumbido perezoso de los insectos de la mañana, los dos con la espalda junto al gran árbol, cantando y tocando por puro placer. Lanzando al viento las canciones irónicas y desafiantes compuestas por Blake, las mismas que a mí me apasionaban.

—¿Qué fue de él? —pregunté—. ¿Lo sabe?

Asintió con un gesto.

—En este mundo tan solo hay dos personas que lo saben. Y yo soy una de ellas.

—¿Va a decírmelo? Podríamos decir que vine a este pueblo para averiguarlo.

Asintió de nuevo. Con tristeza. Con lágrimas en sus ojos viejos y acuosos.

—Han pasado sesenta y dos años —dijo—. Y usted es el primero que me lo ha preguntado.

Contuve el aliento. Sus labios tremolaron y su mano escarbó en mi palma.

—Blake era ciego —dijo—. Pero tenía mucha chispa y era muy orgulloso. Siempre estaba sonriendo con orgullo. Tenía mucho ángel y mucha energía. Andaba rápido y hablaba rápido, nunca paraba quieto, siempre con aquella sonrisa suya en los labios. Pero una tarde salimos de uno de los locales de esta ciudad... Íbamos los dos andando por la acera, riéndonos. No había nadie más en la calle, excepto dos hombres blancos que venían de frente por la acera. Un hombre y un chaval. Les vi y me bajé de la acera, como se suponía que teníamos que hacer. Me hice a un lado y me quedé en la calzada para que pasaran. Pero el pobre Blake era ciego. No les vio llegar. Y se estampó contra el chaval blanco. Un chaval de unos diez o doce años de edad. El chavalito salió despedido y fue a parar a la calzada. Se hizo un corte en la cabeza al darse con una piedra y soltó un grito estremecedor. El padre del chaval estaba de pie en la acera. Yo sabía quién era. Un hombre muy importante del pueblo. Su chaval no hacía más que chillar a pleno pulmón. Pidiéndole a gritos a su padre que le diera lo suyo a aquel negrata. El padre perdió los nervios y empezó a sacudirle a Blake con el

bastón. Un bastón con un gran mango de plata. Estuvo golpeando a Blake con el bastón hasta que le abrió la cabeza como si fuera una sandía. Lo mató en el acto. Cogió al chaval de la mano y se encaró conmigo. Hizo que fuera al abrevadero a lavar el pelo, la sangre y los sesos de Blake pegados al mango del bastón. Me dijo que nunca contara a nadie lo sucedido, o me mataría. Así que me escondí, hasta que alguien llegó y se encontró con el pobre Blake muerto y tendido en la acera. Entonces salí de mi escondite y me puse a gritar y a chillar como todos los demás. Nunca he contado esta historia hasta el día de hoy.

Grandes lagrimones resbalaban por sus flacas mejillas. Me acerqué un poco más y se los sequé con un dedo. Puse su otra mano entre las mías.

—¿Quién era ese chaval?

—Alguien a quien he seguido viendo desde entonces —respondió—. Alguien a quien he seguido viendo casi todos los días con esa sonrisa suya de desprecio en el rostro, recordándome siempre al pobre Blake tendido en la acera y con la cabeza reventada.

—¿Quién era ese chaval?

—Fue un accidente —dijo la mujer—. Todo el mundo lo hubiera entendido así. El pobre Blake era ciego. El chaval no tenía por qué haber armado aquel escándalo. Tampoco se había hecho tanto daño. Era lo bastante mayorcito para darse cuenta de la situación. Lo sucedido fue culpa suya, por haberse puesto a gritar y a chillar de aquella maneraa.

—¿Quién era ese chaval?

Se volvió y clavó la mirada en mí. Me reveló el secreto que había guardado a lo largo de sesenta y dos años.

—Grover Teale —dijo—. Luego se convirtió en el alcalde, lo mismo que su padre. Ese hombre cree ser el rey del mundo, pero para mí nunca ha sido más que un mocoso malcriado que hizo que mataran a mi pobre Blake por el simple hecho de ser ciego y negro.

Nos subimos los tres al Bentley negro de Charlie aparcado en el callejón situado tras la barbería, sin decir palabra. Arranqué y me dirigí al norte. Con las luces apagadas y a poca velocidad. El gran sedán oscuro avanzaba por la noche como un depredador recién salido de su guarida. Como un gran submarino que acabara de dejar su muelle y estuviera adentrándose en el agua helada. Crucé el pueblo y me detuve a cierta distancia de la comisaría. Estaba tan silenciosa como una tumba.

—Voy a coger una pistola —dijo Finlay.

Entramos por las puertas hechas trizas. El Bentley de Hubble estaba en la sala de trabajo, inmóvil en la penumbra. Los neumáticos delanteros habían reventado, y el morro estaba incrustado entre los retorcidos barrotes de las celdas. El aire hedía a gasolina. El depósito perdía. El capó seguía en alto. Hubble ni echó una mirada a su coche.

Finlay pasó junto al coche destrozado y fue al gran despacho. Entró. Esperé junto a Hubble sobre los cristales hechos añicos. Finlay salió armado con un revólver y una caja de cerillas. Y con una sonrisa torcida en el rostro. Nos indicó con un gesto que saliéramos. Prendió una cerilla, la tiró bajo la carrocería del destrozado Bentley verde y salió corriendo.

—Una maniobra de diversión. Irá bien ¿no?

Vimos que el fuego prendía cuando maniobramos para salir del aparcamiento. Unas lenguas de fuego de un azul brillante se estaban extendiendo por la moqueta como una ola en la playa. El fuego prendió en la madera astillada y se desplazó hacia el exterior, alimentándose con voracidad del gran charco de gasolina. Las llamas se tornaron amarillas y anaranjadas, y empezaron a alimentarse del aire que entraba por el hueco de las puertas de la entrada. Al cabo de un minuto, la comisaría estaba ardiendo por entero. Sonreí para mí y me metí en la carretera del condado.

Conduje con las luces encendidas durante la mayor parte del trayecto. A buena velocidad. Llegué en unos doce minutos. Apagué las luces y me detuve a unos doscientos metros de nuestro objetivo. Di media vuelta en la carretera y reulé un poco. Dejé el coche con el morro apuntando hacia el sur. Hacia el pueblo. Con las puertas sin cerrar. Y con la llave puesta.

Hubble llevaba la cizalla. Finlay revisó el revólver que se había agenciado en el despacho. Busqué con la mano bajo mi asiento y cogí la botella de plástico llena de gasolina. Me la metí en el bolsillo, junto a la cachiporra. Pesaba bastante. Me ajusté la chaqueta, la Desert Eagle asomaba un poco por el bolsillo. Finlay me pasó las cerillas. Me las metí en el otro bolsillo.

De pie, a oscuras, nos miramos un momento. Asentimos los tres. Fuimos corriendo campo a través en dirección al árbol partido por el rayo, cuya silueta se

recortaba a la luz de la luna. Nos llevó un par de minutos llegar hasta él corriendo sobre la tierra reblandecida por las lluvias. Nos detuvimos junto al retorcido tronco del árbol. Cogí la cizalla de manos de Hubble y, a una nueva señal, nos dirigimos a la valla que discurría por la parte posterior del almacén. Eran las cuatro menos diez de la madrugada. No habíamos intercambiado una sola palabra desde que dejamos atrás la comisaría envuelta en llamas.

En un minuto recorrimos los setenta metros que nos separaban de la valla. Nos situamos frente al pie de la escalera de incendios. Finlay y Hubble agarraron cada uno un trozo de valla metálica para tensarla, y empecé a recortar los rombos metálicos con la cizalla. Me resultó tan fácil como si estuviera cortando barras de regaliz. Hice una gran abertura de más de dos metros, hasta llegar al punto en que se erigía la alambrada de espino.

Entramos por el boquete. Fuimos al pie de las escaleras. Nos detuvimos. Oí unos sonidos en el interior. De movimiento, de roces, un tanto apagados por el eco del gran espacio. Respiré hondo. Hice una seña a mis compañeros, instándoles a pegarse a las planchas metálicas de la pared. No era del todo imposible que hubiera alguien vigilando por fuera. La intuición me decía que aquella gente no contaba con refuerzos. Pero a Finlay seguía inquietándole la posibilidad de que hubiera guardias fuera. Y hacía mucho tiempo que había aprendido a tener en cuenta las opiniones de los hombres como Finlay.

Indiqué a los dos que se quedaran quietos y rodeé con sigilo la esquina del almacén. Me acuclillé y dejé caer la cizalla al suelo de hormigón, desde un palmo de altura. La cizalla hizo el ruido preciso que yo quería. Como si alguien estuviera tratando de entrar en el almacén. Me pegué a la pared y esperé con la cachiporra en la mano.

Finlay tenía razón. Había un vigilante en el exterior. Y yo también tenía razón. No contaban con refuerzos. El vigilante era el sargento Baker. Lo oí antes de verlo. Oí su respiración tensa y sus pisadas en el suelo de hormigón. Apareció por la esquina y se detuvo a un metro de donde me encontraba. Allí plantado, miró la cizalla. Tenía su revólver del 38 en la mano. Su mirada fue de la cizalla a la valla. Vio el boquete e hizo amago de salir corriendo hacia allí.

Y entonces murió. Le arreé con la cachiporra. Pero no cayó al suelo. Soltó el revólver y bailó desmadejadamente, como si tuviera las piernas de goma. Finlay vino corriendo y lo agarró por el cuello. Lo mismo que un mozo de granja que estuviera retorciéndole el pescuezo a un pollo. Baker seguía llevando la placa con su nombre sobre el bolsillo del uniforme. Era lo primero en lo que me había fijado, nueve días atrás. Dejamos su cuerpo tendido sobre el hormigón. Esperamos cinco minutos. Escuchando con atención. No vino nadie más.

Volvimos junto a Hubble. Respiré hondo otra vez. Puse el pie sobre la escalera de incendios. Subí. Pisaba con cuidado y sin hacer ruido. Continué subiendo. La escalera metálica resonaría como una maldita campana si cometíamos alguna torpeza. Finlay

me seguía, agarrándose al pasamanos con la mano derecha y con la pistola en la izquierda. Tras él venía Hubble, demasiado asustado para respirar con fuerza.

Fuimos ascendiendo con sigilo. Tardamos dos minutos en subir aquellos diez metros. Fuimos con mucha cautela. Nos quedamos inmóviles en la pequeña plataforma situada en lo alto. Apoyé el oído en la puerta. No se oía ruido alguno. Hubble cogió su juego de llaves. Apretándolas bien con el puño, para que no tintinearan. Con cuidado, lentamente, escogió la llave indicada. La insertó en la cerradura poco a poco. Contuvimos el aliento. Hizo girar la llave. La cerradura hizo clic. La puerta se abrió unos centímetros hacia fuera. Contuvimos la respiración. No oímos ruido alguno, ninguna reacción. Todo estaba en silencio. Hubble abrió un poco más la puerta, lentamente y con cuidado. Cuando la puerta llegó a su altura, Finlay lo relevó y la abrió un poquito más. Me la pasó. Terminé de abrirla y la pegué a la pared. La sujeté con la botella de gasolina.

La luz salía del despacho y caía sobre la escalera de incendios, trazando un haz brillante sobre la valla y el campo situados una decena de metros por debajo. En el almacén, unas lámparas de arco voltaico iluminaban el interior y daban de lleno en los grandes ventanales del despacho. Podía ver todo cuanto había en el interior. Y lo que vi me dejó atónito.

Nunca había creído en la suerte. Nunca había tenido razones para creer en ella. Nunca había confiado en ella, porque nunca había tenido ocasión de hacerlo. Pero la suerte ahora me acompañaba por completo. Treinta y seis años de mala suerte y de problemas se habían esfumado de un plumazo. Los dioses estaban de mi lado, animándome e instándome a seguir adelante. En ese momento comprendí que había ganado la partida.

Porque los niños estaban dormidos en el despacho. Los hijos de Hubble. Ben y Lucy. Tumbados sobre un montón de vacíos sacos de arpillera. Dormidos por completo, con esa inocencia que tan solo es propia de los niños. Estaban sucios y andrajosos. Vestidos con los mismos uniformes escolares que llevaban el lunes. Parecían dos de esos golfillos que aparecen en las fotografías color sepia del viejo Nueva York. Tumbados en los sacos, medio despatarrados, durmiendo a pierna suelta. La cuatro de la mañana. La hora que siempre me había dado suerte.

Los niños eran lo que había estado preocupándome. Eran el factor que convertía toda esa maldita operación en poco menos que imposible. Lo había pensado todo bien un millar de veces. Había estado pensando en un sinfín de estrategias, empeñado en dar con una solución que pudiera funcionar. No había encontrado ninguna. El resultado de mis elucubraciones siempre era negativo. Lo que en la academia militar llamaban «planes no satisfactorios». Siempre terminaban con los niños convertidos en hamburguesas por obra de las grandes escopetas. Los niños y las escopetas forman una mala combinación. Había imaginado que los cuatro rehenes estarían juntos y vigilados muy de cerca por las dos escopetas. A los niños repentinamente presa del pánico, a Charlie chillando y las dos Ithaca disparando a la vez. No había conseguido

encontrar ninguna solución al problema, porque en todo momento me los había imaginado juntos. Lo hubiera dado todo, lo que fuese, a cambio de que los niños estuvieran dormidos en un rincón aparte. Y eso era lo que sucedía. Era un hecho. Un zumbido de júbilo atronó en mis oídos como lo hubieran hecho los gritos de unos espectadores locos de contento en un gran estadio deportivo.

Me volví hacia mis compañeros. Acerqué mi cabeza a las suyas y les hablé con el más débil de los susurros:

—Hubble, usted se encargará de la niña. Y usted del niño, Finlay. Tápenles la boca con la mano. No hay que hacer el menor ruido. Váyanse con ellos al árbol. Hubble, a continuación, llévelos al coche. Y Finlay, usted vuelva aquí de inmediato. Hay que hacerlo muy rápido. Y en silencio.

Saqué la Desert Eagle y le quité el seguro. Apoyé la muñeca contra el marco de la puerta y apunté a través del despacho a la puerta interior. Finlay y Hubble entraron en el despacho sin hacer ruido.

Hicieron lo que tenían que hacer. En silencio, llegaron hasta los niños y les taparon las bocas con las manos. Se los llevaron al momento. Salieron con sigilo del despacho y pasaron junto al cañón de mi gran pistolón presto a abrir fuego. Completamente despiertos por la sorpresa, los niños se debatían en sus brazos. Sus grandes ojos me miraron con asombro. Sin hacer ruido, Hubble y Finlay emprendieron el descenso por la escalera de incendios. Reculé hasta llegar a una esquina de la plataforma metálica. Encontré un ángulo perfecto para cubrirlos. Los observé mientras bajaban con cuidado por la escalera, llegaban al suelo de hormigón y salían por el boquete de la valla. Corrieron por el haz de luz que iluminaba el campo, diez metros por debajo de mi posición, y se perdieron en la noche.

Me relajé. Bajé la pistola. Escuché con atención. Solo oí aquella especie de chirrido procedente del interior del enorme almacén. Entré en el despacho sin hacer ruido. Repté por el suelo hasta llegar a los ventanales. Levanté la cabeza con mucho cuidado y miré hacia abajo. Nunca voy a olvidar lo que vi.

Fijadas al techo del edificio, cerca de un centenar de lámparas de arco voltaico iluminaban por completo el interior del almacén. Un espacio enorme, de unos treinta metros de longitud y unos ochenta de anchura. Unos veinte de altura. Lleno de billetes de un dólar. Una colosal montaña de dinero ocupaba el espacio entero. En la esquina más alejada, alcanzaría unos quince metros de altura. Un inmenso y verde iceberg de dinero.

Vi que Teale se encontraba en la otra punta del almacén. Estaba sentado en aquella montaña de dólares, a unos tres metros de altura. Con la escopeta sobre las rodillas. Su figura se veía empequeñecida por la inmensa elevación de color verde que se alzaba a sus espaldas. El viejo Kliner se encontraba unos quince metros más cerca. Sentado un poco más alto en aquella montaña de billetes. Sentado sobre

cuarenta toneladas de dinero. Con la escopeta en las rodillas.

Las escopetas formaban los dos lados de un triángulo completado por Roscoe y Charlie Hubble. Dos figuras diminutas situadas doce metros por debajo. Las estaban obligando a trabajar. Roscoe tenía en las manos una pala, las que usan en los estados del norte del país para quitar la nieve en invierno. Y llevaba paletadas de billetes hacia Charlie. Con un rastrillo de jardín, Charlie los recogía y los iba metiendo en cajas de cartón para aparatos de aire acondicionado. Detrás de ellas se extendía una hilera de cajas selladas. Enfrente había un enorme montón de billetes. No paraban de trabajar, empequeñecidas como dos hormigas pululantes junto a la descomunal montaña de dinero.

Contuve el aliento. Estaba paralizado. La imagen resultaba increíble. Advertí la presencia de la furgoneta negra de Kliner. Estaba junto a la cerrada persiana del portón, con el morro apuntando al exterior. A su lado se encontraba el Cadillac blanco de Teale. Los dos vehículos eran grandes, pero al lado de la montaña de dinero parecían dos juguetitos en una playa. La escena era fantástica, propia de un cuento de hadas. Como si me encontrara en el interior de una gran mina de esmeraldas sacada de alguna vieja leyenda. Todo estaba brillantemente iluminado por las lámparas de arco voltaico. Las figurillas de más abajo eran poco más que unos insectos. Yo no podía creer lo que estaba viendo. Hubble me había dicho que un millón de dólares en billetes de un dólar resultaban impresionantes. Y ahora estaba mirando cuarenta millones. Lo más asombroso era la altura que alcanzaban. Una altura casi diez veces superior a la de las figurillas que trabajaban en el suelo. Una altura superior a la de una casa. A la de dos casas. Resultaba increíble. Aquel almacén era gigantesco. Y estaba enteramente ocupado por una masa sólida de dinero. Por cuarenta millones de billetes auténticos de un dólar.

Las dos mujeres se movían con la falta de elasticidad propia de la fatiga extrema, como dos soldados exhaustos después de unas maniobras inclementes. Medio dormidas, se movían mecánicamente, mientras sus mentes imploraban un poco de descanso a gritos. No hacían más que meter billetes y más billetes en las cajas de cartón. La suya era una labor absurda. La retirada de los guardacostas había pillado a Kliner por sorpresa. No estaba preparado. De forma que el almacén estaba lleno de dinero hasta los topes, un dinero amontonado en completo desorden. Roscoe y Charlie se veían obligadas a hacer esa labor de esclavas mientras Teale y Kliner, a modo de capataces, las miraban con los rostros inexpresivos de quienes saben que están al final del camino. El enorme torrente de dinero iba a terminar por enterrarlos. A inundarlos y a ahogarlos hasta la muerte.

Oí el leve roce metálico de los pies de Finlay en la escalera de incendios. Salí del despacho sin hacer ruido y fui a su encuentro en la plataforma.

—Tienen dos escopetas —susurré—. Roscoe y Charlie están más o menos bien. Su mirada fue a la luz brillante, y hacia los débiles ruidos de más abajo.

—¿Qué están haciendo ahí? —preguntó en un murmullo.

—Venga a ver. Pero no haga el menor ruido.

Entramos sin hacer ruido y nos arrastramos hasta los ventanales del despacho. Levantamos las cabezas con precaución. Finlay contempló la increíble escena. Durante largo rato. Sus ojos lo recorrieron todo. Me miró. Conteniendo el aliento.

—Por Dios... —dijo.

Le hice una seña, y nos fuimos de allí. Arrastrándonos, llegamos a la plataforma de la escalera de incendios.

—Por Dios... —musitó Finlay de nuevo—. ¿Puede creerlo?

Negué con la cabeza.

—No —murmuré—. No puedo creerlo.

—¿Qué vamos a hacer?

Hice un gesto con la mano indicándole que no se moviera de la plataforma. Me arrastré otra vez hacia el interior y miré por los ventanales. Lo observé todo con atención. El lugar en el que Teale estaba sentado, la puerta interior del despacho, el campo de tiro de Kliner, dónde iban a encontrarse Roscoe y Charlie. Calculé ángulos, estimé distancias. Llegué a una conclusión: el problema era endemoniado.

El viejo Kliner era el que estaba más cerca de nosotros. Roscoe y Charlie trabajaban entre él y Teale. Este último era el más peligroso, pues se encontraba en el otro extremo del almacén. Cuando yo apareciese en lo alto de las escaleras interiores, los cuatro levantarían la mirada al unísono. Kliner al momento levantaría el cañón de la escopeta. Y Teale haría otro tanto. Ambos me dispararían.

Kliner no encontraría obstáculo en su campo de tiro, en un ángulo de sesenta grados, como el de un cazador de patos. Pero Roscoe y Charlie iban a encontrarse entre Teale y yo. El ángulo de tiro de Teale iba a ser mucho más abierto. Estaba sentado a unos tres metros de altura en la montaña de dinero. Dispararía a una decena de metros por encima de donde estaba, desde unos treinta metros de distancia. Su ángulo de tiro iba a ser de unos quince o veinte grados. Su Ithaca estaba diseñada para cubrir un ángulo de tiro mucho mayor. De modo que su disparo iba a someter a las dos mujeres a una mortífera granizada de plomo. Iba a matarlas a las dos, sin remedio. Cuando Teale levantara la vista y disparara, Roscoe y Charlie iban a morir.

Volví reptando y me reuní con Finlay en la escalera. Me agaché y cogí la botella de plástico llena de gasolina. Se la pasé, junto con la caja de cerillas. Me acerqué y le expliqué lo que tenía que hacer. Unas palabras más, y emprendió el silencioso descenso por la larga escalera de incendios. Me arrastré hasta el despacho otra vez y, con cuidado, dejé la Desert Eagle en el suelo, junto a la puerta interior. Con el seguro quitado. Me arrastré hacia el ventanal. Asomé un poco la cabeza y me quedé a la espera.

Pasaron tres minutos. Yo tenía los ojos fijos en la persiana del portón. A la espera. Escudriñando la rendija horizontal que había entre la parte inferior de la persiana y el

suelo de hormigón, justo en diagonal desde donde me encontraba. Seguí a la espera. Pasaron cuatro minutos. Las dos minúsculas figurillas continuaban trabajando más abajo. Roscoe y Charlie seguían ocupadas en llenar las cajas con el dinero, bajo la atenta mirada de Teale. Kliner ascendió unos metros por la pendiente de dinero para patear un nuevo aluvión de billetes en dirección a las mujeres. Pasaron cinco minutos. Kliner había soltado la escopeta. Estaría a siete u ocho metros del arma, pateando el dinero una y otra vez, hasta provocar una pequeña avalancha que fue a parar a los pies de Roscoe. Pasaron seis minutos. Siete.

Y entonces vi que la oscura mancha húmeda de gasolina se colaba bajo la persiana del portón. Fluyendo en un charco semicircular. Cada vez mayor. El charco llegó a la base de la montaña de dólares, tres metros por debajo de donde estaba sentado Teale. Una gran mancha oscura sobre el hormigón. Kliner seguía a lo suyo montaña arriba, a unos doce metros de Teale. Y a casi diez de su escopeta.

Repté por el suelo hasta llegar a la puerta interior. Giré el picaporte. El cierre de la puerta se abrió. Recogí la pistola. Entreabrí la puerta. Volví a arrastrarme hacia la ventana. Contemplé el creciente charco de gasolina.

Había estado temiéndome que Teale la oliera de inmediato. Era el punto débil de mi plan. Pero Teale no podía olerla. Porque el almacén entero apestaba de por sí. El olor me había sorprendido de forma tan impactante como un martillazo en cuanto abrí la puerta. Un olor fuerte, amargo, grasiento. El olor del dinero. Millones y millones de arrugados y grasientos billetes de un dólar impregnados por el hedor de manos sudorosas y bolsillos pringosos. El hedor impregnaba el aire. Se trataba del mismo hedor que desprendían las cajas de cartón que había en el garaje de Sherman Stoller. El olor amargo del dinero usado.

Y a continuación vi una llamarada bajo la persiana. Finlay había dejado caer la cerilla. Una llama azulada y baja. Se extendió con rapidez y de pronto se alzó en varias lenguas de fuego como una flor descomunal. Las llamaradas alcanzaron la base de la enorme montaña de dinero. Vi que Teale giraba el rostro y fijaba la mirada en el fuego, paralizado por el horror.

Di un paso hacia la puerta, salí y apunté con la pistola. Apoyé la muñeca en la barandilla del balcón. Apreté el gatillo y le volé la cabeza a Teale, treinta metros más allá. El gran proyectil le atravesó una sien e hizo que su cráneo estallara en mil pedazos, que fueron a parar a la pared situada a sus espaldas.

Y entonces todo se torció. Lo comprendí, en esa especie de horrorosa cámara lenta que se activa cuando tu mente anda más revolucionada que tu cuerpo. Tracé un semicírculo hacia la izquierda con el cañón de mi pistola, con la idea de sorprender a Kliner cuando tratara de recuperar la escopeta. Pero Kliner se arrojó hacia su derecha. Con desespero, se lanzó ladera abajo, hacia el punto en el que Teale había dejado caer su escopeta. En lugar de ir corriendo a coger su arma, había reaccionado yendo a por la de Teale. Con lo que iba a tener la misma mortífera geometría que Teale hubiera tenido. De forma instintiva, mi mano cambió de dirección y empezó a trazar un

semicírculo en sentido opuesto, mientras Kliner rodaba pendiente abajo, haciendo saltar los billetes por los aires. Y entonces oí que la puerta de servicio de más abajo se abría de sopetón. El ruido de la puerta al abrirse quedó amortiguado por el eco del estruendoso disparo que había matado a Teale. Picard entró trastabillando en el almacén.

No llevaba la americana, la sangre empapaba su enorme camisa blanca. A grandes zancadas, se dirigió hacia las dos mujeres. Su cabeza iba mirando a uno y otro lado. Me vio y empezó a levantar el brazo derecho. El revólver del calibre 38 parecía minúsculo en su manaza. A treinta metros de Picard, Kliner llegó hasta donde se encontraba la escopeta de Teale, medio enterrada bajo los billetes.

Vi que las azuladas lenguas de fuego empezaban a ascender por la base de la montaña de dólares. Roscoe se giró con lentitud y me miró. Charlie Hubble hizo otro tanto en sentido contrario y se quedó mirando a Teale. Empezó a gritar. Se llevó las manos al rostro, abrió mucho la boca y cerró los ojos. El sonido de sus gritos me llegó de lejos y se mezcló con el eco agonizante de la bala de la Desert Eagle y el ruido de la puerta al ser abierta de golpe.

Me agarré con la mano libre a la barandilla y me asomé al borde. Apunté con la otra mano hacia abajo, disparé por segunda vez y atravesé el hombro derecho de Picard una milésima de segundo antes de que la boca de su revólver terminara de encañonarme. Vi que se desplomaba de espaldas entre un estallido de sangre. Y traté de situar a Picard en mi punto de mira otra vez.

Mi mente estaba analizándolo todo con frialdad, como si el problema fuera puramente mecánico. En el momento de efectuar el disparo había tenido buen cuidado de tensar el hombro para que el fuerte retroceso del pistolón se perdiera hacia arriba. Lo que me permitió ganar una fracción de segundo para llevar mi punto de mira al otro extremo del almacén. Noté el golpetazo en la palma de la mano cuando la combustión de los gases del arma expulsó el casquillo y entró un nuevo proyectil en la recámara. Plantado sobre una deslizante ladera de billetes verdes, Kliner estaba llevando el cañón de la Ithaca a lo alto, al tiempo que metía un cartucho en su interior. Oí el sordo y doble sonido del mecanismo por encima del eco del disparo que había abatido a Picard.

Me dije con frialdad que Kliner iba a disparar con la idea de darme con la parte superior del cono de plomo proyectado por la escopeta, y la parte inferior decapitaría a Roscoe y a Charlie. Con la misma frialdad, calculé que mi bala necesitaría algo más de siete centésimas de segundo para recorrer la longitud del almacén y que mejor haría en apuntar a lo alto del costado derecho de Kliner a fin de que la boca de la escopeta dejara de cubrir a las mujeres.

A continuación dejé de pensar, por completo. Mi mente me había proporcionado toda la información necesaria y ahora se dispuso a contemplar con escepticismo el intento de poner a Kliner en mi línea de fuego antes de que él pudiera terminar de levantar el cañón de la Ithaca. Entre nosotros se estaba dando una exasperante carrera

a cámara lenta. Con el pecho contra la barandilla, fui levantando el arma con lentitud, como si fuera muy pesada. A treinta metros de distancia, Kliner fue levantando el cañón de la escopeta tan lentamente como si estuviera impregnado de melaza. Las dos armas estaban alzándose a la vez, lentamente, centímetro a centímetro, grado a grado. Un poco más arriba cada vez. Parecía no tener fin. Estaba durando toda una vida. Las lenguas de fuego estallaban y se retorcían en la base de la montaña de dinero, abriéndose camino ladera arriba. En el rostro de Kliner se pintó una sonrisa lobuna que dejó al descubierto sus dientes amarillentos. Mientras Charlie continuaba gritando, Roscoe se estaba dejando caer al suelo con la lentitud de una gasa que flotara en el aire. Mi brazo y la escopeta de Kliner seguían ascendiendo en el aire centímetro a centímetro, de una forma enervante.

Mi brazo fue el primero en llegar a lo alto. Disparé y di a Kliner en el pecho; el gran proyectil del calibre 44 hizo que cayera retorciéndose. El cañón de la Ithaca apuntó a un lado en el mismo momento en que apretó el gatillo. La escopeta atronó y disparó a quemarropa contra la montaña de dinero. El aire al momento se vio nublado por una nube de confetis de color verde. Los fragmentos de billete volaban por todas partes, revoloteando como copos de nieve en una tormenta invernal, y eran presa de las llamas al posarse en la montaña incendiada.

Mi mente volvió a su estado natural y bajé corriendo por la escalera. Las lenguas de fuego estaban subiendo por la grasienta montaña de billetes a mayor velocidad que un hombre en plena carrera. Me abrí paso entre la humareda y agarré a Roscoe por un brazo y a Charlie por otro. Hice que se levantaran y las empujé hacia la escalera. Oí el silbido del oxígeno que se colaba bajo la persiana del portón para alimentar el fuego. El almacén era pasto del fuego. La montaña de dinero ardía en llamaradas. Seguí corriendo hacia la escalera, arrastrando a las dos mujeres como podía.

Me di de bruces contra Picard. Se levantó del suelo de repente, choqué con él, reboté y caí al suelo. Su estampa era la de un gigante malherido y vociferante de rabia. Tenía el hombro derecho destrozado, chorreando de sangre. Y la camisa empapada en un intenso tono carmesí. Me levanté como pude, pero me soltó un manotazo con la izquierda. El golpe fue tremendo y me hizo dar un paso atrás. Picard a continuación me soltó un puñetazo, con la izquierda también, que fue a estrellarse en mi brazo y envió la Desert Eagle contra el hormigón. El fuego nos estaba cercando, los pulmones me ardían. Charlie Hubble gritaba histérica.

Picard había perdido el revólver. De pie frente a mí, trastabilló, adelante y atrás. Iba a soltarme otro puñetazo con su descomunal brazo izquierdo. Me adelanté al golpe. Me abalancé contra su corpachón y le propiné un codazo en la garganta. En la vida había dado un codazo tan fuerte como aquel, pero Picard sencillamente se estremeció una fracción de segundo y dio un nuevo paso hacia mí. Me arreó un golpe con su descomunal puño derecho. Caí junto al fuego.

Fui consciente de que lo que estaba respirando era puro humo. Rodé por el suelo para alejarme de las llamas. Picard dio un nuevo paso hacia mí. De pie, entre los

flotantes billetes en llamas, me dio una patada en el pecho. Sentí como si me hubiera atropellado un camión. Las llamas prendieron en mi chaqueta. Me la quité rápidamente y se la tiré. Pero la apartó de un manotazo y echó la pierna hacia atrás para propinarme un patadón mortal. Sin embargo, su cuerpo de pronto empezó a contraerse, como si alguien estuviera golpeándole la espalda con un martillo. Vi que Finlay estaba de pie detrás de él, acribillándolo a tiros con el revólver que había cogido en la comisaría. Descerrajó seis disparos sobre la espalda de Picard. Este se volvió y lo miró. Avanzó un paso en su dirección. Finlay apretó el gatillo de nuevo, pero su arma ya se había quedado sin balas.

Me revolví y agarré el pistolón israelí. Lo recogí del ardiente suelo de hormigón y disparé a la nuca de Picard. Su cráneo estalló atravesado por el grueso proyectil. Las piernas se le doblaron, y empezó a caer. Atravesé su cuerpo con mis últimas cuatro balas antes de que terminara de desplomarse.

Finlay agarró a Charlie y se marchó corriendo entre las llamas. Yo agarré a Roscoe, la levanté del suelo y la arrastré escaleras arriba. Cruzamos por el despacho como una exhalación y bajamos por la escalera de incendios mientras las lenguas de fuego nos perseguían por la puerta abierta. Escapamos a todo correr por el boquete en la valla. Cogí a Roscoe en brazos y corrí hacia el árbol partido por el rayo.

Detrás de nosotros, el aire sobrecalentado hizo estallar el tejado del almacén. Las lenguas de fuego ascendieron treinta metros en el cielo de la noche. El cielo se llenó de ardientes fragmentos de billetes de un dólar. El almacén se había convertido en un horno. Notaba su calor en mi espalda, mientras Roscoe hacía lo posible por apartar de sí a manotazos la lluvia de papelitos en llamas. Dejé atrás el árbol y seguí corriendo hacia la carretera. Doscientos metros. Cien metros. Escuché los chirridos y los aullidos que hacía la estructura metálica del almacén. El edificio entero estaba retorciéndose y estallando. Hubble se encontraba junto al Bentley. Abrió las portezuelas traseras del coche y corrió a sentarse al volante.

Los cuatro nos apretujamos en el asiento trasero. Hubble arrancó y pisó el acelerador. El coche salió volando, las portezuelas se cerraron de golpe. Los niños estaban sentados delante, gritando. Charlie también estaba gritando. Al igual que Roscoe. Con un extraño distanciamiento, advertí que yo también estaba gritando.

Hubble condujo a toda velocidad durante más de un kilómetro. Hasta que de pronto pisó el freno. Salimos del coche como buenamente pudimos. Tropezando. Nos abrazamos, nos besamos, estábamos llorando en la cuneta de la vieja carretera del condado. La familia Hubble había hecho un corro. Roscoe, Finlay y yo nos abrazamos. Finlay de pronto se puso a bailar entre risas y gritos, como si de repente hubiera enloquecido. Su antigua sobriedad, tan propia de Boston, se había esfumado por entero. Roscoe se abrazó a mí con más fuerza. Yo estaba contemplando el incendio que ardía a más de un kilómetro de distancia. Estaba yendo a más, extendiéndose a los otros almacenes, los que contenían productos para la agricultura. Los sacos de fertilizante y bidones con gasóleo para tractores empezaron a detonar

como si fueran bombas.

Todos nos volvimos para contemplar aquel infierno plagado de llamaradas. Éramos siete, en una desordenada hilera en la carretera, contemplando aquella tormenta de fuego en la lejanía. Gigantescas lenguas de fuego que ascendían centenares de metros en el aire. Bidones con gasóleo que estallaban como granadas de mortero. En el cielo de la noche, los billetes en llamas hacían pensar en un millón de estrellas anaranjadas. Era el Infierno en la tierra.

—Por Dios... —dijo Finlay—. ¿Eso lo hemos hecho nosotros?

—Eso lo ha hecho usted, Finlay. Usted fue el que prendió la cerilla.

Nuevas risas y abrazos. Bailamos, reímos, nos dimos palmadas en la espalda. Levantamos a los niños en vilo, los abrazamos y los besamos. Hubble me estrechó entre sus brazos y me palmeó la espalda. Charlie me abrazó y me besó. Atraje a Roscoe hacia mí y le di un largo beso apasionado. Un beso que parecía no tener fin. Rodeó mi cintura con las piernas y cerró los brazos en torno a mi cabeza. Nos estábamos besando con desespero, como si nos fuese la vida.

Algo después conduje el coche hasta el pueblo, tomándome mi tiempo. Finlay y Roscoe ocupaban el gran asiento a mi lado. Los cuatro miembros de la familia Hubble estaban apretujados en la parte posterior. Nada más dejar atrás el resplandor del incendio vimos el resplandor de la comisaría en llamas. Reduje la velocidad al pasar junto al edificio. El incendio era de aquí. La comisaría estaba ardiendo hasta los cimientos. En derredor había centenares de personas mirando el fuego en silencio, sin hacer nada para ponerle fin.

Aceleré otra vez y atravesamos el silencioso pueblo. Giré a la izquierda y torcí por Beckman Drive, dejando atrás la estatua del viejo Caspar Teale. Rodeé la blanca iglesia sumida en el silencio. Recorrí kilómetro y medio hasta llegar al familiar buzón pintado de blanco del número veinticinco de la calle. Fui por el serpenteante camino de gravilla. Frené frente a la puerta, para que la familia Hubble se bajara. Di media vuelta y enfilé de nuevo el camino de gravilla. Fui por Beckman Drive otra vez y me detuve al llegar al final.

—Bájese, Finlay.

Sonrió y se bajó. Se perdió andando en la noche. Pasé por Main Street y me dirigí a la casa de Roscoe. Aparqué en el camino del jardín. Entramos en la casa a paso rápido. Arrastramos una pesada cómoda por el pasillo y la pusimos contra la puerta astillada. Nos aislamos por completo del mundo.

Las cosas no funcionaron entre Roscoe y yo. Estaba claro que no iban a funcionar. Los problemas eran demasiados. La cosa duró algo más de veinticuatro horas, y luego terminó. Volví a encontrarme en la carretera.

Eran las cinco de la mañana del domingo cuando arrastramos la pesada cómoda por el pasillo y la usamos para mantener cerrada la puerta rota de la casa. Los dos estábamos exhaustos. Pero la adrenalina seguía bombeando dentro de nosotros, de forma que no pudimos pegar ojo. Lo que hicimos fue hablar. Y cuando más estuvimos hablando, más se fue complicando la situación.

Roscoe había estado secuestrada durante casi sesenta y cuatro horas. No la habían maltratado. Me aseguró que no le habían tocado un pelo. Estaba aterrada, pero se limitaron a utilizarla como una esclava. Picard se la había llevado en coche el jueves. Yo mismo les había visto irse juntos. Me había despedido personalmente de ellos. Un kilómetro y medio después de haber salido del pueblo, Picard se detuvo y la encañonó. La desarmó, la esposó y la condujo al almacén. Entró por el portón, y al momento pusieron a trabajar a Roscoe junto con Charlie Hubble. Las dos estuvieron en el almacén todo el tiempo que pasé observando el edificio desde mi escondite bajo la autopista. La propia Roscoe fue quien descargó el camión pintado de rojo con el que Kliner hijo se presentó ese día. El camión que estuve siguiendo hasta el área de descanso cercana a Memphis, que yo había descubierto con asombro que estaba vacío.

Charlie Hubble llevaba cinco días y medio trabajando en el almacén sin parar. Desde el lunes por la noche. A Kliner por entonces ya le había entrado el pánico. La cancelación del operativo de los guardacostas iba a tener lugar antes de lo que había supuesto. Y Kliner tenía claro que era preciso trabajar sin descanso para meter en las cajas de cartón los billetes amontonados en el almacén. Razón por la que Picard llevó a los Hubble directamente al almacén. Donde Kliner los puso a trabajar de inmediato. Apenas si habían dormido unas pocas horas por las noches, tumbados sobre los montones de billetes, esposados a los barrotes de la escalera metálica que llevaba al despacho.

El sábado por la noche, después de que su hijo y los dos vigilantes del edificio no volvieran, Kliner terminó por perder la cabeza. Ya no le quedaba un solo empleado. E hizo que sus rehenes se pusieran a trabajar sin el menor descanso. El sábado por la noche no durmieron en absoluto. Tuvieron que seguir con la ingrata labor de meter en cajas los incontables montones de billetes de banco. Y el retraso cada vez era mayor. Cada vez que un nuevo camión llegaba y descargaba otra gran pila de billetes en el suelo del almacén, Kliner se ponía más frenético.

Así que Roscoe había estado trabajando como una esclava durante casi tres días

enteros. Temiendo por su vida, en serio peligro, exhausta y humillada durante tres largos días. Y la culpa había sido mía, como le dije. Así se lo repetí en varias ocasiones, y ella una y otra vez me dijo que no me lo echaba en cara. «Lo siento», le decía yo. «No tienes por qué», respondía ella.

Nos escuchamos el uno al otro. Aceptamos lo que el otro tenía que decir. Pero yo seguía pensando que la culpa había sido mía. Y no estaba seguro al cien por cien de que ella en realidad no estuviera pensando lo mismo. Por mucho que dijera lo contrario. No llegamos a discutir, pero fue el primer indicio de que entre nosotros había un problema.

Nos duchamos en la pequeña cabina del cuarto de baño. Estuvimos bajo el chorro durante casi una hora, enjabonándonos el uno al otro, quitándonos el pestazo a dinero, a sudor y a fuego. Seguíamos conversando. Le conté lo sucedido el viernes por la noche, la emboscada bajo la lluvia en la casa de Hubble. No escatimé detalle. Mencioné los sacos con los afilados cuchillos, el martillo y los clavos. Le expliqué lo que les hice a aquellos cinco sujetos. Pensaba que se alegraría de saberlo.

Y ese fue el segundo problema. No parecía serlo mientras el chorro de agua caliente seguía cayendo sobre nuestros cuerpos. Pero detecté algo en su voz. Un ligero temblor. Un matiz que no era de asombro o desaprobación, sino que venía a ser el apunte de una pregunta. ¿No había ido demasiado lejos? Fue algo que oí en su voz.

Yo me decía que había hecho todas aquellas cosas por ella y por Joe. No porque hubiera tenido ganas de hacerlas. Todo tenía que ver con lo sucedido a Joe, con el hecho de que ese era el pueblo de Roscoe y esa era su gente. Las había hecho porque en su momento la había visto apoyarse contra la pared de la cocina, llorando con desespero. Las había hecho por Joe y por Molly. Aunque yo en el fondo consideraba que no tenía por qué justificar mis acciones, me decía que esas eran las razones por las que había hecho todas aquellas cosas.

En aquel momento no parecía que fuese un problema. La ducha hizo que nos relajáramos. El vapor devolvió el color a nuestras pieles. Fuimos a la cama. Dejamos las cortinas abiertas. El día era magnífico. El sol relucía en lo alto del diáfano cielo azul, y el aire olía a fresco y a limpio. Todo apuntaba a un nuevo día en nuestras vidas.

Hicimos el amor con gran ternura, con gran energía, con gran alegría. Si alguien en ese momento me hubiera dicho que al día siguiente iba a encontrarme otra vez en la carretera, lo habría tomado por loco. Yo me decía que no había ningún problema en absoluto, que mi imaginación estaba jugándome malas pasadas. Y que si, de hecho, había un problema, las verdaderas razones eran fáciles de entender: la resaca del estrés y el subidón de adrenalina. La fatiga absoluta, quizá. El hecho de que Roscoe hubiera estado secuestrada. Era posible que estuviera reaccionando como reaccionan muchas víctimas de secuestros: con cierta desconfianza hacia quienes no han compartido su experiencia. Con cierto resentimiento hacia los demás. Era posible que dicho resentimiento estuviera alimentando los remordimientos que yo sentía por

haber dejado que la secuestraran. Podían ser muchas otras cosas. Me dormí con la seguridad de que despertaríamos felices, de que iba a quedarme en aquella casa para siempre.

Despertamos felices. Dormimos hasta media tarde. Pasamos un par de maravillosas horas desperezándonos, besándonos y riendo, iluminados por el sol de la tarde, que daba de lleno en la ventana. Volvimos a hacer el amor. Nos alimentaba la alegría de sabernos vivos y seguros, juntos los dos. Nunca antes habíamos hecho el amor tan bien. Pero era la última vez que lo hacíamos. En aquel momento no lo sabíamos.

Roscoe fue en el Bentley a la cafetería de Eno para comprar algo de comida. Volvió al cabo de una hora y me contó que se había encontrado con Finlay. Luego empezó a hablar del futuro. Lo que suponía un gran problema. Los demás problemas resultaban ridículos en comparación.

—Tienes que ver cómo está la comisaría —dijo—. No ha quedado nada más que un solar con escombros de menos de un palmo de altura.

Puso la comida en una bandeja. Cenamos en la misma cama. Pollo frito.

—Los cuatro almacenes han ardido por completo —explicó—. Los destrozos han llegado hasta la misma autopista. La policía del estado ha tomado cartas en el asunto. Y han tenido que venir los bomberos de Atlanta y Macon.

—¿La policía del estado ha intervenido en el asunto? —pregunté.

Se echó a reír.

—Todo el mundo está interviniendo —dijo—. Ha sido una cadena. El jefe de los bomberos de Atlanta ha hecho venir a los artificieros, pues con tanta explosión no sabía a que atenerse. Los artificieros no pueden operar sin avisar al FBI, pues ellos se ocupan de los posibles casos de terrorismo. Y esta mañana también han movilizado a la Guardia Nacional.

—¿La Guardia Nacional? —repetí—. ¿Cómo es eso?

—Eso es lo mejor de todo. Finlay dice que, cuando el techo del almacén estalló durante el incendio, el dinero salió volando por todas partes. Esa especie de confetis en llamas, ya sabes. Por los campos han caído millones de billetes de un dólar. En varios kilómetros a la redonda. El viento los ha llevado por todas partes, a través de los campos, hasta la autopista. En su mayoría se han quemado, pero algunos están intactos. Tan pronto como ha salido el sol, han acudido miles de personas para recoger el dinero desperdigado por la zona. Por eso las autoridades han llamado a la Guardia Nacional, para que controle a las multitudes.

Pegué un bocado. Lo pensé.

—El que llama a la Guardia Nacional es el gobernador del estado, ¿no? —apunté. Asintió con la cabeza. Mientras daba cuenta de una alita de pollo.

—El gobernador también ha tomado cartas en el asunto —dijo—. Está en el pueblo ahora mismo. Y Finlay ha llamado al Departamento del Tesoro, explicando lo que le sucedió a Joe y demás. Entonces los del Tesoro han enviado a un equipo de

investigadores. Ha sido como una bola de nieve cada vez más grande.

—¿Qué más está pasando?

—Que en el pueblo hay muchos nervios, claro está. Corren rumores de toda clase. Todos dan por sentado que la fundación ha pasado a la historia. Según Finlay, la mitad de los vecinos finge no haber sabido nada en absoluto y la otra mitad está furiosa porque van a dejar de recibir esos mil dólares a la semana. Cuando he ido a comprar la comida, el viejo Eno tenía pinta de estar realmente rabioso. Tendrías que haberlo visto.

—¿Finlay está preocupado?

—Se lo toma con calma —respondió—. Está muy ocupado, como es natural. En el cuerpo de policía no quedamos nada más que cuatro. Finlay, yo, Stevenson y el sargento de la entrada. Finlay dice que es la mitad del personal que vamos a necesitar para ocuparnos del follón que se ha montado, pero que es el doble de lo que el municipio va a poder pagar ahora que se han terminado los subsidios de la fundación. En todo caso, todo esto es competencia del alcalde... Pero resulta que en el pueblo nos hemos quedado sin alcalde.

Yo estaba sentado en la cama, comiendo. Los problemas estaban empezando a preocuparme. No me había dado cuenta con claridad hasta este momento. Pero ahora lo veía claro. En mi mente estaba cobrando forma una pregunta decisiva. Una pregunta que debía hacerle a Roscoe. Quería formularla a bocajarro, a fin de obtener una respuesta espontánea y sincera. No quería darle tiempo a meditar su respuesta.

—Roscoe... —Dije.

Levantó la mirada. Se quedó a la espera.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

Me miró como si la pregunta la sorprendiera.

—Trabajar como una burra, supongo. Hay muchísimo que hacer. Vamos a tener que reconstruir el pueblo entero. Quizá sea posible convertirlo en un lugar mejor. Y creo que puedo desempeñar un papel importante en ello. Lo que de paso me serviría para mejorar un poco mi situación. Es una perspectiva que me ilusiona. Este es mi pueblo, y quiero implicarme a fondo en su futuro. Quizá un día me convierta en concejal. ¿Quién sabe? Quizá más tarde me presente como candidata a la alcaldía. No estaría nada mal, ¿verdad? Después de tantos años, el pueblo lo estaría llevando un Roscoe en lugar de un Teale.

La miré. Su respuesta tenía sentido, pero no era la indicada. No era la indicada para mí. No era mi intención hacerle cambiar de idea. No quería presionarla en absoluto. Por eso le había hecho la pregunta a bote pronto, antes de contarle mis propios planes. Lo que quería era su respuesta espontánea y sincera. Acababa de dármele. Tenía sentido. Ese era su pueblo. Si alguien podía mejorarlo, esa persona era ella. Si alguien era capaz de trabajar sin descanso y dejarse la piel en ello, esa persona era Roscoe.

Pero su respuesta no era la indicada para mí. Comprendí que iba a tener que irme.

Y con rapidez. El problema tenía que ver con lo que iba a suceder en los próximos días. Todo el asunto se había salido de madre. Al principio, aquello solo tenía que ver con Joe. Se trataba de una cuestión privada. Pero ahora era un tema de interés público. Al igual que todos aquellos billetes de dólar medio quemados, se había extendido por todas partes.

Roscoe había mencionado al gobernador, al Departamento del Tesoro, a la Guardia Nacional, a la policía del estado, al FBI, a los investigadores del cuerpo de bomberos de Atlanta. A media docena de organismos empeñados en aclarar qué había pasado en Margrave. Iban a mirarlo todo con lupa. Pronto se sabría que Kliner había sido el mayor falsificador de dólares de la Historia. Y que el alcalde del pueblo había desaparecido. Y que cuatro agentes de policía habían estado involucrados en la trama. El FBI se pondría a buscar a Picard. La Interpol tomaría cartas en el asunto, en razón de la conexión con Venezuela. La situación iba a ponerse al rojo vivo. A Margrave iban a acudir seis organismos distintos compitiendo entre sí para conseguir resultados cuanto antes. Iban a peinar hasta el último centímetro del lugar.

Y uno u otro de esos organismos terminaría por encontrarme. Yo era un forastero que había aparecido en el lugar y el momento menos indicados. No les llevaría ni un minuto comprender que era el hermano del investigador del gobierno muerto, cuyo asesinato lo había desencadenado todo. Empezarían a buscar mis posibles motivaciones y no tardarían en llegar a la conclusión: «La venganza». Me meterían en un calabozo y se pondrían a interrogarme a fondo.

No iban a condenarme. No corría riesgos en ese sentido. No había el menor indicio que me incriminara. Porque en todo momento había tenido buen cuidado de borrar todas mis huellas. También sabía cómo darles largas a unos interrogadores. Ya podían seguir haciéndome preguntas hasta que me saliera una larga barba blanca, no iban a sacarme nada. Eso estaba claro. Pero lo intentarían. Lo intentarían como locos. Me mantendrían encerrado en Warburton un par de años. Un par de años en la galería de los presos preventivos. Un par de años de mi vida. Ese era el problema. Yo no podía quedarme de brazos cruzados a la espera de que me encerrasen en Warburton. Justo acababa de volver a la vida. Había estado disfrutando de mis primeros seis meses de libertad en treinta y seis años. Esos seis meses habían sido los más felices de mi existencia.

De forma que iba a marcharme. Antes incluso de que supieran que había estado en Margrave. Tomé mi decisión. Otra vez iba a convertirme en invisible. Tenía que alejarme del foco puesto en Margrave y esconderme allí donde todos aquellos eficientes organismos no fueran a mirar. Lo que suponía que mis sueños de un futuro junto a Roscoe habían saltado hechos pedazos antes de que pudieran convertirse en realidad. Y que iba a tener que decirle a Roscoe que no estaba dispuesto a perder dos años de mi vida a cambio de seguir a su lado. Tenía que decírselo a las claras.

Estuvimos hablándolo durante toda la noche. No discutimos ni levantamos la voz. Solo estuvimos hablándolo. Roscoe veía que lo que yo tenía pensado era lo mejor

para mí. A mi vez, yo veía que lo que Roscoe tenía pensado era lo mejor para ella. Me pidió que me quedara. Lo pensé bien. Dije que no. Le pedí que se marchara conmigo. Lo pensó bien. Dijo que no. No había más que decir.

Pasamos a hablar de otras cosas. De lo que cada uno iba a hacer. Y poco a poco fui dándome cuenta de que quedarme en Margrave hubiera sido una especie de muerte en vida para mí. Porque no quería tener nada que ver con cuanto Roscoe me estaba diciendo. No quería tener nada que ver con elecciones, alcaldías, concejales y comisiones municipales. Ni con los impuestos sobre la vivienda, obras de mantenimiento y estrategias de la cámara de comercio. No quería ser partícipe de un futuro así de tedioso y frustrante. En el que los pequeños resentimientos, remordimientos y disgustos terminarían por crear un abismo entre los dos. Lo que yo quería era lo que le estaba diciendo. Ir por la carretera a mi antojo y dormir en una nueva población cada noche. Recorrer kilómetros y más kilómetros, sin saber en absoluto adónde me dirigía. Lo que quería era vagabundear. Era lo que tenía en mente.

Seguimos hablando, tristes y melancólicos, hasta que amaneció. Le pedí un último favor. Que organizara el funeral de Joe. Que hiciera que acudieran Finlay, los Hubble y los dos viejos barberos. Que pidiera a la hermana del más anciano de los dos que fuera también y cantara una canción triste en homenaje a Joe. Que preguntara a la vieja mujer dónde estaba aquel prado en el que sesenta y dos años atrás solía cantar acompañada por la guitarra de Blind Blaker. Por último, pedí a Roscoe que diseminara las cenizas de Joe en aquel prado.

Roscoe me llevó a Macon en el Bentley. Eran las siete de la mañana. No habíamos dormido. El trayecto nos llevó una hora. Yo estaba sentado en la parte posterior, escondido tras las ventanillas con los cristales polarizados. No quería ser visto. Subimos por la pendiente de su calle y nos sumamos al tráfico de la mañana. Al pueblo estaba llegando muchísima gente. Reparé en todo aquel bullicio antes incluso de llegar a Main Street. Vi los camiones con las unidades móviles de la CNN y demás canales de televisión. Me agazapé en el asiento trasero del coche. Había gente por todos lados, y no eran más que las siete. Por todas partes se veían hileras de azulados sedanes con matrículas del gobierno. Doblamos por la esquina en la que se encontraba el pequeño supermercado. La gente hacía cola para desayunar en la pequeña barra del interior.

Atravesamos el pueblo bañado por el sol. En Main Street era imposible aparcar. Había automóviles estacionados hasta en las aceras. Vi los coches de los bomberos y la policía del estado. Eché una mirada a la barbería cuando pasamos de largo, pero no vi a los dos ancianos. Iba a echarles de menos. Al igual que al viejo Finlay. Siempre iba a preguntarme que habría sido de él. «Buena suerte en la vida, amigo mío de Harvard», pensé. Buena suerte para los Hubble también. Esta mañana iba a suponer

el principio de un camino muy largo para ellos. Iban a necesitar mucha suerte. Mucha suerte de la buena. Y también Roscoe la iba a necesitar. Sentado en silencio, le deseé lo mejor en la vida. Se lo merecía. De verdad.

Me condujo hasta Macon. Encontró la estación de autobuses. Aparcó. Me pasó un sobre. Me dijo que no lo abriera aún. Me lo metí en un bolsillo. Le di un beso de despedida. Me bajé del coche, sin volver la vista atrás. Oí el sonido de los neumáticos en la calzada y supe que se había ido. Entré en la estación de autobuses. Compré un billete. Crucé la calle, entré en una tienda barata de ropa y me compré algunas prendas. Me las puse en el probador y tiré a la papelera las malolientes y viejas ropas militares. Volví a cruzar la calle y me subí a un autobús con destino a California.

Tuve los ojos empañados por las lágrimas durante más de ciento cincuenta kilómetros. Hasta que el autobús dejó atrás el límite del estado. Contemplé la esquina sureste de Alabama. Abrí el sobre que me había dado Roscoe. En el interior estaba la fotografía de Joe. La había cogido del maletín de Molly Beth. La había sacado del marco y la había recortado un poco con unas tijeras para que cupiera en un bolsillo. En el reverso había anotado su número de teléfono. Aunque no me hacía falta. Lo había memorizado.